PEDRA

EROS
AÑOS

AS)


MINISTERIO DE E
DIRECCION GENE

50


MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION GENERAL DE CULTURA
Negociado de Registro de la Propiedad Intelectual

MIS PRIMEROS TREINTA AÑOS

[illegible]

GENERAL MANUEL PIEDRA MARTEL
(Coronel del Ejército Libertador)
Ayudante de Campo que fué de Antonio Maceo.

MIS PRIMEROS TREINTA AÑOS

MEMORIAS

Infancia y Adolescencia - La Guerra de Independencia







1943

EDITORIAL MINERVA
OBISPO 530 LA HABANA

NO CIRCULANTE

Canje Archivo Nacional de Cuba
Fecha: nov/62
30.426.77.60
PROCEDENCIA Fondo Antiguo
H-60642 96 $10.00
FECHA 08 94 11 09

Es propiedad del autor.

EJEMPLAR NÚM. 089

9-0548
Pie
M

ÚCAR, GARCÍA Y COMPAÑÍA, IMPRESORES. — TENIENTE REY, 15. — LA HABANA.



GENERAL MANUEL PIEDRA MARTEL

HE escrito estas memorias a solicitud, muchas veces reiterada, de mi esposa y de mis hijos. A ellos las dedico.

MEMORIAS DE UN HEROE

ESCRIBO estas líneas a raíz de haber tenido el privilegio de leer las memorias, todavía inéditas, del general Manuel Piedra Martel. La naturaleza de la producción coloca a quien la examina en el caso de atender tanto al autor como al actor. El autor habla de sucesos en que él intervino. El actor pasó por una infancia y una adolescencia azarosas, a veces durísimas, y en su juventud afrontó las penalidades y los riesgos inherentes a la guerra por la independencia patria.

De sobra es sabido de cuán distinta manera pueden escribir y escriben sus memorias los hombres de alguna manera incorporados a la Historia. Hay memorias en que el autor aparece como nacido para realizar destinos superiores: cuna de marfil y seda, riquezas en torno, hados propicios, ausencia de quebrantos, anticipaciones deslumbradoras, hazañas a cada paso, grandeza casi sin par y conquista de auténticas glorias por encima de todo y de todos. Y hay memorias en que el autor se abraza a la cruz de la verdad y reconstruye su propia vida con estrecha sujeción a lo ocurrido: vaivenes de la suerte, acritudes de la condición humana, adversidades extremas, bonanzas, vacilaciones entre lo mejor y lo peor, achaques de la ajena injusticia, roces con la buenaventura, conocimiento de la fealdad de lo terrenal, deleites de la victoria del bien sobre el mal y horas dulces del alma. Déjeseme decir desde ahora que las memorias que originan estas palabras son las de un hombre que se ha propuesto hablar sin hipocresía, que es la más alta y noble manera de entenderse con la posteridad.

El autor cuenta sin embozo cómo desde la infancia conoció las miserias del mundo. Mucho padeció el niño. Mucho sufrió el adolescente. Empezó a usar la razón en medio de graves infortunios. El padre, prematuramente muerto. La madre,

en segundas nupcias casada con un botarate. El país sumido en los infortunios de la Guerra Grande. El hogar, en penuria. El sustento cotidiano, a merced de circunstancias demasiado aleatorias. La instrucción escolar, ausente. El trabajo, difícil de obtener y mal retribuído. El ambiente, grávido de dificultades e injusticias. Contra tantos y tan graves reveses tuvo que luchar quien daba señales de ser un rebelde a la rutina, al ocio y a la inferioridad. De la pugna entre los factores adversos y la voluntad libertadora fué saliendo el hombre útil. Frente al señorío de la ignorancia se alzó el autodidacto.

José Antonio Páez llevó al papel los agridulces recuerdos de la época en que había sido un catire condenado al cabo de cada día de recia faena a cargar un camazo de agua para lavar los pies a un mayoral engreído. Abraham Lincoln no sabía quién fuera su abuelo, pero le interesaba mucho más saber qué iba a ser el nieto de su abuelo. En Páez descolló la sinceridad en el examen de su pasado. En Lincoln se destacó el firme deseo de llegar a más. De la lectura de las memorias de Manuel Piedra sale la conclusión de que el cubano, seguramente sin sospecharlo siquiera, recorrió en su adolescencia la estrecha senda del venezolano y el camino ascensional del angloamericano.

La reasunción de la guerra por la independencia halló al joven Manuel Piedra en La Habana, donde él compartía el tiempo entre el trabajo que le permitía seguir viviendo y el afán de mejorar su educación. La noticia de la nueva insurrección lo inquietó. De la inquietud pasó a la acción. Puesto que la contienda empezaba a desarrollarse lejos de La Habana y de seguro tardaría en avanzar hacia Occidente, resolvió no aguardarla, sino marchar a su encuentro. La tarea no era fácil ni estaba exenta de peligros. Se dirigió a Las Villas, pero en Las Villas las cosas andaban como en La Habana. Ansioso en la espera, determinó acercarse más al teatro de la lucha y se trasladó a Oriente. Su decisión, acompañada de peripecias de diverso género, lo situó ya en el mes de abril de 1895 en tierras en que se hacían sentir Bartolomé Masó y otros patriotas del 24 de febrero.

Poco a poco, sin recomendaciones previas, con el solo mérito

labrado en el improvisado servicio de las armas libertadoras, fué ganando el aprecio de sus jefes. En una cosa lo asistió la buena suerte: en haber logrado militar a las órdenes de los principales conductores de la Revolución o en contacto directo con ellos. Estuvo con Masó en días de ansiedad patriótica. Conoció pronto a Máximo Gómez. Vió de cerca a Martí, a quien acompañó hasta unos momentos antes de la carga fatal de Dos Ríos. Entró a formar parte de la hueste de Antonio Maceo. Por inclinación propia, intensificada por la fascinación proveniente del héroe, unió al destino de éste, a tantas vicisitudes sujeto, su fortuna de bisoño guerrero.

Ser ayudante de campo de Maceo constituía un honor singular y un riesgo tan permanente como grave. Manuel Piedra no ignoraba que en el decurso de la guerra de los Diez Años los españoles le habían matado a Maceo ochenta edecanes. Cuando pasó a servir a las órdenes inmediatas del héroe sabía a qué atenerse. Para seguirlo era menester sentirse asistido de ímpetus heroicos. La vida reconstruída en estas memorias dió paso a un empeño superior: el empeño de hacerse digna del roce de esa otra vida, la vida de Maceo, por tantas razones ilustre y veneranda.

Lo medular de estas memorias se halla, naturalmente, en la historia de las hazañas dirigidas por Maceo. El autor ha puesto mucho cuidado en la descripción de los choques bélicos: ninguna podrá superar a la que él hace, día por día, de los combates, de las escaramuzas, de los movimientos de las tropas invasoras, de la campaña de Pinar del Río y de aquellos días tristes que culminaron en la tragedia de San Pedro. Pero los valores morales no han sido subestimados. ¡Cuántas y cuántas enseñanzas hay atesoradas en la narración del ilustre ayudante de campo de Maceo!

He mencionado la campaña de Pinar del Río. No puedo limitarme a pasar así, levemente, junto al recuerdo de ese acontecimiento singular. Magna fué la proeza de la Invasión, tan admirable por los choques que evitó como por el brillo de los que afrontó. Pero no fué menos rutilante esa campaña de Pinar del Río, en la que Maceo, al frente de unos centenares de libertadores, a veces a la cabeza de media docena

de valientes, batió y confundió a miles y miles de soldados españoles, atrevidos, activísimos, dispuestos a pelear, y mandados por bizarros generales. Ahí está, por ejemplo, el relato de las acciones de Tapia, desconcertantes por su número y por la desigualdad de los bandos que intervinieron en las épicas hazañas que cubrieron de gloria a Maceo.

Del propio autor de hoy, el actor de ayer, son las expresiones reconocedoras de la valentía de las huestes contra las cuales necesitaron combatir los libertadores cubanos. El narrador no se pinta batallando contra cobardes fugitivos. Las columnas en cuyas filas peleó Manuel Piedra no tuvieron a su cargo la sencilla tarea de perseguir a gente floja y huidiza. Por el contrario, bregaron contra fuerzas no sólo excelentemente equipadas, sino anhelosas de pelear y que, en efecto, sólo cedían el terreno de la lid bajo la acción de un adversario dispuesto a triunfar o morir. Las memorias del general Piedra constituyen un elevado ejemplo de nobleza por el espíritu de justicia con que honran a aquellos con quienes el autor tantas y tan memorables veces midió sus armas.

Este libertador anduvo alegre por entre el peligro y en contacto con la muerte hasta las horas que a muchos parecieron precursoras del colapso de la Revolución: las horas que fueron testigos del acabamiento temporal de Maceo. Estuvo con el héroe el día de San Pedro. Con sus propias manos tocó la material envoltura del grande espíritu ya en tránsito. ¡Qué conmovedoras páginas las que reproducen el estado de alma del ayudante atribulado delante del inanimado campeón, quieto y sereno en medio de la silenciosa e inocente naturaleza cubana!

Desde entonces la amargura se enseñoreó con frecuencia de su corazón. Grandezas y miserias presenció desde San Pedro hasta Victoria de las Tunas. Aun ofreciendo la vida en holocausto de un ideal puro necesitó a veces luchar contra las resistencias organizadas por la terca incomprensión, el ajeno desvío y la humana injusticia.

Al lado del héroe por excelencia se forjó el héroe que ha escrito estas memorias. Ellas hablan de la armonía existente entre el jefe y su seguidor. No es que éste se atribuya apti-

tudes y actitudes extraordinarias: es que en la reconstrucción historiográfica van apareciendo los sucesos en que con reiteración estuvo colocado frente al peligro, y no impunemente, porque catorce veces fué herido y en algunas de tanta gravedad que escapó casi de milagro. El edecán de aquel que junto a sí había visto sucumbir a ochenta de sus ayudantes se halló muchas veces a punto de ser uno más en dejar la vida terrenal sobre el campo de batalla.

En estas que yo llamo Memorias de un héroe *impera la verdad salida derechamente del hombre que sin hipocresía cuenta lo que vió y aquello en que participó. Tal es el fondo de las páginas que autoriza el libertador Manuel Piedra. Pero el valor inherente a una gran fuente histórica no anda solo, sino en la buena compañía de una narración producida en lenguaje puro y en estilo bello. El autodidacto ha culminado en escritor brillante, que sabe emplear la palabra apropiada y decir con donosura lo que piensa: mérito literario muy acorde con la substancia de los singulares sucesos en que intervino el magnífico ayudante de campo de Antonio Maceo.*

EMETERIO S. SANTOVENIA

LIBRO PRIMERO

INFANCIA Y ADOLESCENCIA

I

NACIMIENTO

YO nací el 25 de septiembre del año de 1868, en un sitio de labranzas de las cercanías de Cifuentes, en la provincia de Las Villas. Vientos huracanados mecieron mi cuna, que los negros crespones de la orfandad habrían de cubrir muy luego.

Fueron mis padres Manuel Alejandro Piedra y Cruz y Leonor Martina Martel y Rodríguez, ambos de la provincia de Matanzas: él del pueblo de Alacranes y ella de la ciudad de Cárdenas. Los dos descendían de familias de agricultores que, un tanto acaudalados tiempos atrás, se encontraban completamente arruinados en los días de mi nacimiento, al extremo de verse mi padre en la necesidad de labrar por sus propias manos la tierra de aquel sitio, que poseía en arrendamiento.

Lo único que sé de mi padre es por referencias de mi madre. No lo conocí, ni tengo de él el menor recuerdo. A una edad tan temprana como era la mía cuando él murió, el cerebro no registra ninguna imagen, ninguna impresión. Quedé huérfano cuando sólo contaba siete meses de nacido. Mi padre, ardiente patriota, se había comprometido de los primeros en el movimiento insurreccional que se produjo en Las Villas el 7 de febrero de 1869, en correspondencia al que en 10 de octubre del año anterior había estallado en el Departamento de Oriente, y sucumbió en la lucha, dejando una esposa y tres hijos pequeños, el menor de los cuales era yo.

De acuerdo con el decir de mi madre, era mi padre un excelente jefe de familia; laborioso y de constante consagración a su hogar; de índole bondadosa y jovial, y de claro enten-

dimiento. Y aunque no se le pudiera tener por persona ilustrada, poseía, sin embargo, un grado de cultura superior al del nivel general de la población rural de aquella época en Cuba. Amaba la lectura y era particularmente aficionado a la poesía, que él mismo cultivaba no sin alguna fortuna, componiendo lindas décimas, y aun versos de distinto metro y de más difícil técnica. Conservo en la memoria una de las estrofas de una comedia compuesta por él, con el título y el argumento de *Las Malacrianzas de Julio,* que quiero insertar aquí como demostración de su estro poético. Dice así:

Si Usted a Julio corrigiera
Y severa se mostrara,
El en nada le faltara
Y en todo la obedeciera.

Julio—medio hermano de mi padre—era un muchacho de lo más travieso y simpático, por quien la madre, madrastra de mi padre, sentía gran debilidad e indulgencia, al punto de terminar siempre con una sonrisa complaciente aquellas admoniciones que con más severo acento comenzara a dirigirle. Era de imaginación vivaz y de una agudeza desconcertante en las réplicas. Citaré a este respecto el siguiente ejemplo: Conocida es la creencia supersticiosa, que existe entre gran parte de nuestro pueblo, de que cuando una gallina canta como gallo, cosa que ocurre muy raramente, si no se la mata en seguida sucede alguna muerte en el seno de la familia. Pues bien, cierta vez estaba Julio molestando, como de sólito, a una de sus hermanas, y tanto la hostigó que la muchacha, en el paroxismo de la cólera, dejó escapar una interjección nada femenina. "Mátala, mamá, que cantó como gallo"—gritó Julio incontinenti.

Que mi padre era también hombre de ideas elevadas, lo dejó probado con el sacrificio supremo a la independencia de su patria.

Mi madre era en aquel tiempo una mujer sumamente joven. Frisaría en no más de veintitrés años, habiéndose casado a los dieciséis. Era una bella criatura, de cutis trigueño claro, y ligeramente sonrosado en las mejillas. Sus ojos tenían el color de la avellana, y era oscura su abundante cabellera.

De sus cualidades morales, ¿qué puedo decir yo, su hijo, que no sea para enaltecerla? Únicamente he de afirmar que era de un carácter benévolo y dulce que no se alteró jamás, pese a las amargas alternativas con que un destino adverso la persiguió. Viuda y desamparada, fué a refugiarse en casa de sus padres, que, siendo pobres, estaban, no obstante, en mejores condiciones económicas que aquéllas en que había quedado ella.

Mis abuelos maternos vivían por aquel entonces en Guatá, caserío o barrio rural de Sagua la Grande. Con mi madre fuimos mi hermana Laudelina y yo. De Antonio, el mayor de los tres huérfanos, se hizo cargo un hermano de mi padre llamado Francisco María (tío Pancho), que era maestro de primeras letras y se dedicaba a dar lecciones a domicilio y por temporadas, entre los vecinos del campo. Estaba medio inválido, circunstancia ésta que no fué bastante a librarlo de persecuciones por parte de las autoridades españolas. Tampoco fué óbice para que él prestara su concurso a la Revolución, sirviendo a los insurrectos de comunicante y de correo, misión para la cual tan bien se prestaba su calidad de maestro rural, ambulante y andariego. ¡Qué bello ejemplo de patriotismo, de abnegación y de valor el de aquel hombre que, lisiado, cojo y manco, en la imposibilidad no ya de correr, sino simplemente de caminar, echaba las muletas sobre el arzón de la montura y, desafiando a cada paso las mortales consecuencias de un encuentro con los soldados españoles, llegaba hasta los internados campamentos de las huestes revolucionarias, llevando un pliego oculto en algún lugar recóndito de su indumento, o un mensaje verbal en su memoria!

Dos años después de haber enviudado, mi madre contrajo segundas nupcias y se fué a vivir a su nuevo hogar, llevando consigo a mi hermana. A mí me dejó algún tiempo más al lado de mis abuelos, accediendo a los deseos de éstos, que se mostraban desolados ante la perspectiva de mi separación.

II

PRIMEROS RECUERDOS

MIS primeros recuerdos de niño son los de mis abuelos maternos. Junto a ellos transcurrieron los primeros cuatro años de mi existencia. Cumplida, más o menos, esta edad, me llevaron al lado de mi madre.

Mi abuelo se llamaba Félix Martel, y mi abuela Tomasa Rodríguez. El era un hombre de pequeña estatura, y de fisonomía inteligente y bondadosa, que velaba una como sombra de melancolía o de cansancio espiritual. Contaría entonces algo más de cincuenta años, durante los cuales, y con motivo de las hondas perturbaciones políticas que agitaban al país, no solamente había asistido al derrumbe económico de toda su familia, sino también a la inmolación de varios de sus miembros, y a la persecución y el encarcelamiento de otros, de lo cual él mismo no se librara.

Ella, muy pocos años menor que él, era una mujer, si no de elevada talla, algo menos menuda que mi abuelo. Conservaba todavía rasgos de una gran belleza. Su carácter debió de haber sido muy alegre y jovial, ya que, después de tantos sinsabores como había apurado, solía estar de buen humor y reirse bulliciosamente; en ocasiones en celebración de alguna de mis disparatadas ocurrencias y también de mis ininteligibles balbuceos, pues yo, que a los nueve meses de nacido caminaba con agilidad y destreza, no comencé a hablar claro sino a los cinco años.

Mis abuelos fueron conmigo tan buenos, tan indulgentes y cariñosos, que hoy, ya viejo y a mi vez abuelo, evoco enternecido con frecuencia aquellos tempranos días de mi vida, transcurridos bajo su segura y dulce protección. Todavía me parece verme en aquella humilde casita de Guatá, querubín de nacarado cutis y de espesa y larga y rubia guedeja, aseado siempre con la mayor pulcritud por manos de mi propia abuela; vestido de limpio con los mejores vestidos, confeccionados por alguna de dos de mis tías que, célibes aún, vivían en la casa paterna, o hechos venir expresamente del pueblo para mí, y peinadito a lo "trovador". Me pasaban

una cinta, siempre de color azul, alrededor de la frente, y mi cabellera, así oprimida, se derramaba como una cascada de helicoidales bucles de oro sobre mis hombros y espaldas.

Estoy ya muy distante de una edad en que pudiera haber sido afectado por un espíritu de egolatría física o narcisismo, y creo por lo tanto que puedo declarar, sin correr el riesgo de aparecer en una ridícula actitud de pavoneo, que fuí un hermoso chiquillo, y aun puedo agregar que durante gran parte de mi juventud persistieron en mí los principales rasgos de mi infancia, a pesar de los rudos trabajos a que hube de entregarme y de los rigores de la extremada pobreza que hube de arrostrar. Conservé particularmente la blancura y transparencia de la tez y el dorado de los cabellos. No fué sino más tarde que el sol del campamento curtió mi piel, y que la nieve de los años tornó en gris las abundantes hebras de mi cabellera; y hoy, no sin la consiguiente melancolía, he de exclamar con uno de nuestros poetas:

En un tiempo mis cabellos
Eran rubios y eran bellos,
De mi juventud blasón;
Hoy, por el gris que hay en ellos,
Corazón, una oración.

Como he dicho antes, cuando cumplí cuatro años fuí reintegrado al regazo materno, dejando inconsolables, con mi separación, a aquellos dulces y queridos viejos, mis abuelos. Fué entonces que conocí a mi padrastro. Este se llamaba José Antonio Gómez. Frisaba a la sazón en treinta y seis o treinta y ocho años. Era de tez un tanto oscura, pero de facciones pronunciadamente caucásicas. Un copioso bigote negro y una pera recortada en punta, daban un sello típico a su fisonomía. Su cuerpo no era robusto, pero sí bien formado y ágil, y el conjunto de su figura no carecía de personalidad y distinción.

Sus cualidades morales, consideradas con la indulgencia que aconsejan las propias imperfecciones, de las que, por ser específicas de la humana naturaleza, no se libra sino en muy raras ocasiones el individuo, y sobre todo, miradas con la piedad casi filial a que me obliga el recuerdo de la protección

que en él encontré en mi orfandad, eran más buenas que malas. En todo caso, sus defectos particulares eran más el producto de una descuidada educación que deformidades ingénitas de sus sentimientos. Porque mi padrastro, y ésta no es en manera alguna una afirmación a propósito para deprimirlo, sino para justificarlo, apenas si había recibido la enseñanza necesaria para aprender las primeras letras, y carecía de ese discernimiento de juicio en la apreciación de las acciones y del comportamiento, y del valor de los modales, que, cuando no lo da la intuición, únicamente se puede obtener en la escuela.

III

PARENTESIS DE BONANZA

NACIDO en una época en que era casi peculiar de las familias cubanas de la clase rica el desdén de la instrucción; único hijo varón de un padre igualmente ignorante y acaudalado, en vez de asistir a los centros docentes, se dió desde muy jovencito a frecuentar las casas de juego y las galleras, y a tener queridas, posiblemente más que por idiosincrásica sensualidad, por sobra de vagar y de dinero. Y esto, que comenzó siendo pasatiempo y placer, fué con los años arraigado vicio y causa de ruina.

Mi padrastro, en la época en que yo volví al lado de mi madre, administraba un ingenio—del cual, junto con varias hermanas, era heredero—, llamado *La Panchita* y enclavado en la jurisdicción de Santa Clara, unas tres leguas distante de dicha ciudad. Al igual que mi madre, era viudo y tenía de su primera mujer cinco hijos, dos varones y tres hembras, llamados, por orden de nacimiento: Antonio, María, Jesús María, Leonarda y Paula.

Como es natural, con el nuevo matrimonio de mi madre, nuestras condiciones de vida cambiaron de manera muy favorable. Habíamos pasado de una casi indigencia a un holgado bienestar. *La Panchita,* adonde habitualmente fuimos

a residir en unión de los hijos de mi padrastro, poseía una amplia y cómoda "casa de vivienda" de mampostería, rodeada de un jardín. Contábamos allí con una servidumbre compuesta de varios esclavos y esclavas; teníamos una volanta, la clásica volanta de aquellos tiempos, para ir a la ciudad y pasearnos, en las buenas tardes soleadas y sin lluvia, por los contornos del ingenio, amén de algunos caballos de monta, a los que mi padrastro era muy aficionado. ¡Cuántas veces paseé yo en aquella volanta, juntico a mi madre, mientras mi padrastro cabalgaba a su lado en su hermoso "Alazán", llamado así del color de su pelaje! Fué éste el primer caballo que yo monté. Lo hice en un descuido del palafrenero, un día en que, en espera de mi padrastro, le había echado las riendas sobre el arzón de la silla. Desde esa ocasión seguí montando todo caballo que se me ponía al alcance, ya fuera ensillado, ya fuera al pelo. A los siete años era ya un consumado jinete. ¡Cuánto me habría de servir, andando el tiempo, la destreza adquirida de niño!

En la casa de *La Panchita* continué disfrutando del privilegio de ser el más pequeño, y especialmente del de mi hermosa cabellera rubia. Todos me rendían el homenaje de su predilección, y en particular mi madre, que se mostraba avara de mis caricias. Mientras tanto, iba yo creciendo y desarrollándome a medida de los años, si delicado y fino de cuerpo y de facciones, fuerte y resistente. Y aquellos mismos cuidados y atenciones en nada afectaban el temperamento verdaderamente varonil con que la naturaleza me dotara, ni mis ingénitas inclinaciones de respeto hacia los que eran mis mayores, y de cortesía con todos. Dispuesto siempre más tarde a castigar sin dilación cualquiera ofensa, jamás fuí provocador o buscapleitos. He despreciado la bravuconería y, pulcro en la expresión, he llegado a viejo sin el recuerdo de haber dicho a nadie una insolencia. Más ligero de manos que de lengua, cuando me han injuriado de palabra, he correspondido de obra: he pegado, y no blandamente.

De la temprana virilidad de mi carácter se complacían en tener testimonio, allá en los días en que vivíamos en el ingenio, las mujeres de mi casa. Recuerdo, entre otras, cierta ocasión, cuando tendría yo unos cinco años. Era una noche

H-60642
9-0548 Pie M
NO CIRCULANTE



muy oscura. En la sala de la casa nos encontrábamos todos reunidos, incluso Antonio, el primogénito de mi padrastro, que era un muchacho de catorce años, Jesús María, su hermano, que contaba no menos de once, y mi hermano Antonio, de diez. Estaban éstos refiriéndose imaginarias hazañas por ellos realizadas, como suelen hacer los muchachos que comienzan a alardear de hombres.

—Vamos a ver—propuso Mariquita (María)—¿cuál de ustedes se atreve a ir a la mata de tunas y traerme una tuna?

La mata de tunas estaba a una distancia como de noventa o cien metros de la casa, y para llegar hasta ella era preciso pasar por un matorral. Cada uno de los interpelados era capaz de ir, ¿cómo no?, pero todos encontraron un pretexto para no hacerlo.

—¿A que Manuelito va?—volvió a decir Mariquita.

—Sí voy—respondí resueltamente.

Y en efecto, fuí y traje una tuna, que para mayor mérito mío estaba madura.

Otra vez se produjo en la casa una gran alarma a causa de un pequeño motín de la dotación de esclavos, producido por el abuso de poder del contramayoral negro, que había azotado cruelmente y sin razón a uno de sus individuos. No estaba mi padrastro en el ingenio a la sazón, y la familia amedrentada huyó hacia la salida de la finca. Ya a alguna distancia, me di cuenta de que mi madre no venía con nosotros. "¡Vamos a buscar a mamá!"—grité, y, sin esperar a nadie, me volví corriendo solo al ingenio. Encontré a mi madre que acababa de curar de los golpes al infeliz negro maltratado, y se encaraba con el contramayoral, arrebatándole de las manos la cuarta (látigo), insignia de su empleo y autoridad, que él había empleado entonces como instrumento de verdugo. Desde entonces, y por haberlo exigido así mi madre, el contramayoral en nuestro ingenio fué siempre un hombre blanco. El blanco, por regla general, era más compasivo y clemente con el negro esclavo que sus hermanos de raza.

Mi madre, lejos de reprimir, como hacen otras madres, aquellas tempranas manifestaciones de mi animoso corazón, las estimulaba premiándolas con palabras y caricias de aplauso.

IV

EL RAMALAZO DE LA GUERRA

PERO aquel ventajoso cambio de fortuna que se había operado para nosotros, con el segundo matrimonio de mi madre, no había de tardar mucho en tener un término radicalmente adverso. He aquí las principales causas determinantes del hecho:

Mi padrastro se había negado siempre a auxiliar la Revolución, en cualquiera forma que se le pidiera. Esta actitud suya no era, en manera alguna, el resultado de una meditada convicción de *principios políticos o sociológicos.* Hombre cuya mentalidad no había sido ampliada por la cultura (y sírvale ello de excusa), no podía concebir la elevada idea que llevara a tantos de sus compatriotas a rebelarse contra la dominación española, y menos aún a perturbar el país con una guerra que paralizaba sus negocios y destruía sus riquezas, cegando hasta la propia fuente de las mismas, que para él, al igual que para muchos hacendados criollos de aquellos tiempos, era la esclavitud, cuya abolición había sido proclamada por la Revolución. Este postulado revolucionario era principalmente objeto de su reprobación, juzgándolo como un despojo. El, como aquellos otros, consideraba el derecho a la propiedad de sus negros esclavos tan legítimo como el que tenía sobre sus bovinos y sus equinos. Con ligeras diferencias de tratamiento y responsabilidades, todos constituían sus bienes semovientes, y lógicamente no quería contribuir con sus recursos al sostenimiento de una causa cuyo triunfo significaría la expropiación de aquel género de pertenencias.

No se vaya a creer, por lo que queda dicho, que mi padrastro hiciera o estuviera dispuesto a hacer sacrificio alguno en favor del opuesto bando. Pagaba más o menos puntualmente sus contribuciones al erario colonial español, porque éste disponía de tribunales, de alguaciles, y de policías y soldados: esto es, de los medios necesarios de coerción para hacérselas pagar; y esto era todo. Por lo demás, le era indiferente que fueran españoles o cubanos los que gobernaran el país, con tal de que el cambio no afectara sus intereses

materiales, ni interrumpiera el ritmo voluptuoso de su despreocupada existencia. Fueran los españoles los que decretaran la abolición de la esclavitud, y él se mostraría igualmente contrario.

Durante algún tiempo, mi padrastro pudo seguir observando impunemente aquella conducta respecto de la Revolución, porque ésta carecía en Las Villas de la fuerza necesaria para imponer servicios personales y subsidios de guerra, y en general para hacer cumplir sus leyes, o castigar, en todo caso, la desobediencia a las mismas.

Sabido es que de aquellos siete u ocho mil villareños que con rara simultaneidad se sublevaron el día 7 de febrero de 1869, reuniéndose en parte en La Siguanea y en parte en el cafetal González, no más de quinientos o seiscientos estaban armados, y de ellos la mayoría con armas inadecuadas para la guerra: escopetas de caza, pistolas, y algunos que otros rifles y carabinas de pistón. En tales desfavorables condiciones dieron el primer combate en un ingenio llamado de Ruiz Palacios, otro en el ingenio Cuevas, y un tercero en el poblado de Potrerillo, donde sufrieron una completa derrota y dispersión. Sin embargo, la inmensa mayoría de ellos se volvieron a reunir no muchos días más tarde; pero incapaces de resistir un nuevo choque, y perseguidos con encarnizada tenacidad por las tropas españolas, unos, en número de mil doscientos o mil trescientos, pasaron la trocha de Júcaro-Morón y penetraron en Camagüey, y los otros se fraccionaron en pequeñas partidas fugitivas; no siendo pocos los que se volvieron subrepticiamente a sus hogares, ni los que se acogieron a indulto, quedando la región, si no en una perfecta normalidad, sí lo bastante tranquila para que el gobierno español pudiera con toda apariencia proclamarla pacificada. Este estado de cosas perduró, con ligeras o insignificantes alternativas para la causa cubana, hasta los primeros meses del año de 1875. En la noche del 5 al 6 de enero de aquel año, el general Máximo Gómez, al frente de una columna compuesta de unos mil doscientos hombres, entre los cuales se contaba una parte de aquellos mismos villareños que habían tenido que abandonar su territorio, atravesó la trocha de Júcaro-Morón, y en pocos días, venciendo en todas

partes, rindiendo y capturando destacamentos y derrotando uno tras otros a los ejércitos enemigos que se le enfrentaban, invadió Las Villas, reanimando allí con un mayor incremento el fuego de la guerra, del que ya sólo quedaban rescoldos y cenizas.

Ahora mi padrastro, a la aproximación de aquella formidable y embravecida ola revolucionaria, para la cual no parecía haber resistente dique de contención, culpable como se encontraba, siquiera fuese por omisión y por contumaz desacato a los decretos del partido que parecía triunfar; y cuidadoso seguramente de que se le imputasen más graves faltas, comenzó a temer no sólo por sus intereses, sino también por la seguridad de su persona. Con tal temor resolvió refugiarse en Santa Clara, dejando a mi madre al frente de la administración del ingenio con toda la demás familia.

Recuerdo esta escena de la noche anterior al día de su partida. Yo tenía entonces poco más de seis años, pero aún me dormía inclinado en el regazo de mi madre. Ella y mi padrastro, sentados muy junto la una del otro, sostenían un diálogo que, por lo muy bajo del tono, parecía lleno de misterio. El le estaba explicando seguramente la causa de los temores que le hacían alejarse de la finca, y yo le oía, sobrecogido, pronunciar las palabras de incendios y asesinatos, en relación con los insurrectos.

Estos no tardaron, en efecto, en presentarse en el ingenio, prendiendo fuego y destruyendo la casa de maquinarias y calderas, luego de haber recogido todo el ganado caballar que en la finca existía. El espanto que su llegada y el espectáculo del incendio produjeron en mi casa fué indescriptible. Yo recuerdo este suceso como si hubiese ocurrido ayer, sin olvidar el triste detalle de que un pobre chino, llamado José, que, despertado bruscamente de su sueño, sin haber podido darse cuenta de que la candela era intencional, al correr a apagarla, recibió un terrible machetazo en el cuello. Lo vi curar por las manos de mi propia madre, en horas más tarde de aquella misma trágica noche.

Al siguiente día, no obstante la pena que a todos causaba la vista de aquellos edificios en ruina y ennegrecidos por el incendio, y aquellas maquinarias destechadas y en parte re-

torcidas por el calor, se contaban graciosos episodios y anécdotas a que diera lugar el susto. Entre ellos el que se contaba de un catalán, mayordomo del ingenio, y único empleado español allí: el hombre, cogido por sorpresa a la llegada de los revolucionarios, no encontró otro escondite que el de un bocoy vacío, y en él se metió. Cuando salió de allí olía mal y sus calzones estaban humedecidos entre la cintura y las piernas, y él, no pudiendo negar lo que a la vista y el olfato de todos estaba, decía que eran efectos del "curaje". Ese mismo día se marchó para la ciudad.

Los insurrectos continuaron desde entonces viniendo con frecuencia a la finca, y como muy cerca, en un caserío llamado El Hatillo, había un fuerte destacamento español, alternando con las visitas de aquéllos comenzaron las de éstos, hasta que un día coincidieron en su llegada, y se trabó un combate en el mismo batey del ingenio. Fué la primera vez que oí el estruendo de una batalla y el silbido de las balas.

V

VISLUMBRE DE LA VOCACION

VOY a hacer aquí una confesión: desde la noche del incendio, y quizás antes, desde la conversación aquella en que, estando en el regazo de mi madre, oyera las palabras de incendios y asesinatos, refiriéndose a los revolucionarios, les cobré a éstos animadversión, y cuando llegaban a mi casa me les mostraba huraño. En cambio, cuando llegaban los españoles, pasaba confiado y gozoso de brazo en brazo de los soldados. Quizás en parte contribuía también a ello que los insurrectos venían siempre en tropel, sin compostura alguna, sin uniformes, andrajosos muchos; que de todo pedían, y cuando se les decía que no teníamos lo pedido, registraban la casa. Por lo contrario, los soldados españoles llegaban con mucho orden, uniformados, acampaban sin molestar a nadie, y si algo pedían, casos que eran excepcionales, lo hacían con miramiento. Siempre se mostraban alegres y

chistosos, y cantaban. Conservo en la memoria estos dos cantos que les oí en aquellos días. Dice el uno:

Quien dijere que Cuba se pierde,
mientras Covadonga se venere aquí,
es un pillo traidor laborante,
pícaro y tunante, cobarde mambí.

Y el otro:

El ataque que habéis recibido
de Bonilla fuera de Morón,
no debisteis echar en olvido,
por haber sido primera ocasión.
¡Ay! mambises, no seáis cobardes,
cara a cara, si tenéis valor,
que nosotros estamos dispuestos
a defendernos, a defendernos
como noble español.

Eran sí malhablados y decían expresiones mal sonantes, interjecciones desvergonzadas; pero lo hacían por hábito y sin malicia o doble intención... Recuerdo a este propósito una vez que, estando mi madre y su hijastra María en la puerta de la casa, y yo con ellas, se dirigieron hacia nosotros dos soldados. Había en aquellos momentos, abandonada y medio oculta por parvadas de césped acabado de cortar, en el terreno por donde caminaban, una guataca con el filo del hierro hacia arriba. Uno de los dos pisó el canto de dicho instrumento de labor, y enderezándose el mango del mismo con violencia, le dió un fuerte porrazo en la cabeza.

—¡C...!—gritó.

—¡Rec...!, no digas esas cosas delante de las señoras—corrigió el otro.

Esta simpatía y afición por los soldados españoles, nacida en mi alma en una edad tan tierna, perduró en ella mucho tiempo después, tanto como conservara la mala impresión que me habían producido los soldados revolucionarios. Circunstancias que más adelante se conocerán, cooperaron también después a ello. Pero años más tarde, al final de mi adolescencia, cuando, por haber comenzado a discurrir con mejor discernimiento sobre los problemas políticos y sociales de mi país, y a tener una más clara visión del ideal de justicieras reivindicaciones patrias que había llevado

a aquellos mis compatriotas al campo de batalla, y tuve consciencia de mis deberes de hombre y de cubano, y se despertó en mí el sentimiento del patriotismo, odié, sin odiar por eso a los españoles, la dominación española, y me sentí a mi vez insurrecto. Y cuando, andando los años, me encontré en las filas de una nueva revolución separatista, comprendí por propia experiencia la necesidad que obligaba a nuestros soldados revolucionarios del 68 a pedir o a arrebatar, si se les negaba, aquello que les era indispensable para el sostenimiento de la guerra y para su propio sustento personal: sin paga, sin aprovisionamiento de ninguna clase, forzoso les era proveerse de lo que encontraban sobre el país.

Los relatos de victorias y de heroísmos de los cubanos, que yo escuchaba en reuniones y tertulias de mi círculo juvenil, y en boca de alguno que otro veterano que conocí, impresionando fuertemente mi imaginación y estimulando en mi alma una animosa emulación combativa, fueron los primeros factores morales que comenzaron a obrar la evolución de mis sentimientos. Más tarde, la propaganda autonomista completó mi convicción y fijó definitivamente mi orientación hacia la causa de la independencia.

El primer "meeting" autonomista a que yo asistí, fué uno que se celebró en el teatro Uriarte, de Sagua. En el momento de entrar yo en el local, se promovía en él un grande alboroto y se derramaba hacia la calle una muchedumbre en tropel. Se habían repartido silletazos y bastonazos, y salido a relucir alguno que otro revólver. Cuando estuve dentro, vi a José Antonio Cortina en medio del escenario, erguida su hermosa y noble cabeza, desabrochada la levita y los brazos en cruz, mientras decía arrogante, dirigiéndose a los posibles agresores:

—¡Tiren aquí, los liberales no tenemos miedo!

Después asistí a otro en Cienfuegos y, más tarde, en La Habana, no falté a ninguno. Yo escuché la palabra ática y majestuosa del gran Montoro; la ardiente de Fernández de Castro; la fulgurante de Figueroa; la incisiva de Giberga, y la por momentos jocosa, pero siempre enérgica y varonil, de Govín.

La guerra en Las Villas volvió a decaer algunos meses

después, en ausencia del general Máximo Gómez, que, llamado por el Gobierno de la Revolución, hubo de marchar a Oriente. Las partidas insurrectas dejaron de hacer acto de presencia en el ingenio, durante un tiempo. Mi padrastro, sin dejar definitivamente su residencia personal de Santa Clara, venía con alguna frecuencia a la finca, e hizo reedificar la casa de maquinarias y calderas, y realizó todos los preparativos para una próxima zafra; mas volvió el general Gómez a Las Villas, reanimó de nuevo la guerra en su territorio, y el ingenio fué por segunda vez destruído por las llamas.

Pero la estrella de la Revolución, que con tan vivos resplandores de triunfo había brillado, estaba ya próxima a eclipsarse, quizás más que por el esfuerzo de las armas españolas, por el espíritu disolvente que se había apoderado de los cubanos en armas. Al ejemplo de indisciplina y de amotinamiento o sedición que se había producido en Santa Rita y en Lagunas de Varona, en Oriente, siguió en Las Villas el desacato a los jefes que no eran naturales de la región o que, por otro motivo de índole igualmente mezquina, no eran de su agrado, inclusive al propio general Máximo Gómez, que hubo de renunciar a la jefatura militar de aquel territorio, al que tantos triunfos y gloria diera con su insuperable pericia.

Confiado aquel ejército villareño a jefes inexpertos, indisciplinado y desorganizado, mal podía resistir las activas operaciones emprendidas allí por un gran ejército español guiado por el general Martínez Campos.

VI

HAMBRE

AL llegar el año de 1877, la provincia de Las Villas estaba virtualmente pacificada. Destruído por segunda vez nuestro ingenio, no hubo recursos con que volver a repararlo. Mi padrastro, por otra parte, incapaz de discurrir otro medio mejor para impedir, o siquiera neutralizar en

parte, la ruina total que nos amenazaba, fiaba su resarcimiento al azar de una carta o en la victoria de un gallo. Lo perdimos todo.

Aún continuamos en la finca, viviendo de sus animales y de otros productos de la misma; pero algún tiempo después, hacia mediados del año de 1877, aquélla fué rematada y se nos prohibió aprovecharnos de nada de lo que allí había. En relación con su remate o adjudicación, recuerdo perfectamente la figura de dos hombres que comenzaron a hacer en ella periódicas apariciones. Recuerdo también sus nombres, pero los omito. Su presencia causaba un gran malestar a mi familia: el malestar que debe sentir un herido abandonado moribundo en el campo de batalla, al ver acercársele los buitres. Llegaban a la casa, lo escudriñaban y contaban todo; medían la tierra y examinaban los linderos. Después, por último, nos dejaron en la casa un "veedor", Argos y a la vez Cancerbero, que nos vigilaba constantemente y no nos dejaba tocar ni siquiera un terrón de azúcar de la que quedara todavía depositada en los tinglados. Todos nuestros alimentos los teníamos que comprar, y como nuestro dinero era en extremo escaso, comenzamos a pasar hambre. A todo esto, nuestra familia se había aumentado con dos miembros más, vástagos de mi madre y mi padrastro.

A fines del año de 1877, pocos meses antes del Pacto del Zanjón, tuvimos que dejar nuestra buena casa de *La Panchita*, y trasladarnos al vecino caserío de El Hatillo. Allí mi padrastro había hecho construir una gran barraca de tablas y pencas de guano, para albergue de la familia. Constaba éste de un solo cuarto, suficientemente vasto para servir de dormitorio a todos, hombres y mujeres en promiscuidad, y una sala. Otro rancho más pequeño, contiguo al edificio principal, servía de cocina. En cuanto a pavimento, el santo suelo. El único miembro de la familia que no vino a habitar en aquel tugurio fué mi hermano Antonio, que meses antes se había ido con tío Pancho. En cambio, vino con nosotros un esclavo llamado Mateo, que no habiendo parecido útil, no había entrado en el remate de la finca. Mateo era un negro congo, chiquito y zambo, cuya vejez se echaba de ver en su crespa cabellera blanca en canas.

El hambre, que ya comenzara a frecuentar nuestro trato allá en la finca, se hizo aquí nuestra íntima y constante compañera. Durante el tiempo que estuvimos viviendo en El Hatillo, sólo comíamos harina de maíz, por lo común sin manteca, y no pocas veces sin sal, con la sola diferencia de que unas veces la comíamos con el nombre de harina de maíz, otras con el de maíz molido, y otras con el de funche; y alguno que otro boniato asado o salcochado, que Mateo se agenciaba, sabe Dios de qué manera. Aún me da algo que pensar el hecho de que siempre los trajera de noche, pues no sé que algún principio de Agronomía considere perjudiciales las horas diurnas para extraer del seno de la tierra los mencionados tubérculos. Recuerdo que en una ocasión el pobre Mateo pasó el susto de su vida. Regresando de una de sus nocturnas excursiones, con su carga a la espalda, hubo de cruzar a cierta distancia del fuerte español, le dieron el alto, se atemorizó, echó a huir, y le hicieron un disparo, mientras que un cabo y dos soldados corrían en su persecución. Afortunadamente para él, ganó la casa antes que le dieran alcance. Allí se les explicó a aquellos militares que el negro era bozal, lo que era cierto, que no habiendo podido responder el "quién vive" se había asustado y emprendido la fuga. Previa y precipitadamente se había ocultado el saco con los boniatos.

Con el sufrimiento, consecuencia de la miseria en que habíamos caído, el carácter de mi padrastro se tornó áspero, y él, que hasta entonces observara siempre modales delicados con mi madre y cierta benevolencia con sus hijos propios e hijastros, comenzó a mostrarse cada vez más irascible y brusco, llegando hasta el empleo de un lenguaje impropio y ademanes violentos; particularmente con nosotros los varones, a quienes regañaba con injustificable frecuencia, sin perjuicio de propinarnos algunos golpes en castigo de la más leve falta.

Hambre y malos tratos a la vez no eran, de seguro, el más poderoso aliciente para fomentar la querencia del hogar: Antonio, su hijo mayor, que era ya un hombrecito, marchó para Santa Clara al lado de sus tías, que aún conservaban algunas cosillas salvadas del naufragio general, y en cuanto a Jesús María y yo, procurábamos ponernos a buen recaudo

escapándonos a menudo de la casa paterna, y dándonos a vagar por el vecindario del caserío, como perros sin amo. Algunas veces nos internábamos por los maniguales de sus contornos, en busca de frutas silvestres con que matarnos el hambre. Sabíamos que a nuestro regreso nos aguardaba una tunda, o por lo menos una estridente reprimenda, pero siquiera sería una sola por aquel día, si es que ya no habíamos cogido algo por adelantado. ¡Quién sabe de cuántas nos había librado nuestra ausencia!

En El Hatillo comencé a tener mis primeras riñas de muchacho. Los de mi tamaño en el barrio me dejaron sentir su hostilidad a mi llegada. Astrosos, peludos y desgreñados, como eran casi todos en aquella época; vestidos muchos de ellos con sola y simple camisa, que les llegaba poco más bajo de las rodillas, se mostraban irreconciliables con aquel forasterito presumido que usaba ropita de pueblo y una cabellera rubia bien peinada.

La primera vez que, alejándome un tanto de mi casa, me fuí hasta las cercanías de la bodega, centro de la actividad social de la chiquillería del lugar, me encontré de pronto rodeado de una turba de muchachos más o menos grandes. Uno de ellos le dijo a otro que, por lo visto, era el *gallo* en el orden de mis pariguales:

—Mójale una oreja.

Yo no conocía aún aquella forma de reto, pero me dispuse a aceptarlo. El aludido se llevó un dedo a la lengua, y se acercó a mí con el intento de ponerme la saliva en el pabellón de una oreja. En el acto le di un soberbio pescozón que, por lo inesperado, lo cogió en plena mandíbula inferior, y rodó por tierra, y en tal postura le propiné otro fuerte puñetazo en la nariz. Manando sangre de ésta, y lágrimas de los ojos, se puso en pie y echó a correr, abandonando el campo de la acción. Con este mismo muchacho, llamado Bernardo, sostuve dos peleas más. A él se le hacía cuesta arriba conformarse con su derrota, y a la vez sus compañeros lo incitaban a volver por la revancha: siempre lo vencí. No teniendo en el *patio otro gallo que soltarme,* la pandilla me trajo uno de un lugar cercano. Era un muchacho de no mayor edad ni tamaño que yo, pero sí bastante

más robusto. El día que él se presentó en nuestro caserío, estaba yo ausente, habiendo ido a visitar a la familia de la señora que fuera madrastra de mi padre, que vivía en un pequeño ingenio de su propiedad, situado a poca distancia. Allá fué la pandilla a encontrarme, escoltando a su presunto campeón. La pelea tuvo lugar a la orilla de un arroyo, sobre el cual, y a guisa de puente, para pasar de uno al otro lado del mismo, había tendido un tronco de palma. Mi contrincante daba unos *piñazos* que parecían coces. Llegó un instante en que no pude resistir más; que me sentí agobiado por aquella lluvia de golpes, y eché a correr por sobre aquel improvisado puente, bajo la rechifla de mis hostiles espectadores. Alcancé la opuesta orilla del arroyo. Pero ya allí, reaccioné animosamente, retrocedí sobre mi adversario, y *fajados* de nuevo, nos estuvimos aporreando hasta que la llegada de uno de mis parientes mayores del ingenio, interviniendo enérgicamente en la contienda, dispersó la pandilla, poniendo fin al combate. No hubo ni vencido ni vencedor. Y desde entonces ninguno de aquellos chiquillos se metió conmigo, sino que todos se hicieron mis amigos.

No de otra manera, dando y recibiendo mojicones unas veces, en otras con aun más persuasivos procedimientos, pero teniendo siempre la razón de mi parte, me he conquistado en ocasiones más tarde la amistad de algunas personas de mi tiempo, por lo que he llegado a la conclusión de que un servicio, una complacencia, o una paliza en momento oportuno y según el caso, tienen igual valor para sumar adhesiones.

VII

UN "DON JUAN"

POCOS días después de habernos nosotros instalado en El Hatillo, llegó un individuo, un forastero que no habría de tardar en hacerse ridículamente notable, dándole a la antes reposada y monótona vida del caserío una nota de risible pasatiempo.

Era un español de pequeña estatura, de luengas barbas y de fisonomía expresivamente cándida o imbécil. Se llamaba Juan (Don Juan), no recuerdo el apellido, y, según se supo luego, venía a ponerse al frente de una escuela que los papás más pudientes de la barriada habían acordado establecer para que sus respectivos párvulos, varones y hembras, así como los de los demás vecinos, recibieran el pan de la enseñanza. Debo advertir que en la clasificación de párvulos quedaban comprendidos no pocos zagalones bastante crecidos en edad y tamaño, a quienes, por falta de uso, se les estaba ya atrofiando el meollo.

El tal ente había sido—esto se supo más tarde—fámulo del cura de una aldea de Galicia, su tierra, y toda la instrucción que lo capacitara para la pedagogía, consistía en saber leer y escribir, y rezar; sobre todo rezar alguno que otro pasaje de la Sagrada Escritura y latinajos, que entre un fregado y un barrido le oyera al señor cura, su amo. Y aun esta pseudo erudición de sacristán o misario estaba tan deshilvanada en su caletre, que siempre que se le ocurría referirse en sus citas a personas, situaciones y hechos del Antiguo o del Nuevo Testamento, barbarizaba escandalosamente, incurriendo en confusiones y despropósitos. ¿Pero quién entonces se daba cuenta de ello? El magister podía despotricar a su antojo, porque entre nuestros mayores en El Hatillo no existía ninguno capaz de enmendarle la plana, ni en ésta ni en ninguna otra disciplina.

La inauguración de la escuela fué un acontecimiento. A ella asistieron, amén de los papás y los muchachos, las autoridades civiles y militares, representadas las primeras por el teniente de partido, y las segundas por el sargento de la guarnición española del fuerte, después de lo cual comenzaron las clases. Jesús María y yo figurábamos entre los educandos.

Nuestro maestro, apenas hecho cargo de sus funciones, y fiel a la devoción iconográfica y al misticismo de un menestral de sacristía, transformó el local de la escuela en un lugar de oraciones: lo cubrió de imágenes en profusión y llenó sus ámbitos con el eco de rezos y letanías. Mucho más fuerte, en su crasa ignorancia, en Avemarías y paternosters, y en Misereres y kirieleisones, que en gramática y ortografía, se

dió casi por entero a doctrinarnos e instruirnos, a su manera, en las cosas sagradas. Bien es cierto que en el sistema educacional de aquella época se atendía más a preparar el alma que el cerebro, fuente de la razón impía.

"Padre nuestro que estás en los cielos...", "Ave María purísima...", resonaba durante la mayor parte de las horas del día en la escuela. Y aun los domingos en la mañana teníamos que asistir también a una ceremonia que él pretendía ser misa.

Yo no asistí durante mucho tiempo a las clases. Salí de la escuela de un modo violento y sensacional. He aquí lo sucedido: Don Juan se embriagaba a diario, pero más a fondo los días festivos. Un domingo en la tarde, a la sazón que Jesús María y yo vagábamos por el caserío, alcanzamos a ver a Don Juan que caminando a alguna distancia, en la misma dirección que llevábamos nosotros, describía con sus pasos enormes eses. Estaba el maestro más borracho que el divino hijo de Semele.

—¡Don Juan, borrachín, mascavidrio!—le gritó Jesús María, escondiéndose en seguida.

Yo no me escondí oportunamente, y Don Juan me vió. Al día siguiente, lunes, al entrar yo en la escuela por la mañana, sin ninguna clase de aprensión, pues ni siquiera me acordaba del incidente del día anterior, el maestro se echó sobre mí, cogiéndome de sorpresa, y me dió de bofetadas y tirándome al suelo me pateó. Yo me volví una fierecilla: le clavé los dientes en una pantorrilla a la bestia y, agarrándole una pata, lo hice caer a su vez. Me puse rápidamente en pie, y echando mano a lo primero que encontré, que fué un tintero, se lo lancé a la cabeza, y corrí a mi casa, donde informé a mi madre de la ocurrencia. La cólera de mi madre contra Don Juan, al verme tan brutalmente golpeado, fué enorme; y cuando, un par de horas más tarde, aquél, con el rostro todavía oscurecido por una sombra de tinta, y con un chichón en la frente, se presentó en mi casa, con el fin de presentar quejas por mi conducta, lo arrojó de allí, llamándole borracho y cobarde.

Pero Don Juan no permaneció tampoco mucho más tiempo al frente de la escuela. Por desdicha suya, un día

llegó a El Hatillo un cura de Cifuentes, con el propósito de celebrar uno o dos bautizos, y los papás de los escolares le rogaron que examinara a éstos de doctrina. Y allí fué Troya. Cuántos desatinos; cuántos anacronismos, ¡virgen santa! Hubo una niña, la más adelantada de la clase a juicio del maestro, quien, habiéndole el cura preguntado sobre la pasión y muerte del Señor, hizo figurar a Judith entre las mujeres que rodeaban a María al pie de la cruz en el Calvario. El cura, que ya había mostrado descontento, dió un respingo en su asiento al mismo tiempo que clavaba en el maestro una mirada que le malogró la sonrisa de triunfo con que estaba escuchando las respuestas de su alumna predilecta. Pero cuando subió de punto el enojo, el furor del sacerdote, fué cuando se enteró de las mojigangas a que, con el título de misa, nos hacía asistir aquel disparatado mistágogo. Lo cogió por el cogote, lo zarandeó llamándole impío, sacrílego, y, entregándoselo al sargento del fuerte, le ordenó que lo metiera en el calabozo varios días y lo echara del barrio después. Mas no fué éste, para él desdichado trance, ni la causa que lo originara, el único o principal motivo que hizo por mucho tiempo recordable el paso de Don Juan por El Hatillo, pues ya él, antes de tal ocurrencia, se había hecho popular con el alias de "Don Juan Tenorio".

El apodo de Tenorio en este caso resultaba antinómico, porque nuestro Don Juan se singularizaba por una cualidad diametralmente opuesta a la significación que tal epíteto ha adquirido en todas las literaturas, para designar a un hombre excepcionalmente enamorado. El era el reverso del personaje de Zorrilla: misógino recalcitrante, insensible a los encantos femeniles, conservaba, y estaba decidido a seguir conservando, según su propia confesión, la inmaculada castidad con que Dios lo echara al mundo.

Don Juan, en parte idiotamente y no sin cierta complacencia y en parte quizás con el preconcebido propósito de advertir a las mujeres de nuestro barrio de la inutilidad de interesarse por su bella persona (era no obstante presuntuoso), a fin de que lo dejaran vivir tranquilo y sin complicaciones su vida de macho anafrodisíaco, hacía tópico de sus conversaciones el relato de aventuras en las cuales se viera

obligado, allá en su aldea nativa, a apelar a la fuga para librarse de las mujeres que, locamente enamoradas de él, lo acosaban por todas partes. No se daba cuenta el mentecato de que, a menos que tales cuentos no fueran simplemente el producto de su imaginación, todas aquellas escenas no pasaban de ser otra cosa que una jacarandosa farsa mujeril, en la que él representaba con perfecta identificación el papel del casto José.

Sea como fuere, el resultado no pudo ser más contraproducente. Y no porque las mujeres, o alguna de las mujeres de El Hatillo se prendara de aquel raro ejemplar de masculinidad neutra, sino porque por un espíritu de juguetona y traviesa malignidad, se propusieron tenerle en constante desasosiego y sobresalto, fingiéndoseles rendidas de amor. Desde entonces no era cosa insólita ver en el caserío algún grupo de mujeres aparentar festivamente perseguir a Don Juan, y a éste delante de ellas todo azorado y medroso huyéndolas, ante la idea de ser compelido a cumplir el precepto bíblico de *creced y multiplicaos*.

VIII

DIAS DE SANTA CLARA

A principios de 1878 la familia se trasladó a Santa Clara. Como ya no poseíamos nuestra volanta, ni existía ferrocarril ni ningún otro medio de locomoción, hicimos el viaje en una carreta tirada por bueyes que nos facilitó mi tío Julio. El en persona y su hermano Florentino la conducían. Yo me encontraba a la sazón convaleciente de un feroz tabardillo (insolación) que atrapara en una de aquellas mis excursiones con Jesús María. Por esta razón la carreta había sido cubierta o enramada con pencas de guano.

Mi padrastro poseía una casa en aquella ciudad, no sé si de su sola pertenencia, o si la misma formaba parte de la herencia común con sus hermanas. Pero dicha casa estaba por entonces alquilada, y en su defecto nosotros tuvimos que ir a habitar en otra que tomamos a la vez en alquiler. Se

trataba de una vieja casuca, situada en una calle o, más propiamente dicho, callejón, oscuro y solitario, cuyo nombre no recuerdo. No contaba con más habitaciones que una de dormir, y sala, comedor y cocina. Y como en aquellos días todos los miembros de la familia nos hallábamos juntos, pues se nos habían reunido Antonio, el hijo de mi padrastro, y Antonio, mi hermano mayor; y además estaban con nosotros transitoriamente Julio y Florentino, amén de una niña más, nacida en El Hatillo, resultaba la casa en extremo estrecha para albergarnos sin hacinamiento. La habitación propiamente dormitorio fué ocupada por las mujeres, y en la sala y en el comedor dormíamos todos los varones.

Desde la primera noche que pasamos en ella, ruidos misteriosos oídos por todos, excepto por mí, que de niño y de joven he dormido como un lirón, nos advirtieron que la casa estaba habitada o frecuentada, "hantée", como dicen los franceses, por los espíritus. Apenas acostados y sumidos en la oscuridad, comenzaban a escucharse pasos y rumores: ruidos de loza que se quebraba allá en la cocina, y de la puerta de comunicación con el patio, que se abría y cerraba con estrépito a pesar de cerrojos y trancas. Por la mañana eran los comentarios, que yo oía con pavor; pero a la noche siguiente se repetían los mismos fenómenos sin que me apercibiera de ellos. Mi gran facultad para conciliar el sueño y la confianza que me inspiraba el hecho de que otros muchachos de mayor edad que yo, algunos ya hombres, se acostaban a mi alrededor, me evitaban los medrosos insomnios y sobresaltos que experimentaban los demás.

Al fin, después de varios días de impaciente esperar el momento de libertarnos de la forzosa compañía de los espíritus, quedó desocupada nuestra casa propia, y nos trasladamos a ella. Julio y Florentino se habían marchado ya para su finca de las proximidades de El Hatillo.

Nuestra casa propia, situada en la calle de San Vicente, contigua a un terreno o solar yermo que hacía esquina a la de Sancti Spíritus, estaba construída de mampostería, y era, para aquella época de muy escaso progreso urbano en Santa Clara, una buena casa. Hace sesenta y tantos años que viví en ella y que no la he vuelto a visitar. Sin embargo, la re-

cuerdo muy bien. Constaba de un zaguán de entrada, una sala inmediata y a la izquierda del mismo, un comedor que comunicaba con la sala, cinco cuartos corridos a la derecha, un cuarto separado de los demás y en el mismo lado, para servicio higiénico. Esto de "higiénico" es un eufemismo. Si los inodoros habían sido inventados ya, en Cuba lo ignorábamos. No los había en la capital. Recuerdo a este propósito una anécdota que oí referir años más tarde, relativa a la inauguración del primer edificio del Centro Asturiano, que estaba en el mismo sitio donde se levanta ahora el grandioso palacio social de los astures: un grupo de asociados iban mostrándole al alcalde de la ciudad, que era un rico comerciante de la misma, departamento por departamento, y éste demostraba su satisfacción por exclamaciones admirativas. Visitaron en fin el departamento de servicios higiénicos, donde se acababan de instalar los novísimos inodoros, y los acompañantes del distinguido huésped, al ver que éste callaba, le preguntaron:

—Y ¿qué le parece esto?

—No está mal—contestó el aludido—, pero qué quieren ustedes, ya está uno acostumbrado al olorcillo.

En cuanto a baños, tal como por tales los entendemos hoy, o sean salas *ad hoc* con instalaciones adecuadas, no existían por aquella época en Santa Clara. Quizás no se hubiesen podido concebir entonces, sino como un derroche de lujo, o como una voluptuosidad pecaminosa. En la mayoría de las casas nos bañábamos en bateas, sin abusar del agua y el jabón porque rezaba el proverbio de "la cáscara guarda el palo".

Frente al cuarto de servicio... bueno, seguiremos llamándole higiénico, había otro destinado a despensa. Un corredor siguiendo la misma forma de martillo de la casa y sostenido por columnas de madera, se extendía desde la sala de comer hasta el cuarto de despensa. Dicho corredor estaba abierto a un patio más largo que ancho, cercado al frente y en toda su extensión por un alto muro de ladrillos rojos. Un macizo portón daba acceso a la calle, y al fondo había una caballeriza y un pozo de alto brocal de piedra. Junto al muro crecían un árbol del paraíso y otro de flamboyán, así como un arbusto que no estoy seguro de que fuera de ruda, pero que

le decíamos así. Lo que recuerdo muy bien, es que de sus ramas nos daban a beber desagradables tisanas.

Muy pocos días después de estar viviendo en la nueva casa, y sin haberme restablecido por completo del malhadado tabardillo, volví a enfermar de una manera alarmante. Me desahuciaron. Me acuerdo de que el último médico que estuvo a verme, me tactó el vientre con la contera de su bastón, haciéndole producir sonoridades de timbal, pues estaba muy inflamado. Un niño anónimo que se moría, y una familia en la indigencia que no podía pagarle al médico sus honorarios, ¿merecían acaso mayor consideración?

La fiebre me atacó al cerebro y estuve veinte o treinta días delirando; delirando con aquel viaje en carreta desde El Hatillo a Santa Clara. Era un viaje sin término; pero no venían conmigo mi madre ni ningún otro miembro de mi familia. Me acompañaba, ella sola, una señora muy linda, vecina de nosotros, que, en los primeros momentos de la enfermedad y antes de perder la lucidez de mis facultades, había yo visto a la cabecera de mi lecho. Y, fenómeno singular, transcurridos diecisiete años sin volver a verla, y casi perdido su recuerdo, su imagen se me apareció de nuevo, igualmente joven y hermosa, la noche del quince de diciembre de 1895, que, herido de suma gravedad en el combate de Mal Tiempo, pasé en delirios en un lugar llamado La Amalia.

Me he preguntado algunas veces si me habría enamorado de aquella mujer en la temprana edad en que la conocí. Mas no, yo era demasiado niño, y no tuve ningún género de precocidades. Pero en la noche de La Amalia sí me enamoré de ella; a tal punto que, desaparecida la adorable visión con el recobramiento de mis sentidos, permanecí largo rato, con los ojos fuertemente cerrados, evocándola con el pensamiento. Pero fué inútil: no volvió a aparecer jamás, ni en mis sueños en las noches calladas de los campamentos, ni en mis delirios de los hospitales las distintas veces en que de nuevo fuí herido durante la campaña.

Salvado milagrosamente de aquella enfermedad y del todo restablecido, mi madre me puso en una escuelita particular de niños y niñas que existía no distante de nuestra casa y en la misma calle. Yo no había aprendido nada en la de El

Hatillo, como bien se podrá suponer. En general nadie aprendió allí otra cosa que no fuera rezar y barbarizar sobre cosas sagradas. No iba, desde luego, a la zaga de Jesús María, que estaba tan ayuno como yo, y no era tampoco mucho más elevado el nivel cultural de Antonio, el mayor de los hijos de mi padrastro. Este, que por más tiempo disfrutara de la pasada situación de bonanza económica de la familia, no lo había empleado ciertamente en estudios. En la casa el que más sabía era mi hermano mayor Antonio, porque, además de ser el más inteligente de todos nosotros, mi tío Pancho le había trasmitido todos sus conocimientos. Pero mi tío Pancho no era un Séneca. En cuanto a las mujeres, algunas de las cuales, como María, eran ya unas señoritas, y otras tales como Leonarda se acercaban a la pubescencia, eran mantenidas en castísima ignorancia.

Mi nueva maestra se llamaba Rafaela y todos la llamábamos Doña Rafaelita. Era una anciana de blanca cabellera, de fisonomía atrayente y de muy bondadoso carácter. Sumamente piadosa, los sábados, cuando le entregábamos la cuota semanal, que era de una peseta, se santiguaba con ella; y después de comer, siempre decía, volviendo los ojos al cielo:

—Gracias a Dios que hemos comido y bebido sin haberlo merecido.

No obstante la mansedumbre de su alma angelical, Doña Rafaelita ponía en práctica el viejo proverbio de "la letra con sangre entra". Una vez que me tomaba una lección de mi Catón, al llegar a la palabra zigzag, que se leía en el texto, se me olvidó aquélla.

—¿Qué dice aquí?—preguntó mi maestra.

Guardé silencio con los ojos en blanco, fijos en aquellas letras que mi memoria en vano trataba de atrapar en su fuga.

—¿Qué dice aquí?—repitió la maestra.

Yo seguía callando.

—¡A ver, alcáncenme la correa!—demandó Doña Rafaelita.

—¡Zigzag!—grité a la vista de las disciplinas.

—¡Ah!—exclamó ella, guardando sin emplear por aquella ocasión el temible instrumento.

Pero aquella cuota de una peseta semanal significaba un

verdadero dispendio para una familia que, como la mía, no contaba siquiera con los recursos necesarios para adquirir los alimentos diarios; que se pasaba días enteros sin comer, y hube de ser retirado de la escuela a los dos meses de haber ingresado en ella.

De los días de mi asistencia a dicha escuelita conservo este otro recuerdo: los minúsculos escolares varones, al dejar las clases por las tardes solíamos reunirnos en un solar adyacente a la casa de la escuela, donde pasábamos algún tiempo, ora en retozar, ora en charlotear con infantil versatilidad respecto a todas aquellas cosas que estaban al alcance de nuestra observación, o de nuestra fantasía. Pero con mayor frecuencia hablábamos sobre nuestras respectivas familias, sacando a relucir con inocente indiscreción las interioridades domésticas. ¡Y con qué pueril orgullo de asombrar a los demás nos contábamos aquellas pequeñeces, como si fueran cosas de gran entidad y sumo interés!

Había en el grupo un chiquillo llamado Valentín: era el más astroso y seguramente también el más famélico de todos. Como en su casa había más hambre, peleas y golpes, siempre tenía más cosas sensacionales que referir, lo que le daba a nuestra vista cierta superioridad, de la que él se ufanaba y procuraba mantener. Una tarde vino hacia nosotros con aire de triunfador, y sacudiéndose los dedos de las manos en demostración de entusiasmo, nos dijo:

—¡Qué bueno, qué bueno, en mi casa hay muerto, en la de ustedes no!

Era su propia abuela quien acababa de morir.

IX

ANTICIPOS BELICOS

POR aquel tiempo mi hermano Antonio y yo no hacíamos buenas migas. No nos peleábamos a golpes, pero siempre estábamos disputándonos. El comenzaba a presumir de hombre y le desagradaba mi compañía de chiquillo, y particularmente que yo pretendiera imitarlo, de

algún modo, en sus gestos y acciones. En cambio, entre Jesús María, que era aún mayor que aquél, y yo reinaba un estado de amistosas relaciones e inteligencia, que hacía más apreciable una alternativa de recíprocos mojicones.

Desde que a un soldado español, allá en el ingenio, se le ocurrió decir que yo parecía un galleguito, todos en la casa, excepto mi madre y mi padrastro, me nombraban "gallego"; pero algunas veces Jesús María, cuando pensaba que la paz entre él y yo se hacía monótona por lo prolongada, me llamaba gallega. Esto tenía el valor de un reto, y nos *fajábamos.*

Una vez en que a la sazón tenía yo en las manos un arco y una flecha, que acababa de construir con varillas de un viejo paraguas, Jesús María pasó cerca de mí, y, gritándome gallega, se echó a correr. Tendí el arco, y la flecha, cuya punta estaba bien aguzada, fué a clavarse en una de sus pantorrillas. A sus lamentos de dolor acudió mi padrastro, quien, llamándome Caín por haber derramado aquella sangre casi de hermano, me propinó una gran serie de bastonazos. En otra ocasión, y por la misma causa, encontrándome en el patio, nos peleamos a pedradas: él se atrincheró en el brocal del pozo, y yo en uno de varios bocoyes vacíos que aún permanecían en la casa desde los tiempos del ingenio. En dichos toneles, por contener todavía algunos residuos melosos, hacían sus provisiones centenares de abejas. Momentos después de haber comenzado aquel combate de campos atrincherados, a mí se me agotaron las municiones, y Jesús María, con un puñado de piedras, avanzó sobre mi posición. Cuando él ya estaba cerca, le volqué el bocoy y me salí corriendo por el portón a la calle. Los alados lanceros cargaron furiosos contra Jesús María, que en desenfrenada fuga se entró por el corredor en la casa, no sin antes recibir dos o tres picadas de las abejas.

Ese día me ocurrió lo contrario que a Napoleón en Marengo: gané una batalla y perdí otra. Las abejas, en persecución de Jesús María, invadieron la casa, haciendo varias bajas en la población civil, lo que dió origen a una formidable coalición contra mí. Me pegó mi padrastro, me pegó mi madre, me pegaron mi hermana y mis hermanastras, me

pegó todo el mundo. Pero terminaron allí las guerras entre Jesús María y yo. Mi padrastro nos amenazó con imponernos la paz recurriendo a otro medio de coerción, consistente en obligarnos a olernos mutuamente los fondillos. ¡Qué formidable político se mostró en aquella ocasión mi padrastro! Jesús María renunció a continuar llamándome gallega.

En completa vagancia como me encontraba desde la salida de la escuela de Doña Rafaelita, me di a frecuentar el trato de las pandillas de muchachos de mayor o menor tamaño que, tan desocupados y quizás si tan hambrientos como yo, deambulaban por las calles, con desesperación del vecindario, al cual molestaban con sus riñas tumultuarias y vocingleras, y aun en ciertas ocasiones con actos y desmanes dignos de la intervención de la policía. Y a fe que yo corrí algunas veces delante de ésta.

Tengo para mí que en aquel tiempo los muchachos de Santa Clara éramos de lo peorcito en su género. Naturalmente, en tal sociedad, no me habían de faltar las pendencias, singulares o colectivas. En cada barrio nos habíamos organizado en divisiones por edad y tamaño, para pelear con las de los barrios inmediatos, y nos dábamos verdaderas batallas a pedradas y a palos. Yo andaba siempre agolpeado y con las ropas hechas jirones.

En mi casa me zurraban a más y mejor siempre que, después de una de aquellas acciones bélicas, me presentaba con un glorioso chichón en la cabeza, cojeando, o con la ropa rasgada. Esto último, según mi padrastro, era lo más lamentable, porque, decía él, los chichones se curan, pero la ropa es necesario comprarla.

Pero el procedimiento resultaba infecundo en sus efectos. Todavía con el recuerdo vivo y doliente de la última zurra hogareña que recibiera, reincidía tornando a las andadas. Entonces se apeló a otro recurso, ideado por mi madre, a quien apenaban tantos castigos corporales: se me sujetó por medio de una ligera cadena, cogida a las patas de una butaca. Unicamente me daban sueltas con libertad a salir a la calle, acompañado de alguno de los familiares de mayor edad; pero un día ocurrió que al pasar un muchacho por la puerta

de mi casa, que estaba abierta, alcanzó a verme encadenado al mueble, y exclamó en voz alta y zumbona:

—¡Eh! ¿Para qué pondrán en traba ese gallo machorro?[1]

¡Injuria atroz! Me precipité a la calle detrás del muchacho, arrastrando la butaca. Entonces discurrieron amarrarme de algo menos portátil, y me encadenaron a una columna del corredor; pero afortunadamente para mí, el mismo día que fuí por primera vez así encadenado, llegó a nuestra casa un pariente de mi padrastro, llamado Juan Gómez, que intercedió a mi favor, y me dejaron en libertad. Por otra parte, yo juré solemnemente apartarme de la compañía de aquellos pilluelos, lo que cabalmente cumplí. Pero aun tuve dos peleas más, que no provoqué, porque—lo repito—yo no provocaba jamás. La primera de las dichas dos peleas fué con el motivo siguiente: estábamos otro muchacho y yo jugando amigablemente, cerca de un montículo de tierra destinado a una obra de albañilería, cuando aquél, sin haber mediado disputa alguna, me arrojó a los ojos un puñado de aquella tierra, y mientras yo procuraba, medio cegado, limpiarme de la misma, me lanzó un ladrillo al estómago que me dejó sin alientos por varios instantes, dándose seguidamente a la fuga y metiéndose en una bodega próxima, que era precisamente de su padre. Recobrado que hube la respiración, corrí a la bodega a buscarlo. Ya lo había registrado todo sin encontrarlo, cuando el dependiente, que seguramente le tenía ojeriza, me guiñó un ojo indicándome que se encontraba escondido bajo el mostrador. Lo saqué de allí y le fuí dando bofetadas hasta el fondo de la trastienda; pero aquí él encontró al azar una maza de madera, con la cual me dió un golpe sobre el ojo izquierdo, produciéndome una herida, más que grave, alarmante, por la sangre que brotaba de ella.

La segunda pelea fué en defensa de Don Juan Gómez. Este señor venía con frecuencia a visitarnos. Era un hombre muy jovial y bondadoso, que seguramente tenía alguna platica, y a menudo nos traía dulces y golosina, y hasta ciertos alimentos más sustanciosos y nutritivos. Me demostraba mucha

(1) Impropiamente se le llama machorro al gallo que no es de pelea, es decir, que huye.

simpatía, y yo le correspondía. Una vez que estaba él subido en el poyo de la ventana mirando a la calle, y yo en la sala, le oí exclamar con acento de enojo:

—Muchachos, mataperros, lárguense de ahí.

Salí prontamente a la calle y vi dos muchachos que, parados en la acera de enfrente, le estaban haciendo desagradables visajes a Don Juan. Me fuí sobre ellos a pescozones, puse en fuga inmediatamente a uno y, no muchos minutos más tarde, al otro en cuya persecución seguí; pero éste, ya un tanto alejados del lugar del encuentro, y habiéndome ganado distancia, me arrojó una piedra que dándome un fuerte golpe en la tibia izquierda, me hizo caer al suelo. Don Juan, que no había podido llegar a tiempo para separarme de mis contrincantes, acudió a levantarme y me ayudó a regresar a casa. Por esta vez no sufrí castigo ni reprensión alguna, porque antes que nadie reparara en mi cojera, Don Juan, entusiasmado por mi valentía, y haciendo el relato de lo ocurrido, exclamó:

—¡Leonor, tu muchacho es un cachorro de león!

No obstante la sociedad con aquellos pilluelos de la calle, era yo de una candidez tal, que cualquier chusco, como fuera una persona mayor, podía hacerme creer en la cosa más inverosímil que me dijera de chanza. Una vez que acababa de poner una carta en un buzón del correo, un hombre que pasaba por allí me dijo:

—¿Cómo, muchacho, echas la carta y no dices para dónde va?

Yo retrocedí, apliqué la boca a la abertura del buzón, y grité:

—¡Para Sagua la Grande!

En otra ocasión, y esto me ocurrió en Sagua, cuando ya tenía once años de edad, estando yo una noche situado frente a una casa muy concurrida y donde un individuo tocaba el violín, alguien me dijo:

—Muchacho, hazme este favor: cuando Paganini suelte por un momento el violín, te acercas a la puerta y desde ella le dices: Paganini, el amigo que usted sabe, lo está esperando en la esquina.

Así lo hice; en cuanto el violinista dejó un momento de tocar, le grité:

—Señor Paganini, el amigo que usted sabe, lo espera en la esquina.

El hombre vino hacia la puerta, y cuando estuvo junto a mí me propinó un par de tremendos coscorrones. Paganini no era su nombre, sino un apodo con que se trataba de ridiculizar su afición al instrumento que inmortalizara al insigne maestro así llamado.

Mientras tanto, el rigor de la miseria continuaba mostrándose implacable con nosotros. En mi casa no entraba más dinero que el que ganaba mi madre: veinte o veinticinco centavos, cuando más treinta, por coser todo el día y varias horas de la noche uniformes para los soldados españoles, a lo que llamaban ropa de equipación; amén de lo que mi padrastro pudiera obtener de vez en cuando, *echándole el fajazo* a alguno de sus amigos de tiempos mejores, que, cuando no lo podían esquivar, le daban el quite con un par de pesos. El, para quien todavía cinco o seis años atrás cincuenta o sesenta onzas de oro no tenían sino un muy relativo valor, perdido el decoro, que es muy frecuentemente uno de los efectos más lastimosos de la indigencia, andaba ahora a la caza de algún fulano cualquiera de los que más se aprovecharan de sus pasadas prodigalidades, para traer a su familia aquellas miserables y sonrojantes dádivas.

X

TRABAJOS

TAL vez alguien, al leer estas líneas, se preguntará por qué no trabajaban mi padrastro y mi hermano y hermanastros. Pero, ¿en qué iban a trabajar? Santa Clara era una ciudad muerta y sin otra actividad que la de su pequeño comercio al detalle, todo él en manos de los españoles. Allí no existían oficinas de negocios; no existían industrias, no se construía nada. Los ingenios todos habían sido destruídos por la Revolución. Por otra parte, ¿cuál de ellos

estaba preparado para desempeñar empleos que demandaran alguna instrucción? Mi hermano Antonio era el más instruído, y sólo después de muchas gestiones logró colocarse de dependiente en una pequeña quincallería, propiedad de un cubano; pero lo que allí le pagaban apenas le alcanzaba para vestirse y calzarse. Jesús María había conseguido trabajar como dador de tinta en una imprenta, pero, al igual que a Antonio mi hermano, le pagaban una bagatela.

De aquellos infelices días tengo el recuerdo de un incidente que, no por habernos ocasionado una decepción más, nos hizo reír menos, y voy a referir. Sabido es que el gobierno metropolitano, valiéndose de subterfugios y sutilezas técnicas, consideró írritas y sin valor todas las cláusulas del convenio de El Zanjón que lo comprometían al otorgamiento de determinadas concesiones políticas o económicas a la Colonia, entre ellas la que comprendía la paridad con Puerto Rico, isla que, de acuerdo con lo dispuesto por la revolución española llamada Revolución de Septiembre, debía disfrutar de cierta descentralización política, orgánica y administrativa. Mas los delegados de la insurrección que firmaron el pacto, incomunicados como habían estado tanto tiempo con el mundo exterior, ignoraban que el referido estatuto, suspendido en 1874, jamás había sido puesto en vigor en la isla. ¿Lo ignoraba igualmente el Pacificador y representante de España? Debemos creer que sí, porque el general Martínez Campos nos dió simpre testimonio de ser un militar de honor y un político sincero. Ocurriera lo que ocurriera, el caso fué que Cánovas del Castillo, aquel estadista de ingrata memoria que dirigía a la sazón los destinos de España, haciendo caso omiso del espíritu del convenio y ateniéndose dolosamente a la letra del mismo, le aplicó a Cuba, no el estatuto liberal de la Revolución de Septiembre que debía regir en Puerto Rico, sino las mismas condiciones en que entonces se gobernaba aquella isla, que eran el absolutismo y la arbitrariedad.

Burla tan irritante desesperó a los patriotas cubanos que, sin más consulta, se lanzaron el 24 de agosto de 1879 a una nueva lucha, resueltos a cortar con la espada todo vínculo con una nación que con tal impudicia faltaba a la fe de los tratados. Fué esta contienda la que se conoce en la historia

de nuestras convulsiones políticas con el nombre de Guerra Chiquita, a causa de su breve duración, pues la insurrección fué debelada al cabo de diez meses. El pueblo cubano no tenía entonces vigor para sostener, siquiera fuese con éxito dudoso, otra lucha de larga duración. Aquellos cubanos eran aún de la misma generación que quedara exhausta por el plomo enemigo, el hambre, las enfermedades y la desnudez, batiéndose casi inerme durante toda una década, en proporción de uno contra diez nada más que medio año antes, y hubieron de capitular por segunda vez. Pero ¡ah!, es vano el empeño de mantener sojuzgado por tiempo indefinido a un pueblo que resuelve ser libre, porque tras una revolución decapitada, asomará su sangrienta cabeza una nueva revolución. La independencia de Cuba era un hecho inevitable, que debía consumarse antes de expirar aquel siglo. Antonio, el hijo de mi padrastro, sorprendido en inteligencia con los rebeldes, fué reducido a prisión y, encarcelado primero en la cárcel local, fué desterrado poco después a Ceuta. Este percance trajo a la familia, con la consiguiente pesadumbre moral, un nuevo conflicto económico. Era necesario socorrer al preso con algunos alimentos, quitándonoslos a nosotros. Yo era el encargado de llevárselos, cuando los había, a la cárcel. También acudí a la estación del ferrocarril, junto con la demás familia, la mañana en que, custodiado por la fuerza pública y esposado con otro de los conspiradores, llamado Antonio del Cristo, lo sacaron de Santa Clara con destino al lugar de su destierro.

A los pocos meses de encontrarse Antonio en Ceuta le escribió a su padre informándole de haber conocido a otro cubano exilado, el cual pretendía haber escondido un gran tesoro, acumulado durante su vida de "plateado" (latrofaccioso), en un sitio de la jurisdicción de Sancti Spíritus, y cuyo plano estaba dispuesto a enviar a cualquiera persona "respetable" en Cuba, si se comprometía a darle a él la tercera parte del valor de lo encontrado y, naturalmente, una pequeña suma de dinero, seis onzas (cien pesos) como anticipo y prueba de buena fe.

¡Cientos de miles de pesos en monedas y joyas, por solamente cien! ¡Qué oferta tan seductora! Pero ¿de dónde

íbamos nosotros a sacar cien pesos cuando en ocasiones carecíamos de diez centavos para comprar pan? Aquella situación era equivalente al suplicio de Tántalo.

Mi padrastro poseía un hermoso reloj de bolsillo que hiciera venir de París en los días de su opulencia, pagando por él quinientos pesos. No existía, en su género, otra joya de tanto valor en Santa Clara. Mi padrastro, aunque desde hacía bastante tiempo lo había dejado en prenda por un préstamo que con toda probabilidad jamás podría cancelar, se resistía no obstante a venderlo. Sin embargo, en la disyuntiva de deshacerse de él y enviar los cien pesos exigidos por el posesor del plano de aquel gran tesoro soterrado, o renunciar a éste, optó por lo primero: vendió el reloj y remitió los cien pesos. Algunos meses más tarde recibió el anhelado plano. ¡Cuánto júbilo produjo esto en mi casa! Ibamos a ser ricos, fabulosamente ricos. ¡Qué contraste entre la sórdida miseria actual y aquel inmediato porvenir de abundancia y de grandeza! Con el optimismo que rebosábamos todos, partió mi padrastro presuroso hacia aquel El Dorado, dejándonos sin una peseta, pero con un capital de ilusiones. Diez o doce días después de su partida, le escribió a mi madre. Había descubierto ya varias de las señales marcadas en el plano, pero, habiéndose hecho notar su presencia por aquellos contornos, había considerado prudente retirarse de ellos durante unos cuantos días. Emprendería las pesquisas complementarias más tarde. Ya estaba casi seguro de dar con el escondite del tesoro. Por fin regresó: regresó al atardecer de uno de aquellos días de absoluta indigencia, durante los cuales no se hacía fuego en el fogón ni siquiera para hervir un poco de café. Venía el pobre, enfermo, calenturiento, a causa de las privaciones sufridas y de las inclemencias que había arrostrado en su fatigosa excursión. Al penetrar a caballo por el portón, la familia entera acudió alborozada al patio a recibirlo. Del borrén de la silla de montar colgaba una enorme alforja. Todos al verla hemos debido sofocar el mismo grito: ¡dinero!, y codiciosos, corrimos a abrirla: estaba vacía. Habíamos sido víctimas del llamado timo del entierro.

Antonio Gómez, sólo mucho tiempo después de haber sido

puesto en libertad, hizo una corta permanencia entre nosotros. Luego se marchó al Continente, y no volvió a Cuba sino para tomar parte en la guerra del 95, en la que se batió bien y obtuvo el grado de comandante.

La miseria seguía clavando despiadadamente sus descarnados dientes en nosotros. Como he dicho antes, ni Jesús María ni Antonio mi hermano nos podían ayudar con sus míseros jornales, y mi padrastro, preciso era reconocerlo, carecía de capacidad para desempeñar cualquier puesto en el cual se requiriera la más rudimentaria instrucción; y ni sus condiciones físicas ni sus hábitos le permitían dedicarse a rudas labores manuales. En cuanto a mí, era demasiado muchacho aún. Sin embargo, ya por aquella época y antes de haber cumplido once años de edad, había comenzado a trabajar, pero con fruto demasiado exiguo para ser apreciado. La primera ocupación que encontré fué en una cigarrería, llamada la Hoja de Oro, y consistía en mojar el papel destinado a los cigarros dichos de berro y pectorales. Para los primeros se bañaba el papel en una solución de berro y para los segundos en una solución de orozuz. La empresa era delicada: era preciso extender muy bien el papel, y, luego de hallarse perfectamente impregnado, pasarle la mano abierta suavemente de modo que no le quedaran bolas. Me pagaban seis pesos al mes, sin comida. Rompía mucho papel, a causa tal vez de que el hambre me tenía tembloroso. Me echaron de la colocación. Poco tiempo más tarde entré a trabajar en una pequeña dulcería de dos mujeres de color. Mi labor consistía en fregar y preparar los cazos, pailas y demás utensilios propios de tales faenas. Me pagaban, al igual que en la cigarrería, seis pesos mensuales. Tampoco me daban la manutención, pero sí derecho a escurrir y pasar la lengua por envases y recipientes, disputando los almibarados residuos a las hormigas y a las abejas. Esto, si no me engordaba, me entretenía el hambre. Pero se le ocurrió entonces a mi madre que yo debía aprender un oficio cualquiera, y con tal propósito me sacó de la dulcería y colocó de aprendiz en una platería. Estuve allí unos tres meses. No me daban sueldo, pero sí comida y casa. En realidad no aprendía nada, pues en el obrador del orfebre no entraba más que para hacer la

limpieza de los crisoles y demás instrumentos. El resto de las horas las pasaba en la calle, llevando recados y encargos a domicilio. Sin embargo, como estaba alimentado, me sentía contento, y hubiese querido permanecer allí mucho tiempo, a no ser por una hija del orfebre, su única hija, chiquilla muy poco menor que yo en edad que, sin que pudiera comprender entonces con qué fines, se empeñaba en arrastrarme con ella a los rincones más apartados y solitarios de la casa. Esto daba lugar a frecuentes luchas, en las que asumía yo la defensiva. En ocasiones, en vez de limpiar el obrador antes de que entrara en él el platero, lo hacía cuando ya éste estaba presente, esquivando las emboscadas que allí me tendía la insistente muchacha. Con mi falta de puntualidad en aquel menester comenzaron las reconvenciones del platero, hasta que una mañana me gritó encolerizado:

—Lárgate de aquí, haragán; ¿crees acaso que te estoy llenando la barriga por tu linda cara?

Cuando, para justificarme, referí en mi casa la persecución de que había sido objeto por parte de aquella chiquilla, las mejillas de mi madre se tiñeron de púrpura; pero Jesús María y mi hermano Antonio, que se encontraban presentes, se dirigían miradas de maliciosa inteligencia, y apenas podían reprimir la risa. No fué sino algunos años después, que vine a darme cuenta de que se trataba de un caso de prematurez, o quizás, de precoz perversión.

XI

PRIMER ALZAMIENTO

EN esto le ocurrió a mi padrastro un accidente que, pudiendo haber tenido consecuencias lamentables, tuvo, por lo contrario, efectos ventajosos para nuestra aflictiva situación económica, y fué el siguiente: La Guerra Chiquita languidecía. El país, falto de recursos, de energías y de fe, no la apoyaba. Las armas cubanas ya no se hacían sentir, y las autoridades coloniales procuraban dar al país y a la Metrópoli la anticipada sensación de que todas las partidas in-

surrectas se habían sometido o habían sido disueltas. Con este propósito el Capitán General, que estaba recorriendo la provincia de Las Villas, llegó a Santa Clara. Desde allí quería marchar a caballo, al frente de una reducida tropa, a Cifuentes. Para obtener cabalmente el objeto que se proponía, le era indispensable evitar hasta la más leve hostilidad en el camino, cosa que únicamente le podía asegurar la adquisición de un guía, conocedor perfecto de aquella comarca. Una noche se presentaron en casa dos personas de viso en la ciudad, una de ellas funcionario, creo que Secretario del Ayuntamiento. Venían a rogarle a mi padrastro que le sirviera de práctico en aquella expedición al Capitán General. Mi padrastro, más por timidez que por cualquiera otra razón, rehusó al principio, pero al fin aceptó. Llegado que hubo la columna a Cifuentes, mi padrastro, en conversación con un oficial, le mostraba un revólver de que lo habían armado, diciéndole la inutilidad del mismo en sus manos, pues que nunca había disparado un tiro. Quiso el oficial enseñarle a manejarlo; creyó haberlo descargado completamente, lo amartilló, y una bala fué a alojársele en una pierna a mi padrastro. Era éste, pues, un herido en campaña y en servicio del Rey, y por lo tanto acreedor a una recompensa. El general Blanco lo nombró Factor para la jurisdicción de Sagua, con un haber de sesenta pesos mensuales. Repuesto mi padrastro en pocos días, pues la herida había sido leve, partió a hacerse cargo de su destino, y un par de semanas más tarde le seguimos nosotros.

Sesenta pesos de ingresos mensuales no era una renta desdeñable en aquella época, en la que el dinero tenía un valor adquisitivo muy superior al de ahora, y la manera de vivir era también mucho más sencilla. Cierto que nuestra familia era numerosa, pero así y todo podíamos cubrir las más apremiantes necesidades. Hay que agregar que del almacén de la Factoría nos abastecían con frecuencia de determinados artículos alimenticios, tales como garbanzos, tocineta, y de unas galletas, llamadas de soldado. Estas galletas eran gruesas como el canto de un ladrillo, y más duras aún. Para poderlas comer era preciso ponerlas en maceración previamente, durante treinta o cuarenta minutos.

Con aquel empleo de mi padrastro, nos podíamos considerar parte integrante del mundo oficial español. Pues qué, ¿no era él cuasi un militar? No vestía el uniforme, pero tenía paga y siempre que estaba en funciones, o sea cuando conducía algún convoy de abastecimiento a los destacamentos de la jurisdicción, iba escoltado por gentes de armas uniformadas.

Aquel ambiente semicastrense acrecentó mi afición a los soldados españoles, y me pasaba la mayor parte del día en la sociedad de los mismos, ora en el almacén con los que estaban de servicio, ora deambulando con los que estaban francos. Recuerdo que una vez, habiendo ido a bañarme en el río con varios de ellos y aceptado la invitación que uno me hizo de pasar a la orilla opuesta, estuve a punto de ahogarme por salvarlo a él. El hombre se hundía y gritaba en vano a sus compañeros:

—¡Acorred, acorred!

Mas aquéllos, creyendo que se trataba de una broma, no se movían. Entonces yo, que todavía no era un buen nadador, metiendo un hombro bajo el suyo, lo mantuve a flote el tiempo suficiente para que él recobrara sus propias fuerzas. Pero esto no fué sin haber yo mismo tragado algunas buchadas de agua.

Mas, como antes he dicho, la guerra duró muy poco tiempo, terminando en junio de 1880, y poniendo fin a aquella nuestra *áurea mediocritas*, pues, al restaurarse la paz en el país, se reinstaló en mi casa la miseria. Volvimos otra vez a la indigencia, a la inopia; a pasar hambre y a andar con los trastos a cuestas, porque, no pudiendo pagar los alquileres, nos echaban de una y de otra casa. Así rodando, rodando, fuimos a refugiarnos en un tejar abandonado en un arrabal al suroeste de la población, próximo a los talleres del ferrocarril. Nos instalamos, sin previo acuerdo con nadie, en el barracón destinado a almacenar el producto de la alfarería. ¿Quién era el propietario de aquél?, jamás se nos ocurrió interrogarnos. Lo único que nos interesaba saber era que no teníamos que preocuparnos por el alquiler, porque nadie lo reclamaba. La barraca era de grandes proporciones, y cuando nosotros llegamos allí toda la sección de la misma

comprendida entre la parte media y el extremo derecho estaba ocupada por varias familias, y el extremo izquierdo por una pequeña caldererría donde trabajaban tres o cuatro operarios. Nosotros ocupamos la sección central, que aún estaba vacía.

A la sazón nadie en la casa ganaba un centavo. Todos estábamos de vagos. Acosados por el hambre, un día mi hermano Antonio y yo fuimos a pedir trabajo en un aserradero existente al otro extremo del pueblo, junto a la vía férrea. El dueño, o encargado del mismo, al oír nuestra petición, se sonrió con cierta ironía; pero ante la insistencia que mostramos, nos proveyó de una grande sierra, señalándonos como tarea varios gruesos troncos de árbol. ¡Qué trabajo tan duro!, particularmente para mí, que sólo contaba doce años de edad y era de delicada complexión. Mi pobre hermano, que aún no había salido de la adolescencia, tenía que realizar él solo casi todo el esfuerzo. A las cinco de la tarde, cuando después de diez horas de fatiga solamente habíamos cortado en dos uno de los troncos, vino el capataz a recibirnos la tarea y nos dijo:

—¿Eso es lo que habéis hecho? Bueno, muchachos, tomad un real para que comáis pan con mantequilla, y no volváis más.

Ese real fué todo el dinero que entró en mi casa aquel día. Al siguiente no pude abandonar la cama: mis músculos estaban como rotos y me dolía atrozmente la cintura.

Varios meses después, el tejar fué puesto de nuevo en actividad por un alfarero que lo había arrendado. Yo me coloqué en él, ganando doce pesos mensuales, para cuidar de los bueyes destinados al tiro y acarreo del material. Al principio todo me iba bien y el alfarero estaba muy contento de mí, porque el ganado, que yo pastoreaba en el campo perteneciente a la fábrica, se mantenía sano y gordo. Pero de pronto comenzaron a ocurrir cosas para mí incomprensibles: parecía que los bueyes se burlaran de mí, escondiéndose en los matorrales con una malicia y una habilidad poco bovinas. En ocasiones, al correr a parar uno que se alejaba más de lo conveniente, otro, que un par de minutos antes tuviera a la vista, desaparecía como por encanto. Esto daba lugar a

que frecuentemente el ganado no estuviese reunido a tiempo para la faena, y el alfarero se enojaba.

Pero no pararon allí las cosas: el escondite de los bueyes tomó un carácter definitivo. Era indudable que, en el arrabal, alguno o algunos cacos se dedicaban al abigeato fácil y en pequeña escala, y que aquellas primeras desapariciones transitorias de los bueyes habían sido tanteos en la preparación del robo. Me echaron de la colocación. Mas tampoco el alfarero permaneció mucho tiempo después en el tejar: temiendo probablemente quedarse allí sin bueyes, lo abandonó. Nosotros seguimos viviendo en la barraca.

El mal humor de mi padrastro se había exacerbado, y como ya por aquella época mi hermano Antonio y Jesús María comenzaban a independizarse y parar muy poco en la casa, la parte más o menos proporcional que, de encontrarse presentes, les hubiese correspondido en la distribución de los golpes, mi padrastro la cargaba a mi *haber*.

Yo hacía todo lo posible por hallar la manera de ganar algún dinero, y cuando lo conseguía lo daba íntegro en la casa. Mas se trataba siempre de pequeñísimas sumas, obtenidas a cambio de humildes labores de corta duración, a las que sucedían largos intervalos de "brazos caídos". En una ocasión intenté probar fortuna en el comercio: me fuí bien de madrugada al paso del río, a aguardar a los vendedores que abastecían al pueblo de productos del campo, y compré un peso de huevos, los cuales llevé a vender a la Plaza del Mercado. Los había pagado a 18 por peseta, y pretendí venderlos a 14. Pero los demás tenedores de puestos los habían adquirido a 20 y los vendían a 16. Fracasé.

Aquellas atenciones a que me obligaban las necesidades de mi familia eran en realidad prematuras. Pese a ellas yo era todavía un muchacho (iba para trece años), y aquellos períodos de vagancia me incitaban a buscar los pasatiempos propios de mi edad.

Cerca del tejar estaba el tanque que surtía de agua a las locomotoras del ferrocarril. El encargado del bombeo era un chino que tenía su caseta junto a la bomba. Allí existía una especie de plazoleta, y en ella se reunía todas las tardes una multitud de muchachos, más o menos contemporáneos míos,

a jugar al "tejo". Mi padrastro me había prohibido que fuese allí, pero me iba escapado, y cuando él, que me vigilaba, asomaba por los alrededores, yo me escondía. Era inútil que preguntara a mis compañeros de juego por mí: todos aseguraban no haberme visto. Entonces se encaraba con el chino:

—¿Chino, dónde está Manuel?

Y el chino, que sabía bien dónde yo me hallaba escondido, se ponía a dar voces:

—¡Manuelito, Manuelito, *capitán glande etá* aquí!

El chino nombraba de aquella manera a mi padrastro, porque lo había visto algunas veces, no mucho tiempo antes, cuando era Factor, escoltado por soldados. Pero al fin resultó que en una ocasión no tuve tiempo de esconderme. Cuando lo vine a notar, mi padrastro estaba casi junto a mí. Entonces emprendí la fuga, carrilera adelante, yendo él en mi seguimiento. A poca distancia había una alcantarilla de mucha longitud, bajo la cual pasaba una cañada, regajo de una gran laguna existente en aquella época cerca de la Estación del Ferrocarril. La laguna estaba desbordada, a causa de las abundantes lluvias, y la cañada convertida en un torrentoso arroyo. Comprendí que, de seguir por la línea, mi padrastro habría de darme alcance, porque me era imposible correr por las traviesas de la alcantarilla, y me arrojé al agua. El continuó avanzando por el puente, pero con tal lentitud que, cuando lo acabó de pasar, yo, que había ganado a nado la opuesta orilla del arroyo, le llevaba veinticinco o treinta metros de distancia. Seguimos corriendo, yo delante y mi padrastro detrás. Este vociferaba amenazas:

—Te voy a matar a palos, bribón, bandolero.

Y con ellas estimulaba la agilidad de mis piernas. Al cabo, convencido de que no me podía atrapar, me lanzó una piedra que estuvo muy distante de tocarme. No obstante, provocó en mí una cólera terrible. Todas las injusticias, todos los malos tratamientos de que me hiciera víctima durante mi niñez, se agolparon en mi cerebro. Me detuve y le grité:

—No me vuelva a tirar, si no quiere que yo a mi vez le tire.

Como réplica a este razonamiento, una nueva piedra estuvo a punto de acertarme.

—Pues sea—le volví a gritar.

Y entablé el combate, ventajoso para mí, por cuanto era en este ejercicio mucho más diestro que él. No quería, sin embargo, herirlo, sino impedir que continuara tirándome, y tan pronto uno de mis proyectiles le pasaba rozándole el cuerpo por la derecha como por la izquierda, no dejándole tiempo nada más que para esquivarlos. Al cabo emprendió la retirada, y yo seguí hacia adelante, resuelto a no volver a mi casa.

Cerca de la línea, a uno y otro lado, y a determinada distancia uno de otro, había varios fuertes que, guarnecidos por destacamentos del ejército español durante la pasada guerra, estaban a la sazón abandonados. Yo me metí en uno rodeado de maniguas, que quedaba a la derecha, resuelto a hacer del mismo mi albergue permanente. Desde luego, en él no había ningún género de provisiones, ni siquiera agua de beber, y el hambre y la sed me obligaban a hacer frecuentes visitas al pueblo, particularmente a una tienda de comestibles, en la que mi familia compraba habitualmente durante el tiempo en que mi padrastro era Factor. Sus dueños, dos españoles, me conservaban todavía cierto afecto y generosamente me daban siempre algo de comer.

Hacía tres días que me encontraba de *guarnición* en aquella fortaleza, cuando una mañana se presentó mi padrastro. Yo estaba en la atalaya y advertí que unos pájaros, llamados vulgarmente judíos, que dijérase tienen la consigna de avisar la aproximación de las gentes, comenzaron todos a la vez a chillar y a saltar de rama en rama. Me puse en atención, avizorando los maniguales, y vi a mi padrastro que cautelosamente se encaminaba al fuerte. El rencor, el odio que en un momento había sentido hacia él tres días antes, había desaparecido de mi corazón; pero continuaba decidido a no ser más objeto de la violencia de su agriado carácter. Dejé inmediatamente el fuerte y me interné en la maleza. Y cuando él desapareció de aquellos lugares, fuí a instalarme en otro fuerte situado al otro extremo de la población. Pasaron dos días más, al cabo de los cuales recibí un parlamentario en la persona de mi propia madre. Ella me garantizó que mi padrastro no volvería a maltratarme, y con tal condición me reintegré al seno de la familia. Cuando llegué

a la casa, no estaba allí mi padrastro, cosa que celebré en gran manera. Regresó un par de horas más tarde. Sin decirme una palabra, clavó en mí una mirada en la que adiviné el deseo a duras penas reprimido de romper el armisticio. Durante cinco o seis días hubo entre los dos una situación en extremo embarazosa. Ambos evitábamos toda ocasión de hablarnos, pero al fin, poco a poco, se fueron reanudando nuestras relaciones, y se estableció tácitamente entre ambos algo así como una *entente cordiale* o *modus vivendi,* hasta que al cabo se hizo la paz definitiva.

XII

CASO DE POLICIA

EN el mes de enero de aquel mismo año (1881), comenzaron las obras del Ferrocarril del Oeste de Sagua, cuyo primer tramo, de Sagua a la Chinchilla si la memoria no me es infiel, se inauguró seis meses después. Recuerdo que las dos primeras locomotoras que corrieron por aquella vía, llevaban al frente, debajo de la farola, la una el retrato de una linda niña llamada María Josefa, y la otra el de un niño llamado Manuelito, hijos ambos del dueño de la empresa, que era Don Manuel González Osma.

Mi hermano Antonio y Jesús María obtuvieron allí ocupación en los trabajos de terraplaneo y tendido de las paralelas. A mí no me admitieron en dichas labores, por ser demasiado muchacho, pero me utilizaron en una variedad de pequeños menesteres, tales como los de acarrear el agua de beber y los alimentos a las cuadrillas de trabajadores más distantes. Fué aquel un corto período de relativo bienestar para la familia, pues que, con lo que ganábamos los tres, se podían cubrir las más apremiantes necesidades. Mas, paralizada temporalmente la prolongación del ferrocarril, quedamos de nuevo en indigente ociosidad. Y aún se hizo más aflictiva nuestra situación, por cuanto fuimos compelidos a evacuar aquella barraca que hasta entonces nos sirviera de asilo. Fué con esta ocasión que Jesús María, el menos ima-

ginativo de nosotros, sugirió la idea que, tan peregrina y descabellada como era, mereció de todos unánime aprobación, de hacernos estancieros o sitieros. El acababa de efectuar una caminata por Guatá, y había visto por allí un sitio que se daba en arrendamiento. Verdad es que ninguno de nosotros sabía de labores agrícolas, pero qué caramba, nos decíamos, para cultivar yuca, plátano, boniato y calabaza, no se necesitan conocimientos: todo es sembrar y cosechar. Cierto era también que carecíamos de bueyes y aperos de labranza y de dinero para poderlos comprar; mas, aparte de que podíamos sembrar a punta de coa, no era improbable que algún vecino nos prestara los suyos para comenzar. (¡Nos habían hablado tanto de la hospitalidad y desinterés del campesino!) Después la tierra pródiga nos daría lo suficiente para adquirirlos en propiedad y para vivir sin hambre.

Fuimos todos inmediatamente a examinar el sitio. Claro está que no había ningún reparo que hacerle: poseía una vivienda de yagua y guano, en la que bien apretujadita podía caber la familia, y lo esencial por el momento para nosotros era el techo. Hicimos el contrato sobre la marcha: 48 pesos al año, pagados por mensualidades. Al siguiente día nos instalamos en el bohío.

Mas muy luego hubimos de darnos cuenta de lo ilusoriamente que habíamos procedido. La tierra era dura y se resistía a nuestro desmañado manejo de la coa, y los vecinos no prestaban sus bueyes y sus aperos. A costa de mucha fatiga y tiempo, sembramos un pequeño boniatal; pero no pudimos obtener semillas y posturas para otras plantaciones, porque no teníamos dinero para comprarlas, y los campesinos no las regalaban ni las fiaban. Nada de balde, nada al crédito, por lo menos a nuestro crédito. Inactivos y gravosos, consumimos las pocas provisiones con que habíamos llegado; luego, aquella boniatera que habíamos tan recientemente sembrado, cuyos tubérculos aún no se habían desarrollado, la arrancamos y nos la comimos. En el sitio existían diez o doce naranjos, de los cuales las frutas no habían llegado todavía al estado de madurez: también las arrancamos, y yo las llevé a vender al mercado, donde por toda la cosecha me dieron un peso y ochenta centavos, de cuya cantidad tuve

que pagar un peso por el alquiler del caballo de que me sirviera para dicha operación comercial.

Estábamos siendo la befa, el ludibrio de aquel vecindario, por nuestra ignorancia de las cosas del campo, y quizás más que por nuestra ignorancia por nuestra infelicidad. Como nos sabían hambrientos, hacían chistes y epigramas a este respecto. Agréguese a esto que el dueño del sitio, que era una mujer, recelando seguramente que no íbamos a poder seguir pagándole la renta, nos había pedido el sitio so pretexto de que ella lo quería habitar. Con este motivo dió en visitarnos con harta frecuencia; y en una de sus visitas, al notar las matas de naranjas despojadas de las frutas, nos armó un escándalo mayúsculo, como si hubiésemos cometido un robo. Tuvimos que dejar aquel malhadado sitio y reintegrarnos a la población.

Estando en Sagua sabíamos que, con las alternativas de paro forozso, algunas veces uno, algunas veces otro, conseguíamos trabajo, y el hambre no era tan constante como lo había sido durante la mayor parte del tiempo que permanecimos en el campo. Además mamá estaba dispuesta a dedicarse de nuevo a sus tareas de costura, siquiera fuesen tan mal pagadas que, trabajando todo el día y aun parte de la noche, no ganaba más de dos pesetas. Pensando en realizar mayor tarea compró, a pagar a plazos semanales, una máquina de coser. Recuerdo perfectamente la innoble figura del hombre aquel que todos los sábados venía a nuestra casa a cobrar el plazo vencido, y los feos modales que para ello empleaba; fealdad o más propiamente grosería que subía de punto si en alguna ocasión se dejaba de abonar una cantidad puntualmente. Entonces se negaba a escuchar toda palabra de justificación, levantaba la voz y amenazaba con llevarse la máquina. Una vez ocurrió que al llegar yo a casa, me encontré aquel sujeto que, con maneras destempladas exigía a mi madre el pago de uno de los plazos, que era el último; y como mi madre no podía pagárselo completo, hizo ademán de cargar con la máquina. Yo traía un dinerito que acababa de ganar, lo saqué del bolsillo, pagué y recogí el recibo. Entonces, habiéndome fijado en que el hombre tenía el sombrero puesto, le ordené que se descubriera, porque,

además—le dije—de encontrarse en presencia de una señora, no estaba en su casa. El hizo una mueca de desdén, replicando:

—Conque malas pagas y además altaneros.

Cogí al azar un neceser de costura y, sin advertir que había dentro unas tijeras, se lo tiré a la cabeza, hiriéndolo, aunque levemente, sobre un ojo. Salió a la calle vociferando insolencias y anunciándonos que iba a dar parte a la policía. Esta se presentó efectivamente pocos minutos después, y me condujo a la celaduría del barrio donde presté declaración. Más tarde hube de comparecer ante el Comisario, que si mal no recuerdo era un señor de apellido Vallinas, quien, luego de haberme oído, me dejó en libertad, diciéndome con acento afectuoso:

—Vete tranquilo.

XIII

DIAS DE SAN JORGE

AL fin mi padrastro, que desde que dejara de ser Factor no había ganado un centavo, obtuvo un puesto en el Ayuntamiento, como mayordomo del hospital de la localidad, con treinta pesos de sueldo mensual, y casa y comida para él. Pero no pudo conservar mucho tiempo esta colocación: desavenencias con el practicante mayor, que contaba con protectoras influencias, lo obligaron a dejarla. Meses después se colocó de nuevo en el Ayuntamiento, como policía o guardia municipal. Estaba ya el infeliz muy achacoso, no tanto por la edad o las enfermedades, como por la miseria y las privaciones. Un día que me encontraba yo por los alrededores de la Plaza del Mercado, vi a un hombre que, a la voz de ¡ataja!, y ante la espectación de los transeúntes, corría llevando un cajón suspendido del hombro izquierdo y un gran cuchillo en la derecha. Me había detenido curioso a contemplar el espectáculo, cuando divisé a un policía, en quien reconocí a mi padrastro, que corriendo con evidente

dificultad y jadeante, y, todavía con más de una cuadra de atraso, procuraba dar alcance al fugitivo. No pensé más que en detener a éste y, con la elasticidad y ligereza de mis músculos juveniles (tenía yo entonces catorce años), salté sobre él, colgándomele del brazo armado. El hombre, que en su turbación no se le había ocurrido desembarazarse del cajón, ahora con la nueva carga de mi cuerpo que entorpecía más y más sus movimientos, y de la cual trataba en vano de deshacerse, sin procurar no obstante hacer uso del cuchillo, fué perdiendo el impulso de su carrera, hasta que, habiendo llegado el policía, lo apresó. En realidad, el hombre aquel (un "turco") no había cometido un verdadero delito. Agredido por dos o tres individuos a la vez, según se averiguó, había echado mano al cuchillo de un carnicero para amedrentar a sus agresores. Vió en aquel preciso instante al policía, se asustó y se dió a la fuga.

Mi padrastro había podido cumplir aquella vez con el deber de capturar a un delincuente presuntivo, gracias a mi oportuna y eficaz intervención, pero era indudable que sus condiciones físicas eran ya inadecuadas para desempeñar las funciones de guardador del orden público. Un par de meses después de aquel suceso lo dieron de baja en el servicio.

En lo que a mí atañe, la multiplicidad y disimilitud de los menesteres que desempeñé desde nuestro regreso de Guatá, hasta la fecha, no son para contar. La cuestión era la necesidad de ganar dinero, sin reparar en los medios, como no fueran deshonestos.

Más tarde (estábamos ya en el año de 1883), mi padrastro se colocó como mayoral de batey en un ingenio llamado San Jorge, de las cercanías de Sagua, administrado a la sazón por un antiguo amigo llamado Federico Jova. Ganaba treinta pesos mensuales, casa y comida para él. Yo lo acompañé y me puse a la vez a trabajar en el mismo batey, en la manipulación del bagazo. Consistía esto en hacer parvas con el bagazo húmedo o acabado de salir del molino; extender el de aquellas parvas más antiguas para que se secara al sol, y acarrearlo definitivamente a la casa de calderas para ser quemado en la fornalla. Me daban doce pesos mensuales, sin

comida, pero como mi padrastro tenía mesa aparte comía con él y dormía en su habitación.

Mi padrastro no pudo tampoco resistir más de algunos meses aquella ocupación: las levantadas de madrugada y alguna que otra lluvia que lo sorprendían fuera de techo, acabaron con su salud. Se volvió a casa sufriendo de unas calenturas que llaman de frío. Yo continué por algún tiempo más en el mismo trabajo. Este se realizaba solamente dos veces al día, en horas de la mañana y de la tarde; fuera de ellas podía hacer uso del *derecho a la pereza,* y me iba a corretear y saltar, y a hacer travesuras junto con los demás muchachos, negros y blancos, que trabajaban o que vivían con sus familias en el mismo batey. ¡Cuánta fortaleza y agilidad adquirieron entonces mis músculos! Me hice notable en la ligereza de las piernas para la carrera y el salto; en montar a caballo, en tirar el lazo, y en otra infinidad de ejercicios corporales, entre ellos la lucha llamada libre. Conservo de aquellos alegres días el recuerdo de un diablillo femenino que con nosotros participaba, con ventajas en ocasiones, de todo lo que significara arrojo y destreza, y era además la más fecunda en idear travesuras ingeniosas. Ella era la única que competía conmigo en la natación, y en arrojarse al río desde la considerable altura del muelle donde atracaban los barcos que embarcaban el azúcar del ingenio. Era una muchacha de trece a catorce años, hija del carpintero de la finca, llamada Rosa.

Una vez a Rosa se le ocurrió una broma, cuya feliz ejecución nos colmó de alborozo: las aguas, turbias por el arrastre de melazas, que como desperdicio salían de la casa de calderas, se derramaban por medio de una ancha canal en un enorme recipiente de mampostería. Esto era lo que se llamaba el refriadero. Allí acudían a bañarse cada atardecer una multitud de mujeres negras, trabajadoras del ingenio. La mencionada canal, instalada sobre un montículo o terromontero de poca elevación, quedaba casi perpendicular y a cosa de unas tres varas de altura sobre el recipiente. Nosotros conquistamos a un negrito de pocos años para que, por una peseta, se dejara caer de la canal al tanque, en los momentos en que aquellas mujeres se encontraban bañándose en él.

Así se efectuó. El negrito, aprovechando los instantes en que la plática de las mujeres era más animada, se dejó caer con gran cautela y silencio en las nada cristalinas aguas del recipiente, y fué a sacar su oscura y crespa cabeza en medio de ellas. Estas al verlo gritaron despavoridas:

—¡Güige, güige!—, precipitándose en cueros, como estaban, fuera del tanque.

En otra ocasión, y por iniciativa de la misma locuela de la muchacha, dimos una nueva broma, de la cual se estuvo hablando varios días, porque causó gran temor entre aquellos supersticiosos negros africanos. Fabricamos un muñeco del siguiente modo: de un coco seco, despojándolo a medias de la corteza fibrosa, y practicándole agujeros que correspondieran a ojos, nariz y boca, le hicimos la cabeza; el resto del cuerpo, torso, brazos y piernas, se lo formamos de distintos materiales, tales como bagazo, trapos, etc., etc.; por las aberturas que simulaban los ojos, que eran los únicos taladros completos, introdujimos varios cocuyos, y luego, amarrado a una tabla, lo cubrimos con un saco de henequén, al que atamos con un cordel de tal modo que pudiésemos dejar descubierto el mamarracho a nuestra voluntad. Y una noche, que de exprofeso aguardamos a que fuese bien oscura, nos fuimos con él, provistos de una aguzada estaca, a la entrada del camino. Era éste un estrecho sendero que, bordeado de yerbas, corría más o menos paralelamente al ferrocarril de la finca. Clavamos la estaca y recostamos a ella la tabla a la que estaba adherido el muñeco, y, ocultos detrás de unos matojos, quedamos en acecho. Poco rato después vimos venir un jinete. Esperamos a que se aproximara bastante, y, tirando entonces de la cuerda que sujetaba la cubierta de henequén, dejamos al descubierto el muñeco. Por sus hendiduras faciales brotaba la verdosa luz de los coleópteros encerrados en el pulposo cráneo. El caballo dió un fuerte respingo, y el jinete, emitiendo un sonido inarticulado y gutural, huyó como alma que se lleva el diablo. Nosotros recogimos el mamarracho y nos escabullimos listamente. Al día siguiente escuchábamos, conteniendo con gran esfuerzo nuestra hilaridad, cómo los negros se contaban unos a otros con temblona voz, que a *Ta* Julio le había salido la noche aquella una "cosa mala".

Al finalizar la zafra de aquel año (1883), fuí llamado a desempeñar otras funciones, menos rudas que las de recoger bagazo, en el mismo ingenio: pasé a las ódenes inmediatas del administrador, en calidad de "mandadero". Mi nueva ocupación consistía en ir diariamente al pueblo a llevar y a traer la correspondencia de la administración, y a hacer algunas compras para el uso y consumo de la "Casa de Vivienda". Tenía como sueldo quince pesos mensuales, amén de casa y comida; pero como a la vez me hacía cargo de compras para los demás altos empleados de la finca, siempre me ganaba cuarenta o cincuenta centavos diarios más de comisión. Salía del ingenio de cuatro a cuatro y media de la mañana, y, como el pueblo quedaba a muy corta distancia, a eso de las nueve estaba de regreso. Después era libre de toda obligación por el resto del día.

XIV

PRIMER AMOR...

EN aquella época (contaba dieciséis años de edad) apenas sabía leer, y escribía con agravio de la gramática y de la ortografía. El deseo de instruirme se apoderó de mí. Dejé de visitar el batey, renunciando a aquellos alegres pero infecundos pasatiempos con la cuadrilla, y encerrado en mi cuarto pasaba la mayor parte de las horas, maestro de mí mismo, marcándome y tomándome lecciones, y haciendo ejercicios caligráficos, para lo cual me había provisto de algunos libros de didáctica y modelos de escritura. Fué también por aquella misma época que tuve mi primera novia, allí mismo en el ingenio. Era poco más o menos de mi misma edad, se llamaba Florinda, y era una linda flor.

Los edificios de la administración, o más propiamente dicho, los de la residencia del administrador, estaban bastante apartados del batey del ingenio, y eran tres: uno, el principal, constaba de dos plantas y de un ático o mirador. Fabricado de tabloncillos de roble barnizados, con puertas y ventanas de cristal, era un verdadero palacio de madera. Otro de

mampostería, de dos plantas, y otro mucho más modesto, también de mampostería y tejas, de una sola planta. En el primero habitaba el administrador; en el segundo, en su planta baja, estaban el comedor general y la cocina, pues el primero carecía de dichos servicios, y la planta alta estaba dedicada a viviendas suplementarias. Aquí teníamos nuestras habitaciones el "sereno" y yo. En el último edificio habitaban los miembros de la servidumbre.

El ingenio San Jorge estaba situado en la proximidad de Sagua, corriente abajo y a la margen izquierda del río, quedando las casas mencionadas al mismo borde de las aguas. Esta pintoresca situación, lo fácil y breve del viaje, y las comodidades que las mismas ofrecían, las habían convertido en residencias veraniegas predilectas de varias familias ricas de la población, relacionadas con el administrador de la finca. Particularmente la casa principal se colmaba de huéspedes, en su mayoría señoras, cada verano. Florinda fué acompañada de una señora, su parienta, a pasar allí una de aquellas estuosas temporadas. Era una muchacha pobre, hija de un antiguo amigo arruinado de Don Federico, y, dada su condición, no se le podía hacer alternar con las otras damas distinguidas, alojándola en la casa principal, sino que se le dieron dos de las habitaciones suplementarias. Viviendo en tan cercana vecindad, viéndonos a cada momento, pronto me enamoré de ella. Por aquellos mismos días tuve yo un incidente, que culminó en un combate, mi primer combate con un soldado español. Se encontraba éste en esa situación que en el ejército español llaman "rebajado del servicio": es decir que, constando en el efectivo de la unidad a que está adscripto el individuo, se le ha concedido licencia temporal y condicional para ausentarse y dedicarse a cualquiera otra ocupación. Era el "sereno" o guardián nocturno de la residencia del administrador. Benito, que así se llamaba, era un patán grosero e insolente, que constantemente se jactaba de su doble condición de peninsular y de soldado (soldadito del Rey, se decía a sí mismo), y deprimiendo todo lo del país. Yo le tenía ojeriza, porque ya el sentimiento de la patria comenzaba a insinuarse en mi alma. Un día Benito, de una manera consciente, se expresó con palabras indecentes

delante de varias señoras, y yo le requerí por ello, aunque en forma moderada.

—Vean este cubanito de mala leche—, exclamó él con acento de un profundo desprecio.

La frase y el tono restallaron en mis oídos, como un latigazo en el rostro. Me abalancé sobre él y nos dimos de golpes. Algunas personas acudieron y nos separaron; pero Benito me amenazó con "rajarme de arriba a abajo". Yo guardé silencio por el instante, y más tarde, ya de noche, me fuí a encontrarlo. Como él, en virtud de su empleo, llevaba siempre un machete al cinto, yo también me ceñí uno. A los primeros tajos que nos cruzamos yo lo alcancé ligeramente en un hombro; mas al querer parar después uno suyo, la hoja de mi machete, que estaba ya muy gastada y débil, se partió, y Benito me tocó con la punta del suyo en el pecho, sobre el esternón. Al ruido de la pelea, salieron al balcón varias señoras, las que al ver aquella escena se pusieron a gritar, y acudió uno de los negros del servicio particular del administrador, llamado Alejo. Alejo me quería mucho, y al verme ensangrentado y reparar que Benito conservaba el machete en las manos, tiró del suyo, diciéndole al soldado:

—Patón cobarde, tú te bates únicamente con un niño, haz la prueba conmigo y verás a un cubano pelear sabroso.

Pero Benito, lejos de recoger el guante, trataba de escurrirse, por lo que Alejo le quitó el machete y se lo dobló de plano varias veces en las costillas. Las señoras bajaron todas a curarme con solicitud y, aunque mi herida era insignificante, me obligaron a acostarme. Al siguiente día, muy temprano, vino Florinda a verme, y, aprovechando un momento de distracción de su acompañante, me dió un beso en la boca. ¿Qué otro premio mejor que aquel beso a mi heroísmo? Porque yo, según ella, era un héroe.

—Porque miren que batirse con un soldado español—exclamaba con acento admirativo.

¡Cuántas veces antes había yo solicitado aquel beso sin lograrlo! Yo he tenido después varias, muchas novias. ¿Quién no las ha tenido en su juventud? Pero en el recuerdo de Florinda encuentro las trazas de mi más temprano amor, las cenizas de mis primeros fuegos.

XV

"SEÑOR MARQUES"... "SEÑOR CONDE"...

AQUEL destino de mensajero, en el que todo mi trabajo consistía en hacer diariamente una corta jornada a caballo, que ha sido siempre uno de mis placeres favoritos; que me permitía dedicar muchas horas al estudio, me encantaba. Pero a Don Federico se le ocurrió la para mí desdichada idea de poner al frente de aquellas dependencias a una "ama de llaves", y trajo a una señora catalana de unos cuarenta o cuarenta y cinco años, llamada Doña María. Era ésta una mujer sumamente activa, autoritaria y exigente, uno de esos seres cuya eficiencia es el martirio de todo aquel que de alguna manera les está subordinado. A los pocos días de haber tomado posesión de su cargo, determinó que yo me ocupara de algo más que de ir al pueblo.

—¿Por qué—me decía—has de pasar todo el día sin hacer nada?; ¿es que te pagan para que te estés de holgazán, nada más que con los libros en las manos?

Se había propuesto fomentar una cría de aves de corral, y constantemente me estaba gritando:

—Manuel, torna los aganajos (guanajos); Manuel, a la gaína yabada le falta un poyete, deberá andar por ahín un yubo (jubo), encontralé y matalé.

Un día me ordenó:

—Manuel, atiente esa gaína a ver si tiene huevo.

Me sentí humillado, ofendido, y, sin poner en ello ninguna maliciosa intención, le dije:

—Después va usted a querer que la tiente a usted también.

Doña María se puso roja, después pálida, y, si no soy listo en esquivarla, me da la gran bofetada. Afortunadamente Don Federico no estaba en ese momento en la casa. Yo no aguardé tampoco su regreso, y me marché en el acto.

Mi siguiente empleo fué el de ayudante del "picador" de tabaco para cigarros, en una cigarrería de Sagua. Para esta operación no existían en aquellos tiempos maquinarias, y se ejecutaba a mano, utilizando una ancha y recia cuchilla adherida, como al tercio medio, de una barra de hierro que,

sujeta por el extremo opuesto a una especie de plataforma, funcionaba con movimientos de báscula por medio de unos muelles de presión. Mi labor consistía en acercar las hojas enteras del tabaco a la cuchilla por el lado izquierdo y retirar la picadura por el lado derecho. Esta era obra de habilidad más que de resistencia; pero yo padecía desde muy niño de tos convulsiva, y el polvo del tabaco exacerbaba esta dolencia: tosía sin cesar. Mas aquel trabajo duró poco tiempo. La fábrica era pequeña, y muy luego la existencia de tabaco picado fué suficiente a su capacidad de producción de cigarros. Entonces me fuí a cortar caña en una colonia próxima al caserío de Guatá: pagaban un peso diario, pero era preciso rendir determinada tarea; yo no la podía rendir completa, y, aunque me conformaba con ganar menos que los demás "cortadores", no se me permitió continuar.

Por aquellos días mi hermano Antonio se encontraba empleado en un ingenio de las cercanías del poblado de Viana, llamado La Estrella. Ya he dicho que este hermano mío era no sólo el menos ignorante de todos nosotros, sino también el más inteligente. Diré más, diré que su inteligencia era realmente notable y que, si se le hubiese podido desarrollar en todo su alcance con el cultivo de una adecuada instrucción, habría culminado en lo genial. Al mencionado ingenio había llegado como simple peón en el cuidado y engrasamiento de las maquinarias; pasó rápidamente a ser ayudante del maquinista, y ahora se encontraba al frente del departamento de locomotoras como primer maquinista. Allá me fuí en busca de trabajo, lo que obtuve como sirviente de fragua. ¡Qué ocupación tan martirizante aquélla!: cuando el hierro puesto al rojo blanco recibe sobre el yunque los primeros mandarriazos, se despiden de él miriadas de chispas que, volando como malignos insectos, horadan nuestros vestidos y se nos clavan en las carnes. Una vez pisé inadvertidamente un pedazo de hierro encendido, el cual, taladrándome la suela del zapato, me causó una profundísima quemadura en la planta del pie. No pude volver más a la herrería, y estuve inutilizado para el trabajo por espacio de un mes.

Curado al fin de aquella llaga, me puse a trabajar como

"alzador" de cañas en un ingenio llamado Palmarito, de las cercanías de Sagua. De allí pasé a otro ingenio de la misma vecindad, llamado Delta, a rodar bocoyes de azúcar.

He de decir que, no obstante el estado de ignorancia en que por entonces me encontraba, y las toscas ocupaciones a que tenía que dedicarme, siempre tuve aspiraciones elevadas. La esfera social en que por el momento me movía la consideraba únicamente como una necesidad circunstancial y transitoria, manteniéndome siempre por encima de su nivel, y sustraído a sus vulgaridades ambientes. Nunca pude resignarme a ser una mera partícula del montón anónimo, y, sin que en ello hubiese un jactancioso desdén, sino por idiosincrasia de mi carácter, mis compañeros de horas de labor dejaban de serlo tan pronto terminaban éstas. En todo caso, si alguno de aquéllos seguía siéndolo después, era por excepción y como producto de la afinidad de temperamento y de hábitos. Gustaba de estar limpio y decentemente vestido, considerando esto último, no como una superfluidad susceptible de ser suprimida, sino como algo indispensable a mi propio decoro. Esta pulcritud exterior, y la congénita delicadeza y cortesía de mis modales, como es de suponer, chocaban en muchas ocasiones como tópico extraño en aquel medio propicio a las groserías e incivilidades, por lo que no pocas veces mis compañeros de faenas, al hablarme, empleaban la ironía, llamándome "señor Marqués", "señor Conde", etc., etc. Yo no me impacientaba, y aunque no les devolvía las bromas, aparentaba aceptarlas de buen talante. Solamente en una ocasión me violenté a causa de ellas, y tanto que a poco estuvo de tener consecuencias de tragedia. Pero no se trataba ya de una mera chanza, usada con más o menos burlona intención, sino de insolente sarcasmo, que hacía más irritante el motivo que la inspiraba y la inoportunidad en que se me dirigía. Y aun así, quizá si la hubiese tolerado de tratarse de alguno de los trabajadores mis iguales, pero había partido del mismo jefe o capataz. Véase cómo sucedió: habiendo dejado el ingenio Delta, después de terminada la zafra de aquel año, trabajaba yo con una cuadrilla en la construcción de un ferrocarril en el ingenio Macun, contiguo a Sagua. El empresario de la obra y capataz de la misma era

un isleño canario, hombre codicioso y desalmado, que se embolsaba una parte del costo de nuestra manutención y nos mataba de hambre. Y lo peor del caso era que casi no podíamos hacer reclamaciones, por piedad hacia el cocinero, un muchacho de trece o catorce años de edad, hijo del referido patrón. Este infame, en cuanto nos quejábamos de la poquedad o mala calidad del alimento, daba de golpes al pobre muchacho, gritándole:

—P... ¿no te he dicho que eches más patatas? C... ¿no te he dicho que pongas más garbanzos y tocineta?—, y así por el estilo.

Pero nosotros sabíamos por el propio chiquillo que aquello era una farsa atroz; que luego de haberlo castigado delante de nosotros con aparente cólera por poner poca comida, a nuestras espaldas lo amenazaba con más riguroso castigo si la aumentaba. Naturalmente, todos le teníamos mala voluntad a aquel sujeto, que si era malo como hombre, lo era aún más como padre. Ocurrió un día que, al ir a almorzar, encontré en mi ración de chícharos un alacrán entero cocido. Y como ya había ingerido una parte de aquel guisado inmundo, sentí la desazón del asco en el estómago y unas bascas insoportables, por lo que, sin haberlo dicho a nadie, me retiré a vomitar. Sorprendidos por esto, algunos de mis compañeros examinaron mi plato, y pronto descubrieron en él aquel escorpión. El descontento se hizo patente y general, y entonces el capataz, queriendo sin duda neutralizar el mal efecto con una pujada agudeza, exclamó:

—El pollo no alcanzaba para todos, y se lo di al señorito como más aficionado a la carne delicada.

El señorito era yo. Poseído de una ira enloquecedora, arrebaté el plato con la comida y se lo lancé a la cara. El cogió un gran cuchillo de la cocina, y yo enarbolé una mandarria sobre su cabeza. Por fortuna, a tiempo que iba a descargarle el golpe, que hubiera sido mortal, los demás hombres se interpusieron entre nosotros dos, impidiendo un sangriento drama. Aquel mismo día nos marchamos todos, dejando solo al patrón con su hijo, que era su más fácil y segura víctima.

Después de aquel incidente, fuí a formar parte de la cua-

drilla de reparación del ferrocarril de Sagua a La Isabela. Aquí el trabajo era más duro que en Macun, por cuanto se trataba de "vía ancha", para la cual los rieles son más gruesos y pesados que para "vía estrecha", que era la otra, y también las traviesas son más grandes y sólidas. Era aquel un trabajo demasiado fuerte para mí, y no lo hubiera podido realizar a no ser por la benevolencia de los demás cuadrilleros que, cuando formaban pareja conmigo para cargar un riel o una traviesa, hacían ellos la mayor parte del esfuerzo.

Llevaba allí un par de meses, cuando se incorporaron a la cuadrilla tres sujetos, dos españoles y uno criollo, que, según dijeron ellos mismos, venían de La Habana. ¡La Habana! ¡Cuánta sugerencia, cuánto prestigio había para mí en esta palabra! La capital de la Isla se presentaba a mi imaginación de inculto provinciano como una ciudad inmensa y monumental, donde se veían todas las maravillas creadas por el genio del hombre. No es pues de admirar que aquellos tres individuos que la conocían, que venían de ella, y era ella el tema frecuente de sus conversaciones, ejercieran una gran atracción sobre mí. Pronto me convertí en acompañante consuetudinario de los mismos, y los seguía a todas partes.

La cuadrilla pernoctaba, bien en Sagua, bien en La Isabela, según se encontrara trabajando más cerca de una o de otra localidad, sirviéndole de alojamiento una "casilla" del ferrocarril. Una noche, hallándonos en La Isabela, cuando iba a recogerme, más temprano que de costumbre, al subir por la escalerilla que daba acceso a nuestra habitación rodante, oí que dentro se sostenía una conversación a media voz. Me detuve en silencio y apliqué curioso el oído. Me sentí aterrado. Los que hablaban eran los tres forasteros, y se hacían confidencias mutuas sobre robos, escalamientos y audaces asaltos, puñal en mano, realizados por ellos en La Habana. Descendí discretamente la escalerilla, y luego la volví a subir haciendo el ruido natural, y me acosté. No pude conciliar el sueño en toda la noche, pensando en si debía poner en conocimiento de las autoridades, o simplemente del patrón, aquello que había oído. Al amanecer del siguiente día, lo que había resuelto era separarme de la cuadrilla para sustraerme a la compañía de aquellos malhechores, e irme de la

localidad, lo que efectué a los pocos momentos, marchándome a Sagua.

En Sagua comencé, algunos días más tarde, a trabajar como peón de albañil. Fué éste, de todos los duros trabajos a que hube de apelar en mi juventud para ganarme la vida, el más penoso. He tenido siempre la piel excesivamente delgada, y el roce con los ladrillos me agrietaba las manos, dejándome particularmente la yema de los dedos en carne viva, y aun la misma carne penetrada en forma de pequeños pero profundos agujeros que me ocasionaban intensos dolores. Una mañana, hacía como cuatro meses que trabajaba en la construcción de una casa, después de una noche de sufrimientos, y haciendo un gran esfuerzo de voluntad, me dirigí a mi trabajo; pero al llegar a la fábrica, hube de convencerme de que me era imposible tener entre mis manos un ladrillo. Mi aflicción fué tanta que me dejé caer sobre una piedra y mis ojos se bañaron de lágrimas. Pocos instantes después oí a mi espalda una voz amiga. Era la de mi primo Ramón Alba, el que al notar mis pestañas humedecidas me preguntó con gran interés por la causa de aquel llanto; por toda respuesta le mostré las manos desolladas. Ramón, que era tonelero, me dijo:

—Yo he conseguido trabajo, y vengo a proponerte que seas mi ayudante; te pago el mismo jornal que estás ganando aquí, y si saco una tarea mayor que la regular, lo que en gran parte dependerá de tu colaboración, te doy además el veinte por ciento del exceso de mis ganancias. De todas maneras, el trabajo no será tan penoso como éste de andar con ladrillos y cal.

Acepté con indecible alegría, y en el acto me marché con Ramón a poner manos a la obra. La tonelería no es un oficio de fuerza, pero sí de mucha habilidad y ligereza, tanto en lo que se refiere al tonelero como al ayudante. Aquel primer día Ramón no pudo hacer la tarea regular, pero sí al siguiente, y en los sucesivos la sobrepasó. Mas el número de toneles (bocoyes para azúcar) que había que armar era limitado, y la obra duró apenas un par de meses. Mientras Ramón encontraba un nuevo contrato, volví a cargar ladrillos y cubos de "mezcla" en las fábricas.

XVI

VOCACION ARTISTICA

YO no había dejado de perseverar en instruirme a mí mismo, y la mayor parte del tiempo en mi descanso la empleaba en este empeño autodidáctico y en leer. Hasta entonces había leído cuanto libro cayera en mis manos, sin discriminación alguna, pues ni en mi familia ni entre mis relacionados existía una autoridad bibliográfica, que me pudiera aconsejar en la selección de lecturas. En aquella época los autores españoles más particularmente en boga entre nosotros eran Pérez Escrich y Valls y Vicens. Sus novelas, de un sentimentalismo enfermizo, ejercían entre las gentes sencillas como yo una influencia perturbadora, que impedía la fijación de ideas exactas sobre la realidad del mundo y de la vida. Leí muchas de aquellas novelas, así como también versiones al español de algunas de autores franceses muy populares, que no eran ciertamente dechados de moral, tales como las de Paúl de Kock, el divertido autor de *La Pucelle de Belleville,* y el inacabable *Rocambole* de Ponson Du Terrail. Y cuántas veces me sentí identificado con alguno de los protagonistas de aquellas novelas, cualquiera que fuese la índole del papel que en la farsa representara. Particularmente si en su actuación entraba la valentía y la generosidad. En este caso, lo mismo admiraba a un guerrero que a un bandido. Recuerdo que en una ocasión estuve prendado de José María, un bandolero andaluz apodado Tempranillo:

José María,
el que a los ricos robaba
y a los pobres socorría.

Afortunadamente para mí, otras lecturas más nobles y sensatas vinieron después, y la obra del pensamiento borró en mi alma las huellas que dejara la obra de la fantasía.

Aquel trabajo de peón de albañil se me hizo al cabo de todo punto imposible: las manos se habían desollado de nuevo completamente.

Por esos días acababa yo de leer una novela que me causó una impresión más duradera que otra alguna. Se titulaba,

si mal no recuerdo, *De Pescador a Soberano* y estaba basada en la revolución capitaneada por Masaniello, en Nápoles, contra el gobernador español, Duque de Arcos. En ella hay un pasaje en que aparece en escena el pintor Salvador Rosa. Cautivo el artista de unos bandidos, aprovecha una oportunidad para copiar rápidamente al lápiz las facciones de los malhechores, y más tarde, habiéndose podido sustraer al cautiverio, los entrega por tal medio a las autoridades. ¡Qué prodigioso me pareció aquello! Desde entonces quise ser pintor a lo Salvador Rosa. Y un día que transitaba yo por una de las calles más céntricas y comerciales de Sagua, me detuve frente a un edificio cuya fachada estaban decorando para un establecimiento de tejidos. Nunca había visto cosa semejante, pues en nuestro pueblo era cosa inusitada la decoración, por lo menos la decoración exterior. El pintor, con un carbón entre los dedos, trazaba con ágil maestría rótulos y paneles; figuras alegóricas y ondulantes caprichosos arabescos, en los cuales desarrollaba luego, en multitud de matices, todos los colores del prisma. Embelesado, me quedé gran rato contemplando aquella emersión de brillantes y graciosas figuras que se producía bajo la diestra mano del artífice. Este hombre, pensé, es un gran pintor, y sabe, seguramente, hacer retratos como Salvador Rosa; ¿si quisiera tomarme de aprendiz? ¿Pero cómo puedo ser yo aprendiz de nada, teniendo mi familia necesidad de que la auxilie con el producto de mi trabajo? Reflexioné: quizás pueda servirle de ayudante, con poca retribución, y de aprendiz. Me resolví, y abordando tímidamente a aquel *grande artista*, le dije:

—Yo deseo aprender a pintar, pero tengo necesidad de ganar algún dinero para ayudar a mi familia, ¿quiere usted tomarme de aprendiz en estas condiciones? Tal vez le pueda ser útil.

El me contestó, después de mirarme unos instantes:

—Bueno, pero no te podré fijar sueldo sino cuando sepa lo que eres capaz de hacer. Por lo pronto, limpia esos pinceles y esas brochas, y súbelas al andamio con aquel pote de pintura, y ponte a pintar el canto de la cornisa.

Al terminar la jornada, el hombre, satisfecho de mi diligencia, me ofreció como sueldo una onza (diecisiete pesos)

al mes y la comida. Calculé que aquella entrada fija para la familia, y una boca menos en la casa, era superior a lo que podía darle trabajando unos días sí y otros no, y acepté alborozado la oferta. Mi maestro se llamaba Antonio Armengol Lamoglia y era catalán.

Varios días más tarde, una mañana visitó nuestro taller, invitado por mi maestro a almorzar, un señor llamado Antonio Roca, catalán, el que por su conversación sobre pintura comprendí que también era pintor. Le fuí presentado como aprendiz. Momentos después, habiéndonos quedado solos él y yo, Roca exclamó dirigiéndose a mí:

—¿Conque te gusta la pintura?

—Sí—le respondí—, sobre todo los retratos.

—¡Los retratos!—repuso él—, ¿y quién te va a enseñar a hacer retratos?

—El señor Lamoglia, mi maestro—contesté yo.

Roca se echó a reír, diciéndome:

—No, muchacho, Lamoglia no es retratista, es solamente decorador.

—Y usted, ¿sabe usted hacerlos?—pregunté yo a mi vez.

—Tampoco—me respondió Roca—, yo soy pintor escenógrafo.

—¡Qué decepción! Mas, no obstante ella, continué al lado de Lamoglia, discurriendo que también el arte decorativo es un arte bello y seguramente bien retribuído, y que aprendiéndolo aprovechaba bien el tiempo. Más tarde—pensé—trabajando como decorador ganaré lo suficiente para trasladarme a La Habana, donde seguramente habrá grandes maestros y academias de arte.

Con Lamoglia estuve unos seis meses. En este tiempo mi progreso fué poco, porque no se realizó ninguna otra obra de decoración. Unicamente se embadurnaban paredes, puertas y ventanas, en lo que me hice tan pronto práctico que, independizándome de mi maestro, me puse a trabajar por mi cuenta. Hice varios contratos, al final de los cuales se me presentó la oportunidad de colocarme en la empresa del ferrocarril para pintar los edificios de las estaciones, puentes y postes. Primero como oficial, ganando peso y medio diario, después fuí nombrado capataz de un grupo del mismo oficio,

con dos pesos como jornal. Concluído este trabajo, que duró varios meses, volví a pintar como contratista durante algún tiempo en Sagua, y en otros pueblos e ingenios de la provincia. Después, habiendo tenido referencias de que en Cárdenas se ejecutaban con frecuencia obras de decoración, me fuí a aquella ciudad, donde trabajé con un pintor llamado Serafín Jiménez. También me inscribí allí en una academia que, bajo la dirección de un señor La Fuente, tenía clases nocturnas para adultos, y tomé un profesor de francés. Con tal incoherencia marchaba mi instrucción, que pretendía aprender un idioma extranjero sin conocer bien el mío propio.

Mi maestro era un genuino francés a quien seguramente la borrasca arrojara a aquellas playas, pues cuando lo conocí parecía conservar aún las trazas del naufragio. Era un hombre alto y robusto, de recio y tupido bigote y espesas barbas. Un tipo de granadero. Y efectivamente, según él, había servido en dicho cuerpo durante la guerra francoprusiana del 70, de la cual, así como de sus propios hechos de armas, me hacía frecuentes relatos. Yo sentía por él admirativa devoción—¿y cómo no si era un héroe?—, devoción a la que él correspondía condescendiendo hasta pedirme prestado dinero que nunca me pagaba. Pero las clases y aun nuestras relaciones quedaron repentina e inopinadamente interrumpidas. Una tarde, a la hora habitual de mis lecciones, viendo venir a mi maestro hacia mi residencia, salí cortés a la calle a recibirlo, y, ya juntos ambos, otro individuo, de tipo criollo, pero alto y fuerte también, dobló la próxima esquina, se llegó a nosotros y entabló con el francés una discusión a propósito de unos alquileres que éste le había dejado de pagar. Yo me aparté discretamente de aquel sitio para dejarlos con mayor libertad de ventilar sus asuntos. La discusión fué acalorándose hasta culminar en disputa. De pronto vi al criollo que, cogiéndolo por los hombros e imprimiéndole un movimiento de rotación, le daba al héroe un puntapié por los fondillos. No volví a ver a mi maestro.

Durante mi estancia en Cárdenas ocurrió una inundación producida por lluvias torrenciales y el desbordamiento del mar, que puso en grave riesgo al vecindario. Yo andaba recorriendo las calles por espíritu de pura curiosidad cuando,

a unas dos o tres cuadras de la plaza de armas, hacia el litoral, oí que de una casa medio sumergida en el agua una voz femenina imploraba socorro. Acudí a ella y encontré una familia compuesta de cinco miembros, entre ellos dos niños de corta edad, y una niña algo mayor, tal vez de doce a catorce años, una señora, la madre, y el padre postrado en el lecho sin poderse valer. A todos los puse en salvo. Corrí a buscar ayuda, y, habiendo regresado con otro hombre, sacamos primeramente al enfermo, dejando a los niños de pie sobre una mesa mientras volvíamos, y luego sacamos a toda la familia. Esta familia era la del señor Carlos Meireles. La señora Meireles era una artista genial, muy aplaudida entonces en los teatros cubanos y de otros países de habla española.

Poco tiempo después fuí a trabajar por contrato a Calimete, y luego a Colón, desde donde regresé a Sagua. A mediados del año 1892 me marché a Cienfuegos, donde pinté por contrato, ejecutando en ella obras de decoración interior, la casa particular de un rico comerciante español, llamado Galo Díaz o Galodíaz.

Había yo entablado recientemente relaciones con otro pintor y empapelador de la localidad, con quien, concluída la obra antes mencionada, fuí a trabajar a jornal. El y su mujer habitaban solos, pues no tenían familia, una casita en el barrio de Marsellán, de la que les sobraba un cuarto, y me propuso que fuera a hacer vida de familia con ellos, pagándole quince pesos mensuales. La proposición me resultaba ventajosa, y me apresuré a aceptarla. Don Sebastián, llamémoslo así, era un hombre de unos sesenta años, y su esposa no era de mucho menos edad que él. Pero en lo que sí era notable la diferencia entre marido y mujer, era en temperamento y carácter. El, no obstante encontrarse en la senectud, era alegre y vivaracho, y de una jocosidad inagotable: jamás faltaba en sus sonrientes labios un chiste o una broma. Ella, en cambio, era de un temperamento pasivo y silencioso, carecía de vivacidad, y su candidez rayaba en lo inconcebible, por lo que su consorte se divertía a menudo haciéndole creer, aunque sin perversa intención, los embustes más inverosímiles.

Me encontraba completamente satisfecho con esta posición:

se me pagaba un buen jornal, y mi alojamiento no dejaba nada que desear. La única contrariedad me la ocasionaba inconscientemente Doña Lola (supongamos que se llamaba así), quitándome con frecuencia algunas de las horas que yo deseaba dedicar a la lectura, o salir a divertirme. Don Sebastián tenía la costumbre de marcharse todas las noches, después de comer, a pasar un rato jugando al dominó con sus amigos, y Doña Lola, cuando yo no andaba listo en salirme de la casa o encerrarme en mi habitación, me atrapaba y me hacía escuchar las *precocidades* de su inteligencia de niña, unas veces, y otras veces sus cansadas homilías. Era en extremo religiosa y se empeñaba en instruirme en las cosas de la religión. Yo le estaba sin embargo agradecido, por su bondadosa solicitud hacia mí. Pero un incidente jocoserio, originado en una riña (mi última riña espectacular y callejera), puso fin a aquella mi situación de bienestar: un anochecer, al pasar yo frente a una casa cuyas ventanas estaban abiertas, hube de volver la vista a su interior para ver a varias muchachas que se encontraban en la sala. Tocó la coincidencia que un individuo, de un grupo de cinco o seis, que caminaba en contraria dirección que yo, miró también al mismo tiempo, y nos entrechocamos. Yo presenté mis excusas y continué mi camino; pero apenas me había alejado tres o cuatro pasos, el individuo en cuestión me gritó:

—¿Usted no ve por dónde camina?

—Le he dado a usted excusas y estoy a mi vez en derecho de demandárselas—repliqué yo.

—Acérquese y verá—exclamó él con tono de desafío.

Yo retrocedí inmediatamente, y cuando ya me encontraba próximo a mi retador, éste, dirigiéndose a otro de los del grupo, que me quedaba a la espalda, le dijo:

—Pégale.

Me pegó efectivamente, y me pegaron todos a la vez. Fué aquello una descomunal batalla, como se dice en "Don Quijote". Yo recibía golpes de los seis; pero mis puños no estaban ociosos un segundo, y ninguno de sus movimientos era en vano. En la esquina inmediata había un cafetín, y allí un grupo numeroso de hombres contemplaba pasivamente aquella desigual pelea de seis contra uno. Al cabo de quince

o veinte minutos se oyó el silbato de un policía, y todos nos dispersamos. Yo me fuí prontamente a mi casa. Llevaba las orejas encendidas y una gran febricitación hacía vibrar todo mi cuerpo. Mas no sentía aún ningún dolor, y, pensando en las peripecias de aquella pelea originada de tan extraño modo, me daban ganas de reír.

En la casa, como no era posible ocultar las señales de los golpes, tuve que referir el incidente a Don Sebastián y a su esposa. Cuando poco después nos sentábamos a la mesa, ya me había sobrepuesto a la excitación. Sin embargo, la paliza había sido realmente formidable, y a la mañana siguiente no pude dejar el lecho a la hora acostumbrada, y fué así que cuando Don Sebastián llegó a almorzar, Doña Lola, que, siempre bondadosa, me había llevado los alimentos a la habitación, se encontraba allí. Parece que a este respecto Don Sebastián hubo de darle a su consorte una de sus chanzas acostumbradas, que ella, como siempre, había tomado en serio. El caso fué que, cuando horas más tarde, al levantarme, salí a la sala, Doña Lola vino hacia mí diciéndome con voz entrecortada y temblorosa:

—Manuel, tengo que decirle algo que me es muy penoso.

—¿Qué ocurre, Doña Lola?—le pregunté yo alarmado.

—Es que me da vergüenza decírselo—repuso ella.

Pero al fin, luego de algunos balbuceos, y con el sonrojo pintado en las mejillas, me espetó:

—Es que Sebastián me ha reñido por haber estado sola con usted en el cuarto esta mañana, y como usted comprenderá su permanencia en la casa va a ser inconveniente en lo sucesivo.

¡Ah, vieja imbécil!, estuve a punto de gritarle. Al otro día, con verdadero asombro de Don Sebastián, a quien no me pareció discreto decir los motivos, me marché de aquella casa, dejando con ella mi ocupación tan bien remunerada.

No había renunciado ni un solo momento a la aspiración de ser realmente un pintor, un verdadero artista del pincel. Y como de lo que ganara en Cienfuegos, me hubiese reservado algún dinerito, consideré llegada la oportunidad de trasladarme a La Habana, lo que efectué en los primeros días de enero de 1893.

XVII

EN LA HABANA

AL fin en La Habana! Hoy que los múltiples medios de locomoción doméstica hacen tan fácil para los habitantes del interior el acceso a la capital, no se podría concebir toda la emoción que yo experimenté al pisar por vez primera su suelo. ¡Qué grandioso me pareció todo! ¡Qué movimiento, qué bullicio!

Yo no conocía ni traía carta para nadie en La Habana. Y aunque llegaba rico de esperanza, mi única realidad por el momento eran cinco pesos en los bolsillos, por lo que seguidamente me di a peregrinar por las calles, en busca de trabajo. Dondequiera que veía alguien pintando una puerta, una ventana o una pared, me detenía a solicitar ocupación. Por fin, un día, andando por el barrio de Cayo Hueso, me encontré con un individuo que marchaba siguiendo a un carro cargado con escaleras y cacharros de pintura: me le reuní, preguntándole si tenía necesidad de un oficial. El me respondió que la obra que estaba ejecutando era muy poca cosa y que tenía los operarios suficientes. Continuamos hablando, no obstante, y como yo le informara que venía de Las Villas, mi interlocutor, de apellido Pino, recordó que conocía a un colega, llamado Manuel Valdés, villareño también, que poseía un taller de decoración y hacía contratos de trabajos de brocha, ofreciéndoseme para presentarme a él. A ese objeto quedamos citados para las diez de aquella misma noche en el café "El Central", adonde dicho señor tenía el hábito de concurrir diariamente. En efecto, lo encontramos allí a la hora indicada. Don Manuel Valdés me acogió con marcada benevolencia, y no solamente me prometió darme trabajo, sino también casa y comida. Ya desde esa misma noche me llevó a dormir a su casa, que era la misma donde tenía el taller.

Don Manuel y su esposa, Doña Concha, eran personas de bastante edad, y ambos muy bondadosos. No tenían hijos, y dos sobrinos de él, llamados Juan y José, que eran operarios permanentes del taller, vivían con ellos. Yo fuí en la casa

un sobrino más durante el tiempo que permanecí en La Habana.

El taller de pintura *El Arte*, de Don Manuel Valdés, estaba bien acreditado y en él muy raramente faltaba ocupación. Los operarios permanentes, o sean los hermanos Juan y José Alonso, ganaban a razón de peso y medio diario, cuando trabajaban, y casa y comida. Yo, que al principio no era tan experto como ellos, comencé ganando un peso como jornal, amén de la manutención y la casa; pero luego me puse al nivel de los mismos, y obtuve igual salario. Uno de los primeros trabajos en que tomé parte a las órdenes de Don Manuel Valdés fué el decorado interior del palacio de la Capitanía General, en el que se estaban efectuando reparaciones y nuevos arreglos, al objeto de albergar a los Infantes de España Don Antonio de Borbón Orleans y Doña Eulalia de Borbón, su esposa, que estaban próximos a llegar a La Habana, de paso para Chicago, ciudad estadounidense en la que debían asistir, en representación de la Reina Regente, a la exposición universal que allí se estaba celebrando.

La llegada de los mencionados príncipes (8 de mayo de 1893), y su estancia (permanecieron ocho días) en nuestra capital, produjeron en sus habitantes inusitado entusiasmo. ¡Cuántas fiestas, vivas y aclamaciones!

De aquel acontecimiento se derivaron para mi alma de patriota efectos dolorosamente deceptorios, que no tardó en hacer más profundos, debilitando mi fe en un nuevo esfuerzo del pueblo cubano para hacerse independiente, el mayor conocimiento del círculo social en el cual, como proletario, me movía. Porque, ¿quién, contemplando aquel unánime homenaje y aquellas demostraciones de adhesión dadas a la Metrópoli en las personas de sus reales representantes, hubiera dudado de nuestra conformidad con la condición de colonos? ¿Quién no habría pensado como yo que nuestras aspiraciones de soberanía patria eran un ideal que había pasado con la anterior generación; que el espíritu separatista había, con los hombres del 68, sucumbido en El Zanjón? ¿Quién hubiera podido imaginar que menos de dos años después de aquellos testimonios de devoto españolismo, una nueva guerra habría de poner punto final a la soberanía española en Cuba? Es

cierto que pocos días antes (24 de abril de 1893) había ocurrido el levantamiento de Purnio, Holguín, y que las más recientes noticias cablegráficas de New York hacían referencia a conspiraciones y preparativos de los revolucionarios cubanos en La Florida, para hacer desembarcos armados en la Isla. Pero lo de Purnio había sido una efímera intentona sin consecuencia, y los rumores de New York eran desacreditados por la prensa doméstica, que, con diferencia de ligeros matices, toda era contraria a una revolución. En cuanto a las autoridades, que seguramente estaban al tanto de las labores que realizaba el Partido Revolucionario Cubano para fomentar la guerra en Cuba, invadiendo su territorio desde el exterior, no parecían grandemente preocupadas por ello. Quizás confiaban en que aleccionado y escarmentado el país por el fracaso de dos sangrientas y ruinosas contiendas anteriores, en las que sólo una sensible minoría de sus hijos se había movilizado por la independencia, no habría de reincidir secundando tales propósitos. Se equivocaron en su apreciación; pero quien como yo hubiese estado en contacto con las masas populares de entonces, faltas de espíritu nacional o cívico, incultas en su mayoría, sumidas en parte en la abyección, porque siempre el despotismo corrompe y envilece, consideraría justificado el error de su optimismo. De aquel rebaño humano no era de esperar que salieran soldados para la libertad.

Por otra parte, España contaba como instrumento más de su soberanía con un partido cubano legalmente organizado, que, aunque mirado con aprensión y recelo, por cuanto representaba doctrinas contrarias a su sistema colonial de absorbente centralismo, y de autoridad absoluta delegada en un capitán general y apoyada en el partido peninsular, llamado Partido Conservador, lo consideraba no obstante lo suficientemente imbuído en la idea de obtener para la Isla un régimen autonómico estatal por resortes parlamentarios y evolutivos, para oponerse a que se expusiera su suerte a la alternativa de las armas. Fué quizás de acuerdo con tal propósito que el partido en cuestión, después de dos años de retraimiento, y coincidiendo con los momentos en que la actividad de los separatistas en el extranjero pudiera ser una

amenaza efectiva para la paz, hizo su reaparición en la escena política (14 de enero de 1893), con un "meeting" en el teatro Tacón.

Es sabido que el Partido Autonomista había surgido, con el nombre de Partido Liberal, a raíz de la capitulación de 1878. Su advenimiento al escenario de la política colonial fué acogido con benevolencia por los estadistas y gobernantes españoles, que, impresionados en aquellos primeros momentos por la terrible guerra que un puñado de cubanos acababa de sostener contra el poderío militar de España durante diez años, tuvieron la visión, siquiera muy fugaz, del peligro que habría de significar para la metrópoli, si, desarrollado el espíritu de independencia, los separatistas renovaban la lucha con mayores recursos.

En aquellas circunstancias, la creación de un partido de tendencias intermedias entre el régimen de factoría que se empeñaban en mantener los "integristas" españoles, y la total independencia por que habían combatido los capitulados de El Zanjón, era una medida política de sabia y prudente transigencia. No irritaba grandemente a los primeros, y hacía concebir a los segundos la esperanza de lograr por la convicción de los razonamientos una suma de libertades patrias que, dentro de la unidad española, se aproximara al ideal que fuera de ella habían intentado obtener por la fuerza. Pero los estadistas españoles, si fueron en aquella ocasión sinceros con sus hermanos insulares, lo fueron solamente un instante, pasado el cual lo único que se propusieron fué que con el tiempo aquel partido rezara el De Profundis sobre la fosa de El Zanjón.

La pronta y general adhesión y el concurso que el país cubano brindó a dicho partido eran prueba de lo oportuna que se consideraba su aparición. En efecto, la reciente guerra había sido larga, devastadora y sangrienta, y entre las cenizas dejadas por el incendio, quedaba suficiente rescoldo para producir una nueva hoguera. La paz no reinaba aún enteramente en los espíritus; el fuego bélico que en tantos años de contienda abrasara el corazón de los combatientes, no se había extinguido por completo; el bando vencido, consciente de que lo había sido no obstante su bravura y su constancia,

conservando aún la impresión de aquellas ocasiones en que la suerte de las armas pareció propiciar el triunfo de su causa, ahora inerme y a merced del contrario, pues de las condiciones de la capitulación la única que se había ejecutado era la que imponía al ejército revolucionario la deposición de las armas, estaba poseído de despecho por la inesperada e inmerecida derrota, mientras el bando vencedor saboreaba ensoberbecido el néctar embriagador de la victoria, aún en pie de guerra, y único árbitro en el cumplimiento del pacto que pusiera fin a la lucha. La situación era todavía la de una caldera a alta presión, y él, el partido liberal, podía servir de válvula reguladora, conciliando, siquiera fuera momentáneamente, las dos radicales tendencias que acababan de chocar. Y, entidad política colonial constituída con arreglo a las leyes de la nación soberana, gestionar por su propia personería las ventajas que para el país habían sido estipuladas en aquel convenio.

El Partido Autonomista, antes Partido Liberal Cubano, llenó con su existencia una de las etapas más interesantes de nuestra vida colonial, y en sus diecisiete años de historia, defendió con gran tesón y honradez más amplios postulados que aquellos que se había convenido en la Paz del Zanjón. Organizado por la iniciativa de dos hombres de buena voluntad, los señores Julián Gassie y Manuel Pérez de Molina, en él figuraron siempre hombres de la más alta talla de la intelectualidad cubana. ¿Quién al recordar sus generosos esfuerzos por mejorar la suerte de la patria común, sus brillantes actos públicos, sus reuniones y "meetings", no evoca con gratitud y respeto los nombres de Rafael Montoro, José Antonio Cortina, Miguel Figueroa, Rafael Fernández de Castro, Eliseo Giberga, Antonio Govín, etc., etc.? Ellos elevaron nuestra tribuna a un nivel de elocuencia que no ha sido superado en lengua española.

Sinceramente contrarios aquellos cubanos a que se apelara de nuevo a la acción de las armas para decidir los destinos de Cuba, confiaron siempre en el triunfo de sus doctrinas, que trataron de hacer valer por todos los medios que la legalidad imperante dejaba a su alcance: el discurso, la conferencia, el periódico, el folleto y el libro. Y si en algunas

ocasiones, irritados por la abusiva e impudente parcialidad de los mandatarios metropolitanos y coloniales a favor del Partido Conservador, su más radical adversario, y en general a favor de los intereses de los peninsulares y canarios y en detrimento de los derechos e intereses de los nativos, expresaban sus descontentos en un lenguaje que asumía los acentos de la rebelión; si en estos casos hacían admonitorias alusiones a las consecuencias que las mismas injusticias habían tenido en el pasado, justificando por ellas la desafección de los colonos a la desatentada metrópoli; si llegaban en algún párrafo de encendida oratoria hasta proclamarse herederos de los hombres de 68 y a amenazar con retirarse del escenario político, cerrando el ciclo de sus pacíficas y cordiales demandas, y abriendo de nuevo el proceso de sangrientas vindicaciones iniciado en La Demajagua, pronto recobraban la ecuanimidad un instante perdida, y volvían a ser lo que en definitiva eran: evolucionistas convencidos que, en una atmósfera social que los desmanes del poder y la soberbia de una población forastera—que de su procedencia europea pretendía derivar un privilegio sobre los hijos del país—, cargaban de tempestuosas discordias, confiaban en la fuerza de las ideas y del razonamiento para librar a su patria de la tiranía y sustraerla a los horrores de la guerra. Mas sus empeños habrían al cabo de resultar baldíos. Dios y no el hombre promueve, y regula en fallos inexorables, los acontecimientos y las vicisitudes de las sociedades humanas. Y El, en su omnipotencia divina, había decretado la próxima y definitiva desintegración del imperio colonial de España en América. España, obsesionada por lo que consideraba todavía un derecho de conquista sobre Cuba, persistía en negar a los cubanos toda personalidad y atribuciones en sus propios destinos, desconociendo sistemáticamente el desarrollo cultural y material de la Isla, y el progreso que en ella habían alcanzado las ideas morales. De espaldas a no lejanos hechos históricos, no vió a la Colonia que, desde el ensangrentado jalón que marcaba las jornadas de los Diez Años, reanudaba la marcha hacia la libertad, sino cuando ya había recorrido casi todo el camino. Y no fué sino cuando la sangre de Martí había sellado ya nuestro pacto de independencia o muerte en los campos de Dos Ríos; cuando

las armas libertadoras habían vencido en cien combates a las armas españolas, y paseado victoriosa la enseña tricolor desde las Cuchillas del Toa a los Remates de Guane; cuando de la pesada cadena que nos sujetara durante cuatro siglos a su dominación, apenas quedaban algunos eslabones que no hubiesen sido rotos por el filo de nuestros machetes; y cuando los Estados Unidos cansados de contemporizar le presentaron el dilema de: abandono de la Isla o la guerra, colocándola en la situación de Antíoco Epifaneo encerrado en el círculo trazado en la arena por la espada de Popilio, que nos otorgó la autonomía. Creyó que esta fórmula, tanto tiempo negada, podía ser aún una solución española en Cuba, y que su aceptación por los cubanos en armas le evitaría un conflicto bélico con la gran democracia del Norte Colombino, cuyas consecuencias podían ser desastrosas, no sólo para sus dominios periféricos americanos, sino también para su cuerpo central europeo. ¡Siempre fuera de la realidad los estadistas españoles! Pero, qué digo, ¿estadistas?; en la escena política española del siglo XIX no apareció ningún verdadero estadista: se habían agotado con el Conde de Aranda en el siglo anterior.

XVIII

VISPERAS

EN tanto que los pacientes y confiados autonomistas malgastaban el tiempo con sus opositores insulares en polémicas verbales y escritas, y en brillantes pero infecundas justas oratorias en el Parlamento Español, el convencimiento de su fracaso iba ganando rápidamente los corazones cubanos, dentro y fuera del país, a la idea de cortar a filo de machete todo vínculo de subordinación a España. Y la hora de la acción se aproximaba con inequívocas señales.

En el extranjero, los viejos soldados del 68, nostálgicos de peleas y los aceros desnudos, y en general todos los emigrados cubanos, estaban agrupados en derredor de Martí en el Partido Revolucionario Cubano, prontos a alistarse en las expe-

diciones y a saltar al suelo irredento. Se multiplicaban los clubes separatistas, en la fundación de los cuales la intervención de las mujeres, esposas, hijas y hermanas de los emigrados, no era la menos activa y entusiasta. Los "meetings" eran cada vez más frecuentes y concurridos, y los tabaqueros, esa clase la más patriota y también la más culta del proletariado cubano, que trabajaban en las manufacturas de la Unión, se desprendían devotamente de parte de sus jornales, a título de subsidio a la revolución. Dentro de la Isla, a las miradas de las autoridades españolas, la efervescencia no era visible. La corriente revolucionaria iba oculta por el subsuelo; pero tan impetuosa, que en ocasiones brotaba y se manifestaba en la superficie. Al alzamiento de Purnio, antes mencionado, habían seguido, con igual suerte, el de Santa Isabel de las Lajas, el 4 de noviembre de 1893, y el de Ranchuelo el 25 de enero de 1894. En este mismo año, primeros días de abril, fué descubierto en Puerto Príncipe (Camagüey) un lote de armas procedente de los Estados Unidos, introducido allí audazmente por uno de los "pinos nuevos", predilecto de Martí, el joven Enrique Loynaz del Castillo, que tres o cuatro años después habría de ser un general glorioso de nuestra guerra emancipadora.

En los primeros días del mes de enero de 1895, todo estaba listo, dentro y fuera del país, para comenzar la gran jornada. En los Estados Unidos, Martí, con los recursos pecuniarios aportados por las emigraciones, había adquirido los elementos de combate necesarios para armar los primeros reclutas de la patria, y tres buques cargados de rifles y municiones estaban en el puerto de Fernandina aguardando a los expedicionarios y la orden para zarpar rumbo a las costas de Cuba, donde los conspiradores más caracterizados sólo esperaban recibir la consigna convenida para la movilización. Mas, en el último momento, la indiscreción de un agente de fletamento dió lugar a que la expedición fuera denunciada a las autoridades americanas, quienes confiscaron las armas y persiguieron a los expedicionarios, que hubieron de dispersarse y esconderse. Todo el fruto de la tenaz e inteligente labor de Martí en varios años, y del noble y penoso sacrificio de los emigrados, se perdió allí. No había que contar con la

adquisición de otros barcos y otros armamentos, porque el costo de los anteriores había dejado exhaustas las arcas del Partido. Pero en el cielo americano una estrella más, la estrella de Cuba, habría de brillar, y aquel era su momento ortivo. El contratiempo de Fernandina, si produjo un instante de estupor, no desalentó a los patriotas, que, como en otras ocasiones, se dispusieron a arrostrar inermes los primeros choques con el adversario. La revolución solamente se retrasaría cuarenta o cincuenta días. Fué aplazada para un día—no fijado en aquellos momentos—de la segunda quincena de febrero.

He de declarar que yo no estaba en el secreto de tales planes revolucionarios. No tenía relaciones ni conocía a los hombres que se ocupaban en la elaboración de los mismos, porque, en general, pertenecían a una esfera social superior a aquella en que yo, joven de humilde y oscura condición, me movía. Unicamente tenía oportunidad de informarme de los que, frustrados ya en vía de ejecución, producían suficiente ruido para llegar al conocimiento de todos. Trabajador manual, mi círculo era el de las masas, donde ni siquiera aquel mismo ruido provocaba el eco de los comentarios y deducciones simpáticas. Las masas populares de La Habana en aquella época, embotado su entendimiento por el analfabetismo, y relajado su sentido moral por la licencia y el libertinaje—que formaban, con las bayonetas, el sistema de dominación española en Cuba, preconizado por Tacón en 1837 y practicado desde entonces por sus sucesores—, carecían de sentimiento cívico, y eran en general indiferentes a todo lo que fuera abstracto o ideológico. Sin embargo, mi patriotismo, aunque callado, era vigilante, y una nueva guerra de separación no podía sorprenderme en ningún momento. La esperaba siempre, persuadido de que, si en el pasado el agotamiento de las resistencias físicas, ocasionado por diez años de constante y duro combatir, había compelido a los cubanos a deponer las armas, la contumacia de España en mantener los errores y las injusticias de su política, había dejado sobrevivir, y aun robustecido, el espíritu separatista que pudo haber sepultado en la fosa de El Zanjón.

Al estallar la guerra, existían en Cuba tres partidos polí-

ticos: los dos antes mencionados, y el Reformista, fundado en 1893, con una mayoría de peninsulares, pero contando también en sus filas algunas notabilidades del país, tales como el Dr. Pedro González Llorente, el marqués Du-Quesne y Eduardo Dolz. Sus postulados, si no tan ampliamente descentralizadores como los del Partido Autonomista, eran sin embargo bastante más liberales que los del Partido Unión Constitucional. Pero su destino, ligado a la ejecución del programa de reformas del entonces Ministro de Ultramar, Antonio Maura, le deparaba muy efímera existencia. El paso del señor Maura por el Ministerio fué asaz breve, y cayó de él sin implantar dichas reformas, y a causa de haberlas intentado. De cualquier manera, todos aquellos partidos coloniales estaban en vísperas de desaparecer con la cesación del régimen español.

El Partido Reformista se había constituído en su casi totalidad con desprendimientos del Unión Constitucional, del que era ahora irreconciliable adversario. El hombre, en sus tratos privados y en sus relaciones sociales, está predispuesto siempre a arrojarle al amigo de quien ha dejado de serlo el dardo más acerado. Reformistas y unionconstitucionalistas, antiguos correligionarios, poseídos de los enconos del cisma que los llevara a campos opuestos, se vituperaban y denigraban mutuamente en sus palabras y en sus escritos. En contraste, los primeros tenían siempre frases encomiásticas para los autonomistas, quizás no tanto por encontrarse hasta cierto punto afines a los mismos, como por la inclinación a hostilizar a los otros. Recuerdo a este respecto un risible aunque censurable incidente que, según me contaron, ocurrió en uno de los "meetings" de los reformistas: un novel orador, siguiendo lo que parecía una consigna de su partido, se propuso hacer en su discurso la apología de una de las figuras más prominentes del Partido Autonomista, que era el doctor Eliseo Giberga; mas la oración se le olvidó precisamente en el párrafo en que iba a entrar en la enumeración de las cualidades de su panegirizado, y sólo pudo decir y repetir varias veces: "porque Giberga es un hombre... porque Giberga es un hombre... porque Giberga es un hombre..." "Muy..." Aquí una indecorosa expresión, que la decencia

me impide repetir, alusiva a determinados órganos de don Eliseo, gritada por alguien de entre el público. El escándalo fué fenomenal. El orador, furioso, descendió de la tribuna en busca del insolente interruptor, pero ya éste había tomado las de Villadiego.

Yo no había podido comenzar mi aprendizaje de dibujo en San Alejandro, porque a mi llegada a La Habana estaba cerrada la matrícula, y hube de aguardar al curso de 1893-1894 para matricularme en las clases nocturnas de dibujo elemental. Algún hábito de las manos y de la vista, adquiridos en el dibujo de ornato, y la buena voluntad hacia mí del profesor, Manuel de Lluch, me favorecieron, y obtuve en los exámenes de aquel año la nota de sobresaliente en cada una de las copias, hechas al carbón, de los retratos de Rafael y de Velázquez. Con esto pasé para el curso 1894-1895 a la clase superior inmediata, también nocturna, llamada del antiguo griego, porque en ella se copia de figuras escultóricas debidas en su mayoría al cincel de escultores de la antigüedad helénica.

LIBRO SEGUNDO

DESDE EL 24 DE FEBRERO HASTA EL INICIO DE LA INVASION

I

PREPARATIVOS DE LA MARCHA

EN el mes de febrero de 1895 estaba yo muy entusiasmado con mis estudios. El éxito alcanzado en el dibujo elemental y los adelantos que en el antiguo griego estaba haciendo, según el mismo profesor de aquella sala, Sr. Luis Mendoza, me daban la optimista impresión de que poseía aptitudes de pintor. Pero la patria en aquella época tenía más necesidad de soldados que de artistas, y muy en breve habría de reclamar de mí servicios en consecuencia, que yo estaba pronto a prestarle con el mayor acatamiento y devoción.

Efectivamente, no tardaron en circular rumores, imprecisos primero, determinados después, sobre levantamientos insurreccionales en algunos lugares del país. El periódico *La Lucha* del día 23 del citado mes, publicaba este significativo sueltecito: "Ayer se recibió en el Gobierno General un telegrama de Santiago de Cuba. Dícese que comunicando noticias de carácter alarmante. No firmaba el Comandante General, como otras veces, sino el señor Capriles. ¿Se ha alarmado ya el señor Gobernador? Pues ahora sabremos quién es Capriles."

El día 24, como por ser domingo no se publicaron periódicos, no se supo nada más en relación con aquel telegrama del señor Capriles; pero el día 25 el mismo periódico publicó las siguientes noticias: "Se ha promulgado la Ley de Orden Público en la Isla; se ha formado una partida de hombres armados en la provincia de Matanzas y otra en Guantánamo; en Santiago de Cuba las personas prominentes han abandonado el territorio, anticipándose al extrañamiento; en esta capital han sido reducidos a prisión algunos jefes separatistas; los partidos legales se han apresurado a protestar del intento

revolucionario." En la misma edición: "Hoy han sido detenidos el general Sanguily y otras personas más; una comisión del Partido Autonomista, integrada por su Presidente, señor Gálvez, y su Secretario, señor Govín, manifestó su adhesión al Gobierno y protestó por el intento de perturbar el orden público; háblase de nuevas partidas en Oriente; la casa de Juan Gualberto Gómez ha sido registrada, con orden de prenderlo; dícese que éste se encuentra con la partida de Ibarra." Y el día 27, entre otras noticias: "Dícese que Martí y Gómez (Máximo) están al frente del movimiento." También publicaba la muerte de Manuel García.

El periódico *La Lucha,* al ocuparse de estos sucesos el día 25, hacía notar que, no obstante los mismos, el pueblo de La Habana había celebrado con iguales regocijos la festividad del día anterior. Así fué efectivamente, y así fué siempre en lo sucesivo, por lo menos durante el tiempo que permanecí en la capital antes de salir al campo de la revolución. Hasta entonces, el pueblo de La Habana en nada había alterado el ritmo de su vida colonial, indolente y pervertida. El mismo tumulto y la misma acostumbrada vocinglería en todos los sectores de la ciudad. La asistencia a los espectáculos era la de siempre. *Tacón, Payret* y *Albisu* mantenían sus llenos habituales, y los teatros *para hombres solos* continuaban obteniendo el favor de su público, compuesto principalmente de jóvenes en desenfreno, algunos apenas en la pubescencia y ya marchitos por prematuros y excesivos placeres, y de viejos crápulas, ex-hombres libidinosos que buscaban en la pornografía un afrodisíaco bastante poderoso a excitar su potencialidad sexual en ruinas. Y permanecían abiertos los lupanares y los garitos, y las prostitutas y los proxenetas y sodomitas seguían visitando los lugares más concurridos e insinuándose con impúdico descaro. Los carteristas, tan audaces como bien ejercitados, le escamoteaban a uno el reloj y la bolsa a la vista de la policía; y los robos, puñal en mano, se repetían a diario. Los ñáñigos continuaban celebrando libremente en los "Fambás", sus ritos y ceremonias y dirimiendo a cuchilladas y balazos sus rivalidades de "juegos" en plena calle y a la luz del día; y la misma muchedumbre de desocupados, y de malocupados, marchaba todas las mañanas mar-

cando el paso a los batallones de voluntarios, desde el Campo de Marte a la Plaza de Armas. Poco más de tres años después se la habría de ver marchando tras el caballo de Máximo Gómez, ejecutando, ebria de entusiasmo por la liberación de Cuba, indecentes y simiescas danzas, y cantando en afrenta al vencido:

Tú *ve* Fondeviela, tú *ve*,
tú *ve* Fondeviela, tú *ve*,
tú *ve* cómo Cuba *e* libre, tú *ve*,
tú *ve* cómo yo no lloro, tú *ve*.

Y aquello otro:

Las glorias del Dos de Mayo
¿dónde están y qué se hicieron,
cuando ni tiempo tuvieron
de bajar el *guacamayo*?

En la noche del 25 (febrero), estuve por última vez en la Academia San Alejandro. Había hecho el propósito de marcharme cuanto antes al campo de la Revolución. La única dificultad que se me presentaba por el momento era la falta de recursos pecuniarios: apenas si contaba con ocho o diez pesos de capital. Yo estaba, desde hacía varios días, trabajando en un retrato al creyón de un individuo, empeñista de la vecindad. ¡Qué audacia, hacer retratos quien únicamente había cursado el dibujo elemental! Al día siguiente, y buscando la mejor luz, coloqué mi caballete a la puerta del taller y puse afanosamente manos a la obra. Aquello no era la imagen de un ser animado, de una persona viviente, era la copia de un feo muñeco, en la cual las gruesas y duras huellas del creyón denunciaban la torpeza del esfuerzo. Al gunos minutos más tarde, el empeñista, que pasaba por la misma acera, se detuvo, vió el retrato, y exclamó con acento de convicción:

—¡Yo mismo!

—Tómelo—le dije—, ya está concluído.

Lo puse en sus manos, dudando aún que fuera verdad que el hombre se hubiese reconocido en aquel adefesio. Pero sí, se lo llevó, regresando un momento después con los diez pesos, cantidad estipulada por aquella cosa. Ahora ya poseía

yo lo necesario para realizar, por lo menos, la primera etapa de mi propuesto viaje.

Ya en las calles y demás sitios públicos se escuchaba alguno que otro comentario sobre los sucesos. El día 26 en la mañana, estando yo tomando el desayuno en el café de costumbre, se sentó a la mesa inmediata un individuo, tipo español, andaluz, y algo después tomó asiento junto a él un joven, al parecer criollo, quien abordó la cuestión diciéndole:

—Qué le parece a usted eso de la guerra; para mí que no tiene importancia, porque no encontrará eco en el país.

—No me venga a dar camelo—le respondió el andaluz—: Usted es tan insurrecto como los alzados, sólo que ellos están allá y usted está aquí.

En la tarde de aquel mismo día presencié en Muralla y Compostela un simulacro de combate: a la voz de ¡ataja!, diez o doce dependientes de comercio, soldados voluntarios en camiseta, corrían, armados de fusil, detrás del enemigo fugitivo, que era un miserable ratero que había robado al descuido cualquier cosa de un mostrador. En la calle de la Muralla comenzaba a arder el espíritu *bélico* que tan famosa la hiciera durante la contienda.

II

HACIA ORIENTE, VIA SAGUA

EL día 28 me embarqué, al fin, con pasaje hasta Sagua. Todavía en esa fecha, las únicas provincias afectadas por el movimiento insurreccional eran las de Matanzas y Oriente. En esta última, sobre todo, parecía estar adquiriendo importancia. Se aseguraba que ya habían ocurrido choques entre los sublevados y las tropas del Gobierno. Se señalaban como principales jefes los nombres de: Bartolomé Masó, en Manzanillo, teniendo a su lado a Amador Guerra; Guillermo Moncada (*Guillermón*), en Santiago de Cuba; Pedro Pérez (*Periquito*), en Guantánamo; los hermanos Mariano, Saturnino y Alfredo Lora, en Baire; y en la provincia de Matanzas,

Juan Gualberto Gómez y López Coloma, en Ibarra, y el Dr. Martín Marrero, en Jagüey Grande. Las Villas permanecían tranquilas, pero yo no dudaba que se habrían de sublevar en plazo más o menos corto. Aquella provincia había dado testimonio de espíritu separatista en las dos anteriores guerras; y fué pensando que en Sagua, donde a la sazón residía mi familia, estaría bien situado para incorporarme al primer núcleo que se formara, bien fuera en su comarca o en otra cualquiera de su territorio, que me dirigí allí.

Dos días después de mi llegada se supo la rendición de Juan Gualberto Gómez y la captura de López Coloma, y la desaparición de las partidas que comandaban. Pero los grupos de Oriente, no solamente se sostenían, sino que aumentaban y se movían con actividad.

Sabía yo, pues, a mi llegada a Sagua, que por el momento ninguna porción del territorio villareño había seguido el movimiento revolucionario. No obstante, la absoluta tranquilidad que allí encontré no dejó de sorprenderme y de desorientarme un poco. En la Villa del Undoso, efectivamente, parecía reinar la paz en todos los espíritus, y ningún indicio exterior y perceptible a la simple mirada, hacía augurar la alteración de la misma con algún hecho insólito y trascendental, en un plazo más o menos breve. El silencio en torno a lo que sucedía en Oriente, apenas si era interrumpido por algunos que otros peninsulares, comerciantes y mozos de mostrador, que, agrupados en el Casino Español o en las trastiendas de los establecimientos, hablaban de ello con la jactancia de quienes, no reconociendo otra fuerza que la emanada de la superioridad material de fusiles y cañones, confiaban en poder domeñar la revolución en muy breve tiempo. El elemento nativo, tanto las personas acomodadas o de cualquier otro modo representativas, y los obreros, callaban. Hubiérase supuesto que no estaban al tanto de aquellos acontecimientos, o que los situaban en paralelos muy distantes. Sin embargo, si se piensa en el escaso contingente que, en proporción con el campo, dieron en general los grandes centros de población a la causa de la independencia, comenzando por La Habana, el porcentaje con que contribuyó Sagua no

fué de los más cortos, y muchos de aquellos hombres habrían de ir poco más tarde a engrosar las filas de las huestes separatistas, probando así que su actitud anterior había sido discreta y disimulada expectación y no indiferencia.

Pero lo positivo en el momento era que la vida allí seguía el curso cotidiano en tiempos normales: el trabajo en días y horas laborables, y las habituales diversiones. Yo también, pues, me divertía. Como Idomeneo en la parábola *Los Seis Peregrinos*, en *Motivos de Proteo*, de Rodó, gozaba de los placeres que encontraba al paso, sin un instante de renunciación o desfallecimiento en el gran propósito con que iniciara la marcha. Después de más de tres años ausente de mi pueblo, sin ninguna seria ocupación allí, y rodeado de antiguos, juveniles y alegres camaradas, me dejaba llevar por ellos a todo acto y a cualquier parte que brindara un estímulo a la alegría. En ocasiones era un paseo por el río, en bote de remo: ¡remar! ¡Cuánto tiempo hacía que no me entregaba a éste mi deporte favorito durante los años de mi adolescencia! En otras eran visitas a los ingenios de la comarca, tan conocidos por mí. Y a menudo a quemar... las suelas de los zapatos en el altar de Terpsícore. Yo bailaba algo en aquella época lejana, predilectamente el danzón. ¡Oh, danzón, máxima concepción de nuestra música bailable y vernácula, cuánto arrobamiento, cuánto deliquio he sentido en tu perezosa cadencia; en ellas se han captado todas las voluptuosidades de que está saturada la atmósfera tropical!

En Sagua también, como en la capital, como en otra cualquiera localidad urbana de alguna importancia, existía, en la escala respectiva, esa otra clase social compuesta de gentes ociosas y de incierto vivir que, desinteresadas de los problemas colectivos, jamás se mueven a impulsos de ninguna noble y elevada idea, y, estultas e inconscientes, permanecen siempre al margen de los acontecimintos. Si no estaban allí tan pervertidas como en la capital, porque les faltaban los múltiples medios de envilecimiento que ofrecía el ambiente capitalino, no eran por eso menos susceptibles al morbo corruptor.

Algunas veces, cuando mis amigos y yo, ávidos de divertirnos, no encontrábamos medios más apropiados de hacerlo, nos íbamos a aquellos lugares habitados o frecuentados por

dichos elementos. ¡Qué alegría tan ostentosa y bullanguera reinaba allí! ¡Cuánta fiesta! A cada paso un velorio, un "guateque", o un tango africano. Aquí blancos y mulatos criollos curvaban las cinturas lúbricamente al son de un acordeón o de una guitarra y un güiro; más allá, las negradas recién libertas de los ingenios vecinos, bailaban, al monorrítmico son de sus exóticos instrumentos de cuero, sus lascivas danzas ancestrales. Y, elevándose sobre el diapasón de guitarras, acordeones y tambores, se oía una multitud de voces entonando las estrofas de unos versos, o lo que sea, inspirados en un ambiente de "solar" por los vates del hampa. Tengo en la memoria la letra de algunas de aquellas estrofas, cuyo léxico inculto es en ocasiones indecente. Expongo aquí varios ejemplos:

Amalia Batista,
Amalia Mallombe,
¿qué tiene esa negra,
que mata los hombres?

Anoche me convidaron
al velorio de *Mercé;*
bilongo, bilongo, bilongo,
bilongo mató a *Mercé*

Unos dicen que a la una,
y otros dicen que a las tres;
bilongo, bilongo, bilongo
bilongo mató a *Mercé,*

Recuerdo también otra, que no transcribo por respeto al decoro del lenguaje, que cantaban unos mientras otros bailaban una extravagante danza, en la que las mujeres, proyectando desmesuradamente las posaderas, les imprimían un pronunciado movimiento ondulatorio.

Nosotros por precaución nos manteníamos siempre a la puerta como simples espectadores; jamás pasábamos adelante, porque a menudo surgían camorras y salían a relucir los cuchillos.

Un domingo fuimos a presenciar un "tango". Yo lo había visto bailar varias veces, particularmente en el ingenio San Jorge, pero hacía ya algunos años. Como de costumbre, nos paramos a la puerta de entrada. No había nada más que

gente de color, negros y negras. A nuestra llegada, estaba bailando un hombre solo. Parecía tocado de frenesí, o que, como decían ellos, "tuviera el santo". Primero se colocaba en el centro del salón, y allí ¡qué estremecimientos de cuerpo, qué convulsiones! Luego recorría todo el cuadrado del recinto, frotando las paredes con las caderas y haciendo piruetas inconcebibles. En una de aquellas vueltas se detuvo frente a mí, y arrojándome a la cabeza un extremo de un pañuelo de grandes dimensiones y vivísimos colores que llevaba en las manos, tiró hacia sí del otro extremo como en ademán de traerme adentro.

—¡Te está echando bilongo!—, dijeron mis compañeros, y todos nos marchamos apresuradamente de allí.

Después sugirieron que era necesario que me sometiera a una acción de desembrujamiento:

—Te llevaremos a consultar a una vieja carabalí, conocida de nosotros, que sabe curar los males de la brujería.

Todo esto no era más que una chanza de mis amigos, a la que yo me prestaba gustosamente.

Fuimos, pues, a visitar a aquella mujer. Yo había adoptado de propósito ademanes y gestos de poseso. La vieja bruja, habiéndole mis compañeros explicado el caso, me examinó, diagnosticando en seguida con seguro acento:

—Tiene embó.

Y luego de cobrar por adelantado el precio de la curación —sesenta centavos—, me condujo a un rincón de su tugurio, practicando allí una extraña ceremonia, conjuro o exorcismo, y murmurando a media voz palabras ininteligibles. Luego me entregó una pequeña almohadilla, en la que encontré hojas de una planta llamada escoba amarga, un diente de ajo, unas plumas negras y una espuela de gallo, para que la colocara bajo mi almohada, y me hizo aprender de memoria algo así como un versículo, para que durante cinco viernes consecutivos invocara con él el favor de Abathalá y de Olhorum:

Abathalá gaha mío
Olhorum gaha mío.

Según he leído más tarde, en el fetichismo de las tribus del Africa Occidental Olhorum es el dios creador y animador,

y Abathalá el dios conservador. Cuando Olhorum creó el mundo, lo puso al cuidado de Abathalá, y él se entregó al reposo. Abathalá tiene también facultades para crear cuerpos, o sea la materia, pero sólo Olhorum puede animarlos. Olhorum, siendo único en el universo, es demasiado grande para ocuparse en la pequeñez de la suerte de las criaturas. El hombre en sus cuitas y desdichas, dirige sus preces a Abathalá, pero también puede demandar y obtener, en casos de supremos infortunios, la omnipotente intervención de Olhorum. Mas, la exorcisadora de referencia, considerando sin duda que el maleficio había hecho ya mucho progreso en mi espíritu, juzgó prudente que invocara a ambas *divinidades* a la vez.

Pero mientras tanto, transcurrían los días sin que mis oídos atentos percibieran un grito de Cuba Libre dado en algún punto de la provincia. No perdía la fe en el patriotismo de los villareños; mas ¿cuándo? ¿Cuánto tiempo habrían de permanecer en aquella inactiva expectación, ante la lucha que estaban librando los orientales ellos solos? ¿No íbamos a dar tiempo con nuestra lentitud o nuestra indecisión a que agotaran sus energías en una contienda demasiado desigual, y a resolvernos a empuñar las armas cuando hubiera pasado la oportunidad de unificar el esfuerzo de todos? ¿Es que no nos dábamos cuenta, los cubanos amantes de la independencia, de que únicamente con la acción unánime y simultánea de todos podríamos vencer el poder español? ¿Es que no recordábamos el ejemplo del 68 y habíamos olvidado que perdimos la guerra por falta de acuerdo y cohesión?

En cuanto a mí—me dije—, no aguardo más. Puesto que aquí tarda tanto la guerra, me marcho a encontrarla a los lugares donde ya existe. Me iré a Oriente, a Santiago de Cuba. Si, por pocos, somos derrotados y sobrevivo a la derrota, mi conciencia no me reprochará el no haber sumado mi esfuerzo al intento de libertar mi tierra; y si sucumbo, le habré dado la vida en la eutanasia que ofrece al patriota un campo de batalla.

III

DE CIENFUEGOS A MANZANILLO

YO no había estado nunca en Santiago de Cuba, y, al igual que en las demás partes de aquella provincia, no estaba relacionado con nadie, y tal particularidad, que me hacía allí un forastero desconocido, en circunstancias anormales podía despertar la desconfianza de las autoridades y exponerme a peligros y contratiempos. Recordé haberle oído decir a mi antiguo amigo, el hábil pintor escenógrafo español Antonio Roca, que tenía en dicha ciudad un hermano, español también (catalán), y resolví pedirle una carta de presentación para él. Roca, al oír mi solicitud, abrió tamaños ojos, y previa una elocuente interjección que le era peculiar, exclamó:

—¡Te vas a la guerra!

Me eché a reír fingiendo tomarlo a broma, pero no pude despistarlo y prosiguió:

—Sí, sí, te vas a la guerra, pero no importa, te daré la carta.

Y así fué. Con esta carta—pensaba yo—que me pone en contacto con un español bien conocido seguramente y arraigado en la localidad, podré desviar, al menos por los primeros momentos, las miradas de la policía, mientras me instruyo de la manera de irme al campo.

Ahora me quedaba por resolver todavía un problema de suma importancia y de la misma naturaleza del que había confrontado para venir a Sagua: la falta de dinero.

Había recientemente pintado un paisaje—con perdón sea dicho—para mi primo Ramón Alba, y por el cual rehusé aceptarle remuneración alguna no obstante su insistencia. Fuí a visitarlo y le confié mi propósito y la dificultad monetaria en que me encontraba para realizarlo. Ramón, que a más del cariño que mutuamente nos profesábamos, era un buen patriota, me regaló seis centenes para costear el viaje. Este primo mío era a la sazón jefe o encargado del gasó-

metro de la empresa del gas, y ocupaba una casa junto a él, a unos cuantos metros de la población, por el camino de la Jumagua. En aquellos días se estaba construyendo allí un tramo de carretera, y el material para el mismo estaba tendido a todo lo largo, cubriendo la arena el antiguo camino. Contento por haber allanado tan bien aquel obstáculo, tomé la vuelta al pueblo como a las once de la mañana, de una noche sin luna pero bastante clara. Marchaba pisando la arena sobre el trazo de la carretera, cuando ya a la entrada del pueblo, habiéndome llevado maquinalmente la mano al bolsillo del chaleco donde había puesto los seis centenes, noté, con tanta sorpresa como dolor, que los había perdido: el forro del bolsillo estaba roto. Pasado el primer instante de estupor, pensé que tal vez los encontraría volviendo a hacer con la mayor exactitud y paso por paso, la misma caminata. Para ello volví, procurando no pisar de nuevo la arena, hasta la misma puerta de la casa de Ramón, y emprendí otra vez el regreso al pueblo, como lo había pensado, y, ¡qué maravilla!, una a una, y a distancia, fuí encontrando las seis monedas. De algunas sólo un canto era visible.

Al día siguiente, anuncié a mi familia, desconocedora de mis intenciones, que debía ir a Cienfuegos a hacerme cargo de una obra de pintura, y fijé la partida para dos días después, 27 de marzo. Al dirigirme, temprano en la mañana de este día, a la estación del ferrocarril, me encontré, todavía cerca de mi casa, con una pareja montada de la Guardia Civil, que conducía, también a caballo y las manos atadas, a un individuo, miembro de una conocida familia de la localidad. Y algo más adelante vi, en la puerta de una ferretería, tres o cuatro peninsulares leyendo en un periódico noticias de la guerra, y comentándolas a su guisa en alta voz:

—No ve usted, si no dan la cara nunca.

Todos los diez años de la guerra anterior se los pasaron diciendo lo mismo, no obstante morder con frecuencia el polvo de la derrota.

A poco de acomodarme en mi vagón, tomó asiento en otro una pareja de la Guardia Civil, e inmediatamente se puso lentamente en marcha el convoy. Detenido instantes después junto a la caseta de la bomba, para proveerse de agua, llegaba

a mis oídos, viniendo del otro lado de la laguna, una voz cantando:

Anoche me convidaron
al velorio de *Mercé;*
bilongo, bilongo, bilongo,
bilongo mató a *Mercé.*

En tanto que yo, con el recuerdo de aquel hombre que acababa de ver conducido maniatado por la fuerza pública, miraba de hito en hito con irreprimible aprensión a los dos guardias civiles.

En Sietecito un teniente de guerrilla, mulato, tomó nuestro tren. Cuando éste reanudó la marcha, una joven de la misma raza, su esposa tal vez, que había venido a despedirlo, le gritó:

—¡Cálzate pronto las espuelas de capitán!

—¿Irá este oficial—me preguntaba yo—, destinado a la provincia de Santiago de Cuba, o será que en los últimos momentos se habrá levantado por aquí alguna partida?

Las Cruces: la pareja de la Guardia Civil es relevada por otra. El teniente de guerrilla desciende del tren; parece que se queda ahí, pues su asistente le ha bajado los bártulos. De pronto llama mi atención un alboroto en el andén de la estación; miro: el teniente la ha emprendido a golpes con un individuo, quizás un maletero, lo ha echado por tierra y le da con las espuelas. ¡Bravo, el ascenso a capitán y la cruz laureada de San Fernando para tan bizarro militar!

El día 28 tomé pasaje en Cienfuegos con destino a Santiago de Cuba, en uno de los vapores de la empresa Antinógenes Menéndez. En el mismo embarcó una compañía de infantería del ejército español, con su capitán y demás oficiales, y una joven y bella mujer, esposa del referido capitán, de familia, según supe después, bayamesa. Entre los otros escasos pasajeros, dos atrajeron un tanto mi atención: uno, a quien oí decir médico, muy jovencito, muy petimetre y femenil, y el otro, a quien llamaban Vélez, bastante joven también, pero fuerte y de aspecto varonil. Ambos parecían muy atraídos por la sociedad de los oficiales españoles.

En la mañana del día siguiente tocamos en Casilda—Tri-

nidad—, y como en el muelle vendieran golosinas, entre ellas hicacos frescos, compré un puñado de éstos y me puse a comerlos glotonamente, sentado en el puente de la nave.

Poco rato después, uno de los oficiales preguntó en alta voz, mostrando un par de hicacos en las manos:

—¿Es esto bueno de comer?

A lo que el citado médico, anticipándose a todos, y con alarmado acento de oficiosidad, contestó:

—No, por Dios, no los coma usted, que se le van a indigestar; ésa es una fruta silvestre, muy dañina si se la come cruda—, agregando:

—Por ahí he visto a un salvaje comiéndola.

El salvaje, desde luego, era yo. Aunque tal calificativo no fuera mucho de mi agrado, como al aplicármelo pudo no haberse dado cuenta de que lo hacía en mi propia presencia, bien podía yo pasarlo por alto. Pero me sentí indignado al comprender que aquel monigote pretendía hacérsele simpático a aquellos forasteros, mostrando repugnancia a una fruta de su país y atribuyéndole propiedades nocivas que bien sabía no tener. Una frase de desprecio tembló en mis labios, y si al cabo no se la lancé al rostro fué por recordar que ella había sido una vez expresión de sublime heroísmo en el campo de batalla.

En contraste con el desdén de aquel despreciable compatriota por las cosas de su tierra, oí aquella misma tarde este diálogo entre el capitán español y uno de sus oficiales:

—En cuanto lleguemos a Manzanillo—decía el capitán—, voy a enviar a mi mujer a reunirse con sus padres en Bayamo; allí tendrá mayores comodidades que junto a mí.

—¡Cómo!—exclamó su interlocutor—, ¿va usted a exponer a su esposa a un encuentro con los insurrectos?

—Mi amiguito—repuso el otro—, usted no conoce a esa gente; usted viene de la Península y trae todos los prejuicios que originan relatos falsos o exagerados sobre la conducta del enemigo que venimos a combatir; yo le aseguro a usted que si mi mujer se encuentra en el camino con alguna partida, y dice que es mi esposa, la esposa de un capitán español, extremarán con ella su peculiar galantería, y le darán escolta hasta las mismas puertas de Bayamo; yo los conozco bien.

IV

VENDEDOR DE EMULSION

EL 30 llegamos a Manzanillo. Allí desembarcaron la compañía de infantería, la esposa del capitán de la misma, y, entre otros pasajeros más, el llamado Vélez. Como el vapor había de permanecer en el puerto algunas horas, yo también bajé a tierra, con objeto de conocer la ciudad, y de asearme un poco mejor de lo que lo venía haciendo a bordo. Para esto último entré en un hotel llamado "Lazo de Oro", de dos hermanos de apellido Manduley, situado en la proximidad de la bahía y frente al Parque Central. Después me eché a la calle a recorrer la población. Manzanillo estaba convertida en aquellos días en un campamento militar. Por todas partes y en cualquier dirección que uno tomara, tropezaba con grupos de soldados de las diferentes armas, y guardias civiles y guerrilleros. Este marcial espectáculo excitó mi belicosidad: contemplándolo, me sentí por combatir como indomado potro que, prisionero en estrecho recinto, piafa de impaciencia viendo dilatarse a su vista una extensa pampa, cuya perspectiva lo embriaga de espacio y libertad, y concebí la idea de que podía abreviar tiempo, en la ejecución de mi propósito, quedándome allí. Después de todo, yo no tenía la seguridad de encontrar para ello mayores facilidades en Santiago de Cuba. Entonces, me dije, ¿a qué continuar el viaje?; quedémonos, pues, y comencemos sobre la marcha a indagar discretamente el modo de salir subrepticiamente al campo. Discurriendo de esta forma, acerté a pasar por una barbería, cuyos operarios eran dos jóvenes de color, mulatos. Un barbero, pensé, tiene siempre una confidencia que hacer. Todo lo sabe, y todo lo comunica. Es la característica del gremio, según la tradición. Cuando a un barbero se le impide hacer una revelación, cava un hoyo en la tierra y deposita en él su secreto. "El rey Midas tiene las orejas como las de los burros." Por otra parte, seguí pensando, estos jóvenes pertenecen a la clase de la sociedad cubana más preterida en el sistema colonial, y deben de ser, por lo menos en potencia, partidarios de la causa separatista, cuyo triunfo significará

un régimen de democracia y de paridad en los derechos ciudadanos. Entré en la barbería. Apenas el operario que vino a atenderme comenzó su tarea de cortarme el pelo, me preguntó:

—¿Viene usted de la capital, no?

—Sí, ¿en qué lo conoce usted?

—En el corte de la ropa; eso no lo hacen por estos lugares.

—¿Viene a pasear?

—Sí, a pasear.

—Malos momentos.

—¿Por qué lo dice usted?

—Por las cosas que están ocurriendo por estos parajes.

—A mí me gusta ver las cosas de cerca.

—Pues para eso ha escogido usted un buen lugar.

—¿Cree usted que hay mucha gente en el campo?

—Sí, mucha.

—¿De esta ciudad?

—De esta ciudad o de otras partes.

—Pero de aquí debe ser muy difícil irse, con tanta vigilancia como hay.

—No lo crea, las guardias se pueden desechar, si se conoce bien el pueblo.

—¿Usted es de aquí?

—Sí.

—Entonces conocerá los mejores sitios de salida, ¿no?

—No, no los conozco, le estoy repitiendo lo que oigo decir; yo no me meto en esos asuntos.

Comprendí que mi interlocutor no avanzaría más sobre aquel terreno, y yo, temeroso de haber ido demasiado lejos en mis preguntas, y para despistarlo en cuanto al interés que él me hubiese podido atribuir, exclamé al tiempo de despedirme:

—Este viaje a Santiago de Cuba, para volver en seguida a La Habana, es un poco largo.

Si yo hubiese sentido alguna vacilación en interrumpir mi viaje en Manzanillo, la plática con el barbero la habría disipado, pues con ella adquirí el convencimiento de que la vigilancia española no era bastante efectiva a impedir toda filtración hacia el campo insurrecto.

Pero ya lo había dicho él, muy de acuerdo conmigo y con la Lógica: se necesitaba para ello un previo conocimiento del pueblo y de sus contornos rurales, conocimiento que me faltaba a mí y que me era difícil obtener. Porque, ¿a quién podía dirigirme, pidiéndole informe y orientación, sin revelarle mis intenciones? Y éstas, ¿a quién podía confiarlas, siendo así que todo el mundo en la ciudad me era desconocido? Ya esta misma circunstancia constituía por sí sola un peligro para mí. Mi presencia se prestaba a la expectación y a la sospecha; y ¿qué razón o pretexto dar para justificarla, en caso de ser interrogado por las autoridades? Mientras el buque, a bordo del cual figuraba como pasajero para Santiago de Cuba, estuviera en puerto, bien podía ser considerado como un visitante circunstancial, pero ¿cuándo aquél levara ancla? Haciéndome estas reflexiones, concebí la idea de una estratagema que, sirviendo de coartada a mi permanencia en la localidad, me proporcionara el tiempo necesario, que no habría de ser largo, pensaba, para estudiar la forma de escapar hacia el campo: fingir que por descuido no había podido alcanzar el vapor. Con este objeto, cuando ya se acercaba la hora de su partida, entré en un café, desde el cual, por estar situado en una calle por donde se va rectamente al puerto, se veía el buque, y esperé: sonó su sirena la llamada preventiva a los pasajeros; sonó la última vez, y cuando ya lo vi en movimiento, emprendí espectacular carrera hacia el embarcadero. Llegué, naturalmente, al tiempo en que ya estaba veinte brazas distante del muelle. Claro, nadie había de figurarse que me lanzaría al mar para alcanzarlo a nado. Por supuesto, todas las personas allí reunidas me oyeron lamentar aquel *contratiempo*:

—¡Qué contrariedad, ahora tengo que esperar aquí quizás cuántos días hasta que pase otro vapor!

Me fuí al hotel. Uno de los hermanos Manduley conversaba con alguien en el portal.

—¡Qué fatalidad!—dije en alta voz al pasar.

—Este... piensa que aquí somos bobos y no sabemos a lo que viene—, exclamó a mi espalda con airado acento el Manduley.

Este lenguaje, y el rencor que parecía vibrar en él, me

inquietaron sobremanera. ¿Qué otra cosa podía imaginar sino que Manduley era un españolizado furioso, que había penetrado mis intenciones e iría a denunciarme a las autoridades? Bajo esta mala impresión me dirigí a la carpeta y pedí una habitación, donde estuve encerrado por espacio de una hora, temiendo a cada instante oír a la policía tocar a la puerta. Pero, al fin, me repuse y me volví a la calle, poniéndome cautelosamente a escudriñar la periferia de la población. El día siguiente, domingo, lo empleé en la misma forma, aparte de introducirme dondequiera que veía formarse un grupo de personas, con los oídos atentos a todo lo que se refiriera al estado de la revolución en la comarca; pero sin lograr saber nada que sirviera mis propósitos inmediatos.

Aquella misma noche, cuando me retiraba al hotel a eso de las once, al atravesar el parque, alguien desde un escaño me dijo:

—¿Cómo va usted a recogerse tan temprano?

El que así me hablaba era Vélez.

—¿Qué otra cosa mejor hacer?—le respondí.

—¿Por qué no se sienta aquí y conversamos?; la noche está agradable—repuso él.

He de declarar que Vélez me inspiraba algún recelo, a causa de su asiduidad en el trato de los oficiales españoles a bordo durante el viaje. No obstante, acepté la invitación sentándome a su lado.

Vélez, según supe por él mismo, era agente general de la Emulsión de Scott para Cuba y Puerto Rico, su país este último, y hacía en aquellos momentos su visita periódica a la provincia oriental. Nuestra conversación versó al principio sobre asuntos generales y baladíes; pero muy luego, y con disimulada intención, recayó sobre el tópico de actualidad: la guerra. Fué Vélez quien abordó la materia, diciendo:

—Los alzados no deben hallarse en estos momentos tan cómodos como nosotros; cómo los estarán picando los mosquitos.

Yo callé, y él agregó:

—Como quiera que sea, esa gente es digna de simpatía, pues está luchando por su patria.

Yo guardé igualmente silencio, aunque asintiendo con movimientos de cabeza.

—Yo—prosiguió él—no soy cubano; si lo fuera, tal vez estaría con ellos.

Sentí el alfilerazo, y a mi vez dije sentenciosamente:

—¡Quién sabe cuántos cubanos tienen la intención de irse también al campo, y sólo esperan la oportunidad de hacerlo!

—No es cuestión de aguardar mucho—replicó prontamente Vélez.

Después agregó:

—Le voy a hacer una confidencia: aunque, como antes le he dicho, soy portorriqueño, estoy al servicio de la Junta Revolucionaria Cubana de New York. Y seguidamente:

—¿Y usted no piensa hacer algo por su país?

Ante esa interrogación, sentí el sonrojo de una respuesta negativa, o de un silencio que hiciera dudar de mi patriotismo, y, dejando toda reserva, contesté:

—Sí, voy a pelear por la independencia de mi patria, y es para incorporarme a los insurrectos que he venido aquí.

Vélez me dió un estrechón de manos y, pasados unos instantes, me preguntó:

—¿Tiene usted relaciones en la ciudad?

—No—le respondí.

—¿Ha venido recomendado a alguien?—volvió él a interrogarme.

—No, a nadie.

Vélez calló un momento; luego me dijo:

—Sin conocimientos aquí en las actuales circunstancias, sin que nada justifique su presencia, su situación es muy peligrosa.

Luego agregó:

—Se me ocurre una idea que puede servir de pretexto para su estancia en la localidad, por lo menos durante quizás unos días; como le he dicho ya, soy agente general de la Emulsión de Scott; yo puedo proveerlo de algunos anuncios de la misma, y usted, visitando las farmacias y proponiendo dicho producto, puede pasar por sub agente. Por supuesto —agregó—, en caso de una investigación, y para no compro-

meterme, ambos hemos de decir que usted se me propuso aquí como vendedor, y que no nos conocíamos con anterioridad.

Acepté la oferta de Vélez y convinimos que, a la mañana siguiente, él me haría entrega de los referidos anuncios.

V

CAMBIO DE PLANES

A la mañana del siguiente día, estábamos Vélez y yo tomando juntos el desayuno en una mesa del hotel. Poco después un señor de distinguido aspecto se sentó en otra mesa, cambiando un saludo con Vélez.

—Ese—me dijo Vélez—es el coronel Juan Ramírez, de la guerra de los Diez Años. Venga, que voy a presentárselo.

El señor Ramírez se puso cortésmente de pie y, a poco, Vélez, sin previo acuerdo conmigo, le dice a aquel caballero:

—Coronel, ¿por qué no se lleva a este joven a su finca?

El coronel comprendió, nos volvió la espalda y se marchó ligero. Vélez, arrepentido de aquella indiscreción, se lamentaba. Yo lo tranquilicé, diciéndole que nada se había perdido; que si el señor Ramírez, por prudencia, o por ser contrario a la Revolución, había procedido de aquella manera, debíamos considerarlo lo bastante hombre de honor para no denunciarnos.

Pocos minutos más tarde, andaba yo metiéndome en todas las boticas de la ciudad proponiendo Emulsión de Scott. Así pasé todo aquel día. En mi recorrido, y considerándome amparado en mi condición de agente comercial, llegué hasta la misma salida para Bayamo. Algunas personas entraban en el pueblo y otras salían de él. Sorprendido de aquel paso libre, me acerqué, con el disimulo de comprar unas naranjas, a una mujer que las vendía en una esquina, diciéndole:

—Yo me figuraba que no se podía salir ni entrar en la ciudad.

—Es después de las seis de la tarde, señor, que está prohi-

bido; y aun de día, sólo pueden salir las personas conocidas que tienen negocio en el campo.

Yo me puse a pensar: pues si dejan salir a los que tienen quehaceres conocidos en el campo, ¿por qué no he de hacerlo yo por las mismas razones? Aquella misma tarde adopté la resolución de tomar aquel camino con apariencia de ir a Bayamo. Una vez fuera del perímetro urbanizado de Manzanillo—pensaba—, ¿quién puede impedirme torcer el rumbo y encaminarme hacia donde lo juzgue conveniente?

Tan pronto como volví al hotel, a la hora de comida, le recomendé a Manduley, al otro Manduley, principal del establecimiento, que me proporcionara un caballo de alquiler debidamente aperado. El me informó de la imposibilidad de encontrar caballos de alquiler en aquellas circunstancias, agregando que únicamente lo podría obtener comprándolo; pero los vendían muy baratos. Yo convine en el precio, y cuando al siguiente día dejé el lecho, muy temprano en la mañana, encontré en la puerta del hotel a un hombre aguardándome y teniendo para mí un caballo del ronzal. Pagué el caballo y pagué también inmediatamente mi hospedaje, y ya me disponía a montar, cuando alguien se llegó a mí y me susurró al oído:

—El señor Manduley desea hablarle antes que se vaya.

Fuí al encuentro de Manduley, quien me condujo a una habitación, y, luego de cerrar la puerta por dentro, comenzó a hablar de esta manera:

—¿Me permite usted darle un consejo?

—Usted dirá—le respondí.

—No salga de la población por tierra.

—¿Por qué?

—Porque está prohibido por las autoridades militares.

—Yo he visto a varias personas salir por el camino de Bayamo.

—Esas son gentes conocidas; viven en el campo o tienen negocios en él, y están autorizadas especialmente para ir y venir.

—Yo también tengo un interés legítimo para hacerlo así, pues soy agente viajero, o, si usted quiere, vendedor de la Emulsión de Scott.

—Si usted piensa que tal cosa puede en realidad servirle de credencial, se ha formado usted un pobre juicio de la sagacidad de los funcionarios policíacos españoles; en cuanto usted deje la última línea de casas del pueblo, lo prenden, indagan la falsedad de su pretendido carácter de comerciante, y, como aquí nadie lo conoce ni se le ha visto antes en la localidad, es lo más natural que lo consideren como insurgente; y debo hacerle saber que, estando como está la comarca, y toda la provincia, en estado de sitio, a todo el que cogen fuera de poblado sin causa que lo justifique, lo fusilan sin formación de causa. Por lo que a mí respecta, no tengo duda alguna de que las intenciones de usted son las de ir al campo insurrecto, bien sea para quedarse, bien sea para desempeñar alguna comisión; y, dado esto por sentado, he de declararle que yo soy buen cubano, y también lo es mi hermano.

—¿Y cómo se explica—le interrumpí yo—que su hermano se expresara tan agresivamente contra mí, cuando volví del muelle diciendo que se me había escapado el vapor?

Manduley quiso saber lo que había ocurrido, y yo se lo conté.

—Mi hermano—exclamó él—es muy arrebatado de genio; el pensar que usted, juzgando quizás del hecho de que nuestro hotel está lleno de jefes y oficiales españoles, nos haya creído españolizados, y tratara de despistarnos respecto a sus propósitos, lo ha sacado de quicio; pero, se lo repito, ambos somos cubanos de corazón.

He de decir que este hermano Manduley, mi interlocutor, a diferencia del otro, era de fisonomía franca y atrayente; no obstante, mal impresionado como estaba por la actitud de su hermano, yo sentía hacia él igual recelo. Pero su lenguaje me pareció ahora tan leal, que exclamé:

—Pues bien, señor Manduley, yo le doy fe a lo que usted me dice.

—En ese caso—repuso él—siga mis indicaciones: de aquí sale todos los días, a las diez de la mañana, un vaporcito que va a Campechuela; váyase en él. Campechuela es ya Cuba Libre; no existen tropas españolas, y los insurrectos es raro el día que no se presentan allí, en mayor o menor número; pero caso de que usted no los encuentre allí tan pronto como

usted quisiera, siga a Ceiba Hueca, un ingenio, pues en ese lugar es seguro que los verá. De Campechuela a Ceiba Hueca la distancia es muy corta y se puede recorrer a pie. El camino para Ceiba Hueca está a la salida de Campechuela, siguiendo la calle central a la derecha. Primero tiene que pasar por una pequeña finca llamada *Santa Isabel.*

VI

CAMPECHUELA, PUNTO DE PARTIDA

DE acuerdo con la indicación de Manduley, al día siguiente, poco antes de las diez de la mañana, me encaminaba a tomar el aludido vaporcito, cuando, con gran sorpresa, percibí junto a su embarcadero una pareja de la Guardia Civil, y noté que un individuo que me precedía en la misma dirección, le entregaba un papel antes de embarcar. ¡Un pase—me dije, con momentáneo desaliento—, es preciso un pase para embarcar! Pero, ¿cómo ha podido ignorar Manduley la necesidad de tal requisito? ¿Qué hacer? ¿Volver al hotel? ¿Para qué? No existe ninguna probabilidad de que yo pueda obtener un pase. ¿Y he de permanecer en Manzanillo, expuesto a ser al fin detenido y preso, y quizá condenado a morir, no en el grandioso escenario del campo de batalla, sino en las oscuras gradas del patíbulo?

No había tiempo para vacilar porque el vapor iba a partir. Ea—exclamé para mí mismo—, al vado o a la puente. Doblé un anuncio de la Emulsión con lo impreso hacia dentro, y esperé oír la hélice en movimiento, y cuando llegó ese instante, corrí en derechura al vapor, mostrando al pasar frente a los Guardias Civiles, como si se tratara del pase requerido, el pedazo de papel. Ya la pequeña embarcación estaba a una vara de distancia del muelle, cuando salté dentro. Me pareció ver que los Guardias hacían ademán de detener el barco, pero éste continuó su marcha, y minutos después los dos Guardias Civiles perdieron a mi vista toda su temible significación, aunque todavía me latía con violencia el corazón.

Ya estaba completamente sereno y confiado, cuando, poco después del mediodía, el vaporcito llegaba a Campechuela. Pero, ¡oh, qué nueva sorpresa y qué nuevo sobresalto me aguardaban allí! En el desembarcadero había también, no Guardias Civiles, como en Manzanillo, pero sí soldados. Otro error de información de Manduley—me dije, aprensivo. ¿Verificaban allí los pases expedidos en Manzanillo? La perturbadora influencia del miedo me hizo verlo así. Mas, al mismo tiempo, mi imaginación, recobrando su agilidad, me sugirió un artificio para salir de aquel peligroso paso: al pisar tierra fingí haber dado un tropezón, y dejé caer el rollo de impresos que llevaba en la mano, y seguidamente me puse a tratar de recogerlo aparentando grande afán. El viento los había esparcido, y la mayor parte volado al mar. Viéndome en aquella tarea, dos de los soldados vinieron solícitos en mi ayuda. Ya no quedaba ningún papel en cuanto alcanzaba la vista, y yo continuaba buscando.

—¿Pero qué más buscas?—, me preguntó uno de los soldados.

—Mi pase—contesté yo, con acento de gran interés.

—¿Qué es eso del pase?—volvió a interrogar.

Esto me hizo comprender mi alucinación. No se exigían tales pases, ni para embarcar en Manzanillo ni para desembarcar en Campechuela, y respondí al militar:

—Mi nombramiento de agente de la Emulsión de Scott.

Fué entonces que él, leyendo uno de los impresos que había recogido, me preguntó:

—¿Eres tú físico?

—Sí—le respondí—, soy físico.

Estos mismos soldados, a quienes propiné con un peso, me dieron la dirección de la botica del pueblo.

Pero si lo del "pase" había sido una visión quimérica, forjada en mi mente por las insidias de que me sabía rodeado, no era menos cierto que Manduley había incurrido en un error de información al afirmar que en Campechuela no existían tropas españolas. Y este error estaba aquí patente y amenazador. El peligro se hacía ahora más manifiesto e inminente, por cuanto, siendo Campechuela una localidad de mucho más reducido vecindario que Manzanillo, mi pre-

sencia habría de ser más prontamente notada y sospechosa. Aquellos momentos eran, pues, de un valor supremo, la urgencia de marcharme fundamental. Pero también la festinación en hacerlo, en encaminarme desde el desembarcadero a las afueras del pueblo, haría muy notoria mi intención de irme al campo, acreciendo el riesgo de ser aprehendido. Era preciso detenerme siquiera unos minutos en disimular aquel propósito; continuar la comedia del agente de Emulsión de Scott. Para ello me llegué a la botica a proponer mi mercancía. No estaba presente a la sazón el dueño de la misma, un señor Vilalta, y hube de aguardarlo. Tardaba en llegar. Para hacer tiempo me fuí a un café de la acera de enfrente, y pedí una copa de cogñac. El dependiente y a la vez propietario del establecimiento, que vino a atenderme, me dijo que no había. Asombrado de tal cosa, exclamé:

—¡Cómo, no tiene usted una bebida tan corriente y de tanto consumo!

El hombre, un español, me respondió:

—No hay nada, mire el armatoste.

Efectivamente, los entrepaños estaban vacíos.

—¿Y esto qué es?—le dije.

—Pues nada—contestó él—, que los insurrectos estuvieron aquí, y...

—...Lo saquearon—terminé yo.

—No—repuso filosóficamente el español—, se llevaron todo lo que necesitaban, que era todo lo que encontraron.

Sentado a otra mesa se encontraba un individuo, criollo él. Vestía de paisano pero llevaba, visibles al cinto, revólver y machete. Se nos acercó y, mezclándose en nuestra conversación, se expresó en los peores términos respecto a los rebeldes, calificándolos de bandidos. Discreto el español, y yo prudente, callamos. Transcurridos diez o quince minutos, volví a la botica. Ya el farmacéutico propietario estaba de vuelta, y a poco llegó también el médico, otro Vilalta, hermano del anterior. Una vez expuesta la aparente finalidad de mi visita, con resultado negativo para la misma, pues el establecimiento estaba suficientemente abastecido de Emulsión de Scott, hablamos de generalidades. Los señores Vilalta, fuera por indiferencia o por reserva, en este caso bien jus-

tificada, no parecieron dispuestos a tocar el gran tema de la actualidad: la Revolución. Eran ya como las cuatro de la tarde cuando me despedí de ellos, y derecho por la misma calle me dirigí resueltamente a buscar el camino para Ceiba Hueca. Sabía que se encontraba a poco andar y al comienzo de una depresión del terreno que en grande espacio se extiende a la derecha. No había tropezado con ninguna dificultad para rebasar la última hilera de viviendas. Vía franca—pensaba—, y, acelerando la marcha bajo impresión tan optimista, me iba acercando al punto designado, cuando de repente alcancé a ver, allí mismo, sobre la pequeña altura que domina el camino en declive, y como cerrando el paso, un destacamento de soldados españoles. Me sentí de súbito anonadado, y retrocedí instintivamente a ocultarme detrás de unos matorrales. Otra vez más me hallaba en una disyuntiva cuyos términos ofrecían ambos igual peligro. A la espalda me acechaba la prisión, tal vez la muerte, y lo mismo al frente. Pero mi perplejidad no duró mucho. Tiré mentalmente los dados, y la suerte me dijo: ¡adelante!

Extraje del bolsillo un pliego de papel y un lápiz y, aparentando que copiaba el paisaje, me fuí aproximando lentamente a las entradas del camino. Los soldados no parecían reparar en mí. Llegué, palpitante de emoción, hasta estar junto a ellos en la misma rampa; aquí me detuve un instante, como embebecido en la contemplación del panorama. Ni una palabra, ni siquiera una ojeada de su parte. Fuí descendiendo el declive, ¡qué zozobra!, el corazón parecía querérseme escapar del pecho. Mirando de soslayo al grupo de soldados, a cada instante esperaba la voz de alto o un disparo de fusil. Al cabo, unos yerbajos me sustrajeron a su vista. Cerca había unos campos de caña, los gané y emprendí entonces frenética carrera. Por instantes volvía la vista atrás, pareciéndome que alguien me seguía de cerca: era la repercusión de mis mismos pasos. Corrí mucho, mientras tuve aliento para ello. Después me eché entre las cañas a coger respiro y descansar. Ahora estoy lejos; esto es ya Cuba Libre y no tengo qué temer, me decía, al reanudar la marcha al ritmo regular. Pero he aquí que, surgiendo de una guardarraya transversal, se me aparece aquel mismo individuo que

pocas horas antes, en el café, con tan injurioso lenguaje hablara de los rebeldes. No se me ocurrió atribuir aquel encuentro a mera coincidencia. Este hombre—pensé—me sale al camino para detenerme; y, ante la contingencia de una lucha, sentí mi sangre bullir. El estaba montado y perfectamente armado, y yo a pie e inerme. Unicamente abrazándome a él en un cuerpo a cuerpo—me dije—podré neutralizar sus ventajas. Discurriendo así, aceleré el paso hasta encontrarme junto a él, pronto a quitarle la oportunidad de requerir sus armas, abalanzándomele encima. Mas nada de esto ocurrió. El hombre, cuando ya nos vimos cerca, exclamó, fingiendo sorpresa, o realmente sorprendido:

—¡Cómo! ¿Usted por aquí?

—Sí, y usted también.

—Yo lo hago diariamente, porque es mi obligación de guarda jurado.

Y volvió a interrogarme:

—¿Y adónde va?

—A Santa Isabel y a Ceiba Hueca.

—Bueno—me dijo él—, dele recuerdos a Amador Guerra y a Veguita.

—¡Ah, usted los conoce!—exclamé yo a mi vez.

—¡Oh, sí, somos muy amigos!—concluyó él.

—Pues no lo parecía, oyéndolo hablar allá en el café—repuse yo.

El hombre se echó a reir socarronamente, diciéndome:

—No hay que juzgar por las palabras—, y se marchó.

He aquí, me dije, un fenómeno de desdoblamiento moral: oyéndolo hablar allá en el pueblo, hace dos horas, nadie hubiese dudado de su españolismo; ahora, hablando aquí, en el campo dominado por los cubanos, cualquiera lo creería un separatista. Alterna entre dos banderas, sin merecer ninguna.

VII

LA MANIGUA, AL FIN

MINUTOS después de haberme separado de aquel sujeto, oí a mi espalda los pasos de una cabalgadura, y volví la vista: era un hombre de tipo campesino, el cual al aparearse conmigo, me saludó sombrero en mano, dirigiéndome la pregunta tan usual entre las gentes del campo:

—¿Dónde bueno por aquí?

—Voy—le contesté—a Santa Isabel.

—¡A Santa Isabel!—exclamó él—; ¿y qué lo lleva a Santa Isabel? Yo soy su dueño.

—Pues verá usted—le respondí—, yo soy agente de la Emulsión de Scott, y ando recorriendo estas comarcas para formar un censo de la población infantil, y calcular la cantidad de dicho producto que se puede vender en ellas.

—La mismísima Virgen me lo trae por aquí, doctor; verá, yo tengo una niña lo más malita desde hace tiempo, y, como soy pobre, no puedo llamar con frecuencia al médico de Campechuela porque me cuesta mucho; usted me la va a ver por vía suya.

Sabiendo yo que la calidad de médico es la más valiosa de las credenciales para las gentes del campo, no quise sacar a aquel buen hombre del error de creerme tal.

—Pues vayamos juntos—le respondí.

Llegamos a Santa Isabel, una pequeña y humilde finca, como a las seis de la tarde, y en el acto examiné a la niña en cuestión: era una criatura de siete a ocho años, desmedrada y paliducha, con la cara cubierta de una erupción cutánea. Le indiqué un tratamiento de baños tibios, zarzaparrilla, y por último Emulsión de Scott para robustecerla. No estaba yo seguro de que con estas drogas se habría de curar, pero me bastaba saber que no habría de matarla.

En Santa Isabel me reposé un rato, mientras platicaba con el dueño sobre los sucesos del día. Sus palabras me confirmaron en la certidumbre de encontrar fuerzas rebeldes en Ceiba Hueca. También me enteré de que la guarnición española en Campechuela estaba únicamente de dos días atrás,

con lo que adquirí la persuasión de que Manduley había creído decirme la verdad cuando, también dos días antes, me afirmaba lo contrario.

Desaparecían los últimos resplandores diurnos cuando salí de Santa Isabel, y llegué a Ceiba Hueca ya cerrada la noche. Reinaba allí el silencio que, tan pronto como entré en el batey del ingenio, interrumpieron con sus ladridos los perros. No había ninguna casa con las puertas abiertas, y por todas partes se extendía la oscuridad. Deambulando al azar, percibí al cabo un rayo de luz por entre los intersticios de las yaguas de un bohío. Me acerqué a él y oí que conversaban dentro, por lo que me resolví a llamar y pedir hospitalidad por aquella noche. Eran sus moradores cuatro gallegos trabajadores del ingenio. Accediendo a mi petición me franquearon la puerta, y me atendieron con singular bondad. Me invitaron a participar de su cena, compuesta de pan, queso y café, cosa que acepté de la mejor gana, pues que, desde el desayuno tomado en el hotel en Manzanillo, mi único otro alimento había consistido en una taza de café con que me obsequiara el dueño de Santa Isabel. Después me improvisaron una hamaca de un saco de henequén, de los destinados al envase del azúcar.

Una vez cumplidos estos caritativos deberes, los cuatro hombres reanudaron la conversación interrumpida por mi llegada. Hablaban de la guerra, y uno de ellos sugirió, como el mejor medio para acabar con la insurrección, el bloqueo de la Isla para impedir la entrada clandestina de armas procedentes de los Estados Unidos. Y seguidamente el mismo individuo, volviéndose a mí, me preguntó:

—¿No tiene usted miedo de andar por estos lugares?

—¿Por qué he de tener miedo?

—Por un encuentro con los insurrectos.

—¿Por qué he de temer un encuentro con los insurrectos?

—Pueden obligarlo a seguirlos.

—Pues no, no temo tal cosa.

—¿Y a las tropas españolas no las teme usted?

—No temo ni a unos ni a otros, yo soy ciudadano americano, y neutral por consiguiente.

Y, ¡qué sorpresa!, otro de aquellos rústicos me hizo una pregunta en inglés, idioma del que yo no entendía ni una jota. Quedé perplejo, pero sólo fué un segundo de duración; me repuse, y le dije:

—Yo salí muy niño de los Estados Unidos y he crecido en Cuba, sin haber vuelto nunca allá.

Cuando desperté a la mañana siguiente, los cuatro hombres habían partido, dejándome sobre una mesa un pan, un trozo de queso y un jarro de café. Tomé este desayuno, conmovido por la generosidad de aquellos desconocidos, y sobre la misma mesa puse el último peso que me quedaba, y escribí con lápiz:

—Esta moneda no es para pagar la hospitalidad que he recibido de ustedes; eso no se paga con ningún dinero. Es para que beban un par de botellas de cerveza por invitación mía—; y firmé "El huésped de anoche."

Dejé aquel bohío, atravesé el batey del ingenio y me encaminé directamente a la casa de maquinarias; pero ya a punto de penetrar en la misma vi, con nuevo sobresalto, asomando por detrás de la "estera", un par de bocamangas. Retrocedí corriendo y fuí a introducirme en un viejo recipiente vacío que me quedaba cerca, pensando que quizás durante aquella misma noche habían llegado allí fuerzas españolas. Poco después alcancé a ver a corta distancia un muchacho, a quien llamé, por medio de un silbido, para pedirle informe sobre aquellas bocamangas. Al muy bellaco le pareció tan cómico ver a un hombre vestido de saco y bombín dentro de aquel enorme caldero, como si estuviera preparándose para la coacción, que convulso por la risa tardó varios minutos en responder a mis preguntas. Al fin me explicó que las bocamangas las portaba el guarda jurado de la finca; que había varios, pero que no tenían armas porque los insurrectos se las habían quitado.

Con la seguridad que me diera el festivo muchacho, salí de mi escondite y entré en la repetida casa de maquinarias. Un mozalbete flacucho y a largas zancas, con un puñado de pringadas estopas en las manos, se me quedó mirando como un papanatas, quizás si porque mi indumentaria, o por lo menos mi bombín, le resultaba exótica. Seguí adelante, y, sa-

liendo por el extremo opuesto, me encontré frente a una fonda, la única que existía en el ingenio. Habiendo atraído muy pronto la atención sobre mí, y sin motivo ya para guardar reserva sobre el objeto de mi presencia, en seguida se propaló la noticia de que venía a incorporarme a los insurrectos, y me vi rodeado y acogido con entusiasmo por toda la gente moza del personal de la finca, la mayoría de la cual estaba también en vísperas de irse a la Revolución.

Algunos de aquellos jóvenes se pusieron voluntariamente a contribución, para sustituirme aquel vestuario urbano-capitalino por otro más adecuado a la vida de campaña que iba a comenzar: Rafael Perea, dueño de la fonda, me regaló un magnífico sombrero de jipijapa; Maximiliano Condis, colono del ingenio, un traje completo; y Urbano Fernández, condueño y empleado principal del almacen, un par de zapatos; y no me proveyeron de armas, porque únicamente poseían las de su uso personal.

Algo después de las once de aquella misma mañana, llegaron al batey del ingenio dos hombres montados, procedentes de un campamento rebelde de las cercanías, a los que pedí que me llevaran consigo a su regreso. Ellos al principio pusieron tenaz reparo: la falta de caballo para mí, pues en el ingenio no había ninguno disponible. He de consignar que esto no era la verdadera razón, o que, por lo menos, no era la única. Algo separados de mí, yo les oía argumentar:

—¿Para qué va a servir ese muchachito en la guerra?

Al fin, después de mucha insistencia de mi parte, y mediante la gestión de Perea, de Condis y de Fernández, accedieron a tomarme a la grupa de una de sus cabalgaduras. Obtenido esto, aquel juicio a prior, emitido por ellos sobre mi aptitud para arrostrar los azares de la contienda, nada me importaba. Era indudable que juzgaban por mis aparentes condiciones físicas, que en realidad no eran favorables. No soy de aventajada estatura, y en aquella época, aunque contaba veintiséis años de edad, mi cuerpo no estaba completamente desarrollado. Mas si el odre no era grande, era bueno el vino. Yo sabía que dentro de mi poco voluminoso tórax, se encerraba un vigoroso corazón, y, animado por el espíritu bélico que me poseía, me consideraba capaz de las

más grandes hazañas, de los mayores actos de heroísmo. Que "¿qué va a hacer este muchachito en la guerra?", ya lo verán. Y, arrebatado de entusiasmo, pensaba: la fama lo pregonará muy pronto, porque no hay duda de que me haré famoso por mis hazañas, por mis actos de heroísmo; la patria se enorgullecerá de mí, y la historia me presentará con la frente ceñida de laureles. Y si ya en aquella época hubiera leído a Camoens, hubiese exclamado con él en *Os Lusiadas*:

> Cese cuanto la antigua musa canta,
> que otra gloria más alta se levanta.

¡Joven iluso que yo era!

Algunas horas después, sobre las cuatro de la tarde, abandonaba el batey de Ceiba Hueca en dirección, al fin, del campamento que, según mis acompañantes, estaba situado a cosa de un par de leguas en la sabana de Guá. Marchamos durante algún tiempo rumbo al sur y a campo traviesa por un terreno en el que, a falta de otro exponente de vegetación, los cortos troncos de las palmacanas lucían las pajizas licinias de sus enormes hojas cordiformes. Acá y allá, a medio borrar por la acción del tiempo y de la sequía del último invierno, se veían superpuestas y entrecruzadas rodadas de un antiguo tránsito de carretas.

VIII

"BUENO, INCORPORESE"...

1895. Mes de abril.

LUEGO de haber recorrido un largo trecho en aquella dirección, cargamos a la izquierda por una angosta senda, trazada entre maniguas por recientes huellas de caballerías. El ocaso se anunciaba con rojos resplandores en el horizonte, y una tenue sombra crepuscular se iba extendiendo sobre el paisaje ambiente. En las proximidades, según avanzábamos, los primeros contrafuertes de la Sierra Maestra, que en aquellos lugares comienza a empinarse hacia el Oriente, recortaban sus diversas formas en la indecisa cla-

ridad del atardecer, y la Sierra misma, allá en la lejanía, desdibujaba sus aristas y sus contornos en un solo trazo oscuro y gigantesco. Súbito, un estentóreo "¡Alto!, ¿quién va?", partiendo de unos matorrales, resonó en nuestros oídos, haciéndonos suspender el paso. Y habiendo respondido nosotros "¡Cuba Libre!", la misma voz se alzó de nuevo: "¿Qué gente?". "Amador Guerra", se les volvió a contestar, e instantes después, previo un reconocimiento en el cuerpo de guardia, a cuyo efecto hubo de adelantarse uno de mis compañeros, proseguimos la marcha. Y ¡oh, inefable emoción la que experimenté en aquellos minutos!: al desembocar en un espacio despejado de malezas, surgió a la contemplación de mis ávidas miradas, la bandera de mi naciente patria que, a tiempo de descender de alto mástil, daba a la brisa de aquella tarde del mes de abril los colores símbolo de su soberanía. "¡Viva Cuba Libre!"—grité con acento conmovido, la cabeza descubierta y el alma como en oración.

Estaba acampado en aquel sitio un escuadrón, compuesto de veinticinco o treinta jinetes a las órdenes del capitán Enrique Céspedes, y perteneciente al regimiento Guá, al mando del coronel Amador Guerra. Muchos de sus hombres estaban armados únicamente de machetes, y los demás de machetes y armas de fuego de distintos sistemas, más propias para la panoplia de un coleccionista que para el combate. No estaban uniformados: cada cual vestía a su manera, prevaleciendo, no obstante, la indumentaria rural, por lo que carecían de marcialidad y atuendo. Si en otra circunstancia se les hubiera contemplado desde lejos, más que por una tropa militar, se les hubiese podido tomar por una reunión de pacíficos trabajadores en horas de descanso. Los guajiros villareños, mis amables conterráneos, se juntan así en las "cobijas".

Una vez que hube desmontado, me encaminé en busca del jefe de la unidad para hacer mi presentación y alistarme. Lo encontré en animada tertulia con otros oficiales, y debían estar muy divertidos, contándose graciosas anécdotas y chistes, porque reían ruidosamente. Yo me detuve discreto a alguna distancia de ellos, aguardando un paréntesis de silencio, no osando interrumpir su festiva charla.

Era el capitán Enrique Céspedes un hombre bastante joven aún. De estatura mediana, pero de gallardo porte. Su tez era clara y ligeramente sonrosada; sus ojos y sus cabellos eran oscuros, así como su espeso y bien cuidado bigote. Había en él cierto aire de desembarazo y resolución, y quizás si también un tantico de jactancia, peculiaridad esta última que, hija tal vez de fáciles éxitos juveniles, no desarmonizaba con su conducta en el combate, pues era un valiente.

Aprovechando al fin una pausa en la conversación, me acerqué a él y, luego de haberle saludado, le expresé mi propósito de incorporarme. Sin apenas desviar la vista de sus contertulios, me respondió con despreocupada brevedad:

—Bueno, incorpórese.

Y fué así como, sin habérseme tomado la filiación, sin habérseme preguntado siquiera mi nombre, anónimamente, comencé mi carrera militar el día cuatro de abril de 1895.

"*Bueno, incorpórese.*" Pero ¿a qué sección o pelotón? ¿Cuál habría de ser mi sargento?, ¿quién mi cabo?

Aquella despreocupada e inexplícita respuesta del capitán hubiera podido atribuirse a que él consideraba la Revolución ya lo suficientemente poderosa para desdeñar un recluta más en sus nutridas filas. Perplejo y decepcionado, sin saber lo que debía hacer, sintiéndome desconocido y aislado, allí donde treinta hombres, vinculados en el noble intento de crearse una patria libre y unidos por el estrecho compañerismo de las armas, fraternizaban en la diaria convivencia de una suerte común, me puse a vagar sin rumbo determinado por el campamento, concluyendo, al fin, cansado y aburrido, por echarme en un lugar cualquiera en el suelo. Por fortuna para mí, esta situación tan extraña y deprimente, fué de corta duración. Pocos minutos después pasaba junto a mi lado un individuo joven, quien al verme me preguntó:

—¿Qué haces aquí tan solo?

—Acabo de llegar, no se me ha señalado sitio y no conozco a nadie con quien reunirme—le respondí.

—Pues ya conoces a alguien—me dijo él—, yo me llamo Melquiades Estrada—; y agregó seguidamente: —Ven conmigo, que te voy a presentar a otros compañeros.

Seguí a Melquiades, y momentos después me vi entre un

grupo de buenos camaradas que, al enterarse de que yo venía desde La Habana, me demostraron de la mejor manera sus simpatías. Ellos me dieron de comer y me proporcionaron una hamaca donde pasar la noche.

Mi primer acto de servicio como soldado lo realicé al siguiente día. Me tocó entrar de centinela, de diez a doce de la noche, en un sitio apartado ochenta o cien metros del centro del campamento. Para ello me serví de las armas de Melquiades. Fueron dos horas de inquietud y nerviosidad. Era una de esas noches a la vez claras y oscuras, en las que la claridad lunar y las sombras de las nubes se suceden alternativamente de minutos en minutos. Durante los intermedios de luz yo podía apreciar todos los detalles y accidentes del terreno que caía bajo mi alcance visual; pero estos mismos detalles y accidentes se me confundían y desfiguraban en los períodos de oscuridad, antojándoseme cosas extrañas y sospechosas lo que instantes antes había reconocido como un mero montículo o un matojo. Con el oído en tensión, cualquier ruido, tal como el producido por el andar reptante de un jubo o de un camaleón entre la hojarasca, se me figuraba los pasos cautelosos de gentes en acecho. Mas no era lo que experimentaba un sentimiento de miedo físico por mi persona. Era la fuerte aprensión moral que me inspiraba la conciencia de mi responsabilidad en el desempeño de aquel servicio, de cuyo celoso cumplimiento dependía la seguridad del campamento. Si engañado por las apariencias —me decía—, me precipito en dar la voz de alarma o disparo mi fusil, pongo inútilmente sobre las armas al escuadrón, y me cubro de ridículo. Si, por el contrario, tomo a la realidad del peligro por falsas apariencias, lo expongo a ser sorprendido por el enemigo. Al fin, transcurridas aquellas dos horas, fuí relevado.

Al día siguiente, temprano en la mañana, el escuadrón emprendió marcha para ir a reintegrarse a su regimiento, que, con su jefe, Amador Guerra, a la cabeza, aguardaba a un par de leguas distante de allí. Melquiades Estrada me presentó a él.

Amador Guerra era el jefe que más se había destacado por sus condiciones militares y su combatividad en aquellos pri-

meros días de la contienda y, de no haber sucumbido prematuramente, habría sido una de las primeras figuras de la última guerra de independencia. Era un hombre bastante joven, de muy simpática apariencia: de tez morena, un tanto pálida, y de fisonomía expresiva, en la que se echaban de ver, perfectamente armonizadas, la bondad y la entereza del carácter. Sus ojos eran muy grandes, muy negros y muy luminosos. Pronunciado junto a Bartolomé Masó, el mismo día 24 de febrero en que se dió el grito de guerra, había roto las hostilidades atacando un destacamento de la Guardia Civil en Cayo Espino.

Una vez reunido el escuadrón de Céspedes con su regimiento, la unidad entera siguió marcha al Cuartel General de la División, al mando del general Masó, situado en las estribaciones de la Sierra, que limitan la sabana de Guá, en un sitio llamado El Chino. Allí el coronel Guerra, que parecía estar bien impresionado a mi favor por el hecho de que viniera desde tan lejos como La Habana a incorporarme a las filas de la Revolución, me presentó al general Masó, quien me adscribió a su Cuartel General como soldado de la Escolta.

IX

MASÓ

El general Masó había tomado parte activa en la guerra de los Diez Años. Sublevado junto con Carlos Manuel de Céspedes en la Demajagua, fué uno de aquellos hombres que se mantuvieron cerca de Antonio Maceo durante los rudos y heroicos días que, como consecuencia de la protesta de Baraguá, siguieron al convenio de El Zanjón. Hombre de arraigadas convicciones, jamás había aceptado para su patria otra solución política que no fuera la independencia. Presidente del Comité Revolucionario de Manzanillo, Holguín y Bayamo, durante el período de preparación del nuevo levantamiento, cuando llegó el instante de reanudar la lucha no le arredró el peso de sus muchos años,

ni lo contuvieron las habituales comodidades que le proporcionaba una desahogada posición económica. El movimiento insurreccional se había señalado para el 24 de febrero, y ya él había abandonado su hogar el día 23.

Era Masó un hombre de sesenta y cuatro a sesenta y cinco años; pero, pese a tal edad, se conservaba todavía relativamente vigoroso. Su estatura era menos que mediana, poquedad física ésta a la que él no se resignaba y que trataba de compensar calzando unos zapatos de tacones desmesurados, artificio que, a cambio de darle la apariencia de una pulgada más de talla, le obligaba a caminar balanceando el cuerpo a un lado y a otro como un patojo. Su cabeza, en cuyos cabellos alternaba aún el color originalmente negro de los años primaverales con el níveo de la edad senil, era de formas y proporciones regulares; la frente un tanto arqueada, tersa y espaciosa, y los ojos, de tranquilo mirar, sin ser definidamente negros, eran oscuros. Una barba rala e hirsuta, rasurada en las mejillas y crecida en forma de perinola bajo el mentón, daba tipicidad al conjunto de su fisonomía. Aunque de suave exterior, y en el fondo efectivamente bondadoso, no carecía empero de la suficiente energía de espíritu para llegar hasta el sacrificio de sus intereses y de su persona en la práctica de sus ideas, ni tampoco de la autoridad y firmeza de carácter para hacer que los demás cumplieran sus respectivas obligaciones. El rasgo distintivo de su personalidad moral era la probidad. Sabido es que en vísperas de ponerse fuera de las leyes españolas, y no obstante los múltiples cuidados que le asediaban en los postreros instantes de la conspiración y organización del movimiento de que era jefe, se ocupó, como de un deber primordial, de solventar hasta el último centavo sus deudas, tanto aquellas de índole personal como las contraídas en concepto de financiamiento o refacción de sus empresas agrícolas.

La Escolta del Cuartel General de Masó por aquellos días la integraban diez o doce hombres, guardia asaz exigua para proteger la persona en quien por entonces estaba vinculada la suerte todavía vacilante de la Revolución, máxime cuando era de esperarse que las operaciones del ejército español, que contaba ya con cerca de treinta mil soldados en la Isla, en-

trarían muy pronto en una fase de gran actividad, y que sus mayores esfuerzos se dirigirían contra el núcleo insurrecto de Manaznillo con el fin de decapitarla. Ya en los primeros días del de marzo la Junta Autonomista de Santiago de Cuba, por sugerencias sin duda del jefe español de aquella región, había enviado a uno de sus afiliados, Herminio Leiva, a entrevistarse con Masó, a fin de persuadirlo a desistir de la lucha. La entrevista se había celebrado en La Odiosa, y en ella Masó había hecho saber su resolución de no deponer las armas hasta conseguir la independencia del país o perecer en la demanda. A aquellas conversaciones había seguido una carta del mencionado Leiva, fechada en Manzanillo el 12 del mismo mes, con la que, posiblemente, el autor creyó intimidar al jefe separatista, y de la cual eran estos los principales párrafos: "Ya sabe usted el resultado de mi viaje a Santiago de Cuba: negativa en absoluto, pues no sólo se resistió el señor Comandante General a conceder un minuto más de plazo, sino que dió delante de mí sus órdenes para que se emprendiera la persecución de ustedes con suma actividad." Luego, extendiéndose en consideraciones propias, agregaba: "Vea usted, si no, y se lo repito después de nuestra conferencia de La Odiosa, cómo no le secundan las otras provincias cubanas; lejos de eso, combatirán a Oriente, vuelvo a decirle, porque el país ha comprendido que la felicidad de Cuba no se ha de conquistar por medio de la guerra, siendo así que la guerra sería nuestro suicidio, y no hay país en el mundo civilizado que se suicide conscientemente. Aparte de eso, recapacite usted, y vea que España tiene medios sobrantes de acabar con el movimiento armado en poco tiempo; de Puerto Rico vienen tropas; de la Península han salido ya ocho batallones, y vendrán todos los que sean necesarios. La insurrección, en cambio, no tiene material de guerra, ni lo espere usted del extranjero, yo se lo aseguro. Por otro lado, la mitad, por lo menos, de la gente que tiene usted alzada sin armas, volverá a las poblaciones tan pronto como se vea perseguida por las tropas del gobierno."

El señor Leiva no era partidario de la independencia, al menos no la quería por medio de la guerra. Prefería, como otros muchos cubanos, esperar paciente y manso a que se

nos diera la autonomía, para lo cual era preciso que España, fecunda en parlamentaristas y legisladores especulativos, llevara alguna vez al poder un verdadero estadista que comprendiera y armonizara las necesidades y aspiraciones de la Colonia y la soberanía y los intereses de la Metrópoli, abrogando el infecundo y secular régimen de administración y de despotismo político que había puesto al colmo la tolerancia de los patriotas cubanos. Así, pues, no es de admirarse que aquel señor, con el ánimo predispuesto contra la Revolución, aunque juzgara con exactitud de sus condiciones presentes, bien ostensibles por otra parte, se engañara al vaticinar los resultados de su porvenir. Mas esto mismo le hubiese ocurrido a cualquiera otra persona en la época de la entrevista de La Odiosa, y aun algún tiempo después, como no estuviera poseída de la fe y la convicción y el entusiasmo de un verdadero adepto. La Revolución entonces daba la impresión de un intento fracasado. Todavía, a partir del Jobabo hacia occidente, y salvo el efímero levantamiento de Ibarra y Jagüey Grande, en Matanzas, ninguna comarca de la Isla se había solidarizado de hecho con ella. Y en la misma provincia de Oriente, tal vez en los últimos días de marzo no pasaban de dos mil o dos mil quinientos los sublevados, inermes muchos de ellos, divididos en pequeñas partidas inconexas entre los distritos de Santiago de Cuba, Baracoa, Guantánamo, el Cobre, Holguín, Jiguaní, las Tunas, Bayamo y Manzanillo. Para combatirlos contaba el gobierno español, con veinte mil soldados, como fuerza original, y diez mil más que llegaron en el curso de aquel mismo mes de marzo.

Aquel estado de cosas era una prueba incontrovertible de que el movimiento había comenzado sin la simultaneidad y la consistencia de una previa y cuidadosa preparación, y se ha de convenir en que, si no fué paralizado en el mismo instante en que se inició, y pudo al fin, con el tiempo y la presencia de otros jefes de mayores prestigios militares y el aporte de nuevos elementos, cobrar el impulso necesario para recorrer toda la trayectoria histórica de sus efectos y postulados, ello se debió en primer término al tesón y constancia de Masó y del puñado de hombres beneméritos que lo acom-

pañaba, y al potencial espíritu de rebeldía fomentado en el alma del cubano por la torpe política española. Honor a Masó.

X

BLANCOS Y NEGROS

AUNQUE afiliado a la Escolta del Cuartel General, yo prestaba igualmente servicios en el Estado Mayor. En estas mismas condiciones estaban otros jóvenes de las ciudades, tales como Angel de la Guardia, Rafael Cerviño y los hermanos Jaime y Rafael Santiesteban. Dominador de la Guardia, según me parece recordar, pertenecía también en aquellos días al Cuartel General, pero era ya teniente y la mayor parte del tiempo la pasaba en el regimiento Guá con Amador Guerra. También recuerdo haber visto allí a Manuel Torriente.

El jefe de Estado Mayor era el coronel Celedonio Rodríguez y el jefe de la Escolta el capitán Pablo Chacón, ambos de color. Había también otros hombres de color: Dimas Zamora y Pascual Mendoza, que ostentaban altas jerarquías militares. Angel de la Guardia, Rafael Cerviño y los dos hermanos Santiesteban eran, además de ayudantes u ordenanzas, como yo, escribientes del Despacho. Yo he distado mucho de ser un calígrafo. Mi letra es muy poco uniforme y legible. Es ésta una inhabilidad que no lamenté en aquella ocasión, pues no me gustan las funciones de amanuense. No pudiéndoseme emplear como tal, fuí dedicado a descifrar la correspondencia en clave, y recuerdo que en una ocasión encontré, entre una multitud de comunicaciones, un papel que nada decía, estando al parecer todo en blanco. Lo iba a tirar al suelo cuando Angel de la Guardia me indicó que lo acercara al fuego. Lo hice así, viendo asombrado revelarse al calor los signos criptográficos de una carta, carta privada para el General, de una señora, su amiga. Atemorizado, pensando lo difícil que me sería convencer al General de la incons-

ciencia con que había descubierto aquel sistema epistolar secreto, previa consulta con Guardia, la arrojé al fuego, privando así al General de un dulce momento.

En el Cuartel General de Masó todos, guardando las distancias jerárquicas militares, nos tratábamos con afectuosa deferencia, sin que se notara jamás la más leve prevención racial. Pero un buen día se apareció allí un hombre de color, mulato, llamado Varona. Nunca supe por qué vino, ni por qué se fué; pero una vez, en ocasión de hallarnos reunidos mis compañeros blancos, más que por blancos, por jóvenes y bisoños, se nos acercó y, previas unas cuantas palabras sin interés, nos dijo:

—Es una pena verlos a ustedes, jóvenes blancos, sirviendo a las órdenes de dos negros.

Se refería a Celedonio Rodríguez y a Chacón. Este lenguaje nos indignó a todos:

—Aquí—le respondimos—no existen negros y blancos, sino únicamente hombres dignos que venimos a luchar por una misma causa, que es la patria común—; agregando yo:

—Sospecho que usted es un contrarrevolucionario que trata de introducir la discordia entre nosotros, y si vuelve usted a promover esta cuestión lo voy a denunciar al general Masó.

A este mismo individuo lo prendí dos años más tarde en la Tenencia de gobierno de Camagüey, en la Yaya, por estar difamando al general Salvador Ríos, de Manzanillo. Mas lo puse en libertad por la intervención del entonces Gobernador de aquella provincia, Pedro Mendoza Guerra, quien me afirmó que se trataba de un desequilibrado.

Pablo Chacón, nuestro capitán en la Escolta, procedía de la guerra del 68, en la que había sentado fama de valiente. Esta fama la justificó en cientos de combates más en la nueva campaña, en la que encontró gloriosa muerte. Murió dentro de un cuadro de la infantería española en la acción de Paso Real, en Pinar del Río. Era muy bueno con nosotros, y, no obstante su edad y su bravura, era de un carácter lo más jocoso y festivo. Se complacía en divertirse a costa de nuestra inexperiencia de la vida del mambí, y en una ocasión en que estábamos hambrientos, porque como de sólito no había co-

mida en el Cuartel General, formó la escolta y, diciéndonos que íbamos a racionarnos, nos puso en marcha. Caminamos, gozosos ante la idea de que íbamos a comer, unos doscientos metros del campamento. De pronto, al pasar bajo un gran árbol, dió la voz de alto, agregando con perfecta seriedad:

—Arriba están las raciones.

Todos levantamos la vista.

—¡Cañandonga!—dijeron mis compañeros orientales con desencanto.

De las ramas pendían unos largos y oscuros frutos capsulares, para mí desconocidos. Siguiendo el ejemplo de los demás arranqué de la mata un par de aquellas vainas, y, ante el aspecto leñoso de su durísima corteza, no pude menos que pensar con despecho que nuestro capitán pretendía que nos alimentásemos como abejorros.

—Es preciso romperlas con el machete—, dijo uno de mis compañeros.

Traté de hacerlo, pero sin lograrlo. Al fin, Chacón, que mientras tanto se reía, vino en mi ayuda. Las cápsulas encerraban una pulpa negruzca y melosa. ¡Puff!, aquel desagradable olor o, mejor dicho, hedor, era el mismo de la cañafístola, con cuyo bebistrajo tanto me habían atormentado en mi niñez. La arrojé lejos de mí, no obstante el hambre que sentía.

—Ya la comerás andando el tiempo—me dijo sentenciosamente Chacón.

Así fué, y hasta llegó a gustarme.

XI

TEMPRANA DECEPCION

FUE en aquel campamento de El Chino donde por primera vez durante la campaña escuché el ruido del combate. Una pequeña columna española se aproximó a nuestro Cuartel General, siendo rechazada por fuerzas de Amador Guerra que lo custodiaban. El Estado Mayor y la Escolta nos internamos un poco más loma arriba, y apenas una veintena de balas nos pasaron cerca. Fué una

simple escaramuza de quince o veinte minutos, en la cual tuvimos tres o cuatro bajas. Fué tamién en aquella ocasión que vi el primer herido, y me sorprendió sobremanera la poca entereza del mismo. Se trataba de un joven de color, de veintiséis o veintisiete años de edad, de robusta complexión. Había recibido un balazo bastante superficial en una pierna, y se quejaba lastimeramente, y como asombrado del percance.

—Amador, me han herido—decía y repetía con acento lloroso.

Yo me preguntaba, pensando: ¿habrá creído este hombre venir a una cacería de patos?

Aquel mismo día se trasladó el Cuartel General a San Vicente, donde recibió Masó la visita de una señora de bastante edad que venía a poner a su disposición las existencias de una tienda mixta que poseía en el camino de Vicana, y a rogarle que una vez extraídas las mercancías quemara la casa, que era también de su propiedad. Dicha señora se había enterado de que el enemigo iba a establecer allí un destacamento, y ella, que era patriota, prefería la ruina de sus intereses, a la vecindad de los soldados españoles. Inmediatamente el propio General, con algunas fuerazs, se puso en camino para aquel lugar. Se cargaron en carretas todos los efectos aprovechables y se le dió fuego a la casa.

Hubiera querido el General reintegrarle a aquella buena mujer todo lo salvado, pero la infeliz no tenía adonde llevarlo, por lo que fué distribuído entre las tropas.

Dejamos el campamento de San Vicente y fuimos al Pilón. Aquí recibió el General un escrito procedente de la ciudad y firmado por un señor Saumell (quien pocos días después se incorporó a las fuerzas del coronel Juan Masó Parra), notificándole su presunción de haberse efectuado un alijo de armas en la costa sur y cercanías de Marea de Portillo. El General despachó al punto una comisión para dicho lugar, que compusimos Angel de la Guardia, Rafael Cerviño, Rafael Santiesteban y yo, para la búsqueda de dicho armamento.

Para ir a Marea de Portillo, desde el sitio donde nos encontrábamos, es necesario atravesar la Sierra. Mas, como el Pilón está a bastante altura, y la cumbre, por el camino

en que realizamos la ascensión, que es el de Ramón de Portillo, no alcanza todavía siquiera la mitad del máximum de elevación de la cordillera, fué cuestión de pocas horas el escalarla. Salimos del Pilón al amanecer, y a eso de las once de la mañana estábamos arriba. Allí nos detuvimos un buen rato a descansar, antes de emprender el descenso. A mis compañeros les era familiar aquel panorama, pero yo quedé maravillado. Jamás había contemplado un parecido espectáculo. Las nubes y las brumas confundiéndose allá abajo, en la ladera de la montaña, me daban la sensación de hollar el cielo con mis plantas.

El descenso nos tomó un par de horas nada más, con lo que llegamos a Marea de Portillo como a las dos de la tarde.

Marea de Portillo se encuentra al este y a no mucha distancia de Cabo Cruz. Es una extensa rada, muy abierta, de poco y arenoso fondo, donde los buques, aun los de menor porte, tienen que anclar lejos del puerto. Es uno de los lugares más bellos que conozco, y el ambiente de calma y sosiego que reinan allí sólo lo he vuelto a encontrar muchos años después, y a varios miles de millas de Cuba, visitando a Honolulú, capital de las Islas Hawai, en la Polinesia.

El vecindario de Marea de Portillo lo formaban en aquella época unas cuantas casas, la mayoría de tablas y tejas, agrupadas en la estrecha faja de tierra llana que hay entre la montaña y el mar, algunas de ellas edificadas al borde mismo de las aguas. Sus moradores se dedicaban a la producción y comercio de miel de abejas, y parecían vivir felices.

En los momentos de llegar nosotros se encontraba anclado en la rada, a gran distancia, un guardacostas español, cuyos tripulantes, como nosotros no portábamos armas largas, nos confundieron sin duda con los pacíficos habitantes del caserío.

Como a nosotros se nos habían dado previas referencias respecto a las personas de Marea de Portillo a quienes podíamos confiar sin reservas el objeto de la misión que llevábamos, apenas llegamos dimos comienzo a las consiguientes investigaciones: nadie había visto ni oído nada sobre el desembarco de armas. Dos días más permanecimos en el lugar recorriendo la costa, pero la búsqueda resultó infructuosa, y

al cabo de dicho tiempo, en que estuvimos de comilona en comilona, regresamos al campamento. A cambio de las armas que fuimos a buscar, volvíamos cargados de cocos secos. En Marea de Portillo existían algunos cocales.

Del Pilón marchamos a establecer el campamento a La Caridad. Siempre dentro del bosque; siempre por las alturas, como las nubes. Yo estaba descorazonado; lo estaba, al igual que la mayoría de mis camaradas jóvenes, desde el día de la refriega de El Chino, en que, en vez de ir a reunirnos a aquellas de nuestras fuerzas que la habían sostenido, hubimos de esquivarla internándonos aún más en la espesura. ¿Merecía la pena—me preguntaba—haber atravesado el territorio de cuatro provincias, dejando a la espalda un estado de paz que consideraba ominoso, para una vez en el teatro de la guerra sustraerme al choque con el enemigo?

Yo sabía que Masó era un hombre valiente, que se había batido multitud de veces durante la anterior contienda y que ya lo había hecho en la presente, en la acción de El Guanábano. Y también me daba cuenta de que encontrándose la Revolución peligrosamente estacionaria, era en extremo vulnerable en la persona de él, que, por el momento, era su cabeza; y que por lo tanto era indispensable que estuviera a buen recaudo. Pero pensaba además que, aparte estas consideraciones básicas, esta suprema responsabilidad, Masó podía estar satisfecho con los méritos y con la gloria adquiridos en el 68; que era ya sexagenario y que, con el solo hecho de haberse dispuesto a sufrir las durezas de aquella vida andariega, entre las maniguas y a la intemperie y pasando hambre, le rendía en aquella circunstancia quizás el más grande servicio a su patria. Pero yo—me decía—no tengo significación alguna, y nada pierde con mi vida la Revolución. No tengo en ella un nombre y quiero hacérmelo, no tengo gloria y la quiero adquirir. En resumen, soy joven y me quiero batir, y he venido a batirme.

En La Caridad se produjo un día una alarma: fué anunciada una tropa que venía en aquella dirección, y nuestro campamento se puso en movimiento de combate. Teníamos allí algunas fuerzas constituídas por elementos de las de Bayamo, a las órdenes de Pancho Estrada, y de Manzanillo a

las de Amador Guerra, las que corrieron a tomar posiciones. El personal del Cuartel General, como en otras ocasiones, cogió la dirección contraria y cuesta arriba por la falda de la loma. Sentí entonces tal sonrojo de verme huyendo como un cobarde, que arrojé al suelo unos paquetes de papel del Despacho del Cuartel General, que llevaba al hombro, y grité:

—¡No huyo más, no huyo más!—, y me volví corriendo a juntarme a los que iban a pelear.

Angel de la Guardia, que se encontraba a mi lado, siguió el ejemplo. Mas todo aquello había sido producto de un error: las fuerzas que llegaban eran amigas, mandadas por el coronel Masó Parra.

XII

MAL CENTINELA Y PEOR COCINERO

Mes de mayo

YO estaba resuelto ya a dejar el Estado Mayor e incorporarme a algún otro cuerpo de tropas activas, cuando me enteré, con la natural satisfacción, de que estábamos en vísperas de marcha y, probablemente, de funciones bélicas. Y, en efecto, dos días más tarde nos pusimos en camino, con rumbo al Sudeste. Hacía un tiempo agradable y era espléndido el panorama que se ofrecía a nuestra vista: arriba un cielo luminosamente despejado, y abajo una campiña cubierta de silvestres flores; de las flores de mayo que, regadas por el rocío mañanero, dijérase multicolor tapiz tendido a nuestro paso.

Las primeras jornadas las hicimos paralelas y muy próximas a la Sierra Maestra, viendo destacarse, a la luz del día, el Pico Turquino, en toda su magnífica altitud. ¡Qué desmesuradamente elevada me pareció en aquella ocasión la cordillera! Yo no había visto hasta entonces otras alturas que las de las insignificantes tumefacciones terrosas, llamadas mogotes, que existen en las cercanías de Sagua, y las de las colinas que rodean La Habana. No poseía otros conocimientos de la orografía de la Isla que los que se adquieren en los textos de geografía elemental para la primera ense-

ñanza, y en cuanto a estudios sobre la formación, alzamientos y edades geológicas de las montañas, he de confesar que ni siquiera sabía que se hicieran. Mas soy un temperamento contemplativo, tal vez un artista, poeta o pintor, en potencia, a quien ha faltado cultivo intelectual para revelarse, como al oro en la montaña el crisol para dejar la escoria. Y quizá si he carecido también de aquella confianza en uno mismo, expresada en la conocida exclamación de El Corregio: "Anch'io son pittore". Me admiro y complazco ante la obra de la naturaleza en todas sus manifestaciones, ya sea en la hermosura de una mujer, ya en el matiz de las flores, ya en el plumaje de las aves; o en el arroyuelo que serpentea juguetón rizando sus aguas entre guijas y clavellinas, o en el torrente que se despeña rumoroso; o en un profundo valle, o en una alterosa cima. Y sumergido en la contemplación de aquella mole inmensa, me di a discurrir inconscientemente sobre la materia que más ignorada me era: la orogenia. ¿Cuál será—me preguntaba—el origen y la edad de estas montañas? ¿Las encontraron ya aquí las primeras generaciones autóctonas, o surgieron ante las atónitas miradas de las mismas? ¿Emergieron de improviso? ¿Qué fuerza impulsiva las levantó desde las profundidades abismales al ras de la tierra? ¿Cobraron su actual magnitud en crecimientos lentos y graduales? Y en este caso, ¿cuántos milenios han pasado por la clepsidra del Eterno desde que se inició este proceso?

Luego, apartándonos poco a poco de la línea marcada por la cordillera, nos fuimos inclinando al noreste en dirección a Guisa, en cuyo pueblo, entonces sin guarnición enemiga, hicimos alto por algunas horas. El general Masó y su Estado Mayor entraron a descansar en la casa de un español (catalán) rico de la localidad, que parecía simpatizar con nuestra causa, y cuyo nombre lamento no recordar.

Dejamos a Guisa con rumbo más franco al noreste, y en una de las siguientes marchas pernoctamos en casa de un hombre, que ha dejado en mi memoria el recuerdo de una honorable conducta, observada en relación con el alzamiento de Baire el 24 de febrero.

El grito dado por Saturnino Lora en una pelea de gallos el 24 de febrero en Baire, había sido el de independencia. Pero

habiendo marchado inmediatamente sobre aquella localidad una numerosa fuerza española, Jesús Rabí—a quien los hermanos Lora habían elegido por jefe, por tratarse de un militar de alta graduación de la guerra del 68—, con el propósito de eludir el choque inminente con la misma mientras organizaba a los recién sublevados y los ponía en condiciones de combatir, recurrió a la treta de enarbolar una bandera española adicionada con dos franjas blancas, cruzadas perpendicularmente la una a la otra, que proclamó como la de la autonomía. Rabí logró su objeto porque el general que mandaba la columna española, en la duda de si debía atacar a unas gentes que demandaban un estatuto que era el mismo que servía de base al programa de un partido político consentido por las leyes españolas, perdió tiempo en consultar con las esferas superiores.

Don Damián Caballero, que así se llamaba el hombre en cuestión, era español; pero, sin dejar de serlo en sus sentimientos, amaba a Cuba y consideraba con sincera convicción que la autonomía representaba una fórmula por igual beneficiosa a los intereses de la Metrópoli y de la Colonia. Acariciando este ideal, había ido a incorporarse a las gentes de Baire bajo aquella bandera. Mas muy pocos días después Rabí derrotaba a las tropas españolas en El Cacao y Los Negros, enarbolando la bandera de Cuba Libre. Don Damián Caballero declaró lealmente que él, como español, no podía combatir la soberanía de España, y se volvió de nuevo a su hogar que estaba en el campo. Allí no servía ni hostilizaba a ninguno de los dos bandos. Las tropas cubanas lo respetaron siempre, no así las españolas que, en una ocasión, con el pretexto de que aquel hombre generoso había dado sepultura a algunos cadáveres de soldados insurrectos que quedaron en un campo de batalla cercano a su propiedad, lo maltrataron de obra, cruel y salvajemente.

Fué en la jornada que terminó aquel día en casa de Damián Caballero, que me ocurrió lo que paso a contar: entre los deberes de los ayudantes de un jefe superior, se contaba el de custodiar a éste, por turnos, en las noches, durante sus horas de sueño. Yo era en aquella época muy dormilón, a tal punto que solía dormitar de pie, y aun caminando. Aquella noche,

estando de turno en dicho servicio, de doce a dos, el jefe de Estado Mayor preguntó desde su hamaca:

—¿Quién está de imaginaria?

Lo oí entre sueños, y demoré algunos segundos en recobrar la plena conciencia y responder.

—Estaba usted dormido—me dijo con acento de reprensión.

—No, no, señor—negué yo.

—Sí, sí—afirmó él.

Yo no conocía aún las ordenanzas de nuestro ejército, pero había leído las del ejército español y sabía la severidad con que en ellas se castiga al centinela que abandona o se duerme en su puesto, por lo que todo el resto de la noche lo pasé sin poder conciliar el sueño, pensando: ¿a qué pena seré condenado mañana? Pero todo se redujo a una paternal amonestación del coronel Celedonio Rodríguez.

De la casa de Damián Caballero salimos al siguiente día en dirección de La Gloria, adonde llegamos, si mal no recuerdo, el día 8. Esta marcha del general Masó había sido emprendida a solicitud del general Antonio Maceo, que deseaba celebrar una entrevista con él; pero Masó recibió en La Gloria un pliego, que leyó en persona, exclamando al final de su lectura y dirigiéndose a los que nos encontrábamos en su presencia:

—Pronto vamos a reunirnos con Martí y Máximo Gómez.

Y volviéndose a su jefe de Estado Mayor, le dictó en el acto una orden circular para la concentración de las fuerzas de su mando, a fin de seleccionar aquellas mejor armadas y emprender la marcha a la mayor brevedad.

El nombre de Máximo Gómez, ya entre nosotros, resonó en mis oídos como un toque de clarín, como un redoble de tambor; como el retumbar de una descarga de fusilería de diez años de duración. Y se presentaron en mi mente, como gloriosas visiones retrospectivas, la macheteada de Los Pinos de Baire, las cargas de La Sacra, Palo Seco, Naranjo, Mojacasabe y Las Guásimas. Se inicia—me decía entusiasmado—la era de las grandes y brillantes funciones bélicas.

La concentración ordenada por Masó se efectuó poco después en un lugar llamado El Acopado. A ella concu-

rrieron, con sus respectivos jefes, fuerzas de los coroneles Esteban Tamayo, Joaquín Estrada, Masó Parra y Amador Guerra. Hecha la selección, resultó un contingente de unos trescientos hombres en condiciones de combatir. ¡Trescientos hombres! Se puede asegurar que hasta entonces, en esta nueva guerra, jamás se había visto igual número de combatientes cubanos efectivos.

—¡Cómo está el mambí!—exclamaban aquellos patriotas valientes y sencillos.

—Ahoritica se acaba la guerra—decían otros.

Estas exclamaciones de asombro, mejor que reseña alguna, pintan el débil estado en que se encontraba la Revolución en los días en que el general Masó marchaba al encuentro de Martí y Máximo Gómez. La entrada en acción de este último, del invicto caudillo de la década inmortal, la reanimó grandemente, y Antonio Maceo le dió el impulso decisivo.

De El Acopado nos dirigimos a Hato del Medio, lugar de la cita, adonde llegamos el 14 ó el 15; pero Martí y Máximo Gómez habían estado allí los días 7 y 8, siguiendo luego rumbo al distrito de Jiguaní, por lo que reemprendimos la marcha hacia la misma dirección. Noticias posteriores nos indicaron que podíamos encontrarlos en Rancho de Pacheco o en La Bija.

Fué en una de estas últimas jornadas que me ocurrió lo que voy a contar. Habíamos hecho un pequeño alto a medio día, sin dejar el camino, para preparar nuestro almuerzo, consistente por lo común en carne y plátanos o boniatos. Yo, que era muy torpe en tales menesteres, hice una hoguera, arrojé en ella mis plátanos, y, fijando la posta de carne en la punta aguzada de una vara encontrada al azar, la metí entre las llamas. Inmediato a mí y ocupado en igual o parecida faena, se encontraba un joven oficial de agradable e inteligente fisonomía. No nos conocíamos, pero él dijérase interesado en mi fogón, pues miraba de hito en hito hacia el mismo. De pronto se me aproximó resueltamente, preguntándome:

—¿Qué haces tú ahí?

—Ya lo ves— respondí—, asando carne y plátanos.

—No—replicó él—, tú estás quemando plátanos y carne. Echate a un lado.

Y sacudiendo los llameantes leños formó un brasero, abrigó los plátanos con cenizas que cubrió luego con brasas, puso la carne al rescoldo y, en un santiamén, quedó hecho mi almuerzo. Este oficial, tan buen camarada, fué pronto coronel, y es hoy el ilustre general José Lara Miret, uno de los hombres más bravos que dió el Ejército Libertador. Y pues que aprendí con él aquella inapreciable habilidad en el arte nómade culinario, justo es que lo proclame mi maestro.

XIII

PRESENCIA DE MARTI

EL día 18, ya oscurecido, llegamos a La Bija, donde encontramos a Martí. El Maestro se encontraba solo, custodiado por unos cuantos hombres como escolta. El general Gómez se le había separado aquella misma mañana con el resto de las fuerzas—en total cuarenta individuos—, con el propósito de hostilizar a una columna española que, según confidencias, debía pasar por Ventas de Casanova, conduciendo un convoy de aprovisionamiento de Palma Soriano a Jiguaní. La Bija era un sitio de labor que, por carecer de pastos, no ofrecía condiciones para que en él pudiera acampar una fuerza de caballería relativamente numerosa como era la nuestra. En tal virtud, en las primeras horas de la siguiente mañana nos trasladamos a un potrero próximo, llamado Vuelta Grande.

No fué sino hasta aquella mañana que, no habiendo tenido antes ocasión de acercármele y verle a plena luz, pude yo examinar la fisonomía de Martí. La última noche había sido oscura y el bohío aquel de La Bija sólo estaba alumbrado por la llama de una vela de cera que, fijada en un rincón del mismo, dejaba en confundible penumbra a todos los que allí nos cobijábamos. Por otra parte, Martí y Masó, apenas reunidos se habían apartado un tanto del resto del grupo, y, acomodados en sendos taburetes de cuero, hablaban entre sí.

A la distancia a que los demás nos encontrábamos de ambos personajes, sus palabras se hacían ininteligibles y únicamente percibíamos el timbre de la voz de Martí, y en ocasiones también estos tres monosílabos que parecía tener el hábito de emplear al final de cada frase, como en demanda de aprobación de la misma, o a guisa de muletilla: "Sí, ¡eh!, ¿no?; sí, ¡eh!, ¿no?"

Martí hablaba mucho y de prisa, como quien necesita expresar muchas ideas en poco tiempo. Y no se estaba quieto un segundo. Tan pronto se ponía de pie como se sentaba, unas veces de cara a Masó, otras dándole su costado derecho, otras el izquierdo; ya acercaba el taburete, ya lo retiraba, y a ratos lo volvía con el espaldar hacia su intelocutor y se ponía a horcajadas frente a él. La mísera bujía, desde el ángulo en que ardía, le enviaba oblicuamente su mortecina luz, que, proyectando su silueta hacia el lado opuesto, la recortaba en la pared, dándole la apariencia de una figura cinemática.

Confieso que aquella extremada movilidad me produjo desazón y desencanto; que me impresionó desfavorablemente respecto al carácter de Martí, sospechando—perdóneseme el pecado de tal sospecha—que tanta agitación era estudiado cálculo y teatralidad. Pero este juicio, formado sin antecedentes y a prima facie, fué pronto y cabalmente rectificado, y pocas horas después me hallaba convertido en uno de los más devotos y entusiastas admiradores de aquel hombre excepcional.

XIV

GOMEZ

MOMENTOS después de haber acampado nosotros allí llegó también el general Máximo Gómez, quien no había encontrado al enemigo.

Máximo Gómez, general en jefe del Ejército Libertador en la nueva guerra que comenzaba, había ocupado en la anterior los más elevados puestos de la milicia cubana, debidos

a su pericia y valentía, y librado las más grandes y gloriosas batallas de aquella contienda. Militar de experiencia y de genio, fué el primero en comprender el método de guerra que debíamos emplear, dadas nuestras condiciones y recursos; y fué el precursor de aquella táctica incontrarrestable de los cubanos, en la que se aunaban, según las circunstancias, la audacia de Aníbal y la prudencia de Fabio.

El general Gómez había desembarcado en Cuba por Sabana la Mar (Baracoa) el 11 de abril de 1895, junto con Martí y cuatro compañeros más, entre ellos los generales Angel Guerra y Paquito Borrero. Representaba el "Generalísimo", en aquella época, de 58 a 60 años de edad. Era, en relación con los hombres nacidos en las Antillas, de estatura sobre mediana y de recia constitución. Su cuerpo, delgado, de carnes enjutas, nervudo y ágil, dijérase formado de filásticas de acero. Sus facciones eran pronunciadas y enérgicas. La frente, en armonía con el volumen de la cabeza y del tórax, era ancha, y la sombreaban algunos pliegues horizontales. Un espeso bigote le cubría los labios, y una tupida barba, cortada en punta, le ocultaba el mentón. Sus ojos eran pequeños, pero vivos y luminosos, de penetrante, de acerado mirar. El timbre de su voz era claro y agradable, pero hablaba siempre y en toda circunstancia con acento breve y autoritario, como una anticipada negación del derecho a la réplica. Era muy celoso de la disciplina, virtud militar ésta que, aunque él mismo no siempre practicaba, no se le habría podido regatear la facultad de exigirla en los demás si, poco ponderado de carácter, propenso a la irascibilidad, como era, no hubiese interpretado con frecuencia a su capricho los deberes de la subordinación y, juzgando sin ecuanimidad las contravenciones a la misma, impuesto castigos y correcciones arbitrarios, tales como dar de planazos y meter en el cepo a oficiales y soldados sin discriminación, procedimientos que eran atentatorios a la dignidad de los primeros y en general de todo el ejército. Y si con igual irreflexibilidad y falta de templanza, dejando impulsar su ánimo por una mala impresión del momento, no hubiese emitido juicios desfavorables y formulado acres censuras respecto de jefes de alta graduación, y aun de sus propios pariguales en jerarquía militar, cuyo

patriotismo, valor y conducta, más que reprobación, merecían el aplauso. Pero justo es declarar que en esta manera de conducirse hay que atribuir mucho de culpa a ciertos personajes serviles e intrigantes que le rodeaban, pues tal parece que es condición de las sociedades humanas que dondequiera que se levanta un poder se arrastran en sus gradas adulones y chismosos, turibularios y sicofantes. Estos eran sus defectos. Con todos ellos, aún queda en él una de las figuras más grandes y gloriosas de la historia americana. Pero hay que agregar que aquel hombre áspero, gruñón, casi intratable, cuya rudeza habríase dicho misantropía, no era ajeno a los sentimientos de benevolencia, de emotividad y aun de ternura, cuyas manifestaciones eran fáciles de observar en la humedad de sus pupilas cuando una pena o una satisfacción moral invadía su alma.

La llegada del general Gómez produjo intenso júbilo en nuestro campamento de Vuelta Grande. Las tropas, previamente formadas, prorrumpieron en entusiásticos vítores a Cuba, a Martí, al mismo Gómez, a Bartolomé Masó, a los demás generales presentes y a Antonio Maceo. Luego, restablecido el silencio, las arengó primero el "Generalísimo", quien lo hizo con aquella elocuencia militar, sobria y enérgica que le era característica; le siguió el general Masó, y por último habló Martí.

¿Cómo encontrar un símil adecuado, un adjetivo de comparación siquiera aproximado a la realidad de lo que fué aquella oración—la última que pronunció Martí—, "teniendo por tribuna la montaña", y por auditorio a un pueblo que, oprimido en su propia tierra por el despotismo de un sistema colonial caduco y torpe, luchaba por su liberación? Tal vez sería preciso evocar páginas del Antiguo Testamento: a Moisés en el desierto, guiando a los judíos hacia el país de Canaam y trasmitiéndoles los Diez Mandamientos escuchados en las teofonías del Sinaí.

Comenzó Martí encomiando calurosamente al benemérito Bartolomé Masó, a Jesús Rabí, a Saturnino Lora, a Florencio Salcedo y a otros jefes, sin olvidar al gran Guillermo Moncada (Guillermón)—muerto recientemente de tuberculosis al llegar de nuevo al campo de la lucha—, al patriotismo y

entereza de los cuales se debía—dijo—que el fuego de la guerra emancipadora no se hubiese extinguido al tiempo de iniciarse. Hizo seguidamente un resumen de lo que ya se había hecho, pasando en revista los principales acontecimientos; consideró lo mucho que faltaba por hacer y los grandes sacrificios que nos habría de costar la victoria definitiva. Nos exhortó a no esquivar tales sacrificios, porque "es preferible morir en defensa de la libertad que vivir privado de ella".

Habló del espíritu de la Revolución: sus procedimientos —según él—debían ser humanos, y generosa su finalidad.

—La guerra que hacemos—dijo—es necesaria y justa, y nos la han impuesto el desprecio de los gobernantes españoles a las leyes biológicas y sociales, el desconocimiento de nuestros derechos y las ofensas a nuestra dignidad; y no pasiones malsanas e infecundas. No debemos derramar sangre que no sea preciso derramar. Al combatir, debemos pensar que el odio no es cimiento apropiado a levantar sólidamente una sociedad, y que la República que habremos de fundar necesita de la cooperación y del amor de todos para vivir ordenadamente y sin convulsiones.

¡Y qué frases y qué imágenes tan bellas y grandiosas empleaba Martí para expresar tan nobles postulados! Y ¡qué voz tan dúctil a las inflexiones y tan rica en sonoridades y matices! En ocasiones dijérase el suave susurro del céfiro entre las flores, y en ocasiones el estruendoso rumor de despeñado torrente. Fué en uno de estos períodos patéticos de su peroración que, transfigurado por la vehemencia de su patriotismo, exclamó:

—Conste que por Cuba estoy dispuesto a que me claven en la cruz.

Martí entró luego en consideraciones sobre lo que debía ser la República, poniendo de manifiesto sus geniales dotes de estadista. No quedó ningún aspecto de la vida nacional, tanto en el orden doméstico como en el exterior, que no analizara, dando preceptos de una sabiduría y previsión asombrosas en cada caso examinado.

¡Cuánto es de lamentar que aquella maravillosa pieza oratoria no hubiese sido escrita!

XV

DOS RIOS

EL discurso de Martí nos enardeció sobremanera. Y hallándonos todavía bajo la influencia de su palabra de fuego se oyeron unos tiros, y seguidamente llegó al campamento un ranchero, anunciando que los disparos habían sido hechos a él por un tropa española que se dirigía hacia Vuelta Grande. Eran alrededor de las once de la mañana. A la voz del general Gómez todos montamos presurosos a caballo y salimos tras él a galope, en la dirección que había dicho el ranchero que traían los españoles. Era de conjeturar que éstos venían sobre el rastro que pocas horas antes dejaran el general Gómez y los treinta y tantos hombres que lo habían seguido por el rumbo de Ventas de Casanova, en cuyo caso debía ser por la margen izquierda del Contramaestre.

Instantes después de haber emprendido la galopada, habiendo oído Martí que yo le decía a Angel de la Guardia:

—Por fin ha llegado el momento que tanto hemos deseado—, se volvió a mí preguntándome:

—¿De verdad, usted se alegra?

Y como yo le contestara afirmativamente, diciéndole que iba a ser aquella mi primera prueba, repuso:

—Bueno, pórtese bien.

El terreno por este lado del río es llano y despejado, propio para los movimientos de la caballería, y continúa así hasta algo más allá de Dos Ríos, donde se ensancha en un sao. Aquí deseaba encontrar el general Gómez al enemigo, como el sitio más adecuado para cargarlo con el mayor número posible de aquellos trescientos y tantos jinetes que constituían nuestras fuerzas. Pero habiendo recorrido toda la distancia, algo más de una legua, que separaba nuestro campamento del mencionado sao, sin encontrar a los españoles, y suponiendo que éstos hubiesen pasado a la otra margen del río, también lo cruzamos nosotros, siempre con el propósito de librar la acción en el sitio designado. En el orden de marcha que traíamos, el general Gómez estaba en el centro con Martí, los generales Masó y Paquito Borrero y la mayor parte de

los demás jefes, formando un grupo de cincuenta a sesenta entre todos. El primer vado que encontramos había sido rehusado por la vanguardia, porque al práctico que la guiaba le pareció peligroso, teniendo en cuenta que el río estaba muy correntón en aquellos momentos, a causa de recientes lluvias. Pero, no juzgándolo de la misma manera el general Gómez, se lanzó por allí con el centro de la columna, mientras la cabeza de la misma, a la cual se le había ordenado retroceder, se hallaba aún distante, y su cola o retaguardia no había llegado; de manera que sus distintos elementos de marcha quedaron desarticulados, de este modo: el centro, del lado allá del río, y la vanguardia y la retaguardia, del lado de acá.

Cruzado el Contramaestre por aquel lugar, el camino que había que seguir para llegar al sao de Dos Ríos entraba muy angosto, por una finca llamada Casa de Pacheco, entre un monte firme y una alambrada a nuestra izquierda, y altos y tipos maniguazos con algunos árboles, a la derecha. Por allí siguieron galopando los jinetes del centro de nuestra columna, con el General en Jefe al frente. Tropezaron con una guardia enemiga dentro de unos matorrales y la aniquilaron en un momento; pero al desembocar en el espacio limpio que se extendía delante de la casa de vivienda de Pacheco, se encontraron con toda la columna española, ya prevenida por los disparos hechos por su guardia avanzada. El orden de batalla de los españoles era el escalonamiento por compañías, estando el primer escalón apoyado por su izquierda en la margen del río, y los demás, reforzándose uno a otro en línea oblicua, prolongaban el frente a la derecha.

Recibidos nuestros jinetes con vivísimo fuego de fusilería, fueron contenidos dentro de las maniguas, donde algunos echaron pie a tierra para combatir como dragones. Parece que fué este el momento en que Martí, acompañado de Angel de la Guardia, se adelantó fuera de los abrigos que ofrecían los matorrales hasta aproximarse a la casa de Pacheco, o hasta llegar a ella tal vez, cayendo mortalmente herido de un balazo, y resultando también herido el caballo que montaba Angel de la Guardia.

Una vez que hubimos cruzado el Contramaestre, el ge-

neral Masó me ordenó permanecer en la orilla para que procurara acelerar la marcha de las fuerzas quedadas del otro lado. Obedecí de mal talante dicha orden, porque, impaciente como me encontraba por recibir mi bautismo de fuego, se me figuraba que si no marchaba de los primeros no iba a tener oportunidad de entrar en aquella ocasión en combate. Por otra parte, la medida resultaba nula porque, careciendo aún de jerarquía militar alguna, no tenía yo autoridad para mandar a nadie, y porque de lo que había necesidad era que en la opuesta orilla hubiera quien ordenase las gentes de modo que entraran poco a poco en el río, y no todas a la vez, como querían hacerlo, arremolinándose en el estrecho vado. No obstante, trataba de llenar mi cometido voceando constantemente:

—¡Aprisa, aprisa!

En esto oí los primeros disparos y, sin poder contenerme, piqué el caballo y, acompañado por otro jinete que acababa de juntárseme, penetré a riendas sueltas en el enmaniguado polígono. Mas en el primer instante no acertamos mi compañero y yo a tomar exactamente la misma dirección que habían seguido los demás, sino que costeando el monte y la alambrada, y por dentro de los maniguazos que nos impedían la vista y dificultaban el paso a nuestras cabalgaduras, fuimos a dar contra los escalones centrales de la columna enemiga, y un enjambre de proyectiles nos acogió con siniestro silbido. Retrocedimos algunos pasos, y desde la manigua mi compañero se puso a hacer fuego con un revólver Lefaucheux. Yo no llevaba armas de ninguna clase, pues todavía no se me había presentado la ocasión de quitárselas al enemigo. Aquel mi compañero del momento era un vizcaíno, uno de esos soberbios tipos vascongados, de facciones enérgicas y de recios músculos. Estaba muy excitado y le gritaba a los españoles:

—Salir limpio peleando, españoles; salir limpio peleando.

Lo que en verdad resultaba una ironía, porque éramos nosotros y no ellos los que estábamos enmatojados. En esto alcanzamos a ver, un poco a nuestra derecha y por entre unos ramajes, la bandera cubana, y nos dirijimos hacia allí. El abanderado, Carlos Bertot, estaba completamente solo en

una pequeña campa con nuestra enseña desplegada, no obstante la frecuencia conque las balas le ronroneaban al oído. Ibamos a continuar a reunirnos con el número de los nuestros cuando apareció Celedonio Rodríguez, diciéndonos al pasar:

—Creo que a Martí lo han muerto.

Y seguidamente llegó el general Masó, diciéndonos lo mismo; segundos después vimos a Angel de la Guardia que, saliendo de un poco más a nuestra izquierda, nos dijo:

—Creo que a Martí lo han matado.

—¿Dónde cayó?—le pregunté.

—Por allá—me dijo, señalando con la mano.

—¿Tú lo viste caer?—volví a preguntarle.

—Estábamos juntos—me respondió.

—¿Y cómo lo dejaste?—le interogué de nuevo.

—Traté de echármelo a cuestas, pero no pude—me contestó.

Inmediatamente vimos venir al general Gómez seguido de Paquito Borrero y las demás gentes, ya en retirada. Poco después hicimos alto en un limpio del terreno, donde los generales Gómez, Masó, Paquito Borrero y demás principales jefes deliberaron unos cuantos minutos. Cuando, sin conocer yo el resultado de sus deliberaciones, vi que íbamos a proseguir la retirada, le dije al general Masó que tal vez Martí no estuviera muerto, sino herido y dentro de algún maniguazo; que si nos marchábamos dejándolo, el enemigo, al reconocer, como es de costumbre, el campo donde se había librado la acción, se iba a apoderar de él; y señalándole a un joven oficial—Ramón Garriga—, que por haberlo visto yo siempre al lado de Martí lo creía su ayudante, le propuse que nos dejara a los dos allí para registrar la manigua. El general Masó me contestó con acento de autoridad:

—Eso se hará cuando se pueda y se ordene.

De aquel sitio fuimos a ocupar una posición donde, según el práctico, podíamos interceptar la marcha de regreso a sus cuarteles de la columna española y rescatar a Martí (seguramente que ya el General en Jefe no abrigaba duda de que había caído en poder del enemigo) ; pero cuando llegamos, aquélla había pasado. Volvimos entonces al lugar donde se había efectuado el combate y se confirmó la desconsoladora

verdad. Allí una señora le entregó al general Gómez un papel escrito y le trasmitió un mensaje verbal de unos de los jefes de la columna, según el cual ésta conducía a Martí gravemente herido y ofrecía que en caso que se restableciera lo reintegrarían a nuestro campo. No sé si el General pudo darle crédito a una promesa tan inverosímil, pero le oí exclamar:

—Quién sabe, estos jefes españoles suelen ser caballeros.

El papel tenía el signo masón de Rosa Cruz y escritos paralelamente los nombres de Sandoval-Martí, con lo que se quiso hacer creer que era del jefe de la columna enemiga, Ximénez de Sandoval, quien más tarde lo desmintió.

Tal fué la acción de Dos Ríos: una escaramuza, un episodio insignificante en el gran drama de la guerra, si la muerte de Martí no le hubiese dado tan enorme trascendencia.

De trescientos y tantos jinetes de que constaba nuestra fuerza, solamente tomaron parte en el combate cincuenta o sesenta, los que constituían el centro de la columna, llevado personalmente por el General en Jefe. Del resto que quedara en la margen opuesta del río, si algunos más lo llegaron a pasar, no tuvieron tiempo para entrar en función. Nuestras bajas se redujeron a un muerto y tres heridos, si bien de estos últimos uno, el coronel Bellito, murió más tarde.

Concluída de manera tan infeliz para nosotros aquella jornada, abandonamos el campo de Dos Ríos, nuevo Gólgota, desde entonces y para todas las generaciones de cubanos unido a la memoria de Martí.

Atardecía cuando llegamos a acampar otra vez, agobiados por el peso de aquel infortunio. Nadie ahora cantaba, nadie reía. Nuestras tropas, de sólito tan jacarandosas y dicharacheras, se mostraban entristecidas, y, formando aquí y allá distintos grupos, comentaban con dolorido acento la muerte del Presidente, que así, espontáneamente, habían dado en llamarle.

Llegó la hora de la queda. El toque de silencio de aquella noche tuvo, para los que allí nos congregábamos, toda la solemnidad y toda la aflicción de un De Profundis.

Pero no todo era mutismo todavía en el Cuartel General. En un rincón de la casa donde se alojaba, Máximo Gómez,

Masó y Paquito Borrero continuaban platicando a media voz. ¿Hablaban de la muerte de Martí; de la desaparición de la escena revolucionaria cubana de quien, habiendo tenido el talento y la energía para organizarla y desatarla, estaba llamado a moderarla y encauzarla después de su triunfo? ¿No se estarían comunicando sus dudas sobre los primeros pasos de la República, sin tenerlo a él por guía?

Fiel a la costumbre, que no abandoné durante toda la campaña, de dormir al raso, dejé aquel techo y me eché de espaldas sobre las yerbas. Arriba en el firmamento, y neutralizados sus fulgores por la humedad atmosférica de aquella noche de mayo, las siete estrellas boreales de la Osa Mayor aparecían nubladas como por un velo de lágrimas. Mientras yo las contemplaba, evocando las distintas fases de la acción desde nuestra salida de Vuelta Grande resonaba en mis oídos la palabra de Martí: "Pórtese bien."

Contaba Martí al tiempo de morir poco más de cuarenta y dos años, pues había nacido el 28 de enero de 1853. Era de mediana estatura y delgado. La estructura de su cuerpo, su estrecho tórax y cierta visible flacidez denotaban una naturaleza poco robusta, cuyo desarrollo no había sido estimulado por ejercicios corporales; en cambio, su fisonomía acusaba al hombre de extraordinaria mentalidad. El perfil de su cara formaba un óvalo que hubiera sido perfecto sin una ligera sinuosidad a ambos lados, a la altura de las mandíbulas, y lo un tanto escondido y corto del mentón; la boca de líneas correctas, cuyo labio superior adornaba un todavía oscuro bigote. Sus ojos, pardos, si no grandes, no se hubiera podido decir tampoco que fueran pequeños, y eran de claro aunque melancólico mirar; su tez no lo hubiese confundido con un hombre de los climas del norte, pero era bastante blanca. La frente era el sello de su individualidad: una frente muy ancha, muy elevada, muy combada, diríase que por la preñez del pensamiento.

El mismo día 19, en la tarde, comentaban los principales jefes las peripecias de aquel infeliz acontecimiento. Yo me encontraba en la misma pieza que ellos, aunque algo retirado del grupo, y oí al general Gómez decirle a Borrero:

—Esta gente no carga, General.

Este juicio del General en Jefe me pareció injusto. La prueba de que había cargado era la guardia avanzada española, aniquilada a machetazos y en parte prisionera. Y a propósito de esto voy a referir una anécdota ocurrida entre un grupo de nuestros soldados y uno de los prisioneros españoles. Contaba el español que él había estado en la guerra de Marruecos, pero decía:

—Allá no se pelea lo mismo que aquí.

—¿Y cómo se pelea allá?—interrogó uno de los circunstantes.

—Pues veréis—respondió el español—: aquí España y allá el moro, y tiros van y tiros vienen; pero aquí, vosotros, en cuanto oís un tiro os echáis encima. No, así no.

Si el general Gómez al tropezar con la columna enemiga, en vez de llevar cincuenta o sesenta jinetes, hubiese llevado los trescientos y tantos que éramos, es muy posible que la columna enemiga no hubiese podido resistir el choque, y lo que fué una simple escaramuza, hubiese sido lo que él dijo que había pensado viendo el entusiasmo de nuestras gentes: otro Palo Seco.

XVI

"ALFEREZ PIEDRA"

AL día siguiente en la mañana, encontrándome fuera de la casa donde se alojaban los principales jefes, oí algunas voces llamar "alférez Piedra", y, aunque yo no poseía grado alguno, como entre los que allí nos hallábamos no había nadie más de mi apellido, respondí a la llamada. El general Masó—me dijeron—quería verme. Me presenté a Masó, y éste a su vez me dijo que me presentara al General en Jefe. Así lo hice. El general Gómez me dijo:

—Lo he hecho llamar para estrecharle la mano y decirle que con jóvenes como usted se puede ir a cualquier parte.

¡Nombrado alférez y felicitado por el General en Jefe! Yo estaba aturdido. Tenía, es cierto, la convicción de haberme portado bien en el combate. Había sido mi bautismo de fuego y resistí la prueba con entereza. Pero realmente

no esperaba recompensa alguna, y mucho menos tan honrosa. Mas, ¿cómo se habían enterado los generales Gómez y Masó de mi conducta? Recordé entonces que aquel compañero ocasional, el vizcaíno a que he hecho referencia, andaba después de la pelea haciéndose lenguas de mi *valentía;* que en la tarde anterior, habiéndome invitado a ir a comer a la casa de una familia de la vecindad, me presentó con esta fórmula:

—Este muchacho va a ser buen bandolera.

Nada, pensé, la propaganda del vizcaíno ha surtido sus efectos hasta en las altas esferas del Ejército. Este vizcaíno, que se nos había incorporado quizá seducido, más que por la bondad de nuestra causa, por amor a la aventura y al peligro, dejó poco después nuestras filas y, con un candor infantil, se volvió a la ciudad sin solicitar previamente indulto, y los españoles lo fusilaron.

El día veinte, en la mañana, abandonamos el campamento: el General en Jefe, para dirigirse a Camagüey con el general Borrero y el coronel Capote; y el general Masó para volver a su jurisdicción de Manzanillo, Bayamo y parte de Holguín.

Mes de junio.

El día 30 de aquel mes de mayo me separé del Cuartel General de Masó. No tenía ninguna razón de queja de este jefe, pero no me agradaba ser oficial de Estado Mayor. Deseaba servir en una de las armas generales, con preferencia, en la caballería, y esto en una zona donde las operaciones revistieran mayor actividad. Agregado a cuatro hombres, un cabo y tres soldados, que el general Masó enviaba en comisión al Cuartel General del General en Jefe, me puse en camino. No se me había extendido el nombramiento de alférez, y únicamente en el pase de que se me había provisto constaba dicho grado. En marcha ya, se incorporó a la comisión otro individuo, de quien hago mención porque fué en el camino protagonista de una escena tragicómica. Era el tal un jovenzuelo de veintidós a veinticuatro años, que parecía haber recibido alguna enseñanza, pues hacía gala de erudición. Locuaz y pedante, empleaba con nosotros, seguramente por creernos menos cultos y para *dormirnos,* un léxico rebuscado: por ejemplo, cuando iba a referirse a los españoles, no decía, como nosotros, los españoles o el enemigo,

sino los autócratas. Al día siguiente de haber dejado el campamento, a eso de las once de la mañana, nos detuvimos a almorzar en una casa situada en una altura al borde del camino, habitada por tres mujeres conocidas del jefe de la comisión. Acabábamos de sentarnos a la mesa, en la que se nos había servido una apetitosa comida, que fué como un incentivo a la verba de nuestro mozo, cuando una de las mujeres penetró en el comedor y, pálida y temblorosa, gritó:

—¡Ahí vienen!

—¿Quién?—preguntó prontamente el erudito.

—Los autócratas—respondí yo.

El hombre dió tremendo salto y se echó fuera de la casa por una ventana. No volvimos a verlo más. El enemigo venía efectivamente y estaba ya en el declive de aquel altozano. Huir de primer intento, y a su vista como estábamos, era darle a conocer nuestra debilidad numérica, lo que acrecentaba el peligro. Resolvimos hacerle algunos disparos, tendidos al filo de la colina, de manera de inducirlo a creer que hallaría allí alguna resistencia, y detenerlo siquiera dos o tres minutos; pero los españoles no se pararon y veinte o treinta de sus jinetes echaron a escape cuesta arriba. Apenas si tuvimos tiempo de montar y darnos a la fuga, perseguidos por ellos en el trayecto de una legua.

Cuatro días más tarde dimos al azar con un grupo de cuatro jóvenes villareños, de Cienfuegos, en que figuraban José Campillo, Alejo Cazimajou, Antonio Martín Gallard y un tal Morejón, a quienes acompañaba el oriental Carlos Dubois. Dichos jóvenes estaban indagando la ruta del general Gómez, para incorporarse a sus fuerzas y marchar de nuevo a su provincia. Yo me separé de los hombres de la comisión y me agregué a ellos.

El día 7, a la sazón que marchábamos por el distrito de Jiguaní, nos encontramos con el coronel José Reyes, jefe de aquellas fuerzas, quien nos dió la noticia de hallarse acampado a un par de leguas distante el general Antonio Maceo. El júbilo de nosotros fué inmenso, y corrimos sin demora a presentarle el homenaje de nuestra admiración y respeto a aquel héroe que, como un ser fabuloso, había llenado nuestra juvenil imaginación.

XVII

MACEO

CUANDO llegamos al campamento del general Maceo, estaba éste haciéndose rasurar, por lo que hubimos de aguardar ocho o diez minutos para saludarlo. ¡Momento para mí inolvidable, aquél en que me vi en presencia de aquel hombre, encarnación de la epopeya!

Tenía el general Antonio Maceo en aquella época poco más de cincuenta años de edad, pues los había cumplido un mes antes de su victoria de Peralejo. Era de apuesta y arrogante figura. Su elevada talla se armonizaba con la anchura de sus hombros y el resto del cuerpo, dando la sensación del equilibrio, de la agilidad y de la fuerza. El color de su tez, algo más oscura que la del hombre de pura raza blanca, tenía broncíneo matiz. Los contornos de sus mejillas eran, todavía en aquella edad, suaves como los de un joven de veinte años. Sus facciones, en general, eran regulares, con la excepción de la nariz un tanto corta, pero no más que la de algunos individuos de otras procedencias étnicas. Los ojos grandes, en forma de almendra, eran oscuros y sumamente expresivos, dejando ver, en el iris, los cambiantes de luz acusadores del estado de alma en que se hallara, particularmente al pasar de la apacibilidad, que era su estado normal, al de la cólera. Su frente, ancha y despejada, revelaba la facultad del pensar profundo. Su boca, de labios un tanto carnosos y cubiertos de un copioso bigote, era bien modelada. Su manera de sonreír era peculiarmente graciosa. Recuerdo que cierta vez, habiéndose suscitado una conversación a este respecto, alguien dijo: "Es la sonrisa de la madre"; y preguntado si había conocido a la autora de los días del General, respondió: "No, pero sólo de una mujer se puede heredar tal sonrisa."

Tenía el general Maceo maneras distinguidas: su trato era comedido y cortés en todos los momentos y circunstancias, y el mismo para sus iguales en jerarquía que para sus subalternos. Nunca una estridencia, jamás una frase malsonante. Verlo descompuesto era una cosa insólita, y únicamente por el

conocimiento de haberse cometido una acción baja y fea, y en este caso su violencia era terrible y peligrosa. Cuando no, cuando se trataba de faltas en el cumplimiento de los deberes militares, reprendía pausadamente y en voz baja, como para ser oído nada más que de la persona objeto de la amonestación; pero en este tono podía llegar hasta amenazar con los castigos más severos. Sus violencias, más que en las palabras se manifestaban en la manera de mirar, en la dilatación de las fosas nasales y en la movilidad de las aletas de la nariz.

Era en su conversación ponderado y ameno. Del mozo sin instrucción que fuera antes de la guerra del 68, no quedaba nada en él. Durante los diez años de aquella guerra, y mediante el roce constante con hombres ilustrados, y aun del concurso de algunos de ellos, había adquirido bastantes conocimientos. Más tarde, durante su larga estancia en el extranjero, se había dedicado a cultivar con los estudios su vasta inteligencia y su maravilloso don de asimilación. Muchas veces le vi dictar comunicaciones oficiales y cartas personales a tres y a cuatro escribientes a la vez, y aun corregirles el estilo epistolar.

Era de gran rigidez de principios, de pulquérrima moral. Un hombre de bien, en la más cabal acepción de palabra. Tan celoso como era de la disciplina, antes hubiera perdonado una negligencia de orden militar que un delito común, así fuera de los más leves. Desde luego, había además otra cosa que nunca perdonaba: la cobardía. Esta lo sacaba de quicio, lo volvía furioso, y entonces desaparecía en él todo miramiento y toda templanza. ¡Ay de aquel que fuera sorprendido en una actitud reveladora del miedo!: sobre sus espaldas caía de plano el machete del General.

En las tropas mandadas por Maceo estaban considerados ilícitos y castigados los juegos de azar y el alcohol. Con la embriaguez no tenía la menor tolerancia, pues decía que ella degrada al hombre.

En multitud de ocasiones he oído, después de la guerra, encomiar la capacidad militar de Antonio Maceo: su talento estratégico y su valentía, así como su disciplina; y sus virtudes ciudadanas y privadas. Pues bien, él era todo eso; pero

quién sabe cuántas capacidades más poseía, que no tuvo oportunidad de exteriorizar porque su escenario fué siempre el de la guerra.

La vida militar de Antonio Maceo es prodigiosa. Tal vez en el campo de la historia universal no aparezca otro guerrero que, como él al terminar la guerra de los Diez Años, contara en su hoja de servicios con ochocientas acciones de guerra, muchas de las cuales y de las más gloriosas fueran dirigidas por él, algunas veces, como en las Llanadas de Juan Criollo, destrozando con sólo sesenta tiradores a todo un batallón; que, distinguiéndose en cada combate, ascendiera de simple soldado al grado más alto en el escalafón de la milicia y al más alto pedestal de la reputación; y ostentara en su cuerpo las huellas de veintidós heridas.

Maceo hacía diecisiete años que vivía ausente de Cuba. La había visitado en 1890, pero su estancia debió de ser muy corta a causa de haberlo expulsado el general Camilo Polavieja, entonces Gobernador General de la Isla. España se sintió nerviosa con la presencia del gran soldado separatista en la Colonia. Había dejado su patria cuando, en 1878, después de su protesta de Baraguá contra el convenio del 10 de febrero, no pudo, a pesar de sus magníficos esfuerzos, secundados por un puñado de fieles, darle nuevo vigor a aquella revolución exangüe, mutilada en El Zanjón.

Se fué al extranjero, mas no como Temístocles a sentarse en el hogar de los antiguos enemigos de su patria, sino a pedir hospitalidad—que para él era respeto y trabajo—a otros pueblos hermanos, que habían sido víctimas de igual despotismo que nosotros y vencido a iguales déspotas. De uno de aquellos pueblos del Continente, de Costa Rica, llegaba ahora de nuevo a nuestras playas a reanudar la lucha por la independencia y a reanudar también, con un capítulo más, la historia de sus épicas hazañas.

El general Maceo desembarcó el 1º de abril en la playa de Duaba, Baracoa, con veintidós compañeros, entre los que se encontraban su hermano el general José Maceo y el general Flor Crombet. A las pocas horas el pequeño contingente fué atacado por tropas españolas, las que, rechazadas en el primer momento, se rehicieron luego y emprendieron

contra él una persecución tan activa y tenaz, que los expedicionarios se vieron obligados a fraccionarse primero y a dispersarse después, no sin antes haber perdido, en uno de los encuentros, al meritísimo y glorioso Flor Crombet, cuyo cadáver quedó en manos del enemigo. El general Maceo llegó a encontrarse completamente solo y extraviado, vagando a la ventura con el sol y las estrellas como único medio de orientación entre aquellas intrincadas selvas, sufriendo de hambre y de sed por espacio de cinco días, al cabo de los cuales, y cuando estaba a punto de sucumbir de fatiga y de inanición, fué encontrado por un grupo de los nuestros que lo buscaba afanoso. Desde su desembarco hasta este momento habían transcurrido ocho o diez días de más o menos penalidades, con los guerrilleros detrás, oteándole los pasos. Fué entonces, cuando se supo que Antonio Maceo se encontraba sano y salvo en el país, que éste consideró asegurada la vida de la Revolución y se dió cuenta España de que su dominio en Cuba estaba realmente en peligro de desaparecer. Puesto el general Maceo al frente de aquellas primeras fuerzas que le salieron al paso, se vió muy pronto rodeado de sus antiguos subalternos de la anterior guerra: de los que ya estaban en las filas; de los que aún permanecían en sus casas y de miles de patriotas más del campo y de las ciudades, para quienes estaba vinculada en él la efectividad y el éxito de la guerra. Y efectivamente, Maceo, sin aún reposarse de las fatigas sufridas, sin detenerse el más corto tiempo a restaurar su quebrantada salud, organiza el Ejército: hace de aquellas partidas de gentes, que hasta entonces habían vagado por aquellos territorios sin objeto determinado, desarticuladas entre sí, unidades tácticas: batallones, regimientos, brigadas, etc.; les da consistencia y emprende en seguida activísimas operaciones de guerra. El día 14 de aquel mismo mes combatió en Monte Verde, el 7 de mayo en el Cristo, el 13 en el Jobito, el 20 en Playuelas y Arroyos, el 2 de junio en Gabajaney, el 5 en Aguas Claras.

El campamento del Cuartel General de Maceo, a mi llegada aquel día, estaba situado, si la memoria no me es infiel, en Paso de la Yaya, sobre la margen derecha del Cauto. Las fuerzas allí reunidas sumaban alrededor de dos mil hombres,

pero de ellos únicamente estaban armados unos ochocientos o novecientos. El resto constituía la gran impedimenta de aquel primer período de la contienda, en que todavía no se contaba con ningún subsidio de guerra, pues los clubes y demás agrupaciones patrióticas de los cubanos y demás simpatizadores de nuestra causa en el extranjero, no habían organizado la ayuda económica. Las pocas armas que poseíamos habían sido, unas, requisadas en los pequeños poblados no guarnecidos por tropas españolas, y en los ingenios y demás fincas rústicas, y otras tomadas al enemigo en los combates y asaltos a los destacamentos españoles.

XVIII

OTRO PIEDRA

HABIENDO solicitado mis compañeros y yo permiso para saludar al General, se nos hizo aguardar unos minutos. Mas terminado que hubo el Fígaro militar su delicado menester, fuimos introducidos a presencia del Caudillo, quien nos acogió con su acostumbrada benevolencia. Cambiadas las primeras palabras de cumplido por nuestra parte, el General, habiéndose fijado en mi apellido, nos dijo que él había tenido afecto a la infantería que mandaba en las Guásimas a un jefe de caballería del mismo apellido, el cual murió en la batalla. Y rememorando episodios de aquella gran victoria obtenida por los cubanos a las órdenes del general Gómez, nos refirió las circunstancias en que muriera el teniente coronel Piedra. Piedra había sido enviado al frente de algunos jinetes sobre las líneas españolas a provocar a su caballería; una vez que ésta lo cargara debía fingirse en retirada, de manera que el enemigo en su persecución llegara a la altura de nuestras emboscadas. Así lo hizo: amagó una carga, y cuando los jinetes españoles, viendo tan reducido el número de sus adversarios, contracargaron a su vez, Piedra y los suyos volvieron grupas hacia el sitio donde se encontraba oculta nuestra infantería; pero con las

riendas recogidas, de modo que los españoles no perdieran la esperanza de darles alcance, y no tomaron distancia hasta haber pasado un puente que había muy próximo a las posiciones de la infantería cubana, la cual tendió por tierra a la mayor parte de los jinetes enemigos. Piedra desapareció del campo de batalla. Nadie lo había visto caer, sin embargo. No fué sino un par de horas más tarde que sus subalternos, que lo buscaban, lo encontraron entre unos maniguazos, cadáver cabalgante en su caballo de guerra. Tan rígido estaba, que para sacarlo de la montura hubo necesidad de sacar ésta primero. Pregunté al General el nombre de pila de aquel héroe, pero no lo recordaba, acostumbrado como había estado a llamarlo por su grado y apellido.

He de decir que yo no estaba seguro respecto al lugar y fecha en que había muerto mi padre. Mi madre me había dicho que había caído en Las Villas, en un lugar nombrado Sin Nombre, en las cercanías de Cifuentes, en abril de 1869; mas, cuando yo tenía dieciocho a diecinueve años de edad, un individuo llamado Patricio García, con quien conversara ocasionalmente, me dijo que él había sido su compañero de armas, asegurándome que no había muerto en Las Villas, por lo menos en la época indicada por mi madre, porque ellos se habían separado por haber marchado él, mi padre, a Camagüey. Se comprenderá muy bien que yo no informara del aserto de aquel hombre a mi madre, porque era llevar a su alma la duda torturadora de haber contraído nuevas nupcias en vida de su primer marido, lo que, aparte del amor que ella le hubiese podido tener, significaba una comisión de bigamia. Y ahora aquel Piedra, muriendo, según el relato del general Maceo, en la batalla de Las Guásimas, aumentaba mis dudas. Más tarde el general Roloff me confirmó en ellas haciéndome las mismas referencias sobre la muerte de aquel jefe, contándome además que el caballo que montaba en aquella ocasión era célebre en la caballería de Camagüey, porque Piedra lo había enseñado a pelear. Según Roloff, la bestia acometía a dentelladas y patadas al enemigo. Después de Roloff, otro antiguo veterano de la guerra del 68, el comandante Tristá, me hizo idéntica narración. No fué sino muchos años más tarde que, leyendo *Efemérides de la Re-*

volución Cubana, publicadas por Enrique Ubieta, me enteré de que aquel Piedra se llamaba Andrés.

A tiempo que nos despedíamos del general Maceo, éste nos preguntó la razón de encontrarnos por aquellos lugares, a lo que respondimos que teníamos el propósito de incorporarnos a alguna fuerza con la cual regresar a Las Villas, nuestra provincia. El General nos dijo:

—Yo pienso ir a Las Villas en septiembre u octubre. Y dirigiéndose a mí, agregó:

—Quédese en mi Cuartel General.

He de decir que Maceo había sido siempre el héroe de mi predilección, desde mi adolescencia, en la que comenzó a germinar en mi alma el sentimiento patrio y leí lo muy poco que se había escrito o, más propiamente expresado, que cayera en mis manos sobre la guerra del 68; y que si hubiese sabido el lugar donde se encontraba a tiempo de separarme del Cuartel General de Masó, no habría pedido mi pase para el de Máximo Gómez, sino para el de Maceo.
Y he de agregar que cuando éste me invitó a quedarme con él, iba yo a solicitar tal honor.

El Cuartel General de Maceo contaba ya por aquellos días con un brillante personal, en el que descollaba por su inteligencia e ilustración el doctor Rafael Portuondo Tamayo, joven abogado de Santiago de Cuba.

Como he apuntado más arriba, el general Masó no me había extendido el nombramiento de alférez con que de viva voz me designara al siguiente día de la acción de Dos Ríos; la única constancia de este grado estaba en el pase de que me proveyó. Pero ni aún poseía dicho pase, pues con las copiosas lluvias que me habían caído encima, en aquellos días de marcha, se había hecho una pasta en mi bolsillo. Temeroso de despertar la desconfianza del general Maceo nada le dije de mi alferazgo, aunque sí, en el curso de la conversación, pudo él enterarse de que ya hacía dos meses que me encontraba en las filas del Ejército y que había tomado parte en una función de guerra.

Desde aquel mismo día, 7 de junio, quedé agregado al Estado Mayor, haciendo igual servicio que el que hacían los oficiales del mismo.

Dos o tres días después dejamos aquel campamento en marcha sureste, hacia los distritos de Palma Soriano, San Luis y Alto Songo, librando combate en el ingenio Unión el 29, y volviendo luego a la jurisdicción de Bayamo.

Mes de julio

El día 2 de julio recibí nombramiento de subteniente, firmado por el general Maceo. De acuerdo con el texto de este nombramiento, hasta le fecha del mismo había sido sargento. ¿Por qué fué que este nombramiento me causó satisfacción mayor que la que me había producido el otro mencionado? Tal vez porque ahora me parecía mejor merecido. Llevaba ya tres meses en las filas del Ejército y me había batido en dos ocasiones. He de confesar que si hubiese podido suponer que, aún dentro de la comunión de la noble causa por la que estábamos luchando, los hombres eran susceptibles de cometer injusticias impelidos por desagrados personales, bien o mal justificados, y de mayor o menor entidad; si hubiese sospechado que en el curso de la guerra había de ser víctima de tales pasiones, y se me había de negar, de despojar, cabe decir, de ascensos que tenía plena conciencia de haberme hecho acreedor, le habría dado mayor valor a aquel nombramiento de alférez con que había sido agraciado en Dos Ríos. Cierto que no poseía de él constancia escrita, pero el jefe, o los jefes—Masó, que con tal jerarquía me había apellidado, y Máximo Gómez, que seguramente había dado su aquiescencia para ello—estaban vivos, y se les podía someter el caso. Mas yo desconocía el mundo en aquella época. ¿Lo conozco ahora, que cuento setenta y cuatro años de edad? Confieso que algunos actos y algunas actitudes de mis congéneres todavía me sorprenden. Particularmente en este pequeño mundo llamado Cuba, donde tan saludable me habría sido asimilarme la máxima de Horacio: *nil admirari.*

He hablado de injusticias que sufrí en la guerra, y debo dejar aclarado que jamás fuí tratado con ellas por Maceo ni por Máximo Gómez.

XIX

PERALEJO

NOS encontrábamos nuevamente en la jurisdicción de Bayamo. El general Maceo venía recibiendo confidencias desde algunos días atrás, respecto a que el general en jefe del ejército español, Arsenio Martínez Campos, preparaba, en Manzanillo, una concentración de sus tropas en el pueblo de Veguitas, con objeto de organizar allí y conducir a la ciudad de Bayamo un convoy de abastecimiento. Y a fin de cerciorarse de la veracidad o falsedad de tales avisos, y de presentarle combate en la hipótesis afirmativa, acampó el 12 de julio de 1895 en Vegas de Yao, distante cuatro leguas aproximadamente de las dos últimas mencionadas localidades.

Disponía Maceo únicamente, en aquellos momentos, de una fuerza cuyo efectivo no pasaba de ochocientos hombres, de los que seiscientos eran de infantería, y los doscientos restantes de caballería. Llevaba, además, sobre mil individuos desarmados—afectos a los distintos regimientos que se mencionan—, enorme impedimenta que, necesitada de los cuidados y protección de las fuerzas armadas, constituía una embarazosa preocupación.

La primera de dichas armas estaba representada por los regimientos Moncada, Baire, Jiguaní, y elementos de Cambute, al mando de los coroneles Jesús Rabí, Quintín Bandera, Alfonso Goulet, Carlos Suárez, Joaquín Estrada, Joaquín Tamayo, Popa y los hermanos Saturnino y Mariano Lora; y la caballería, compuesta por dos escuadrones del regimiento Céspedes y un escuadrón del regimiento Luz de Yara, estaba a las órdenes de los coroneles Fernando Zamora y Juan Masó Parra, respectivamente. El completo de los doscientos jinetes lo daban todas las plazas montadas del Cuartel General: el Estado Mayor y la escolta.

Allí, en Vegas de Yao, en la misma noche, obtuvo el General noticias que podía considerar exactas, según las cuales en las primeras horas de la siguiente mañana saldría de Veguitas con destino a Bayamo una columna del ejército ene-

migo, fuerte de mil quinientos a mil seiscientos hombres, al mando directo de su propio general en jefe.

La circunstancia de ser con el mismo jefe supremo de las fuerzas españolas con quien habríamos de contender, era para nosotros una razón más que nos estimulaba a combatir; porque, dada su alta jerarquía militar y los prestigios personales de que estaba revestido, vencedores nosotros o vencidos, un hecho de armas librado con él siempre le produciría al país y al mundo la sensación de nuestra pujanza y del progreso realizado en tan corto tiempo por la Revolución.

Para nuestro famoso caudillo la perspectiva de volver a encontrarse frente a frente con Martínez Campos en el campo de batalla, después de diecisiete años, era también un poderoso aliciente. Se trataba de un digno adversario con el cual había, en múltiples ocasiones, medido su espada, durante el decenio inolvidable del 68; le reconocía pericia militar y arrojo no comunes, y una victoria sobre él la estimaba más que la obtenida sobre cualquier otro jefe del ejército contrario.

La ruta que tenía que seguir el enemigo era el camino llamado de Bayamo. Esta vía, que era la única, tomada en Veguitas hacia la ciudad de su nombre, o sea del S.O. para el N.E., conducía, después del paso del río Buey, a Ceja del Buey. Aquí daba rumbo cardinal al Norte en un corto trecho hasta Babatuaba. Se inclinaba luego al N.E. hasta Jucaibamita, lugar en que se bifurcaba: la rama superior hacía una curva al Norte para La Palma, otra menos pronunciada después al Este, para llegar a Jucaibama; enderezaba entonces su rumbo al Nordeste y, pasando por Cayo Largo y Santa Isabel y cruzando el río Bayamo, entraba en la ciudad del mismo nombre, por su lado occidental.

La rama inferior corría hacia el Este, atravesaba la sabana de Barrancas, con una curva al Norte y otra al Sur; aquí se unía con el camino llamado de Peralejo, atravesaba la sabana así llamada y seguía por este lugar, cruzando antes el río Mabay; y después de una cañada o regajo del mismo río llegaba a Bacajama. En Bacajama, se unía a otro camino que iba de Bayamo al Horno, pasando por El Dátil; seguía para Los Mangos y, cruzando el río Bayamo, entraba en esta ciudad

por el Sur. El camino de Bayamo tenía aún una bifurcación más que, si bien se enderezaba a distinto rumbo, es necesario mencionarla, por el valor estratégico que representó en la iniciación, y quizá si también en el resultado del combate. Arrancaba después del paso del río Buey a la entrada de Barrancas, corría en dirección N.O. a S.E., atravesando diagonalmente la sabana así llamada por su extremo occidental, unos cuantos kilómetros; se reunía al Sur otro camino que iba de Sureste a Noroeste, desde Los Frijoles hasta Bacajama, pasando, con curva bastante pronunciada, por Magüelles y, a la izquierda de La Caoba, se juntaba, en la sabana de Peralejo, con el camino de este nombre. De este camino, en Magüelles, partía otro de carretas que con rumbo cardinal al Sur iba a Valenzuela. Por cualquiera de los caminos mencionados que conducían de Veguitas a Bayamo, la distancia entre ambas localidades era de seis y media a siete leguas, y todos estaban bordeados, en su mayor extensión, de montes y de maniguazos más o menos altos y espesos.

El territorio de Barrancas es llano, y en él alternaban entonces secciones más o menos considerables de sabanas y de bosques o cayos de monte, predominando entre los árboles y los arbustos la palma-cana, la guásima y los peralejos y marañones. En Peralejo, especialmente, según se avanza hacia Mabay, el terreno es un tanto ondulado y desigual, bajando sus pendientes o declives del lado derecho, caminando hacia el Este. La altura culminante es lo que entonces se conocía por Altos de Peralejo, lugar donde estaba enclavada la casa de la hacienda. No obstante, algo apartada de aquellos sitios, existe una mayor elevación de terreno que se llama Loma de Peralejo. Los sitios de mayor depresión son el cauce del río Mabay y el de la cañada o regajo ya referido, que está un poco más adelante.

En Peralejo, como en Barrancas, existían secciones de bosques o cayos de monte, tupidos maniguales y una extensa sabana, poblada en su mayor parte de peralejos, a los que seguramente debe su nombre el lugar. También había en aquella época, próximos a la casa de la finca, a la derecha, caminando hacia el Mabay, un cocal y un cañaveral.

El general Maceo levantó el campo de Vegas de Yao a la

una de la madrugada del día 13, y de cinco a seis de la misma mañana se situó en El Santísimo, lugar conocido también por El Tanteo, en la sabana de Barrancas, entre el antiguo caserío de este último nombre y el río Mabay, teniendo a su espalda la sabana de Peralejo, en parte antes del cruce de dicho río. Desde allí dominaba los dos caminos descritos que conducían a Bayamo, bien que se fuera por Babatuaba o por Magüelles, antes de la bifurcación de Jucaibamita, y de la convergencia que efectuaban próximo al río Mabay, para llegar a Bacajama, el camino llamado de Peralejos y el que iba de Los Frijoles. Emboscó convenientemente la infantería entre los montes que bordeaban los caminos: a la derecha la mandada por Rabí y a la izquierda la de Bandera, con sus respectivos puestos avanzados hacia el rumbo de donde debía venir el enemigo; y colocó la caballería en la sabana, disimulada entre los arbustos y los yerbajos: los dos escuadrones de Céspedes a la derecha, y a la izquierda el de Luz de Yara; y él, con los jinetes de su Estado Mayor y los de su escolta, se situó en el centro. La gente desarmada la abrigó detrás del monte de La Caoba, dándole de guardia cuarenta infantes al mando del coronel Alfonso Goulet.

Como se puede fácilmente deducir de nuestras posiciones y del orden de batalla adoptado, su éxito consistía principalmente en la sorpresa, único medio, por otra parte, de poder equilibrar nuestro poder ofensivo con el de los contrarios, tan superiores en número, según lo que de ellos sabíamos. Mientras tanto, los españoles habían salido de Veguitas en dos columnas distintas: una a las órdenes directas de Martínez Campos, compuesta de cuatrocientos infantes y cuarenta jinetes, y otra, que emprendió marcha veinte o treinta minutos después, mandada por el general Fidel Santoscildes, fuerte de mil cien hombres de infantería. La primera tropa debía encaminarse a Bayamo y la segunda a Valenzuela; pero, habiéndose reunido ambas antes de llegar al paso del río Buey, y habiendo adquirido la noticia de nuestra presencia en El Tanteo y de las posiciones que ocupábamos, siguieron juntas por la sabana que se extiende a la margen izquierda de dicho río, y así llegaron hasta Magüelles. Aquí la columna Campos siguió por el camino que va para

Peralejo; y la columna Santoscildes, desbordando a la derecha la referida vía y penetrando en el monte bajo, entonces existente, en marcha paralela a la que llevaba la otra fuerza, pero ganándole delantera, fué a irrumpir frente a La Caoba, refugio de nuestra impedimenta.

Serían las diez o las once de la mañana, y llevábamos cinco o seis horas de esperar en nuestras posiciones, con el arma preparada y los nervios en tensión. Súbito se oyeron a nuestra izquierda detonaciones de fusilería: primero disparos graneados, individuales, característicos del fuego de los soldados cubanos, y seguidamente las descargas cerradas, colectivas y ruidosas de los soldados españoles. La acción no se iniciaba por donde nosotros la esperábamos: a nuestro frente y sobre cualquiera de los dos caminos en que estaban en posición nuestras fuerzas, sino casi a retaguardia de las mismas y con el débil destacamento que allá distante, y casi aislado, servía, más que de protección, de vigilancia a nuestra inerme muchedumbre. No se amilanaron, sin embargo, aquellos cuarenta infantes: hicieron bravamente frente al enemigo al mandato de su jefe, el heroico Goulet, que al fin pereció en la demanda.

Ahora todas las ventajas que lleva aparejadas el ataque por sorpresa las poseía el enemigo. Nuestro plan de batalla estaba inutilizado y era forzoso poner en práctica otro, concebido en el instante, sobre el terreno ya en disputa y bajo el plomo del adversario.

El general Maceo, que en aquellos momentos dormitaba a la sombra de un macizo de peralejos, se puso en pie, montó a caballo y se adelantó con su Estado Mayor a examinar el orden y la posición del enemigo. Sus ademanes eran tranquilos y reposados y en su semblante no se reflejaba la más leve alteración.

Los españoles caminaban a la sazón rectamente hacia La Caoba. Maceo envió orden a los jefes de la infantería para que flanquearan por la derecha y fueran a interponerse entre aquéllos y el nombrado monte, mientras que él trataba de detenerlos con la caballería; y reuniendo en sus propias manos los escuadrones se lanzó a la carga. Los infantes enemigos hicieron en el acto pie firme y formaron el cuadro, y los

jinetes cubanos, a la distancia de noventa o cien metros, giraron a la izquierda y, describiendo un semicírculo, fueron de nuevo a formarse al frente del cuadrilátero, no sin que muchos, y entre ellos varios oficiales del Estado Mayor—como el capitán Carlos González Clavell, el teniente Salvador Pastor y yo—, por no haber oído a tiempo la voz de retirada, o por su natural enardecimiento, fueran a chocar materialmente contra aquel muro de bayonetas.

Esta primera acometida nos costó bastantes bajas: algunos de nuestros hombres cayeron al avanzar, otros al pie del mismo cuadro español y los demás al retroceder. Entre las primeras víctimas contamos al comandante Moncada. Su muerte revistió circunstancias tan excepcionales, que la considero digna de especial mención. A este valerosísimo jefe le destrozó una bala el corazón, cuando llegábamos a unos ciento veinte metros del enemigo. Iba inmediatamente delante de mí. De pronto noté al lado izquierdo de sus espaldas, de sus anchas espaldas, pues era de cuerpo robusto y hermoso, una mancha roja como una flor. Vaciló sobre la montura, se reafirmó en ella, detuvo su caballo, le hizo volver grupas y se apartó a galope hacia la retaguardia. Ya estaba muerto y dijérase que corría para poner en salvo su cadáver. ¡Formidable energía la de aquel hombre, que parecía vencer a la muerte misma!

Cumplidas por Rabí y Quintín Banderas las órdenes de flanquear al enemigo, la situación de ambos combatientes era como sigue. Los españoles, agrupados en masa, a la izquierda de La Caoba. Parte de nuestra infantería, enfrente, desplegada en batalla, y parte en posición en los montes del lado izquierdo del camino de Peralejo. Detrás de ésta y en el mismo lado izquierdo, pero en la sabana, la caballería en constantes movimientos de carga. En este orden, la columna española recibía dos fuegos convergentes que diezmaban rápidamente sus filas y hacían su situación sobremanera difícil.

El genio militar y la presencia de ánimo de nuestro gran caudillo había restablecido a nuestro favor, en cortos minutos, la suerte de las armas, y una victoria inminente parecía sonreírnos. Pero de pronto, un vivísimo fuego de fusilería re-

sonó hacia el Sur y sobre el mismo camino de Peralejo. Un nuevo adversario, también al parecer poderoso, entraba en la contienda. A reforzar la infantería que allá estaba sosteniendo el nuevo debate, envió el general Maceo uno de los escuadrones, y fué aquel sector del campo de batalla teatro de uno de los episodios más fieros de aquella jornada de Peralejo. De macizo en macizo, de árbol en árbol y de matojo en matojo le salían al paso a los españoles los infantes cubanos, mientras el escuadrón se arrojaba sobre ellos en cada sao, en cada limpio y en cada campa del terreno. Pero en vano fueron todos sus esfuerzos por interceptarles el paso e impedir su reunión con aquellos a cuyo socorro se aprestaban. Marchando en columnas de compañías, con muy estrechos intervalos entre una y otra, y haciendo fuego por todos sus frentes, siguieron adelante. Entonces la otra columna, cobrando aliento con el oportuno auxilio que le llegaba, se movió de La Caoba, rompió por el monte, salió por el lado opuesto y fué a juntarse con la que acababa de llegar.

Todas nuestras fuerzas maniobraron con arreglo a la nueva situación que se les acababa de crear: la infantería se corrió toda sobre el flanco derecho de los españoles, y la caballería sobre la izquierda. La primera ocupó los montes de aquella margen del camino; y la segunda, con el Estado Mayor y la escolta del Cuartel General, el escuadrón de Luz de Yara y uno de Céspedes, fué a situarse en la sabana de Peralejo. La otra unidad de dicho regimiento tomó posición más a vanguardia y a la derecha del camino sobre Bacajama, en una campa en las inmediaciones del Mabay.

El fuego cobró en estos momentos gran intensidad de ambas partes. Nuestra infantería, desde los montes que la abrigaban, barría con sus disparos las filas de los españoles, mientras que la caballería a su vista, amenazándolos con sus cargas, los obligaba a permanecer en orden fuertemente cerrado, que propiciaba la mayor cantidad de impactos.

Pero se iba ya haciendo evidente para nosotros que a pesar de la pericia del gran Maceo y del valor de nuestros soldados, y no obstante las ventajas de nuestras posiciones, la suerte no nos iba a ser constante hasta el fin. Teníamos enfrente doble número de enemigos con abundante parque, y nuestras

municiones, que en ningún momento habían sido muchas, en cerca de cuatro horas que llevábamos de incesante combatir, comenzaban a escasear.

Mas, en este momento de inquietante incertidumbre se vieron aparecer por Occidente fuerzas de caballería cubana, que galopaban hacia el campo de la acción. Eran tres escuadrones del regimiento Guá, a las órdenes de los coroneles Salvador Ríos y Alonso Rivero, que, con instrucciones oportunas del General, venían desde Campechuela a reunírsele en Vegas de Yao. Habían oído el fragor del combate y corrían a su reclamo. Maceo arrojó inmediatamente en la oscilante balanza de la batalla las nuevas unidades que su buena estrella le deparaba. Envió a Rivero con dos escuadrones a engrosar las fuerzas de caballería situadas en la sabana de Peralejo, y el otro con Ríos lo adscribió al Cuartel General. Mientras que tan felices novedades ocurrían en el campo cubano, en el campo español la situación volvía a ser en extremo comprometida. Reunidas las columnas Campos y Santoscildes, como ya se ha dicho, habían proseguido trabajosamente su marcha hacia delante hasta venir a encontrarse imprevistamente encallejonadas entre dos recias cercas de alambre de púas, separadas por un espacio de 80 ó 100 metros, ya en terrenos de Peralejo.

Camino y alambradas llegaban hasta la margen del Mabay, y aquí quedaban limitadas las cercas por una palizada. El camino torcía, muy angosto, a la derecha, a bajar al paso del río. Pero antes, dando acceso a la sabana de Peralejo, existía una talanquera, y frente a ella, a no larga distancia, comenzaba el terreno montuoso. La columna, metida entre las dos alambradas, circuída por nuestras fuerzas, se detuvo. Se extendió al pie de una y otra cerca y, poniendo rodilla en tierra, comenzó a disparar sobre nuestras posiciones. Los nuestros la acribillan de todas partes, especialmente la infantería desde los montes de la derecha, que eran terreno alto, pues ya apunté que todos los declives bajaban de aquel lado, y la caballería desde la izquierda, donde había echado pie a tierra. Diríase que aquel callejón estaba destinado a ser para los españoles "horcas caudinas" o necrópolis; que la disyuntiva que se les presentaba era la de rendirse o perecer. Dentro

los desangraba por instantes el plomo de nuestra infantería; y, fuera, los aguardaba el acero de nuestros escuadrones. El desenlace no habría de tardar en sobrevenir. Mas de pronto, dentro del alambrado recinto, suena un toque de corneta. Las compañías enemigas se ponen de pie, giran a derecha e izquierda y emprenden marcha ligera, siempre arrimadas a los alambres, con frente hacia el Mabay.

Todas nuestras fuerzas corrieron por ambos flancos a ocupar el paso del río. De pronto, la columna española da frente a retaguardia y comienza a desandar el camino a paso ligero. Maceo hace cambiar también el frente a nuestras tropas y las empuja en la dirección que llevaban los españoles, y él mismo con su Estado Mayor y su escolta y el escuadrón Guá, que tiene a mano, corre a tomar posición frente a la salida de las alambradas. La columna enemiga hace alto junto a la talanquera, se arroja sobre ella y la deshace, así como algunos tramos de la cerca, y comienza a salir a la carrera a tomar el monte que tiene al frente. En vano Maceo les echa encima la infantería: sus cananas están exhaustas y sólo pueden disparar unos cuantos tiros más. Inútiles resultan igualmente las furiosas cargas que contra las alambradas dan los escuadrones de caballería. Las cercas resisten y sirven ahora de protección a los españoles.

Maceo, contemplando cómo los restos de la columna enemiga se le escapaban, por no contar con quince o veinte mil cartuchos más, estaba irritadísimo. Sus órdenes tenían el acento de la cólera. En los momentos en que, como un león herido, se revolvía buscando gente para arrojar sobre los españoles en su marcha de retroceso, alcanzó a ver allá, al fondo del callejón, la unidad aquella de Céspedes, que él mismo había hecho situar allí, y le gritó a uno de sus ayudantes de campo:

—Vaya usted a ordenar a aquel escuadrón que se reúna al grueso de la caballería y cargue al enemigo, y dígale al oficial que lo manda que se me presente después, si no lo matan.

El ayudante—el que esto escribe—, ante orden tan perentoria, no encontrando camino más corto y expedito que el recinto alambrado ya dicho, se metió por él, atravesó a escape

las líneas españolas, trasmitió el mandato y regresó por donde mismo había ido.

Pero ya todo había terminado y era inútil pedirle nuevos favores aquel día a la Fortuna. Eramos de todos modos los victoriosos. El enemigo había huído del campo de batalla, abandonando sus muertos y una multitud de heridos. En su parte oficial confesaba 126 bajas: 28 muertos y 98 heridos, entre los primeros un general, Fidel Santoscildes, un capitán y un teniente. Los heridos debieron de ser más; tal vez se olvidaron de anotar entre los mismos 26 soldados que después recogió y curó la sanidad cubana. Nosotros también tuvimos numerosas pérdidas: 118 entre muertos y heridos, entre los primeros los coroneles Goulet y Suárez y el comandante Moncada.

Tal fué el combate de Peralejo, llamado así por haber terminado la acción en la sabana de este nombre, si bien la misma comenzó en la de Barrancas.

XX

AYUDANTE DE MACEO

CUANDO, habiendo trasmitido aquella orden a que antes he hecho referencia, volví a la presencia del general Maceo, se encontraba cerca de éste el entonces coronel José Fernández de Castro, acabado llegar allí en una comisión, quien, al reparar en mi machete, exclamó:

—Piedra, qué machete tan chiquito tienes tú—, a lo que el General, habiéndolo oído, replicó:

—El ha probado hoy que no lo necesita de mayor tamaño.

El machete era efectivamente muy corto, como que se trataba de un simple gran cuchillo de monte que le regalaran al General en La Mejorana y que, no siéndole de utilidad, me lo cedió a mí, que no tenía ninguno. También después de la acción, habiéndoseme inutilizado el caballo, a fuerza de tanto galopar, hizo que me dieran uno de dos que también en La Mejorana le habían regalado, y que no le servían a él por la poca alzada de los mismos.

Al día siguiente de Peralejo, temprano en la mañana, marchamos sobre Bayamo, en cuya ciudad se había encerrado el general en jefe del ejército español, con los restos de la columna que tan maltrecha habíamos dejado el día anterior. Nuestras tropas se formaron en orden de batalla en una sabana a la vista de la ciudad, y aun algunos destacamentos de caballería se adelantaron hasta sus primeras casas a retar al enemigo. Pero éste no salió, contentándose con hacernos varios disparos de artillería desde una pequeña fortaleza, llamada Fuerte España. Si se hubiese resuelto a recoger el guante, nos habría dejado en la situación del enano de la venta, porque aquella nuestra arrogancia no era otra cosa que un simple alarde. No teníamos municiones para sostener siquiera un duelo de diez minutos de duración. Pero el general Martínez Campos nos creía tan poderosos, que, para decidirse a dejar aquella ciudad seis o siete días más tarde, hizo concurrir a su Cuartel General a varios generales con sus respectivas columnas. Cerrado que hubo la noche de aquel día, nos retiramos de las inmediaciones de Bayamo, dejando los fuegos encendidos, de manera que los españoles nos creyeran vivaqueando allí, y emprendimos marcha hacia Baire, pueblo que tomó Rabí por instrucciones de Maceo. Este se había separado en la misma fecha, con dos oficiales de Estado Mayor y una pareja, y, luego de hacer una rapidísima incursión por el distrito de Holguín, regresó a Baire el día 17.

Voy a contar cómo, en uno de aquellos días en que acampábamos en la zona de Baire, perdí la ropa que llevaba encima, quedándome más desnudo que cualquiera de nuestros aborígenes los siboneyes: un compañero y amigo, el comandante Pablo Chacón, el mismo que fuera mi jefe en la escolta del general Masó, me invitó a ir a comer y pasar la noche en su casa, que quedaba a unas cuatro leguas del campamento. Salimos de éste a eso de las cuatro de la tarde, y, a poco de haber emprendido camino, cayó sobre nosotros un aguacero torrencial. Llegamos a la casa, ya oscureciendo, calados hasta los huesos. Como ninguno de los dos tenía con qué mudarse, pues en la casa no había más que ropa femenina, la de la esposa de Chacón y la de una hija, tuvimos que quedarnos con la que llevábamos pegada al cuerpo.

La casa de Chacón, como todas las de las gentes del campo que no son acomodadas, era de yagua y guano, y constaba de una vivienda con una sala y una habitación de dormir y, frente a ésta y separada ocho o diez varas, otra pieza que servía de cocina. Poco rato después de haber comido, nos acostamos a dormir. Chacón me había improvisado como cama una tarima en la cocina. Había candela en el fogón, y a él arrimó Chacón un taburete, indicándome que tendiera sobre el respaldar del mismo mi ropa, para que se secara con el rescoldo. Así lo hice. Al amanecer del siguiente día desperté a la voz de Chacón que me anunciaba que él iba por los caballos, recomendándome que me vistiera pronto para que su mujer pudiera entrar a colar el café. Bajé de la tarima y extendí el brazo para coger mi ropa. Lo que cogí fué un puñado de cenizas: parece que en la noche algún animal, habituado a meterse en la cocina por cualquiera de los múltiples agujeros que tenía el tabique de yaguas, había tropezado con el taburete, derribándolo sobre el fogón. La sorpresa que me causó verme con las cenizas de mis ropas en la mano, cedió pronto a la idea del conflicto en que me hallaba. ¿Qué voy a hacer?—me preguntaba—; ¿cómo regreso al campamento?, ¿cómo me quedo aquí? En estas reflexiones estaba, cuando la mujer de Chacón me habló desde fuera:

—Señor, salga pronto que ahorita viene Chacón y yo no he hervido el agua para el café.

—Sí, señora—le respondí—, en seguida salgo.

Pasaron diez o quince minutos. La mujer volvió.

—Señor, ¿ya está vestido?—, y al mismo tiempo que preguntaba se disponía a entrar.

—Señora, por Dios, no entre—le grité.

—¿Por qué?

—Porque estoy desnudo.

—¡Cómo, todavía no se ha puesto la ropa!

—Señora—le dije—, cuando venga su marido, dígale que venga él solo.

Entró Chacón y, al verme desnudo, el reproche que iba a dirigirme quedó interrumpido, al señalarle algunos jirones de mi ropa chamuscados sobre el taburete. No pudo

contener la risa, ni yo tampoco. Nos reímos a carcajadas, no obstante la enojosa situación en que nos encontrábamos.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? Así no te pueden quedar en mi casa—exclamó él.

—No, Chacón—le respondí yo—, en tu casa se está muy bien; pero yo no encuentro en ella ambiente de Paraíso, para hacer de Adán. Mira—agregué, después de un momento de reflexión—, se me ocurre una idea: tráeme varios manojos delgados de hierba, y me los amarras alrededor de la cintura, que cuando esté montado a caballo me quedará a cubierto lo más esencial; eso sí, haz que tu mujer y tu hija cierren la puerta y cuídate de que no aguaiten por las rendijas.

Así se hizo, y con aquella extraña indumentaria, que debía de darme un aspecto grotesco y excitaba la constante hilaridad de Chacón, regresé al campamento.

Habiéndose puesto el general Maceo nuevamente al frente de aquellas fuerzas, dejamos el distrito de Baire y fuimos a operar sobre la línea férrea San Luis-Santiago de Cuba, atacando el día 21 los destacamentos del ingenio Unión, combatiendo el 22 en el camino de Montompolo, después en Banabacoa y en Burenes, y entre los paraderos de San Vicente y Boniato, con un tren militar, el día 28.

Dos de las marchas que recuerdo como de las más penosas de la campaña de Maceo en Oriente, las realizamos en aquellos días. La primera de ellas fué de las cercanías del ingenio Santana a Banabacoa. Salimos a eso de las cuatro de la tarde bajo un formidable aguacero, y caminamos la mayor parte de la noche, noche oscura, azotados por la lluvia. A eso de las cuatro de la mañana hicimos alto, en la vecindad del enemigo. Tan próximos nos hallábamos de éste, que escuchamos su diana y la nuestra a un tiempo mismo. Descansamos como una hora y reanudamos la marcha: poco rato después se rompía el fuego. De esta acción de guerra conservo el recuerdo de haberme ocurrido algo insólito: temblaba. Las piernas particularmente me las sentía convulsas, y hacía grandes esfuerzos para evitarlo, extendiéndolas y apoyando fuertemente los pies en los estribos. Aquél era un fenómeno impropio de mi temperamento. No obstante, yo me decía: quién sabe..., y este quién sabe me deprimía a mi propia vista,

y me avergonzaba a la vista de los demás. Al fin, pareciéndome que era inútil tratar de ocultar aquella convulsión al compañero que me quedaba más cercano, le dije:

—Estoy temblando, ¿será que tengo miedo?

El me respondió:

—No seas tonto, es el frío de la humedad; fíjate que a todos nos pasa igual.

Efectivamente, todos temblaban como yo.

La otra marcha fué la que hicimos a Burenes. Esta la emprendimos ya de noche, una noche lluviosa y negra. El camino que seguíamos era un verdadero lodazal, en el que a cada paso se atascaban los hombres y las bestias. Como andábamos por una zona peligrosa—y ésa era la razón por qué la atravesábamos al amparo de la oscuridad—, era necesario guardar el más profundo silencio. A tal efecto, los ayudantes del Cuartel General recorríamos constantemente las filas, provocando a cada instante los juramentos de los infantes a quienes, en la estrechez del sendero, arrollábamos con frecuencia.

Sería la una de la madrugada. Pasábamos a la sazón por un tramo del camino donde existía un puente de madera, en la proximidad del cual tenían los españoles un destacamento fortificado. De pronto un hombre comenzó a hablar. Yo, que me encontraba a algunas varas de distancia, corrí a hacerlo callar; pero apenas le hube dirigido una palabra de reprensión, él alzó mucho más la voz, empleando un lenguaje de ininteligibles desatinos. Era un loco, uno de esos locos que tienen períodos de lucidez y períodos de demencia, y que en aquellos precisos instantes caía en uno de sus accesos. ¡Qué conflicto! A los gritos del orate, muchos de los hombres se detuvieron en el puente, impidiendo el paso a los demás. Pero el escándalo subió de punto cuando, habiendo yo ordenado que le taparan la boca con un pañuelo, tres o cuatro soldados se le echaron encima para sujetarlo. Forcejeó y pataleó ferozmente.

A eso de las cuatro de la mañana del día siguiente hicimos alto para descansar y dormir un rato, en un sitio donde había una casa en ruinas. Seguía lloviendo. De las ruinas aquellas únicamente quedaba entera una pequeña sección del techo,

bajo la cual sólo una hamaca podía caber. Allí se le colgó la suya al General, y cada cual buscó fuera dónde acomodarse bajo la lluvia. Encontré dos árboles aislados, uno frente a otro, a propósito para colgar mi hamaca, y, viendo al comandante Salcedo que aún no había encontrado dónde colocar la suya, lo invité a aprovechar los mismos dos árboles. El licenciado y comandante Salcedo no era muy avisado en arbitrarse los medios y recursos a que nos obligaba la incierta manera de vivir en campaña. Por esto y porque se trataba de un hombre culto y delicado, me inspiraba consideración y simpatía. Yo mismo le amarré la hamaca, y por deferencia la colgué más arriba de la mía. Fatigado como me encontraba, no tardé nada en dormirme; mas poco rato después un chorro, cayéndome pertinazmente sobre el vientre, hubo de despertarme. El chorro procedía de la hamaca de Salcedo. ¡Pues se está orinando sobre mí el licenciado!, pensé. Lo hice despertar moviéndole fuertemente la hamaca, y le dije:

—Licenciado, orine fuera de la hamaca.

—No tengo ganas—me respondió.

—Claro—repliqué yo—, pero cuando las tuvo, bien que se orinó en ella.

—¡Cómo!—exclamó él, admirado de tal afirmación—, yo no me he vuelto a orinar en la cama desde que era muy niño.

—Sin embargo, licenciado—argumenté yo—, el chorrito sigue cayendo.

—Pero, hombre de Dios—repuso él—, usted no se da cuenta de que lo que chorrea sobre su hamaca procede de la misma lluvia, que sigue cayendo sobre la mía.

—Es verdad, licenciado, usted dispense—le dije, y ambos nos echamos a reír.

Ese mismo día, 29 de julio, recibí nombramiento de Ayudante de Campo del general Maceo. ¡Qué júbilo, qué gozo tan grande inundó mi alma! ¡Ayudante de Campo de Maceo! Me sentí orgulloso, pareciéndome que de aquel resplandor de gloria que iluminaba la persona del Héroe un destello caía sobre mi frente.

XXI

SAO DEL INDIO

Mes de agosto

TODO el mes de agosto lo pasamos en operaciones por la parte sureste de la provincia de Santiago de Cuba.

En una de las marchas llegamos al Aguacatico, campamento habitual del coronel Luis Bone, donde nos detuvimos dos días, y donde yo tuve que permanecer cuatro más, a causa de que me robaron el caballo. Una de las cosas que contrariaban mucho al General era el saber que alguno de sus oficiales, ya fuera porque se lo hubiesen robado, ya porque se le hubiera extraviado, se había quedado sin caballo. Así fué que, cuando, ya a punto de partir, me le presenté a decirle que me habían robado el mío, me contestó de mal talante:

—Bueno, pues quédese aquí hasta que lo recupere.

En el campamento del coronel Luis Bone se pasaba la vida muy sabrosamente. Allí no faltaban los recursos, particularmente los de la mesa. Nunca antes había yo comido tanto ni con tanta frecuencia al día. Al amanecer se tomaba una taza de café; a las ocho de la mañana, un pequeño almuerzo que los orientales llaman *tente en pie;* a medio día, un almuerzo muy abundante, y al anochecer una comida igualmente copiosa. Por entendido: hablo de la plana mayor. Además, estábamos en la estación de los mangos, que en aquel lugar forman verdaderos bosques. Una vez tomado el café, me iba a comer mangos; volvía después del tente en pie; y otra vez después del almuerzo, y aun me cogía la hora de la comida debajo de las matas. Pero no se crea por ello que deseara prolongar mi estancia allí. Por lo contrario, deseaba reunirme cuanto antes a mi jefe, deseo que realicé antes de lo que hubiera podido suponer. Tres días después de la partida del General, me encontraba una mañana sentado a la puerta de una casa de familia, situada dentro del perímetro de nuestro acantonamiento, cuando percibí los pasos ligeros de un caballo que pasaba por un camino existente detrás de la mencionada casa. —¡Mi caballo!—exclamé intuitiva-

mente, y echando a correr en aquella dirección le di alcance. No me había engañado. Tiré al suelo al individuo que lo montaba, el que trató de justificarse diciéndome que lo había encontrado vagando suelto y que venía a entregarlo a quien fuera su dueño. Me mostré crédulo, porque lo que me interesaba era recuperar mi caballo—aquel excelente caballo que me regalara el General sobre el mismo campo de Peralejo, minutos después de terminada la acción—y hallarme en condiciones de ir a reunirme al Cuartel General. Me proponía ponerme en camino inmediatamente, pero el coronel Bone me comunicó que él iba a marchar al siguiente día con igual propósito, por lo que determiné agregarme a sus fuerzas.

El día 30, en marcha hacia Tí Arriba para ir a efectuar operaciones en la zona de los cafetales, nos encontrábamos, a eso de las seis de la tarde, a punto de acapar para pasar la noche en las alturas de Escandell, cuando el General recibió un correo de su hermano el general José Maceo, notificándole la salida de Guantánamo, aquella misma mañana, de una columna española con rumbo al Ramón de las Yaguas. Dicha fuerza enemiga, según los informes de José Maceo, iba al mando del general Canella y estaba compuesta de un batallón de infantería, tres escuadrones de caballería de línea, una pieza de artillería y doscientos irregulares del país pertenecientes a las escuadras de Guantánamo. Su objetivo era la prefectura y hospital de la Casimba. Los españoles estaban enterados de que allí se encontraba hospitalizado José Maceo, que a la sazón padecía de una doble ciática, enfermedad que, suponían ellos, le impedía moverse. Para su guardia personal y la custodia del hospital y la prefectura, contaba el general José Maceo con sólo cincuenta hombres, incluyendo a sus propios ayudantes.

Inmediatamente que se recibió aquel aviso nos volvimos a poner en marcha hacia el Ramón de las Yaguas. Se podía dar por seguro que, habiendo llegado a conocimiento de José Maceo el propósito del enemigo, éste estaba ya de antemano frustrado; que él, José Maceo, y demás heridos y enfermos estarían a buen recaudo. Pero Antonio Maceo no podía tolerar que los españoles entraran impunemente en aquellos nuestros dominios.

Disponía en aquellos momentos el general Antonio Maceo de unos seiscientos combatientes de infantería y caballería, de la primera de dichas armas la mayor parte. No contaba con artillería, y llevaba, además, unos novecientos hombres desarmados. Estas tropas constituían la mayor parte de la primera división de Cuba, y estaban al mando de Demetrio Castillo, Pedro Pérez (Periquito) y Agustín Cebreco.

La distancia que habíamos de recorrer, entre las alturas de Escandell y el Ramón de las Yaguas, es de sobre nueve leguas, por lo que estaría demás decir que la mayor parte del trayecto lo hicimos de noche. Era ésta sumamente oscura y estaba el camino hecho un lodazal, donde a cada momento se atascaban infantes y jinetes. Sin embargo, como debíamos llegar a nuestro destino antes que alumbrara el sol del nuevo día, era necesario forzar el paso, y todo aquel a quien le faltaba aliento para seguir a ritmo acelerado, fuera hombre o bestia, se iba quedando tirado en el camino, como lastre embarazoso que se arroja por la borda.

Como a las tres de la madrugada, ya en las inmediaciones del Ramón de las Yaguas, hicimos un alto en un sitio llamado Esperico, para reorganizar las fuerzas y disponerlas para la pelea inmediata. Efectuado esto, reanudamos la marcha.

El escenario en que íbamos a combatir es un terreno en parte montañoso, cubierto de tupidas malezas y breñales, y cortado por varios ríos, por lo general de angosto pero profundo cauce y escarpadas orillas, muy difíciles de cruzar, como no sea por determinados sitios. Si sobre este terreno imagináramos un polígono, tendríamos un cuadrilátero, dentro del cual, y en un espacio como de veinte o veintidós kilómetros de largo, por unos ocho o diez de ancho, quedarían comprendidos—entre otros parajes y tópicos de conocidas denominaciones que es innecesario mencionar en la descripción de la batalla—, los siguientes: Ampudia, donde existía un palmar próximo al ángulo occidental del cuadrilátero; debajo, hacia el Sur, El Indio; casi en la mitad, al Norte, Alturas de Santa María; más allá, al Sur, Pimienta; atravesando el cuadrilátero, entre Ampudia, El Indio, Alturas de Santa María y Pimienta, el río Baconao; en la mitad

del cuadrilátero y al Norte, Filipinas; al Este de Alturas de Santa María y Pimienta, el río Casimba; a la derecha del río Casimba, el río Filipinas; en el ángulo oriental del cuadrilátero y al Norte, Sao del Indio (sao: alto, especie de plataforma o alcarria), y, atravesando Sao del Indio, el Maca. El Ramón de las Yaguas, pueblo recientemente destruído por los nuestros, queda fuera, al Norte, sobre el extremo occidental del cuadrilátero, y a muy corta distancia del mismo; así como la Casimba queda también fuera, al Sur.

Desde Esperico, el General le había hecho conocer su presencia a José Maceo, notificándole al mismo tiempo su propósito de atacar al enemigo por su retaguardia y flanco derecho. José Maceo se encontraba, desde la tarde del día anterior, y pese a la completa invalidez que le suponían los españoles, hostilizándolos en el Ramón de las Yaguas, donde habían pernoctado. Les había puesto emboscadas en el camino de Pimienta y en el Palmar de Ampudia, y, al tener conocimiento de la inminencia del ataque del general Antonio Maceo, y del sitio por donde lo iba a efectuar, tomó posición a la margen derecha del Baconao sobre el Trucutú, una de las alturas de Santa María.

No era aún bien de día cuando los españoles comenzaron a salir de sus acantonamientos del Ramón de las Yaguas, en dirección de Ampudia, para tomar el camino de Pimienta que conduce a la Casimba. Aquí recibieron, desde el palmar, el fuego de nuestra emboscada. Atravesaron resueltamente y desalojaron de él a nuestros tiradores. Fueron éstos los primeros fogonazos. Eran las cinco de la mañana, y la pólvora en ignición precedió, con más viva lumbre, a la aurora de aquel día. Al oír Antonio Maceo el fuego del palmar de Ampudia, ordenó a Cebreco que flanqueara por la izquierda, izquierda de los españoles, y, dándose la mano con el general José Maceo en la margen derecha del Baconao, fuera a reforzar el destacamento de Pimienta; y se formalizó la acción. La vanguardia de la columna enemiga trataba en vano de seguir adelante, acometía con decisión, pero era rechazada. Crepitaban ruidosamente los disparos de la fusilería, y la acústica de la montaña devolvía en fragorosos ecos multiplicados las detonaciones de la artillería. Al mismo tiempo el general

Antonio Maceo la atacó por retaguardia, impeliéndola hacia la izquierda, atacó luego el centro y, cruzando el río Baconao, el Casimba y el Filipinas, fué a ocupar la posición de Sao del Indio, obligando al enemigo a retroceder. Esta primera fase de la batalla duró nueve horas y fué reñidísima. En ocasiones nos fusilábamos a pocos pasos de distancia mirándonos las caras ambos bandos, e injuriándonos de palabra. Hubo un momento en que, lanzándonos sobre la pieza de artillería de los españoles, arrollamos su dotación, y llegamos en el impulso hasta el sitio en que tenían su cuerpo de sanidad, capturando varias acémilas y el botiquín.

A las dos de la tarde, después de varias alternativas y de habernos arrebatado y recuperado mutuamente distintas posiciones, la situación de ambos adversarios era la siguiente: nosotros ocupábamos todo el frente Norte del polígono, desde Ampudia, pasando por las alturas de Santa María, hasta Sao del Indio; en su lado occidental, El Indio, y, en su parte media Sur, Pimienta; y el enemigo, los bosques del camino de Casimba, algo más al Sur y al oriente de Pimienta. Para los españoles era ya evidente la frustración del objetivo de Casimba, y lo que les interesaba ahora era contramarchar a sus cuarteles de Guantánamo. Pero esta misma operación les resultaba de difícil ejecución, por cuanto nosotros ocupábamos todas las posiciones hacia el rumbo que ellos debían seguir; y mucho más difícil y costoso les habría resultado, de contar nosotros con el parque suficiente para continuar por muchas horas más la acción. Pero nuestras municiones comenzaban a escasear de una manera inquietadora, razón por la cual el general Antonio Maceo ordenó al general Periquito Pérez, que ocupaba posiciones a la derecha de los bosques de Casimba, dejarles abierto el camino que, cruzando el arroyo, va por Vuelta Corta (fuera del cuadrilátero) al río Iguanábano (también fuera del cuadrilátero).

La orden a Periquito Pérez la envió el General con tres de sus oficiales y por distintos rumbos. Dichos oficiales fuimos José Pagliery, Ramón Corona y yo. Se hallaba el General en aquel momento sentado con su Estado Mayor a ocho o diez varas de un vado, en la margen derecha del río Filipinas. Crucé a la orilla opuesta y, siguiendo su margen

izquierda, me dirigí en dirección oriental, en busca del general Pérez. Me había alejado mucho sin encontrarlo. El ruido del combate, por aquel rumbo, iba disminuyendo hasta no oírse sino algunos disparos aislados, lo que me hizo colegir que ya aquel jefe había puesto en práctica las instrucciones de Maceo. De pronto divisé a lo lejos, marchando hacia el río, grupos enemigos. Temiendo que el General no estuviera advertido de la dirección que aquéllos llevaban, retrocedí en carrera tendida a darle aviso; repasé el río por el mismo vado donde me había separado de él, y fuí a meterme entre los españoles. Imposible me sería darle al relato de aquel instante una parte siquiera de la emoción que experimenté. Mas la sorpresa y la inminencia del peligro no fueron bastantes a robarme la presencia de ánimo. Volví riendas instantáneamente, y entre el tumulto y la vocería de los soldados enemigos, que corrían detrás de mí gritándome: "¡Date, date, pillo!", clavé el caballo y me lancé al río, y bajo una lluvia de proyectiles, uno de los cuales me cortó en parte el correaje sobre el hombro izquierdo, produciéndome un magullón, gané la orilla opuesta, y de ahí el bosque que me quedaba a veinte o treinta varas de distancia, desde donde di un estentóreo ¡viva Cuba libre!, no sé si por espíritu de provocación o por la alegría de sentirme vivir. Mas, ¿qué era lo que había ocurrido? El General, una vez que hubo despachado a los tres oficiales con aquella orden a Pedro Pérez, había dejado aquel sitio de la orilla del Filipinas, cosa que, naturalmente, yo ignoraba. Luego, al ver los grupos de soldados españoles, de que he hecho referencia, creí que se trataba simplemente de una punta o la vanguardia de la columna, cuando de lo que se trataba tal vez era de una parte de su centro o la retaguardia.

El bosque donde penetré al cruzar el río bordea su margen derecha en una gran extensión hacia el Norte, y es terreno más elevado que el del opuesto lado. Apenas penetré unos cuantos pasos dentro de él, descubrí a uno de nuestros hombres que se había desperdigado y, pensando que pudiera haber algunos otros más en la misma situación, le ordené adelantarse y hacerlos reunírseme en caso afirmativo. Y, efectivamente, diez o quince minutos más tarde me encon-

traba al frente de nueve soldados armados y con algunas municiones. El enemigo, mientras tanto, ya había echado a andar. Marchaba por un camino muy próximo y en algunos tramos paralelo al río, y a mi vista. Ya he dicho que por allí la margen derecha del Filipinas es más alta que la izquierda, y por consiguiente yo ocupaba una posición desde la cual dominaba a los españoles en marcha. El fuego, pues, que yo les hacía con mis nueve tiradores, había de ser forzosamente certero y mortífero. Ellos respondían con descargas nutridas y ruidosas, pero nulas, pues el único resultado fué una contusión que yo recibí en la cara exterior del muslo derecho. Parece que una bala, habiendo perdido su posición natural, al chocar con algún duro peñasco del borde del río, me pegó de plano. Este episodio parcial duró como hasta las cinco de la tarde, hora en que el enemigo, haciendo rumbo a Vuelta Corta, se alejó del cauce del río.

XXII

SAN FERNANDO

Mes de septiembre

LA persecución de nuestras fuerzas a las españolas no cesó en toda aquella noche, y continuó al siguiente día, en que éstas llegaron al Iguanábano. Una parte de las tropas cubanas, las que aún disponían de municiones, tomaron posición a su frente.

Yo no había podido reunirme de nuevo al Cuartel General en todo el día anterior. Lo hice en la mañana del primero de septiembre. Cuando el General me vió, exclamó con acento de complacida sorpresa:

—¡Usted!, me habían dicho que había caído usted en poder de los *Panchos*.

Yo le referí lo que me había ocurrido, y él entonces me preguntó:

—¿Ese fuego que estuve oyendo rumbo a Casimba toda la tarde, era con usted?

Le contesté afirmativamente, y él repuso:

—Muy bien.

Durante todo el día 1º de septiembre estuvimos acosando a los españoles, tiroteándolos dentro de sus propios acantonamientos, sin que hicieran ninguna demostración de querer renovar la jornada del 31; y en la madrugada del 2 levantaron sigilosamente el campo y continuaron la retirada a sus cuarteles de Guantánamo, de donde sólo distaban tres o cuatro horas. Todavía al cruzar las sabanas del Iguanábano los volvimos a foguear, pero no se detuvieron a repeler la agresión. Era indudable que después de cuatro días de incesante bregar y sangrar, únicamente los irregulares criollos, nacidos y acostumbrados a andar por aquellas montañas y derriscos, conservaban aún vigor físico y ánimo suficientes para disponerse a hacernos cara. Así, mientras los soldados peninsulares continuaban penosamente la retirada, apretujados al igual que un rebaño de ovejas que, asustado por los lobos, busca el aprisco al amparo de los mastines del pastor, ellos, los guerrilleros de las escuadras de Guantánamo, protegían la marcha de la columna, haciéndonos fuego escalonadamente.

En Sao del Indio vi por primera vez al general José Maceo. Quizá un poco menos alto que su hermano Antonio, y más delgado que él, era de interesante figura y muy simpático. De él he de contar algo que puede considerarse como un rasgo de su carácter, tan impetuoso como festivo: ocupábamos nosotros, como he referido ya, el primero de septiembre, posiciones frente al enemigo, teniendo al río Iguanábano por medio. José Maceo me preguntó si yo había visto al comandante... (permítaseme silenciar el nombre). Le contesté que no lo conocía; pero como él mostrara mucho interés en ello, le dije:

—Tal vez sea un individuo que he visto pasar hace unos minutos.

—¿Iba de prisa?—me interrogó él.

—Sí, General, de prisa.

—¿Retirándose?

—Sí, General, retirándose.

—¿Retirándose violentamente?

—Sí, General.

—Ese es—concluyó él.

Después, fijándose en mí, me dijo:

—¿Tú eres el ayudante de Antonio que cogieron los *soldados?*

—Efectivamente soy ayudante del general Antonio—le respondí—, pero los españoles no pudieron cogerme.

—Ya yo le había dicho a Antonio: qué pendejo debe de ser ese ayudante tuyo, que se ha dejado coger por los gringos—repuso él, contrayendo las cejas y con la risa a flor de labios.

Días después del combate de Sao del Indio, el Cuartel General marchó a la jurisdicción de Holguín. Precisamente el General había citado a las fuerzas que operaban por aquellas comarcas (una brigada), para el quince de dicho mes en un lugar llamado Báguano. Era su propósito activar personalmente las operaciones en aquella jurisdicción; pero una disentería que lo tuvo al borde de la tumba frustró aquella intención. Sin embargo, encontrándose todavía muy enfermo en un sitio llamado Camasán, al saber que una columna española, salida de Holguín a las órdenes del general Echagüe, se dirigía a aquellos parajes, declinó la camilla en que nos habíamos dispuesto a conducirlo a sitio seguro, y montando a caballo se puso al frente de las fuerzas y rechazó al enemigo en San Fernando.

Mes de octubre

El General permaneció algunos días más por Alcalá y Bijarú, restableciendo su salud, y en espera de nuevas incursiones del enemigo por la jurisdicción. En Bijarú, teniendo noticia de que una columna española se encontraba en camino para Baraguá, con el designio de apoderarse de la imprenta en que se imprimía el periódico *El Cubano Libre,* emprendimos marcha forzada hacia allí, llegando como a las tres o las cuatro de la madrugada, después de una caminata de treinta y cinco o treinta y seis kilómetros sin tomar descanso. El enemigo había estado allí efectivamente, pero se había marchado sin haberse incautado de la imprenta, gracias a la actividad desplegada por el director del periódico, el comandante Mariano Corona, en trasladarla a lugar más apartado y oculto.

Yo hube de permanecer durante algunos días en una prefectura de Baraguá, por encontrarme sufriendo de la garganta. Cuando me reincorporé al general Maceo, se encontraba éste en Hato del Medio, alistando el contingente de tropas destinado a la invasión de las provincias occidentales. Allí recibí el certificado de mi ascenso a teniente, extendido con fecha diez de octubre. Desde entonces, la conmemoración de tan gloriosa fecha trae a mi memoria un grato recuerdo de índole personal.

De Hato del Medio se trasladó el General a los Mangos de Baraguá, en cuyo sitio, señalado para la concentración y partida de la columna expedicionaria, se estaban acuartelando ya los cupos de fuerzas que había de Santiago de Cuba y Holguín.

LIBRO TERCERO

LA INVASION

I

HACIA OCCIDENTE

EL 22 de octubre de 1895, a los diecisiete años, siete meses y ocho días de haberse formulado la histórica protesta de Baraguá, y exactamente desde los mangos a cuya sombra se celebró el 14 de marzo de 1878 la entrevista del general Antonio Maceo y el general en jefe del ejército español, general Arsenio Martínez Campos, salía el ejército invasor cubano a llevarles el auxilio de sus armas y de sus glorias, a sus hermanos de Occidente, mandado por el mismo victorioso caudillo que fuera protagonista en aquel acto final del decenio heroico.

Nuestra columna constaba de poco más de mil cuatrocientos hombres, de los cuales ochocientos eran de caballería y trescientos cincuenta de infantería. El resto lo componían oficiales del Cuartel General y escolta del mismo; escolta del Gobierno, que nos acompañó en las primeras jornadas, Cuerpo de Sanidad y agregados al Estado Mayor. No contaba con artillería. Estas fuerzas estaban armadas de fusiles, pero no todos de igual sistema. El parque se reducía a unos quince mil o dieciséis mil cartuchos, a diez u once por individuo. Pero no todo este contingente salió unido de Baraguá. Montó a esa cifra en el campamento de Mala Noche, donde se incorporaron trescientas cincuenta plazas. Era propósito del general Maceo eludir, en todo lo posible, las funciones de guerra, mientras no se reuniese en Las Villas con el general en jefe Máximo Gómez. La razón era obvia: diez o doce cartuchos, aún disparando con armas de un solo tiro, como eran nuestros fusiles Remington, y por mucho interés que se ponga en economizarlos, se queman en unos cuantos minutos. Además, era forzoso evitar las bajas de nuestras filas, de manera de no mermar más aquel exiguo ejército, destinado a un ob-

jetivo estratégico que le quedaba a cuatrocientas leguas de distancia, y para lo cual tendría que atravesar un territorio que en su mayor anchura sólo mide doscientos kilómetros; que disminuye después, desde ciento treinta a treinta y cinco o treinta y seis, en parte llano; donde existían, entonces, ciento veinticuatro poblaciones con suficiente importancia para tener jurisdicción municipal, y un gran número de barrios rurales y caseríos con guarniciones españolas y bien o mal fortificados; y donde el enemigo había ya, en aquella fecha, acumulado un ejército que, cuando nosotros nos hallábamos solamente a cuarenta leguas del punto de partida, ascendía a cerca de cien mil soldados de línea, varios miles de mercenarios criollos y sesenta mil voluntarios peninsulares. Ejército que disponía de todas las armas de guerra hasta entonces conocidas; que podía consumir no menos de cien cartuchos por cada uno que consumiésemos nosotros, y estaba en posesión de todas las vías de locomoción y transporte en aquella época existentes en la Isla. Claro está que el plan debía ser opuesto en todo al de los españoles. El de éstos consistía en cerrarnos el paso, y en obligarnos por consecuencia a combatir en tan inferiores proporciones. Pero Antonio Maceo poseía el genio de la estrategia, y España no contaba, o al menos no tenía en Cuba, un general de su misma talla.

Antes de salir de los Mangos de Baraguá, celebramos allí una hermosa fiesta en honor del gobierno de la República, que se hallaba presente, y para solemnizar la partida de la columna expedicionaria. Se había construído, con maderas del monte, una espaciosa glorieta, en la cual se sentaron los miembros del Gobierno y los principales jefes militares. La construcción de la glorieta fué dirigida por el coronel Pedro Vargas Sotomayor, natural de Chile, de cuyo ejército procedía con el grado de capitán, y a quien, como militar de escuela que era, se le dió en nuestro ejército el grado de coronel. Una banda de música, la misma que acompañó después a la columna invasora, compuesta de holguineros, pobló el aire de notas, ora alegres, ora marciales, y se pronunciaron patrióticos discursos alusivos a la magna empresa que íbamos a acometer. Los oradores que mayor

entusiasmo hicieron vibrar en el alma de la concurrencia fueron Gustavo Ortega—literato y tribuno colombiano—y el coronel Federico Pérez Carbó, don Federico, como siempre le dijimos.

En el Cuartel General de Maceo, al emprender la marcha la columna invasora, figuraban, con distintas categorías y empleos militares, y algunos con carácter de simples agregados, los siguientes individuos que recuerdo en este momento: José Miró y Argenter, general de brigada, jefe del Estado Mayor; Mariano Sánchez Vaillant, segundo jefe del Estado Mayor; Federico Pérez Carbó, jefe del Despacho; Dr. Joaquín Castillo Duany, jefe de Sanidad; Dr. Hugo Roberts, médico del Cuartel General; Pedro Vargas Sotomayor, instructor; Adolfo Peña; Enrique Loynaz del Castillo, que quedó en Las Villas como jefe de Estado Mayor del 4º cuerpo; Carlos González Clavell; Rafael Montalvo, que se separó en Camagüey; Pedro Ibonet; Ramón Ibonet; Carlos Pastor; Pelegrín Carulla; Agustín Sagebien; Emilio Bacardí; Armando Gómez; Ascencio Gómez; Ramón Corona; Diego Palacios; Charles Hourruitiner; Andrés y Carlos Pilot; Nicolás Souvanell; Alfredo Jústiz; José Llorent; Alberto Boix y Odio; Miguel Varona del Castillo; Arturo Bolívar; Florentino Más; Juan Maspons; Jaime Muñoz; un joven Ferrer, de Holguín, que si mal no recuerdo, se llamaba Rafael; otro de apellido Hechevarría, de Santiago de Cuba; otro de apellido Rodríguez, y yo.

El más joven de aquel personal era Ramón Corona, Ramoncito Corona, que frisaba en dieciséis años de edad. Juguetón y dicharachero, gozaba entre nosotros del privilegio de su adolescencia. A todos nos embromaba con sus travesuras y agudas ocurrencias, sin que nos fuera posible mostrarle mal talante. Un ejemplo de su gracejo: el mencionado Rodríguez, hombre de veintisiete a veintiocho años era, o se decía ser, sobrino del general José María Rodríguez (Mayía). En una ocasión que Ramoncito le oyó decir:

—Mi tío el general Mayía Rodríguez—, exclamó:

—¡Muchacho, qué carrera tan rápida y brillante estás haciendo, tan joven como eres y ya tienes un tío general!

A otro, hombre de unos cuarenta años de edad, que era

comandante y decía haber sido mariscal del ejército francés (realmente había sido "maréchal ferrant", o sea, herrador de caballos en el ejército), una vez que se hablaba de cómo la suerte decide el encumbramiento de algunos hombres y el estacionamiento de otros, lo mismo en la carrera de las armas que en otra cualquiera, dijo Ramoncito, señalándolo:

—Aquí tienen ustedes a un hombre que fué Mariscal de Francia con Napoleón I, y sin embargo aquí lo han hecho comandante nada más; ¿no es esto una gran injusticia?

Coronita murió en la campaña de invasión, como murió también Carlos Pastor, y como Rafael Ferrer; y tantos y tantos de aquellos jóvenes que cayeron al lado de Antonio Maceo, unos en el camino de los Mangos de Baraguá a Mantua, y otros en los valles, llanos y montañas de Pinar del Río.

Aunque yo mantuve siempre las mejores relaciones con todos mis compañeros del Estado Mayor de Maceo, fuí, naturalmente, más amigo de aquellos con quienes me sentía más espiritualmente identificado. Estos fueron: Enrique Loynaz del Castillo, Carlos González Clavell, Carlos Pastor, Adolfo Peña, Arturo Bolívar—muerto en Cacarajícara—y Pelegrín Carulla.

La primera marcha de la columna expedicionaria fué hasta Júcaro, sitiería sobre la margen derecha del Cauto. Jornada tremenda, de nueve leguas, bajo una lluvia torrencial y por un camino convertido a la sazón en prolongado barrizal. Al siguiente día se trasladó a Guayacán, donde descansó la gente hasta el día 25, que se reanudó la marcha. Acampamos ese día en Sabanilla, y el 27 en Pestán, donde se incorporaron algunas fuerzas de infantería. De Pestán pasamos a Tranqueras y de aquí a Mala Noche, donde, como he dicho antes, se incorporaron trescientos cincuenta hombres de caballería. Estas fuerzas eran las componentes de los regimientos Martí y García.

Mes de noviembre

No es mi intención consignar aquí los distintos lugares de etapa o de simples altos de la columna invasora, sino únicamente cuando sea de utilidad para el mejor conoci-

miento de lo que fué aquella marcha militar. Así, por ejemplo señalaré los sitios y circunstancias en que el enemigo, en sus esfuerzos por interceptarnos el paso, tuvo mayores posibilidades de detenernos y obligarnos a combatir. He de apuntar que con frecuencia llegamos a encontrarnos entre dos o tres columnas españolas, de no menores efectivos cada una de los que contaba la nuestra. A veces hubimos de entrar con las mismas en contactos de flancos o de retaguardia, mantenidos con mayor o menor ardimiento. Mas nuestro propósito era el de recorrer todo el territorio de la Isla y levantar los pueblos a nuestro paso, y para ello nos era preciso esquivar las acciones formales. Este objetivo jamás se vió seriamente amenazado, gracias al talento militar de Maceo que, con certera visión estratégica, dejaba siempre fallidos los planes, con tanta táctica y minuciosidad preparados por sus adversarios. Un ejemplo: el 3 de noviembre en Río Abajo, en el límite de las jurisdicciones de Holguín y Las Tunas, estuvimos a menos de media jornada de numerosas fuerzas enemigas, situadas en Vista Alegre, en combinación, era de suponer, con dos columnas más, una de las cuales, procedente de Holguín, venía por el camino de Mala Noche, y la otra, salida de Cauto Embarcadero, hacía reconocimientos por Tranqueras. La primera de dichas columnas llegó a situarse a legua y media de nosotros, amagando nuestro centro por el flanco derecho, por lo que fué necesario extender aquella ala, reforzándola. Este enemigo, no obstante ser fuertemente hostilizado por algunos destacamentos nuestros, continuó tenazmente en nuestra persecución, al extremo de que, habiendo nosotros acampado en La Soledad, tuvimos que abandonar este campamento, en donde no tardó aquél en presentarse.

En La Soledad había dejado el General algunos pelotones escalonados para proteger nuestra retirada, los que hostilizaron al adversario nuevamente en un trayecto de media legua. Los españoles parecieron desistir entonces de su intento, y a eso de las once de la mañana se detuvieron en Las Lajas. Nosotros hicimos alto en Guaramanao, con el propósito de almorzar. Mas, cuando ya nos disponíamos a hacer el rancho, el fuego de nuestras guardias avanzadas nos advirtió de la presencia

del enemigo. Era la misma columna que, habiendo parado en Las Lajas sólo unos cuantos minutos, volvía sobre nosotros.

II

ACCION DE GUARAMANAO

ERA Guaramanao, en aquella época, un potrero de considerable extensión, a unas cuatro leguas de Las Tunas. Estaba bordeado de bosques y maniguazos, particularmente al Este y al Oeste. El suelo es allí en general llano, a excepción de una pequeña altura que se levanta algo al Suroeste, como quien va en la dirección de un punto llamado Paraíso. En el mismo rumbo, y detrás de la mencionada altura, corre un arroyuelo. Es terreno apropiado para moverse algunos cientos de jinetes. Los españoles comenzaron la ofensiva por un tanteo, a la vez a la derecha e izquierda de nuestro campo. El general Maceo, habiendo reforzado los puestos avanzados de ambos sectores, formó las tropas en orden de batalla: la infantería apoyada en una faja de monte, en el lugar por donde eran más vulnerables nuestras posiciones, y la caballería desplegada en el centro del potrero, disimulada su presencia por los crecidos pastos. El choque empeñado entre las secciones delanteras del enemigo y nuestros cuerpos de guardia que se replegaban escalonadamente, cobraba intensidad según aquél se iba aproximando a la entrada del polígono, y, al asomar a él por su lado derecho, fué acogido por parte de nuestra infantería con tan vivo y certero fuego, que hubo de detenerse y adoptar una actitud más cautelosa. Intentó entonces, o simuló, un movimiento por la izquierda, enfrentándose por allí con nuestros retenes, mientras que se prolongaba por la derecha cubierto por la espesura, y comenzó a penetrar en el campo limpio de la dehesa. Entonces nuestra caballería, atravesando el arroyuelo que quedaba a su frente, se presentó de improviso sobre la altura, dominando por todos sus frentes el escenario de la acción, y obligó a los españoles a retrogradar, al reclamo de los abrigos del monte. Los infantes cubanos cubrieron entonces el camino que debíamos seguir hacia el Lavado, y la

caballería, por una nueva maniobra, se colocó a sus flancos, protegiéndolos hasta la salida del potrero. Luego tomó la vanguardia, y, dejando un escuadrón de observación en Guaramanao, continuó la marcha nuestra columna.

III

ACCION DE EL LAVADO

EL Lavado, a menos de dos leguas al Suroeste de Guaramanao, era también un potrero de dilatada extensión, cerrado al Norte y al Este por espesos bosques, y al Oeste y al Sur por altas y tupidas maniguas y algunos macizos de árboles. Abundaba en pasto que, por la falta entonces de consumo, estaba muy crecido. El suelo es en su mayor parte parejo, con el único accidente de una ancha hondonada de muy escasa profundidad.

La columna enemiga, que había pernoctado el día anterior en Guaramanao, levantó el campo muy temprano en la mañana del día ocho; un par de horas después entró en contacto con el escuadrón de caballería dejado por nosotros en observación sobre nuestro camino, al que atacó resueltamente, obligándolo a replegarse con la mayor prontitud, siguiéndole a la zaga hasta la entrada misma de nuestro campamento, donde no se detuvo, sino que se echó sobre nuestras avanzadas, que hubieron de retirarse casi envueltas por secciones de la caballería española.

Era necesario obrar con la mayor rapidez, pues ya hileras del enemigo comenzaban a desembocar por su derecha en el polígono formado por el hato. El General ordenó que nuestra infantería tomara posición, extendiéndose a lo largo de la costanera del bosque que nos quedaba al flanco izquierdo, y formó en línea circular la caballería, amenazando todos los frentes del enemigo, pero disimulada en la hondonada antes descrita. La acción comenzaba a formalizarse. Desde el otro lado del mismo monte, que a nuestro frente e izquierda cerraba lo que venía a ser el fondo del potrero por el camino de Guaramanao, el enemigo dirigía un fuego copiosísimo de fusilería y de cañón sobre las posiciones ocu-

padas por nuestra infantería, con el fin de desalojarla. No habiendo podido lograr este objeto, y no queriendo tampoco aventurarse al centro del potrero, donde debió colegir que se encontraba oculta nuestra caballería, y con la intención de impedir que ésta se corriera por el lado opuesto, y amenazara su ala izquierda, reforzó considerablemente este sector, que así vino a ser el punto culminante de su orden de batalla. Posiblemente había descubierto al fin las formaciones de nuestra caballería, porque los proyectiles pasaban por entre nuestras filas en gran abundancia, y varias granadas estallaron particularmente dentro del espacio ocupado por el general Maceo y su Estado Mayor.

No deseaba Maceo empeñar seriamente el combate. Ya se ha dicho la razón por que, en general, se debían evitar las funciones de guerra. Y sobre todo, él quería entregarle al General en Jefe el contingente invasor en condiciones de poder seguir cumpliendo su cometido; pero aquel campo se prestaba tan bien a las maniobras de la caballería, que se le hacía cuesta arriba abandonarlo, sin hacer todo lo posible por darle un carga a la del enemigo. Con este objeto ordenó a uno de nuestros regimientos que, lanzándose al trote, recorriera una gran distancia, hasta encararse con la caballería española, y fingiera luego una huída a la desbandada, a fin de que ésta, en el entusiasmo de la persecución, llegara hasta donde se encontraba el grueso de la nuestra. Pero la estratagema no dió resultado: los jinetes enemigos no se alejaron de las líneas de su infantería. Mientras tanto, habían ya transcurrido tres horas. La acción, en las condiciones en que se encontraban ambos bandos, podía prolongarse hasta lo infinito, sin resultado apreciable para ninguno de los dos. Los españoles no podían atravesar el limpio del potrero, porque los acuchillaban los jinetes cubanos, ni los cubanos podíamos lanzarnos contra la infantería española, amparada en la fortaleza del monte.

El general Maceo ordenó la marcha y, dejando allí un pelotón de caballería para que vigilara los movimientos del enemigo, nos dirigimos rumbo suroeste, en busca del paso del Jobabo, que cruzamos el mismo día ocho de noviembre, de tres a cuatro de la tarde.

IV
CAMAGUEY

ESTABAMOS ya en la provincia de Camagüey. En dieciséis días, pues, no obstante los tenaces esfuerzos del enemigo para interceptarnos el paso, habíamos realizado la primera de las grandes jornadas estratégicas del plan de invasión.

En lo sucesivo, al emprender la marcha cada mañana tendríamos el levante a nuestras espaldas, y cada marcha, al acercarnos a nuestro objetivo, nos iría alejando más y más de aquella gloriosa región oriental, cuna dos veces, en una misma generación, de la guerra de independencia, y tierra natal de casi la totalidad de los hombres que a la sazón formábamos el ejército invasor, muchos de los cuales, incluyendo al guerrero extraordinario que lo conducía, no la volverían a ver.

Momento de intensa emoción debió de ser para Maceo aquel en que, cruzando la movible raya del Jobabo, se encontró fuera del suelo de su provincia; fuera de aquel territorio teatro de sus estupendas hazañas durante los diez anteriores años de lucha, y en el cual, en los pocos meses transcurridos de la actual, había librado los grandes combates del Jobito, Peralejo y Sao del Indio, de cuyas victorias aún conservaba frescos los laureles en sus sienes. Villareño yo, llevado allí tan sólo a impulso de mi patriotismo—impaciente de pelea, como el buitre de Araucania—cuando en las provincias occidentales aún no había comenzado la guerra, sentí también en el alma el dolor de la despedida. ¡Oh, tierra hermosísima de Oriente!, en mi mente persistirá siempre el recuerdo de tus paisajes maravillosos, imponentes, terríficos en ocasiones, y encantadoramente bellos en otras. En tu seno, más que en ninguna otra región de Cuba, quiso la naturaleza mostrar en todas sus manifestaciones su poder de creación. Selvas gigantescas, quizá primevas, donde a la apretada y compacta arboleda se enredan y abrazan bejucos de largos y flexibles tallos que, formando caprichosas colgantes pasarelas, se tienden de árbol en árbol y de macizo en macizo, y sirven

de columpio a las aves de pintadas plumas. Montañas altísimas cuyas cumbres, que perforan el éter e interceptan las nubes, aparecen a cada mañana vestidas de blanco y vaporoso tul, como si durante la noche un pintor mágico cambiara con descomunal pincel la decoración. Torrentes rumorosos que brotan de los flancos de las montañas y, precipitándose en cascadas, de escalón en escalón, levantan flotantes velos de líquido encaje, que, heridos mañana y tarde por la luz crepuscular, toman todos los colores del prisma. Valles, unas veces de imponente profundidad, desde cuyo fondo suben, buscando el calor vivificante del sol, palmas de desmesurada altura; de suaves bordes otros, donde arroyuelos juguetones serpentean entre matizadas y gráciles florecillas, hijas, más que de la tierra, de la aurora y del rocío, y cuyas linfas puras y cristalinas, luego de sonreir al cielo, van a esconderse bajo dombos de verdor. Oriente, tierra de Céspedes y de Maceo, y de tantos esforzados paladines de nuestras libertades patrias; tierra de tantos de mis valientes compañeros de armas, yo te saludo.

El territorio que ahora teníamos que recorrer es muy distinto del que habíamos dejado atrás. El suelo de Camagüey es, se puede decir, en su totalidad llano y despejado. En él no existen más grupos orográficos que los muy poco importantes de Cubitas y de Najasa, al Norte y cerca de la costa el primero, y al Sur el segundo, bastante retirado del litoral. Entre uno y otro grupo no existen ramificaciones. Las selvas allí eran muy abundantes, pero no tenían la grandiosidad de las selvas orientales. Es un panorama que cansa por su monotonía de llanuras sin intermitencias, sin ondulaciones; apenas un collado, una colina, una cuenca, una quebrada. Es un territorio el más adecuado para operaciones y maniobras de la caballería, condiciones éstas que obraban en nuestra ventaja, pues que, no solamente constituía aquélla nuestra arma principal, sino que, para dar al ejército mayor movilidad y rapidez en las marchas, el general Maceo había hecho montar también los infantes. Verdad es que, a causa de lo descubierto del terreno, nuestros movimientos se hacían menos susceptibles de ocultar; pero este inconveniente estaba compensado con creces por lo despoblada que estaba entonces

aquella provincia y por sus escasas vías de comunicación y de transporte. No existían otros núcleos de población, de más o menos importancia, fuera de los de Ciego de Avila y Morón, situados en la línea militar de Júcaro a Morón, que los de Santa Cruz del Sur, al Sur, y los de Puerto Príncipe, Las Minas y Nuevitas, todos al Norte y unidos entre sí por una sola vía férrea. Ahora bien, nuestro itinerario era rumbo al Suroeste, y el ejército español no contaba con puntos de etapa para operar a tan larga distancia de su base, en cualquiera de las tres últimas poblaciones mencionadas que la tuviera. Tomadas en cuenta estas circunstancias, no es de extrañar la ninguna oposición que encontró el ejército invasor para cruzar todo el Camagüey. El último intento hecho por el enemigo, fué el de la misma columna con que nos habíamos batido en el Lavado. Esta, a las pocas horas de haber nosotros cruzado el Jobabo, apareció sobre la margen que acabábamos de dejar a la espalda; pero no continuó en nuestra persecución, sino que se retiró a Guáimaro. Claro está que la falta de resistencia en el pasaje de este río no fué ya debida a la previsión del general Maceo, sino a la imprevisión del alto mando español, a quien no se le ocurrió cosa tan lógica como la de situar allí, con antelación, algunas fuerzas.

El día 10 se incorporaron al ejército invasor dos regimientos de caballería, con un efectivo de aproximadamente cuatrocientos hombres, al mando del general José María Rodríguez, lo que hizo subir el número de nuestros jinetes a mil trescientos. El día 21, acampados en Antón, se nos reunió otro contingente de doscientas treinta plazas, a las órdenes del coronel Esteban Tamayo. Estas tropas, aportadas por la Segunda División de Oriente, con arreglo a disposiciones previas, debieron haber sido de 800 hombres; pero circunstancias que no son del caso referir impidieron reunirlos.

Hasta este momento el enemigo no había intentado ninguna operación ofensiva, pues una columna que se situó a nuestra retaguardia el día 14, luego de reconocer nuestras huellas retrocedió a Puerto Príncipe, en previsión de un ataque nuestro a la mencionada ciudad, según pudimos de-

ducir de un mensaje que cayó en nuestras manos, enviado por el general Serrano Altamira al jefe de la referida columna.

El día 28, al anochecer, acampamos en el caserío de Artemisa, en las inmediaciones de la Trocha de Morón.

Era la Trocha de Morón, o, más propiamente dicho, de Júcaro a Morón, una línea militar de 17 leguas de longitud, protegida por treinta y tres fuertes, una estacada cubierta de una alambrada de púas y un foso. Dentro de su recinto quedaban comprendidas las poblaciones de Ciego de Avila y Morón, que eran a la vez centros de operaciones o, por lo menos, puntos de etapa de las columnas españolas. El 29 de noviembre se encontraba en Ciego de Avila, pueblo del cual pasamos a muy poco más de una legua de distancia, una de esas columnas, y en Morón había otra. La guarnición permanente de la línea podía suponerse entonces de unos tres mil hombres. Esta guarnición fué más tarde sensiblemente aumentada.

V

UN GRAN DIA

AL amanecer del día 29, nuestras fuerzas, que habían levantado el campamento de Artemisa a las doce de la noche, se encontraban sobre la misma Trocha, sin que el enemigo las hubiese notado. La extrema vanguardia o descubierta abrió paso en una de las alambradas, y todo el cuerpo de vanguardia, salvando el foso, fué a desplegarse en orden de batalla a los dos lados de la línea. Inmediatamente el centro se posesionó de ambos declives del terraplén y protegió el cruce de la impedimenta, operación en que se empleó unos cuarenta minutos. La retaguardia, constituída por los dos regimientos que se habían incorporado con el general José María Rodríguez, y que debían volverse a su territorio, retrocedió. En estos momentos uno de los fuertes, llamado La Redonda, rompió el fuego, siguiéndole otros. Pero ya era

tarde para ellos: nos encontrábamos al lado occidental del considerado como formidable campo atrincherado, algo así como un Torres-Vedras, y, prorrumpiendo en atronadores vivas a Cuba, seguimos adelante sin hacerles el honor de un solo disparo. Casi estábamos en Las Villas, habiendo recorrido ya una distancia de cerca de seiscientos cuarenta kilómetros.

El mismo día 29, pocas horas después de haber cruzado la Trocha, llegamos a Lázaro López, cuartel general del general en jefe, Máximo Gómez. En este campamento se encontraban también otros jefes, tales como el general Serafín Sánchez, que comandaba el departamento militar de Las Villas, el general Carlos Roloff, Secretario de la Guerra, y otros. La llegada del general Maceo, la reunión allí de los dos más grandes y gloriosos caudillos de la Revolución, que a la vista de todas las tropas se dieron estrecho abrazo, produjo entusiasmo delirante. Fué en verdad aquel un gran día para la causa de la independencia: aquellos dos hombres, igualmente extraordinarios, se completaban el uno al otro, y juntos no había empresa militar que no realizaran, aunque ella presentara los más árduos problemas de estrategia y táctica, y de factor numérico y armamento, como era el de llegar hasta los confines occidentales de la Isla, atravesando con tres o cuatro mil combatientes defectuosamente armados, y una muchedumbre inerme que cada vez se iba aumentando más y más, por un territorio cuya anchura máxima en lo adelante no mediría arriba de ciento veinte o ciento treinta kilómetros, llegando en determinados puntos a no contar más que cuarenta; con una multitud de centros urbanos, mejor o peor fortificados, y un ejército enemigo de sesenta o setenta mil hombres, bien armados, y municionados en proporción no menor de cien cartuchos por cada uno de los nuestros.

Los soldados orientales y los camagüeyanos y villareños que se encontraban en el campamento de Lázaro López, fraternizaron entre sí completamente. En la noche se oía por dondequiera sones de instrumentos de cuerda y alegres cantos. Aquí un soldado oriental entonaba con plañidera voz:

"Purísima deidad, virgen hermosa,
tú eres ángel de virtud y de amor;
cesa ya de mostrarte desdeñosa,
oponiendo a mi súplica el rigor."
etc., etc...

Allá se cantaban décimas alusivas a la circunstancia, compuestas durante la anterior contienda:

"Si me encuentro en la trinchera
que a lo lejos se divisa,
y donde bate la brisa
de mi patria la bandera;
si el enemigo se espera,
que nos ataque en el día,
y allá por la serranía
oigo un ruido donde estoy,
me preparo, el alto doy
y pienso en ti, vida mía."

Y estas otras:

"Ya se escucha en la sabana
de clarín ronco sonido,
y se levanta el partido
por la libertad cubana.
Levanta tu frente ufana,
no temas, no te acobardes,
que ese valor en que ardes,
de tu padre herencia es,
así sólo te diré:
marcha, hijo, no te tardes.

"Gloria y libertad le espera
al que queriendo ser hombre
corre a que pongan su nombre
en la cubana bandera.
El que allí peleando muera
merece eterna alabanza,
el valor y la pujanza
harán triunfar al cubano;
así, de mi propia mano,
toma el machete y la lanza.

"Aunque soy madre y te quiero
como a hijo de mis entrañas,

verte morir en campaña,
a verte esclavo prefiero.
Pórtate como guerrero,
a quien la muerte no aterra.
Los peligros de la guerra
se han hecho para el que es hombre,
si tú quieres tener nombre
vete a pelear por tu tierra."

Llegué a un grupo donde se cantaba al son de la bandurria. Uno de los cantores me invitó a que improvisáramos a porfía. Yo tenía entonces cierta facilidad para componer décimas, y acepté el reto.

Como mi contrincante debía darme el tema, cantó primero y dijo:

—Levántate, vida mía,
que ya entre nubes de rosa,
vierte claridad hermosa
el nítido albor del día.
Todo es luz y poesía,
todo es encanto y belleza;
el zorzal en la maleza
extiende sus pardas alas,
y anuncia sus ricas galas
la feraz naturaleza.

Yo contesté:

—Levántate, vida mía,
que ya el cielo se decora
con las galas de la aurora,
anunciando el nuevo día.
Ya doran la serranía
de Febo los resplandores;
coros de alados cantores
se escuchan en el boscaje,
y del fondo del follaje
alzan sus tallos las flores.

El cantó de nuevo:

—Ven al campo, bella indiana,
a gozar de los olores
de las campesinas flores

y el fresco de la mañana.
Toda vestida de grana
pasearás por mi batey,
en donde tengo mi grey
y un pintado caracol,
y gozaremos del sol
que nos brinda el Camagüey.

Yo repliqué:

—Ven, bellísima trigueña,
a gozar de los primores
de las aves y las flores
de la región villareña.
En mi tierra ribereña
te ofrezco vida y fortuna,
y sin desconfianza alguna
pasearás en mi piragua,
por la corriente del Sagua
en claras noches de luna.

En la mañana del siguiente día, el general Maceo hizo la presentación de los miembros de su Estado Mayor al General en Jefe, general Máximo Gómez. Cuando éste fijó los ojos en mí, me reconoció en el acto y le dijo a Maceo, al tiempo que continuaba mirándome de aquel modo riente que tenían sus ojos cuando algo le complacía:

—A éste lo conozco yo: se fué a Oriente buscando la guerra cuando aquí no la había.

También Maceo nos presentó al general Serafín Sánchez, villareño como yo. El general Sánchez me dijo:

—Usted debe ser práctico, por lo menos en parte de la provincia.

—Sí, General—le dije a mi vez—: soy práctico en algunas ciudades.

—¡Ah!—exclamó él risueño—: no creo que por el momento podremos utilizar esos conocimientos.

VI

ACCION DE LA REFORMA

Mes de diciembre

DE Lázaro López nos trasladamos, el mismo día 30, a La Reforma. Antes de emprender la marcha, formadas todas las fuerzas, que en aquellos momentos sumaban ya dos mil individuos poco más o menos, el general Gómez les dirigió una vibrante arenga, de la cual inserto uno de los párrafos más vigorosos:

"En esas filas que veo tan nutridas la muerte abrirá grandes claros. No os esperan recompensas, sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya combate, será un día perdido o mal empleado. El triunfo sólo puede obtenerse con el derramamiento de sangre. ¡Soldados!, no os espante la destrucción del país; no os extrañe la muerte en el campo de batalla; espantaos, sí, ante la idea horrible del porvenir de Cuba si por casualidad España llegara a vencer en esta contienda. Los manes de tantas víctimas inmoladas por la tiranía os exhortan a que luchéis con decisión y vigor, para que la rapidez del triunfo no dé ocasión a levantar nuevos cadalsos."

En La Reforma tuvo noticia el Cuartel General de que en Trilladeritas, lugar situado a dos leguas al Sureste, se hallaba una columna española compuesta de las tres armas, o sean infantería, caballería y artillería, al mando del general Suárez Valdés. Dicha fuerza avanzó al día siguiente sobre nuestro campamento.

El campo donde se libró la acción conocida por acción de La Reforma, se encuentra situado en parte a la izquierda de Río Grande (en realidad un arroyuelo de escaso caudal, con un cauce de dieciocho o veinte pasos de anchura, y de bajos y descantilados bordes), y en parte a la derecha, por donde le pasa también un arroyo. Ambas corrientes van de Norte a Sur y se reúnen, formando ángulo, en un sitio llamado San Pedro.

En la margen izquierda de Río Grande, próximo a su

lecho y en dirección Oeste, existe un tramo del suelo algo elevado, y otro en la margen opuesta, en la misma dirección, pero bastante más apartado de la corriente. Hacia el Oeste, el suelo, en alguna extensión, es bajo y existen en él ciénagas y tremedales, que hacen difícil, y aun peligroso, el paso para todo aquel que no esté habituado a andar por aquellos sitios. En el mismo rumbo, a poco de dejar este terreno pantanoso, se extienden, aquí y allá, en un buen trecho, grandes matorrales y algunos árboles.

Rumbo al Este, pero inclinándose al Norte, el suelo se levanta un tanto y es por lo general seco y firme. También lo pueblan algunas maniguas, y en aquel tiempo era abundante en "yerba de Guinea".

Al amanecer del día 2, nuestras fuerzas se pusieron sobre las armas. No era la intención del Cuartel General, casi parece ocioso repetirlo, empeñar choques formales, mientras se les pudiera eludir; pero, encontrándose el enemigo tan próximo de nuestro campo, parecía inminente un ataque de su parte que, siquiera fuera en retirada, nos sería forzoso repeler. Efectivamente, los españoles nos atacaron; pero ya como a las ocho de la mañana, cuando, en virtud de tal tardanza, nuestras fuerzas se habían puesto en marcha, y únicamente su retaguardia faltaba por desfilar, en espera del repliegue de los cuerpos de guardia. En ese momento, nuestros bagajes, la enorme muchedumbre de hombres desarmados, atascándose en los barrizales, ocupaban el camino, marchando con las naturales dificultad y lentitud.

El enemigo, con el propósito manifiesto de dominar aquel camino y tenernos bajo sus fuegos, se extendía rápidamente hacia su derecha por la margen del río que ocupaba, tratando de señorear la altura; visto lo cual por el general Maceo, que dirigía la acción, sacó de la retaguardia, que aún permanecía formada en el campo de batalla, una compañía y la situó, bien oculta entre los arbustos y yerbazos, en la otra elevación del terreno antes descrita; disposición ésta que protegió eficazmente la evacuación de nuestros bagajes. Al mismo tiempo destacó algunas secciones de caballería para proteger la retirada de los puestos avanzados. De la columna española, mientras el centro se mantenía en las posiciones

desde los primeros momentos tomadas, haciendo un fuego intenso de fusilería y de cañón, la vanguardia, cruzando el río, se dirigía resuelta sobre el lugar por donde continuaba desfilando nuestra impedimenta; mas, de improviso, recibió a quema ropa los disparos de la compañía de tiradores previsoramente colocada por el general Maceo en aquellos enyerbados montículos, lo que, haciéndole perder su formación y replegarse aceleradamente sobre su segunda línea, obligó a ésta a poner rodilla en tierra los infantes y a adoptar sus jinetes el orden disperso. Entre tanto, el centro enemigo, desplegándose por batallones a lo largo del río, arreciaba el fuego de sus fusiles y cañones sobre aquella posición nuestra, pero sin avanzar. El general Maceo la reforzó con media compañía más, y, cuando ya la impedimenta se encontraba fuera del peligro, hizo desfilar aquella parte de nuestras fuerzas que hasta entonces había formado la retaguardia; la sustituyó con las gentes de los puestos avanzados y con las que estaban en posición en el collado; hizo también desfilar éstas en seguida, y, emboscándolas con el resto de la infantería—más allá de los tremedales, entre los maniguazos que bordeaban por aquel frente el potrero—, dejó el campo de La Reforma. Mas, antes de proseguir la marcha hacia el nuevo campamento, el General me ordenó que fuera a retirar varias secciones de caballería que al comenzar la acción habían sido colocadas en aquel terreno que, como he dicho antes, queda al Este inclinado al Norte, con el fin de prevenir un ataque del ala izquierda de los españoles sobre nuestro flanco derecho. Para ello me hizo acompañar de un práctico de la comarca. Las secciones de caballería en cuestión formaban parte de las fuerzas locales de Sancti Spíritus y debían retroceder a incorporarse a su unidad, es decir, tenían que marchar en dirección distinta de la que llevaba nuestra columna. Hube, pues, de penetrar nuevamente en el campo de La Reforma. Cumplida mi comisión, el práctico de referencia trató de disuadirme de regresar por el mismo camino, representándome el peligro que en ello había, por la posibilidad de que el enemigo se encontrara practicando reconocimientos sobre las huellas de nuestra columna. Su razonamiento era acertado, pero yo insistí en mi propósito, máxime

cuando, habiéndole preguntado cuánto más tardaríamos en reunirnos al Cuartel General por rumbo distinto, me declaró que un par de horas. Yo siempre consideré como mi deber primordial, en mi condición de ayudante de campo, el estar en todo momento al lado de mi jefe, cualquiera que fuera el riesgo que para reunirme a él tuviera que arrostrar. Cuando acepté tal puesto al lado de Maceo, ya sabía yo a qué atenerme, porque él había contado delante de mí que durante la guerra del 68 le habían matado ochenta ayudantes. Así fué que, habiéndose negado el práctico a acompañarme, y confiando también en que mi vista había apreciado bien los detalles topográficos de aquellos terrenos, me decidí a regresar solo por ellos. Tomé, no me cupo ninguna duda de ello, el mejor rumbo: aquel que más se apartaba de los sitios donde propiamente se había desarrollado la contienda. Pero, habiendo andado ya tal vez un par de kilómetros, veo venir, en una dirección como del ala izquierda de la columna enemiga, un grupo de veinte o treinta de sus jinetes. También me vieron ellos, y echaron sus caballos al galope hacia mí. Quise retroceder en busca del amparo de aquellas secciones que yo acababa de despedir, pero los enemigos, corriéndose prontamente por su derecha, me cortaron aquella retirada, desplegándose al mismo tiempo en semicírculo, como para encerrame entre éste y el cauce del río, donde se encontraba el grueso de su fuerza. Volví rápidamente sobre el primer rumbo. Iba tendido sobre el cuello del caballo y con las espuelas clavadas en sus ijares. Les había ganado gran delantera, y creía encontrar pronto mi salvación en las líneas de nuestra infantería que había visto apostar a la salida del potrero. De pronto sentí que mi cabalgadura se hundía hasta el vientre: había caído en uno de aquellos tremedales. Los jinetes españoles avanzaban velozmente sin cesar de hacerme fuego, y, disparando a una distancia por segundos más corta, también por instantes se aumentaba para mí el doble peligro de ser derribado por los proyectiles o de caer en poder de mis perseguidores. No podía contestar el fuego, porque para hacerlo necesitaba disponer de las dos manos, ya que la única arma que llevaba, una tercerola, no es manejable con una sola, y ambas manos las tenía ocupadas en sujetar el caballo

por las riendas para que no cayera y naufragáramos en aquel mar de cieno. Por otra parte, no disponía más que de un tiro, y los insurrectos por regla general no quemábamos nunca el último cartucho, sabiendo la suerte que nos aguardaba de caer prisioneros. Yo volvía de cuando en cuando la cabeza. ¡Llegaban, llegaban! Ya uno estaba a cien pasos. Me resolví a tirar: la flecha del partho—me dije—. Empuñé la carabina con una sola mano, la apoyé sobre el hombro derecho y, ladeando apenas la cara, disparé. El hombre rodó al suelo. Mas, al instante, otros estaban igualmente próximos. No contaba ya con ninguna probabilidad de salvación, cuando, ¡oh fortuna!, mi caballo pisa tierra firme, da un salto fuera del lodazal, y, como si le hubiesen nacido alas en los cascos, en menos tiempo que el que se necesita para contarlo, pone una distancia de trescientos o cuatrocientos metros entre mis perseguidores y yo. Y éstos, desde los bordes del tremedal, contemplaron impotentes cómo se les escapaba la presunta presa.

Cuando me encontré a la salida del potrero, me di cuenta de que ya las emboscadas de infantería dejadas allí habían sido retiradas.

Nuestro campamento había sido establecido en Trilladeritas, o sea en el mismo campo de donde la columna Suárez Valdés se había movido hacia el nuestro de La Reforma, el día anterior. Cuando llegué al Cuartel General, luego de las peripecias que acabo de narrar, varios de mis compañeros al verme dieron muestras de gran alegría. Mi famoso práctico había regresado antes que yo. Había oído los disparos de La Reforma a poco que nos separamos; había supuesto que la cosa era conmigo; quizás supuso que me habían matado o hecho prisionero, y, para justificarse de la responsabilidad que pudiera caberle, se había apresurado a volver al Cuartel General ya informar del asunto, a su manera, naturalmente. El mismo general Maceo, cuando me presenté para darle cuenta del cumplimiento de mi comisión, mostró su contento, exclamando:

—Yo lo creí perdido.

VII

REORGANIZACION

La acción de La Reforma, considerada desde el punto de vista táctico, fué de muy escaso resultado para ambos bandos adversarios; pero, si se tiene en cuenta que el objetivo estratégico del general Maceo era el de una marcha siempre hacia adelante, eludiendo empeños de armas formales que pudieran interrumpirla, es necesario convenir en que obtuvo la victoria sobre el general español Suárez Valdés. Este se hallaba ya antes de la acción a nuestra vanguardia, a un par de leguas de nuestro campo, y para acercarse a él, no tuvo más que hacer una corta marcha de frente. Entró en contacto con nosotros en circunstancias que lo favorecían grandemente, y, no obstante, la columna cubana, sin sufrir serio quebranto en el choque, continuó su avance en el rumbo de antemano propuesto.

Tal vez causará extrañeza que, encontrándose el general Máximo Gómez en el campo de La Reforma, no fuera él, y sí el general Maceo, quien tuviera el mando de nuestras fuerzas durante la acción. Para comprender esto, que pudiera aparecer como una falta de regularidad en el orden de la jerarquía militar, es necesario tener en cuenta: primero, la falta de rivalidad entre aquellos dos soldados extraordinarios, y la elevación de carácter del General en Jefe, que, exento de vanidad y de ambición personal, y de cualquiera otra preocupación que no fuera el triunfo de las armas cubanas, se complacía en dar a su lugarteniente, y antiguo discípulo en el arte de la guerra, oportunidades para desplegar sus dotes excepcionales de estratega; y segundo, que, habiéndose convenido de antemano que el ejército invasor vendría a las órdenes del general Maceo hasta no entrar en territorio de Las Villas, en el cual lo aguardaría el general Máximo Gómez, era de suponer que la jefatura de aquél no había terminado en La Reforma, cuyo campo pertenece a la provincia de Camagüey. Y tampoco sería ésta la única vez que el General en Jefe delegara en su lugarteniente la dirección de una batalla. Como un testimonio más

de lo que se deja sentado, permítasenos aducir el hecho de que, al designar el General en Jefe al Lugarteniente como jefe del 4º y 5º Cuerpos de Ejército, en Trilladeritas, el 3 de diciembre, o sea al día siguiente de la acción a que acabo de referirme, lo nombró concurrentemente jefe de la columna expedicionaria. Pero justo es declarar que en la práctica el general Maceo nunca obró sin consultar con el General en Jefe y atenerse a su consejo. Maceo sentía devoción por el General Gómez, a quien reconoció siempre como su superior jerárquico; recordaba que había sido su maestro en el arte de la guerra, y admiraba su genio militar.

Por otra parte, la acción de La Reforma, que pudo ser de frente y revestir alguna importancia, de haberlo querido el jefe español, se redujo a un ligero contacto, por habernos atacado aquél por un flanco de la retaguardia, que era el elemento de marcha en que venía Maceo.

En Trilladeritas, los generales Gómez y Maceo procedieron a completar nuestra organización militar. Organización, desde luego, *sui generis*, en armonía con la situación en que nos encontrábamos: la escasez de efectivos y de armamentos, y con el sistema de guerra que esta misma condición nos imponía. No estábamos en condiciones de poder librar batallas campales, y mucho menos de resultados decisivos, contra un ejército que era ya el décuplo del nuestro, y que aun nos sería numéricamente superior más tarde; debíamos apelar a una campaña de acciones parciales, de constantes movimientos, de ataques repentinos y de súbitas desapariciones. Arrojarnos impetuosamente sobre el adversario y derrotarlo aquí, y esquivarlo allá, pero acosándolo constantemente; cansarlo y diezmarlo, tanto por el plomo y el acero, como por la fatiga y la extenuación. Y esto en cada provincia, en cada distrito, en cada comarca. Era necesario que en el territorio de la Isla no transcurriese un día sin que se escuchara el fragor del combate, ni el suelo dejara de empaparse de sangre. Para una guerra así, se hacía preciso dividir y subdividir el ejército, dotarlo de un gran número de jefes y oficiales, y dar a cada uno la mayor independencia posible en las operaciones locales. En el alto mando, no obstante, residiría la facultad de establecer líneas generales y de ordenar concen-

traciones de tropas para, cuando las circunstancias lo permitieran, presentar combates formales o atacar una ciudad guarnecida por el enemigo. Por eso no debe causar asombro ni la pomposa nomenclatura de cuerpos de ejército, divisiones, brigadas, regimientos y batallones, ni el número de los mismos en que fué organizado aquel pequeñísimo contingente de tropas.

En Trilladeritas se convino en crear cinco cuerpos, y más tarde, cuando, por haber sido invadido su territorio por las fuerzas acaudilladas por Maceo, se puso en armas la provincia de Pinar del Río, se creó un sexto cuerpo. Estos seis cuerpos reunidos no hubiesen constituído más de uno del tipo regular de aquella época, pues al terminar la contienda, y después que el gobierno de los Estados Unidos, por encontrarse también en guerra con España, nos dió algunas de las armas obsoletas de su ejército, no contábamos arriba de veinticinco mil o veintiséis mil combatientes. Este ejército estaba compuesto casi en su totalidad de infantería y caballería, pues la artillería se reducía a unas ocho piezas de distintos sistemas y calibres. La infantería no estaba armada de bayoneta, que es su instrumento esencial de combate; el ganado de la caballería, no siéndonos posible seleccionarlo, era muy inferior al de los españoles. No existía el cuerpo de administración, que después de todo hubiese sido una superfluidad allí donde no había suministro de nada; donde cada cual tenía que arbitrar los medios de alimentarse y de vestirse, apelando por lo general al recurso del merodeo, recurso que con frecuencia fallaba, bien por exhaustitud del país, bien por falta de imaginación del merodeador para descubrir un escondido troje. No se nos proveía ni siquiera de armas y municiones con regularidad, pues en muchos casos era preciso tomárselas al enemigo. En cuanto a Sanidad Militar, aunque el personal médico no era del todo escaso, las más de las veces carecía de instrumental quirúrgico y aun de medicinas, por lo que con frecuencia se veía impotente para practicar una amputación necesaria, o aplicar el medicamento cicatrizador en una herida. ¡Cuántos y cuántos de nuestros hombres, que debidamente atendidos se habría podido salvar no perecieron por esta causa! Y huelga decir que nuestros hospitales

consistían en miserables ranchos de vara en tierra dentro de la selva, lo más apartado e ignoto posible, única manera de sustraer a la implacable saña del enemigo a enfermos, médicos y enfermeros.

VIII

LAS VILLAS. ACCION DE IGUARA

PARA defender el paso del río Jatibonico, límite de la provincia de Camagüey con la de Las Villas, habían establecido los españoles, en la jurisdicción de Sancti Spíritus, una línea de destacamentos fortificados que comprendía los pueblos de Iguará, Taguasco, Bellamota y Mayajigua. Iguará contaba con un sistema de fortificación consistente en un fuerte de bastante magnitud y tres fortines.

El lugar donde se libró la acción está entre Taguasco e Iguará, es decir, al Norte del último mencionado pueblo, y como a cosa de una legua distante del mismo. El suelo por aquellos contornos es en general llano, con algunas cortaduras y barrancas. El único relieve digno de nota es un otero que se eleva al Suroeste, sobre el camino de Sancti Spíritus. La vegetación es pobre, pero muy enmarañada, particularmente al Norte.

El camino que conduce a Sancti Spíritus, tomado en Iguará, baja primero hacia el Sur, pasando por Ojo de Agua, Rubuti, Playuela, Blanquizal y Quemadito, y se endereza luego francamente al Oeste. Dos arroyos, que se juntan para verter sus aguas en el Jatibonico, cruzan este camino: el uno viene de Iguará y el otro de Ojo de Agua. Es posible que tales arroyos sean simples regajos del Jatibonico, y en tal caso huelga decir que, en vez de correr de Norte a Sur, corren de Sur a Norte. Detalles como éste son muy difíciles de observar en un paisaje que se contempla por primera vez bajo el plomo enemigo, máxime si, como en este caso, no tuvieron importancia táctica.

Existía otro camino muy estrecho que iba hacia Taguasco y que, tomado en el lugar donde se libró la acción, corría

encallejonado entre dos cercas de alambres e iba a desembocar, antes de llegar a dicho pueblo, en un sitio poblado de guamás y otros árboles y de tupidas malezas.

En la mañana de aquel día, la columna expedicionaria, dejando a Trilladeritas muy temprano, se puso en marcha con el propósito de vadear el Jatibonico por las inmediaciones de Iguará, e internarse en la jurisdicción de Sancti Spíritus por su región meridional, o sea por la serranía de Guamuhaya. Pero antes, habiendo dispuesto el alto mando del ejército que el general Quintín Bandera, acompañado del teniente coronel José Miguel Gómez, se dirigiera con toda la infantería, que contaba ya unas setecientas plazas, a efectuar una incursión por el valle de Trinidad, dichas fuerzas se habían separado del núcleo invasor. La distancia entre Trilladeritas y el vado por donde cruzamos el Jatibonico no es mayor de dos leguas en línea recta; pero, habiéndonos inclinado en los primeros momentos un tanto al Norte, en dirección de Juan Criollo, el trayecto a recorrer se hizo un poco más largo, llegando al paso del río como a las ocho y media de la mañana.

A la vanguardia de nuestra columna, ahora compuesta únicamente de caballería, marchaba el general Máximo Gómez, llevando el centro y la retaguardia el general Maceo. Los miembros del Gobierno que nos acompañaban, los bagajes y, en general, la impedimenta, iban al centro. Llevábamos un ala a la izquierda, a causa de la existencia de destacamentos enemigos en Iguará; pero sin presumir que se encontraran allí fuerzas de mayor consideración.

Cruzado ya el río por la vanguardia, unos cuantos individuos, que se habían separado de la misma tratando de lazar unos caballos, comunicaron al general Gómez que habían tropezado con fuerzas enemigas en un potrero llamado Hato García, en marcha por el camino de Iguará a Sancti Spíritus. Avisado el general Maceo de la ocurrencia, por un oficial que le envió el general Gómez, ambos jefes, luego de una corta conferencia, se separaron, convencidos de que el combate era inevitable. El general Gómez se adelantó a galope por el camino de Sancti Spíritus, a cerrarle el paso por el frente a los españoles, ocupando el otero antes mencionado, y Maceo

corrió de nuevo a retaguardia a activar el cruce del río por el resto de nuestra columna.

Al volver atrás el general Maceo, su segundo jefe de Estado Mayor ordenó a los ayudantes que no estábamos aquel día en turno de servicio que nos reuniéramos a él, el segundo jefe, en retirada por el camino de Sancti Spíritus. Todos quisimos resistirnos, exponiéndole que era habitual que en momentos de combate todos estuviéramos junto al General. Alegando él que tenía instrucciones de Maceo, nos obligó a seguirlo. A unos dos kilómetros de la altura ocupada por el general Gómez, el camino hace una corta vuelta al Norte. Al llegar allí, convencido como me sentía de que el segundo jefe de Estado Mayor, por error de interpretación, estaba obrando en desacuerdo con los deseos del General, me desmonté, pretextando ajustarle la cincha a mi cabalgadura, y, cuando el repetido jefe y mis compañeros me perdieron de vista, retrocedí a toda rienda a reunirme a Maceo. Como no sabía el lugar donde en tal momento se encontraba, subí al otero en que estaba el general Gómez y le pregunté a éste. El me contestó:

—No sé, tal vez en el río, interceptado por el enemigo.

—¿Desea usted enviarle algún mensaje?—le dije.

—¿Tú vas para allá?—me preguntó a su vez el general Gómez, mirándome de aquella manera peculiar suya cuando consideraba plausible un acto o una resolución.

—Soy su ayudante de campo—le dije por toda respuesta.

—Bueno—repuso él—, el general Maceo sabe siempre lo que tiene que hacer, pero de todas maneras dile dónde me encuentro.

Desde la posición que ocupaba el general Gómez hasta muy próximo a la llegada del Jatibonico, todo el trayecto estaba materialmente barrido por los proyectiles de los españoles, pues éstos, al divisar los jinetes villareños y camagüeyanos del general Gómez sobre el otero, se habían detenido y roto el fuego. Al descender yo de aquella altura, y a unos cien metros de la misma, a la derecha, me crucé con el coronel Cefí, el cual, con veinticinco o treinta hombres de caballería, teniendo los caballos del ronzal y peleando a guisa de dragones, se batía con su extraordinaria bravura de siempre. Cefí, al

verme penetrar a caballo en aquel torbellino de plomo, corrió a sujetarme el caballo por las riendas, gritándome:

—Desmóntate.

—Soy ayudante de campo y, por lo tanto, plaza montada— le respondí.

—Hijito (él y Sarabella no me daban otra tratamiento), te van a matar—exclamó.

—Cefí—le dije festivo—: tengo el presentimiento que tú y yo llegaremos a viejos.

¡No, nada más que doce días después, él sucumbió en el combate de Mal Tiempo, y también Sarabella, y poco faltó para que yo los siguiera a ambos!

Cuando llegué junto al General, todavía estaba él luchando por hacer pasar el río a una gran parte de la retaguardia. Me miró de soslayo. Yo me había dado cuenta, desde antes, del significado de aquella manera de mirar, en la que el sesgo oblicuo de las luminosas pupilas del General anunciaba la cólera, como la luz del relámpago precede en el éter al trueno. Cuando Maceo miraba así a alguien era una manifestación segura de que no estaba contento de este alguien. Y en este caso era natural que no estuviera contento de mí y de los demás ayudantes que nos le habíamos separado cuando más necesitaba de nosotros. Yo me le acerqué y le referí la causa de aquella nuestra ausencia y, por lo menos respecto de mí, depuso su enojo, haciendo un movimiento de aprobación con la cabeza. Ya esto de haberse encontrado el General sin una parte de sus ayudantes, en una función de guerra, había ocurrido también en Sao del Indio. En aquella ocasión, también seguramente por un error de interpretación de la orden recibida, el entonces comandante Pedro Ibonet nos había llevado lejos del General, al comenzar la acción. Entonces había procedido yo igual que ahora, solamente que, como Ibonet no era nuestro jefe natural, le desobedecí sin disimulo. Y estuve acertado, porque me libré de una fuerte reprimenda que cayó sobre los demás, inclusive y más particularmente sobre el comandante Ibonet.

Nuestra situación era sumamente peligrosa y la urgencia en acabar de cruzar el río un factor pudiera decirse decisivo, porque si el enemigo, dándose cuenta de la misma, avanzaba

por aquel lado, o bien nos impedía la referida operación y nuestra columna quedaba truncada con la cabeza en Las Villas y el tronco y las extremidades en Camagüey, o bien al llegar al cruce ya indicado en los caminos de Sancti Spíritus y Taguasco, todavía en la desorganización consiguiente al paso del río y con él a la espalda, la atacaba con toda la superioridad que en tal condición le daban sus posiciones y el contar con el arma más adecuada para ellas, la infantería. En cualquiera de ambos casos la suerte del ejército invasor parecía abocada al desastre. Tan inminente consideró el general Maceo este peligro que, dejando aún una gran parte de la retaguardia del lado de allá del río, con orden de que a medida que fuera pasando apoyara por la derecha un movimiento de flanco que él iba a intentar con los trescientos o trescientos cincuenta jinetes orientales que ya tenía a la mano, retrocedió por el mismo camino que habíamos traído más allá de Taguasco, y luego a campo traviesa avanzó por el flanco izquierdo del enemigo. El llegar a las posiciones ocupadas por éste, lo hizo sumamente difícil la tupida maleza y guamás que, según he apuntado más arriba, existían a la salida del paralelo del callejón, formado por las cercas de alambres, que también quedan mencionadas, y con las que fuimos a tropezar. Hubo, pues, necesidad de abrirnos paso, cortando árboles y ramas y bejuqueras a filo de machete, bajo el nutrido fuego que los españoles, al oír el ruido del ramajeo y el tropel de los caballos, hacían sobre aquella dirección. Al desembocar de la espesura, descubrimos al enemigo. Ocupaba éste un espacio de terreno limpio de malezas, pero donde, amén de una multitud de árboles, existían acá y allá trozos de antiguos setos. Su orden de batalla era un rectángulo formado de una sola fila, uno de cuyos ángulos tenía el vértice en línea y a muy corta distancia de las fortalezas de Iguará. En esta posición, cubría todos sus frentes, y sus proyectiles barrían las formaciones de la caballería villareña del general Serafín Sánchez y de la escolta camagüeyana, que, con el general Gómez, ocupaban el otero de referencia, y todo el campo por donde apareció Maceo con sus jinetes orientales.

Al penetrar nosotros en el espacio limpio donde se encontraban los españoles, no menos de treinta de nuestros hombres

rodaron de sus caballos en cuestión de doce o quince minutos; pero nadie se detuvo, sino que la vacilación fué de un segundo, y a la voz y al ejemplo de Maceo, nos arrojamos sobre las líneas del cuadro español. Secciones enteras del mismo fueron desbaratadas, no obstante los árboles y cercados que les servían de parapeto, y varios soldados fueron acuchillados y otros hechos prisioneros. Nuestro impulso fué tal, que muchos de nuestros jinetes saltaron dentro del cuadrilátero enemigo, y varios de los mismos encontraron la muerte allí. Mientras tanto, el general Gómez, al darse cuenta del ataque del general Maceo por la izquierda, acometió por el ángulo suroeste del cuadrilátero y por su lado derecho dándose la mano con aquella parte de nuestra retaguardia que ya había cruzado el río, y que, cumpliendo la orden de Maceo, atacaba a su vez por el ángulo sureste y el mismo lado derecho. Entonces el enemigo, viéndose semirrodeado y temeroso de que le fuera cortada también su ya única retirada, que era la de Iguará, retrocedió, diezmado y maltrecho, a ampararse en las fortalezas de dicho pueblo. La acción había durado cerca de dos horas. La carencia de infantería, las condiciones del terreno por donde se retiraba el enemigo, la posibilidad de sacrificar mucha gente y la necesidad de economizar parque lo libraron de nuestra persecución y muy probablemente de un desastre completo, y le permitieron retirarse en buen orden.

Iguará constituyó un triunfo para las armas cubanas. Los españoles, aunque en buen orden y después de haberse batido bravamente durante un par de horas, fueron obligados a abandonar el campo de la batalla y compelidos a retrogradar a su punto de partida. Y, si es cierto que nosotros poseíamos la superioridad numérica, ellos, en cambio, tenían la muy notable ventaja de disponer de infantería, en un terreno que era tan propicio al desarrollo combativo de esta arma, cuanto era desfavorable al de la caballería. Analizada la acción en sentido táctico, habremos de convenir en lo oportuno del movimiento de flanco por la izquierda ejecutado por el general Maceo, y el que por su orden efectuó después, por la derecha, la parte de nuestras fuerzas que aún se encontraba en aquellos momentos del lado de allá del río. Con el primero se proponía detener al enemigo, cualquiera que fuese la di-

rección en que marchara, porque, ya fuese hacia Sancti Spíritus, ya hacia el Jatibonico, nos podía interceptar el paso; y con el segundo procuraba proteger nuestros bagajes e impedimenta, al cruzar por la intersección del camino de Sancti Spíritus y el callejón de Taguasco, punto éste el más peligroso en el segundo de ambos casos. Y fué igualmente acertado el movimiento realizado por el general Gómez, por lo que podía suponerse el frente de la columna enemiga, y por su flanco derecho, que tendía a la misma finalidad procurada por Maceo, y cuyo resultado fué haberle quedado interceptado el paso a los españoles para moverse como no fuera hacia el Norte, o sea camino de Iguará. Casi está de sobra decir que estos movimientos se iniciaron antes de conocerse los propósitos y verdadera posición de la columna enemiga. Innecesario es también afirmar que asimismo en el orden estratégico obtuvimos un triunfo, puesto que no se nos impidió el avance a Occidente, que era nuestro objetivo. En cambio, en este doble sentido estratégico y táctico, se le pueden anotar dos graves faltas al coronel Segura, jefe de la columna española: la de que sabiendo, según su propia confesión, *que las partidas de Maceo, Máximo Gómez, Serafín Sánchez y Roloff habían sido arrojadas de La Reforma, y habiéndose propuesto batirlas,* no se hubiese situado sobre la margen occidental del Jatibonico, cubriendo aquel vado del río que, por la dirección que él debía conocer que traíamos nosotros, estaba con casi toda probabilidad indicado para nuestro paso; y que, aun después de encontrarnos del lado de acá, no se hubiese adelantado a ocupar posiciones en el crucero de los caminos de Sancti Spíritus y Taguasco, con lo que no solamente hubiese podido impedir nuestra marcha, sino ocasionarnos un serio descalabro.

En el orden político también nos fué altamente favorable aquella acción, porque ella pregonaba, con la elocuente voz de la victoria, la entrada del ejército invasor en el territorio de una provincia más, en su marcha a las regiones de Occidente.

En cambio, debe considerarse como un error del alto mando de nusetro ejército el haberse desprendido de toda la infantería en los momentos precisos en que el suelo, por la ruta

en que habíamos de marchar, comenzaba a ser desigual y escabroso. La inconveniencia de tal medida la acabábamos de experimentar, y muchas veces más la experimentaríamos al atravesar los grupos montañosos de Guamuhaya, en Sancti Spíritus, y de la Siguanea, en Trinidad. Verdad es que con aquella incursión por el valle de Trinidad se perseguía el doble efecto estratégico y político de desviar hacia allí una parte del ejército enemigo, ocupado en combatir a la columna expedicionaria, y dar al mismo tiempo la sensación de que ésta era tan poderosa como para hacer diversiones a largas distancias. Pero estos y aun mejores resultados se podían obtener dando con la infantería mayor efectividad a las funciones bélicas del núcleo principal. En realidad, los españoles, considerando que toda la importancia de la campaña para ellos era impedir el progreso de la invasión revolucionaria, combatiéndola de etapa en etapa, desdeñaron aquella diversión, y si algunas tropas distrajeron del frente para contrarrestarla, debieron ser en tan reducida escala que en nada disminuyó la presión ejercida sobre el contingente medular. Comprendo que, debiendo ser la rapidez en el anvance una de las condiciones más primordiales en el éxito de la empresa, se le diera preferencia a la caballería; pero tengo para mí que hubiese sido muy provechoso haber organizado, con aquellos setecientos infantes que se le dieron a Quintín Bandera, un cuerpo de dragones, esto es, de soldados que marcharan montados y combatieran a pie, y destinar cincuenta hombres de caballería a tenerles el caballo del ronzal durante las funciones bélicas. En varios casos más tarde se recurrió a este sistema, sistema no aconsejado tal vez en circunstancias ordinarias de la guerra, y abolido en los ejércitos europeos desde principios del siglo XIX, pero sí en una operación de la índole de la que nos ocupa, y en un ejército de tan escasos medios como era el nuestro, el cual debía recorrer una distancia de cuatrocientas leguas de un territorio que, como ya se ha dicho, en su anchura máxima no mide arriba de ciento veinticinco a ciento treinta kilómetros, siendo de cien kilómetros por término medio y teniendo tramos que sólo alcanzan cuarenta kilómetros; que debía atravesar por entre las filas de un ejército que estaba en condiciones de poner en

cualquier momento en el tablero de una batalla diez peones por cada uno nuestro, y con el cual no siempre podríamos rehusar el combate: en ocasiones nos convendría aceptarlo y aún provocarlo por necesidades estratégicas o políticas. Y quizá sería oportuno recordar que, todavía en 1804, cuando Napoleón hacía preparativos para invadir a Inglaterra, se organizó en el campo de Boulogne un cuerpo de dicha arma híbrida de infantería y caballería, y que España lo conservó hasta 1815.

IX

ESCARAMUZA DE FOMENTO

EL día 9 cruzamos algunos disparos con la guarnición española de Fomento. Este pueblo está situado, como es sabido, en la línea divisoria jurisdiccional de Sancti Spíritus y Trinidad. Medio oculto por el verde lienzo de unas colinas, el blanco grupo de sus casas emerge de repente en el paisaje, como un rebaño de ovejas al recodo de un camino.

El pueblo de Fomento estaba fortificado y dotado de una numerosa guarnición, con guerrillas montadas que, aparte de ejercer vigilancia sobre los ejidos de la población, hacían correrías a mayor o menor distancia de la misma. Era, además, punto de etapa de las columnas enemigas en operaciones por aquellas zonas, por lo que raramente dejaba de encontrar alguna acampada allí.

Al pasar nuestra columna, ese día en la mañana, por las inmediaciones del pueblo, que nos quedaba a la izquierda, los destacamentos nos hicieron fuego; primero solamente algunos disparos aislados, pero después, a los pocos segundos, ya fueron descargas nutridas y continuas. Esto nos hizo suponer que la guarnición no se encontraría sola, sino que alguna fuerza mayor se encontraba en el poblado y desde los parapetos de aquél nos arrojaba el guante de desafío. Pero el ataque a una plaza fortificada no entraba por entonces en los planes de

operaciones de nuestro alto mando, por lo que, contentándonos con hacerles algunos disparos, para no dejar herido el orgullo militar de nuestros adversarios, continuamos nuestra ruta, no sin que, en previsión de que éstos se decidieran a dejar sus acantonamientos y seguir nuestras huellas, se quedara el general Maceo en observación un buen rato con parte de la retaguardia.

X

ACCION DE CASA DE TEJAS O DE LOS INDIOS

EL mismo día 9, poco después de haber dejado atrás el pueblo de Fomento, hubimos de sostener un choque más importante, que comenzó en Casa de Tejas y terminó en Los Indios.

Atravesaba nuestra columna el camino real de Santa Clara, por las cercanías del poblado de Casa de Tejas, que, como Fomento, nos quedaba a la izquierda. Ya habían cruzado la vanguardia, el centro y una gran parte de la impedimenta. En el crucero quedaban unas parejas de vigilancia, esperando el paso de la retaguardia. Esta venía un poco distante, y entre ella y el centro se encontraban algunos grupos de los conductores del bagaje, que, a causa de la fatiga de las bestias, o por propia pereza de los hombres, se hallaban rezagados. Súbito, de unos espesos matorrales partieron varias descargas y una lluvia de proyectiles cayó sobre aquéllos y sobre las parejas de guardia en el crucero.

En Casa de Tejas, según se supo después, se encontraba una fuerza enemiga protegiendo unas obras de fortificación. El jefe de la misma, informado oportunamente desde Fomento de nuestro paso por allí, tuvo tiempo de apostarse convenientemente para cogernos de sorpresa. Las descargas españolas introdujeron gran confusión y espanto entre aquella muchedumbre de la impedimenta, toda ella gente desarmada. Mas

el general Miró, jefe del Estado Mayor de Maceo, acudiendo con presteza, acompañado de varios ayudantes, pudo reunir algunos jinetes que, desplegados frente al maniguazo y haciendo fuego contra los escondidos infantes enemigos, pudieron restablecer el orden entre nuestros dispersos conductores de bagaje y servirles de protección.

El enemigo, entre tanto, siempre abrigado por la tupida maleza que bordeaba el camino, se iba prolongando por su izquierda, y sus disparos iban ya alcanzando las filas del centro de nuestra columna. Entonces, acudiendo el general Gómez desde la vanguardia con dos escuadrones, y Maceo desde la retaguardia con una parte de la misma, cargaron al enemigo por entre los maniguazos, saltando zanjas y cañadas. Este, ante aquella formidable embestida, comenzó a batirse en retirada hasta después de haber cruzado un profundísimo barranco, en cuyo borde opuesto se hizo fuerte. Imposible nos era a nosotros salvar aquel obstáculo tan sólo con caballería. Por otra parte, en la lucha por aquellos vericuetos, el enemigo, que era de infantería, nos habría de llevar siempre la ventaja. Teníamos ya el camino expedito y nos volvimos a él. Mas los españoles no hicieron esperar mucho rato una nueva ofensiva. Esta la efectuaron por entre unos terrenos cortados aquí y allá por zanjas y otras formas de depresiones, y cubiertos de manigua, a los cuales iba a salir el barranco antes citado. Volvimos a cargarlos, ahora con mayor ímpetu que antes, enardecidas como se encontraban nuestras tropas; pero, como la primera vez, el enemigo, haciéndose impalpable dentro de aquellas espesuras, desapareció por sitios de tránsito impracticable para nosotros.

Así terminó aquella acción, en la cual el enemigo nos causó doce bajas, con toda impunidad seguramente. De aquel descalabro de Casa de Tejas y Los Indios nos resarcimos con usura en los combates de los días 11, 12 y 13 en Manacal, Quirro y Camino de la Siguanea.

XI

COMBATE DE MANACAL

EL 11 estábamos acampados en el Hoyo de Manicaragua. La denominación de "hoyo" no da una idea exacta del lugar. Quizá si nombre tan poco eufónico, y de tan poco atrayente significado, se derive del hecho de que, enclavado como se encuentra entre montañas elevadas, y siendo el espacio de terreno que entre las mismas ocupa relativamente reducido, contemplado desde las cimas de aquéllas, aparece a gran profundidad; pero se trata realmente de un valle bellísimo, de un lugar encantador. La entrada en él, viniendo por caminos verdaderamente infernales, como el que nosotros traíamos, produce una sensación de bienestar y reposo, tal como la que se experimenta cuando, navegando por mares embravecidos, la nave, penetrando de improviso en una bahía al abrigo de los vientos, recobra su equilibrio en la tranquilidad de las aguas.

En aquella época residían allí varias familias, las que nos dispensaron la más generosa y agradable hospitalidad. Todas parecían llevar una existencia económicamente cómoda y desahogada, prueba de la feracidad de la tierra y de la laboriosidad de sus habitantes.

Como a las ocho de aquella mañana, se tuvo noticia de que varias columnas españolas, compuestas de las tres armas y con fuerzas numerosas, se dirigían a nuestro encuentro. No siendo aquel lugar una posición adecuada para un combate defensivo, marchamos a situarnos en las alturas de Manacal, que para tal objeto son excelentes.

Difícil, si no imposible, resultaría hacer la descripción tópica detallada de estos abruptos parajes, en los que todavía impresiona el ánimo la idea de una gran convulsión geológica en edades remotas.

Estas montañas forman parte, como se sabe, del mayor núcleo orográfico del centro de la Isla, cuya altura máxima es el pico de Potrerillo, en la jurisdicción de Trinidad. Unicamente el de la costa Sur de la provincia oriental, con su pico de Turquino, le aventaja en grandiosidad. El panorama

es realmente estupendo. Pensemos en una vastísima sucesión de cumbres, de crestas y picachos, de mayor o menor elevación, extendiéndose en forma de abanico con el varillaje abierto, desde el río Tayabas, próximo al puerto de Casilda, por la izquierda, hasta las cercanías de Cienfuegos, y por la derecha hasta el distrito de Santa Clara, en una área de varias leguas.

No todas las cimas de estas montañas son accesibles a la planta del hombre. Hoscas, de aspecto terrible, se levantan casi a plomo sobre el precipio, mostrando allá en lo alto, como si fuera la osamenta de algún monstruo fosilizado por los milenios en sus entrañas, sus aristas blanquecinas que parecen próximas a desplomarse en la profundidad abismal que las circunda. Otras, no tan escarpadas, parecen, acogedoras, ofrecer al visitante, a modo de escalinatas, las cuestas más o menos agrias y pendientes de sus flancos.

Pero no todo en este escenario es ríspido y ceñudo; no todo en él son cimas enhiestas e inhospitalarias, y precipicios amenazadores. Alegrando la formidable pompa de la montañosa crestería se asocian en el paisaje colinas de suaves y amenas ondulaciones y de fácil acceso, que, productos tal vez de un mismo espasmo cósmico del seno común, se enlazan unas con otras entre sí, formando abajo, en las graciosas comisuras de sus eslabonamientos, pliegues y repliegues caprichosísimos. Tal es el alto de Manacal, donde tomamos posiciones el día 11, y tales son también el de Alberich, que nos quedaba al frente, y el de Mabujina, que teníamos a la izquierda, y otros más que sería muy largo enumerar.

El conjunto del núcleo constituye una fortaleza natural inexpugnable. Veinte hombres por cada uno de los que estuviesen en posesión de ella, no bastarían a desalojarlos jamás, con tal de que estos últimos contasen con suficientes provisiones de boca y guerra. Cada altura allí es un bastión; cada farallón, una escarpa; cada ladera, una contraescarpa; cada precipicio, un foso; y cada pliegue del terreno, un camino cubierto.

Como a las dos de la tarde comenzamos a divisar a los españoles sobre las alturas de Alberich, en marcha hacia Manacal. Avanzaban lentamente con su ala izquierda muy pro-

longada, y como dirigiéndose rumbo a Ajocinado, tratando de desechar un monte interpuesto a nuestras posiciones. Inmediatamente se destacaron varias secciones de nuestra caballería, con orden, unas de atacar el ala izquierda enemiga por sus elementos más delanteros, y otras de hostilizar el centro de su columna. Estas secciones iniciaron la acción. Serían las tres de la tarde.

En seguida avanzó la vanguardia de los españoles, compuesta de un regimiento de infantería, una pieza de artillería y algunas guerrillas de caballería, tratando de escalar la altura de Manacal; pero cien de nuestros jinetes, pie a tierra, la detienen y la inmovilizan, por lo que hubo de conformarse con hacer un intensísimo fuego de fusilería y de cañón contra nuestras posiciones. Mientras tanto, las secciones cubanas que habían sido enviadas a cubrir nuestra derecha y hostilizar el centro enemigo, obligan a éste a destacar varias compañías, las que, después de prolongada lucha, ocuparon el monte antes indicado.

La acción toma ahora su máximo desarrollo. El enemigo, resuelto a tomar nuestras posiciones, refuerza su vanguardia, y con casi todos los elementos de su columna ejecuta un movimiento envolvente, que trata de disimular con una falsa retirada. El general Maceo, con su Estado Mayor y Escolta y un regimiento, corren al punto en peligro, y echando pie a tierra y peleando como infantes, contienen el avance de los españoles, quienes tratan en vano de desbaratar nuestras líneas con un copioso e ininterrumpido fuego de fusilería, al que sólo puso término por aquel día la invisibilidad de la noche. Ambos bandos quedamos en nuestras respectivas posiciones.

XII

COMBATE DE MANACAL Y LAS LOMAS DE QUIRRO

AL amanecer del día 12, las avanzadas de ambos contendientes rompieron el fuego. Los disparos suenan cada vez más cercanos, indicio seguro de que el enemigo no había cejado en su propósito de conquistar nuestras posiciones.

Y como no era cosa de que nosotros, por sostenerlas, consumiésemos el parque—que debíamos economizar para emplearlo en empeños de más entidad y de mayor justificación en aquella campaña invasora, cuyo triunfo consistía en cada una jornada que hiciéramos hacia adelante—, fué dispuesto por el alto mando de nuestro ejército que se evacuaran las alturas de Manacal. El desfiladero del Quirro ofrece condiciones excepcionales para el combate en retirada, y como, por otra parte, sigue el rumbo que nosotros debíamos llevar, porél se hizo la marcha, quedando a retaguardia el general Maceo con su Estado Mayor y Escolta y unos trescientos hombres de caballería para proteger la retirada.

Avezado como estaba Maceo, por la experiencia de diez años de guerra anteriores, a estas luchas de montañas, realizó prodigios con aquel puñado de jinetes, que, llevando sus caballos del cabestro, peleaban admirablemente como dragones.

Situados por grupos en cada recodo del desfiladero; ocultos en los salientes de una roca, en la concavidad de los farallones, en los declives del sendero, el enemigo no da un paso sin recibir a quema ropa sus certeros disparos. La columna española tarda más de una hora en recorrer cada kilómetro, y el camino se hace más y más tortuoso y angosto. Atravesamos además un terreno tupido de monte, casi impenetrable en algunos puntos. Ya hemos dejado atrás el escenario de las colinas y nos encontramos en otro donde las alturas son siempre abruptas y escarpadas. El estrecho camino corre entre farallones y precipicios, pero las descargas de fusilería del enemigo continúan atrás nutridísimas, oyéndose los disparos intermitentes, individuales en ocasiones, de nuestros dragones, que les hacen pagar a precio de sangre cada pulgada de terreno.

Nuestro fuego escalonado y los obstáculos naturales del camino van obligando a los españoles a avanzar cada vez más lentamente: se han quedado a gran distancia, y los nuestros se van reuniendo, replegándose los pelotones más rezagados a los más delanteros.

Como a las dos de la tarde, habiendo llegado a Boca del Toro, ya reunidos todos los hombres dejados en escalón, nos detuvimos a descansar un rato. El suelo en Boca del Toro está formado de grandes rocas que, superpuestas unas a otras

sobre un profundo precipicio, afectan la figura de un semicírculo.

Las fuerzas enemigas, aunque dejadas a alguna distancia en camino tan escabroso, y embarazadas seguramente con multitud de bajas, se mostraron incansables y tenaces en nuestra persecución. Poco más de una hora después de haber llegado nosotros a Boca del Toro se presentaron ellas por sobre nuestro rastro, y se renovó la acción. Nosotros, desplegados en aquel campo en forma de anfiteatro, demarcado por las peñas enormes que son su gradería, y los españoles desde el sendero, encerrados, apretujados por los farallones. Esta fase del combate, que fué la última de aquel día, terminó a las cuatro de la tarde, hora en que nosotros, queriendo reservar nuestras municiones para las futuras jornadas, quizá para la del siguiente día, nos retiramos de aquellas posiciones. El enemigo las ocupó y acampó en ellas. Nosotros fuimos a incorporarnos al grueso de nuestra columna en las montañas del Quirro. Aquí, en el Quirro, como de nueve a diez de esa misma noche, hubo una alarma que obligó al general Maceo a permanecer en vigilia, al raso, con sus ayudantes. El frío era intenso, pues el invierno de 1895-1896 fué excepcionalmente riguroso.

XIII

COMBATE EN EL CAMINO DE LA SIGUANEA

AUN indecisa la luz matinal del día 13, abre la acción la artillería española, enviando a nuestras posiciones algunos proyectiles que pasan sobre nuestras cabezas inofensivos, y al hacer sus impactos a distancia contra el blindaje pétreo de algún farallón, espantan con el ruido de sus siniestras explosiones bandadas de pájaros, que, batiendo el aire con sus alas, se remontan al espacio buscando más alta y tranquila cumbre donde posarse. Nuestra columna se pone en movimiento rumbo a La Siguanea. Va desfilando por el fondo del escenario, al abrigo de los repliegues de un cerro y

de las sinuosidades del suelo, mientras que, delante de ella, grupos exploradores ocupan las alturas que dominan el valle de Cumanayagua, término grandioso de la cordillera, avizorando los campos, sembrados tal vez de insidias, y por donde hemos de cruzar, pues se asegura que el enemigo ha acumulado en ellos muchos miles de soldados para interceptarnos el paso a la comarca de Cienfuegos.

Pero el fuego de la artillería de los españoles no se prolonga por mucho tiempo; quizá si porque lo creyeran ya suficiente a la preparación de un ataque, o porque se convencieran de su inutilidad, acometieron bravamente con su infantería las posiciones tenidas por nuestra retaguardia. Maceo, para contenerlos, situó poco más de doscientos hombres en emboscadas de trecho en trecho para que cubrieran nuestra retaguardia, y el grueso de nuestra columna prosiguió la marcha. El enemigo continuó todavía durante treinta o cuarenta minutos batiendo las malezas, creyendo que allí donde resistían doscientos hombres se encontraban todas nuestras fuerzas; luego trató de flanquear destacando para ello una compañía, pero repelida ésta, se replegó prontamente. De pronto, como a eso de las doce, una emboscada, situada en lugar a propósito para hostilizar a los españoles por uno de sus flancos al avanzar, rompe el fuego; pero no es con un flanco de los mismos, sino con su retaguardia. La columna enemiga ha cambiado el frente y, dando por terminada la partida, emprende la retirada por uno de los caminos que conduce a Manicaragua.

Durante estas tres acciones nos batimos con tres columnas españolas en combinación, mandadas por el general Oliver y los coroneles Manrique de Lara y Zubeldía. Posiblemente el efectivo total de las tres no era menor de dos mil quinientos hombres; y como el objetivo del enemigo era impedirnos proseguir nuestra marcha rumbo a Occidente, y no lo lograron, es justo proclamar que fuimos nosotros los victoriosos, y porque, siendo infinitamente inferiores en número, la mayor pérdida en hombres la considerábamos como una derrota. De acuerdo con las versiones recogidas entre los campesinos de aquellos mismos lugares, la columna Oliver tuvo tantas bajas en el combate del 11, tratando de escalar nuestras posiciones de

Manacal, que ese mismo día tuvo que retroceder para sus cuarteles, sustituyéndola, en la combinación con las de Manrique de Lara y Zubeldía, la del coronel Palanca.

Llegamos a La Siguanea al atardecer. Después de aquellos tres últimos días de batallar sin tregua ni descanso, hambrientos y ateridos de frío, íbamos a descansar una noche; quizá también a comer. Pero no fué así del todo. Cierto que el enemigo no nos inquietó; pero sin cama y sin abrigos era imposible dormir bajo aquella temperatura que nos helaba. El General se alojó con su Estado Mayor en una casa que tenía dos piezas de dormir con cama. El ocupó una y el dueño o encargado de la finca, que era simplemente un palurdo, tuvo la desvergüenza de ocupar la otra. De manera que todos los ayudantes tuvimos que tendernos en el pavimento, que era de ladrillos y estaba como hielo. Pero el gañán aquel de la casa no disfrutó por mucho rato de su confort aquella noche. A poco de haberme tendido yo en el suelo, llegó otro oficial del Estado Mayor y me preguntó quién era la persona que estaba durmiendo en aquella cama.

—Creo que el dueño o encargado de la casa—le contesté.

Mi compañero penetró en la alcoba y, despertando al dormido, le interrogó:

—¿Quién es usted?

—El amo de la casa—contestó el otro.

—Los dueños de la casa ahora somos nosotros, de manera que lárguese de aquí para acostarme yo—le replicó el oficial.

Y como él todavía pareciera moroso, mi compañero, tirándole de los pies, lo echó fuera del lecho sin más ceremonia. Seguramente que el general Maceo, de haber conocido el incidente, no habría aprobado el proceder de su ayudante. Yo también lo desaprobaría hoy; pero confieso que entonces me regocijó. Aquel hombre dormía bajo techo y cómodamente todas las noches; no pasaba hambres ni se exponía a ninguna clase de los peligros de la guerra, y era tan egoísta y tan falto de delicadeza, que no cedía por una sola vez su cama a alguno de los que estábamos sufriendo todo género de penalidades con el fin de mejorar la suerte de la comunidad cubana en general.

En cuanto a comida, o no la había o aquel mal sujeto la

tenía escondida. Unicamente al General le presentaron un plato con una muy pequeña cantidad de alimento; pero él lo apartó a un lado y ni siquiera lo probó, seguramente por no haber para todos los que lo acompañábamos. Mis compañeros y yo, que nos sentíamos hambrientos como lobos, escudriñamos todos los rincones y recovecos de la casa, tratando de descubrir si había algo de comer. Nada, no encontramos nada. En la cocina, registrando—a tientas, pues no teníamos luz—calderos y cazuelas y cuantos recipientes encontraba, mis dedos palparon, en lo más bajo del fondo de una lata, alguna cosa que olía a manteca: era un puñado de maíz crudo, triturado como para alimento de los pollos tiernos, lo que llaman en el campo de Las Villas rollón, y estaba impregnado en una manteca ya rancia de puro vieja. Me llevé aquello con avidez a la boca. Mas, como apenas hubiera sido suficiente para colmar una cuchara, me sobró toda el hambre.

La Siguanea era ya un lugar célebre en los fastos de nuestras guerras por la independencia. Fué allí donde, en marzo de 1869, se reunieron, en número de ocho a nueve mil, los sublevados de Las Villas, el mayor núcleo de hombres que simultáneamente se haya insurreccionado en Cuba; pero que inermes casi todos, y acosados de inmediato por las tropas españolas, hubieron de dispersarse en su mayoría, siendo aniquilados en gran parte. Fué también por eso que dieron los villareños el mayor contingente de víctimas al martirologio patrio en la revolución del 68.

La Siguanea, lugar interesante históricamente por aquel trágico episodio, lo es también por lo pintoresco del paisaje: vegetación frondosa, lagos y cascadas.

El 14 acampamos en Las Lomitas. Habíamos, pues, penetrado en la tierra que el alto mando militar español proclamara pocos días antes como prohibida a nuestras armas: la comarca de Cienfuegos. ¿Qué iba a decir ahora para cohonestar su impotencia a cerrarnos el paso, con los ocho o diez mil soldados que desde antes había acumulado allí? Así, diría que se trataba de una medida estratégica, de una estratagema ingeniosamente urdida, que se nos había facilitado la entrada como se le facilita al ratón, dejándole una puerta abierta a la ratonera. Y así fué en efecto: con el nombre de

ratonera fué por el momento designada en los periódicos españoles aquella comarca. Pero la tal ratonera fué en gran parte agujereada en Mal Tiempo; sufrió nuevos desperfectos en Santa Isabel de las Lajas dos días después, y la columna cubana siguió rumbo a Matanzas; se batió el 20 en la Colmena, y el día 23 del mismo mes Máximo Gómez y Antonio Maceo tocaban con el pomo de sus machetes a las puertas del gran cuartel general del ejército enemigo en Coliseo.

XIV

COMBATE DE MAL TIEMPO

PARA analizar los aspectos estratégico y táctico del combate de Mal Tiempo, es necesario tener en cuenta que el mismo tuvo lugar junto a uno de los vértices del triángulo que forma en Las Villas la red de ferrocarriles existente entonces en la Isla. Los tres vértices de este triángulo se abren, uno en Santo Domingo, otro en Cruces y otro en La Esperanza, y sus lados corren, a partir del primer punto o vértice citado: de Norte a Sur, o sea de Santo Domingo a Cruces, pasando por Santa Isabel de las Lajas; de Norte a Sureste, o sea de Santo Domingo a La Esperanza; y del Suroeste al Sureste, o sea de Cruces a La Esperanza. El terreno comprendido dentro de este triángulo mide, en líneas rectas, de Norte a Sur 28 ó 30 kilómetros, y de Este a Oeste 21 ó 22 kilómetros. Dentro del mismo se encontraban enclavados varios ingenios que poseían ferrocarriles propios, y tanto éstos como los del servicio público estaban a la disposición de las autoridades militares españolas. Hay que tener presente también que la distancia de Cruces a Cienfuegos no es mayor de 29 a 30 kilómetros, y que el ejército enemigo contaba en aquella jurisdicción con contingentes móviles que sumaban no menos de diez mil soldados, lo que da una proporción aproximadamente de cinco por cada uno de los nuestros.

El primer episodio táctico, único que yo presencié, se redujo para nosotros a una fulminante carga al machete, con la cual, aniquilando a la primera unidad enemiga que se nos colocó al paso, nos impusimos desde el primer momento a las otras que fueron apareciendo en el campo de batalla, después de consumado el desastre de la primera. Bien colegíamos todos que una vez descendidos de las alturas de Manacal y de Quirro a las llanuras de Cienfuegos, en las que el adversario había acumulado poderosos contingentes de su ejército, los choques tenían que ser inevitables e inminentes. Pero se ignoraba cuándo y en qué punto se producirían. De ahí aquella orden dada por el Cuartel General aquella mañana, al ponernos en movimiento, de cargar al machete al enemigo, cualquiera que fuese el lugar donde se le encontrase. No se le podría tachar al Estado Mayor español faltas en la colocación de sus fuerzas para oponerse al paso de la columna invasora, ni de carencia de exactas informaciones sobre su itinerario; pero sí de error de cálculo respecto a las fechas y lugares de etapa de la misma. Efectivamente, nosotros habíamos salido de La Siguanea en dirección de Barajagua. Entre este lugar y Lomitas, donde acampamos aquel día, se encuentra Mandinga o Paso de Mandinga, sobre la margen derecha del Arimao, o sea, al Norte de Barajagua; y fué a Mandinga donde, según las disposiciones del alto mando español, debían concurrir las distintas columnas enemigas destinadas a aquella operación. Pero con conocimiento el jefe encargado de su ejecución, coronel Arizón, de que nosotros habíamos rebasado ya aquel lugar y nos encontrábamos en Lomas Grandes (en realidad estábamos en Lomitas, esto es, un poco más al Oeste), transfirió la combinación para Lomas Grandes.

Con esta nueva orientación, dispuso Arizón, el día 15 en la mañana, que salieran de Cruces hacia aquel paraje, aunque por distintos caminos, tres columnas: una comandada por el teniente coronel Rich, otra con el teniente coronel Sanz y la otra con el propio coronel Arizón a la cabeza. El total de las tres unidades sumaba de mil cien a mil doscientos hombres de infantería y ochenta o cien jinetes. Pero ya también la columna cubana había dejado el campamento de

Lomitas y se hallaba en movimiento hacia Mal Tiempo, coincidiendo con la columna española de Rich, integrada por elementos de Bailén, de Canarias y una sección de caballería, fuerte de 550 hombres, que marchaba a ocupar su puesto en la combinación por un camino que, pasando por el caserío de Mal Tiempo, continuaba después por un callejón que venía a dar al campo donde comenzó el combate.

Como se habrá podido notar, todas las distintas columnas enemigas se dirigían, con corta separación entre sí, rumbo al Sur, mientras nosotros lo hacíamos hacia el Norte.

Mal Tiempo era en aquella época un pequeño caserío perteneciente al término municipal de Cruces, distante unos cinco kilómetros de su cabecera y al Suroeste de la misma. La circunstancia de ocupar Cruces una situación prominente en las comunicaciones ferroviarias de la provincia de Las Villas, la hacía un gran centro de actividades militares españolas.

El lugar donde se inició la acción y se desarrolló su fase principal, se encuentra al Suroeste y como a cosa de un kilómetro distante del mencionado caserío de Mal Tiempo. Era un reducido espacio de terreno desprovisto de vegetación, limitado al Norte y al Este por un ferrocarril de vía estrecha —perteneciente, si no fuí mal informado, al ingenio Caracas—, un cañaveral y una zanja; y al Sur y al Oeste por otro ferrocarril, creo que del ingenio Andreíta. Entre éste y el sitio ocupado por los españoles, por el Sur, existía una cerca de alambres; y dentro del recinto, dividiéndolo más o menos por mitad, de Norte a Sur, aunque sin tocar en sus extremos, una cerca de piña o maya, de gran espesor, que presentaba varias cavidades, como suelen formarse en esta clase de cercados vivos cuando son añosos.

Nosotros dejamos el campamento de Lomitas temprano en la mañana e hicimos rumbo al Noroeste en los primeros momentos, hacia el ingenio Teresa. La columna marchaba formando casi un solo cuerpo, pues los intervalos entre la vanguardia y la retaguardia con el centro eran muy cortos. Los ayudantes íbamos transmitiendo la orden del Cuartel General, de cargar sin vacilación al enemigo. El campo por donde marchábamos es en general despejado y propio para

los movimientos de la caballería. Habíamos dejado atrás el escenario de montes y sierras, y la lejana cordillera aparecía a nuestros ojos como formando una sola mole de color ceniciento que cortaba la línea del horizonte como un telón de plomo. Difícil distinguir ya unas de otras las crestas, picachos y colinas, a cuyas faldas humeaban todavía quizá los rescoldos de nuestros últimos vivaques, y donde la sangre de los combatientes no se había oreado en las puntas de las hierbas. Todos los detalles se esfumaban en la distante inmensa perspectiva del conjunto.

En el ingenio Teresa, luego de haber incendiado sus cañaverales, tomamos rumbo directo al Oeste por un camino bordeado de árboles a derecha e izquierda, llamado callejón de Palenque. Al término de este camino se encontraban, de frente, campos de cañas, y a la izquierda una faja de tierra sin sembrar que marginaba la zanja ya indicada.

A la vanguardia iba el general Maceo, llevando a la extrema vanguardia al teniente coronel Cepero; al centro el general Máximo Gómez, seguido del general Serafín Sánchez, y a la retaguardia el brigadier Luis de Feria. Es de hacer notar que el contingente de la columna expedicionaria había aumentado considerablemente, duplicando, quizá con exceso, el número con que contaba muy pocos días atrás, pues, aparte de que en Quirro se le habían incorporado los hermanos Vicente y Antonio Núñez y Cayito Alvarez, con buen golpe de gente, y más adelante el capitán Alejo Cazimajou, infinidad de individuos aislados o en partidas habían aprovechado su paso para salir a la Revolución. No sería aventurado calcular en tres mil quinientos hombres los que contábamos aquel día 15. Con excepción de treinta y cinco de infantería que mandaba Alejo Cazimajou, todos los demás eran de caballería. Por supuesto, de ellos no menos de mil estaban completamente desarmados, y no se les podía utilizar en la pelea.

Yo había tomado puesto aquella mañana en el centro de la columna, a causa de tener mi caballo sumamente cansado; pero, habituado como estaba a marchar cerca del general Maceo, durante la marcha y casi sin darme cuenta, me había ido aproximando a su Estado Mayor hasta reunirme al mismo. Justamente en este instante sonaban los primeros disparos en

la extrema vanguardia, la que, en vez de cargar de acuerdo con la orden dada, se desplegó frente al enemigo.

—¡A la carga!—mandó imperiosamente Maceo.

Y como él ocupaba con sus ayudantes y su escolta el lugar más delantero de la vanguardia, fuimos los primeros en lanzarnos a galope en la dirección en que habían hecho fuego los españoles. Mas al llegar a la zanja, no encontrando un sitio inmediato por donde poder cruzarla, hubimos de seguir por sus bordes varios cientos de metros, dando el flanco derecho al enemigo. Al fin la vadeamos, pero entonces nos detuvo la cerca de alambres, del otro lado de la cual se encontraban los españoles formando dos cuadros, uno a la derecha de la cerca de maya y otro a la izquierda, que era el que más próximo nos quedaba. En estos momentos avanzó a reunírsenos el regimiento Céspedes, y con su ayuda echamos al suelo la alambrada en unos cuantos minutos. Esta, como he dicho antes, le quedaba tan cerca al enemigo que es inexplicable por qué no apoyó su formación en ella. De todas maneras, el habernos tenido que detener a pocas varas del cuadro español fué una desventaja para nosotros, porque, no pudiendo renovar a tal distancia el aire de carga, llegamos a él casi a paso de camino. Casi al mismo tiempo, el general Máximo Gómez, viniendo desde el centro con su Estado Mayor y escolta y algunos escuadrones villareños con el propio general Serafín Sánchez al frente, entraba como una tromba en el sector del lado de allá, donde se hallaba el otro cuadrilátero enemigo y para hacer lo cual no había hallado el obstáculo de la cerca de alambre, porque su conversión se había efectuado en dirección contraria a la de Maceo, o sea hacia su derecha. Cuatrocientos cincuenta o quinientos jinetes arremetimos contra los españoles. Sonaba el golpe de nuestros machetes contra las bayonetas, pero con bastante más frecuencia contra el cráneo de los soldados enemigos. Los disparos eran muy pocos: ellos no tenían tiempo para cargar sus fusiles, y a nosotros nos embriagaba el uso de nuestra arma favorita. ¡Oh, Máximo Gómez, qué acertado estuviste en ponerla en nuestras manos!

Ambos cuadriláteros quedaron deshechos pronto. Algunos de sus componentes trataron aún de defenderse, formando

grupos contra caballería; otros, a quienes el pavor parecía haberles suspendido toda energía vital, inclinaban al suelo la cerviz, para sustraerse a la aterradora visión de la muerte representada en los alzados machetes; otros, conservando todavía alguna presencia de ánimo, apelaban a la fuga, las más de las veces imposible de lograr; y otros, en fin, buscaban su salvación escondiéndose, como asustadas alimañas, en los matojos y entre los espinosos foliáceos de las mayas. Muy pocos escaparon, y el campo aquel, a un lado y otro de la cerca, quedó cubierto con varios cientos de cadáveres.

He de declarar, en honor del ejército español, que ni antes ni después en el curso de la campaña vi a sus soldados perder la moral y desorganizarse. Pero tengo también que decir que en Mal Tiempo se mostraron colectivamente inconsistentes y faltos de valor individual. De otra manera nosotros no hubiésemos podido producirles aquel desastre. El éxito de la caballería cargando sobre una infantería en formación de cuadro requiere dos factores principales: el uno es la decisión del propio jinete, y el otro es el aire con que lleva el caballo. Con el aire natural de carga, se obtiene el doble efecto de no dar tiempo a la infantería enemiga para hacer muchos disparos, cerrando rápidamente la distancia, y de atemorizar a sus individuos que pierden confianza en poder resistir el choque violento de las bestias. Pero este último factor no lo tuvimos nosotros allí, por el motivo ya apuntado.

XV

LA MUERTE PASA DE LARGO

TUVE en Mal Tiempo un lance singular. Corría en persecución de uno de aquellos grupos fugitivos, que iba hacia el cañaveral del fondo, y vi a mi derecha, procurando pasar inadvertidos dentro de una cavidad de la cerca de maya, a un oficial y cuatro soldados españoles. Ha-

biéndoseme escapado el grupo aquel por entre las cañas, me volví sobre el otro. En este momento, el vigor que mi caballo, estimulado por el fragor de la batalla, había recuperado momentáneamente, se desplomó del todo. En vano yo, iracundo, clavaba cruelmente las espuelas en sus ijares; el pobre bruto, temblones y vacilantes los remos, no se movía sino paso a paso. Así me encaminé hacia el sitio donde se encontraban dichos enemigos. Estos, al darse cuenta de que yo los había descubierto y que me dirigía hacia ellos, abrieron fuego sobre mí. Fuego a distancia y desde luego inefectivo por el estado de nerviosidad en que se encontraban; pero cuando ya me hallaba a diez o doce varas comenzaron a tocarme los proyectiles. Primero dos en la pierna derecha; y luego, cuando —ya junto al grupo, con el machete levantado—inclinaba el cuerpo para descargar el primer golpe sobre el oficial que empuñaba humeante el revólver, éste me dió un balazo que, entrándome por el costado derecho, fué a salir cerca del centro de la espalda, con el extraordinario efecto de paralizarme el brazo derecho, como si en su unión con el hombro se me hubiese alojado un cuerpo extraño. El machete se me quedó colgado de la muñeca por una correa con que tenía el hábito de atármelo; pero, habiendo cortado la bandolera el proyectil que me hirió, la tercerola que a ella iba sujeta cayó al suelo.

El oficial español cargaba de nuevo su revólver, cuando aparecieron por allí dos de nuestros soldados que, acudiendo presurosos, dieron muerte a los cinco componentes del grupo enemigo. De éstos únicamente el oficial se había defendido de mi agresión. Los soldados, recostados unos sobre los otros, inmóviles y amarillentos y con los ojos desorbitados, se les habría creído un grupo alegórico del terror plasmado en cera.

El entonces comandante Enrique Loynaz del Castillo fué también protagonista en una escena parecida a aquella en que yo me encontré: solo, y con todas las cápsulas del revólver disparadas, al pasar junto a unos yerbazos encontró allí mismo tres soldados españoles escondidos, a los cuales intimó la rendición. Dos estuvieron prontos a rendirse, pero el otro le disparó un tiro a quema ropa. Los machetazos que trataba de asestarle Loynaz, los paraba el soldado con el fusil. En

esto acudió uno de los nuestros, quien, dándole un machetazo al soldado enemigo cuando éste estaba a punto de disparar por segunda vez, puso fin a la escena y al peligro de muerte que estaba corriendo Loynaz.

Del sitio en que había sido herido no me pude retirar en mi propio caballo, pues éste estaba cayéndose materialmente. Hubo necesidad de cambiarme a otro. Ignorante como era yo, no ya sólo en cirugía, sino también en anatomía siquiera fuese elemental, me consideré hombre muerto; pero muerto al instante, en cuestión de minutos. Mas, como no me sentía morir tan pronto como me figuraba, la misma ignorancia me hizo pasar al extremo opuesto; y cuando el médico, doctor Hugo Roberts, acudió a curarme, comprendiéndolo apenado, le dije:

—No te apures, Hugo, son heridas leves.

—Sí—respondió él—, son leves, pero yo quiero curarte inmediatamente.

Meses después, cuando me reincorporé al Cuartel General, me dijo que yo era para él un resucitado, pues creyó mi herida mortal. Quizá lo hubiese sido en otro cualquiera; pero en aquella época mi naturaleza era capaz de reparar por sí misma la más grave injuria que se le pudiera inferir. Era joven y de sano cuerpo. Mi sangre rica y pura, libre de infecciones propiamente adquiridas y de lacras ancestrales, era refractaria a la septicemia, y una savia de gran poder vital circulaba por mi organismo. Nueve días después, las heridas de la pierna habían cicatrizado, y la del costado, cerrada en falso a causa de un pedazo de cuero de la bandolera, que la bala al cortarla me había introducido en el cuerpo, tan pronto como me fué extraído, comenzó a cicatrizar también. No más de un mes después del percance me encontraba en condiciones de volver a montar a caballo.

La noticia de que había sido herido mortalmente se propagó con rapidez entre mis amigos del Cuartel General y de las fuerzas orientales, los que me testimoniaron allí mismo su simpatía y afecto. El primero en verme, cuando era conducido a la ambulancia, fué Rafael Ferrer:

—Piedra, no te aflijas—me dijo.

—No, compañero, no me aflijo: a la guerra se viene a matar y a exponerse a que lo maten—le contesté.

Y al responderle así fuí sincero, porque realmente la idea de morir no me infundía pesadumbre. Para mí, la muerte en el campo de batalla luchando por la patria, era un privilegio que sobre los demás mortales me concedía el cielo. A tiempo que me estaban practicando la cura, trajeron a Sarabella. Venía con los vestidos empapados en su propia sangre y ya moribundo. Al verme, exclamó con voz desfallecida:

—Piedra, hijito, nos han matado, pero ¡viva Cuba Libre!

Tres o cuatro minutos después expiraba. Cefí había muerto ya. Cuando me hubieron curado fuí colocado en una hamaca a guisa de camilla, y un sargento y cuatro soldados del cuerpo de sanidad se hicieron cargo de sacarme del campo de batalla. A poco me encontré con Carlos Pastor, quien, con acento conmovido, le dijo a mis conductores:

—Cuiden mucho a ese herido, que es mi amigo, mi hermano.

Más adelante, habiendo comenzado a llover, Emilio Bacardí, que llevaba un impermeable, se despojó del mismo y lo tendió sobre mi hamaca. Un momento más tarde, el general Máximo Gómez, que con algunos de sus ayudantes pasaba a galope, se detuvo.

—¿Tienes sed?—me preguntó.

—No, General—le respondí.

—Bueno—repuso él, al mismo tiempo que de una damajuana que llevaba consigo vaciaba un poco de ron en un jarrito de hojalata—, de todas maneras tómate un trago.

Luego, reparando en que mis camilleros no iban provistos del par de horquetas de costumbre para evitar de poner en el suelo la camilla durante los relevos y los descansos, le armó una bulla al sargento sanitario; y como éste, tratando de justificarse, no le diera buenas razones, el viejo, montando en cólera, exclamó:

—¡Ah, caracha, mira que te meto!

Y, desenvainando el machete, se le fué encima. El sanitario echó a correr, siguiéndole detrás el General.

Mi camilla era llevada en los primeros momentos rumbo al poniente. Marchábamos siguiendo la dirección de la vía

férrea supuesta de Andreíta y muy cerca de la misma, cuando oímos el silbato de una locomotora viniendo tal vez de dicho ingenio. Creímos que se trataba de un tren conduciendo tropas españolas, a cuya vista no nos podíamos sustraer por no brindar aquellos campos inmediatos lugar donde ocultarnos, y, como tampoco era factible que mis conductores, embarazados con el peso y cuidado de la camilla, tuvieran la agilidad necesaria para ganar a tiempo los cañaverales distantes, les ordené que me dejaran allí mismo y escaparan solos, antes que fuera tarde para hacerlo; pero ellos se negaron a abandonarme, por lo que seguimos andando junto a la carrilera. Minutos después pasaba la locomotora que tanto nos alarmaba. No arrastraba convoy alguno.

XVI

MIMOS SOBRE LA MARCHA

MAS la función bélica de aquel día no había terminado aún. Cuando yo no me había alejado arriba de cuatrocientos metros del primer escenario de la misma, escuché la renovación del fuego a retaguardia, hacia el ingenio Teresa, e inmediatamente sonaron nutridas descargas también delante y a derecha e izquierda.

De este segundo y último episodio nada puedo referir por mí mismo, pues que no tomé parte en él. Copiaré, en su parte pertinente, el relato que de la batalla escribió el general Enrique Loynaz del Castillo.

"Parecíamos envueltos. Sobre la derecha, la columna macheteada era la que atacaba, pero tan débilmente que bastaron para rechazarla, en cinco minutos, treinta infantes bien situados a las órdenes del teniente coronel Basilio Guerra, que cumplía órdenes del general Sánchez. El ataque de retaguardia fué rechazado a la media hora. Hubo un momento en que, tomando por una carga un retroceso de nuestra impedimenta, que agrupada corría sin saber a dónde, el ene-

migo huyó de sus posiciones avanzadas. Los españoles, contenidos en vanguardia por Maceo, concentraron entonces sus esfuerzos sobre nuestro flanco izquierdo. Allí había caído, como un rayo de la guerra, el general Gómez, y era ya dueño del tren en que llegaron los refuerzos enemigos, el que entregó a las llamas... Recuerdo en esos momentos al hoy general Bernabé Boza, que reunía apresuradamente parte de la escolta para correr en auxilio del General en Jefe, cargando en seguida al enemigo; al mismo tiempo el general Sánchez situó una infantería al mando de Lorenzo Cepero, con rifles acabados de quitar al enemigo, que, enfilando la cerca de piedra en que se apostara el enemigo, le hizo a cien metros un fuego irresistible... Rechazado el enemigo en el frente, acudió a la izquierda el general Maceo."

Como se ve por este relato, los españoles con los rápidos medios de locomoción de que disponían, y aprovechando sin duda los momentos en que nosotros, dando por terminada la función, nos reorganizábamos para proseguir la marcha, lograron colocarse a todos nuestros frentes. Pero los movimientos de la columna cubana fueron tan acertados y resueltos, que los españoles hubieron de cederle el terreno en todas partes. La acción había durado de seis a siete horas.

En Mal Tiempo, con las armas cogidas al enemigo (150 fusiles Maüser, 60 Remingtons y seis cajas de municiones), se organizó una fuerza de infantería de doscientos hombres, que, al igual de los 36 del capitán Alejo Cazimajou, se batieron admirablemente allí.

La columna expedicionaria pernoctó en Aguada de Flores, al Suroeste de Mal Tiempo, y al día siguiente fué a acampar a La Amalia, jurisdicción y al Suroeste de Santa Isabel de las Lajas. De La Amalia, parte de los heridos fueron enviados a un lugar llamado Pica Pica, y otros al ingenio Santísima Trinidad. Entre los destinados a este último paraje figuraba yo.

En La Amalia, en la mañana del día siguiente al de nuestra llegada, tuve un encuentro conmovedor. Alguien preguntaba por el niño Piedra. La voz era femenina, y segundos después se me presentó una anciana de color, negra.

—¿Tú eres hijo de la niña Leonor?—me preguntó.

Y, habiéndole respondido que sí, la anciana exclamó acariciándome:

—¡Mi niño, mi niño!, yo te he tenido en mis brazos cuando eras chiquitico; yo fuí esclava de tu abuelo don Antonio y crié a tu papá.

Y lloraba y se reía al mismo tiempo aquella dulce criatura.

—¿Te duele mucho?—me preguntaba a cada momento.

Yo la consolaba diciéndole que no y que las heridas no tenían importancia. Al cabo de un par de horas, me dijo:

—Bueno, te voy a dejar ahora para ir al pueblo a traerte alguna cosita; mañana por la mañana vuelvo.

No nos volvimos a ver. Muy temprano al siguiente día hube de dejar La Amalia, sin que se me informara del sitio al cual me iban a conducir. Todos los esfuerzos que hice luego, durante mi hospitalización, para obtener noticias de ella fueron inútiles. Terminada la guerra me ausenté del país, y no regresé hasta 1901. En 1903 recorrí Santo Domingo, Santa Isabel de las Lajas y Cruces. Nadie me supo dar referencias de Carolina, que era su nombre (Carolina Piedra). Más tarde, necesidades de la política militante me volvieron a llevar por aquellos mismos lugares, siempre indagando con el mismo negativo resultado. No fué sino en 1911 que, habiendo hecho expresamente un viaje a Cruces con objeto de visitar de nuevo el campo de Mal Tiempo, me enteré de que Carolina había muerto en Ranchuelo poco antes de terminarse la guerra de independencia.

Al día siguiente de la llegada de los heridos al ingenio Santísima Trinidad (el hospital había sido instalado en un pequeño monte de la finca), se presentó allí el administrador de dicho ingenio, preguntando quién era el ayudante de Maceo; y habiéndole sido indicado yo, me dijo que tenía órdenes de sus jefes, los hermanos Manuel y Pío Ajuria, de tener conmigo especiales atenciones y facilitarme cuantos recursos necesitara; y, habiéndole presentado yo al teniente Augusto Feria, ayudante del General en Jefe, que era otro de los heridos que allí estábamos, le extendió a él las mismas ofertas. Pero no fuimos Feria y yo los únicos en ser bien atendidos; también lo fueron los demás. En aquel bosque que nos servía de escondido refugio no nos faltaron nunca los

mejores alimentos, ni cobertores con que abrigarnos en las frías noches de aquel invierno. Un médico de Santa Isabel de las Lajas, el doctor Agustín Cruz González, que muy pocos días más tarde se incorporó al Ejército, atendía a nuestra curación. ¡Y qué solícito y cariñoso fué para mí aquel joven galeno! Recuerdo lo afectuosamente que me preguntaba al llegar:

—¿Cómo está el querubín?

El querubín era yo; querubín con veintiséis años de edad, pero que aparentaba apenas dieciséis o diecisiete, como ya he dicho antes.

XVII

EN EL HOSPITAL DE LA CARMITA

1896. *Mes de enero*

EN el ingenio Santísima Trinidad pasamos la Navidad y el Año Nuevo. ¡Y cuán espléndidamente nos obsequiaron los hermanos Ajuria! No hubo golosina alguna, de las que es costumbre comer en tales días, que no nos enviaran de la ciudad.

Pero allí no pudimos permanecer hasta nuestro completo restablecimiento, y hubimos de dejar el bosque de una manera precipitada. El día 2 de enero, como a las nueve de la noche, cuando todos estábamos durmiendo, se presentó el comandante Aniceto Hernández, jefe de una pequeña fuerza que estaba encargada de proteger el hospital, y, despertándonos, nos anunció que el bosque estaba rodeado de tropas españolas y teníamos que abandonarlo en el acto, pues era indudable que el propósito de las mismas era capturarnos.

Fuera del bosque, y particularmente en la dirección en que debíamos escapar, el terreno en una grande extensión carecía de vegetación y ondulaciones que pudieran ocultar nuestra fuga. Afortunadamente, la noche estaba muy oscura y lloviznosa. Excusado decir que carecíamos de caballos y que, en caso de haberlos poseído, no hubiésemos podido utilizarlos, porque de la única manera que habría sido posible salvarnos

era no ofreciendo nuestras siluetas a la visibilidad del enemigo. Con el vientre pegado a la tierra unas veces, escurriéndonos por entre las cañadas otras y saltando de matojo en matojo en ocasiones, nos fuimos alejando hasta llegar a un sitio donde se nos tenían preparados algunos caballos, en los que la mayor parte de los heridos montamos de dos en dos. En estas condiciones marchamos durante casi toda la noche. Al amanecer del siguiente día todos los heridos fueron dejados en la Pica Pica, excepto yo, a quien el comandante Aniceto Hernández dijo que iba a llevar a la colonia La Carmita, por haberlo solicitado así el dueño de la misma.

Don Julio Pozo, el dueño de La Carmita, era un buen cubano y excelente hombre. Había militado en las filas de la Revolución durante la guerra de los Diez Años y obtenido en ella un alto grado. Padre ahora de numerosa familia, y ya algo viejo, se mantenía tranquilo en su hogar, pero prestando a la causa todos los servicios que le eran posibles. Cuando llegué a su casa. hacía muy pocos días que él acababa de perder un hermano, combatiendo en nuestras filas. Dados estos antecedentes, se puede juzgar de lo comprometido de su situación respecto de las autoridades españolas. Si éstas se hubiesen enterado de que en aquella finca, y por su propio consentimiento, se curaban y atendían heridos del campo rebelde, su vida y sus intereses habrían estado en inminente peligro. Sin embargo, no vaciló en brindarse espontáneamente a ocultar y cuidar allí a un ayudante del general Maceo.

Me dolía yo mucho de que mi compañero Feria hubiese sido llevado a la Pica Pica con la generalidad de los heridos, y al siguiente día de encontrarme en La Carmita, suponiendo que el señor Pozo ignoraba la existencia allí de un ayudante del general Máximo Gómez, le hablé sobre el particular. Don Julio envió en el acto un mensajero al comandante Hernández, pidiéndole que trajera también a la finca al teniente Augusto Feria, lo que hizo al otro día.

Feria, yo y mi asistente teníamos un ranchito dentro de un cañaveral no distante de la casa de vivienda de la Colonia. Allá se nos enviaba diariamente el desayuno, el almuerzo y la comida, y, también, naturalmente, pasábamos las noches. De vez en cuanto íbamos, en horas que suponíamos que no

existía el peligro de que llegaran soldados enemigos, a visitar a la familia Pozo, familia bondadosísima, encantadora, que nos acogía con el mayor cariño.

Una particularidad digna de ser notada es que el encargado de llevarnos los alimentos al escondite era un español. Este era también el que iba al pueblo, por lo regular a Palmira, a hacer las compras de uso y consumo doméstico, y en ocasiones medicinas destinadas a nosotros. Don Julio, pensando quizás que tal cosa nos pudiera inquietar, se creyó obligado a darnos una explicación:

—Este hombre—nos dijo—es de una lealtad a toda prueba; no desconfíen de él.

Como he dicho antes, el comandante Aniceto Hernández era el encargado, con su pequeña fuerza volante, de velar por nuestra seguridad; pero allí en la finca no teníamos ninguna guardia. Mas yo descubrí muy pronto que en el mismo cañaveral, junto a nuestro rancho, contábamos con un centinela vigilante: un lindo caballo del uso particular de la hija mayor de don Julio—casada, el nombre de cuyo marido no recuerdo, pero sí que fué bueno con nosotros—, que me lo regaló. Esta bestia se pasaba casi todo el día y la noche mascando el cogollo de las cañas, y observé que, por regla general, cuando dejaba de hacerlo, era que algún ruido cercano entre la hojarasca le llamaba la atención. Luego de algunos días de estar oyendo constantemente aquel rumor de masticación, mis oídos se habían habituado a él de tal manera que, cuando cesaba, el silencio que como consecuencia se producía, me causaba el efecto en los primeros instantes de haberse hecho el vacío a mi alrededor. En tales momentos yo no dejaba nunca de examinar la actitud del caballo, siguiendo atentamente los movimientos de sus orejas, a fin de darme cuenta del rumbo que seguían sus miradas escrutadoras.

Una mañana en que me encontraba solo en el rancho, el caballo dejó de pronto de masticar, y yo, como de costumbre, me puse a observarlo. Tenía las orejas tendidas hacia adelante, mirando con insistencia en la misma dirección. De pronto escuché, viniendo de aquel lado, un ruido como el que produce una persona o un animal cualquiera andando entre las cañas, y seguidamente apareció a mi vista un hombre. Este,

al verme, volvió rápidamente las espaldas, tratando de huir.

—¡Alto, o le hago fuego!—le grité.

Se detuvo, y, habiéndoseme acercado por mi intimación, le pregunté:

—¿Usted sabía que aquí había gente?

—No, no lo sabía—me respondió.

—¿Qué viene usted a buscar aquí?—volví a preguntarle.

—Yaguas—me contestó.

Le hice observar que en aquel camino no existían palmas, y me dijo que éstas estaban más allá, del otro lado. Al preguntarle por qué no había ido por la guardarraya, me respondió que porque el camino era mucho más largo que cortando por el cañaveral.

—Usted, por lo que supongo, es español, ¿no?—le pregunté.

—Sí—me contestó.

—¿Dónde vive usted?

—Como a un cuarto de legua de aquí.

—¿En qué se ocupa?

—En trabajar la tierra

—¿Tiene usted familia?

—Sí, mujer e hijos.

—¿Su mujer es también española?

—No, cubana.

—¿Tiene usted hijos ya hombres?

—No, señor, mis hijos varones son pequeños; tengo una hija ya mujercita.

—Bueno—le dije—, yo no lo dejo marchar de aquí hasta no indagar qué clase de hombre es usted.

—Señor, por Dios—respondió él—, ¿qué va a pensar mi familia mientras yo no vuelva a casa?

Sentí una pena profunda, pero no lo dejé ir.

Poco rato después regresó mi compañero Feria, y también mi asistente. Le referí al primero lo ocurrido, rogándole que fuera a dar aviso a don Julio Pozo. Vino éste, y, después de examinar al hombre sin dejarse ver de él, oculto entre las cañas, me declaró que no lo conocía personalmente, sabiendo únicamente que era español y que vivía muy próximo a la Colonia.

—¿Y qué vamos a hacer?—le interrogué.

—Es posible—me respondió don Julio—, que este hombre no supiera al meterse por el cañaveral que ustedes estuvieran aquí; pero el hecho de que los haya descubierto envuelve un peligro, no tanto para ustedes, que pueden cambiar de sitio, como para mí y mi familia; por lo cual opino que lo más acertado por el momento es avisar al comandante Aniceto Hernández.

Así quedó convenido.

Yo me encontraba en una de las disyuntivas más graves porque ha atravesado mi existencia. Si aquel individuo, a quien no podíamos guardar prisionero durante algunos días más, era dejado libre por mi intervención a su favor, y denunciaba el hecho de encontrarnos ocultos en aquella finca, don Julio Pozo y posiblemente sus hijos y su yerno corrían peligro de muerte; y el luto y la desolación iban a caer sobre aquella familia, que tan generosa y amablemente nos había dado hospitalidad. Pero, si aquel hombre era matado sin probársele que era culpable, y sin que yo hiciera todo lo posible por salvar su vida, la duda atormentaría para siempre mi conciencia.

Todo el resto del día lo pasé haciendo preguntas al prisionero, tratando de leer en sus ojos, y en cada uno de sus gestos más insignificantes, lo que en el fondo de su alma pudiera haber en relación con el descubrimiento que, intencionadamente o no, había hecho, y llegué a la convicción de que, no sólo su entrada en el cañaveral había sido un hecho fortuito, sino también de que era un hombre por entero consagrado a su humilde hogar, y ajeno por completo al problema político que entre nosotros y sus paisanos se estaba ventilando en los campos de batalla. Llegado a este punto tomé la resolución de defenderlo, haciendo uso del prestigio que me daba mi calidad de ayudante de campo de Antonio Maceo.

Al día siguiente se presentaron en la colonia ocho o diez hombres de las fuerzas del comandante Hernández, con el fin de llevarse al sujeto. Me negué a entregarlo, exigiendo que viniera personalmente dicho jefe a conferenciar conmigo. Al mismo tiempo envié a decir a Aniceto Hernández que trajera consigo al doctor Cruz, porque la herida del cos-

tado me estaba doliendo y temía que se hubiese cerrado en falso. Esto ya había ocurrido una vez, pero ahora se trataba únicamente de un pretexto para hacer venir a Tinito Cruz. Yo conocía sus sentimientos delicados, y no dudaba de que habría de sumarse a mí en la obra de librar de la muerte a aquel hombre infeliz.

El comandante Hernández vino al siguiente día con todas sus tropas. Luego de un cambio de impresiones sobre aquel asunto, fué de opinión que era necesario matar al individuo; tal criterio era igualmente el de mi compañero Feria. En cuanto a don Julio Pozo, no quiso tomar parte en las deliberaciones. Bien se echaba de ver que le repugnaba la idea del sacrificio de un ser humano, pero que estos escrúpulos pugnaban en su alma con el natural instinto de conservación. Mas yo había puesto mientras tanto al corriente al doctor Cruz González del interrogatorio a que sometiera al prisionero, y de cómo, en virtud de las respuestas del mismo y de mis propias observaciones, había llegado al convencimiento de que sería un crimen matarlo. Tinito Cruz estuvo de acuerdo conmigo, lo hizo conocer así al comandante Hernández y demás personas interesadas en la cuestión, y pudimos salvar al hombre. Se le hizo comparecer, y se le impuso como condición para ponerle en libertad, que no debía salir nunca de su casa, o sea de sus tierras de labor, y mucho menos ir al pueblo; y sobre todo se le prohibió comunicarse con los soldados españoles, caso de que alguna columna enemiga pasara por aquellos contornos, haciéndosele saber que sería constantemente vigilado, y que si dejaba de cumplir estas condiciones sería matado dondequiera que se encontrara.

No obstante los cuidados y atenciones de que éramos objeto por parte de la familia Pozo, y de que allí en La Carmita me estaba restableciendo de mis heridas, la impaciencia por encontrarme de nuevo en operaciones me devoraba. Esta impaciencia subía de punto cada vez que algún periódico caía en mis manos y leía en él la relación de los grandes y múltiples combates que el ejército invasor estaba librando. Jamás he podido encontrar las palabras adecuadas para expresarme a mí mismo lo que entonces sentía. ¿Nostalgia? Llamémosle así; pero era una nostalgia infinita, profunda, muy honda,

allá en el fondo de mi alma. Esto me ocurrió siempre después, cada vez que, encontrándome herido en un hospital, leía o me hablaban de acciones de guerra en las cuales no me había encontrado; y, si hasta mis oídos llegaban los ecos fragorosos de una batalla, me sentía acometido de un impulso casi indominable de dejar la camilla o de tirar las muletas y correr al reclamo, para mí poderoso, de la voz del cañón.

XVIII

FUEGO EN LA "GUANGUARDIA"

VARIOS días más tarde del hecho que acabo de narrar, y a la sazón de encontrarme también solo en el rancho, oí unas detonaciones de arma de fuego al Oeste y a corta distancia de la casa de vivienda de La Carmita. En el consiguiente estado de alarma me encontraba por tales disparos, cuando un campesino, enviado tal vez por don Julio Pozo, irrumpió pálido y tembloroso en el cañaveral, gritándome:

—Teniente, fuego en la *guanguardia.*

Y repetía dando unos salticos delante de mí:

—Teniente, fuego en la *guanguardia.*

Ensillé mi caballo y salí a galope hacia el sitio donde habían sonado los fusilazos, para lo cual debía pasar por el campo limpio que rodeaba la referida casa. El fuego arreciaba, por lo que parecía indudable que se estaba librando un combate. Mas yo no veía ninguna fuerza cubana, aunque divisaba bastante lejos tropas españolas. Esto me hizo colegir que los nuestros se encontraban más a la izquierda, ocultos a mi vista por los campos de caña. Seguí de frente con el propósito de reunirme a ellos, doblando a mi vez por la izquierda los cañaverales, y, a punto de hacerlo, sentí un fuerte golpe, como el chasquido de un látigo en el tacón del zapato derecho. No experimentaba dolor alguno, y continué galopando hasta reunirme con veinticinco o treinta jinetes cubanos que eran los que estaban en pendencia con los españoles.

Al frente de esta pequeña fuerza de caballería figuraba el brigadier Mariano Torres, excelente jefe de la guerra del 68, a quien el General en Jefe había hecho venir de Oriente a mandar una brigada en Las Villas. El brigadier Torres se encontraba inspeccionando entonces las distintas unidades que habían de operar bajo sus órdenes, y se hacía escoltar por las fuerzas volantes de Aniceto Hernández. La acción, estando los españoles en número infinitamente superior a los cubanos, duró nada más que unos minutos, habiéndonos retirado nosotros con tres o cuatro bajas. Yo me estaba sintiendo en el calcañal del pie derecho alguna molestia, algo así como un escozor; así es que cuando tuve oportunidad, me descalcé; la bala que me había arrancado al tacón, me había causado una ligera rozadura por debajo del talón.

Estuve aquel día muy afortunado. No solamente escapé de que aquel proyectil me destrozara un pie, sino también de haber perecido quemado, pues el enemigo le dió candela a todos los cañaverales de las cercanías. Excusado decir que no volví al hospital de La Carmita: me quedé incorporado por el momento a aquellas mismas fuerzas. Varios días después volvimos por allí, y la familia Pozo dispuso obsequiarnos con un almuerzo. Mas nos disponíamos ya a sentarnos a la mesa, cuando los disparos de nuestras guardias avanzadas nos anunciaron la presencia del enemigo. Tuvimos que dejar la casa con precipitación y renunciar consiguientemente al almuerzo, que, según los preparativos que habíamos presenciado, debía de ser digno de Lúculo. Y, a fin de que la familia no se viera expuesta al peligro de las balas, fuimos a tomar posiciones de combate en un campo algo distante y propio para la acción de la caballería. Los españoles avanzaron hasta ponerse a tiro de fusil, pero no se aventuraron a penetrar en la llanura. Luego de quince o veinte minutos de fuego nos retiramos. Nunca más tuve oportunidad de volver a visitar a aquella amable familia Pozo.

El brigadier Torres pasó después a otra zona y yo me quedé al lado del comandante Hernández. Por aquellos días vinieron a verme algunos de mis compañeros del Cuartel General de Maceo que, heridos durante la marcha de invasión y curados en el hospital de Manjuarí—en la provincia de

Matanzas—se dirigían a Oriente. Eran éstos el coronel Mariano Sánchez Vaillant, que fuera segundo jefe del Estado Mayor; Pelegrín Carulla y Emilio Bacardí, ayudantes, y el coronel de sanidad Manuel Alfonso, que los acompañaba en calidad de médico.

—Venimos a recogerlo a usted—me dijo el coronel Sánchez.

Creí que se trataba de una orden del General, y experimenté una profunda desazón; mas, habiéndolo notado así, el coronel Sánchez Vaillant me explicó que no obraba por mandato superior, sino era simplemente una invitación de su propia iniciativa. Esto me devolvió el buen humor, y exclamé:

—¡Oh, no, yo quiero ir a reunirme con mi General!

Emilio Bacardí renunció también a seguir a Oriente y se me unió.

XIX

MALA YERBA

ENCONTRANDONOS ambos con Aniceto Hernández, supimos que dos jefes de fuerzas—que no quiero nombrar porque de ambos he de relatar hechos y actitudes reñidos con el honor militar—debían marchar a Occidente, en cumplimiento de órdenes del mando supremo del Ejército, y nos incorporamos a ellos con tal objeto. Los referidos jefes, a quienes, para distinguir al uno del otro, designaré siempre con las letras A y C, aunque tenían mandos independientes solían reunir sus respectivas tropas en una sola unidad. Cuando se separaban, me quedaba alternativamente, bien con A, bien con C. Los dos me trataban con mucha consideración, quizá más que por otra cosa por mi calidad de ayudante de Maceo, pero yo prefería la compañía de A a la de C, porque A, si realizaba en ocasiones actos indignos de un militar, no carecía en su condición de criatura humana del sentimiento de estimación de la vida de sus semejantes, y de respeto por el honor y la castidad de las familias. Y en

cambio, en C existía una acentuada proclividad a los excesos y a la protervia.

De aquella diferencia de proceder entre los dos hombres, había yo tenido conocimiento por referencias, y de ahí que rehuyera, cuanto me era posible, militar bajo las órdenes inmediatas de C.

En una ocasión durante aquel mes de enero, en que, a causa de la oscuridad de la noche, ambas fuerzas—que habían salido juntas—, quedaron divididas al cruzar un arroyo de difícil paso, yo me encontré en las de C. Marchábamos por una zona próxima a la ciudad de Santa Clara, y en dirección, en aquellos momentos, de una casa en la que se notaba un resplandor como de incendio. Y cuando ya nos hallábamos a veinte o treinta pasos de la misma, el coronel C hizo volver grupa de repente a su caballo y a todo correr se alejó del lugar, imitándolo simultáneamente sus tropas, con gran estupefacción de mi parte, que nada había observado que pudiera justificar aquella fuga. Me detuve todavía allí un par de minutos porque creía que los hombres de vanguardia se encontraban aún delante de mí; mas al cabo, sabiéndome solo, también retrocedí en el mismo sentido que lo hicieron los demás. Me había parecido ver moviéndose dos o tres figuras al través de aquella luminaria y habían llegado a mis oídos algunas voces femeninas o infantiles.

Cuando de nuevo me reuní a las fuerzas, que se habían detenido a una distancia de ochocientos o mil metros, escuché estos comentarios que comenzaron a darme, todavía vagamente, la clave de aquella para mí enigmática huída.

—¡Son muchos!—decían unos.

—Estaban echados en el suelo, envueltos en sus mantas—decían otros.

—Debajo de las mismas patas de mi caballo, había un montón—decía el Coronel.

Este, al verme llegar, me preguntó, en forma afirmativa:

—¿Usted los vió, Piedra?

—¿Qué cosa?—interrogué.

—¡Cómo!—exclamó él—, ¿no vió usted a los españoles?

—No, Coronel, no los vi.

—Pero si están allí tirados en el suelo durmiendo, y son muchos.

Y como yo continuara afirmando que no los había notado, me preguntó:

—Y ¿qué fué lo que vió usted?

Le referí lo que me pareció haber visto y oído, y él, después de un momento de silencio, me dijo:

—¿Se atrevería usted a volver allá a reconocer?

—Claro que sí, si usted lo ordena.

Efectivamente, con ocho hombres que él puso a mi disposición, me dirigí de nuevo a aquel sitio.

—Mejor será—advirtió C—, que antes llegue a otra casa que hay a la derecha y pregunte si hay alguna fuerza armada por aquí.

La unanimidad de todas aquellas gentes en afirmar que habían visto hombres en gran número durmiendo al raso, *bajo las mismas patas de sus caballos,* comenzaba a sugestionarme. Mis ojos han sido siempre poco avizores en la noche y, además, muy bien pudiera haberme ocurrido que, deslumbrado por el fulgor a que antes me he referido, no hubiese visto lo que ellas. Pensando así, cuando me personé en la otra casa, indicada por C, no mostré duda alguna sobre la presencia de tropas españolas en la vecindad, sino que, con acento de convicción, pregunté al guajiro:

—¿Qué fuerza está acampada allá donde luce aquella fogata?

—Ninguna—me respondió él.

—Y aquella candela ¿qué significa?—volví a interrogar.

Eso es un horno de carbón que está quemando mi compadre Eduviges—volvió a contestarme él.

Ya completamente tranquilo, continué hacia la casa del resplandor, y pude comprobar que no había dentro ni fuera de la misma otras personas que un anciano y dos niños. En tanto que yo realizaba el reconocimiento, C con toda la gente se había ido aproximando despacio y con gran cautela al lugar, para convencerse por sí mismo de que había visto... espantos.

Como ayudante del general Maceo, el haber sido testigo de la ridiculísimamente cobarde conducta de C me puso en gran

cuidado. El era de inclinaciones sanguinarias, y la vida de un hombre, como no fuera la suya propia, no tenía valor para él. El contaba en las filas con individuos del mismo jaez, que le servían de instrumento, y yo me encontraba en absoluto solo entre ellos, pues mi compañero Emilio Bacardí se había quedado en aquella ocasión con el coronel A. Durante varios días C me preguntaba con frecuencia, refiriéndose a aquella escena:

—¿Qué dirá usted de mí?

Yo le respondía siempre fingiendo de alguna manera justificar su actitud. Pero lo que yo realmente pensaba de él era que había cometido el acto de más grande cobardía que puedan registrar los anales de las guerras, por el cual no sólo merecía la degradación, sino la muerte. Porque, si, en vez de haber sido una ilusión óptica lo de aquellos soldados españoles —que, dormidos a los pies de los nuestros, estaban a merced de los mismos—, hubiese sido una realidad, habría rehusado la oportunidad de destruir una fuerza enemiga, sin sacrificio de las nuestras, y en perjuicio, en deslealtad, a la causa que se había obligado a defender. Sin embargo, yo jamás hablé de este asunto con nadie. La experiencia me había hecho conocer algunos casos de hombres que *se espantan* hoy y mañana pelean bien. C no era más que uno de ellos. Estas alternativas eran frecuentes en individuos que antes de la guerra habían vivido fuera de la Ley, bien por su propia voluntad y gusto, bien obligados por abusos y atropellos de la autoridad. Recuerdo, a este propósito, que en el primer fuego de La Carmita un individuo huyó sin pudor alguno bajo mis miradas, y en el segundo se comportó perfectamente. El mismo me confesó que había sido bandido, y durante su vida como tal se había habituado de tal manera a huirle a la fuerza pública, que no podía ahora, en los primeros momentos, sustraerse al impulso de darse a la fuga.

—Crea usted—me dijo—que cuando suenan los primeros tiros, u oigo decir que vienen los soldados del Gobierno, quisiera meterme bajo tierra; después me pasa el miedo.

Este fenómeno se podría calificar de psicología adquirida.

—Pero si están allí tirados en el suelo durmiendo, y son muchos.

Y como yo continuara afirmando que no los había notado, me preguntó:

—Y ¿qué fué lo que vió usted?

Le referí lo que me pareció haber visto y oído, y él, después de un momento de silencio, me dijo:

—¿Se atrevería usted a volver allá a reconocer?

—Claro que sí, si usted lo ordena.

Efectivamente, con ocho hombres que él puso a mi disposición, me dirigí de nuevo a aquel sitio.

—Mejor será—advirtió C—, que antes llegue a otra casa que hay a la derecha y pregunte si hay alguna fuerza armada por aquí.

La unanimidad de todas aquellas gentes en afirmar que habían visto hombres en gran número durmiendo al raso, *bajo las mismas patas de sus caballos*, comenzaba a sugestionarme. Mis ojos han sido siempre poco avizores en la noche y, además, muy bien pudiera haberme ocurrido que, deslumbrado por el fulgor a que antes me he referido, no hubiese visto lo que ellas. Pensando así, cuando me personé en la otra casa, indicada por C, no mostré duda alguna sobre la presencia de tropas españolas en la vecindad, sino que, con acento de convicción, pregunté al guajiro:

—¿Qué fuerza está acampada allá donde luce aquella fogata?

—Ninguna—me respondió él.

—Y aquella candela ¿qué significa?—volví a interrogar.

Eso es un horno de carbón que está quemando mi compadre Eduviges—volvió a contestarme él.

Ya completamente tranquilo, continué hacia la casa del resplandor, y pude comprobar que no había dentro ni fuera de la misma otras personas que un anciano y dos niños. En tanto que yo realizaba el reconocimiento, C con toda la gente se había ido aproximando despacio y con gran cautela al lugar, para convencerse por sí mismo de que había visto... espantos.

Como ayudante del general Maceo, el haber sido testigo de la ridiculísimamente cobarde conducta de C me puso en gran

cuidado. El era de inclinaciones sanguinarias, y la vida de un hombre, como no fuera la suya propia, no tenía valor para él. El contaba en las filas con individuos del mismo jaez, que le servían de instrumento, y yo me encontraba en absoluto solo entre ellos, pues mi compañero Emilio Bacardí se había quedado en aquella ocasión con el coronel A. Durante varios días C me preguntaba con frecuencia, refiriéndose a aquella escena:

—¿Qué dirá usted de mí?

Yo le respondía siempre fingiendo de alguna manera justificar su actitud. Pero lo que yo realmente pensaba de él era que había cometido el acto de más grande cobardía que puedan registrar los anales de las guerras, por el cual no sólo merecía la degradación, sino la muerte. Porque, si, en vez de haber sido una ilusión óptica lo de aquellos soldados españoles —que, dormidos a los pies de los nuestros, estaban a merced de los mismos—, hubiese sido una realidad, habría rehusado la oportunidad de destruir una fuerza enemiga, sin sacrificio de las nuestras, y en perjuicio, en deslealtad, a la causa que se había obligado a defender. Sin embargo, yo jamás hablé de este asunto con nadie. La experiencia me había hecho conocer algunos casos de hombres que *se espantan* hoy y mañana pelean bien. C no era más que uno de ellos. Estas alternativas eran frecuentes en individuos que antes de la guerra habían vivido fuera de la Ley, bien por su propia voluntad y gusto, bien obligados por abusos y atropellos de la autoridad. Recuerdo, a este propósito, que en el primer fuego de La Carmita un individuo huyó sin pudor alguno bajo mis miradas, y en el segundo se comportó perfectamente. El mismo me confesó que había sido bandido, y durante su vida como tal se había habituado de tal manera a huirle a la fuerza pública, que no podía ahora, en los primeros momentos, sustraerse al impulso de darse a la fuga.

—Crea usted—me dijo—que cuando suenan los primeros tiros, u oigo decir que vienen los soldados del Gobierno, quisiera meterme bajo tierra; después me pasa el miedo.

Este fenómeno se podría calificar de psicología adquirida.

XX

ACCION EN LA VIA FERREA ENTRE JICOTEA Y LA ESPERANZA

Mes de febrero

EN los últimos dos o tres días de enero pude dejar las fuerzas de C e incorporarme a las de A. El 2 de febrero habíamos dejado temprano en la mañana el campamento de San Diego del Valle, dirigiéndonos rumbo al Sur. Las fuerzas de A, todas de caballería como las de C, constaban en aquel momento de algo más de cien hombres. Cruzábamos la vía férrea por las inmediaciones de La Esperanza, cuando alcanzamos a ver a unos cien metros de nuestro cruce una pequeña columna, o más bien un destacamento español, ocupada en hacer reparaciones en la referida vía. No sé por qué extraño sentimiento, que me causó la primera sorpresa en aquella acción, se le dió el "alto, ¿quién va?", pues el uniforme que llevaban sus hombres no ofrecía duda de que eran enemigos. Y al responder ellos "España", el coronel A les gritó (segundo y más profundo asombro para mí):

—¿Qué hacen ustedes aquí? No sean tontos, váyanse para el pueblo.

Ellos a su vez preguntaron:

—¿Quién vive?

Y al respondérseles—"Cuba libre"—, rompieron el fuego sin demora.

Los primeros proyectiles, dada la corta distancia a que nos encontrábamos, nos hicieron varios heridos y nos mataron a un joven oficial de apellido La Piedra o de la Piedra, que hacía pocos días se nos había incorporado. A *se espantó.* Echó a correr, y en su seguimiento corrió la mayor parte de las fuerzas. Tratando de hacer reaccionar a los pocos hombres que aún no habían huído, me lancé a galope en dirección del enemigo, gritando:

—¡Al machete!

Quince o veinte me siguieron.

Cualquiera, por muy poco avezado que esté a los lances

de la guerra, puede comprender la inmensa ventaja que pueden tener cuarenta y cinco infantes, que tal era el número de los españoles, en una posición de tan difícil acceso como es el terraplén de un ferrocarril, contra veinte jinetes. Si éstos van al ataque por la misma carrilera, sea por el frente o por la espalda, han de avanzar a la desfilada, y lentamente, porque las traviesas de madera sobre las que descansan los rieles embarazan el paso de los caballos. Si atacan por los costados, el talud les opone una resistencia pasiva, a la ascensión del cual encuentran la resistencia activa representada por las bayonetas del enemigo. Pues bien, todas estas ventajas les fueron anuladas por el arrojo con que cerramos contra ellos. La lucha fué breve. En un momento deshicimos su formación y, una vez divididos, fácil nos fué aniquilarlos en lances parciales, siendo uno de los primeros en sucumbir el oficial que los mandaba. Dicho oficial recibió un terrible machetazo que le hendió el cráneo. Lo vi elevarse verticalmente un par de pulgadas del suelo y caer boca abajo sin vida. Un cabo nos hizo una resistencia digna de mejor suerte: se colocó en el declive del terraplén y con una destreza admirable paraba en la bayoneta todos los golpes, disparando su fusil en los menores intervalos que se le ofrecían. Es probable que fuera él quien nos ocasionara el mayor número de las bajas que sufrimos. Al fin cayó, pero no al filo del machete, sino de un balazo. Algunos soldados españoles pudieron escapar, corriendo en dirección de La Esperanza por la misma carrilera, sobre la cual no podían correr nuestros jinetes con la misma velocidad. Los otros, salvo cinco hechos prisioneros, quedaron tendidos sobre el terraplén. Desde luego, durante el desarrollo de esta escena, muchos de los nuestros, entre ellos el propio coronel A, volvieron de su *espanto;* pero ya era tarde para que tomaran parte en la misma. Lo que hicieron fué entregarse a la persecución de los fugitivos por los bajos del terraplén, sin lograr dar alcance a ninguno.

Nosotros, o sean los veinte que habían cargado, tuvimos seis u ocho heridos. Yo recibí en el primer momento un golpe de culata un poco más arriba de la cadera izquierda, que me produjo algún dolor, y un soldado chino sufrió la fractura del antebrazo izquierdo, causada por uno de los

proyectiles disparados por el cabo español de referencia. Terminada la refriega, pregunté al chino si le dolía mucho el brazo, y él, como contestación, me dijo:

—Ya *poble* chino *ta jolí*.

Uno de los prisioneros hechos en la acción lo fué por mí en persona. Al ver mi machete levantado sobre su cabeza, exclamó:

—¡Mi madre!—, y luego, al entregarme su fusil, agregó atropelladamente:

—Me trajeron engañado, me dijeron que me llevaban a Barcelona a trabajar.

Era un joven catalán de veintidós a veintitrés años de edad. Estaba pálido como la cera, y gruesas y frías gotas de sudor perlaban su frente. Al descender del terraplén estaba a punto de desmayarse, por lo que me detuve con él y le hice reclinar la cabeza sobre el cuello de mi caballo. En aquellos momentos, un grupo de jinetes cubanos que volvía de su infructuosa persecución a los enemigos que huían, al ver el uniforme de rayadillo azul del español y mi indumenta de dril, por excepción nueva y limpia, que se confundía con la que también solían usar algunos cuerpos de irregulares españoles, nos hizo varios disparos. Para darme a conocer grité:

—¡Viva Cuba libre!

—¡Viva Cuba libre!—gritó también el catalán.

Aquellos hombres no volvieron a dispararnos, pero cuando hubieron llegado junto a nosotros se abalanzaron machete en alto sobre el prisionero. Para salvar la vida a éste tuve necesidad de abrazarme a él, siendo inútiles mis protestas verbales. Es de tener en cuenta que yo no era un oficial de aquellas fuerzas; que era en ellas poco conocido, y que no portaba insignia alguna de mi grado.

Algo después de terminado el combate, comentando yo con mi amigo Manuel Menéndez, hube de condenar la conducta de aquellos individuos. Menéndez la atribuyó al natural enardecimiento de la refriega.

—También yo me enardezco—le repliqué—y no mato al enemigo rendido.

—Tú no te enardeces nunca—me dijo—; eres como un proyectil de nieve que derriba y mata sin perder su frialdad.

Esto mismo, aunque en otra forma, había oído decir yo a mis compañeros del Cuartel General de Maceo.

—Tú permaneces impasible en la pelea—me habían dicho—: no tiemblas, ni se te altera el color de las mejillas.

Yo sabía por mí mismo que lo primero era exacto, y quise comprobar lo segundo. Para ello me conseguí un espejito de bolsillo, y, en el primer combate que tuvimos después, me miré en él. Efectivamente, conservaba mi color natural—que en aquella época era de un tinte un tanto rosado—, como en cualquiera otra circunstancia normal. ¿Pero acaso significaba esto que no me sintiese conmovido? De ninguna manera. Si me hubiesen auscultado, habrían podido percibir la irregularidad y aceleración con que se movía mi corazón: sus palpitaciones parecían los azorados aleteos de una ave prisionera. Y es que, en general, los signos exteriores de temblor y demudación del semblante en el campo de batalla no deben atribuirse a flaqueza de ánimo, sino a una manifestación puramente fisiológica de la carne que se resiste a la inmolación. Conocí durante la guerra algunos hombres que, pálidos y temblorosos, eran siempre de los primeros en acometer. Es que el valor no es en manera alguna la negación del apego a la vida, sino cuestión de dignidad varonil. Sin este sentimiento moral todos los hombres seríamos igualmente cobardes, porque, pese al estímulo de un grande y noble ideal y del amor a la gloria, no podríamos hacernos superiores al instinto de conservación comúnmente innato en todos los seres animados de la creación, y muy en particular en la especie humana a causa de su capacidad reflexiva: de su claro discernimiento del peligro y de la muerte. Es cierto que, aparte los profesionales de las armas, y de los que se encuentran obligados por una ley de conscripción, muchos hombres se alistan por su voluntad en los ejércitos regulares, y muchos otros se afilian a los partidos contendientes en las guerras civiles y en las revoluciones: unos lo hacen simplemente por espíritu de aventuras, buscando las fuertes y variadas emociones que ofrecen los azares de la vida en campaña, y otros con mejores razones, porque, conscientes de la justicia de una causa, se consideran en el deber de abrazarla y luchar por su triunfo. Nadie en los momentos de

tomar esta resolución se siente arredrado ante la idea del combate. Más bien contemplamos la perspectiva del mismo con confiada arrogancia. Todos nos consideramos dotados de la necesaria fortaleza de alma para arrostrar sus consecuencias; pero cuando llega el instante supremo del choque cruento; cuando hay que encarar el riesgo de perecer; cuando sentimos que la muerte roza con sus mil alas nuestra frente, como no sean aquellos a quienes la inflexibilidad del código penal militar coloca entre las balas del enemigo y las de un pelotón de ejecución, a los demás, únicamente la vergüenza nos hace ir adelante o nos mantiene firmes. Tal era el caso en nuestra guerra.

XXI

PARLAMENTO ACCIDENTADO

DOS días después de aquella acción de la vía férrea, fuí comisionado para ir a devolver a un destacamento español existente en el ingenio Manacas los cinco prisioneros hechos en la misma. Para ello se me dió una escolta compuesta por ocho soldados y un corneta. Había servido este último en las filas del ejército español y conocía muchos de sus toques. Cuando nos encontrábamos a la vista del fuerte enemigo enarbolamos un pañuelo blanco, a guisa de bandera de parlamento, y el corneta comenzó a tocar un aire que, según él, era contraseña de parlamento. Ya a la entrada del batey, hicimos alto a una distancia como de cincuenta o sesenta metros del referido destacamento, y envié mensaje al jefe del mismo, con mi propio corneta, notificándole el objeto de mi misión e invitándole a que viniera a mi encuentro con un número de sus hombres no superior a los que yo traía. Efectivamente, momentos después dejó el fuerte y vino hacia mí, acompañado de ocho soldados y un cabo. El jefe de aquel destacamento español no andaba muy adelantado que digamos en su carrera, pues a los treinta y cinco o cuarenta años, edad que representaba, no había pasado de teniente. Los cinco prisioneros españoles, en cuanto se vieron en presencia de

aquel oficial, se cuadraron y fueron en seguida a tomar plaza en la fila de sus compañeros de armas.

El oficial español y yo, luego de habernos hecho un sobrio saludo militar, comenzábamos a cambiar algunas palabras alusivas al acto que se iba a realizar, cuando irrumpieron tropelosamente en el batey, y llegaron junto al grupo de mis hombres, ocho o diez jinetes cubanos mandados por un individuo que, dirigiéndose al teniente español, dijo:

—Soy el comandante G y vengo a hacer entrega de estos prisioneros.

G se refería a los mismos que me habían sido confiados. El oficial español, que a la aparición del grupo de G había cambiado de color, me miró interrogativamente. Tal vez sospechó una felonía, y tuve para mí que acaso no le faltaba razón. Jamás había yo visto aquel *soi-disant* comandante G, ni lo había oído mentar.

—Quien está oficialmente comisionado para la devolución de estos prisioneros soy yo—le dije.

El me replicó con acento autoritario:

—Fíjese en que soy su superior jerárquico.

—No lo reconozco a usted como tal—le respondí—, y, por otra parte, la única autoridad para relevarme de esta misión es la del propio coronel A, jefe del regimiento.

A todas estas, la inquietud del oficial español iba en aumento. El susodicho comandante guardó silencio ante mi enérgica actitud, pero uno de sus hombres le dijo:

—Comandante, vamos a ir a la bodega a comprar algo.

—Sí, vayan—contestó él.

—Por Dios, no consienta usted—exclamó dirigiéndose a mí el teniente español, agregando:

—Vamos a terminar esto, porque mis soldados en el fuerte están agitándose.

Efectivamente era así, pues se les veía como preparándose para una resistencia. Yo me volví hacia G y sus hombres, y empuñando el revólver les dije:

—Ni un solo paso adelante.

Al igual que el oficial español, me había dado cuenta del desleal propósito de G y su pandilla. Mientras tanto, la actitud asumida por los hombres que me acompañaban no

dejaba lugar a dudas de que estaban dispuestos a apoyarme, por lo que los otros tuvieron a bien abandonar el campo. Pero las tribulaciones, tanto del oficial español como las mías, no habían cesado. Pocos minutos habían transcurrido desde que se fuera G, y estaba el teniente jefe del destacamento redactando el acta de entrega de los prisioneros, cuando hizo su aparición el coronel A, no ya con unos cuantos hombres, sino con todas las fuerzas. El oficial español mandó calar bayonetas e hizo movimiento de replegarse al fuerte.

—Señor teniente—le dije—, le respondo con mi honor y con mi vida de las intenciones de mi jefe—, y le grité a éste:

—Coronel A, deténgase o avance solo.

A se separó de sus gentes y vino hacia nosotros, por lo que, visto por el oficial español, éste se detuvo también. Lo que me había atemorizado, al ver al coronel A presentarse en el batey, no había sido la creencia de que tratara de realizar un acto igual al que sospechara en G, porque yo lo sabía con mejores sentimientos. ¿Pero estaba el oficial español en el mismo caso que yo? Lo más natural era que éste pensara en una celada tendida con el pretexto de la devolución de los prisioneros, y para cuya ejecución me había prestado a armar la trampa. ¡Qué sonrojo!

Llegado hasta nosotros, A le dijo al teniente español, sin una palabra o saludo previo de cortesía:

—Estoy haciendo con ustedes lo que ustedes no hacen nunca con nosotros—, y, sin escuchar el razonamiento que comenzaba éste a hacer, le volvió la espalda y se alejó.

A todo esto, como muy bien se comprenderá, el oficial español no había podido redactar el acta, por lo que, para abreviar, convinimos en que él me diera simplemente una constancia de haber recibido cinco prisioneros hechos por nosotros el día 2 de febrero, en las proximidades de La Esperanza. Al tiempo en que, habiéndonos saludado de nuevo el teniente español y yo, me iba a marchar, los ex-prisioneros intentaron salir de las filas para venir hacia mí. El les dirigió una severa mirada, y permanecieron quietos como estatuas. Así terminó aquella escena que en dos ocasiones pareció estar a punto de apartarse de la noble forma de su carácter parlamentario y convertirse en una sangrienta lucha, de la cual,

vencidos o vencedores nosotros, habría resultado igualmente un oprobio para nuestra causa.

Cuando, con los hombres que me habían escoltado, me reuní de nuevo con el coronel A, hube de declararle con todo respeto que había hecho mal en presentarse con sus fuerzas en el ingenio en aquellas circunstancias, porque, habiendo yo asegurado al jefe del destacamento que sólo me acompañaban en la comisión ocho hombres y puéstole como condición para la conferencia de entrega de prisioneros que no viniera él con mayor número, pudo haberse creído víctima de una felonía. El, que solía prestarme atención, convino en que había cometido un desacierto. En cuanto a G, me dijo que efectivamente era comandante de una partida o guerrilla volante, pero aprobó mi actitud con respecto a sus pretensiones de adjudicarse la misión de devolver los prisioneros. El comandante G, según oí referir al terminarse la guerra, realizó tantos actos de vandalismo que, enterado de ellos, el General en Jefe mandó arrestarlo y conducirlo al Cuartel General. La pareja encargada de su conducción, no conociendo la gravedad de los hechos que se le imputaban, ni sospechando la inquietud despertada en la conciencia de G a la idea de comparecer ante la presencia del general Máximo Gómez, llegó en sus miramientos y condescendencia hasta desatarle las manos al prisionero, y éste, aprovechando una noche que los dos hombres dormían confiadamente, los asesinó, escapando después de nuestro campo.

XXII

ACCION DE CINCO PALMAS

CUATRO o cinco días después del combate que acabo de referir, se hallaban una vez más reunidas las fuerzas de los coroneles A y C, y el día 10, de nueve a diez de la mañana, cruzaban la sabana de Manacas. Además de la caballería, compuesta de no menos de trescientas plazas, iban cincuenta infantes a las órdenes del entonces comandante

Simón Armenteros. Era aquella sabana de muy frecuente cruce por A y C, particularmente por el segundo, que tenía una de sus tantas queridas por allí, en un sitio llamado El Plátano. Como en distintas ocasiones, nos dirigíamos aquella mañana a La Olayita. Tan a menudo se efectuaban estas caminatas, que las gentes acostumbraban a decir, como si fuera un estribillo: "De La Olayita al Plátano, del Plátano a La Olayita." Este vaivén casi habitual por el mismo camino hubieron de conocerlo al fin los españoles, los que tomaron las más seguras medidas para batirnos por sorpresa y con la mayor impunidad posible. En un sitio de la sabana de Cinco Palmas, al Oeste y a unos trescientos metros del camino, y oculta por unos matorrales, cavaron una zanja; e informados sin duda por sus confidentes de que nuestro paso por allí estaba de turno ese día, se apostaron convenientemente. Marchaban las fuerzas de los coroneles A y C, con el descuido y desorden y algazara con que lo hacían de sólito y que, más que una tropa militar en operaciones de guerra, las asemejaban a una muchedumbre en festiva cabalgata, cuando súbito sonaron mil detonaciones y una rociada de proyectiles cayó sobre nosotros. El desorden que se produjo en nuestras filas fué inenarrable. Huyeron por el camino adelante jefes y soldados, y la impedimenta, aturdida, se dispersó en toda la extensión de la sabana. Unicamente la infantería se detuvo y, poniendo rodilla en tierra, le dió cara al enemigo.

Yo había columbrado desde el primer instante algunas secciones de la guardia civil española, detrás de donde partía el fuego de la infantería contraria, y me di cuenta del peligro que aquellos jinetes significaban para el reducido contingente de nuestra infantería, si se le dejaba por mucho tiempo privada de la protección de la caballería: aislada en medio de la llanura, sin un macizo de árboles, sin un repliegue de terreno donde abrigarse, si la guardia civil, envalentonada por la fuga de nuestros jinetes, la cargaba, no me cabía duda que la iba a exterminar.

Corrí a tratar de hacer volver algunos pelotones de nuestra caballería; pero, ¿cómo, sin tener allí mando de fuerza y carecer, por lo tanto, de autoridad, podía yo contener la fuga de aquellas gentes que al huir, ganadas por el pánico, no

hacían otra cosa que seguir detrás de sus jefes naturales? Inútiles resultaban todos mis esfuerzos. Estaba desesperado de mi impotencia, y sentía que las lágrimas comenzaban a brotar de mis ojos, ante la visión que me representaba de nuestros valientes infantes abandonados y aniquilados bajo el filo de los machetes enemigos. Mas, de pronto, tengo la fortuna de ver al comandante Sabino Caballero que iba conduciendo sobre su mismo caballo un herido. Lo alcancé y lo puse al corriente de la situación de nuestra infantería, comunicándole el fundamento que yo tenía para temer por ella. El comandante Caballero ejercía mando en aquellas fuerzas de caballería, y se dispuso a recoger algunas secciones de la misma para ir al socorro de nuestros infantes.

—¿Qué hago con este herido?—me preguntó.

Miré al herido y le respondí:

—Está muerto.

Efectivamente era así. Lo bajamos al suelo, y el Comandante corrió a parar a aquellos pelotones de caballería que se encontraban más cercanos. No sin bastante trabajo y propinando algunos planazos, logró juntas unos sesenta jinetes, y con ellos corrimos hacia el campo donde se encontraban nuestros infantes. Llegamos justamente cuando los guardias civiles iniciaban contra ellos el ataque. Los contracargamos, haciéndolos replegar sobre las líneas de su infantería, y, cubriendo el flanco izquierdo y la retaguardia de la nuestra, logramos sacarla de su comprometida situación.

Después de la acción de Cinco Palmas, los coroneles A y C continuaron unidos con sus respectivas fuerzas; y yo permanecí con ellos, pero cerca de A por regla general. Una mañana de aquel mes de febrero, en marcha por las cercanías del ingenio San Marcos, en la jurisdicción de Santo Domingo, nos detuvimos un momento, sin desmontarnos, a la puerta de la casa de vivienda de una colonia del mismo ingenio citado. Mientras el dueño de la casa atendía a los coroneles A y C, y a otros jefes y oficiales, alcancé a ver, mirando al interior de la vivienda, a una señora, en quien me pareció reconocer a una amiga casi familiar de Sagua.

—¿No se llama Pepilla Borges aquella señora?—pregunté al interlocutor de A y C.

—Sí—me respondió él—, es mi esposa; ¿la conoce usted?

Le contesté afirmativamente y él la llamó. Cuando Pepilla me vió, mostró un grande alborozo. Nos conocíamos y tratábamos desde muchos años atrás, pero hacía largo tiempo que no nos veíamos, habiéndola dejado soltera cuando me ausenté de Sagua. Pepilla me dijo al oído:

—Quédate atrás, que te voy a dar café con leche.

Me hice un poco el remolón y esperé el obsequio que Pepilla estaba preparando. Ya creía yo que toda la gente había desfilado, cuando apareció Mendive. ¡Mendive!, siempre el último, siempre mal montado. ¡Y qué facha, Santo Dios! Aquel joven de gentil figura, hermoso y varonil, que posiblemente había sido un miembro de la sociedad habanera, parecía a caballo una carga mal amarrada. Mendive nunca tenía nada de lo necesario para aquella vida azarosa y montaraz. Cuando tenía caballo, siempre el peor, le faltaba la montura, cuando no el freno o las espuelas. Jamás poseía un par de alforjas, ni hamaca, ni frazada, ni casi casi ropa.

Luis Mendive y yo nos conocimos pocos días después de haber yo dejado el hospital de La Carmita, y seguidamente nos hicimos amigos. Pese a su por lo común astrosa indumenta, se veía en él a la persona bien criada. Era un joven culto y de delicadas maneras, y muy bueno y muy paciente. Yo buscaba su compañía, como buscaba la de Manuel Menéndez (Manolaso), porque me encantaba el trato fino de ambos.

Mendive, al verme detenido a la puerta de aquella casa, vino junto a mí. Juzgando que Pepilla, al haberme prometido en secreto una taza de café con leche, era porque no tenía para más, le dije a Mendive:

—Vete ligero, Mendive, que se te van a alejar las fuerzas.

—No—me contestó él—, yo me quedo hasta que te vayas, porque aquí van a darte alguna cosa de comer.

Pepilla le dió también una taza de café con leche, y partió un pan entre los dos.

Ya habían transcurrido no menos de veinte minutos desde que la retaguardia de nuestra columna había pasado por aquella casa, cuando nosotros la dejamos. Mientras seguíamos su dirección por una guardarraya de cañas, nos pareció muy

fácil juntarnos a ella; pero de pronto desembocamos en una extensa sabana que, si no estoy mal informado, se llama del Gato. En todo el espacio que podíamos recorrer con la vista, no se veía un grupo de hombres. No existía en parte alguna el menor sendero y, como la tierra estaba seca, tampoco había huellas. Intranquilos por hallarnos separados de nuestras fuerzas en un lugar desconocido y donde no encontrábamos a nadie a quien pedir informes, nos dimos a correr en distintas direcciones con la esperanza aún de hallar señales de pasos en la posición horizontal de las hierbas. He dicho que corríamos: no, corría yo solo. El mal caballejo de Mendive se burlaba de los golpes de los talones sin espuelas de su desmañado caballero, y no se salía de su paso de bestia de *carga*. Después de varios correteos alcanzamos a ver un grupo de dos o tres casas de guano y yagua, por cierto que parecían acabadas de fabricar. Nos encaminamos hacia ellas. Estaban habitadas por familias de color y había varios hombres. Preguntamos si habían visto pasar fuerzas cubanas por las inmediaciones. Nos dijeron que no, pero con acento tan agrio que, comprendiendo les éramos antipáticos, le dije a mi compañero:

—Pronto, alejémonos de aquí.

Luego, en otro punto, vi a un hombre que, al pie de un pozo, llenaba una pipa de agua.

—Oiga, amigo—le dije—, ¿ha visto usted pasar por aquí una fuerza armada?

El hombre me miró y exclamó:

—¡Manuel! ¡Qué alegría!

Se trataba del marido de una mujer que de soltera había sido una buena amiga mía, también, como Pepilla, recientemente casada.

—¡Muchacho!—volvió a exclamar—, tú no sabes dónde te encuentras. Por aquí cruzan fuerzas españolas, en particular guerrillas, varias veces al día. Váyanse pronto — prosiguió—; las fuerzas de ustedes van rumbo a la línea del ferrocarril; sigan por ahí y encontrarán el rastro.

—¿A qué distancia de aquí está la línea?—le pregunté.

—Como a una legua.

Se trataba de uno de los ramales—el que va de Santo Do-

mingo a Cruces, pasando por Santa Isabel de las Lajas—del famoso triángulo a que me he referido al hablar del combate de Mal Tiempo. Esto acabó de darme la impresión del inminente peligro que estábamos corriendo Mendive y yo, pues sabía el activo movimiento de tropas españolas que había siempre por allí en vigilancia y protección de aquellas vías de comunicación. De andar solo no hubiese tenido tanto temor, pues estaba bien montado y confiaba en mis excelentes condiciones de jinete. Pero Mendive, ¿sería yo capaz de abandonarlo y dejar egoístamente que lo mataran a él solo? No, no era capaz de hacer tal cosa.

—Mendive, por Dios, corre—le decía yo.

Y él golpeaba con los calcañales los ijares de su caballo, el cual, sin darse por ofendido, no hacía el menos brusco de los movimientos. Al cabo nos encontramos en la línea. Cuando divisé los postes del telégrafo, le hice señas a Mendive que se detuviera y avancé solo a explorar. Estaba desierta. La cruzamos, y unos diez minutos después alcanzamos nuestras fuerzas.

XXIII

ACCION DE LA OLAYITA

EN los últimos días de febrero, el general Quintín Bandera, que, como se recordará, se había separado de la columna invasora el 3 de diciembre del año anterior en Trilladeritas, se encontraba por la jurisdicción de Sagua, de paso para el Cuartel General del General en Jefe, a la sazón en la provincia de Matanzas. El general Bandera había reunido a las fuerzas de infantería de su propio mando, las de caballería de los coroneles A y C y Francisco Pérez. El efectivo de todas estas tropas se elevaba a, poco más o menos, dos mil hombres, de los cuales tal vez mil carecían de armas de fuego; y estaban tan escasas de municiones, que apenas si cada individuo podía quemar ocho cartuchos. Como delegado del General en Jefe, y por su más alta jerarquía militar, corres-

pondía de derecho el mando superior del contingente al general Angel Guerra, pero de hecho lo había asumido el general Bandera. El día 27 de febrero, al atardecer, dichas fuerzas acamparon en el batey de un pequeño ingenio demolido, llamado La Olayita, situado a unas cinco leguas al Suroeste de Sagua y a unas dos y media leguas al Sur de Quemado de Güines. El espacio que ocupaban, dentro del batey, estaba limitado al Norte y al Sur por dos cercas de alambre separadas entre sí por unos cien metros; al Este por un arroyo que corre del Suroeste al Noreste y va a reunir sus aguas al río Sagua la Grande. Dicho arroyo ofrecía a la salida del batey, por el Este, un paso muy difícil y pantanoso que, en aquella época, despedía un fuerte y desagradable olor a cachaza descompuesta. Muy próximo a su margen derecha se eleva un ribazo de poca altura. Al Oeste estaba cerrado también por alambradas, con una salida consistente en una puerta de las llamadas de golpe. Al Norte los campos de cañas se prolongaban hacia el Poniente, a partir del arroyo, hasta más allá de la alambrada y junto a la misma; pero estos mismos campos de caña, a la salida de la mencionada puerta, a la izquierda, o sea al Sur, estaban arruinados, y el tamaño de las plantas no ofrecía obstáculos a los movimientos de la caballería. La alambrada del Sur tenía también una puerta, y detrás, o sea fuera del batey, se extendía un terreno llano y despejado.

De las guardias avanzadas, una de caballería fué colocada sobre el ribazo dicho, y otra, de infantería, próxima al arroyo, en la orilla izquierda. Los demás componentes de esta arma se instalaron en la casa de calderas, a unos sesenta metros del arroyo, y la caballería ocupó el resto del reducido espacio cerrado por las alambradas.

Pocos momentos después de haber acampado, le llamé la atención al coronel A sobre lo peligroso de aquella situación, indicándole la conveniencia de que la caballería acampara fuera del batey o que, en su defecto, se echaran abajo las alambradas al Sur y al Oeste. El coronel A, que algunas veces daba valor a mis apreciaciones, me dijo que iba a proponérselo así al general Angel Guerra; pero nada de esto se hizo, ni esa noche ni al siguiente día, y en tales condiciones nos encontró el enemigo.

El día 29—el año de 1896 fué bisiesto—una columna española de infantería con algunas secciones de caballería, al mando del coronel Arce, viniendo del Sureste tropezó con algunos de nuestros hombres, que habían salido en busca de ganado, cambiando con ellos algunos disparos que se oyeron en el campamento, por lo cual se reforzó la guardia que teníamos del lado de allá sobre el ribazo, tocándose a botasilla. Pero la resistencia de aquel nuestro retén fué cuestión de unos cuantos minutos nada más. Los españoles avanzaron resueltamente sobre él, lo desalojaron y ocuparon el ribazo, desde el cual dominaban el batey. Nuestra infantería, que trató de cubrir el paso del arroyo, desplegándose sobre su margen izquierda sin ninguna clase de resguardo y sin disponer de suficientes municiones para defender su posición, barrida por las nutridas descargas de la infantería contraria desde lo alto del otero y cubierta por los yerbazos y cañaverales, hubo de replegarse y buscar la protección de la casa de calderas y otros edificios contiguos. Para colmo de males se cometió el error de ordenar a cargar nuestra caballería, en vez de hacerla desfilar—al menos en parte—por la única salida posible en tales circunstancias, que era hacia el Poniente, y situarla en el terreno que, según antes he indicado, existía a la izquierda, donde tenía bastante campo propicio para maniobrar y facilidad para retirarse, si éste fuera el caso. ¿Cómo iba a poder cargar nuestra caballería, teniendo por necesidad que atravesar el arroyo por un solo paso, estrecho y pantanoso, y ya en posesión del enemigo? No obstante, se intentó hacerlo: ochenta o cien jinetes, los más delanteros, echaron sus caballos a galope hacia las posiciones de los españoles. Mas imposible cruzar el pantano aquel, no ya bajo el fuego a quema ropa, sino amurallado de bayonetas: hubieron de volver grupas. Pero como ya otros escuadrones llevaban el mismo impulso hacia el arroyo, sin darse cuenta del retroceso de los primeros, corriendo en contrarias direcciones y sin espacio a los flancos donde extenderse, se interceptaron unos a otros el paso y quedaron formando informe montón de hombres y bestias, en el cual venían a clavarse los proyectiles del enemigo. Aquello era un fusilamiento en masa. Millares de balas silbaban siniestramente

en nuestros oídos, y los impactos en nuestras carnes se sucedían con aterradora frecuencia.

Nuestra infantería, desde sus atrincheramientos, se oponía al cruce de los españoles por aquel sitio del arroyo; pero se hacía evidente que su resistencia estaba a punto de desplomarse, por agotamiento de municiones. Un infante armado sólo de bayoneta puede ser todavía combatiente; pero ya he hecho notar que nuestra infantería no estaba dotada de dicha arma, por lo que, quemado su último cartucho, estaba casi a la merced de los escuadrones enemigos. Era, pues, necesario evitar que sus cananas quedaran en absoluto exhaustas, y hacerla retirar a tiempo. Mas al mismo tiempo que tal medida, y aun antes, se imponía la necesidad de deshacer aquella enredada madeja de jinetes y caballos que congestionaba el reducido recinto; echar fuera de él una gran parte de los mismos, dejando tan sólo el número adecuado para maniobrar sin embarazo. Los instantes tenían una gravedad suprema, porque la columna enemiga, extendiéndose a derecha e izquierda, trataba de envolvernos entre sus dos alas. Ya particularmente por nuestra derecha, o sea por el Sur, estábamos también bajo sus fuegos. Algunos jefes y oficiales habíamos echado abajo la cerca que cerraba la salida en dirección del Poniente, y, con grandes dificultades, comenzamos a desalojar por allí los grupos más próximos, a los que siguieron luego, con mayor prontitud, otros y otros, hasta no dejar dentro arriba de doscientos jinetes, poco más o menos, para proteger la retirada de la infantería. Tampoco esto último se logró sin esfuerzo, porque, perdida ya la confianza y la moral, todos a la vez querían ponerse en salvo. Recuerdo una escena de aquellos críticos momentos: me encaminaba hacia el centro del campo de batalla cuando, oyendo las voces de dos individuos que me parecieron estar en querella, fuí a inquirir la causa de la misma. Uno de ellos era un jovencito, qué digo jovencito, un niño, pues a lo sumo representaba tener quince años de edad. Blanco, rubio y de aspecto delicado, parecía necesitar aún de las solicitudes y caricias maternales.

—Teniente—me dijo—, este hombre se va del combate con una carabina y parque, y no me los quiere dar para pelear yo.

El otro, que era un hombre fuerte y barbudo, alegó:

—Teniente, es que tengo dolor de barriga.

—Pues entrégale esa arma y esas municiones a éste, que no siente dolores a la hora de pelear—ordené yo.

El niño cogió la carabina y los cartuchos y, alegre como unas pascuas, echó su caballo a galope y fué a reunirse con los que más delanteros estaban sosteniendo el fuego. Proseguía yo también adelante cuando, al mirar maquinalmente hacia mi izquierda, vi, saliendo de los cañaverales, hileras de soldados españoles. El ala derecha de la columna enemiga, cruzando con seguridad el arroyo por otro paso más al Norte y por entre las guardarrayas de los campos de caña, estaba a punto de desbordar las posiciones de nuestra infantería. Ya algunos de sus soldados habían pasado la cerca de alambres. No se podía perder un solo instante, y, gritando ¡al machete!, me lancé sobre ellos seguido de veinticinco o treinta jinetes de los que más próximos al lugar estaban. Los pocos infantes enemigos que ya se encontraban del lado de acá de la cerca, la repasaron a la carrera; pero de entre las cañas partieron en seguida cerradas las descargas de fusilería. En menos tiempo del que se necesita para contarlo nos hicieron ocho o nueve bajas: yo recibí un balazo que me atravesó de parte a parte la pierna derecha, mi caballo fué herido, y la misma bala que lo hiriera, perforando uno de los faldones de la silla de montar, me tocó también la pierna derecha por su cara interior, aunque sin hacer sangre.

Al ruido de estas descargas nuestra infantería comenzó a salir de las casas, donde se había atrincherado, y a correrse en dirección Oeste. Marchaba a la desfilada y a paso ligero, mas en perfecto orden. Pero entonces los españoles, al cesar nuestro fuego en las posiciones por nosotros abandonadas, avanzaron con rapidez por el frente, haciendo vivo y mortífero fuego sobre los escuadrones cubanos, y éstos, que al mismo tiempo oían detonaciones casi a sus espaldas, temiendo con razón verse copados dentro de aquel callejón de cercas de alambre, fueron sobrecogidos de pánico y huyeron precipitadamente. Dejamos en el campo, no sólo nuestros muertos, sino un gran número de heridos que no habían podido mantenerse sobre sus cabalgaduras. Toda esta escena se había

desarrollado en el corto espacio de una hora, más o menos; sin embargo, tuvimos como cien bajas, causadas, en su mayoría, durante aquellos primeros momentos de confusión, en que le presentamos al enemigo una masa inmóvil e indefensa.

Y fué todavía para nosotros una gran fortuna que los españoles, cuya caballería era numéricamente muy inferior a la nuestra, no se hubiesen aventurado a lanzarla a perseguirnos en campo abierto, pues, de haberlo hecho así, nos habrían causado mayor desastre, dado el estado de desmoralización en que nos encontrábamoss.

Cuando, ya a alguna distancia del campo de batalla, iba yo hacia la vanguardia a reunirme a las fuerzas del coronel A, vi en una de las camillas a aquel belicoso chiquillo de mi narración: estaba pálido, exangüe, pero en sus labios había una sonrisa de satisfacción, de orgullo.

—¿Te duele mucho?—le pregunté, acercándomele.

—Un poquito—me respondió.

No lo volví a ver sino a la terminación de la guerra, andando en muletas: la pierna herida en La Olayita le había sido amputada desde la cadera. Vive y se llama Buenaventura Galí.

XXIV

ACCION DE EL MAMEY

Mes de marzo

EL primero de marzo nuestras fuerzas estaban acampadas en la finca El Mamey, a donde habían llegado al atardecer del día anterior. Teniendo en cuenta que el rumbo que debían llevar era a Occidente, la marcha anterior había sido retrógrada, puesto que ahora nos encontrábamos más hacia el Este; y también más al Norte, puesto que distábamos dos leguas escasas de Sagua y como dos y media leguas de Quemado de Güines. Los elementos que debían constituir nuestra vanguardia en la marcha del día siguiente, se habían situado a unos setenta u ochenta metros del camino que habríamos de seguir, y casi al borde de un arroyo. Aquel es un

campo en general despejado. No existen bosques ni tupidas malezas, aunque sí algunos árboles aislados o formando pequeños grupos. El terreno, por la vecindad de una serie de colinas conocidas por Lomas del Mamey, es un tanto ondulado y desigual, mas se presta bien a los movimientos de tropas de todas las armas. Pero, desdichadamente, el sitio que se escogió para vivaquear presentaba algunos de los inconvenientes del que ocupáramos en La Olayita: nos quedaba a la espalda, prolongándose a la izquierda, uno como laberinto de setos y corrales; y el arroyo ya mencionado, que corría al frente, hacía una curva a nuestra derecha y ofrecía por allí un único vado que, difícil por sí mismo a causa de lo cenagoso, lo hacía aún más una multitud de pedruscos, echados en él sin duda por los peatones del lugar para facilitarse el paso.

Si, teniendo en cuenta lo próximo que nos encontrábamos de un gran centro de operaciones enemigo, como era Sagua; la falta de capacidad material combativa en que se encontraban nuestras tropas; los muchos heridos que, debiendo ser conducidos en camillas, las embarazaban, y lo deprimidas que quedaran después del desastre de La Olayita, si, teniendo en cuenta todo ello—repito—, hubiésemos reanudado la marcha al siguiente día en tiempo oportuno, aquél habría sido un punto de etapa no peor que cualquier otro. Pero se comenzó por levantar el campo ya muy entrada la mañana, y sobre este desacierto se cometieron otros más graves, que tan sólo una total impericia militar, o más bien una cabal ausencia del sentido común, pudiera justificar: se ordenó retirar los puestos de guardia avanzados cuando únicamente las tropas de vanguardia, compuestas por los escuadrones de los coroneles A y C, habían desfilado y se hallaban del lado de allá del arroyo, y entonces, con el campamento abierto, sin vigilancia, sin protección, se procedió por el general Bandera a una reorganización de la caballería, haciendo desmontar jinetes y seleccionando caballos. En esta tarea se había invertido ya como una hora y demandaba algún tiempo más, y en estos momentos y en tales circunstancias, con cuatrocientos jinetes en tierra y cuatrocientos caballos desensillados y, en general, todas las fuerzas desprevenidas, nos sorprendió el enemigo.

Este, siguiendo nuestras huellas del día anterior, llegó, naturalmente sin ser visto ni oído, casi hasta el centro del campo cubano, siendo el primer indicio de la presencia del mismo sus fusilazos contra nuestras inadvertidas muchedumbres.

El espanto y la confusión fueron indescriptibles. Aquellas tropas, desmoralizadas por anteriores y sucesivas derrotas, diezmadas impunemente en cada choque con el adversario; sin fe en la dirección de sus jefes; cogidas ahora de sorpresa bajo el fuego de los españoles que avanzaban con decidida rapidez sin encontrar resistencia a su agresión, ya no pensaron en otra cosa que en la fuga para salvar la vida, y corrieron llenas de pavor. Mas, como era preciso atravesar el arroyo y éste no ofrecía, como queda dicho, más que aquel dificilísimo paso, pronto quedó obstruído por jinetes y cabalgaduras que se hundían en el cieno, y de gentes a pie que resbalaban y caían al pisar los movedizos guijos. Hasta la huída parecía imposible, y el descalabro estaba a punto de asumir proporciones de catástrofe. Esta fué evitada en el último minuto por el general Bandera que, si no un buen divisionario, era un excelente capitán de compañía. Este hombre, de un valor extraordinario y de una imperturbable serenidad, logró al fin poner en línea cincuenta o sesenta tiradores, con los cuales pudo, ya que no detener el avance del enemigo, al menos obligarlo a moderar su ímpetu el tiempo suficiente para organizar una presurosa retirada. Es de consignarse el hecho curiosísimo de haber encontrado el general Bandera y sus hombres un aliado, tan imprevisto como eficaz para obstaculizar el paso de los españoles, en unos enjambres. Había dentro de nuestro campamento, justamente en la misma dirección por donde penetrara el enemigo, un colmenar; uno de los soldados de Bandera al tiempo de retirarse alborotó las abejas y éstas, irritadas, cargaron furiosas sobre el invasor que, en ponerse a la defensiva contra los armados y raudos himenópteros, nos proporcionó algunos instantes para la retirada.

En el campo de El Mamey, al igual que en el de La Olayita, tuvimos que abandonar los muertos y algunos heridos.

Al comenzar la acción, me encontraba del lado de allá del arroyo, en las fuerzas de vanguardia que mandaba el coronel A, por lo cual no estuve expuesto a otro peligro que

al muy común de ser alcanzado por las balas. Aquella misma mañana, algunas personas, entre ellas mi compañero Emilio Bacardí, me habían aconsejado, como más cómodo y conveniente para mí, dejar la cabalgadura y hacerme conducir en camilla como los demás heridos. Pero rehusé seguir el consejo, porque, si bien las heridas, siendo como eran tan recientes, me dolían y molestaban, en particular la que, por estar situada en la parte posterior del muslo, me rozaba con la silla, no quería, mientras pudiera mantenerme a caballo, separarme de aquella columna que, en su marcha hacia Occidente, debía llegar hasta el Cuartel General de Maceo, al que anhelaba reincorporarme. Si no hubiera hecho tal resolución me habría encontrado en el campamento, al presentarse en él el enemigo, envuelto en el tropel de aquellas gentes despavoridas, y quizá me cupiera la misma suerte que les cupo a otros heridos allí abandonados. No recibí allí otro daño que algunos topetazos de jinetes, que huían aturdidos por el angosto camino que llevábamos. Me acuerdo de un oficial, de bastante alta jerarquía en relación con el tiempo que llevaba en la campaña y las contadas acciones de guerra en que había tomado parte, muy buen mozo él y muy arrogante, que pasó por mi lado como un bólido y, al mismo tiempo que me daba un encontrón en la pierna enferma, ocasionándome un fuerte dolor, me gritaba:

—¡El acabóse, Piedra, el acabóse!

Y todavía cuando ya me había repasado quince o veinte pasos, me volvió a gritar:

—¡El acabóse, chico, el acabóse!—, y sus grandes y bellos ojos, muy abiertos, parecían dos estrellas... fugaces.

Continuó nuestra columna su marcha a Occidente después de la derrota de El Mamey. Pero ya aquellas tropas no merecían el nombre de fuerzas combatientes: perdidas todas sus virtudes militares, el valor, la disciplina y el espíritu de cohesión, no eran otra cosa que una muchedumbre informe, inconsistente y asustadiza, predispuesta al pánico. Tan sólo el prestigio, el ascendiente y la autoridad moral de Máximo Gómez o de Antonio Maceo habrían sido bastantes a operar en ellas la reacción necesaria de aliento y vigor para llevarlas de nuevo al combate.

Aunque íbamos haciendo jornadas de muchas horas, el avance en las mismas resultaba en extremo corto, debido a frecuentes altos y contramarchas. Hubo días en que las secciones de exploración retrocedieron a riendas sueltas varias veces a notificar la presencia del enemigo al frente. No había tal cosa, sino puro espejismo, producido por la depresión del ánimo. Mas la columna se detenía por de pronto en el mismo sitio o retrogradaba, o cambiaba de dirección, para volver a tomar la misma una vez rectificada la falsa noticia de los visionarios. En una de aquellas ocasiones, exasperado como me encontraba por la irresolución y la impericia con que era conducido aquel ejército, y la impunidad en que se dejaba a aquellos hombres que, encargados de reconocer con toda exactitud nuestro camino, no hacían más que entorpecer la marcha de la columna con alarmantes y mentirosos informes respecto al enemigo, hube de hacer comentarios en alta voz poco favorables para aquellos a quienes, por tener el mando del mismo, cabía mayor responsabilidad. Oídas mis palabras de censura por el coronel A, me preguntó:

—¿Qué haría usted si se encontrara en su caso?

—Comenzaría—le respondí—por someter a consejo de guerra a todo explorador que dijera haber visto fuerzas enemigas delante de nosotros, si tal afirmación no fuera exacta. Y para comprobarla, ya que parece que, por lo mal impresionadas que están las gentes, no habría entre ellas en quien confiar para dicha misión, lo haría yo en persona. Y como tengo la seguridad de que el enemigo no cuenta por aquí con una línea de fortificaciones que se extienda de costa a costa, ni en su defecto con el suficiente efectivo de tropas para formar con ellas una muralla humana lo bastante resistente que no pueda ser rota por algún lugar, seguiría resuelto hacia adelante con la certeza de esquivar un encuentro; y de no ser esto posible, empeñaría en él únicamente las fuerzas necesarias para distraer al enemigo y continuaría con el resto la marcha por distinto camino, pero siguiendo el mismo rumbo.

Luego de escuchar mi razonamiento, A me dijo con decisivo acento:

—Voy a exponer ese plan al general Guerra. Si lo aprueba soy el jefe de la vanguardia, y *salga el sol por Antequera.*

Aquel día no hubo ninguna alarma, pero A no se había sobrepuesto del todo a su temperamento *espantadizo.* El día ocho, como a las dos de la tarde, alcanzamos a ver espesas columnas de humo a poca distancia de nosotros. A se detuvo y me dijo:

—Eso es una emboscada del enemigo: está dando candela para hacernos creer que son los cubanos y atraernos.

—Coronel—repliqué—, no hay tal emboscada del enemigo, esos son positivamente los cubanos.

—No, no—murmuró él.

—Sí, sí,—proseguí yo, agregando—: y va a ser el propio General en Jefe que por ese medio nos está señalando su presencia.

Aunque no muy del todo convencido, A prosiguió la marcha hacia el sitio donde se levantaban las humaredas: el mismo camino que traíamos nos conducía allá. Al hacer aquella afirmación no obré por un conocimiento previo, ni siquiera por intuición, sino que lo hice con el propósito de animar al coronel A a continuar adelante. Poco más de dos horas después nos encontrábamos con el general Máximo Gómez en Dos Bocas.

Es lugar aquí de decir que el coronel C no formaba parte ya de nuestra columna: se había separado de ella después de la acción de El Mamey, no sé si con la anuencia o no de los generales Angel Guerra y Quintín Bandera.

XXV

MATANZAS. ACCION DE EL ALGARROBO

EL día 9 en la mañana acampamos en la colonia El Algarrobo, perteneciente, si no recuerdo mal, al ingenio Santa Rita de Baró. Dicha colonia quedaba al fondo de una vereda de monte, a cuya salida, al Norte, se extendía un grande espacio de terreno llano y completamente despejado. La vereda o callejón era larga, como de trescientos cincuenta o cuatrocientos metros, y su anchura podría medir a lo más

unos quince pasos. El campo, al Sur, a partir de la casa de vivienda, donde se alojó el general Gómez con su Estado Mayor y los principales jefes, era también un tanto boscoso, y en dirección Oeste, bordeando un sendero, existían: a la izquierda altas y tupidas malezas, y a la derecha, primero, campos de caña en un buen trecho, y después más espesos yerbazos.

Como se ve, el sitio que ocupábamos se prestaba admirablemente para ser defendido por infantería, pero era del todo inadecuado para los movimientos de la caballería, a menos que ésta, al presentarse el enemigo por nuestro frente, no estuviese ya en orden de batalla en la llanura antes indicada. Desde luego, al afirmar que se prestaba a la defensa por infantería, me refiero a una infantería municionada como se debe, en cuyas condiciones distaba mucho de encontrarse la nuestra.

Pocas horas después de haber nosotros acampado allí, como a las dos de la tarde, una columna enemiga, compuesta de infantería y caballería, pero en la cual predominaba la primera mencionada arma, con conocimiento sin duda exacto de la posición que ocupábamos y de los escasos elementos de combate con que contábamos, se presentó por la llanura antes dicha, o sea por el Norte y frente a la salida de la colonia. Desalojó con gran facilidad nuestra mal armada guardia y, avanzando con resolución hacia la boca de la vereda, se posesionó de la misma, metiendo algunas secciones dentro del monte, formando las demás en batalla en la llanura, y con sus fuerzas de caballería detrás de las líneas de la infantería.

Careciendo ya en absoluto de municiones los infantes de Bandera, el General en Jefe dispuso su retirada del campo de la acción, ordenando lo mismo respecto de los escuadrones del coronel A, y quedándose él con unos doscientos jinetes. Emilio Bacardí y yo permanecimos interinamente en el Cuartel General, mientras se presentaba la oportunidad de reunirnos de nuevo al general Maceo.

Habituado el general Máximo Gómez a mandar cargas a la desbandada, o haciendo el abanico, como él decía, maniobra consistente entre nosotros en comenzar la carga todos de modo simultáneo, y luego ya en contacto con el ene-

migo, dejar a cada individuo su iniciativa propia, no tuvo en cuenta en el presente caso que debíamos recorrer primero trescientos o cuatrocientos metros del desfiladero formado por la angosta vereda del monte. Se lanzó hacia el enemigo con los doscientos jinetes sin ordenarlos desde antes y, de acuerdo con la estrechez del callejón, en columna por pelotones, distanciados prudentemente unos de otros, con el fin de disminuir en todo lo posible el frente, como lo aconseja el más elemental principio de táctica. Es verdad que este procedimiento prolonga mucho el fondo, pero con él se evita la congestión de la línea de ataque y el presentar grandes masas a los impactos del fuego enemigo. Por otra parte, al darse mayor elasticidad a las unidades, se las hace más ágiles en sus movimientos, tanto al avanzar como al retroceder. Y en este último extremo, como existe una razonable solución de continuidad en las hileras de un elemento respecto a las de los otros, al ser rechazada la carga, el primero en retirarse no se ve obstaculizado por los que van en su seguimiento, porque, por los intervalos dejados entre sí, tiene libre espacio para efectuarlo e ir a reorganizarse a la cola de la columna, y seguir combatiendo, bien sea en una nueva fase ofensiva, o constituyendo la primera línea de resistencia en caso de tener que pasar a una actitud defensiva. El orden disperso, o de *abanico,* se hubiese podido adoptar al salir del callejón al campo abierto donde estaban los españoles. Pero, ¿es que esto mismo era ya en aquellos momentos factible? No era de esperarlo así. Para ello teníamos que arrostrar primero el fuego cruzado de no menos de una compañía de tiradores enemigos, apostados a uno y otro lado de la desembocadura del bosque, y luego, ya diezmados y perdida nuestra velocidad inicial, enfrentarnos con el resto de la infantería española, formada en batalla en la llanura y apoyada por su caballería. Y sucedió lo que debía suceder, y fué que, echados a la vez callejón adelante los doscientos jinetes, apretujados unos con otros y formando una sola grande masa, cuando ya muy desangrados llegaron a doscientos metros del enemigo, hubieron de volver grupas, quienes, era lógico, habiendo sido los más delanteros en el avance eran también los más rezagados en el retroceso, se encontraron el paso obstruído,

obturado por los demás, los disparos del enemigo. Naturalmente, se hicieron en aquel momento más certeros y mortíferos: como que ya no veía venir de frente, machete en alto, al temible jinete cubano, sino vuelto de espalda y en tropelosa retirada, apuntaba con la calma que le daba la impunidad.

Tuvimos que dejar el campo de batalla, abandonando en él a nuestros muertos y algunos heridos. El enemigo avanzó sobre nuestro campamento de El Algarrobo, y nosotros nos retiramos por el lado opuesto, siguiendo aquel sendero de la derecha a que antes me he referido. Pero los españoles no parecieron satisfechos sólo con las ventajas sobre nosotros obtenidas en El Algarrobo, sino que, procurando una victoria más completa, nos hicieron por espacio de tres horas, todo el tiempo que tardaron las sombras del crepúsculo en venir en nuestro auxilio, una tenaz persecución. Puestos sobre nuestras huellas, pisándonos los talones, de tal manera que para que no nos dieran alcance tuvimos que apelar al recurso de dar candela a las maniguas y cañaverales, al paso de nuestra retaguardia.

Ya anocheciendo, acampamos ese día en el ingenio José Marcos. No fué sino hasta allí que nuestros heridos pudieron tener la atención de la sanidad. Algunos de ellos murieron por falta de un cuidado más oportuno. Recuerdo a uno que, habiéndole una bala cortado los tejidos del abdomen, al igual que puede hacerlo un sable o un cuchillo llevaba una parte de los intestinos colgándole fuera. El médico a quien pregunté si aquella herida era mortal por necesidad, me aseguró que no, pero agregando que si no se le curaba pronto moriría dentro de muy pocas horas. Y así sucedió.

Fué el combate de El Algarrobo un nuevo desastre para nuestras armas. Desde luego, no hubo aquí ni desorden ni pánico entre nuestras gentes, como en La Olayita o en El Mamey. Tales cosas no sucedían nunca bajo el mando de Máximo Gómez o de Antonio Maceo. Las tropas tenían en ellos entera confianza, tanto en la favorable como en la adversa fortuna, porque por cada acción mal dirigida, como había sido la de El Algarrobo, cien lo habían sido acertadamente, y por cada derrota habían obtenido veinte victorias.

Por otra parte, en este combate no habían tomado parte

las fuerzas de Quintín Bandera, ni las de A ni las de C, que, no inferiores a cualquiera otra de las que componían nuestro ejército, se encontraban por el momento desmoralizadas por derrotas que no se podían atribuir a carencia de valor combativo de las mismas, sino a falta de aptitudes militares de los jefes que las mandaban. Pero tuvimos como ochenta bajas en el corto tiempo, quizás no más de una hora, que combatimos en El Algarrobo propiamente dicho; aunque el fuego por retaguardia se prolongara un par de horas más. Entre las bajas definitivas de aquella acción se contó la del general Angel Guerra, que había sido herido en la de La Olayita.

XXVI

ACCION DE SAN JOSE

TEMPRANO en la mañana del siguiente día, emprendimos marcha. Minutos antes de partir, el General en Jefe nos hizo penetrar a Emilio Bacardí y a mí en la casa donde se alojaba y, llevándonos aparte, nos dijo:

—Ustedes dos van a seguir al lado del coronel A, como si fueran sus ayudantes, hasta que él llegue al Cuartel General del general Maceo. El Coronel se me desertó de Pinar del Río para volverse a Las Villas. Es posible que quiera hacerlo de nuevo: quizá tenga miedo de llegar donde Maceo. Ustedes son dos jóvenes decentes y yo les encargo que no me lo dejen desertar. Díganle que Maceo es un hombre muy bueno; díganle que es mejor que yo.

Y luego, ya nosotros fuera de la casa, me hizo penetrar solo nuevamente y, esta vez con tono imperativo, me dijo:

—Usted no me deja desertar a A.

Aunque en el instante me di cuenta de la enorme responsabilidad con que me cargaba el General en Jefe, le respondí:

—Está bien, General.

¿Qué otra cosa podía contestarle si su acento autoritario y breve era el de una orden terminante? Mas, una vez sus-

traído mi pensamiento al influjo de su presencia, recobrada mi facultad de reflexionar, me preguntaba: Y si A, no obstante los razonamientos que yo pueda hacerle, insiste en retroceder y volverse a Las Villas, ¿a qué recursos puedo yo apelar para evitarlo? El es un coronel y yo soy un simple teniente. El es el jefe de las fuerzas, y yo ni siquiera pertenezco a ellas. Pero, al final de estas reflexiones, me encontraba con el mandato del General en Jefe:

—Usted no me deja desertar a A.

Hice la resolución de cumplir su orden a todo trance, aunque tanto A como yo pereciéramos, si era preciso.

Todas las tropas dejaron juntas el campamento de José Marcos; mas a poco de haber emprendido la marcha, el general Gómez, después de ordenar al coronel A dirigirse al Cuartel General de Maceo, torció el rumbo llevando, con el resto de las fuerzas, la infantería del general Bandera.

No más de tres horas habrían transcurrido desde que nos separamos del General en Jefe. Cruzábamos a la sazón por la proximidad del batey de un ingenio, llamado, si no recuerdo mal, San José, cuando, al llegar a una cerca de piedras que limitaba sus terrenos con un ancho camino, una pareja de la retaguardia llegó a riendas sueltas a informar al Coronel que se acercaba una fuerza enemiga, y que la caballería de la misma estaba ya sobre nuestros talones.

—A pelear—ordenó A.

Pero a un mismo tiempo saltaba la cerca.

Todos seguimos su ejemplo. Creí que se trataba de tomar posiciones mejores del otro lado, pero no, el Coronel, gritándome:

—Detenga al enemigo mientras yo me retiro con estas fuerzas que *no quieren pelear*—, emprendió la fuga por el camino adelante.

Efectivamente, las fuerzas no querían pelear; pero ¿acaso era para ellas un espectáculo animador ver a su jefe huir el primero? Y, ¿con qué autoridad podía yo obligarlas a combatir? No las pude contener, no obstante amenazar en ocasiones con mi revólver; y con una gran vocinglería, gritándose unos a otros: "No huyan, no sean cobardes", huyeron todos, levantando rojizas nubes sobre aquel rojo camino pol-

voriento. Tan sólo, se quedaron conmigo siete hombres de buena voluntad, los que, echando pie a tierra, se atrincheraron detrás de la cerca. Desde luego, no tenía yo pretensión de hacerle cara mucho tiempo al enemigo con sólo siete hombres, pero sí el suficiente para que se alejara el fugitivo coronel con sus fugitivas tropas, e impedir que los españoles realizaran una carnicería en ellas.

Dos o tres minutos más tarde apareció la caballería enemiga. Venía corriendo detrás de algunos de nuestros hombres que se habían apartado de sus filas, con propósitos sin duda de merodeo, los cuales pudieron escapar ilesos gracias a que nosotros rompimos el fuego oportunamente. Los jinetes españoles se detuvieron y se entabló el tiroteo. Ellos no eran más de veinticinco jinetes, lo que me hizo pensar que se trataba de la vanguardia de una fuerza mayor, quizá de infantería, o de infantería y caballería a la vez.

Como yo permanecía a caballo, a causa de que mi reciente herida no me permitía montar y desmontar por mí mismo, y mis hombres a pie no eran visibles para los contrarios a causa de ocultarlos la cerca de piedras, yo servía de punto de mira a éstos. Por fortuna no las veíamos con fuerzas regulares españolas, que no eran mejores tiradoras que jinetes, y sus balas, unas venían muy bajo, otras muy altas y la mayoría por ambos lados de mi cuerpo. En esto sonó una descarga nutrida y cincuenta o sesenta proyectiles rebotaron en las piedras de la cerca. La infantería enemiga entraba en función. Y como en tal momento, no oyendo ya la gritería de nuestra muchedumbre fugitiva, podía colegir que estaba a suficiente distancia, hice que mis siete hombres montaran, y a riendas tendidas nos alejamos en su seguimiento. En realidad, había corrido tanto, que vinimos a darle alcance como una hora después. Se había detenido en un sitio donde existía un grupo de dos o tres casas. Nosotros nos habíamos encontrado, antes de llegar allí, una mula que, abandonada a su albedrío, seguía sin apresuramiento el camino que llevaban nuestras fuerzas, portando sobre su lomo un timbal perteneciente a la charanga del regimiento, y al cual el rítmico y pesado trote de la bestia arrancaba periódicas

sonoridades. Cuando el Coronel me vió, todavía a quince o veinte pasos de él, me preguntó gritando:

—¿Dónde dejó al enemigo?

—Allá en el mismo lugar, detrás de la cerca de piedras— le contesté.

Mas, en este mismo instante, parece que por haber cambiado el viento en nuestra dirección, llegaron a los oídos del Coronel las percusiones del timbal: bom-bom.

—¿Y ese cañón?—preguntó visiblemente alarmado.

Sólo la corrección militar debida a un superior, pudo impedir que yo lanzara una risotada. Le expliqué el origen de aquel ruido. En esto se dejó ver la mula. El Coronel, bajando del caballo, montó en cólera, se situó en el centro del camino, y cuando la mansa bestia se acercaba caminó a su encuentro y, abalanzándose sobre ella con las manos hacia adelante y los brazos arqueados, como si fuera a entablar fiera lucha, cogió el timbal, y diciendo:

—Este maldito timbal es lo que nos tiene *salaos*—, lo arrojó al borde del camino.

El sonoro instrumento, como si tuviera conciencia del susto que había dado al Coronel y quisiera prolongar la burla, hizo bom-bom-bom.

Después A, llevándome aparte, y como en tono de consulta, me dijo:

—¿Qué le parece lo desmoralizada que está esta gente? Ya no quiere pelear. Por aquí nos van a dispersar y matar a todos. ¿No sería mejor que nos volviéramos a Las Villas?

Al oírlo, me sentí agitado. Había llegado para mí el temible momento de obrar de acuerdo con aquella severa y terminante orden del General en Jefe. Y, si para cumplirla no fueran bastante convincentes mis palabras, ¿cuál habría de ser mi actuación como consecuencia?, ¿a qué medio recurrir?

—Coronel—le respondí—: lo que usted piensa es indigno no sólo de un militar, sino también de un patriota y de un hombre de honor. Usted debe cumplir la orden del General en Jefe, presentándose al general Maceo. Si el enemigo nos dispersa, si nos mata y usted queda vivo, le podrá decir al general Maceo que el desastre lo ha experimentado tratando

de cumplir con los deberes de la subordinación; si muere usted, alguien le sobrevivirá que, informando a dicho jefe de lo ocurrido, lo justificará. Por otra parte, considere que tanto peligro, o más, hay en retroceder como en seguir adelante: Las Villas están lejos y el Cuartel General de Maceo posiblemente no distará más de una jornada. Si usted, desobedeciendo las órdenes del General en Jefe, se vuelve atrás, comete un delito y se hace acreedor a ser sometido a un Consejo de Guerra, que la menor pena a que podrá condenarle es a la degradación, y, por lo tanto, a la privación del mando de sus tropas.

Al escuchar estas últimas palabras, A protestó:

—Estas fuerzas son mías y nadie me las puede quitar.

—Estas fuerzas, Coronel—repliqué—, usted sin duda las habrá reclutado, pero ahora son de la República; es seguro también que le son adictas, pero han de serlo más a la causa que todos estamos defendiendo. No se exponga, Coronel, a ser perseguido por las leyes de la Revolución, o a verse compelido a cometer el infamante delito de traición, pasándose al enemigo.

Quedo A silencioso e inmóvil un momento, y luego, tomando la mejor resolución, exclamó:

—Adelante.

XXVII

OTRA VEZ JUNTO A MACEO

HABRIAMOS andado un par de horas más cuando, al llegar a un punto donde terminaba nuestro camino y seguía otro, vimos las huellas de una tropa numerosa. Detuvo A su caballo, diciéndome:

—Este rastro es de una columna enemiga.

Yo me di cuenta de que A no creía lo que me estaba diciendo, sino que continuaba obsesionado por la idea de volverse atrás, justificándose con algún pretexto. Porque, ¿cómo podía él confundir las huellas de nuestros caballos que, con

raras excepciones, carecían de herraduras, con las de los caballos de los españoles, que en general estaban herrados?

—Coronel—le dije—: fíjese que en las pisadas de los caballos no se ven marcas de herrajes, lo que no deja lugar a dudas de que las fuerzas que han dejado este rastro son cubanas.

Aparentó A convencerse con esta observación, y continuamos la marcha. Esa misma tarde, como de cuatro a cuatro y media, llegamos a un punto donde el camino entraba en un callejón formado por dos cercados paralelos. Habíamos andado por él cincuenta o sesenta metros cuando los individuos que iban a la descubierta retrocedieron corriendo a informar que el enemigo estaba delante a muy corta distancia. En el acto A se dispuso a volver grupas.

—Coronel—le dije con acento de firmeza—: deténgase y permítame que vaya yo personalmente a reconocer el terreno.

Y, habiendo él consentido en ello, me adelanté con unas cuantas parejas. Unos diez minutos después oí la voz de "Alto, quién vive", y a poco reconocí a unos monteros del Cuartel General del general Maceo que andaban en busca de ganado, quienes me informaron que las avanzadas estaban a cosa de un cuarto de legua de allí. Despaché una pareja a notificárselo al Coronel, y proseguí adelante hasta llegar a dichas guardias, donde me detuve a esperar el resto de nuestra columna. Menos de una hora más tarde nos encontrábamos en presencia del general Maceo, acampado en Galeón.

¡Qué júbilo tan grande experimenté cuando me vi al lado de mi invicto jefe! Parecíame haberme salvado de un naufragio. ¡Y qué recibimiento tan afectuoso me hizo él! Estaba todavía cambiando las naturales palabras de saludo con el coronel A cuando alcanzó a verme:

—¡Piedra—exclamó—, pensé que no lo vería más!

Y me abrazó.

Desde el combate de Mal Tiempo, o sea desde el 15 de diciembre de 1895, en que quedé separado de la columna expedicionaria, hasta el 7 de enero del siguiente año, en que se separaron los generales Gómez y Maceo, habían transcurrido veintidós días. Durante este período de tiempo dicha co-

lumna había librado, con suerte varia, pero sin desviarse de su objetivo estratégico, las siguientes acciones:

EN LAS VILLAS

Mes de diciembre.

Día 17: Santa Isabel de las Lajas.
Día 20: La Colmena.

EN MATANZAS

Día 21: El Desquite.
Día 21: La Antilla.
Día 23: Coliseo.
Día 26: La entrada en El Caimito.
Día 29: Calimete.
Día 29: Central María.
Día 29: Caney o Rocío.
Día 30: Cuevitas.

Mes de enero.

Día 1: El Estante.

EN LA HABANA

Día 4: Güira de Melena.

El siete de enero, en el ingenio Baracoa, esto es, en las mismas puertas de La Habana, se separaron los generales Gómez y Maceo. El primero con el propósito de retroceder hasta los límites de Las Villas, y el segundo para seguir a la provincia de Pinar del Río y completar en el extremo occidental de la Isla aquella marcha militar emprendida en la sabana de Baraguá.

Constaba entonces el Ejército Invasor de tres mil novecientos hombres, no todos armados, de los cuales dos mil trescientos siguieron a las órdenes directas del General en Jefe, y mil seiscientos a las del Lugarteniente General. En los mismos momentos las fuerzas españolas, con las cuales estábamos en más o menos estrecho contacto, no eran menores de doce mil plazas, divididas en columnas de operaciones. Desde luego, me estoy refiriendo a aquellas unidades que bajo el

mando de los generales Echagüe, Suárez Valdés, García Navarro, Aldecoa, Galbis, Luque y Prats se movían en la parte occidental de La Habana, y no tomo en cuenta las que, derrotadas o maltrechas, o burladas, dejamos a la retaguardia y a los flancos, como buques encallados, entre Las Villas, Matanzas y La Habana, que dan un contingente de sobre 40,000 hombres.

El general Gómez, antes de emprender su marcha de retrogradación, había permanecido varios días operando en el territorio de La Habana, con el fin de atraer sobre sí la atención de las tropas españolas que operaban en el mismo, de manera de disminuir obstáculos al avance de Maceo.

Desde el día de la separación de los dos caudillos, o sea el 7 de enero, hasta el 10 de marzo, en que yo me reincorporé al Cuartel General de Maceo en Galeón, provincia de Matanzas, la columna expedicionaria al mando de Maceo había librado, al cruzar a todo lo largo el territorio pinareño hasta llegar a Mantua, las acciones de guerra siguientes:

EN LA HABANA

Día 8: El Garro.

EN PINAR DEL RIO

Día 10: Asalto y toma de Cabañas.
Día 17: Las Taironas.
Día 18: Las Taironas.
Día 19: Las Taironas.

Y después, al retroceder de Mantua, terminada la invasión:
Día 26: Santa Lucía.

Mes de febrero.
Día 1: Paso Real.
Día 5: Candelaria.
Día 6: Candelaria.
Día 7: Río Hondo.
Día 9: San Cristóbal.
Día 11. Laborí.

EN LA HABANA

Día 13: Güira de Melena.
Día 14: Quivicán.
Día 16: San Antonio de las Vegas.
Día 18: Jaruco.
Día 19: Moralitos.
Día 19: Catalina de Güines.
Día 20: Loma del Gato.

EN MATANZAS

Día 25: La Perla.
Día 26: Ibarra.

EN LA HABANA

Día 28: Bainoa.
Día 29: Santa Cruz del Norte.

Mes de marzo.

Día 2: Nazareno.
Día 2: Río Bayamo.
Día 2: Dolores.

EN MATANZAS

Día 6: Acana.
Día 7: Diana.
Día 8: Río de Auras.

Y se le habían rendido al general Maceo, sin combatir, los pueblos de San Diego de Núñez, Bahía Honda y Las Pozas.

Durante este mismo tiempo, el general Gómez se había batido:

EN LA HABANA

Mes de enero.

Día 7: Ceiba del Agua.
Día 11: Mi Rosa.
Día 14: Bejucal.
Día 24: San Agustín de Mosquera.

Día 27: Santa Lucía.
Día 29: El Pilar de Durañona.

Mes de febrero.
Día 1: La Luz.
Día 18: San Nicolás o Río Bayamo.
Día 19: Moralitos (reunidos Gómez y Maceo).
Día 19: San Pablo (reunidos Gómez y Maceo, que se separaron después del combate).

EN MATANZAS

Día 24: Ingenio Socorro o Navaja.
Día 27. Alava.

Mes de marzo.
Día 9: El Algarrobo.

Como se ve, en un plazo de sesenta y dos días, entre uno y otro caudillo habían librado cuarenta y tres acciones de guerra, de mayor o menor importancia, sin contar las escaramuzas. Además, en el mismo período de tiempo, se rindieron a entrambos jefes veintidós poblaciones de importancia.

XXVIII

CAPITAN

EN Galeón, el mismo día en que me restituí al Cuartel General de Maceo, recibí mi nombramiento de Capitán, firmado por el Lugarteniente General con el visto bueno del General en Jefe y extendido con fecha 12 de febrero de 1896.

En el campamento de Galeón volví a ver a algunos de aquellos compañeros que, como yo, figuraban en el Estado Mayor de Maceo, bien desde los primeros días de la campaña, bien desde que la columna invasora saliera de la sabana de Baraguá. He dicho algunos, porque otros habían muerto en combate o se encontraban heridos en los hospitales, y otros

habían pasado a servir en distintos cuerpos. Allí se encontraban Carlos González Clavell, Adolfo Peña, Alberto Boix, Miguel Varona del Castillo, Arturo Bolívar, Alfredo Jústiz, Hugo Roberts, nuestro querido médico, los hermanos Armando y Ascenio Gómez, los hermanos Andrés y Carlos Pilot, los hermanos Pedro y Ramón Ibonet, Nicolás Souvanell y Charles Hourruitiner. Casi ninguno estaba ileso, y algunos, como Carlos González, habían sido heridos en más de una ocasión. También encontré allí a otros nuevos compañeros, entre ellos Alberto Nodarse, Ignacio Almagro, Gerardo Portela y José Palacio, que, en aquellos momentos, con un brazo recientemente fracturado, exhalaba sus quejas de dolor en las notas de la Marsellesa: "Allons enfants de la patrie", se le oía cantar entre dientes. Se encontraban también aunque de paso y mientras se les colocaba al frente de un hospital, el médico Francisco Hernández y su esposa, una joven y bella mujer llamada Luz Noriega.

Avido como estaba yo de saber los accidentes y peripecias bélicos de la invasión, ocurridos desde que me había separado de la columna expedicionaria, abrumaba con preguntas a mis compañeros, entusiasmándome con sus relatos, particularmente con los que me hacía Alberto Boix, que poseía notables condiciones de rapsoda. Fué con esta ocasión que, estimulada por un fuerte sentimiento admirativo mi imaginación, compuse el siguiente soneto, que a nadie di entonces a conocer y que hasta yo mismo había olvidado:

A MACEO

Con marcial continente y gallardía
raudo cruzas el campo de batalla
entre nubes de pólvora y metralla
invicto paladín en la porfía.

Guerrero insigne de la patria mía,
en cien combates te nimbó la gloria;
la luz del triunfo, el sol de la victoria
tu mente alumbra y tu destino guía.

Obscuro campesino en el pasado
de estrategia nociones no tuviste:
fué tu escuela la recua y el arado.

A los clamores patrios acudiste
y, héroe en la lucha desigual forjado,
de Bolívar la espada te ceñiste.

Casi coincidiendo con la llegada del coronel A, llegó por distinto camino el general Máximo Gómez, trayendo, con sus propias fuerzas, la del general Quintín Bandera; y algunos momentos más tarde, luego de conferenciar, se separó de nuevo de Maceo. El General en Jefe volvía a Las Villas y el Lugarteniente General a Pinar del Río.

XXIX

LA HABANA

ACCION DE NUEVA PAZ

HABIENDO dejado el general Maceo el campamento de Galeón en la misma tarde del día 10, nos encontrábamos el 11 en Tinajita. Temprano en la mañana emprendimos marcha hacia el ingenio Nueva Paz. Sabía el General que en el caserío de Nueva Paz se hallaba una columna española y otra en Alfonso XII, pero le interesaba llegar al mencionado ingenio a recoger un pequeño armamento que le había ofrecido el administrador del mismo. Llevaba nuestra columna una ala a la izquierda, de filas bien nutridas de infantería, con algunos escuadrones avanzados sobre Nueva Paz, y al darle vista al caserío nuestros destacamentos, los españoles abrieron el fuego. El terreno en el camino en que se encontraba en aquel momento el grueso de nuestras tropas era muy pantanoso, dificultando cualquier movimiento ofensivo, que en tales circunstancias debía ser ejecutado con rapidez, pues nos encontrábamos bajo la acción de los fusiles enemigos, por lo que hubimos de buscar lugar más apropiado, en el cual formó nuestra infantería, en tanto que el propio general Maceo permanecía en acecho con la caballería de reserva, esperando el avance de los españoles; pero éstos, temiendo

sin duda arriesgarse a cruzar el pantano, no se movieron de sus posiciones, y, como en ellas nos interceptaban el paso al ingenio, hubo que renunciar a entrar en él. Se dejaron momentáneamente algunas fuerzas frente al enemigo, y nos retiramos.

En relación con aquella acción he de referir la siguiente anécdota: cuando las balas españolas comenzaron a pasar por el Estado Mayor, se encontraban en el grupo por él formado el médico Hernández y su esposa, Luz Noriega. Comenzó en aquellos instantes a llover, y Miguel Varona, que llevaba un paraguas, se lo ofreció galantemente a la señora. Esta lo aceptó en el acto, lo abrió y, empuñando otro que ella misma tenía, se lo pasó a su marido, diciéndole con toda naturalidad:

—Toma, Hernández, no te mojes.

A todos, menos a Miguel Varona, nos pareció gracioso el lance.

En Jicotea, entre San Nicolás y Güines, donde habíamos acampado después de la acción de Nueva Paz, dispuso el general Maceo, de acuerdo con el General en Jefe, enviar a sus respectivas provincias y localidades algunos o parte de algunos de los contingentes que hasta entonces habían formado parte de la columna expedicionaria, conservando a sus órdenes personales el núcleo necesario para cruzar de nuevo al Oeste de la línea divisoria de las dos provincias occidentales y abrir la campaña de Pinar del Río. En cumplimiento de tal disposición se separaron el mismo día 13: una parte de las fuerzas de La Habana, con el general José María Aguirre a la cabeza; una parte de las de Matanzas, con el general José Lacret Morlot, y, más tarde, una parte de las de Las Villas, mandadas por el coronel Juan Bruno Zayas.

Las fuerzas con que contaba el general Maceo ahora estaban constituídas por la brigada de infantería de Quintín Bandera, la de Pedro Díaz, el regimiento Céspedes al mando del coronel Esteban Tamayo, dos escuadrones de Pinar del Río, tres escuadrones de Matanzas al mando de los coroneles Vicente y Antonio Núñez, el regimiento Palos a las órdenes del coronel Cuervo, un escuadrón de Cienfuegos mandado por el teniente coronel José Camacho y la escolta del Cuartel General. ¡Qué pomposa nomenclatura de unidades! Entre todas no sumaban

arriba de tres mil plazas, ni éstas mil o mil quinientos verdaderos combatientes por la efectividad de sus armas.

No quería el general Maceo dejar la provincia de La Habana sin antes realizar un hecho de guerra lo bastante notorio y ruidoso que sirviera de testimonio negativo a las aseveraciones del alto mando militar español (ya mandaba Weyler), que, en sus cablegramas al gobierno de Madrid y en las noticias que, como única *verdad,* facilitaba a la prensa, presentaba los territorios de La Habana y de Matanzas como a punto de ser por completo pacificados, silenciando sistemática y maliciosamente la presencia en ellos de Gómez y Maceo, y asegurando que ambos caudillos iban fugitivos, o poco menos que eso, camino de las montañas de Oriente.

No siéndole posible al general Maceo dar un golpe en Güines, proyecto que concibiera estando acampado en Jicotea, entre aquella villa y la de San Nicolás, después de la acción de Nueva Paz, por haberse enterado a última hora que contaba con mayores defensas que las que había supuesto, determinó darlo en Batabanó. Pero sobre la marcha, aquel mismo día trece.

XXX

ATAQUE Y SAQUEO DE BATABANO

HABIENDO desfilado ya aquellas tropas que debían ir a operar en sus respectivas regiones, la columna, que se podría llamar ahora columna Maceo, tomó el camino de Batabanó y fué a situarse a unos tres kilómetros de dicho pueblo, entre Pozo Redondo y el Crucero. Aquí debía esperar la caída de la noche, para que las sombras de la misma velaran cautelosas nuestros movimientos, y la sorpresa del asalto produjera mayor desconcierto y pavor entre los defensores de la plaza.

No tenía por único objetivo aquella operación el pueblo propiamente dicho de Batabanó. Maceo se proponía hacer que, mientras la guarnición española atendía, con la natural

confusión y aturdimiento, a la defensa del poblado, algunas fuerzas ligeras se deslizaran con sigilo hasta el surgidero, distante cuatro o cinco kilómetros del pueblo, con el fin de sorprender los barcos que allí se encontrasen y entrarlos a saco.

Ya anochecido, como a las siete, llegado que hubo nuestra vanguardia a una de las extremidades del pueblo, la infantería oriental, dividida en dos columnas, penetró resueltamente en él. La guarnición enemiga no se percató de la presencia de dichas tropas dentro del recinto de sus fortificaciones, sino cuando ya había comenzado el saqueo y algunos voluntarios, que paseaban sus uniformes por las calles, huían despavoridos bajo los disparos de los nuestros a buscar refugio en los fuertes y las casas aspilleradas. Producida la alarma y el corre-corre consiguiente del vecindario, los destacamentos españoles rompieron el fuego desde sus fortalezas. Pero esto no fué óbice para que los infantes de Bandera prosiguieran impertérritos su incursión por dentro del poblado, aprovisionándose en los establecimientos de cuanto habían menester, o de todo aquello que el azar les deparaba, sirviérales ó no por el momento: ya vendría después el trueque. Algunas tiendas o bodegas, cuyos dueños se mostraron recalcitrantes, fueron incendiadas.

Mientras tanto, el General, que había situado la caballería en el potrero de Quintana, con destacamentos de vigilancia en la vía férrea, en previsión de que viniera a la plaza algún tren militar de auxilio, considerando llegado el momento oportuno, despachó sobre el surgidero la caballería de Tamayo, al efecto prevenida. Pero la segunda parte de la operación, o sea la sorpresa a los barcos, fracasó, porque aquéllos, alertados con las detonaciones y el tumulto del pueblo, se habían puesto a buen recaudo, alejándose de la costa.

A las doce de la noche, el general Maceo dió orden a la infantería de Bandera de evacuar el pueblo. Estas tropas salieron cargadas de botín: cosas necesarias o útiles y cosas superfluas o inútiles, por lo menos en apariencia; pues ya he dicho que no cargaban solamente con aquello que mayor falta les hacía. Su desfile fué una escena pintoresca: yo vi a un soldado tocado con un sombrero de mujer, a otro con una

sombrilla en la mano, y otro más con una guerrera de oficial de voluntario. Se pensará: "Voluptuosidad en el pillaje." No, previsión, lecciones de la experiencia en el hambre y en la desnudez: aquella blusa de voluntario español, quitándole insignias y bocamangas, bien le podía servir a un soldado cubano, a quien nadie surtía de ropa ni de nada; aquel sombrero femenino podía ser cambiado a alguna mujer por algo de uso masculino, al igual que la sombrilla.

Las últimas horas de aquella noche las pasamos en las cercanías de Batabanó, y, habiendo emprendido la marcha a las seis de la mañana del siguiente día, fuimos a acampar, ya bastante entrada la tarde, en el ingenio de Peñalver. Aquí encontramos al general de brigada Pedro Díaz, al frente de sus fuerzas de infantería y un escuadrón de caballería. Estas tropas estaban compuestas en su totalidad de villareños, y habían quedado separadas del Cuartel General de Maceo el 19 de febrero.

El ingenio Peñalver está, o estaba, situado en el camino de Güira de Melena, que era un centro de operaciones de las columnas enemigas en aquellas comarcas. En previsión de un choque con tales columnas, o con las que se hallaban destacadas en la línea Mariel-Majana, levantamos el campo el día 15 al amanecer.

LIBRO CUARTO

CAMPAÑA DE PINAR DEL RIO

I

COMBATE DE NEPTUNO

COMO he dicho más arriba, el general Maceo había resuelto volver sin demora a la provincia de Pinar del Río, con el fin de activar personalmente las operaciones en aquel territorio. Ya por entonces los españoles comenzaban a hablar de la línea Mariel-Majana, o trocha del Mariel a Majana, como de un valladar formidable, que habría de encerrar las partidas insurrectas que se encontraban del lado occidental de la misma, impidiéndoles toda comunicación y contacto con las que operaban del lado oriental. Maceo se propuso atravesarla, si necesario era, por el sitio considerado como más inexpugnable, por encontrarse en él el Cuartel General de las tropas enemigas que guarnecían la mencionada línea: Artemisa.

En marcha rumbo occidental el día 15 de marzo, destacó el general Maceo un regimiento de caballería con el fin de que explorara por nuestro flanco derecho la vía férrea del Oeste. El grueso de nuestra columna se dirigió a la ciénaga de Majana, donde dejamos los heridos que habíamos tenido en los últimos combates, prosiguiendo e nseguida la ruta.

Se encontraba una parte del cuerpo principal de las fuerzas cubanas, con el Cuartel General, cruzando por delante de la boca, o entrada, de una especie de avenida bordeada de grandes matas de mangos que conducía a las casas del ingenio Neptuno, distante del camino unos trescientos metros, y a la izquierda del mismo, cuando su vanguardia, al intentar reconocer los edificios de la otra finca cercana, fué sorprendida por el fuego de una tropa de infantería española, apostada allí con antelación. Detuvimos la marcha, y el General me ordenó que entrara por aquella avenida a fin de hacer un

reconocimiento hasta el batey del ingenio. Lo hice, y ya muy próximo a dicho batey pude descubrir en él una numerosa fuerza enemiga, formada en batalla con el frente hacia el camino donde nosotros nos encontrábamos. Corrí a informar de ello al general Maceo, quien me envió a trasmitir al teniente coronel Eladio Bacallao la orden de que sin pérdida de tiempo se adelantara con sus fuerzas de caballería sobre la posición de los españoles, de manera de cubrir nuestro flanco izquierdo, en tanto se adoptaba nuestro plan de ataque defensivo. Estas fuerzas de Bacallao no debían dejarse ver del enemigo, ni abrir hostilidades con él, sino en caso de que el mismo intentara algún movimiento de avance.

El plan de ataque de los españoles era fácil de colegir. Rechazada la vanguardia de la columna cubana, era natural que ésta fuera a tomar posiciones en el batey del ingenio, único sitio que le ofrecía espacio bastante para desplegar sus elementos ofensivos, brindándole además los parapetos que constituían los edificios del mismo, y allí, cogida de improviso por otra fuerza enemiga, sin haber tenido el tiempo suficiente para organizar la resistencia, o la retirada, sería ametrallada y destruída por completo y a mansalva.

Nuestra situación en el primer momento era la siguiente: nos hallábamos en orden de marcha por un camino sumamente estrechos, que nos obligaba a una enorme profundidad en las hileras. Teníamos delante, obstruyéndonos el paso, una columna española ya en contacto con nuestra avanzada, a la cual atacaba de frente y por el flanco derecho. Al flanco izquierdo, a nada más que trescientos metros distante, otra fuerza enemiga, con seguridad la fracción mayor de la misma columna, formada en batalla y el arma requerida, pronta a entrar en acción. Frente a las líneas de esta última fuerza, se encontraba una parte del cuerpo principal de la nuestra con el Cuartel General. La otra parte del mismo y el resto de las tropas, inclusive la impedimenta—la obligada multitud de hombres desarmados—y la retaguardia, sin poder avanzar ni desplegarse, inmovilizados en el desfiladero y expuestos a ser separados del núcleo total por un movimiento del enemigo hacia el camino. Esta situación, como se ve, no podía ser más

difícil y peligrosa. Pero no se prolongó por mucho tiempo, sino que en ella se operó de súbito una mutación radical y favorable: el regimiento aquel, enviado a la montaña en servicio de flanqueo sobre la vía férrea del Oeste, hizo en tan supremos momentos su aparición en la escena. Esta caballería, al regresar de su incursión, traía un rumbo convergente, a la derecha, con el sitio donde se encontraba bregando nuestra vanguardia y, habiendo oído el rumor del combate, ocudió a él con presteza, y cargando con ímpetu al enemigo lo desalojó de sus posiciones, abriéndonos paso. Quebrantada la oposición del enemigo que teníamos al frente y al flanco derecho, quedaba asegurada la libertad de nuestros movimientos.

Debió de haberse dado cuenta la columna, o la parte de la columna española de Neptuno, de que la otra fracción se había visto obligada a ceder el terreno, porque inmediatamente que cesó el fuego delante de nosotros, intensificó ella el suyo, haciendo nutridísimas descargas de fusilería y disparos de cañón, y aún intentó moverse hacia el desfiladero, obligando a los jinetes de Bacallao a entrar en función. Maceo le presentó la masa de toda la caballería que tenía a mano y, habiéndola obligado a detenerse, se la desplegó luego al frente y a todo lo largo de sus líneas, en espera de la infantería villareña de Díaz. Estas tropas tenían a su cargo la custodia de la impedimenta. Cuando llegaron, Maceo sustituyó con ellas la caballería, que a su turno tomó a su cuidado la protección de la referida impedimenta, y se retiró; luego, habiendo llegado la infantería oriental de Quintín Bandera, relevó con ella la de Díaz, que marchó a tomar posiciones a vanguardia en San León de Toscano, en previsión de que el enemigo quisiera, siguiendo nuestras huellas, presentarnos otra fase del combate; y, por último, no habiendo podido reunírsenos el escuadrón de Cienfuegos, mandado por el coronel Camacho, que cubría la retaguardia, el General en persona, con su Estado Mayor, su Escolta y el regimiento Céspedes, permaneció de centinela frente al enemigo, protegiendo la retirada general. La columna española no salió del ingenio Neptuno, y nosotros acampamos ese día 15 del lado de allá de la trocha de Mariel a Majana, o sea en territorio pinareño.

El coronel Camacho se nos volvió a reunir en la mañana del siguiente día.

En el combate de Neptuno presencié un caso que me pareció insólito: en los momentos en que nuestra impedimenta desfilaba, en la forma que antes he dicho, el fuego de los españoles se había hecho tan atronador y copioso, que algunos individuos de aquella inerme muchedumbre, perdiendo la moral, se dieron a la fuga. Uno de ellos cayó a mi vista. Corrí hacia él y me desmonté, con el fin de ayudarlo a ponerse de pie, si únicamente estaba herido. Pero no, no tenía ninguna lesión exterior, ninguna bala lo había tocado, y, sin embargo, estaba muerto. El médico que reconoció su cadáver me explicó que se trataba de un enfermo de angina, y que la sofocación producida por la carrera le había ocasionado la muerte.

En Esponda, lugar enclavado en el término de Artemisa, donde pernoctamos, expidió el general Maceo las órdenes oportunas para que los distintos jefes de fuerzas cubanas que se movían por la jurisdicción de San Cristóbal y montes del Rosario concurrieran a la zona de Cayajabos, donde él se proponía establecer su Cuartel General, y en la mañana del siguiente día, o sea el 16 de marzo, emprendimos marcha rumbo a este último paraje.

Hasta ese momento, las únicas noticias adquiridas por el General, respecto al enemigo, se reducían a señalar las operaciones de avituallamiento de las plazas de San Cristóbal y Candelaria, por tres o cuatro columnas en combinación.

Entre la una y las dos de la tarde hicimos alto en el potrero Galope, con la intención de proseguir camino luego de un breve descanso. Mas, habiéndose desatado en el mismo instante un aguacero torrencial con fuertes vientos, que habría hecho muy penosa la continuación de la marcha, resolvió el general Maceo esperar allí a que el tiempo amainara un poco. En consecuencia, y después de haber sido colocados los puestos de prevención necesarios, se desensillaron los caballos y se les quitaron los arreos a las acémilas; y cada cual procuró ponerse de algún modo al abrigo del chaparrón.

La casa en que se había guarecido el General con su Estado

Mayor estaba situada a muy corta distancia de la calzada de Candelaria. Alrededor de aquélla habían improvisado sus cobijas la Escolta del Cuartel General, un escuadrón del regimiento Céspedes, un escuadrón del regimiento Cienfuegos y algunas secciones de la infantería villareña. El núcleo principal de esta infantería, bajo el mando del brigadier Pedro Díaz, se encontraba a mayor distancia hacia el Oeste, y la infantería oriental, mandada por el brigadier Quintín Bandera, más alejada aún hacia el Sur. Entre estas dos fuerzas de infantería y el Cuartel General se hallaban las de caballería.

II

COMBATE DE GALOPE

CONTINUABA desatándose furioso el vendaval, cuando, dominando el ruido de la lluvia y del viento, se oyó el de un disparo de artillería seguido de otros más y el de una formidable crepitación de fusiles en actividad, tan próximos a nuestro campo que se pudo creer que éste estaba siendo asaltado por numerosas fuerzas enemigas, a lo que agregaban mayor similitud los proyectiles que, todavía con las sonoras vibraciones metálicas con que iniciaran sus trayectorias en las estriadas recámaras de los fusiles, cruzaban por entre nuestros improvisados albergues. Con la festinación que es fácil concebir, y al toque presuroso de botasilla, todos corrimos a las armas y a preparar las monturas. El general Maceo, antes que nadie a caballo, empuja, con las palabras, con los ademanes y con su ejemplo mismo, pelotones de jinetes y secciones de infantes—los que primero han montado, los más prontos en empuñar las armas—en la dirección en que se oyen las detonaciones. El enemigo no se encontraba dentro de nuestro campamento, pero sí muy próximo al mismo.

Los primeros en acudir a su encuentro, con el propio general Maceo a la cabeza, lo hallaron sobre un tramo de la calzada, donde existía un puente llamado Yaguaza, formado

en orden de batalla y humeantes las bocas de sus fusiles y cañones.

Lo ocurrido había sido que la columna española iba de marcha para Candelaria, sin duda bien ajena de nuestra presencia en Galope, y al aparecer su vanguardia a la vista de nuestro puesto avanzado del Levante, éste había abierto fuego para dar el alerta al campamento; pero el ruido de sus detonaciones había sido apagado por el estruendo de la lluvia.

Empeñada la acción con las primeras de nuestras fuerzas en llegar, no empece su pequeñez numérica, otras y otras fueron acudiendo con la mayor prontitud posible, y el General se colocó con ellas al flanco izquierdo del enemigo, tomando la ofensiva con resolución. En la primera arremetida desalojamos a los españoles del puente de Yaguaza y de una parte del tramo de calzada, y estuvimos a punto de acuchillar varias compañías de su retaguardia, que debieron su salvación a que alrededor del mencionado puente había una profunda hondonada, que la lluvia había transformado en un verdadero lago, y era necesario pasar por debajo de aquél, cruzando una alambrada, para llegar al terreno firme, con la lentitud y la demora consiguientes.

Desalojado el enemigo de su primera posición, se hizo fuerte algo más adelante, donde se defendía con singular bravura y firmeza de los repetidos asaltos de la caballería cubana que, estimulada por el arrojo del Cuartel General y la Escolta de Maceo, lo acosaba, ya por un lado, ya por el otro. Nuestros infantes rivalizaban con los jinetes haciendo prodigios: con los machetes en alto, y muchos de ellos agitando sus sombreros en las bocas de los fusiles, a guisa de banderines, como si estuviesen ya poseídos del espíritu jubiloso de la victoria, llegaban en sus acometidas tan cerca de las líneas de los españoles, que unos y otros adversarios se escupían injurias en pleno rostro.

Una pieza de la artillería enemiga ha estado a punto de caer en nuestras manos, abandonada un momento por su dotación, obligada a hacer uso de sus carabinas y, por último, a retirarse.

—¡A coger ese cañón!—, gritó Maceo.

A su voz una treintena de hombres se lanzaron a la carrera hacia la abandonada pieza. Yo me arrojé de mi caballo y, adelantándome a los demás, llegué hasta el cañón, hasta tocarlo materialmente con mis manos, y desde allí le grité al coronel Camacho, que venía al frente de nuestros hombres:

—¡Aprisa, aprisa, Coronel!

Mas, segundos después, el enemigo abrió un fuego tremendo, tomando como punto de mira el cañón, y las secciones de Camacho hubieron de detenerse, primero, y retroceder luego. Corrí enfurecido hacia ellas, y, encarándome con Camacho, lo increpé diciéndole:

—¿Cómo es eso, Coronel, que se retira usted sin que cojamos el cañón?

Y Camacho, que estaba, al igual que yo, irritadísimo por verse obligado a retroceder sin capturar aquella pieza, me contestó con un terno:

—¿Con qué c... quieres tú que vayamos a coger el cañón? ¿No ves c..., que no tenemos parque?

¡Oh, aquella desdicha de la falta de municiones que tantas veces nos impidió completar una victoria!, ¡que en tantas ocasiones nos compelió a la retirada, encontrándose entera, incólume, la moral de nuestras incomparables tropas! Varias compañías enemigas avanzaron y recuperaron su cañón.

Había ya cesado la lluvia y calmádose la borrasca de la atmósfera, pero no la de la batalla, que seguía rugiendo en aquel tramo de la calzada de Candelaria y cuyo aliento de plomo caldeaba cada vez más la sangre que restaba aún en las venas de los combatientes. Mas, al fin, la columna española, después de tres horas de aquel rudo batallar y de tantas pruebas de valentía, y de tan grande consumo de vitalidad, hubo de ceder el terreno y declararse en franca retirada.

Pero no debió ser aquélla la última fase del combate: su episodio final hubiese sido el total aniquilamiento del enemigo, de haberse observado con exactitud las disposiciones del general Maceo. El General había enviado orden al brigadier Pedro Díaz de situarse con su infantería villareña sobre la calzada, de modo de poder batir a los españoles por su vanguardia; pero, bien fuera porque el ayudante que trasmitió

dicha orden la hubiese entendido y trasmitido erróneamente, o bien fuera porque el brigadier Díaz la interpretara mal, el caso fué que dicho brigadier tomó una posición distinta y casi fuera del campo de batalla y del camino que era lógico suponer que habría de seguir la columna enemiga. En cuanto a la infantería oriental—al mando del brigadier Quintín Bandera—, que debía atacar a aquélla por su flanco izquierdo, a causa sin duda de algún otro error u omisión en la trasmisión de las órdenes del General, permaneció inactiva todo el tiempo que duró la acción. Este jefe dió como excusa de su inactividad la de que, no conociendo aquellos terrenos, había estado esperando en vano que el Cuartel General le indicara la posición que debería tomar.

Tendían aquellas medidas del general Maceo a obligar a los españoles a dejar la carretera y echarse por las sabanas que tenían a la derecha, donde, atacados de frente y flanco izquierdo por la infantería de la columna cubana, y a retaguardia y flanco derecho por su caballería, hubiesen tenido que rendir las armas o perecer.

Tal embrollo en la trasmisión de las órdenes del general Maceo, durante la batalla de aquel día, es justificable teniendo en cuenta la precipitación con que hubieron de dictarse, en un momento en que nuestro campo, el mismo Cuartel General, se consideró invadido, y que el propio Maceo en persona hubo de atender a reunir los primeros elementos de combate para detener la invasión. Por otra parte, el General comunicaba sus disposiciones, por lo común, en voz tan baja, que en ocasiones se hacía ininteligible; y sobre esto, no gustaba de que se las hicieran repetir. Era necesario, pues, poseer un oído muy fino y atento para percibir, en medio del estrépito de las detonaciones, lo que decía, o, en su defecto, una intuición asaz viva para, coordinando una sílaba escuchada claramente, con las condiciones topográficas del campo de batalla y el arma del jefe a quien el mensaje iba dirigido, deducir, y acertar si se estaba de suerte, la operación que ordenaba ejecutar. Puedo afirmar, sin jactancia alguna, que yo nunca equivoqué una de sus órdenes. Y cuente que el General me empleaba con mayor frecuencia que a cualquiera

otro ayudante, como no fuera Carlos González Clavell. Pero yo lo había estudiado bien y conocía sus miradas, el movimiento de sus labios y de sus manos durante el combate. Yo tenía la costumbre, en tales circunstancias, de colocarme cerca de él, de modo que la cabeza de mi caballo estuviera a la altura del vientre del suyo, y cuando él llamaba "un ayudante", por poco perceptible que fuera su voz, yo lo oía y, picando mi caballo, me adelantaba lo suficiente para escuchar la orden que deseaba trasmitir. Pero no siempre el General reclamaba de viva voz un ayudante: en ocasiones sacaba un brazo hacia fuera, con la palma de la mano vuelta hacia abajo, que significaba lo mismo: un ayudante, y en este caso yo estaba más pronto que cualquiera otro oficial a recibir la orden. Muchos de mis compañeros del Estado Mayor tardaron bastante tiempo en darse cuenta del valor de aquel ademán de Maceo.

Pero si el ayudante o los ayudantes, encargados de trasmitir las órdenes del General a los brigadieres Díaz y Bandera, pudieran tener disculpas por las razones antes enumeradas, no tenían justificación posible aquellos jefes superiores, los cuales, de acuerdo con sus altas jerarquías militares, debieron discurrir con mayor acierto, dándose cuenta, el uno, de lo inverosímil de una disposición que, alejándolo del campo de batalla, privaba a las demás fuerzas del concurso de las suyas; y el otro, de que, salvo una disposición superior más concreta, la voz de los cañones y los fusiles es una orden. La falta de un conocimiento previo del terreno, tampoco podía servirle de disculpa, porque, aparte de que el fragor de la batalla le indicaba el rumbo, podía, a medida que se aproximaba a ésta, ir estudiándolo. Por lo demás, es eso lo que hace comúnmente toda fuerza militar en operaciones, sean o no de guerra.

Sin embargo, tanto el brigadier Pedro Díaz como el brigadier Quintín Bandera eran militares de honor: ninguno de los dos acostumbraba rehuir el peligro, y en particular del último se puede decir que amaba el combate.

Después de la acción, oí al General echar en cara con violencia al coronel A su poco edificante comportamiento en la

pelea. Tengo para mí que fué una injusticia hija de la prevención ya existente contra dicho jefe, pues yo lo vi comportarse perfectamente aquella vez. No era A quizá realmente un hombre cobarde. Durante la campaña de invasión, unas veces a las órdenes del general Gómez y otras a las del propio Maceo, siempre, según los informes que obtuve más tarde, se había conducido con valor; de lo que conjeturé que las actitudes que yo le había visto asumir frente al enemigo, durante el tiempo que estuve a su lado, no eran producto de un miedo físico personal, sino del temor moral a las responsabilidades, consecuencia de la falta de confianza en sus propias dotes y conocimientos tácticos.

Terminada la acción de Galope, y antes de entrar en Candelaria, la columna española tuvo que sostener un nuevo choque con uno de nuestros escuadrones, enviados a practicar reconocimientos, al mando del capitán Rosendo Collazo.

La victoria en Galope nos habría abierto las puertas de Candelaria, pues la acción había tenido lugar a cinco kilómetros de dicho pueblo, cuya poco numerosa guarnición no nos hubiera podido resistir.

III

ACCIONES DE LABORI, LA MERCED DE VIGIL Y CAYAJABOS

ESTAS tres acciones se podrían considerar como fases de una sola batalla, que duró desde las primeras horas de la mañana hasta las primeras sombras de la noche, pues, si bien es cierto que se efectuaron en diferentes sitios, lo fueron en un mismo día, y las distintas columnas enemigas con las cuales hubimos de contender operaban en combinación y con un mismo objetivo.

Fué el escenario de aquella función bélica un espacio de terreno de unos veinte kilómetros de largo por unos catorce o quince de ancho, al Norte de la carretera de Candelaria, en el cual estaban o están comprendidos, entre otros, los lu-

gares siguientes, mencionados por orden de menor a mayor distancia: ingenio Flora, asiento de la finca de Frías, Montroite (o Montesino) y el ingenio Lahorí (o Laborí), al N.; la Merced de Vigil y el destruído pueblo de Cayajabos, al E.N.E.; y la Esperanza, y la Merced de Lombillo, al N.E. La situación en él de las fuerzas españolas, el día 18 de marzo, era la siguiente: tres columnas, al mando de los generales Linares y Suárez Inclán y del coronel Sánchez Hechavarría, viniendo de distintos lugares, se encontraban en el ingenio Flora; una columna, al mando del coronel Hernández de Velasco, en Montesino, y otra columna, al mando del coronel Eduardo Francés, en la Merced de Lombillo.

El general Maceo, que, en la noche del día 16, después de la acción de Galope, había acampado en Berrendo, al Sur de la carretera, a ocho kilómetros de Candelaria y a doce de San Cristóbal, levantó el campo en la madrugada del 18, y, luego de haber marchado un par de horas por la misma carretera, dejó esta vía en un punto situado entre los dos mencionados pueblos, para encaminarse al Rubí por el cafetal de Frías y Cayajabos.

Maceo ignoraba la distribución de las fuerzas españolas a que antes se ha hecho referencia. Tan sólo sabía, por informes del último momento, que a Candelaria habían llegado, la noche del 17, dos columnas, uniéndose allí con la que el 16 habíamos batido en Galope, y que otras habían entrado en San Cristóbal, Artemisa y Guanajay. De este inusitado movimiento de tropas infirió que el enemigo se proponía desarrollar contra él un vasto plan de operaciones combinadas, quizá con el propósito de coparlo con elementos irrebatiblemente superiores, coordinados dentro del estrecho arco allí formado por las cuatro poblaciones de la carretera: Guanajay, Artemisa, Candelaria y San Cristóbal, al que sirve de cuerda la sierra del Rosario. Hecha esta conjetura, se propuso el general Maceo obrar de acuerdo con la circunstancia.

La capacidad combativa de las tropas de Maceo había quedado muy mermada, como consecuencia de la acción del día 16, no tanto por las bajas en ella sufridas, aunque no fueron pocas, como por el gran consumo de municiones: con todas

las que quedaban en nuestras cartucheras no se habrían podido parquear de modo regular más de seiscientos hombres.

En tales condiciones, si nos enfrentábamos con los cinco o seis mil soldados que podían sumar las cinco columnas españolas reunidas, nuestra inferioridad resultaría abrumadora. El general Maceo resolvió presentarles combates parciales, batiendo cada una de ellas por separado, en una sucesión de rápidos movimientos, procurando tener siempre a sus espaldas nuestra gran plaza fuerte: la Cordillera Occidental.

El primer contacto con el enemigo se efectuó entre ocho y nueve de la mañana (18 de marzo). Marchábamos nosotros, con todas las precauciones que la inminencia de un choque requería, por el camino del asiento de Frías a Laborí. Llevábamos la caballería delante, formando la cabeza de la columna y haciendo el servicio de descubierta y de reconocimientos a ambos flancos y a retaguardia; el Cuartel General con la Escolta y el regimiento Céspedes constituían el centro, y la cola la infantería, cuando al llegar a Montesino, en las inmediaciones del ingenio Laborí, avistamos una tropa española a nuestra izquierda, marchando por la orilla de un palmar, al parecer en el mismo rumbo que nosotros. Era la columna de Hernández de Velasco, la que, al recibir los primeros disparos de nuestras secciones delanteras, se recogió al palmar, contestando desde allí con fuego de cañón.

Maceo desplegó frente al palmar algunos pelotones más, con orden de irse replegando despacio, y él, con el resto de las fuerzas, fué a tomar posiciones algo más distante y ya dentro de los terrenos del ingenio. Allí situó la infantería, protegida por los espaldones de un corral, cubriendo nuestra izquierda, envió la caballería a desplegarse pie a tierra en un espacio de terreno accidentado y cubierto de malezas, a la derecha, y él, con el Estado Mayor, la Escolta y el regimiento Céspedes, ocupó el centro.

La columna española continuó cañoneándonos mientras adelantaba algunas compañías desplegadas en guerrilla por su izquierda. Este movimiento parecía encaminado a envolver nuestro flanco derecho, por cuanto, habiendo sido paralizadas aquéllas, fueron reforzadas por otras, que a la vez hubieron

de detenerse y replegarse bajo el fuego certero de nuestros jinetes convertidos en dragones. Igual negativo resultado le dió al enemigo otro intento de rebasar por su derecha las posiciones de nuestra infantería, pues hubo de encararse con el regimiento Gómez, que lo rechazó, escarmentándolo severamente.

Mientras tanto, ya habían transcurrido más de dos horas de duro pelear. Nuevos contendientes podían presentarse de un momento a otro en el campo de batalla, atraídos por el fragor que de él se levantaba, y decidir la suerte al punto y a su favor con elementos incontrastables. Habíamos ya sufrido sensibles bajas, y no era cosa, por otra parte, de agotar en una sola función nuestro reducido parque. Esto nos hubiese obligado a abandonar aquel palenque elegido por el enemigo, esquivando todo otro encuentro con él durante la jornada. Y esto era todo lo contrario de lo que se proponía Maceo. El General, como antes he dicho, quería que, al frustrar el plan de los españoles para coparlo, cada una de las columnas combinadas en la operación fuera hostilizada.

En tal virtud, se dió orden de retirada: primero desfiló la caballería, protegida por la Escolta y el regimiento Céspedes, después el Cuartel General y por último la infantería.

El enemigo seguía cañoneándonos con la ineficacia de siempre. Los jefes del ejército español no se convencieron nunca de la inutilidad del arma de artillería contra un adversario que se batía en orden disperso.

Fué en esta ocasión que pude yo observar lo relativamente lenta que es la marcha de un proyectil de cañón. Al menos, esto era así en aquella época, y no creo que fuera peculiaridad de la artillería española.

Nos hallábamos Carlos González Clavell y yo detenidos por el momento en lo alto de la colina, él a caballo y yo pie a tierra. Mirábamos con atención hacia el punto donde sonaban los disparos de las piezas enemigas. De pronto, tras una de aquellas detonaciones, vimos moverse en el espacio, corriendo hacia la colina, algo que a primera vista pareció como un jirón de niebla, pero que en cuestión tal vez de

fracciones de segundo, y según se aproximaba, adquiría un color grisáceo y una forma cilíndrica: era un proyectil.

—Viene hacia nosotros—exclamó mi compañero, inclinándose en ademán de desmontarse, con la vista fija en aquella oscura masa que, cual un enorme moscardón, se acercaba con velocidad, haciendo un ruido siniestro.

—No, no me desmonto; sí, ¡caramba!

Se desmontó al fin, y la bala pasó a media vara de altura sobre su caballo.

Poco después vi otro de estos proyectiles que en su parábola parecía venir a caer justamente encima del general Pedro Díaz, que cabalgaba en ese instante un tanto destacado de sus fuerzas de caballería.

Al abandonar el campo de Laborí, el general Maceo se dirigió con sus fuerzas hacia la Merced de Vigil, conjeturando encontrar por aquel rumbo alguna o algunas de las columnas españolas que habían pernoctado en Candelaria y San Cristóbal.

Cuando llegábamos a la Merced sonaban detonaciones a nuestras espaldas: algunos pelotones de caballería, que habían sido dejados de guardia sobre el camino, se replegaban, tiroteando a la columna de Laborí que nos seguía por el rastro. Se enviaron algunos pelotones más a reforzar los primeros, de manera de hacer más lento el avance del enemigo, mientras el resto de las fuerzas se situaba convenientemente.

Maceo estableció una línea de posiciones que, apoyándose en terrenos de la Merced, corría inclinándose al E.N.E., en dirección a Cayajabos, siempre con la mira de tener franco acceso a la cordillera.

La infantería, ahora nuestra arma más sólida, ocupó el flanco derecho, por donde más inminente parecía el nuevo contacto con el enemigo; el Cuartel General, con la Escolta y el regimiento Céspedes a él afecto, se colocó en el centro, y la caballería a la izquierda.

Treinta o cuarenta minutos después se reanudaba el combate. La nueva columna española, al recibir las primeras descargas de nuestros infantes, hizo, como la de Laborí, funcionar su artillería, la cual ya no dejó de tronar durante toda

la acción. Al mismo tiempo iba desplegando sus elementos y extendiéndose en línea paralela a la ocupada por nosotros, con intención sin duda de desbordarnos por el flanco derecho: Maceo envió hacia allí al regimiento Céspedes como refuerzo, y el movimiento del enemigo fué pronto neutralizado. El fuego se mantenía de posiciones a posiciones, cuando nuestras patrullas de reconocimiento llegaron a informar que otras tres columnas enemigas marchaban rumbo a la Merced: eran las de Linares, Suárez Inclán y Sánchez Hechavarría. Estas tropas españolas, como ya se ha dicho, se habían reunido en la Flora. Allí oyeron el ruido del combate que se libraba en Laborí y emprendieron marcha hacia aquella dirección, haciéndolo, según supimos más tarde, Suárez Inclán y Sánchez Hechavarría por la derecha, faldeando la sierra, rumbo a la Merced de Lombillo y la Esperanza, y Linares en línea recta al mencionado ingenio de Laborí. Al llegar a este lugar, después de terminada la acción, y escuchar otra vez las detonaciones de cañón sonando ahora a sus espaldas hacia Vigil, retrocedieron presurosamente tomando el mismo camino que antes recorriéramos nosotros y la columna Hernández de Velasco.

El general Maceo destacó el regimiento Palos al encuentro del nuevo poderoso adversario, con el fin único de embarazar su marcha, pues que ninguna otra cosa de mayor empeño podía realizar; ordenó que el Pinar del Río, flanqueando por la izquierda de los españoles antes de la llegada de las nuevas columnas, fuera a situarse en la calzada de San Cristóbal, y envió la infantería a marcha forzada a tomar posición en Cayajabos. El, con el Cuartel General, la Escolta y el regimiento Céspedes, quedó por algunos momentos frente al enemigo en Vigil, protegiendo el desfile de la infantería. Después se dirigió también a Cayajabos, diciendo con acento festivo:

—Vamos a recibir la visita de los Panchos de Guanajay.

El movimiento mandado a ejecutar por Maceo sobre la carretera de San Cristóbal tenía dos objetos, militar uno y político el otro. En primer lugar tendía a descongestionar el campo de tropas enemigas, induciendo a sus jefes a enviar

parte de ellas en socorro de aquella plaza en apariencia amenazada, y darles, en segundo lugar, a los habitantes de la misma y a los de las otras poblaciones próximas de la calzada, una impresión engañosamente favorable de nuestras fuerzas, puesto que, empeñados como nos encontrábamos en una acción contra cinco o seis mil soldados españoles, aún nos sobraba pujanza para acometer una de sus plazas distante nada más que cinco o seis kilómetros del campo de batalla.

Ya en la vecindad de Cayajabos, nuestra vanguardia avistó la otra columna de "los Panchos" de Guanajay prevista por Maceo. Esta fuerza venía comandada por el coronel Eduardo Francés.

El pueblo de Cayajabos, que en aquellos días estaba en ruinas como consecuencia de la guerra, se componía de unas cuantas casuchas y la iglesia, que se apretujaban en un estrecho rellano formado por las primeras estribaciones meridionales de la cordillera oriental. Para llegar a él, caminando en la dirección que lo hacíamos nosotros en aquellos momentos, es preciso atravesar, ya en sus inmediaciones, un espacio de terreno en suave pendiente, cortado aquí y allá por pequeños cauces secos: zanjas y hendiduras de escasa profundidad, pero que no obstante embarazan el paso de una tropa. El caserío, enclavado justamente en el punto al Norte donde se inicia la depresión, domina todo aquel frente en una extensión de no menos quizá de un kilómetro. Al Este y al Oeste continúa alto el terreno, elevándose algunas cumbres a ambos lados.

La entrada en Cayajabos, viniendo del Sur, se hace por un camino de tierra apisonada que pasa al pie de la iglesia, prosigue por el centro del poblado y va a entroncar con una especie de senda natural que se prolonga, elevándose hacia el Norte, por entre lomas de poca altura y mezquina vegetación. Abunda el espartillo.

Mientras nuestra vanguardia abría el combate en el mismo camino de Guanajay que traía el enemigo, las demás fuerzas coronaron la altura de Cayajabos. Todos los hombres que aún podían disponer de algunas municiones, infantes y jinetes a pie en números de unos trescientos, fueron colocados por

Maceo detrás de los muros derruídos de las casas, entre los corrales y vallados y en todos aquellos sitios desde donde mejor se dominaba la subida al pueblo. Entre las fuerzas que aquel día me llamaron la atención, por su gallarda manera de pelear, se encontraba el grupo de los jóvenes "Pineros", de quienes con tanto encomio había oído hablar y a cuyo frente se hallaba Plácido Hernández. Todos eran aún casi niños. Las gentes que no estaban en condiciones de combatir, las envió el General con una pequeña escolta a alguna distancia a retaguardia, y él, con sus ayudantes de campo armados de rifles, algunos de los hombres de su escolta y otros tiradores escogidos, se situó entre los paredones de la iglesia en ruinas, que venía a ser la llave de la posición.

Serían las dos de la tarde cuando la descubierta del enemigo, cuya aproximación venía siendo señalada por las secciones de infantería que antes constituyeran nuestra vanguardia, se nos presentó a la vista adelantándose a reconocer las ruinas del pueblo. Nosotros la dejamos acercar guardando la más absoluta quietud y silencio, y, de repente y a quema ropa, de toda nuestra línea partieron sobre ella certeros los disparos, obligándola a retroceder. Mientras tanto, toda la columna española desembocaba y se extendía en líneas de batalla frente a nuestras posiciones abajo en la llanada.

El fuego adquirió pronto máxima intensidad por parte del enemigo. Crepitaban a la vez un millar de Maüsers, cuyos proyectiles, cruzando silbantes el espacio, venían a acribillar los desportillados edificios del pueblo; rebotaban en las piedras de los cercados, echando al suelo de cuando en cuando alguno de nuestros peones; o, no alcanzando la altura del altozano que nos servía de parapeto, pegaban con amortiguado ruido en el barro movedizo de las escarpas; y tronaba la artillería. El estruendo de las descargas de las tropas españolas apenas dejaba oír las detonaciones de nuestros disparos individuales. Contando con muy escasas municiones, procurábamos economizarlas apuntando bien y tirando poco.

Había transcurrido un par de horas. El enemigo que, después de algunos movimientos de tanteo a derecha e izquierda de nuestra posición, se había dado cuenta de la impo-

sibilidad de tomarla en tanto no quebrantara la resistencia organizada dentro de los muros de la iglesia—situada, como ya se ha dicho, junto al camino que da acceso al poblado—, concentró en aquel punto su fuego de cañón. Los impactos de los pesados proyectiles se sucedieron, por espacio de cuarenta minutos, en aquellos paredones detrás de los cuales se encontraba un puñado de tiradores, de los que el propio Maceo era uno. En ocasiones los disparos de la artillería española eran hechos tan bajos, que las balas, horadando los muros a tres o cuatro pies de altura, nos pasaban al nivel de las piernas, del vientre o de los hombros. Otras veces pegaban arriba en la parte superior, arrancando pedazos de pared que caían sobre nuestras cabezas, y la pulverizada argamasa del ruinoso templo nos cegaba por instantes.

Mientras tanto, nuestras filas se habían debilitado considerablemente. A las bajas sufridas había que sumar un gran número de individuos que se habían retirado a retaguardia por falta absoluta de parque.

Reducidos a fragmentos los muros de la iglesia, como resultado del copioso bombardeo a que había sido sometida, la columna española se lanzó al asalto. Un par de compañías se adelantaron, con las bayonetas caladas, por el camino en pendiente. Nosotros, de pie unos, escudados en los trozos de muro que aquí y allá sobresalían de la masa de escombros, y rodilla en tierra o echados de bruces los otros, detrás de cada piedra y de cada rimero de cascajo, las dejamos aproximar lo suficiente, y entonces rompimos sobre ellas un fuego mortífero. Algunos de nuestros tiradores hicieron un blanco por cada disparo.

Diezmadas y descompuestas, aquellas tropas hubieron de vacilar y retroceder; pero otras más numerosas unidades acudieron a sostenerlas y a llenar los huecos que nuestro plomo había causado en sus filas. El asalto se reanudó y fué ahora incontenible. Los españoles, no obstante el gran número de bajas que les causaba nuestra tenaz resistencia, avanzaron resueltos hasta nuestra demolida fortaleza de la iglesia, donde todavía algunos de los nuestros hubieron de defenderse en lucha cuerpo a cuerpo.

En aquella brega brazo a brazo, uno de los ayudantes del general Maceo, Nicolás Souvanell, casi un niño, menudito de cuerpo, fué agarrado por un robusto soldado español, del cual se libertó gracias a la agilidad y destreza que le eran peculiares.

Arrojados finalmente de Cayajabos fuimos a tomar posición más adelante hacia el Norte, en la calzada natural de que más arriba he hecho mención: allí continuó el combate por espacio de una hora más. La llegada de otra columna española, la del general Linares, y las sombras de la noche le pusieron fin. El enemigo vivaqueó en Cayajabos y nosotros marchamos a las lomas de Rubí.

De la acción de Cayajabos, donde con tanto denuedo combatimos unos y otros, cubanos y españoles, he de referir, para completar su narración, la siguiente ocurrencia: en los momentos en que el enemigo escalaba el último tramo de la pendiente que daba acceso a nuestra posición, se destacaba varios pasos adelante, jinete en un hermoso caballo oscuro, un oficial, quizá capitán de una de las compañías de asalto. Era un hombre fornido, de ancho tórax y vigorosa cabeza, y de poblada barba negra. Avanzaba altivo y arrogante, cuando ya a cosa de siete u ocho metros de nosotros, alguien, a tiempo que encañonándole el rifle disparaba, le gritó:

—¡Viva Cuba libre!

—¡Vivan mis c...!—respondió insolente el español, continuando impávido hacia adelante.

IV

ACCION DE EL RUBI

LAS lomas de El Rubí forman parte de la cordillera oriental, mejor conocida por la sierra del Rosario, en su porción más septentrional, frente a la bahía de Cabañas. En el sitio donde nosotros acampamos en la noche del 18 de

marzo, después de la acción de Cayajabos, tenía por entonces el coronel Pedro Delgado, en reserva, ocho o nueve millares de municiones, un taller para la reparación de las armas y un hospital de sangre. Al día siguiente tuvo noticias el general Maceo de que una columna española, viniendo de la costa, se encontraba a poca distancia de nuestro campamento, detenida por el mal tiempo reinante a la sazón. En previsión de que el enemigo tuviera el propósito de venir a sorprender los mencionados establecimientos, suponiéndolos poco protegidos, se tomaron las precauciones de rigor. Con el parque del coronel Delgado se municionaron en parte nuestras tropas, cuyas cartucheras habían quedado vacías en Cayajabos.

En el campamento de El Rubí ordenó el general Maceo al coronel Esteban Tamayo retroceder a la provincia de La Habana, con el fin de realizar operaciones, principalmente sobre Hoyo Colorado y Marianao. Las fuerzas con que se separó Tamayo estaban constituídas por el regimiento Céspedes, del cual era jefe natural, los escuadrones de Palos, mandados por Cuervo, los de Matanzas por Vicente Núñez, y las fracciones que quedaban del regimiento Guá. En total unos trescientos hombres, pues las mencionadas unidades habían quedado muy diezmadas en los combates, de modo especial el regimiento Céspedes, que de quinientas plazas que contaba al comenzar la Invasión estaba reducido a doscientas.

Con la separación del coronel Tamayo, tan sólo quedaron en El Rubí, a las órdenes inmediatas del general Maceo, unos quinientos hombres escasamente, pues, aunque citadas por él allí, las distintas fuerzas locales de la provincia, una vez que les hubo dado instrucciones a sus respectivos jefes, las despachó de nuevo a sus comarcas.

El día 20, entre ocho y nueve de la mañana, nuestras exploraciones acusaron la presencia del enemigo marchando por el camino de El Rubí. Todas nuestras fuerzas se apercibieron al combate, que abrió el coronel Pedro Delgado, con dos compañías de infantería y algunos jinetes, contra la vanguardia española. Pocos momentos después penetraba toda la columna en los montuosos terrenos de El Rubí, por una vereda que le daba acceso hacia el Norte, haciendo resonar la serranía

con el ruido de sus descargas, mientras nuestros ágiles y adiestrados cazadores, distribuídos en pelotones, en pequeños grupos y hasta en simples parejas, y situados desde antes en los puntos menos accesibles y mejor abrigados, la acosaban desde todas partes: de cada loma, de cada quebrada, de cada macizo de árboles y de cada peñasco partían los proyectiles de los mambises. Allí no se oían voces de mando. Nos movíamos y disparábamos a discreción. Cada soldado era un jefe y cada jefe empuñaba un fusil. En vano los españoles se arrojaban con bravura contra nuestras posiciones, porque si nos desalojaban de una, ocupábamos en seguida otra igualmente difícil de expugnar.

La situación del enemigo se iba haciendo comprometida por momentos. Había llegado hasta El Rubí con el propósito de capturar a nuestros inválidos del hospital, creyéndolos sin custodia, y se había encontrado con una guardia formidable que ahora le cerraba el paso por todos lados. Por fortuna para él otra columna española hizo en tales condiciones su aparición por nuestro flanco izquierdo, ayudándolo a salir de aquel apurado trance, y ambas emprendieron la retirada sin prolongar la lucha, tal vez a causa de lo avanzado de la hora, pues eran sobre las cuatro de la tarde.

La primera columna que nos atacó en El Rubí venía al mando del coronel Villa, y la que tan oportunamente llegó en su auxilio al del general Suárez Inclán.

A la acción de El Rubí sucedieron unos cuantos días de inactividad bélica para el Cuartel General y las tropas que le estaban afectas. No había enemigo a quien combatir por el momento, pues todas sus columnas de operaciones por aquella zona se habían recogido a sus respectivos cuarteles. Más tarde el general Maceo emprendió una serie de operaciones en lugares más distantes, entre otros el ataque al pueblo de La Palma, donde nos fuera adversa la suerte de las armas, como se verá en el consiguiente relato.

Durante los tres o cuatro días siguientes a la acción de El Rubí permanecimos más o menos cerca de dicho campo, hasta el 24, que, estando acampados en San Francisco, nos pusimos en marcha con rumbo a Occidente, y el 26 hicimos

alto y pernoctamos en un sitio de la zona de Las Pozas, llamado San Ignacio. Allí, habiendo oído rumores el general Maceo de que por el puerto de La Mulata había desembarcado o estaba a punto de desembarcar una expedición, destacó al coronel Carlos Socarrás, que al frente de su regimiento Cacarajícara se nos había incorporado, para que se informara sobre los fundamentos de tales noticias. Indagada la falsedad de éstas, fallida por entonces la esperanza de recibir del extranjero los pertrechos de guerra y de otra índole, de que tan necesitados estábamos, decidió el General atacar por sorpresa el pueblo de La Palma, para proveernos de los mismos si la fortuna nos era favorable.

V

ACCION DE LA PALMA

EL pueblo de La Palma está situado cerca de la costa Norte. Sus habitantes, entre los que se contaban muchos isleños canarios, tenían reputación de ser muy adictos a la causa de España, lo que, como es natural, les había ganado nuestra particular ojeriza. Se sabía, por la circunstancia dicha, y por contar el pueblo con una fuerte guarnición de tropas regulares y voluntarios, que habríamos de encontrar fuerte pero no invencible resistencia, como no encontrásemos la plaza desprevenida.

Tomadas las disposiciones oportunas para el asalto la noche del 29, avanzó nuestra vanguardia hasta las primeras casas del poblado sin que pareciera causar alarma en el mismo. Pero cuando nuestra infantería, habiendo penetrado hasta su centro, inició el ataque, se vió de súbito acometida, abrasada por un copioso fuego de fusilería que partía de todas partes: de los cuarteles, de los hospitales, de la iglesia, de los techos y ventanas de las casas. Tiraban los soldados, los voluntarios, los simples particulares, las mujeres, y quizá hasta el mismo cura. Y como ya los asaltantes habían incendiado algunos edificios y se movían alumbrados por las llamas, ofrecían

seguro blanco a los disparos de los defensores. Era indudable que, habiendo fracasado la toma de la plaza por sorpresa, la partida estaba perdida por nosotros; que nuestras fuerzas acorraladas y ametralladas, sin poderse revolver contra un enemigo invisible, protegido por muros que no podíamos derribar por falta de artillería, no podían sostenerse allá dentro. Así se lo hizo saber el coronel Socarrás, que se encontraba en el pueblo, al general Maceo, y éste dió la orden de retirada.

Fué aquella acción una cabal y desastrosa derrota para nuestras armas. En ella tuvimos no menos del veinticinco por ciento de bajas, dejamos en poder del enemigo treinta y nueve muertos y tal vez algunos heridos, y retiramos ochenta y ocho de estos últimos.

VI

ACCION DE SAN DIEGO DE LOS BAÑOS

AL día siguiente de la acción de La Palma, habiendo el general Maceo puesto los heridos al cuidado de los tenientes gobernadores Pío y Ramón Cruz, y despachado para sus respectivas zonas, Cacarajícara y El Rubí, a los coroneles Carlos Socarrás y Pedro Delgado, emprendimos marcha rumbo Sureste, de más de veinticinco kilómetros por la sierra de la Cumbre, hacia San Diego de los Baños, pueblo que tiroteamos, entre nueve y diez de la noche del 31, sin más objeto que el de una simple demostración.

Antes de proseguir en la narración de otros episodios de la campaña de Pinar del Río, y para la mejor comprensión de la misma, paréceme necesario señalar los efectivos de tropas con que contábamos ambos bandos contendientes, omitiendo las respectivas condiciones en que se encontraban en cuanto a material de guerra y otros elementos requeridos para la misma, para no incurrir en repeticiones y redundancias.

El ejército español disponía en la provincia de Pinar del Río, en el año 1896, de catorce batallones de infantería con

varias piezas de artillería, seis escuadrones de caballería regular y catorce guerrillas. La suma de todas estas unidades daba, poco más o menos, dieciséis mil soldados, divididos en columnas que, aunque independientes entre sí y cada una con su propio radio de acción, solían combinarse para determinadas operaciones. Contaba con guarniciones más o menos numerosas de tropas regulares en las principales ciudades y pueblos, algunos miles de voluntarios y, en ciertas comarcas, tales como la de Viñales, con una fuerza sui generis, especie de guardia territorial o francotiradores, constituída por campesinos, en su mayoría isleños canarios, que labraban la tierra llevando el fusil sobre el testuz de los bueyes, junto al yugo, y a la primera señal de alarma soltaban la mancera y corrían a reunirse en somatén. Hay que agregar a esto que ya existía la línea fortificada de Mariel-Majana, que, con fuerte contingente de tropas en destacamentos, robustecía la posición de los españoles, porque hacía imposible la cooperación de las fuerzas cubanas que se encontraban al Este de la mencionada línea, con las que operaban al Oeste, ya que ni las unas ni las otras disponían de cañones y, en general, de capacidad ofensiva para atacarla con probabilidades de éxito. Para un ejército que, como el nuestro, se veía precisado en ocasiones a compensar la enorme inferioridad combativa en que se encontraba respecto a su adversario, con una extrema movilidad y marchas a distancia para sustraerse al contacto con él, aquel valladar, constriñéndolo a los límites de un territorio que no alcanza ocho mil kilómetros—incluyendo las estériles e inhóspitas comarcas extremo orientales del litoral del Sur, abundantes en médanos y tremedales, donde nuestras tropas, que estaban obligadas a vivir del país, no hallaban el sustento—, constituía ciertamente una muy sensible desventaja.

En cuanto a las fuerzas del ejército libertador, se reducían a menos de cuatro mil hombres armados, tanto los de infantería como los de caballería, de fusiles de distintos calibres y modelos, y de machetes. Las municiones nos eran siempre escasas, y a veces nos faltaban del todo. Cuando nuestros hombres llevaban diez o quince en sus cartucheras se consi-

deraban provistos abundantemente, no obstante saber que no podían contar con repuestos.

Desde el 15 de marzo, fecha en que el general Maceo entró por segunda vez en el territorio de aquella provincia, hasta el 23 de junio, en que llegó la expedición conducida por el coronel Leyte Vidal que, además de doscientos treinta fusiles, nos aportó trescientos mil cartuchos, el único auxilio que nos había venido del exterior había consistido en unos cuantos rifles y catorce mil tiros traídos por el coronel Monzón el 25 de abril en la goleta *Competitor;* pero de tal armamento sólo se salvaron las armas personales de los expedicionarios, que como se comprenderá no eran muchos, y unos cinco mil cartuchos, que por cierto llegaron a tiempo para darnos la victoria en Cacarajícara. En cuanto a artillería, no la tuvimos hasta los últimos meses de aquel año, en que el general Juan Ríus Rivera trajo una pieza en la expedición que a sus órdenes desembarcó el 5 de septiembre. Se trataba de un cañón neumático que, impropio para rodar por las montañas, quedó muy pronto inutilizado. El material de la expedición de Ríus Rivera se componía, además, de setecientos treinta fusiles Remington que podían disparar proyectiles Maüser de siete milímetros, fabricados expresamente para nosotros; ciento veinte fusiles Maüser modelo español; cincuenta fusiles sistema Lee; veinte Winchesters; cien proyectiles para cañón neumático y cuatrocientos sesenta mil cartuchos de los diferentes sistemas y calibres de fusiles mencionados.

La finalidad propuesta al dotar a nuestras gentes con fusiles de disparos singulares era la de evitar que, en un espacio de tiempo determinado de combate, se consumieran más municiones de las que aconsejaba nuestra siempre reducida provisión, cosa que no se habría podido obtener con armas de repetición. También se hacía con objeto de poder aprovechar las municiones cogidas al enemigo. En cuanto a los Maüser modelo español, se daban a aquellos individuos conocidos como buenos tiradores.

Fué el material de guerra de la expedición Ríus Rivera el más importante de que pudimos disponer durante toda la campaña de Pinar del Río, y también el último que arribó a

las costas pinareñas. De aquellos cuatrocientos sesenta mil cartuchos, una buena parte fué consumida en las acciones que se hubieron de librar a nuestro regreso de Cabo Corrientes, lugar donde se había efectuado el alijo. Estas acciones fueron: Loma China, Montezuelo, Tumbas de Estorino, La Manaja, Isabel María, Ceja del Negro y Galalón.

Es incuestionable que, si en las guerras hubiera de ser constante e ineluctable el triunfo del partido que cuenta con mayor número de combatientes, mejor armamento y equipo en general, y mayor preparación militar, los españoles, que tan grande superioridad tenían sobre nosotros en todos aquellos aspectos, y que nada nos cedían en valor, nos hubiesen vencido más o menos fácilmente. Pero es que en una guerra de emancipación, como fué la de Cuba, obra además otro factor que, de naturaleza imponderable, metafísica, si así puede decirse, escapa a la técnica militar y a las previsiones de una táctica reglamentada, y llega en ocasiones a sobreponerse a las ventajas materiales y a las de la ciencia. De otra manera, ningún país colonizado o sojuzgado podría hacerse independiente; ningún pueblo podría romper las coyundas que lo atan al carro de la tiranía, porque, por lo común, la metrópoli es más poderosa que la colonia, y el pueblo esclavizado más débil que la organización con que se le tiraniza. El factor a que me estoy refiriendo es el entusiasmo, sentimiento inspirador de toda grande obra y de todo noble esfuerzo, fuente de energías espirituales que eleva el potencial humano a un grado indomeñable. Y de este sentimiento estábamos nosotros poseídos en la lucha por la independencia patria. A él le debimos nuestra resistencia, nuestra pujanza, nuestras victorias. En cambio, los soldados españoles, arrancados a sus hogares en virtud de una ley de conscripción, obligados a batirse en suelo extraño en nombre de un pretendido derecho histórico de conquista y colonización, no ya vacilante, sino caduco desde el primer cuarto del siglo por la independencia de los demás pueblos del continente—que ni les interesaba ni comprendían—, carecían de estímulo. Añorando sus países natales, sus familias y sus amores ausentes, todo en esta apartada isla, cuyo dominio y posesión venían a sostener, les era indi-

ferente, como no fuera la oscura perspectiva de quedar en ella sepultados.

Y aun otro factor de inapreciable importancia, aunque de distinta índole, que obraba en nuestro favor, era el más cabal conocimiento del suelo. He leído, escrito por no recuerdo quién, un aforismo militar, según el cual la tierra "pelea". Esto quiere decir que el bando que mejor conozca el suelo donde se desarrollan las operaciones de una guerra, su configuración y sus accidentes, sacará de él el mejor partido. Ahora bien, la mayoría de los soldados que constituían las huestes libertadoras estaba integrada por campesinos familiarizados con las peculiaridades tópicas de cada una de las regiones y comarcas del país a que pertenecían. Ellos conocían con práctica exactitud sus montañas, quebradas y torrentes; sus valles, sus llanuras; sus ríos, arroyos y arroyuelos. Nacidos y criados en ellas, contemplando toda su vida aquellos mismos cuadros cerrados por el marco del mismo horizonte, diríase que llevaban prendidos de las pupilas sus paisajes.

A nosotros, pues, en cualquiera porción del territorio cubano en que nos hallásemos, nos era fácil encontrar, por entre selvas, lomas y barrancas, el rumbo que más nos convenía tomar. Esta circunstancia nos permitía dividirnos y subdividirnos en pequeñas partidas: secciones, pelotones y hasta en parejas independientes entre sí, cuando lo aconsejaban las condiciones del terreno, o cuando la carencia de elementos de lucha nos obligaba a sustraernos al contacto y a la persecución del enemigo. Este, desde luego, no ignoraba en absoluto la topografía del país, sobre el cual su nación venía ejerciendo dominio desde hacía cuatro siglos. El Estado Mayor español contaba con una copiosa cartografía de sus distintas regiones. Pero la tierra (y aquí cabe otra vez el aforismo militar antes citado) tiene su rebeldía: repudia la bota del invasor o dominador extranjero; le hiere y humilla sentirse hollada por ella, y diríase que, en consciente previsión, no revela todos sus secretos nada más que a sus hijos. Se podrá objetar a esto que los muchos miles de guerrilleros que estaban al servicio de España eran también nativos de Cuba. Esto es verdad, pero a tal objeción se puede responder diciendo

que, para honra de nuestro campesinado, los guerrilleros, con muy raras excepciones, eran gentes de las ciudades y de los pueblos, que del territorio patrio tan sólo conocían a perfección los aledaños de la localidad urbana donde habitaban. Por otra parte, tropas colecticias y mercenarias como eran, carecían a la vez del aliento acometedor que a nosotros nos infundía la justicia de la causa por la cual luchábamos, de la disciplina del soldado del ejército regular español y del honor militar de sus jefes y oficiales.

De San Diego de los Baños, y luego de haber ascendido a la montaña del Toro y tirotear un destacamento español que en dicha altura protegía una estación heliográfica, nos encaminamos hacia San Diego de Tapia, reconociendo al paso la zona de Bahía Honda, y el día 6 acampamos en el valle de San Claudio, jurisdicción de Cabañas.

El territorio de Cabañas, como se sabe, es montañoso al Sur y ondulado al Norte hasta muy cerca de la costa. Al Sur se alzan las montañas más o menos elevadas de El Rubí o Rubín, las Peladas, la del Cuzco, la de El Mulo, la de Cacarajícara, etc., pertenecientes a la cordillera de los Organos; y entre ésta y el mar existe una serie de lomas, cerros y colinas, y los pequeños valles u hoyadas de San Claudio, San Diego de Núñez y Manuelita. Nosotros, que sobre aquellas lomas y dentro de un radio no mayor de veintiocho kilómetros de Este a Oeste, y diez o doce de Norte a Sur, sostuvimos dieciséis acciones de guerra, las llamábamos genéricamente Lomas de Tapia, y también "El Peleadero".

De las exploraciones mandadas a practicar por el general Maceo el día antes de acampar en San Claudio, para conocer la situación de las tropas enemigas por las comarcas más cercanas, se vino en conocimiento que éstas tenían el Cuartel General de la división en Bahía Honda y guarniciones en distintos ingenios, tales como Bramales, Teresa y Luisa, y que por San Diego de Núñez y Cabañas se movían con frecuencia distintas columnas de operaciones.

Diezmadas en gran parte nuestras tropas en el frustrado intento de tomar el pueblo de La Palma, consumidas en su mayor parte allí las municiones, y separados los coroneles

Socarrás y Delgado con sus respectivas fuerzas, las que tenía ahora a manos el general Maceo no pasaban de trescientos cincuenta o cuatrocientos hombres de infantería y caballería en condiciones de combatir. Dada nuestra estrecha vecindad con el enemigo, y con la certeza de que éste no la había de ignorar, era de prever y considerar como inminente el ataque del mismo, y, en tal virtud, el general Maceo adoptó las disposiciones consiguientes a la seguridad de nuestro campo.

La configuración del valle de San Claudio es más larga que ancha. Tomando como punto de referencia aquel que, más o menos en el centro, ocupaba nuestro Cuartel General, nos quedaban, mencionados por orden de menor distancia y situación de Sur a Norte, los siguientes lugares que tuvieron alguna relación estratégica o táctica con las operaciones de guerra allí efectuadas. Al Este: Merced de Bacur, Vizcaíno, Ramona, Rosario, San Jacinto, San José, El Rubí (altura), Desengaño, San Sebastián, Las Animas, Casañas, Manuelita, Vigía (altura), Matenzo, Baracoa, San Juan Bautista, Cabañas, San Isidro, Constancia, San Roque, El Jobo (altura), La Ceiba, San Francisco, Decena, San Nicolás, San Juan de Dios, Encrucijada, San Juan Bautista de Guanajay, Agonía, Santa Isabel, San Juan, Begoña, Josefina, Mercedita, Quiebra Hacha y Asunción. Y al Oeste: alturas de la Lechuza y camino por donde se va a la sitiería y tienda de su nombre, Buena Vista, Sitio Abajo, Ceiba, San Diego de Núñez, La Llama, José, San Gabriel, Nazareno, Santiago, Recompensa, San Claudio, Orozco, San Ignacio, Candelaria, Teresa o Santa Teresa, Ríos y San Fernando.

Dentro del valle, propiamente dicho, existe un otero de poca elevación y, al pie del mismo, un lagunajo; y casi al frente, algo distante, otra altura mucho más pequeña, con macizo de árboles, donde había entonces una casa.

El fondo del valle es en muchas partes cenagoso, siendo necesario conocerlo bien para esquivar el peligro de caer en sus tremedales cubiertos de hierbas. En aquella época pasaba por él un camino, llamado de Govín, que, inclinándose al Este, cruzaba el río San Claudio, y luego se enderezaba al Norte para llegar al ingenio del mismo nombre.

El general Maceo había situado en Manuelita la caballería, y la infantería en el camino y alturas de la Lechuza.

VII

ACCION DE SAN CLAUDIO (PRIMERA DE TAPIA)

DESPUES de permanecer nosotros tres días ocupando aquellas posiciones en espera de los españoles, hicieron éstos su aparición, anunciándola con un cambio de disparos de fusil con uno de nuestros puestos avanzados al Noroeste de Manuelita, entre once y doce de la mañana. Replegado éste, continuaron hacia el mencionado ingenio. Aquí hubieron de detenerse ante el fuego de más numerosos retenes cubanos. Mas no fué sino por algunos minutos, porque, reuniendo la columna todos sus elementos, los desalojó también de sus posiciones, dirigiéndose entonces hacia el ingenio San Claudio, desde donde tomó el descenso del valle, hostilizada con dureza por un puñado de nuestros jinetes. Aquí le salieron también al paso los hombres de la escolta del General, quien, desde que sonaron los primeros tiros en la guardia, se había dirigido hacia allá con su Estado Mayor, y visto, desde el camino de la Lechuza, el orden de combate en que penetraba la columna en nuestro campamento: ésta llevaba a la vanguardia, interpoladas unas a otras, fuertes secciones de infantería y caballería. Con la concurrencia de los jinetes de la Escolta, comenzó a formalizarse la acción. Mientras se desarrollaba esta primera fase de la misma acudieron dos compañías de nuestra infantería por orden del General, quien las situó al flanco izquierdo del enemigo en dirección de Vizcaíno, de manera de desviarlo hacia las lomas de la Lechuza, donde se hallaba un mayor núcleo de nuestras tropas y sobre una de cuyas mayores alturas ostentó en formación la caballería. Los españoles continuaron avanazndo resueltamente hasta muy cerca del sitio donde había estado pocas horas antes nuestro Cuartel General. Maceo dispuso entonces que las dos compañías antes citadas, corriéndose por la retaguardia del

enemigo, se replegaran a tomar también posiciones en las alturas de la Lechuza; y siendo éstas atacadas momentos después por los españoles, la acción cobró su máxima intensidad. Cada una de aquellas lomas fué escenario de un sangriento combate. Todos los jinetes, inclusive el propio general Maceo, habíamos echado pie a tierra y nos batíamos como dragones. El General, como un simple tirador, empuñaba un fusil, y su jefe de Estado Mayor otro. Este, el general Miró, resultaba graciosísimo tirando: presumía de ser muy certero en el tiro, y cada vez que hacía un disparo le decía al que estuviese a su lado:

—¿Lo viste, lo viste caer?, ¡y era un jefe!

Llevábamos como dos horas de combatir cuando el enemigo pareció querer envolver por la derecha nuestras posiciones, y una fracción de su vanguardia escaló el altazano aquel que ya he mencionado, haciéndose fuerte en la casa y el grupo de árboles que en él había. El General envió sobre aquella posición a un oficial de infantería con unos veinte hombres, para desalojar de ella al enemigo; pero viendo que la operación no se realizaba con la prontitud requerida, me ordenó que tomara el mando de las fuerzas destacadas para la misma, diciéndome con tono perentorio:

—Arroje de allí a los españoles.

La referida altura tenía fácil acceso al Norte y al Sur. Habiéndola reconocido yo, hice un amago de desbordamiento por el lado Norte, que era por donde había subido el enemigo y por donde debía descender en caso de retirada; dejé algunos hombres allí entreteniendo su atención y, volviéndome con rapidez al lado opuesto con el resto de mi sección, tomé pendiente arriba sin detenerme. Los españoles se retiraron apresuradamente. Pero aquel movimiento envolvente de la columna enemiga había sido simulado con el fin de ganar el tiempo necesario para reconocer el camino de Govín y cambiar el orden de sus elementos de marcha, convirtiendo en retaguardia aquel que al venir había constituído la vanguardia, y emprender la retirada. Iniciada ésta, tomamos nosotros la ofensiva. El general Maceo, con la caballería y parte de la infantería, se corrió por el flanco izquierdo del

enemigo, con el propósito de envolverlo por su vanguardia, y el general Miró se colocó a su retaguardia con la otra compañía de infantería. Pero los españoles, tratando de despistarnos, no tomaron en el primer momento el camino de Govín, sino otro más al Oeste que conducía a Recompensa, y no fué sino más adelante que, enderezando el rumbo hacia San Claudio, lo hicieron por el mencionado camino. Esta estratagema les dió en parte buen resultado, porque durante un gran trayecto pudieron librar su flanco izquierdo de la hostilidad de las gentes que llevaba Maceo. En cambio, su retaguardia estaba duramente combatida por las fuerzas que conducía el jefe de Estado Mayor; y lo habrían hecho con mayor efectividad, si Miró, habiéndose desviado un poco del camino de Govín en las cercanías de las Animas, no se hubiese visto obligado a seguir fuera de él, a causa de los pantanos que lo separaban. No obstante, como la distancia no era mucha, todavía la retaguardia enemiga caía bajo sus disparos; pero una hora después sus hombres quedaron inutilizados por habérseles agotado las municiones. Ahora la única fuerza combatiente que quedaba sobre la retaguardia de la columna española era la muy pequeña con que desalojara yo aquella de sus secciones que había ocupado el repetido altozano del valle, y que por no haber recibido órdenes en contrario conservaba bajo mi mando. Con ella, sin haber dejado un instante el camino de Govín, perseguía al enemigo sobre sus mismas huellas. Arrojándome con decisión sobre cada uno de los escalones que iba dejando su retaguardia, no la dejaba hacer pie firme un momento. Acosada sin cesar, la perseguí hasta el ingenio San Claudio, donde, amparadas en las casas del mismo, trataron de resistir un tanto para dar tiempo a que el resto de la columna se reorganizara. Frente al referido ingenio y a la izquierda del río y camino de su nombre, existe una serie de lomas que se prolonga hacia el Norte. Yo tomé posición en una de ellas, donde me encontré a los coroneles Juan Ducassi y Pedro Sotomayor. Ducassi no estaba entonces al mando de fuerzas, y Sotomayor, antiguo capitán de artillería del ejército chileno, era jefe superior entre nosotros de dicha arma, constituída en aquella ocasión por una pieza, dos

sirvientes de la misma y ocho números de escolta. La tal pieza era un pequeño y anticuado cañón de cargar por la boca, cuya procedencia ignoro, pero que debió haber sido abandonado cuarenta y cinco años atrás, en los barrizales de un monte pinareño, por los invasores de Narciso López o las tropas del general español Enna, y que, después de casi medio siglo de inactividad y silencio, entraba de nuevo en función aquel día. Aguardé a ver los efectos del primer disparo: el cañón produjo un ruido como el destornudo de un individuo acatarrado, y más que disparar la carga la vomitó a tres o cuatro varas de distancia. Persuadido de que aquella artillería ni siquiera alcanzaba a herir los oídos de nuestros oponentes con sus detonaciones, corrí a ocupar otra loma más adelante que, aunque de menor altura, dominaba mejor los edificios del ingenio. Pero aún desde allí nuestros fusiles carecían de efectividad contra los parapetos de los españoles, por lo que descendí de esta última altura, crucé el río y, subiendo a la carrera la cuesta sobre la cual se levantaban, llegué hasta el pie de los mismos bajo el copioso fuego del enemigo. Viéndose éste acometido con tanta resolución, creyendo tal vez que se le venía encima el propio Maceo con sus supuestos miles de hombres, abandonó precipitadamente sus atrincheramientos. Llegamos a confundirnos unos y otros de tal manera, que vi a uno de mis infantes darle un machetazo a un jinete español. Mientras tanto, el grueso de la columna había tenido tiempo de reorganizarse, y, aunque ya todas nuestras fuerzas disponibles se habían reunido bajo el mando personal del general Maceo, en adelante nos disputó palmo a palmo el terreno hasta el embarcadero de San Claudio, donde, al amparo de la artillería del cañonero *Alerta*, se fortificó. Esta acción, que duró seis horas, fué sostenida contra el batallón Alfonso XIII, al mando del teniente coronel Devós. Como la última fase de la misma se desarrolló en terrenos del ingenio San Claudio, la denominamos acción o combate de San Claudio.

Cuando en las últimas horas de aquel día llegaba yo de regreso a nuestro campamento, el general Maceo, al verme venir, me salió al encuentro y, empleando el sentido paradojal que

solía emplear para demostrar su satisfacción a algunos de los jóvenes oficiales que constituíamos su cuerpo de ayudantes, por haberse distinguido en una función de guerra, exclamó:

—¡Ya sé, ya sé que ha estado usted todo el día huyéndole a los Panchos!

A lo que el teniente coronel Carlos González Clavell, que se encontraba presente, rectificó interviniendo:

—General, yo he tenido que reconvenir hoy varias veces al capitán Piedra, por su manera de arrojarse sobre el enemigo. No sé cómo ha podido salir ileso.

Efectivamente, Carlos González me había dicho en distintas ocasiones durante la persecución a los españoles:

—¡Así no, Piedra, que te van a matar!

Pero yo me encontraba en aquellos momentos embriagado por el vino del combate.

—¡Huyéndole, huyéndole a los Panchos!—proseguía diciendo el General, con una sonrisa de complacencia cuyo significado valía para mí en aquellas circunstancias más que una corona de laurel.

El General solía darnos bromas a todos aquellos que, formando su Estado Mayor, éramos, por así decirlo, como su familia en campaña. Las que usaba conmigo tenían frecuentemente como motivo mi condición de villareño. Debo hacer constar que él tenía en gran aprecio a los soldados de esta región. En ocasiones, al verme venir hacia el sitio donde él se encontraba rodeado de otros jefes y oficiales, aparentaba no haberme notado, y exclamaba:

—¿Han visto ustedes gentes más pendejas que los villareños?

Yo fingía tomar la cosa por lo serio, y él se reía. Una vez, estando el Estado Mayor albergado en una casa, había sacado yo un taburete y sentádome con el respaldar recostado en una de las paredes exteriores de la referida casa. Pocos momentos más tarde vino el General e hizo lo mismo junto a mí: leía unos papeles, y yo, por delicadeza, tenía el rostro vuelto en la dirección contraria. Súbito sentí que él me azotaba la cabeza con aquellos papeles, y al volverme yo, aparentando asombro, exclamó:

—¿No le he dicho que ustedes los villareños son muy flojos?

—Pero, General—le repliqué yo, haciéndome el ofendido—, cuando usted me nombró su ayudante de campo, después de Peralejo, conocía mi condición de villareño.

—No, hombre—repuso él—, si estoy muy contento con sus paisanos: acabo de enterarme que han derrotado a los españoles con una soberbia carga al machete cerca de La Esperanza.

VIII

SEGUNDA Y TERCERA ACCIONES DE TAPIA

EL 13 de abril, encontrándose a la sazón el general Maceo de paso por la comarca de Cayajabos, recibió noticias de un gran movimiento de tropas españolas por San Diego de Núñez, por lo que, coligiendo que se trataba de un nuevo ataque a nuestro campamento de Tapia, regresó a dicho lugar en el mismo día. Informes más completos, recogidos aquí, le hicieron saber que se trataba de tres columnas enemigas, salidas en combinación de Bahía Honda y mandadas por el general Suárez Inclán y los coroneles Villa y Valcárcel.

Para hacer frente a estas tres unidades españolas, quizás no menos de tres mil combatientes, el general Maceo no contaba arriba de doscientos cincuenta, no obstante habérsenos incorporado un escuadrón del regimiento Narciso López, al mando del comandante Carrillo. El resto de nuestras fuerzas carecía de municiones.

A la mañana siguiente—14 de abril—nuestra infantería ocupó las alturas de la Vigía y de la Lechuza, la caballería se situó en San Sebastián, y el Cuartel General quedó establecido, con la Escolta, en Tapia. Tomadas estas disposiciones, el General esperó la llegada del enemigo. Este no se presentó hasta las dos de la tarde, iniciando el ataque por la Vigía, la Lechuza y Tapia a la vez.

Abierta la acción con nuestros puestos avanzados, que, como se habrá de suponer, eran sumamente débiles, corrió

el general Maceo a sostener en persona el combate con sus ayudantes y su escolta.

La parte baja de aquellos terrenos, como tengo dicho, es anegadiza, haciéndose necesario un exacto conocimiento de ellos para sortear ciertas charcas, cuyo lecho, a fuerza de estar perennemente inundado, se halla en extremo resblandecido, ofreciendo gran peligro tanto a los jinetes como a los infantes, pues quienquiera que caiga en ellas, hombre o bestia, difícilmente sale por su propio esfuerzo.

Avanzábamos por uno de los pocos y estrechos senderos de tierra seca que corren bordeando los pantanos, a posesionarnos de una colina, hacia la cual se dirigían también los españoles, con evidente intención de ocuparla. Marchábamos a todo galopar y de dos o tres en fondo, tal cual nos lo permitía la angostura del camino, cuando, ya casi en la falda de la disputada colina, a uno de nuestros jinetes delanteros se le cayó el caballo a través del angosto terraplén, interceptándonos el paso a los demás. Y mientras nosotros, detenidos en la marcha, invertíamos aquellos instantes supremos en levantar la bestia caída, el enemigo señoreó la altura, haciéndonos en un santiamén una multitud de bajas. Cogidos a tan corta distancia, recibiendo a quema ropa el fuego fijante de los españoles, en un sitio donde nos era imposible evolucionar, hubimos de retroceder en la forma y con la ligereza que nos era dable, y al fin escapar, gracias a que la escolta del Cuartel General, la cual por fortuna no se había internado en el palustre desfiladero por falta de espacio, neutralizó en parte la ofensiva del enemigo, ocupando aceleradamente otra colina inmediata, donde fué pronto reforzada por algunos pelotones de infantería.

Replegados nuestros elementos avanzados, y contenido en todos los frentes el enemigo, la acción se prolongó indecisa hasta quedar suspendida por las primeras sombras crepusculares. Los españoles vivaquearon en las alturas de Casañas, y nosotros en San Sebastián, a dos o tres kilómetros de sus avanzadas.

Durante el apurado trance de la colina, que acabo de referir, me retiraba yo el último por el fatídico sendero, cuando,

ya a su salida pero todavía a la vista del enemigo y muy al alcance de sus disparos, encontré uno de nuestros jinetes a quien se le había caído el caballo, el cual, al acercármele, me rogó con la más *angelical* candidez que me quedara delante de él a fin de que los españoles no lo vieran mientras trataba de hacer poner en pie su caballo. Lo complací, deteniéndome y cubriéndolo con mi cuerpo. El enemigo, naturalmente, no veía lo que estaba detrás de la cortina, pero tiraba a pegar en ésta.

Más adelante vi en el suelo a un soldado de la escolta del Cuartel General. Se trataba de Isabel, una negrita que, gracias a su juventud, sus no bien pronunciadas formas femeniles y el estar vestida de hombre le daban el aspecto de un muchacho; y, gracias también a su seriedad y compostura, había logrado lo que ninguna otra mujer: militar en las filas del general Maceo. Estaba herida y se le había escapado el caballo. En aquel sálvese quien pueda de los primeros instantes, en vano gritaba que la recogieran, que no la abandonaran. Me desmonté, la puse sobre el arzón delantero de mi silla y continué con ella hasta encontrar otro jinete, a quien ordené que la alejara del peligro. Desde entonces Isabel, que había sido un combatiente arrojado, no volvió a aparecer en un campo de batalla. Se dedicó en lo sucesivo a enfermera en los hospitales.

Más lejos alcancé a uno de los oficiales agregados al Estado Mayor, en el mismo instante en que le mataban el caballo.

—No me dejes, Piedrita—exclamó.

Bueno, me dije a mí mismo, si hoy no gano un ascenso por méritos de guerra, me hago acreedor a una cruz de beneficencia por actos de filantropía. Hice que aquel oficial montara a la grupa, pero a los pocos pasos también a mí me mataron el caballo.

Al siguiente día, aún no bien manifiesta la alborada, levantamos el campo. El General con una parte de la infantería, sus ayudantes y su escolta, haciendo un movimiento por el flanco derecho de los españoles, se dirigió a ocupar las alturas de la Vigía, dejando la otra parte apostada escalonadamente en el camino de San Sebastián, en cuya disposición

podía trasladarse con rapidez en cualquiera que fuera la dirección seguida por las tropas españolas y hostilizarlas a su paso. La caballería quedó en San Francisco, dentro de una cañada disimulada por los cañaverales del ingenio.

El enemigo tampoco había sido perezoso. Mañanero y activo al igual que nosotros, se había movido hacia la Vigía con el indudable propósito de tomar posiciones allí. Al encontrarnos ya establecidos en aquel sitio, abrió el combate con fuego de cañón. Casi al mismo tiempo se oyeron por el rumbo de San Sebastián los disparos de la infantería cubana, y la sierra se llenó de fragorosas resonancias. Serían poco más o menos las seis de la mañana.

El general Maceo, no pudiendo en tan grande desigualdad de condiciones hacer frente a los españoles en una batalla formal, se propuso presentarles una multitud de lances aislados, en los cuales la perfecta adaptabilidad de nuestra táctica a la guerra de montaña, la diestra movilidad de la tropa cubana y la iniciativa individual que le daba el conocimiento del terreno, compensaran en parte la enorme superioridad de aquéllos en número y pertrechos. En tal virtud, escalonó sus fuerzas en diversos grupos por las laderas y quebradas de la Vigía. Entonces cada jefe u oficial, empuñando un fusil, se convirtió en un peón, y cada soldado fué su propio jefe.

El enemigo, sintiéndose hostilizado por distintos puntos a la vez, se fraccionó también para contrarrestar la agresión. Pero a las tropas españolas les faltaba la elasticidad necesaria para esta clase de funciones bélicas; carecía de aquella facultad de dislocarse y dividirse hasta la unidad hombre, y volverse a reunir, según las circunstancias, que era una de las principales características del Ejército Libertador. Tal desventaja se la originaban en parte el natural temor de encontrarse en demasiado reducidos elementos internados y sin guía en un país que les era desconocido y hostil, y en parte los preceptos de su propia táctica que consideraba a la compañía como la unidad más pequeña que puede batirse independientemente, cosa que impide el desarrollo de la iniciativa en las clases de tropa para obrar sin la voz de mando de sus jefes u oficiales. Y es así como, mientras las fuerzas de Maceo,

extendidas en pequeños grupos de a diez, de a seis y hasta de a dos fusileros, tan pronto desaparecían aquí por la ladera o por el canto de una loma, o por un declive o una sinuosidad del terreno, como aparecían de nuevo un poco más allá ocupando el ápice abrigado de otra altura o de un recodo; las de los españoles destacaban contra ellas unidades enteras que, en exceso numerosas y pesadas, se movían con dificultad y lentitud por entre los estrechos y ásperos vericuetos de la montaña, ofreciendo a nuestros disparos la masa inágil de sus apretadas muchedumbres.

En estas condiciones duraba ya la acción como cinco horas, cuando comenzaron a faltarnos las municiones. Entonces el general Maceo, concentrando todos nuestros pelotones y parejas, maniobró de manera de llevar hacia San Francisco a la columna española, la cual, siguiendo el movimiento, fué de improviso cogida por el fuego de nuestros jinetes, emboscados, como antes se ha dicho, con el ronzal de la mano, en un campo de cañas, con lo que la lucha se prolongó por espacio de un par de horas más, al cabo de las cuales el general Maceo, dejando en aquel lugar veinte o veinticinco peones que disponían de algunos cartuchos para que continuaran tiroteando al enemigo, volvió a nuestro campamento de Tapia como a las dos de la tarde. La columna española, burlada y con multitud de bajas, se retiró al fin al ingenio Luisa, camino de Bahía Honda.

IX

CUARTA ACCION DE TAPIA

EL día 17 de abril supo el general Maceo, por reconocimientos mandados a practicar, que el general Suárez Inclán se encontraba otra vez acampado con su poderosa columna en la Luisa, lo que hacía suponer como inminente un nuevo ataque a nuestro campamento.

El General había podido reunir unos doscientos cincuenta

hombres, sustituyendo a los que habían quedado sin municiones en el combate anterior con soldados de las fuerzas del brigadier Bandera, que acababa de llegar a Tapia después de una demostración sobre San Cristóbal, que le ordenara aquél dos días antes. Con estas tropas tomó las dispociones defensivas del caso.

El día 18, como a las nueve de la mañana, las avanzadas cubanas del camino de la Lechuza avistaron a los españoles marchando en dirección de nuestro campo. Una cincuentena de jinetes, compuesta por los ayudantes y la escolta del Cuartel General, sostuvieron el primer choque con la vanguardia del enemigo, al mismo tiempo que un escuadrón de Narciso López lo acometía por la derecha.

La columna desplegó algunas unidades por su frente y por su flanco hostilizado, y, haciendo vivísimas y nutridas descargas, continuó avanzando con lentitud hacia la Lechuza, donde la aguardaba el resto de nuestras fuerzas en buenas posiciones, con el propio Maceo al frente. Pero los españoles por esta vez no se aventuraron a internarse hasta allí, e inesperadamente para nosotros torcieron el rumbo y se encaminaron a Cabañas. Nuestros destacamentos de El Rubí, tiroteando en el trayecto a la columna, terminaron la jornada.

X

QUINTA ACCION DE TAPIA

EN la tarde del día siguiente al anterior combate se escuchó fuego en rumbo de Cabañas, por lo que, no obstante que lo avanzado de la hora hacía poco presumible un ataque al campamento, se tomaron precauciones de seguridad reforzándose los cuerpos de guardia. Después se supo que el fuego lo habían sostenido algunas fracciones de caballería, destacadas por el General sobre Cabañas, contra la columna Suárez Inclán que, habiendo salido del mencionado pueblo en la mañana de aquel día, regresaba al punto de partida.

XI

SEXTA ACCION DE TAPIA

EL día 20 de abril, en las primeras horas de la mañana, la misma columna fué señalada en la proximidad de nuestro campamento por el fuego de las avanzadas. Cambiados los primeros tiros los españoles continuaron hacia la Lechuza, en cuyo camino penetraron con el ala izquierda extendida sobre las alturas que lo bordean por aquel lado. Pero no había sido sino con grandes esfuerzos que el enemigo pudo dominar aquellas lomas y remontar el camino de la Lechuza. Acometida a cada paso, de frente y por ambos lados, por nuestros tiradores, apostados en grupos en los abrigos naturales que ofrecían los accidentes del terreno, hubo de nutrir con nuevas unidades su vanguardia y sus alas. El fuego tenía una gran intensidad. Nos disparábamos a muy corta distancia, cambiando a gritos injurias, desafíos y dicharachos. Carlos González Clavell, desde un paqueña colina donde ambos formábamos pareja, a cuarenta o cincuenta metros de los españoles, les gritaba:

—¡Oigan, Panchos, aquí habemos veinte: Piedra y yo!

Carlos González Clavell y yo solíamos combatir juntos en esta clase de acciones parciales. A veces se nos reunían Adolfo Peña, Rogelio Caballero y Manuel Herriman.

El combate terminó a la una de la tarde con la retirada del enemigo, el cual se dirigió al ingenio Luisa, quemando a su paso los cañaverales para impedir nuestra persecución. En este combate el general Maceo solamente había podido poner en línea de fuego ciento cincuenta tiradores.

XII

SEPTIMA ACCION DE TAPIA

EL día 22, como a las ocho de la mañana, el enemigo se presentó de nuevo a la vista de nuestro campamento en dos columnas distintas: por el camino de Recompensa y por el camino de la Lechuza. El General dejó una parte de

las fuerzas en la Lechuza, a las órdenes del brigadier Miró, su jefe de Estado Mayor, y él con las restantes tomó por el camino de Recompensa.

El número de las tropas con que contaba el general Maceo, al comenzar el combate, no llegaría posiblemente a setenta hombres municionados. Más tarde, habiéndose incorporado el coronel Juan Ducassi con alguna infantería procedente de Cayajabos, su efectivo subió a unos ciento veinte combatientes.

Las dos columnas españolas avanzaron en marcha convergente al fondo de Tapia, hostilizadas por los grupos de las dos fracciones de la fuerza cubana apostados en los caminos de Recompensa y la Lechuza.

Después de cerca de ocho horas de fuego, durante las cuales se repitieron casi con exactitud los lances del combate anterior, reunidos al fin, los dos contingentes españoles se retiraron a San Gabriel de Lombillo. Nosotros permanecimos en nuestro campamento habitual de Tapia, y el coronel Ducassi contramarchó con sus fuerzas a Cayajabos.

XIII

OCTAVA ACCION DE TAPIA

EN la mañana del día 25 las mismas fuerzas españolas que se habían retirado a San Gabriel de Lombillo después del combate del día 22, volvieron a presentarse en Tapia, viniendo por el camino de Recompensa. El general Maceo, que, con sólo unos cuarenta hombres, se encontraba desde muy temprano en el alto de la Lechuza, les salió al encuentro. Empuñando cada cual un fusil, incluso el propio general Maceo, y rodilla en tierra todos, esperamos a que la vanguardia enemiga se pusiera a cuarenta o cincuenta metros de nosotros, y súbito rompimos sobre ella un fuego tan certero que, por pronta providencia, hubo de detenerse y tomar el orden abierto.

Quizás los españoles creyeron que nos encontrábamos allí,

por lo menos, varios cientos de los muchos millares de insurrectos que poblaban su fantasía, porque desplegaron todo un batallón con el propósito de rodear la posición ocupada por el general Maceo y su minúscula tropa. Mientras el enemigo efectuaba aquel aparatoso movimiento táctico, nosotros seguíamos disparando hasta agotar el último cartucho. Cada individuo al quedar con la cartuchera vacía, se retiraba para no exponerse infecundamente a servir de blanco a los peones españoles, dejándose resbalar por la pendiente de las colinas. Llegó un momento en que sólo mantenían nuestro fuego el propio Maceo y tres o cuatro tiradores más. De repente el enemigo, que hasta entonces había estado batiendo el terreno con un diluvio de proyectiles, se declaró en retirada, rumbo hacia Bramales. Nosotros permanecimos en Tapia.

XIV

NOVENA ACCION DE TAPIA

LA novena acción de Tapia se inició en el demolido ingenio San Jacinto, de ocho a nueve de la mañana del día 26 de abril, entre las fuerzas del coronel Pedro Delgado, que tenían su campamento en los montes de El Rubí, y una columna española que pernoctó en Cabañas el día anterior. El fuego había cesado como a las once de la mañana, por haber retrocedido el enemigo al punto de partida. Esta misma columna y dos más atacaron horas más tarde nuestro campamento de Tapia. A eso de las dos de la tarde se escucharon continuadas y ruidosas descargas por el camino de San Blas y Loma Colorada, al Oeste del "Peleadero", que traía una de las columnas. Poco después otra unidad enemiga entraba en contacto con nosotros por el camino de la Lechuza. La primera resistencia encontrada por la fuerza española que venía por Loma Colorada, se la opuso el prefecto de San Blas con la guardia de la prefectura. El general Maceo corrió hacia aquel lugar, emboscó algunas fuerzas escalonadas en el

camino y volvió a la Lechuza a ponerse la cabeza de las que por aquel lado trataban de contener a los españoles que avanzaban sobre Tapia. Después de cerca de hora y media, que demoraron estas dos primeras columnas en reunirse en el fondo de Tapia, el fuego fué incesante por ambos lados, renovándose los mismos lances de los combates anteriores.

Empeñadas ya todas nuestras fuerzas en la acción se vió descender, de la altura del camino de la Lechuza, la tercera columna enemiga. Envió el general Maceo instrucciones al brigadier Bandera para que se adelantara al encuentro del nuevo adversario. El brigadier Bandera, con una tropa de infantería de cien o ciento cincuenta hombres, entre los cuales apenas si quince o veinte contaban con algunas municiones, ocupaba una posición abrigada a la derecha y un tanto apartada del camino que traían los españoles, por lo cual le era imposible acudir con la prontitud que el caso requería a colocarse al paso de éstos. Impaciente el General, viendo cómo aquel enemigo avanzaba sin encontrar hostilidad, y deseoso de no debilitar aún más las escasas fuerzas que estaban contendiendo con las otras dos columnas españolas, sustrayéndoles algunos combatientes para llevarlos al otro sector del campo de batalla, eligió al azar seis de sus ayudantes y corrió con ellos por el camino de la Lechuza al encuentro de los nuevos antagonistas. Marchábamos al trote. La columna española, habiendo descendido de la loma de la Lechuza, no se encontraba a nuestra vista. Súbito, en un punto donde el camino atraviesa una pequeña extensión de terreno llano y despejado, tropezamos con la vanguardia enemiga a una distancia de treinta o cuarenta metros. Refrenamos nuestros caballos en el msimo sitio e hicimos fuego por espacio quizá de un par de minutos, de manera de imponerle respeto a las filas más delanteras del adversario, y luego, retrocediendo, nos echamos veloces por un estrecho sendero que a nuestra izquierda corría por entre un maniguazo; mas a las pocas varas nos encontramos cerrado el paso por una alta y fuerte alambrada, que únicamente el caballo que montaba el General hubiese sido capaz de saltar. Fué aquel un momento supremo: estábamos oyendo el galopar de los escuadrones españoles. Todos rogábamos al Ge-

neral que saltara la cerca y aprovechara para escapar los contados minutos que nosotros pudiéramos detener al enemigo; pero no quiso hacerlo así y, sin contestarnos nada, volvió grupas, y, ordenando "por aquí", se lanzó de nuevo al camino de la Lechuza, en el instante mismo que los jinetes españoles estaban a punto de penetrar en el trillo por donde salíamos nosotros. Los jinetes españoles, muy ajenos de sospechar las causas que nos obligaban a retroceder, al escuchar la voz de "al machete", dada por Maceo y sus seis acompañantes, se creyeron acometidos quizá por todo un escuadrón de insurrectos y vacilaron sobrecogidos. Fué este instante psicológico el que nos salvó. El mencionado maniguazo se extendía a nuestras espaldas bordeando el camino y por allí lo atravesaba igualmente otro sendero. Por él penetramos nosotros.

Este episodio dice, con mayor elocuencia que cualquiera otro dato, la dificilísima, la desesperada situación en que, por la falta de recursos de guerra, y en particular de municiones, llegó a encontrarse el general Maceo durante los primeros cuatro meses de la prodigiosa campaña de Pinar del Río. Sin embargo, nunca como en el momento a que me estoy refiriendo lo había visto yo de mejor talante. Perseguidos por un grueso grupo enemigo durante algún trecho por entre la manigua, echábamos pie a tierra y retrocedíamos a su encuentro; le disparábamos los fusiles a quema ropa y corríamos de nuevo a montar. Esta operación la realizamos cuatro o cinco veces, y se hubiese creído que jugábamos, que estábamos retozando con el enemigo. Después de cada uno de aquellos intencionales encontrones, el General, con aire de muchacho travieso, nos decía:

—Huyan, que nos cogen los Panchos.

¿Pero era aquél realmente el estado de ánimo del General? No. Maceo, como todo aquel que tiene un alma esforzada, era optimista; pero no era un iluso. El no podía confiar, no ya en vencer a los españoles, ni siquiera en poder seguir resistiéndoles por mucho tiempo con tropas a las que la falta de municiones había hecho perder su poder combativo; pero procuraba, con una apariencia de jefe satisfecho de los

sucesos de la campaña, mantener en sus filas el aliento y la confianza. Por otra parte, había de sentirse por fuerza resentido del hecho de que todo el material de guerra enviado del extranjero se destinara a otros departamentos militares, donde las operaciones eran menos activas, y consecuentemente no era tan necesario como en Pinar del Río, donde el enemigo tenía por el momento concentrado su mayor esfuerzo para vencer la Revolución.

Al fin, a tiempo que salíamos de la manigua, acudía el brigadier Bandera con sus quince o veinte peones, y el grupo español se replegó al grueso de su unidad de vanguardia.

Maceo dejó a Bandera en una posición abrigada frente a aquella fuerza enemiga, reforzando sus hombres con tres o cuatro de sus propios ayudantes, entre ellos yo, y corrió hacia los bajos de Tapia donde se habían reunido los otros dos contingentes españoles.

La columna a la cual debía hacer cara el brigadier Bandera no avanzó más, quizás porque en el plan de ataque combinado era su misión servir de reserva a las otras unidades.

Como a las cinco de la tarde, los españoles, después de habernos arrojado varios cientos de millares de proyectiles de Maüser y una centena de cañonazos, emprendieron la retirada.

Las fuerzas que había podido reunir el general Maceo para esta acción sumarían unos doscientos cincuenta hombres, gracias al contingente del brigadier Bandera y de los coroneles Roberto Bermúdez y Pedro Sotomayor. Las fuerzas españolas estaban comandadas por el general Suárez Inclán y los coroneles Villa, Devós y Valcárcel.

Voy a referir el apurado trance personal en que me encontré en el episodio aquel del camino de la Lechuza, cuando el general Maceo y sus seis acompañantes, con veinte o treinta jinetes españoles pisándonos los talones, hubimos de meternos precipitadamente en un maniguazo. Montaba yo por aquellos días una mula que, además de tarda y perezosa, y de saber, por experiencia de vieja, todas las tretas a que suelen recurrir los de su especie para quitarse del lomo un jinete, tenía la cos-

tumbre, o tal vez la necesidad, de detenerse para orinar. En este caso se hacía necesario espolearla mucho para obligarla a moverse. Y sucedió que antes de penetrar yo en la manigua, y distante de la misma unas cuantas varas, se le ocurrió a la muy desvergonzada *escarrancharse* para orinar; pero esta vez no valieron de nada mis espuelas: el animal parecía haber clavado las patas en aquel sitio, y al fin, viendo que los españoles me iban a coger, me arrojé al suelo y eché a correr a pie. Entonces la maliciosa bestia, como si hubiese tenido el propósito de ponerme en la disyuntiva de librarla de mi carga o dejarme atrapar por el enemigo, huyó también detrás de mí y se internó en el manigual.

Al atardecer del día en que se libró la acción anteriormente relatada, o sea el 26 de abril, el general Maceo, luego de enviar instrucciones al brigadier Pedro Díaz, jefe de la brigada Norte, para que custodiara con sus fuerzas y las del coronel Bermúdez el campamento de Tapia, dejó este lugar, y, al frente de su Estado Mayor y Escolta, y de las escoltas del brigadier Bandera y de Sotomayor, se encaminó rumbo a Buenavista y fué a pernoctar en San Ignacio, una finca al Noroeste. El General había sido informado, por un mensajero del coronel Juan Ducassi, de que por la playa de la Mulata había sido visto un buque expedicionario, y corría en auxilio de la expedición. En San Ignacio, y por boca del coronel Carlos Socarrás, tuvo noticias confirmatorias y más pormenorizadas de aquel evento que tanto alborozo nos causara en el primer instante. La expedición en efecto había desembarcado, pero una gran parte del pequeño material de guerra de que se componía había sido capturado por el enemigo. Fué ésta la expedición conducida por Alfredo Laborde a las órdenes del coronel Monzón, a bordo de la goleta *Competitor*, a la cual ya me he referido. Supo también el General por el coronel Socarrás que los expedicionarios que habían podido tomar tierra se encontraban con el coronel Juan Ducassi, así como también los pocos pertrechos de guerra que había sido posible salvar.

XV

ACCION DE LAS POZAS

EL 29 de abril marchaba el general Maceo por el camino de las Pozas, cuando ya muy próximos al caserío fué informado de que en el mismo se hallaba una columna española preparando el rancho, y que su vanguardia ocupaba los lindes de una finca inmediata. El General, dejando el camino y tomando a campo traviesa, se dirigió hacia la mencionada finca con el propósito de reconocer la posición de los españoles en ella. Casi a su misma entrada nos tropezamos con una partida de guerrilleros, con los cuales hubimos de abrir el fuego que, veinte o treinta minutos después, cobraba intensidad con la intervención de las tropas de línea. Ya en este estado de desarrollo la función, nuestras fuerzas tomaron posiciones en unos abrigos que, en la proximidad de una loma, ofrecía el terreno, y en los cuales nos mantuvimos a la defensiva todo el tiempo que nuestra debilidad numérica y escasez de municiones nos lo permitieron; luego, faldeando la loma e interponiéndola a la vista del enemigo, nos retiramos a la finca Tres Palmas, a media legua del campo ocupado por aquél. En Tres Palmas supo Maceo que el jefe de la columna española era el general Suárez Inclán.

XVI

ACCION DE CACARAJICARA

EN la mañana, muy temprano, del día siguiente, 30 de abril, habiéndose encaminado el general Maceo con sus ayudantes de campo, el coronel Socarrás y otros oficiales, rumbo a las Pozas—donde habían permanecido los españoles después de la acción anterior—, con el fin de practicar reconocimientos, avistó una fuerza enemiga en marcha con dirección Sur. Era la retaguardia de la columna Suárez Inclán. Extrañado Maceo de que Suárez Inclán, asiduo visitante de

Tapia y con quien hacía nada más que tres días que contendiera en dicho lugar, se encontrase ahora tan distante al Suroeste de Cabañas, se hacía conjeturas sobre el objetivo que aquel activo jefe español se proponía; pero el coronel Socarrás, jefe de aquella zona, que la conocía palmo a palmo y tenía su campamento habitual en Cacarajícara, hubo de sacarlo de dudas, asegurándole que el enemigo llevaba, sin posible equivocación, rumbo a Cacarajícara.

Resuelta aquella primera duda, convencidos ya de la verdadera intención del enemigo, surgió esta perplejidad: ¿por cuál de las entradas del campamento se decidiría a penetrar éste?

El campamento de Socarrás en Cacarajícara estaba situado a orillas de un pequeño río que corre al flanco septentrional de la montaña de su nombre. Tenía a la espalda la montaña misma, muy frondosa por aquel paraje, pero de suave pendiente para nuestras montaraces tropas, y estaba al frente protegido por una faja de monte de bastante espesor. Hacia el Norte, que era la dirección en que seguía la columna española, ofrecía tres puntos accesibles, aunque separados uno de otro por alguna distancia. Dominando estas tres entradas se elevaba un reducto, hecho de troncos de árboles, verdadera obra de ingeniería militar debida a la sapiente dirección del coronel Sotomayor.

El general Maceo dispuso que el coronel Socarrás, con los pocos hombres de su regimiento que lo acompañaban, se destacara en observación del enemigo, y que una vez que conociera con toda certeza por cuál de las tres entradas del monte iba a internarse éste, le avisara con la mayor prontitud para él adelantársele por la misma si era posible, a fin de colocar con tiempo y en los lugares oportunos las emboscadas.

Una vez recibido el informe de Socarrás se encaminó el General con toda rapidez, a marcha forzada, hacia el sitio indicado, sirviendo de guía el propio coronel Socarrás. Llegamos a los umbrales del campamento con suficiente antelación a los españoles para organizar la defensa. Contaba el general Maceo con sólo ciento cincuenta hombres, en su ma-

yoría jefes y oficiales, a los que se sumaron veinticinco más que formaban la guardia permanente del campamento: total ciento setenta y cinco combatientes; la fuerza enemiga se componía de no menos de mil doscientos.

Serían las nueve de la mañana cuando la columna española, que había seguido por la vereda más próxima al camino de las Pozas, o sea la de nuestra izquierda, entraba en la zona de peligro de nuestro retén más avanzado. El general Maceo, que se había adelantado con sus ayudantes a inspeccionar aquella guardia, se hallaba allí en el momento de cruzarse los primeros disparos. La vanguardia enemiga dió algunos pasos más hacia adelante, pero al recibir el fuego sostenido del cuerpo de guardia cubano, cuando quizás había confiado en encontrar el campo sin defensa, se detuvo para reforzar sus elementos delanteros, sin cesar de hacer fuego contra los árboles que nos servían de abrigo.

Más a nuestras espaldas, o sea hacia el campamento, el camino, en un tramo de cuarenta o cincuenta metros, se ensanchaba un poco, formando una curva peligrosa de recorrer para nosotros en la retirada, porque el enemigo lo podía cubrir con su fuego. En tal virtud, el General ordenó el abandono de aquella trinchera para ir a reforzar la segunda. Ahora eran los españoles los que, al hacer en su avance el recorrido de aquella sección de la vereda, caían de lleno bajo nuestros disparos, por el frente y por un costado. Durante treinta o cuarenta minutos sus esfuerzos por avanzar fueron nulificados por el certero fuego de nuestros tiradores, que, protegidos por la arboleda, resistían a pie firme la lluvia de proyectiles que hería con estrépito la hojarasca.

Dejada esta trinchera fuimos a ocupar una tercera. Como se podrá suponer, dada la escasez de municiones, el número de nuestros combatientes iba disminuyendo. Apenas si, de los ciento setenta y cinco hombres que comenzamos el combate, quedaban ochenta en condiciones de pelear. Replegados a la cuarta emboscada, situada en un sitio peñascoso en el centro mismo del camino, se hizo un rato de quietud y de silencio que hubiese hecho pensar en la desaparición del enemigo y en la ausencia de toda insidia entre aquellos montes; mas de

pronto el general Maceo, levantando un poco la cabeza, advirtió, a unas cuantas varas de nuestro atrincheramiento, dos hileras de soldados españoles que, a pasos cautelosos, se dirigían hacia nosotros. El primero en disparar fué el propio General, que lo hizo con su revólver, y a su ejemplo lo hicimos todos los demás. El enemigo contestó con vivísimas descargas de fusilería al tiempo que retrocedía a parapetarse a uno y otro lado del camino. Pero nuestro fuego se debilitaba por instantes; los españoles, dándose cuenta de ello y rehechos de la sorpresa de los primeros momentos, reanudaron el avance. Hasta entonces, y a pesar de la enorme desproporción numérica en que nos encontrábamos, habíamos defendido palmo a palmo nuestro suelo y los españoles habían pagado con abundante sangre cada paso hacia adelante. Mas ya nuestras cananas estaban exhaustas, y con el último cartucho quemado parecía haber huído de nuestro campo la victoria. Al abandonar aquella última trinchera, el enemigo se hallaba tan cerca que, para ganar siquiera unos instantes, simulamos una carga al grito de ¡al machete! dado por el General. Pero en esta crisis, en estos instantes supremos, entró en el campamento el coronel Juan Ducassi, al frente de una tropa de infantería de ciento cincuenta hombres bien pertrechados con lo que se salvó de la expedición de la goleta *Competitor*. Con este refuerzo comenzó otra vez a pronunciarse a nuestro favor la suerte de las armas.

Municionada de nuevo la pequeña tropa que hasta aquel momento había sostenido la lucha, el general Maceo incorporó a ella una parte de la que acababa de llegar con Ducassi y envió a este jefe, con la otra fracción, a cubrir las demás veredas del monte que daba acceso al campamento, en previsión de que alguna otra unidad española acudiera a reforzar a la que ya estaba empeñada en el combate.

De la gente que había quedado con Maceo unos sesenta o setenta hombres ocuparon el reducto antes mencionado, y el resto, con el propio General a la cabeza, se situó en un ángulo que, a la izquierda y algo más atrás del mismo, formaba el camino por el cual se subía al alto de Cacarajícara, de manera de coger entre dos fuegos convergentes al enemigo si trataba

de avanzar. Diez o quince minutos después de haber sido tomadas estas disposiciones, se oyó un estampido de cañón y el proyectil disparado pasó rozando el maderaje de la parte superior del reducto. A este proyectil sucedieron otros y otros. Algunos, bien dirigidos, golpeaban la recia estructura de nuestra obra de defensa sin lograr conmoverla, y otros, disparados con demasiada elevación, cruzaban sin tocarla e iban a pegar en el talud de la montaña que servía de retablo a la pugnante escena.

La artillería de la columna española, compuesta de una pieza de campaña, estaba emplazada a unos ciento cincuenta metros del reducto cubano, en la boca de la vereda que nos quedaba al frente, y detrás de ella y a ambos lados se extendía en línea su infantería, inmóvil y silenciosa, aguardando sin duda la señal para el asalto.

El general Maceo había ordenado que no se hiciese fuego sino cuando el enemigo, penetrando en el despejado campo de nuestro recinto, ofreciera mayores probabilidades a los impactos. La ocasión no se hizo esperar: muy pronto las siluetas de los soldados españoles comenzaron a despegarse del oscuro lienzo de la selva, y, a un disparo de revólver de Maceo, ciento veinte o ciento treinta fusiles entraron en nuestras filas en mortífera actividad. Desde las posiciones que ocupábamos podíamos observar perfectamente con qué rapidez diezmábamos la tropa enemiga, y en particular a sus artilleros, porque la vereda de monte, en cuyo centro estaba el cañón emplazado, servía de cauce al torrente de nuestro plomo. Pronto aquella artillería quedó aniquilada, fuera de combate. Pereció el oficial jefe de la batería y perecieron también, o fueron heridos, todos los sirvientes y escoltas de la pieza. Esta no volvió a funcionar. Inactiva y muda, no era ya más que un embarazo para la columna española durante toda aquella jornada.

Nuestra fortificación contaba con una sola y estrecha salida, la cual caía hacia la parte del río. Cerrada por sus cuatro lados, carecía como todas las de su clase de flanqueo. Esta circunstancia y la de que el terreno, por dicha abertura, quedaba en rampa, hacían que, caso de no poder resistir el

asalto del enemigo, su evacuación resultara en extremo peligrosa. Por otra parte, el suelo a nuestra retaguardia, y sobre todo en las márgenes del río, ofrecía, en grande extensión, abrigos naturales más fáciles de defender. En tal virtud el general Maceo ordenó el abandono del reducto, y con toda la gente fué a tomar posiciones en aquellos sitios. Pero la columna enemiga no nos siguió hasta allí, contentándose por el momento con la toma del reducto abandonado espontáneamente por nosotros.

Transcurrían las horas sin que el enemigo hiciera movimiento alguno significativo de querer renovar el combate. A eso de las dos de la tarde Maceo envió algunos destacamentos hasta las proximidades del reducto, para incitar con sus disparos a los españoles a salir en su persecución; pero éstos no se movieron. No fué sino tres o cuatro horas después, ya comenzando a oscurecer, que, con la indudable intención de reconocer el campo más cercano donde situar sus guardias nocturnas, se aventuraron cuesta arriba, rumbo a nuestras posiciones; pero dió la casualidad de que al mismo tiempo y por el mismo sendero descendíamos nosotros, también con el propósito de colocar nuestros retenes, por lo que hubimos de tropezarnos, y tan cerca que quizás no nos separaban arriba de cincuenta pasos. La lucha fué sumamente breve. Los soldados españoles, apenas habían cruzado con nosotros un centenar de tiros, volvieron caras y corrieron a replegarse al reducto. Yo tuve en este episodio casi casi un lance personal. Marchaba muy delantero, cuando de pronto me enfrenté con un soldado enemigo. Ambos nos disparamos al mismo tiempo. Su bala pasó rozándome la oreja derecha mientras que la mía debió de hacer blanco, pues vi el rostro del hombre contraerse en una mueca y desplomarse su cuerpo.

Cerró la noche. Nuestras guardias estaban situadas tan cerca de las del enemigo que ambas no cesaban de injuriarse unas a otras, amén de cambiar un fusilazo de cuando en cuando.

Desde nuestras posiciones no se divisaba el reducto; pero a la derecha, y un poco distante a retaguardia, existía una colina desde la cual se dominaba en parte. El general Maceo

colocó allí un pelotón con el fin de que, manteniendo un continuo tiroteo, nadie en el campo opuesto pudiera reposar.

Los españoles pasaron en verdad una mala noche: no podían dormir con el traqueteo de nuestros disparos y el silbido de las balas; no podían hacer el rancho, ni fumar un cigarro, porque donde quiera que brillaba el más tenue fulgor dentro de sus atrincheramientos, hacia él partía rápido un fogonazo.

El general Maceo se había recogido a descansar bajo un cobertizo de paja donde le habían colgado la hamaca, y yo, sin desceñirme las armas, me eché en el suelo a tres o cuatro varas de él, debajo de unos naranjos. A eso de las tres de la madrugada el estruendo cercano de varias descargas cerradas consecutivas me hizo poner rápidamente de pie, y vi dos grupos de soldados, separado uno de otro por un espacio de treinta o cuarenta varas, que marchaban a paso precipitado en dirección opuesta al lugar donde estaban nuestros retenes, por el camino que cruzaba el plano del campamento. Era la impedimenta que se alejaba. Yo no debía de estar del todo despierto, porque, tomando al grupo delantero por combatientes cubanos que huían y al otro por soldados españoles que iban en su persecución, tiré del machete y corrí a detener a los primeros ordenándoles retroceder y hacer cara al supuesto enemigo: la voz del teniente coronel Popa, encargado de la gente desarmada, me volvió a la realidad, diciéndome:

—Piedrita, ¿qué le pasa, se ha vuelto loco? ¿No ve que ésta es la impedimenta?

Cuando volví junto al General ya éste se encontraba a caballo, y desde allí y a todo galopar se trasladó al cuerpo de guardia más avanzado con objeto de observar, si no con la vista, porque nada se veía aún, con el oído, los movimientos del adversario, y por ellos poder colegir la intención del mismo.

Para el General aquel fuego, al parecer intempestivo, no podía tener otro propósito que el de la preparación de la retirada, o sea lo que en el tecnicismo militar español de la época se llamaba despejo del frente o de los flancos. Hecha esta deducción, tomó las medidas oportunas para atacar la columna en su marcha de retroceso y completar la obra de

su desastre, ya bastante adelantada en el combate de los umbrales de Cacarajícara. Como más pronta providencia envió mensajeros al coronel Sotomayor, dándole instrucciones para la colocación de emboscadas en determinados lugares del camino de Bahía Honda. A Maceo no le cabía duda alguna de que fuera aquélla la vía que habrían de seguir los españoles en su retirada. Bahía Honda estaba a una jornada nada más, y era lógico pensar que la columna, embarazada con multitud de heridos, escogiera aquel centro de operaciones más cercano, donde por otra parte tenía el Cuartel General de su brigada el general Suárez Inclán, que la mandaba. Y, en efecto, el jefe español, cuidadoso de no exponer de nuevo a sus maltrechas tropas a un choque de vanguardia o de flanco con las nuestras, procuraba adelantárseles emprendiendo la retirada camino de Bahía Honda a hora tan temprana, cuando todavía el levante estaba envuelto en oscuras sombras. Sus previsiones hubiesen salido fallidas de haberse ejecutado las órdenes enviadas por el general Maceo a Sotomayor, consistentes, como ya se ha dicho, en colocar emboscadas en la ruta del enemigo. Por fortuna para éste las mencionadas órdenes no fueron trasmitidas a tiempo, y la cabeza de la columna y el convoy de heridos cruzaron por aquellos sitios sin ser hostilizados. Pero sus demás componentes no tuvieron una suerte igual, porque, cuando descorrido el velo de sombras de la noche y visible a los primeros albores de la mañana la retaguardia en marcha por aquel quebrado y escabroso camino, nosotros, que a paso ligero habíamos salido en su persecución, le dimos alcance, precisamente en el tramo más difícil de andar, y entablóse de nuevo la partida. Estábamos a primero de mayo.

Marchábamos nosotros a la desfilada, ojo avizor y el arma prevenida. Ibamos en primer término el propio general Maceo, el brigadier Bandera, el coronel Socarrás y los ayudantes del Cuartel General, y no distante, a retaguardia, el coronel Juan Ducassi con sus fuerzas, cuando columbramos, por dentro de unos matojos que crecían en un altozano a la izquierda del camino, la mancha azul de los uniformes españoles. El primero en distinguirlos fué el general Maceo, quien,

al mismo tiempo que se apartaba con rapidez a la izquierda, nos gritaba:

—Pronto, a la izquierda.

Todos, siguiendo su ejemplo, nos echamos por aquel lado, donde el terreno tenía un pequeño desnivel que nos cubría en parte de la vista del enemigo; pero yo, que iba muy delantero, no lo pude efectuar a tiempo para evitar y servir de blanco al enemigo, y dos balas me pasaron rozando, una la pierna y la otra la oreja derechas. Aquella era la primera emboscada escalonada de la columna.

Encorvados, y ocultándonos en las desigualdades del terreno y los yerbajos, fuimos cautelosamente acercándonos a la posición de los españoles, y, ya a cuarenta o cincuenta metros distantes, rompimos el fuego, avanzando a saltos sobre ella. El enemigo la abandonó después de muy corta resistencia.

El segundo escalón español estaba situado en un cayo de monte a la salida del sendero, desde donde, todavía algo lejos nosotros, comenzaron a hacernos fuego. Esta posición era peligrosa de atacar de frente y a pecho descubierto, por lo que el General ordenó al coronel Ducassi que la flanqueara con sus hombres de infantería. Ejecutado este movimiento, el enemigo, tras una media hora de pelea, fué desalojado. Ahora tenía que recorrer un tramo del camino donde el terreno, más llano y casi desprovisto de toda vegetación, no le ofrecía ninguna clase de protección o resguardo, por lo que hubo de salvarlo a la carrera y sin volver caras, bajo los fusilazos de nuestros tiradores que iban ágiles en su seguimiento.

La retaguardia española no se detuvo hasta replegarse al grueso de la columna, y, reunidos todos los elementos de la unidad, continuó ésta la marcha a paso acelerado, hasta llegar a un cerro llamado Loma Redonda, en las cercanías de Bahía Honda, en cuya altura opuso durante treinta o cuarenta minutos de vivísimo fuego la última resistencia. La jornada terminó a las puertas de Bahía Honda, en donde entró la batida tropa española manando sangre.

XVII

ACCION DE VEGA MORALES

Mes de mayo

VEGA Morales, en aquella época una finca de labranza, está en el camino de San Cristóbal a Bahía Honda, a unos 10 kilómetros y al Noroeste de la primera de las mencionadas poblaciones, y a más o menos igual distancia y al Sur de la segunda.

Contiguos a Vega Morales, se encuentran, entre otros lugares que no tiene objeto mencionar: Quiñones, al Norte, y Vega Ortiz, al Sur, y a mayor distancia, rumbo a Bahía Honda, existe una elevación de terreno llamada Loma de Sebastopol.

El 4 de mayo el General, con su Estado Mayor, una parte de su Escolta y el coronel Sotomayor, que se le había incorporado en Las Pozas después del combate de Cacarajícara, se encontraba en la finca El Brujo, distante unos nueve kilómetros y al Noreste de Vega Morales, donde se hallaba acampado el brigadier Roberto Bermúdez con cincuenta o sesenta hombres de sus fuerzas. El total de combatientes allí reunidos no pasaba de ciento cincuenta o ciento sesenta.

En la noche de ese mismo día, a eso de las once, recibió el General, por conducto de un muchacho, un mensaje del dueño de Vega Morales, haciéndole saber la llegada a aquella finca, un par de horas antes, de una fuerza española, la que se proponía pasar la noche allí. Parecióle al General cosa rara que una columna enemiga se aventurara por aquellos escabrosos andurriales, y más aún que se dejara sorprender por la noche en ellos, y, no dándole entero crédito a la noticia, envió de nuevo al mensajero a Vega Morales con la misión de cerciorarse de su veracidad, encareciéndole la conveniencia de volver a El Brujo a la mayor brevedad posible. A las tres de la madrugada regresó el pequeño campesino, asegurando que eran auténticos soldados españoles los que pernoctaban en la finca de referencia. El inteligente muchacho había adquirido además otros pormenores interesantes, según los cuales se tra-

taba de una columna muy numerosa, como de dos mil hombres, decía él, y dos piezas de artillería, mandada por el general Serrano Altamira y otro general cuyo nombre no había averiguado. Más tarde supimos que el efectivo de la fuerza española era de mil doscientos hombres, y que el otro general señalado por el pequeño labriego era Bernal, que venía con Serrano Altamira, quizás como adjunto, quizás como simple espectador.

Treinta o cuarenta minutos después de recibido el informe, emprendió marcha el general Maceo con su reducida tropa hacia Vega Morales. Hay que tener en cuenta que tanto esta propiedad, como El Brujo y otras mencionadas al principio de este relato, tienen su asiento en tierras de la sierra del Rosario, y que, como consecuencia, todos aquellos contornos son accidentados y boscosos. Los caminos son simples y estrechos senderos, más que abiertos, trazados en las faldas de las lomas o en el fondo de los barrancos, verdaderos vericuetos y meandros, por los cuales se hace difícil y tardo el paso de las tropas. A pesar de ello, y no obstante estar el campo todavía envuelto en las sombras de la noche al dejar nuestro campamento, la primera luz del día, que una espesa neblina tamizaba aquella mañana de mayo, nos encontró en atisbo del enemigo y apercibidos a la pelea junto a los linderos de Vega Morales.

Nos hallábamos situados en un punto donde el camino —que, viniendo de Vega Morales, debían traer los españoles para dirigirse a Bahía Honda, de acuerdo con la conjetura de Maceo—, desciende al fondo de una cañada y continúa por ella durante un largo trecho, entre los pomarrosales que allí crecen en abundancia y grandes lajas de piedra suelta. A una y otra de sus márgenes el suelo se alza escarpado y montuoso, principalmente a la izquierda donde el tajo dado por la erosión de las aguas, al correr durante los milenios, dejó la mayor porción y la más elevada parte de la montaña.

Llevábamos allí en acecho treinta o cuarenta minutos tratando de escudriñar en la profundidad del barranco, todavía velado por la niebla, el paso del enemigo, cuando comenzamos a oír, rumbo a Vega Morales, el rumor peculiar de toda

tropa española en marcha de campaña: voces de conductores de bagaje y tintineos de platos y jarros de hojalata. Era en efecto la columna Serrano Altamira que se acercaba. El general Maceo aguardó el tiempo suficiente para que toda aquella unidad se encontrara dentro de la arroyada, y, luego de haberle dado instrucciones a su jefe de Estado Mayor, brigadier Miró, para que por un desportillado que existía a pocas varas de nosotros bajara a colocarse a la cola de la columna, con una parte de las fuerzas, él, con el resto de las mismas, se adelantó siguiendo por entre las malezas del borde derecho, en dirección paralela a la que llevaba aquélla, de manera de atacarla de flanco. Momentos después, en el agreste paraje resonaban los estampidos de las descargas. El primero en romper el fuego fué el general Maceo, y casi al mismo tiempo yo, que me había quedado con el jefe de Estado Mayor y que con su venia había tomado con unos quince infantes la delantera sobre la retaguardia, comencé el ataque de ésta.

El efecto producido en los españoles por aquella brusca y doble acometida tuvo que ser, en los primeros momentos, de estupor y sobresalto. La estrechez del lecho de aquella cañada no les ofrecía espacio para evolucionar. A su izquierda se alzaba la montaña casi perpendicular, y a su derecha, aunque la altura era de más suaves pendientes, la hacían inaccesible los soldados de Maceo. Tardaron varios minutos en responder a la agresión, y desde el fondo del barranco subía hasta nosotros el ruido de su marcha tropelosa, las apresuradas voces de mando de los oficiales y las interjecciones de los acemileros tratando de avivar el paso de las bestias. Atendiendo únicamente a salir del desfiladero, ni la cabeza de la columna se detenía a aguardar el centro, ni el centro dejaba un instante de andar para hacerle cara al adversario que tenía al flanco. La retaguardia, en tanto, trataba de resistir abrigada en los pomarrosales de la cañada, pero mis infantes la iban desalojando de macizo en macizo, dejándole apenas tiempo para hacernos algunos disparos. Ya ni siquiera le hacíamos el honor de quemar contra ella un cartucho, pues nos bastaba lanzarnos al grito de "al machete" sobre cualquiera de los montecitos de yambo que ocupaba, para ponerla en fuga.

Al fin la columna española salió del barranco, dejando en su precipitado paso por él sus muertos y aun algunos heridos. Pero no por encontrarse ahora en campo más despejado y propicio a los movimientos de despliegue adoptó una postura más marcial. Continuó al mismo acelerado ritmo su marcha hasta Vega Ortiz. Aquí se detuvo e hizo cara con el fin de proteger su retaguardia, pero fué nada más que por espacio de quince o veinte minutos. Acosada por la gente de Maceo, siguió a tomar posiciones en Sebastopol; pero Maceo, corriéndose con rapidez por su derecha, ya había ocupado allí las alturas más dominantes. En este punto, reunidos todos los elementos de la columna enemiga y todos los nuestros, el combate se desarrolló con bastante calor durante una hora u hora y media, viéndonos las caras y oyendo las imprecaciones los unos de los otros. Al fin el enemigo se pronunció en franca retirada, perseguido por nosotros hasta las cercanías de una finca llamada Quiñones.

Cuando yo, que, como se podrá comprender, venía un poco rezagado por haber estado batiendo la retaguardia enemiga, llegué a Sebastopol, vi en una de sus alturas al general Maceo con quince o veinte tiradores. Me dirigía a su encuentro, cuando él, descendiendo hasta la falda de la loma, me detuvo poniéndome una mano en el pecho, y en seguida desanduvo el camino hacia arriba sin decirme una palabra. Yo permanecí en el mismo puesto dos o tres minutos; pero como, por una parte, no se me había ordenado concretamente que me estuviera allí y, por otra parte, me ruborizaba la idea de estarme al socaire mientras los demás arrostraban a cuerpo descubierto el vendaval, reanudé la subida de la cuesta, no sin el temor de contravenir con ello una orden del General. Con el propósito de que en todo caso él me la ratificara, aproveché, a fin de hacérmele visible, la oportunidad de que él estaba reconviniendo a algunos de los hombres—porque, a su juicio, desde donde estaban haciendo fuego malgastaban las municiones—, para intervenir en el asunto. Examiné la posición aquella y, volviéndome al General, le dije:

—Desde aquí se pueden hacer excelentes blancos.

No habiéndome hecho él ninguna observación sobre mi

presencia allí, busqué otro buen sitio donde colocarme, lo que encontré un poco más a su derecha donde había cuatro o cinco palmas. Desde allí se escuchaba el rumor producido por las tropas españolas. Yo no las veía, pero tiré al rumbo. Había hecho seis u ocho disparos, cuando oí abajo una voz que decía:

—Capitán, están en las palmeras; Capitán, están en las palmeras.

Y luego otra más enérgica, la del Capitán, sin duda, que, previa una interjección, mandaba:

—¡Fuego a las palmeras!

Una lluvia de balas azotó el verde penacho de las palmas.

Procurando un lugar donde me fuera visible el enemigo, me corrí hasta la izquierda de la colina. Ahora sí lo veía bien: muy cerca, en una especie de cañada formada por la comisura de varias lomas, había una aglomeración de soldados españoles, y me puse a hacerles fuego. Era indudable que mis disparos pegaban en aquella masa de hombres, y minutos después comenzaron a pasarme cerca proyectiles aislados. Mi compañero, el teniente coronel Carlos González Clavell, que se encontraba más a la derecha de mí, lo advirtió y me dijo:

—Piedra, quítate de ahí, que te están cazando.

Instantes después una bala me fracturaba el brazo izquierdo cerca del hombro, y otra, casi al mismo tiempo, me entraba por debajo del mismo brazo y salía por la espalda detrás del omoplato. Carlos González acudió a prestarme auxilio y, teniéndome por el brazo ileso, me condujo a un arroyito que corría al pie de aquella loma y se puso a echarme agua en las heridas. Jamás, en las anteriores distintas ocasiones en que fuera herido, había experimentado yo el vértigo que suele producir la hemorragia y que con tanta frecuencia veía ocurrirle a otros de mis compañeros; y del mayor vigor que esto en mí suponía me ufanaba. Pero ahora me sentía vacilar y una como niebla empañaba mi vista.

—Carlos, me voy a desmayar—le dije a mi compañero.

Mas, como si el avitarlo dependiera de mí, repuso con resolución:

—No, caramba, yo no me desmayo.

Y en efecto, las sombras huyeron en el acto de mis pupilas y mi vida recobró la plenitud de su privilegiada naturaleza. Casi en seguida se presentó allí el General, diciéndome en tono de afectuosa reconvención:

—Lo han herido por desobediente; yo le dije que no subiera.

—No, General—respondí—, es cierto que usted me detuvo con la mano, pero no me dió una orden precisa.

—Sí, sí—continuó él—, yo le ordené que se quedara allí, y usted no solamente me desobedeció, sino que se puso a tirar de pie, de cuerpo entero, como desafiando todo el fuego del enemigo.

—General—argumenté yo, tratando de darle al percance una deducción lógica—, no se puede hacer tortilla sin cascar huevos.

—Sí—replicó él—, pero rompamos huevos españoles y no los nuestros.

Más tarde y durante los dos o tres días transcurridos antes que se decidiera el lugar o lugares adonde habrían de ser enviados los heridos de aquel combate, habiendo permanecido yo en el Cuartel General, siempre que el General veía que me iban a curar se me acercaba diciendo lo mismo:

—Lo han herido por desobediente.

Mas decía esto con tal acento de cariño que, más que sentirse apesarado por la reprensión, se sentía uno deseoso de reincidir para hacerse de nuevo acreedor a ella.

XVIII

DIAS AZAROSOS

LOS heridos fuimos llevados a distintos sitios en la finca El Llano, donde existía una prefectura. A mí me colocaron aparte, en un rancho hecho *ad hoc* dentro de un bosque de aquellas lomas. Como mi asistente Claudio no pudo seguirme en los primeros momentos el Prefecto puso a mi disposición uno de sus hombres, campesino de aquella comarca. Este individuo desertó dos o tres días más tarde, por

lo que, temiendo una delación de su parte, hube de ser trasladado de lugar, siempre en la jurisdicción de la misma prefectura, en más próxima vecindad con los otros heridos. Entre éstos se encontraba Luis Mendive, y como yo, por ser ayudante de campo de Maceo, sabía que habría de tener mayor atención de parte del Prefecto, pedí a dicho funcionario que reuniera aquel oficial conmigo, lo que se efectuó en seguida. Con Luis Mendive vinieron también a habitar mi rancho un capitán llamado Capdevila, de Cienfuegos, y como compañero del mismo el joven Pablo Villegas, cuya jerarquía militar de entonces no recuerdo. El capitán Capdevila estaba casi inutilizado, pues tenía un brazo fracturado en la anterior contienda y el otro en el combate reciente. Villegas estaba ileso.

Además de las personas ya mencionadas vinieron también un sargento sanitario, llamado Martorell, el asistente de Mendive, llamado José Esperanza, que respondía por el solo segundo nombre, y mi asistente Claudio. Claudio era el tercero de los asistentes que yo había tenido en el curso de la campaña: es decir, había tenido otro más, pero sólo por un día, tiempo suficiente para robarme y fugarse quizá a dónde. Mi primer asistente fué Pablo León. Lo tomé a mi servicio al emprender su marcha la columna expedicionaria. Era un muchacho de color, mulato, de Guantánamo, robusto y ágil. Por naturaleza o por hábito callado, le costaba tal esfuerzo el hablar que la emisión de cada palabra parecía una detonación oída a boca de jarro. Ignorante, pero habilidoso y de buen carácter, me sirvió cumplidamente y con devoción varios meses, y no lo he olvidado nunca. En particular su nombre viene a mi memoria junto con el recuerdo de aquellas frías madrugadas de los días de diciembre de 1895, cuando cruzábamos por las alturas de Quirro, en Las Villas: carecía yo de cubertura y, para dormir un tanto abrigado, me metía en el serón de la acémila que conducía él.

Los conductores de acémilas tenían que tenerlas listas a ocupar su puesto en la marcha junto con los demás elementos que constituían la impedimenta, tales como las gentes desarmadas, etc., etc., so pena de fuertes castigos si interferían

el paso de fuerzas armadas. León venía a las dos o las tres de la madrugada a recoger el serón:

—¡Teniente, Teniente—me decía—, salga del serón que voy a cargar la mula!

—Ya voy—le respondía yo—; pero me volvía a dormir.

Cinco o seis minutos después, se renovaba la escena:

—¡Teniente—repetía León—, salga del serón, que ya todos los otros asistentes tienen arregladas sus acémilas!

Yo remoloneaba todavía un poco, y por último León lloriqueaba:

—Teniente, por Dios, déjeme coger el serón, mire que si no entro a tiempo en las filas me van a dar planazos.

Y lo recuerdo también, con verdadera gratitud, viéndolo marchar junto a mi camilla de herido, con una gallina en la mano el 15 de diciembre. La había cogido dando carreras entre las balas, tan pronto como lo enteraron de mi percance, para que no me faltara un buen caldo. El me asistió en los hospitales de La Amalia, Santísima Trinidad y La Carmita, y todavía me acompañó después algunos días más. Pero más tarde se hizo perezoso y descuidado, sirviéndome tarde y de mala voluntad. En una ocasión en que dejó todo un día sin comida a mi caballo, habiendo abundancia de forraje a dos o trescientos metros de distancia, le dije:

—León, tu comportamiento conmigo ya no es el mismo de antes: me estás sirviendo de mala gana y mal por consiguiente. Yo te he tratado siempre bien, más como compañero y amigo que como jefe, y no quiero que nos separemos guardando un recuerdo ingrato el uno del otro; así, dime para qué cuerpo quieres que te dé el pase.

Y habiéndome él indicado que para las fuerzas del general Quintín Bandera, nos separamos. León marchó con las fuerzas de Bandera a Pinar del Río, se batió bien y, cuando yo dejé el territorio de aquella provincia, había ganado la estrella de plata: era subteniente.

Mi segundo asistente, llamado también León, pero no de apellido, que nunca lo supe, sino de nombre, y asimismo de color, mulato, era física y mentalmente el reverso del primero: joven también, era poco robusto, o más propiamente

dicho, poco corpulento, pero ágil de cuerpo y sobre todo de imaginación. Muy cuidadoso y atildado en su persona, llevaba siempre el cabello rizado y oliendo a perfumes. Tengo para mí que León, cuando se entraba a saco algún pueblo, en vez de proveerse de artículos alimenticios y de cualquiera otra clase, saqueaba las tiendas de perfumería o las barberías en su defecto, y que debía llevar una gran provisión de aceites y aguas olorosas en su jolongo. Mis compañeros lo miraban con cierta malicia, que fué lo que al cabo me impelió a despedirlo. Pero León, pese a sus amaneramientos femeniles, era un verdadero hombre. En aquel lance de San José, ya referido, en que hube de quedarme sólo con siete tiradores deteniendo al enemigo, mientras nuestras tropas se retiraban, él, que también en los primeros momentos había huído, al enterarse de que yo estaba atrás peleando, retrocedió y vino a reunírseme completamente desarmado como estaba. Cuando lo vi, le dije:

—León, ¿qué vienes a hacer aquí?

—Teniente, vámonos, no se obstine—me contestó.

Y repitiendo: —Teniente, vámonos, no se obstine—, permaneció a mi lado hasta que yo me retiré. Y no fué ésta la única prueba de devoción que me dió aquel día: reunido yo con las fuerzas del coronel A junto a un grupo de casas, como lo tengo dicho, León desapareció. Una hora después se me reunió de nuevo en el camino y me entregó un paquete. Este contenía nada menos que un pollo frito y un pan. León había visitado los corrales y las despensas de aquellas viviendas, y él mismo había preparado en un santiamén el mencionado gallináceo. Quise compartir con León el suculento almuerzo, pero él rehusó diciéndome que ya había almorzado.

Claudio fué el asistente que más mal me sirvió. No por falta de buen deseo, sino por inhabilidad. No sabía buscar nada, y muchas veces me dejaba sin comer donde los demás asistentes habían encontrado para sus respectivos jefes la comida. Por supuesto, tampoco comía él. Pero era de carácter tan dócil y afectuoso que me apenaba la idea de separarlo de mi servicio, y le perdonaba todas sus deficiencias. Una sola vez llegué a violentarme de veras con él. Ocurrió

esto al siguiente día de nuestro bombardeo al Cuartel General español de la línea Mariel-Majana, en Artemisa. Los españoles replicaron a nuestros disparos de cañón con un fuego tan violento y estrepitoso de artillería y fusilería, que nuestra impedimenta, creyéndose atacada directamente, se puso en fuga llena de pánico, al extremo de que el propio general Maceo hubo de correr a detenerla y volverla a su sitio. Claudio, por supuesto, fué de los que huyeron. En la mañana, de paso para Soroa, nos detuvimos a descansar en una finca donde no encontramos nada de comer. Allí no había otra cosa que maíz seco. Hambrientos como nos encontrábamos desde el día precedente, y habiéndonos hecho la ilusión de proporcionarnos algo en aquella parada con que alimentarnos, la decepción no pudo ser más desconsoladora. En la mañana anterior, antes de dejar el campamento, se nos había distribuído una pequeña cantidad de azúcar "verde", enviada al Cuartel General de un trapiche que poseían en la montaña dos hermanos de apellido Manca. Estos, de quienes yo era amigo, tuvieron también la gentileza de enviarme particularmente un par de libras del referido producto. De la ración *oficial* parte me había comido yo y parte Claudio, y a éste di a guardar en su jolongo como reserva la recibida en privado. Contando, pues, con ella, invité a mis compañeros a desayunarnos con agua azucarada hervida. Mi invitación, como es de suponer, fué aceptada con alborozo. Llamé a Claudio y le ordené hacer "canchánchara" para todos.

—¿Con qué azúcar?—me preguntó él.

—Cómo, Claudio—exclamé—, ¿y el azúcar que te di a guardar ayer, dónde está?

—Se me perdió—respondió.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para contener la ira y no hacer lo que mis compañeros deseaban, que era que le diera de planazos a Claudio.

—Ese desvergonzado—decían—se la comió.

Yo sabía que Claudio no era capaz de realizar tal acción; pero también estaba persuadido de que el azúcar no se le había perdido, sino que, descuidado como era, se la había dejado robar.

En otra ocasión hice a Claudio un reproche que me pesó. Estaba yo por aquellos días sufriendo de fiebre con frío. Había colgado mi hamaca a orilla de un río, en cuyas aguas me sumergía con frecuencia porque me habían asegurado que tales baños eran buenos para curar esa clase de enfermedades. Una vez, necesitando de Claudio, lo llamé y no obtuve respuesta. Se apareció como dos horas más tarde.

—¡Qué malo eres, Claudio, cómo me has dejado abandonado!—le dije.

—¡Ay, niño, no me diga eso!—contestó, echándose a llorar.

Tuve que consolarlo como si se tratara de un chiquillo. El pobre Claudio había ido a buscar hojas de una planta llamada Aguedita que, según decían, curaba aquellas calenturas. Por descontado que no las encontró.

Claudio era un negro africano, ya bastante viejo aunque resistente aún. Como africano al fin era supersticioso y, además, de una credulidad a prueba de inverosimilitudes. Esperanza, el asistente de Luis Mendive, era un joven negro criollo de inteligencia vivaz y de burlón carácter. Para embromar a Claudio fingía ser un gran brujo. Claudio aparentaba no darle crédito, pero en el fondo no solamente lo creía sino que le tenía miedo. Una mañana matamos un camaleón de gran tamaño sobre un árbol que estaba junto a nuestro rancho. Muchas horas después, en la tarde, el camaleón yacía inmóvil con la cabeza aplastada a nuestra vista.

—Claudio, a que yo resucito este camaleón—propuso Esperanza.

—Que va, Esperanza, lo que muere no vive *má*—contestó el otro.

Esperanza extrajo del fogón un poco de ceniza algo caliente, cubrió con ella el cuerpo del pequeño saurio y se puso a hacer pases y a mascullar frases ininteligibles a manera de conjuro. Pocos minutos después el camaleón se sacudió dentro de las cenizas y se escapó. Claudio, con los ojos muy abiertos, exclamaba:

—¡Esperanza, tú *ere* brujo, tú *ere* diablo! No me *toca,* no me *toca.*

Los heridos de Vega Morales, después de recibida la pri-

mera cura, no fueron visitados por un médico sino al cabo de muchos días. Este médico fué el doctor Máximo Zertucha. Zertucha me entablilló y vendó el brazo fracturado, dejándome un solo vendaje de repuesto. Medicina ninguna, pues no la había. Después no volvió a vernos sino ya muy entrado el mes de junio. Durante este espacio de tiempo la supuración de mis heridas era de una abundancia tal que parecía que todo mi organismo se había convertido en aquella putrefacta materia. El pus me corría a lo largo del brazo roto como por los contornos de una vela se desliza el sebo derretido arriba por la llama del pabilo. Y era tan desagradable el olor que, por evitarlo, llevaba siempre la cabeza inclinada sobre el hombro opuesto. Las tablillas, quitadas una vez, ya no fué posible colocármelas de nuevo, porque Martorell, que era un excelente muchacho, no entendía nada en quehaceres sanitarios, a tal extremo que, desconfiando de su destreza, yo mismo me cambiaba las vendas. Y ¡qué vendas! Como las lavaba, o pretendía lavarlas, en un arroyo que corría al pie del rancho, cuyas aguas, recogidas de las vertientes de las lomas en aquella estación de las lluvias, están siempre fangosas, y además no tenía jabón, conservaban el amarillento color y el nauseabundo olor del pus.

A muchos de los heridos se le crearon gusanos, entre ellos a Mendive. Además, pese a la buena voluntad del Prefecto, pasábamos hambre. En ocasiones transcurrían días sin más alimento que frutas, algunas veces verdes y hasta tiernas, que hacíamos hervir. Comenzaba la estación de los mangos; pero las matas más próximas estaban fuera de las lomas, en un llano adonde era peligroso ir a buscarlos. No obstante, lo hacíamos con alguna frecuencia: unas veces iban Pablo Villegas y Martorell, otras los asistentes; pero más a menudo el capitán Capdevila y yo, que éramos los menos capacitados para defendernos o huir. Luis Mendive no podía caminar a causa de que su herida era en una pierna, y, en cuanto a los asistentes, Claudio y Esperanza casi siempre tenían miedo.

Y ¡qué días, y sobre todo qué noches tan largas aquéllas! Las llagas purulentas se me adherían a la áspera tela de la hamaca, y esto y la plaga de mosquitos no me dejaban dormir.

Por regla general me levantaba a las doce de la noche y me amanecía arrimado a una fogata.

Cuando el doctor Zertucha estuvo a visitarnos por segunda vez ya casi había desaparecido la supuración de mis heridas, pero el hueso del brazo había soldado mal. Me propuso hacerme un raspado, pero me negué a ello, pensando lo inútil que me sería un dolor más si después de sufrirlo me mataban. Aplacé la operación para cuando terminara la guerra, con muy buen acierto, pues no la he necesitado.

En aquel hospital tuve por primera y única vez en mi vida piojos y "caránganos". Durante toda la campaña había yo procurado no hacer noche en unión de otros compañeros cuya pulcritud no me fuera conocida, por temor a que me pasaran dichos parásitos. Para esto dormía siempre a la intemperie aunque hubiera techo bajo el cual hacerlo; pero allí, en el hospital, los que habitaban mi mismo rancho eran mis huéspedes. Yo los veía con bastante aprensión echarse con frecuencia en mi hamaca, pero la delicadeza me impedía hacerles sobre ello alguna observación. Un día sentí un ligero cosquilleo por la axila del brazo herido. Me llevé rápidamente la mano a aquel sitio y atrapé un carángano. La sensación de disgusto que experimenté es inexpresable. Eché a correr como un loco en busca de agua con que bañarme, ya que el arroyo que teníamos próximo, como antes he dicho, era puro lodo. Ya muy distante de nuestro rancho y cerca de la casa de la prefectura encontré, a la vera del trillo por donde iba, un ojo de agua cristalina: me despojé de la ropa y me zambullí en ella. Diez o quince minutos hacía que me encontraba dentro del pozo, cuando acertó a pasar por allí el Prefecto, quien al verme gritó:

—¿Qué hace usted ahí?

—Ya lo ve—le respondí—, bañándome para quitarme los caránganos.

—¿Pero usted está loco?—exclamó él en el colmo de la estupefacción y colérico.

—¡Bañándose y con caránganos! ¿No ve usted que ésta es el agua que bebemos en casa?

Yo le presenté mis excusas, y él, entonces más calmado, me explicó que para librarse de tales insectos es inútil lavarse uno el cuerpo, que es necesario lavar la ropa hirviéndola con agua y jabón. ¿Dónde podía yo hacer tal cosa? En la casa de la prefectura no, porque había señoras, y yo, no teniendo otra ropa que aquella que tenía puesta, habría de permanecer desnudo mientras la lavaba. Me acordé que en Cacarajícara hay un río y no existían familias, y allá me fuí al día siguiente.

En Cacarajícara conseguí una lata vacía y jabón, jabón producto de la industria mambisa. Puse la ropa dentro de aquella vasija, la llené de agua y eché en ella el jabón, y la tuve hirviendo no menos de un par de horas mientras yo permanecía dentro del río. Al cabo los caránganos murieron todos en la ebullición, pero la ropa, que era hecha del paño de una capa española que me regalaron a nuestro paso por Las Villas, se hizo añicos Me quedé desnudo, pues, y en este forzado adanismo hube de permanecer hasta el siguiente día que el jefe del campamento pudo proporcionarme con que cubrirme. Después me volví al hospital, registré bien mi hamaca y, no habiéndole encontrado bicho alguno, prohibí muy seriamente a mis compañeros que se echaran en ella.

Pero yo no estuve muchos días en el hospital. Me desesperaba la inacción y, aunque el brazo no había sanado por completo, hacia fines de la primera quincena de julio me reincorporé al Cuartel General. Allí recibí mi nombramiento de comandante, firmado por el general Maceo en fecha 1o. de aquel mismo mes.

XIX

PARENTESIS

DURANTE el tiempo que yo había permanecido alejado del Cuartel General el general Maceo había librado las acciones siguientes:

Mes de mayo.

Día 6. Acción de San Martín.

Día 22. Acción de Caiguanabo.
Día 23. Acción de Consolación del Sur.
Día 25. Acción del Descanso.

Mes de junio.

Día 11. Décima de Tapia.
Día 13. Acción de San Gabriel de Lombillo (oncena de Tapia).
Día 11. Duodécima acción de Tapia.
Día 20. Décimotercera acción de Tapia.
Día 21. Décimocuarta acción de Tapia.
Día 23. Décimoquinta acción de Tapia.
Día 24. Décimosexta acción de Tapia.

Durante este mismo período de tiempo habían ocurrido dos acontecimientos de capital importancia: el primero fué la herida que recibió el general Maceo en un pie, en el combate del 23 de junio en Tapia, y el segundo el desembarco, en la misma fecha, de la expedición del coronel Francisco Leyte Vidal.

Mas mis deseos de volver a tomar parte en las operaciones me habían hecho sobrestimar mi resistencia física. Con el doliente brazo en cabestrillo, que me restaba parte de mi natural agilidad y equilibrio, descalzo como me encontraba y a pie, iba arrastrándome a la retaguardia de la columna, cayendo aquí y más allá con los consiguientes porrazos y magulladuras. Una mañana, habiéndome caído al cruzar un río, Carlos González Clavell me dijo:

—¿Tú vas a seguir así, maltratándote inútilmente?

Esa misma noche, en el campamento, el General me ordenó volver al hospital, no ya a El Llano, sino a Cacarajícara, adonde envió también al capitán Alberto Boix, que se encontraba enfermo. Así, mal de mi grado, hube de separarme otra vez del Cuartel General. La compañía de mi amigo Boix neutralizaba un tanto mi pesar. Alberto Boix, un joven de veintidós a veintitrés años que había venido de Costa Rica en compañía de Maceo, era uno de los hombres de mejores sentimientos, y también de los más graciosos y simpáticos, que he conocido, y resultaba un compañero ideal, tanto

en el combate como en el campamento. Con él cerca era tener a distancia la pesadumbre y la hipocondría, porque él siempre estaba alegre y festivo. De carácter infantilmente juguetón, fácil al chiste agudo y a la chanza, ésta tenía en ocasiones el valor de una sentencia. La noche del día en que la columna expedicionaria acampó en Canasta (Oriente), Alberto Boix, habiendo oído decir a alguien que una columna española marchaba sobre nuestro campamento, hubo de repetir tal versión a los oficiales del despacho del General. El coronel Federico Pérez Carbó—don Federico, como le decíamos nosotros—, jefe de los mismos, se quejó de ello al general Maceo porque, según él (don Federico), perturbaba el ánimo de sus subordinados. El General castigó a Boix enviándolo a esperar al enemigo en guardia avanzada del camino por donde se decía que venía éste. A la mañana siguiente, cuando Boix se reunió con nosotros, le preguntamos la razón de aquella pena. El nos respondió:

—Porque asusté a la población pacífica del Cuartel General.

El prefecto de El Llano tenía en la misma casa de la prefectura su familia, compuesta de la mujer y varias hijas, una de ellas de quince o dieciséis años de edad. Cuando nosotros estuvimos allí la primera vez con el General, la mayor de las muchachas tenía en brazos a un hermanito tal vez de un año de nacido. Boix se dirigió a ella y, queriendo entrar en conversación, le dijo:

—¿Ese niño tan lindo, es de usted?

La guajirita, sin pensar en el significado de su contestación y queriendo quizá seguir la broma, le respondió:

—Mío y de usted también.

—¡Qué bueno, qué bueno!—exclamó Boix con fingido alborozo—, yo no sabía que tenía un hijito con usted.

La muchacha corrió a encerrarse en el cuarto y no la volvimos a ver durante las horas que permanecimos allí.

Me contó el general Enrique Loynaz del Castillo que una vez, antes de la guerra, en San José de Costa Rica, a la sazón que él y Alberto Boix acompañaban al general Maceo a su paso por una calle, de una casa de la acera de enfrente una

señorita llamó a Boix. El General y Loynaz se detuvieron en el mismo sitio a aguardar el regreso del compañero, pero demorándose éste se acercaron a la casa en cuestión. En el zaguán de la misma vieron a la muchacha dándole de paraguazos a Boix, quien, al verlos, doblando la cabeza sobre el pecho y extendiendo los brazos, exclamó con sin igual donaire:

—Ya ustedes ven: yo, como Cristo, abro los brazos y la frente inclino.

En una ocasión se apareció en el Cuartel General un individuo que venía de Key West. Parece que había conocido en la emigración al general Maceo y quería darnos la impresión de que mediaban entre los dos relaciones de gran intimidad, por lo que nunca al nombrarlo decía el general Maceo o el General, sino Antonio. "Porque Antonio me dijo", "porque yo le dije a Antonio". A nosotros, que tanto respeto sentíamos por el General y jamás, ni presente ni ausente (como se encontraba en aquellos momentos), dejábamos de darle el tratamiento de General, nos molestaba la petulancia de aquel individuo y todos le cobramos ojeriza. Pero el que mejor se la demostraba era Boix. Cuando el hombre, que era sordo, decía "Antonio", Boix exclamaba: "La p. de tu m." El hombre se ponía la mano ahuecada en el pabellón de la oreja y preguntaba: "¿Qué dice?", y Boix repetía: "La p. de tu m." El individuo se decía ingeniero, un gran ingeniero. Una vez nos contó que, habiendo llegado a París, todo el cuerpo de ingenieros civiles de la Ciudad Luz había concurrido a la estación a recibirlo. Pero a renglón seguido, en el relato de sus extraordinarias aventuras por el mundo, nos refirió que en New York se había encontrado tan falto de recursos, que se había visto en el caso de vender reguiletes por las calles.

—Eso es lo que tú has sido toda tu vida, un reguiletero —exclamó Boix.

—¿Qué dice?—preguntó el hombre.

Boix se le acercó al oído y le repitió:

—¡Que eso es lo que tú has sido toda tu vida, un reguiletero!

Pero esto dicho con tal gracia, que el hombre se volvió hacia nosotros diciéndonos:

—Ustedes ven, los cubanos todo lo echan al choteo.

En Cacarajícara no lo pasamos del todo mal. Don Alejandro Gravier, que ejercía en el campamento una autoridad sui géneris, mezcla de comisario ordenador y aposentador, y de secretario civil del regimiento Cacarajícara, era una excelente persona: bien educado e instruído y en extremo servicial y generoso, que se esforzaba en hacer nuestra estancia allí todo lo agradable y cómoda posible. El nos dió alojamiento en su misma habitación y compartía con nosotros cuanto poseía. De lo único que se mostraba avaro don Alejandro era de su caballo Moltke, un hermoso y magnífico caballo de tipo y quizá también de raza árabe. Eso jamás lo brindaba. Sin embargo a mí me lo prestó, casi casi comprometido a ello por Alberto Boix. Un día dije delante de don Alejandro que tenía deseos de ir a visitar una familia amiga que vivía a cosa de tres o cuatro leguas del campamento. Como yo no tenía caballo don Alejandro se creyó indirectamente aludido. Enrojeció un poco, tosió y, al cabo, me dijo:

—Yo no le brindo a Moltke porque es un animal que tan sólo conmigo es dócil y, como por estos lugares los caminos son tan pedregosos y estrechos, temo que lo vaya a tirar.

—¡Tirar a Piedra—exclamó Boix—; pero si Piedra es más jinete que Negro Fino!

Don Alejandro no sabía quién era Negro Fino, pero, convincente o no el argumento, me prestó el caballo.

¡Negro Fino! Lo llamábamos de esta manera porque él decía de sí: "Yo soy negro fino", silbando exageradamente la ese. Soldado de la escolta del General era a la vez el domador de los caballos destinados a aquel cuerpo y también, aunque esto por su voluntad, de los del Estado Mayor. Un día, cuando la columna expedicionaria cruzaba el territorio de Camagüey, me regalaron un potro cerrero para sustituir el caballo que hasta entonces venía montando, que estaba enteramente despeado. Le pedí a Negro Fino que me lo domara, pero él, no obstante ser muy complaciente, se negó a ello. Entonces hice que me sujetaran bien el caballo por

los belfos, y al pelo como estaba salté sobre él. El potro brincó a un lado y a otro, se paró en dos patas, levantó la grupa y recurrió a todos los recursos por botarme, pero yo estaba adherido a su lomo como un centauro. Al fin, sintiendo el rigor de mis espuelas, echó a correr. Lo corrí por el campamento un par de horas y cuando me desmonté ya lo había sometido por completo. Todo el mundo, incluso el general Maceo, había sido espectador de la escena, y muchos de mis compañeros vinieron a testimoniarme su admiración por mi destreza. Negro Fino no decía nada, pero se echaba de ver que los elogios que me tributaban herían su orgullo de superjinete. En esto alguien lo llamó:

—¡Negro Fino, dómame este caballo!

Y él se volvió hacia mí, diciéndome con cómica seriedad:

—Oye, Negro Fino, te están llamando.

Yo me eché a reir, él rió también y nos abrazamos.

Ya en el mes de septiembre yo había sanado completamente de la herida del brazo y Boix se hallaba del todo restablecido de su dolencia; pero nos era imposible por lo pronto reunirnos al General porque éste se encontraba allá por Cabo Corrientes, es decir, en el extremo occidental de la provincia, y forzoso nos fué aguardar su retorno a comarcas más cercanas. No fué sino a mediados de octubre que pudimos reintegrarnos a su Cuartel General.

XX

HOSPITALIDAD CRIOLLA

CON ocasión de la caminata que hubimos de hacer para reincorporarnos he de referir, para que se tenga una idea de lo que era la hospitalidad del campesino cubano en aquella época, un caso, que en la actualidad se podría considerar como insólito, que nos ocurrió a Boix y a mí. Habíamos salido de Cacarajícara una mañana, al amanecer. Caminando todo el día sin haber tomado ningún alimento, y a pie, pues ni mi compañero ni yo teníamos caballo, llegamos

a eso de las ocho u ocho y media de la noche a una casa que, por tener sus aleros apoyados en pilares de madera, se nos figuró apropiada para colgar nuestras hamacas y pasar la noche. Con el fin de solicitar para ello permiso llamamos a su puerta. Vino a abrirnos una mujer a quien preguntamos por el hombre de la casa. Ella nos contestó que todos los hombres: su marido y sus hermanos, estaban ausentes. Mas, habiéndose informado que nuestros deseos eran colgar las hamacas debajo del alero, nos dijo:

—¿Por qué afuera? No, entren y cuélguenlas en la sala.

Quisimos nosotros rehusar por delicadeza, pero hubimos al cabo de aceptar ante su amable insistencia. Ella misma nos indicó el mejor sitio en la sala. Nosotros, amarradas las hamacas, nos echamos inmediatamente a descansar. Creímos que la señora haría lo mismo, pero no, entró en la cocina y se puso a trajinar. Pocos minutos más tarde comenzamos a percibir un olor a fritos y guisos, que estimulando la avidez de nuestras vacías tripas las ponía en ruidosa movilización. Un tantico después la señora nos avisó que la cena estaba lista.

—¡Cómo, señora!—le preguntamos nosotros—, ¿ustedes no habían comido todavía?

—Oh, sí—respondió ella—, nosotros comemos siempre de cinco a seis de la tarde.

—Luego usted ha vuelto a cocinar solamente para nosotros —le dijimos Boix y yo, realmente apenados de haberle dado quehacer a la excelente mujer. A lo que ella repuso:

—Es una cosa natural y lo he hecho con gusto.

¡Cuánto siento no recordar el nombre de aquella generosa criatura! No tenía en el momento con qué escribirlo, lo confié a la memoria, y ésta, más ingrata que mi corazón, lo ha olvidado.

Durante el tiempo que Boix y yo estuvimos separados del general Maceo, éste había librado las siguientes acciones:

Mes de julio.

Día 24. La América.

Mes de agosto.

Día 3. Bacunagua.

Día 16. Bacunagua.
Día 17. Bacunagua.
Día 18. Bacunagua.
Día 30. Trocha de Viñales.

Mes de septiembre.

Día 2. Dimas.
Día 6. Los Arroyos.
Día 23. Loma China.
Día 24. Montezuelo.
Día 27. Tumbas de Estorino.
Día 27. La Manaja.

Mes de octubre.

Día 3. Isabel María.
Día 4. Ceja del Negro.
Día 8. Galalón.
Día 9. Galalón.

La marcha del general Maceo a Cabo Corrientes había tenido por objeto proteger y recoger el armamento traído por la expedición del general Juan Ríus Rivera. Este armamento consistió en un cañón neumático, novísima arma que, según tengo entendido, se experimentó en la guerra de independencia cubana; 730 fusiles Remington o Remington Maüser para disparar cápsulas de 7 mm., 120 fusiles sistema Maüser modelo español, 50 fusiles sistema Lee, 20 rifles, 2,000 libras de dinamita, 100 proyectiles para el cañón y 460,000 cartuchos.

En las últimas siete acciones que hubo de sostener el general Maceo al regreso de Cabo Corrientes, con el material de guerra antes citado, había luchado y vencido con un millar de hombres a ocho columnas españolas combinadas para cerrarle el paso. Estas fuerzas sumaban unos ocho mil soldados.

Fué con motivo de aquella admirable operación que una revista ilustrada de Barcelona, copiando según tengo entendido de una revista militar italiana, dijo que Maceo había rivalizado con Napoleón en la primera campaña de Italia.

XXI

ATAQUE AL CUARTEL GENERAL DE LA DIVISION DE LA LINEA MILITAR ESPAÑOLA DE MARIEL-MAJANA EN ARTEMISA

LA trocha o línea militar fortificada española de Mariel-Majana contaba con algunos miles de soldados de guarnición. Su principal baluarte por tierra era el pueblo de Artemisa, y allí estaba también establecido el Cuartel General de la división. El terreno en que se levanta dicha población es llano y despejado en general, circunstancia ésta que, aparte la consiguiente vigilancia de sus defensores, la hacía difícil a un asalto por sorpresa. Pero el general Maceo, que nada más que catorce días atrás tantos y tan rudos golpes asestara al poderío y prestigio militar español combatiendo en el extremo occidental de la provincia, deseaba ahora hacerse sentir, siquiera fuese con un ruidoso alarde de fuerza, en el extremo oriental. Para esta finalidad ningún punto más neurálgico y ostensible que el centro mismo de aquel valladar, con que el Estado Mayor español pretendía estrangular la Revolución en Occidente: Artemisa.

Maceo dejó en la tarde del día 22 de aquel mes el campamento de Laborí al frente de quinientos infantes, doscientos jinetes y la pieza de artillería traída por Ríus Rivera, y en las primeras horas de la noche se situó en un palmar al Este y próximo a las murallas de la referida plaza.

Emplazado el cañón en el mismo sitio ocupado por el Estado Mayor y convenientemente extendida la infantería a lo largo del palmar, nuestro improvisado pero magnífico artillero, el ingeniero José Ramón Villalón, hizo funcionar la pieza en el instante preciso en que dentro de la plaza sonaban a silencio las trompetas de los españoles: eran las nueve de la noche. Oímos la ruidosa explosión de la bomba lanzada dentro del recinto fortificado y, en seguida, el gran rumor producido por la gritería del vecindario, sobrecogido de pánico, y las voces y carreras de las tropas enemigas apercibiéndose a la defensa. Entre aquellas voces lle-

gaba a nuestros oídos, precedida por las consiguientes interjecciones:

—¡Atrás, atrás!

Era que el paisanaje trataba de echarse fuera de las murallas, a buscar su salvación en campo abierto.

No fué sino cuando ya habíamos hecho nosotros cuatro disparos de cañón que los españoles comenzaron a contestar nuestro fuego, haciendo funcionar su artillería, ametralladoras y fusiles. La lluvia de sus proyectiles sobre el palmar era copiosa y en particular sus granadas, dirigidas al rumbo en que deducían que se encontraba nuestro cañón, estallaban alrededor del general Maceo y el Estado Mayor. Mientras tanto la infantería cubana había entrado también en gran actividad y las detonaciones de sus fusiles, disparando sobre trincheras y casamatas, aumentaban el estruendo. El enemigo no hizo ningún intento de salida, y nosotros, después de haber colocado dieciocho bombas que ocasionaron no pocos desperfectos en la parte más céntrica de la plaza de Artemisa —y habiendo realizado Maceo aquel acto de ostentación sobre dicha línea militar, más que con el propósito de obtener ventajas militares, con el de causar una impresión de consecuencias políticas—, nos retiramos a la una de la madrugada del día 23, sin ser hostilizados por el enemigo fuera de sus atrincheramientos.

XXII

ACCION DE SOROA

SOROA es una de las alturas culminantes de la Sierra del Rosario, y con las de Cansa Vaca, Miracielos y Brazo Nogal forma un grueso macizo montañoso al Noroeste de Candelaria y al Sur de San Diego de Núñez.

El 10 de octubre, o sea al siguiente día del combate de Galalón, el general Maceo había dispuesto que una parte de las fuerzas que lo acompañaran a Cabo Corrientes, particularmente de las de infantería, se retiraran a sus respectivas co-

marcas a reponerse un tanto de las fatigas de aquella dura y agitada campaña, pero dejando destacamentos en determinados lugares estratégicos, entre ellos Río Hondo, en la zona de San Cristóbal. Al frente de este destacamento se encontraba el general Ríus Rivera, con poco más de cien hombres.

Muy pocos días después los españoles enviaron un batallón a levantar obras de fortificación en el asiento de Soroa, que, dificultadas por nuestro destacamento antes citado, daban lugar a diarias y constantes escaramuzas.

El día 23 el coronel Segura, encargado de proteger aquellos trabajos, llegó a Soroa con el grueso de la brigada de su mando, con lo que las escaramuzas llegaron a tomar el calor de verdaderos combates. Noticioso de esto el general Maceo se dirigió en la tarde de aquel mismo día a las alturas de Cansa Vaca, recogió el destacamento de Río Hondo y temprano en la mañana del 24 se encontraba a la entrada del campamento español. El total de las fuerzas con que contaba era de quinientos hombres de infantería. Su primer contacto con el enemigo, a eso de las nueve de la mañana, fué una operación de simple reconocimiento, de tanteo, para descubrir la consistencia del adversario en la propia meseta de Soroa, ya que se habían podido observar algunas patrullas del mismo en las alturas de Brazo Nogal, lo que podría significar la existencia allí de otro núcleo sirviendo de reserva al primero. Pronto pudimos verificar lo atinado de tal conjetura. En Brazo Nogal se encontraba efectivamente el grueso de la columna Segura con su propio jefe, quien al darse cuenta, por las repetidas descargas que hacían los defensores del asiento de Soroa, de que éste estaba siendo atacado en forma, se movió muy pronto en su auxilio con todo el resto de sus tropas por las laderas del monte, hacia Soroa. Maceo hizo desplegar los pocos elementos con que contaba el regimiento Ceja del Negro, al mando del coronel Vidal Ducassi, con la orden de que hostilizara al enemigo de flanco, y él, con una fuerza de ciento veinte o ciento treinta hombres constituída por la escolta del Cuartel General, las de los generales Ríus Rivera y Pedro Díaz y una sección de la brigada de Occidente, lo atacó por el frente. Acometida de súbito y con

tanto brío la columna española, sin poder desplegar sus componentes por falta de espacio, perdió en un instante todo el primer elemento delantero, consistente en una compañía. Pudo después formar en triángulo otra compañía en una pequeña meseta despejada y sufrió la misma suerte: fué desbaratada y acuchillada. Deshecha de esta manera la vanguardia de las tropas enemigas, viendo su jefe el progreso que por aquel rumbo hacían nuestras armas y temiendo que le interceptáramos el camino a la meseta de Soroa, situó como retén en otra altura un batallón con una pieza de artillería, mientras él con el resto de sus unidades tanteaba otros pasos más accesibles para ponerse en contacto con aquélla que en la referida meseta estaba destinada a proteger la erección de abrigos y trincheras. Con esto el fuego de fusilería por ambas partes se generalizó y el valle y la montaña de Soroa se llenaron de estampidos que repercutían en las alturas vecinas de Cansa Vaca, Brazo Nogal y Miracielos. De vez en vez las detonaciones de la artillería española se alzaban sobre el diapasón de los fusiles, en tanto que nuestro cañón neumático, habiendo sufrido desperfectos en el bombardeo de Artemisa, permanecía inactivo y silencioso.

Aquella misma mañana, como de once a once y media, hallándose el general Maceo inspeccionando nuestros distintos puestos, acompañado del general Ríus Rivera, los brigadieres Hugo Roberts, médico del Cuartel General, y Francisco Frexes, auditor de guerra y jefe del despacho, los ayudantes tenientes coroneles Carlos González Clavell y Alberto Nodarse, yo y los capitanes Alberto Boix y Nicolás Souvanell y unos veinte números de la Escolta, se encaminó por un lugar entre la montaña y el valle. En ese rumbo, adelante, teníamos un puesto que por lo estratégico del sitio podía considerarse como la llave de la posición al flanco izquierdo, razón por la cual Maceo había confiado su defensa a un general de brigada con más de cien hombres. De pronto sonó a muy poca distancia una descarga de fusilería y una rociada de plomo cayó sobre el grupo, ocasionándonos varias bajas: murió el brigadier Frexes, fué herido de gravedad el teniente coronel Alberto Nodarse, otros más resultaron heridos y al

general Maceo le rompieron la caja de un Maüser que llevaba en la mano. El General me ordenó ponerme al frente de los hombres de su escolta y detener el avance de los españoles. Como no era cosa de aguardar allí mismo el progreso de éstos, y, por otra parte, no siendo el sitio aquel a propósito, porque por lo abierto permitía desplegarse al enemigo, avancé corriendo hacia la dirección de donde había partido la descarga, buscando posición en un lugar más estrecho. El camino efectivamente se iba haciendo más angosto a medida que por él me adelantaba. Súbito, me doy de manos a boca con los españoles que, en hileras muy delgadas, avanzaban en sentido contrario por el mismo desfiladero. Se trabó una breve lucha cuerpo a cuerpo y se cruzaron machetes y bayonetas. En el curso de la misma, habiendo logrado un soldado enemigo coger contra la escarpa de la loma a uno de los nuestros, jovenzuelo de veintiuno o veintidós años, salté con rapidez sobre aquél y lo maté de una estocada en el vientre. Los españoles, no pudiendo sostener aquel duelo que por falta de espacio no podía hacerse general, retrocedieron huyendo. El muchacho, sacado por mí de tan mal trance, una vez en pie me dijo:

—Comandante, usted está herido.

No sé si fué sugestionado por aquella afirmación que en el instante sentí un ligero escozor en mitad del pecho. Me desabroché la guerrera y vi allí donde me escocía una rayita roja, algo así como un arañazo, de forma vertical, de la que no manaba sangre. La deducción que yo hice fué que, al escaparse de las manos del muerto, el fusil había caído con la bayoneta inclinada sobre mi pecho.

Yo no hubiese podido encontrar otro sitio mejor que aquel donde tuvo lugar el episodio que acabo de referir, para la acción defensiva que se me había encomendado, y de él tomé posesión en firme. Estaba sobre el mismo borde del valle que, bajando allí muy profundo, se extendía a mi derecha, y a mi izquierda se alzaba casi a pico la montaña. El sendero, adelgazándose ahora aún más y esquivando la cuenca de la hondonada, se arrimaba a la base de la montaña, y siguiendo los contornos de la misma desaparecía de la vista a unos

ciento cincuenta metros al Oeste. De esta manera si el enemigo me atacaba, viniendo por el camino, tenía que hacerlo a la desfilada y recorrer la distancia antes dicha bajo el fuego de mis fusiles. Si lo hacía por el valle, también yo dominaba éste en una gran extensión que él tenía que recorrer a descubierto sufriendo los impactos de los proyectiles cubanos, y luego, al llegar a la proximidad de mi posición, estaría seguramente muy mutilado para asaltarla con éxito.

Como un cuarto de hora después de haber yo abrigado allí mi pequeña tropa dentro de un grupo de árboles, oímos la algazara de los soldados españoles a la vuelta de la montaña e instantes después los vimos asomar por el camino. Los dejé avanzar por el desfiladero, hasta tenerlos a setenta u ochenta metros de distancia, y rompí el fuego. Los de las primeras hileras fueron derribados al fondo del barranco y los demás retrocedieron huyendo. Este intento lo repitieron tres veces más con el mismo mortífero resultado para ellos. Entre tanto, desde las posiciones bastante lejanas que tenía el enemigo a nuestro frente dentro del valle, nos hacían un fuego nutridísimo, pero todas sus balas iban a pegar en la pétrea cortina de la montaña. Al fin, como a las cuatro de la tarde, los españoles, convencidos de la imposibilidad de tomar nuestra posición de frente, intentaron un ataque de flanco por el valle y avanzaron con una compañía desplegada delante. En cuanto se pusieron a buen tiro mandé romper el fuego, que duró unos cuarenta minutos. El enemigo retrocedió también. Había transcurrido después como una hora sin que los españoles dieran señales de su presencia. Oscurecía. Las primeras sombras nocturnales inundaban ya el fondo del valle borrando los términos de la perspectiva e iban subiendo al alto relieve de los montes: Cansa Vaca, Brazo Nogal y Miracielos perdían sus contornos y eran nada más que enormes siluetas destacadas en el grisáceo ambiente. Luego de haber colocado algunos hombres de trecho en trecho, como escuchas en los bordes de la hondonada, envié una pareja por el camino adelante a fin de hacer en él un reconocimiento. Esta pareja regresó dos o tres minutos después a informarme que el enemigo se encontraba a la vuelta de la montaña. Cogí entonces doce de mis

hombres en gran silencio nos fuimos acercando hasta dar vista a los españoles. Coloqué a aquéllos de la mejor manera que pude en el sendero, recomendándoles que cada cual tirara a un punto determinado de la masa presentada por los españoles y que no hicieran fuego hasta que yo no alzara el brazo. Nuestra descarga partió simultánea y certera. Pero el enemigo, como si hubiera estado listo para repeler la agresión, replicó instantáneamente y una bala me alcanzó en la pierna derecha. Fué la única baja que acertaron a ocasionarnos en aquel momento. Mi herida carecía de gravedad, pero me dejó por lo pronto inutilizado para andar y tuve que apoyarme en el brazo de un soldado para retirarme a nuestra posición original. Con gran fortuna para mí diez o quince minutos después llegó el teniente coronel Fleites con cincuenta hombres, para relevarme con mis fuerzas por orden del general Maceo. Instruí a mi sucesor sobre las posiciones ocupadas por el enemigo y cualquiera otro detalle que le pudiera interesar y me encaminé al Cuartel General. ¡Qué día aquel para mí de tan glorioso recuerdo! Cuando ya sobre las siete de la noche llegué a la casa donde se alojaba el general Maceo, éste, que estaba en aquel momento sentado a la mesa junto con el general Ríus, salió a mi encuentro diciéndome en alta voz:

—He estado oyendo su fuego todo el día.

Luego, cogiéndome de un brazo, me ayudó a subir dos o tres peldaños que había a la entrada de dicha casa y, ya dentro, en el comedor, me dijo:

—Siéntese aquí a mi lado, para que tome un poco de sopa—, y se corrió a un lado del taburete que ocupaba para hacerme sitio.

Yo rehusé con insistencia. Me parecía una enorme irreverencia de mi parte tal familiaridad con aquel hombre augusto. Al fin él, convencido de que no lograría hacerme deponer mi respetuosa actitud, me dijo:

—Bueno, yo voy a tomar dos cucharadas más y usted se toma el resto.

Acepté no sin algo así como remordimiento de conciencia, pues aquel plato de sopa era todo el alimento que aquel día

le habían podido proporcionar al General. Este se retiró a una pieza inmediata, siguiéndole instantes después Ríus Rivera, y oí que el primero le decía a su interlocutor:

—¿Se convence usted de lo que yo le he dicho? Yo tenía en aquella posición a un general de brigada, con más de cien hombres, y no la ha podido conservar siquiera una hora, y este ayudante mío la ha sostenido todo el día.

La noche impuso a los combatientes una tregua por aquel día, para reanudar la lucha a la aurora del siguiente. Ahora las posiciones ocupadas por ambos bandos eran las siguientes: el batallón español que cuidaba las obras de fortificación, en el mismo sitio del día anterior, o sea, la meseta de Soroa, y el coronel Segura, con un millar de hombres de que aún podía disponer, en Brazo Nogal; y el general Maceo, con unos cuatrocientos, en la loma de Cansa Vaca. Desde Cansa Vaca intentó Maceo tres veces consecutivas cruzar a los cerros opuestos descendiendo al valle, para interponerse entre los españoles de la meseta de Soroa y los de Brazo Nogal; pero fué rechazado las tres veces. En una de las fases de esta porfía una fracción del regimiento Moncada, cuarenta y cinco hombres al mando del comandante Manuel de la O, llegó por un flanco hasta la cima del Brazo Nogal y, sorprendiendo las tropas de reserva de Segura, macheteó varios hombres y se apoderó de la bandera de uno de sus regimientos.

Por su parte el coronel Segura intentó varias veces también arrojar a Maceo de Cansa Vaca sin poder lograrlo. Cinco horas más había durado la acción, y, como no era cosa de consumir allí todas nuestras municiones, el general Maceo dispuso la retirada.

El combate de Soroa fué uno de los más disputados de la campaña de Pinar del Río y también de los más adversos para el enemigo, que tuvo cerca de quinientas bajas por sólo sesenta y siete que tuvimos nosotros.

Algunos meses después de terminada la guerra conversaba yo con un individuo que poco antes me habían presentado. Parecía interesarse en los relatos de la campaña y lo tomé por un cubano entusiasta de las hazañas de los libertadores. En una ocasión quiso saber los lugares donde yo había operado

y las acciones en que tomara parte. Cuando le cité Soroa me preguntó qué posición había ocupado en aquel campo de batalla. Se la reseñé y el hombre exclamó:

—¡Cuántas bajas sufrimos nosotros en aquel sitio! ¡A la barranca le pusimos por nombre la Barranca de la Muerte!

Aquel mal cubano se había encontrado en Soroa como oficial de guerrilla y tenía el cinismo de decírmelo.

Después de la acción de Soroa, y para restablecerme de la herida, fuí enviado a Limones, donde teníamos establecida una prefectura. Como el general Ríus Rivera había quedado con algunos hombres vigilando el camino de Soroa a Candelaria durante unos días, y habría de reunirse más tarde al general Maceo, le rogué que me avisara en su oportunidad cuando fuera a ponerse en marcha, para hacerlo yo también, ya que mi herida, siendo leve, no tardaría en sanar.

En Limones, como en todo otro lugar de Pinar del Río en aquella época, existían muy pocos recursos; pero recomendado especialmente como yo estaba al Prefecto y al entonces comandante Julián Zárraga, jefe de una pequeña unidad volante que operaba por aquellos alrededores, no lo pasaba del todo mal, por lo que hice venir a otros dos compañeros heridos. Se trataba de un francés llamado Viel, abogado, y de un americano apellidado Floid, venidos en la expedición Ríus Rivera. A Floid lo habían herido a mis inmediatas órdenes sobre el barranco de Soroa.

El francés era un hombre retraído y melancólico, taciturno, casi nunca entraba en conversación; en cambio, el americano siempre estaba alegre y de todo reía y hacía reír. Como casi nunca los alimentos eran bastantes a satisfacernos, algunas veces yo, acabado de comer, le preguntaba a Floid:

—Mr. Floid, ¿tiene usted todavía apetito?

Y él me respondía:

—Sí, como para un hombre más.

Una vez el comandante Zárraga nos mandó una gallina, que cocimos en caldo con plátanos y boniatos. El animal debió de haber sido muy entrado en años, pues por mucha candela que le dimos no se ablandó. Floid me dijo:

—¡Caramba!, esta gallina estar tan dura que yo no puedo introducir la cuchara en su caldo.

El 8 de noviembre, habiéndome el general Ríus Rivera enviado el aviso convenido, me trasladé a su Cuartel General, y en la tarde del siguiente día nos reunimos al general Maceo bajo el fuego de artillería y fusilería de diez o doce mil soldados españoles en las lomas del Rosario.

XXIII

ACCIONES EN EL ROSARIO Y EL RUBI

Mes de noviembre

LOS terrenos de la finca El Rosario se encuentran a unos veinte kilómetros al Suroeste del Mariel y a ocho o nueve de Cabañas. El sitio es conocido también por Lomas del Rosario, nombre tomado con seguridad del de la sierra asi llamada que, como es sabido, desciende en ondulaciones hacia la costa Norte. Entre El Rosario y Cabañas, colindantes con el primero, se encuentran las colinas y los bosques de El Rubí. Las unas comienzan a levantarse a la entrada de Cayajabos, al Sur, y los otros se extienden hacia el Norte, encuadrando el asiento de la finca últimamente citada al cual da acceso en aquella dirección una vereda de monte.

El día nueve de noviembre, acampado el general Maceo en un sitio llamado Tienda Nueva, en terrenos de El Rubí, tuvo conocimiento, ya muy entrada la mañana, de que numerosas fuerzas españolas, procedentes del Mariel, se hallaban en los valles de Tapia y Manuelita, y que otras, salidas de Artemisa, se encontraban por Cayajabos. De acuerdo con los informes recibidos por el General las distintas columnas enemigas sumaban de diez a doce mil soldados de las tres armas. El general Maceo, que después de la acción de Soroa diseminada la mayor parte de sus tropas a causa de la escasez de municiones en que nos volvíamos a encontrar, había re-

tenido nada más que doscientos cincuenta hombres, de los cuales cien le había dejado al general Ríus Rivera para vigilar, como ya se ha dicho, el camino de Soroa a Candelaria. De manera, pues, que él, Maceo, no disponía de más de ciento cincuenta combatientes en aquellos momentos. No obstante, con aquel exiguo contingente marchó de inmediato a El Rosario a presentarle combate al enemigo en aquellas lomas, en cuya dirección marchaba una de las columnas españolas como vanguardia.

Maceo desplegó sus ciento cincuenta infantes en los sembrados de una sitiería existente entonces allí y, a poco, la referida vanguardia enemiga al mando del general Echagüe, que venía por el camino de Cayajabos, entraba en contacto con nosotros, atacando de frente nuestras posiciones con los elementos delanteros y tratando de envolverlas con su centro. En esta situación, y durando como una hora el desarrollo de la primera fase del combate, se incorporó al general Maceo el general Ríus Rivera, con lo que el número de nuestros combatientes se elevó a doscientos cincuenta. Mientras tanto, viniendo de Manuelita, se veían asomar las cabezas de otras numerosas columnas españolas que, según supimos después, constituían el centro de aquel gran contingente del ejército español, al mando de su propio general en jefe, capitán general Valeriano Weyler. Mas estas nuevas fuerzas llegaron a El Rosario demasiado tarde para tomar parte en la función de aquel día, a la que ya habían puesto fin las sombras de la noche. Ambos bandos quedaron en sus respectivas posiciones.

En una hora u hora y media, que había durado la acción, los españoles sufrieron 67 bajas, entre ellas un general herido, Ramón Echagüe, y nosotros solamente 8.

Al siguiente día, muy temprano en la mañana, el general Maceo, suponiendo que las fuerzas que constituían el ala derecha del ejército enemigo avanzaban por la finca El Rubí, dejó en El Rosario al general Ríus Rivera frente a las posiciones que ocupaban allí los españoles, y él con unos ciento cuarenta o ciento cuarenta y cinco hombres, contando entre los mismos una fracción de las fuerzas del brigadier Pedro

Delgado que acababa de unírsele, entró por la vereda de monte antes indicada y conocida por la Vereda de El Chumbo, que conduce al asiento de El Rubí, con el fin de disputarle el paso a aquellas tropas enemigas. Estas ya se habían adelantado y ocupaban el mencionado asiento. Allí mismo, disparándonos a quema ropa, se entabló el combate, los españoles en la meseta donde se levantaba la casa ya en ruinas del antiguo cafetal y nosotros cuesta arriba de la vereda de El Chumbo La vanguardia de la columna enemiga, después de varios infructuosos ataques de frente para desalojarnos de aquella posición dominante, trató de flanquearla por la izquierda, pero fué rechazada igualmente. Al mismo tiempo que este episodio se desarrollaba dentro del montuoso marco de El Rubí tenía lugar otro de la misma índole en las lomas de El Rosario, donde el general Ríus Rivera con cien hombres trataba de cerrarle el camino a seis batallones y una media brigada de artillería que, a las órdenes directas de Weyler, procuraban hacer su conjunción con la división que se batía en El Rubí al mando de González Muñoz, compuesta de dos mil soldados y dos piezas de artillería.

Llevábamos ya más de una hora de combatir a pie firme en la vereda de El Chumbo, cuando el General determinó la evacuación de ambas posiciones de El Rubí y El Rosario. Para cubrir su propia retirada y la de Ríus Rivera me dejó en la vereda de monte, con los hombres de Pedro Delgado y algunos más de su escolta. Con objeto de no ofrecer al enemigo espacio donde desplegar ni atacarme de flanco, desanduve unos doscientos metros del camino que habíamos hecho en la mañana, y aposté mis gentes a la derecha de la vereda en un punto desde el cual dominaba a la izquierda una parte de lo que fuera el batey del cafetal El Rubí, donde los españoles habrían de mostrarse por fuerza al penetrar en la vereda. Estos no tardaron en iniciar el avance trayendo una compañía a vanguardia. Aguardé a que toda la referida unidad se hubiese internado en el desfiladero y rompí el fuego, obligándola a detenerse y abrigarse entre el monte. Otra vez y dos veces más intentaron el avance gritando: "¡A la bayoneta!" y lanzando vivas a España entre inter-

jección e interjección, pero otras tantas veces los paralicé con el certero fuego de mis hombres. Mientras tanto, las dos piezas de artillería de los españoles cañoneaban sin cesar nuestras posiciones. Sus granadas estallaban con ruido ensordecedor entre el reducido grupo de mis tiradores, entre los que recuerdo a Panchito Gómez Toro, hijo de nuestro General en Jefe, que voluntariamente se había puesto a mi lado. Por fin, como a los cuarenta minutos de estar resistiendo allí la acometida del enemigo, recibí el aviso de haberse retirado ya el general Ríus Rivera, de quien ahora debía formar la retaguardia, por lo que, haciendo fuego escalonado, dejé la vereda de monte.

La acción todavía se prolongó hasta las cuatro de la tarde, desarrollándose su última fase entre la loma Madama y la Gloria, a una legua al Suroeste de donde comenzara el día anterior.

Pero no fué tan sólo en El Rosario y en El Rubí, y por la gente acaudillada por Maceo en persona, que fueron acometidas aquellas fuerzas españolas. La columna Segura, que había salido de Soroa con intento de reunirse a Weyler, fué combatida el día 11 por el coronel Juan Ducassi en El Delirio. La de González Muñoz, al dirigirse a Río Hondo, hubo de sostener combate en loma Colorada con los destacamentos mandados por los coroneles Vidal Ducassi y Pedro Ibonet. El mismo González Muñoz, unido a los generales Bernal y Suárez Inclán, tuvo que luchar en San Blas, El Brujo y El Brujito, con los mismos destacamentos de Vidal e Ibonet y los mandados por el brigadier Francisco Peraza y por Pedro Sáenz.

Las operaciones de Weyler terminaron el día 18 con, más o menos, cuatrocientas bajas. Las nuestras se redujeron a cincuenta y seis. Tal fué el resultado de aquella campaña en que el Capitán General español, con el iluso propósito de exterminar de una vez y para siempre al diminuto ejército separatista con que Maceo vencía a diario las armas españolas y asombraba al mundo, movilizara bajo su propio mando doce mil soldados de las tres armas y a nueve generales. Maceo, para hacerle frente, sólo pudo disponer de quinientos hombres.

Antes de continuar el relato de otras funciones bélicas quiero referir dos anécdotas, que forman parte de mis recuerdos de aquella época al lado de Maceo en Pinar del Río.

En los días que sucedieron a la acción de El Rosario y El Rubí se encontraba en la situación de "cuartel" en el Cuartel General un jefe, el comandante J, a quien el General había destituído de su cargo por "flojo". Maceo no usaba nunca el calificativo de cobarde. Enemigo de epítetos injuriosos usaba aquel eufemismo para referirse a la cobardía, que tan odiosa le era. En una ocasión, conversando él con el general Miró, le oí decir:

—Al comandante J lo voy a poner a las órdenes del comandante Piedra, para que lo meta bien en el fuego.

Dos días más tarde, a la sazón que un grupo compuesto del Estado Mayor y una parte de su escolta a pie, en total cuarenta y cinco o cincuenta hombres, había hecho un breve alto en la marcha junto a unos tupidos maniguazos, salió súbitamente de los mismos un hombre de color, negro, quien, reflejando en el semblante la sorpresa y el miedo, dijo que venía a incorporársenos. Sospechando el General que aquel individuo fuera el práctico de alguna fuerza española que se acercaba, me envió con unos doce o quince soldados de su escolta por el mismo camino adelante en que había aparecido el sujeto en cuestión a hacer un reconocimiento, mientras él tomaba las otras providencias del caso. No se olvidó de ordenar al comandante J que se pusiera bajo mi mando. Me había yo alejado a paso ligero unos cuatrocientos metros cuando, en el cruce de un camino que cortaba al que yo seguía, apareció una partida de quince o veinte guerrilleros, los que, apenas cambiados unos cuantos tiros, huyeron. Al sonar los primeros disparos, el infeliz J se enterró en el maniguazo como un reptil asustadizo. La escaramuza fué tan rápida, que cuando el General acudió con el resto de las gentes no vió ni siquiera el polvo levantado por los guerrilleros en fuga.

Pocos momentos después el General me preguntó cómo se había portado el comandante J, y yo, pensando en lo grande

que debía ser el patriotismo de un hombre que con tanto miedo dejara la paz de su hogar en la ciudad para compartir con nosotros las penalidades y miserias de la campaña, le aseguré que se había conducido de la mejor manera.

Un par de días más tarde habíamos dejado el campamento, muy temprano en la mañana, y el General iba quejándose de su cocinero porque no le había dado desayuno.

—A ese B—murmuraba—, lo voy a meter bien en el fuego para que lo maten.

Pero en su acento no había cólera, era sólo la expresión de un momentáneo mal humor. Yo, que marchaba inmediatamente detrás de él, lo interrumpí en tono festivo:

—Muy bien, General, veo que usted a los que mete en el fuego, es con el deseo de que los maten.

El General rectificó al punto, diciendo:

—A unos sí, pero a los hombres de honor, como usted, para que se cubran de gloria.

Desde los últimos días de octubre el General había concebido la intención de cruzar hacia Oriente la trocha de Mariel-Majana. Con tal propósito había dado instrucciones al general Ríus Rivera, a quien se proponía designar para que lo sustituyera al mando del Sexto Cuerpo de Ejército, afecto a la provincia de Pinar del Río. Desde entonces se habían practicado varios reconocimientos sobre la expresada línea militar. Su plan consistía en burlar la vigilancia de la misma, ya que para forzarla no contaba con los elementos necesarios. Si alguna vez se le había ocurrido la posibilidad de pasar por las aguas del Mariel creo que todos en absoluto lo ignorábamos, como ignoraba también la mayor parte de nosotros la existencia de aquel bote correo que, tripulado por Carlos Soto, Gerardo Llaneras, Eudaldo Concepción y Juan Funes, adeptos a nuestra causa, se deslizaba sobre las ondas de la bahía del Mariel y, bajo las sombras de la noche, esquivando las avizoras atalayas de buques y fortalezas españoles, ponía en comunicación postal al general Maceo con otras autoridades civiles y militares de la Revolución y con el mundo exterior.

XXIV

ACCION DE EL JOBO

LA loma El Jobo forma parte de las estribaciones de la sierra del Rosario y se encuentra a cosa de una legua y media de la finca de dicho último nombre. Contigua a la loma El Jobo y al Sur existe otra altura llamada San Roque. El general Maceo acampó el día 25 en El Jobo con el propósito de reconocer por sí mismo las condiciones de vigilancia y defensa de la Trocha, resuelto ya a cruzarla del 27 al 28 de aquel mismo mes por cualquier sitio que ofreciera alguna probabilidad. Con este intento salió de El Jobo el día 26, pero ya en marcha, como a las ocho de la mañana, tuvo conocimiento por los exploradores de que una columna española que había acampado en el demolido ingenio San Juan de Dios, a una legua al Norte de El Jobo, se hallaba en movimiento hacia este último lugar. Esta columna era la de Suárez Inclán. Minutos después se oyeron los disparos de su vanguardia contra una de nuestras guardias avanzadas que cubrían fuerzas del brigadier Pedro Delgado. Maceo, sin dilación, corriéndose por el flanco izquierdo en auxilio de aquel retén, entabló la acción en el mismo camino y obligó al enemigo a cambiar de frente. Este ocupó la loma de El Jobo e hizo funcionar su artillería, dándole, si no mayor efectividad, mayor aparato a la bélica función. Llevábamos como hora y media de pelea, cuando observamos algunos grupos sobre la loma de San Roque. El General me ordenó ir a reconocer qué clase de gente era aquélla. Sin necesidad de moverme de donde me encontraba yo podía afirmar, seguro de no equivocarme, que se trataba de fuerzas españolas, pues las veía con claridad. No obstante, tomé cuatro parejas, como me lo indicara él, y me dispuso a cumplir aquella misión.

He de referirme, antes de continuar el relato de esta acción, a una peligrosa rivalidad a que nos entregamos en la misma otro oficial y yo: momentos antes el capitán Aldana, de la escolta del Cuartel General, me había contado que, con

ocasión de haberme retirado de la línea de tiro durante el primer día de la acción del Rosario, como a las seis de la tarde—a causa de fuertes dolores en la pierna herida pocos días antes en el combate de Soroa—, aquel oficial había exclamado con acento de desdén:

—Ese, que dicen que es tan valiente, también se *encasquilla.*

No siéndome lícito retar a duelo a tal individuo por las ofensivas palabras que gratuitamente y a distancia vertiera contra mí, por ser este un procedimiento prohibido en nuestro ejército, se me ocurrió desafiarlo a una prueba de valor avanzando a porfía contra el enemigo. Y me dirigí a él diciéndole:

—Usted tiene una deuda de honor conmigo desde el día en que durante el combate del Rosario dijo donde lo pudieran oír que yo estaba encasquillado. Como no nos podemos batir entre nosotros le propongo una clase de duelo cuya prohibición no está prevista por las ordenanzas. Estoy encargado de reconocer aquel grupo de hombres que se ve sobre la loma y tengo la convicción de que son enemigos. ¿Quiere usted que probemos a ver quién de los dos llega a menor distancia de ellos?

Aceptó él el guante, conviniendo desde antes que si cualquiera de los dos era herido de gravedad el otro se encargaría de conducirlo hasta nuestras filas.

Dejé yo mi pequeña escolta al abrigo de unos yerbazales que crecían en el fondo de una hondonada que nos quedaba al paso, y ambos solos nos dirigimos en seguida a escalar la loma por la derecha de los españoles. Estos al vernos abrieron fuego contra nosotros, que seguimos avanzando. Cuando nos hallábamos a unos cuarenta metros del enemigo mi acompañante volvió riendas y desapareció por una falda de la loma. Yo di unos cuantos pasos más hacia adelante y, habiendo podido observar que aquellas tropas españolas formaban parte de las que se retiraban de la loma del Jobo, regresé a informar de ello al General. Y en efecto, la columna Suárez Inclán retrocedía a Cayajabos. Maceo no había podido desplegar, frente a aquella unidad enemiga de

novecientos o mil soldados, nada más que ciento cuarenta tiradores.

La columna española entró en Cayajabos hostigada por las fracciones de Pedro Delgado, y el general Maceo acampó en San Felipe, colonia del ingenio San Juan de Dios, o sea casi en el mismo terreno de donde aquella mañana había salido la columna española.

Yo tuve también ese día un lance singular parecido al que había tenido en el combate de Cacarajícara: marchaba a pie, algunos pasos detrás del último grupo de nuestra retaguardia, cuando un campesino, saliendo de unos maniguazos donde había un bohío abandonado, me avisó que por aquella dirección y muy cerca venía una fuerza española. Estábamos en ese momento a punto de cruzar un arroyo de difícil paso, a causa de ser la orilla opuesta muy escarpada, y, temeroso de que el enemigo nos sorprendiera en mala posición, me adelanté a comunicarle la noticia al general Maceo. Este me dijo secamente:

—Vaya a cerciorarse usted mismo—, y cruzó sin más el arroyo.

Mortificado al pensar que el General se hubiese podido figurar que yo había visto "visiones", retrocedí solo y casi corriendo por el camino. Estaba para llegar a un punto donde éste se curva a la izquierda en dirección a la manigua y el bohío antes citado, cuando de pronto y a cosa de cuarenta varas me encontré con un soldado español que por el mismo camino, que no era más que un angosto sendero hundido en el suelo, se adelantaba a los demás en sentido contrario, o sea sobre nuestra retaguardia. A esa distancia me disparó los cinco tiros de su Maüser. Pero lo hizo con tal precipitación, que sus proyectiles pasaron a no menos distancia de una vara de mi cuerpo. Yo, en cambio, disparé con toda calma mi fusil monocapsular y lo derribé. Al ruido de las detonaciones acudieron veinticinco o treinta de los nuestros que estaban para pasar el arroyo; pero los españoles, que de seguro constituían un pequeño destacamento explorador, retrocedieron con suma presteza.

Cuando ya del otro lado del arroyo alcancé al general

Maceo, creyendo que iba a encontrar en sus palabras o en la expresión de su semblante signos de aprobación de mi conducta, lo que recibí fué un fuerte regaño por haberme adelantado solo a reconocer al enemigo. Pero ya he dicho antes que las amonestaciones del General en estos casos, por el mal oculto fondo de complacencia que se adivinaba en ellas, más que de correctivo servían de estímulo a la reincidencia.

En la noche del día 28 el general Maceo, acompañado del Estado Mayor, su escolta y una pequeña fuerza al mando del comandante Manuel Pacheco, fué a reconocer por sí mismo la Trocha; pero, persuadido de que por el lugar explorado no era posible el paso, regresó al campamento de San Felipe o San Juan de Dios. La noche era en extremo obscura y a la ida se nos extravió la retaguardia. Ya sobre la línea fortificada y después de esperarla por espacio de más de media hora, el General me ordenó ir a buscarla. Para ello me dió uno de los prácticos del lugar, un campesino que me resultó de lo más miedoso. La retaguardia no aparecía, después de una hora de búsqueda. El práctico rezongó:

—Estamos en terrenos del ingenio Cañas, donde hay un destacamento español con mucha caballería.

Yo me hice el desentendido. Poco más tarde, miró al cielo y exclamó:

—Pronto van a venir los claros del día.

Yo guardé silencio. Un rato después me dijo:

—Si nos amanece por aquí, nos van a dar machete.

Le hice ver que aún tardaría varias horas en amanecer y que era preciso que encontráramos antes las fuerzas que buscábamos, que no podían estar lejos. Por último me dijo, sin pudor alguno:

—Si usted quiere seguir por aquí, lo dejo solo pues no estoy dispuesto a que me den machete.

Abrí el obturador de mi tercerola y, mostrándole un cartucho que tenía en la recámara de la misma, le dije en tono resuelto:

—Si usted se separa de mí, siquiera ocho o diez varas, le rompo el cráneo de un balazo.

El argumento no pudo ser más convincente: continuamos buscando y, cinco o seis minutos después, dimos con nuestra retaguardia. Su jefe, Pacheco, habiendo perdido el camino llevado por nosotros y no siéndole posible orientarse en medio de aquella obscuridad, se había tendido con los suyos en el suelo a esperar con filosófica calma, según me dijo, a que la aurora del nuevo día disipara las tinieblas, para moverse de aquel sitio. Pacheco era un bravo hombre: ni siquiera dió muestras de apresuramiento cuando le hice saber la próxima vecindad en que nos encontrábamos de un campamento español. Cuando nos reunimos al general Maceo eran las dos de la madrugada, hora en que emprendimos la marcha de regreso a San Felipe.

El primero de diciembre el teniente coronel Carlos González Clavell, comisionado al efecto por el general Maceo, y acompañado de un oficial nombrado Pedro Núñez, como práctico, reconoció de nuevo la Trocha entre la caseta de Obras Públicas del Mariel y un camino que conducía a la playa donde terminaban las trincheras enemigas. Se creyó que por allí se podía efectuar el cruce y, con estos informes, el General se dispuso a realizarlo a la noche siguiente, 2 de diciembre. Durante este día se hicieron exploraciones por el ingenio Regalado, al Sur de Guanajay, prosiguiéndose la marcha al obscurecer y, ya entrada la noche, llegamos a los primeros atrincheramientos del recinto militar. No era tampoco posible el paso por allí. A veinte o veinticinco varas, a que nos encontrábamos de la línea, veíamos las patrullas enemigas discurrir por la calzada y oíamos el "quién vive" que se daban unas a otras. El General determinó ir a buscar otro pasaje al Norte de Guanajay, con el mismo resultado negativo. Al retornar, como a las diez de la noche, tuvimos tiroteo con un destacamento español de la finca Zayas. En el camino el General cayó de repente de su caballo, presa de un vahido, accidente que nos causó a todos profunda y dolorosa impresión. A las seis de la mañana del día 3 hicimos alto en San Felipe.

XXV

ACCION DE VEJERANO Y LA GOBERNADORA

Mes de diciembre

LA serie de colinas conocidas por nosotros generalmente con el nombre de Vejerano, y con los de lomas de Charco Azul, el Jobo, San Roque y Gobernadora, forman parte de los eslabones del extremo septentrional de la Sierra del Rosario y se levantan en territorio del Mariel entre Cabañas y Guanajay: a unos diciocho kilómetros de la primera localidad, a diez de la segunda y a unos veinte de la tercera. Todas éstas eran centros de operaciones de las columnas españolas, que tenían como uno de sus principales puntos de etapa y de confronta a Cayajabos, lugar más o menos intermedio.

En San Felipe, a poco de llegar, tuvo el general Maceo conocimiento de que una columna española, de las tres armas, se encontraba en marcha por el camino de Vejerano hacia la Gobernadora, quemando a su paso casas y sembrados, y en el acto dispuso ir a su encuentro.

Las fuerzas que tenía a mano el general Maceo en aquellos momentos consistían en cincuenta infantes, de su escolta la mayoría, y otros tantos jinetes, todos jefes y oficiales del Estado Mayor, amén de algunos que, como el brigadier Roberto Bermúdez, se encontraban en el Cuartel General por una u otra causa.

De San Felipe a Vejerano hay más de una legua. Esta distancia se alargaba por las dificultades del camino que debíamos recorrer, que no era más que un angosto y pedregoso sendero que tan pronto trepaba a un ribazo como descendía al fondo arcilloso de una quebrada.

Resuelto el general Maceo a darle alcance al enemigo, de cualquier modo que fuera, y sorprenderlo en plena tarea incendiaria, entregó el mando de la infantería al general Pedro Díaz, recomendándole que, si por las malas condiciones del camino no le era posible marchar con la misma prontitud que él sobre la retaguardia, se dirigiera a ocupar

una de las colinas de Vejerano desde la cual pudiera contrarrestar la acción de los españoles desde la Gobernadora, en el caso de que éstos nos hubiesen ganado la delantera. Luego echó a andar con toda la celeridad que permitía el terreno hacia Vejerano, seguido de los cincuenta jinetes. A poco de aproximarnos a Vejerano comenzamos a oír descargas intermitentes de fusilería y disparos graneados en dirección a la Gobernadora, lo que nos hizo conjeturar que algunas guerrillas de nuestras prefecturas estaban hostilizando al enemigo, que, a juzgar por el humo de los incendios, llevaba un rumbo perpendicular al que seguíamos nosotros. Continuamos de frente, a paso forzado, con el propósito de colocarnos al flanco izquierdo de aquél, hasta llegar a un punto donde existía una cerca viva o vallado muy tupido y de altos árboles. No se veía ni escuchaba ningún rumor que denunciara por allí la presencia de los españoles, pero continuábamos oyendo fuego por la Gobernadora, aunque los disparos individuales de nuestras gentes sonaban más distantes. En esto el general Maceo, que, con el general Miró y un par de ayudantes, se había apartado algunas varas a la derecha, a escudriñar una hondonada que bajaba desde el vallado, descubrió allá en el fondo de la misma al enemigo que marchaba en absoluto silencio. Nos hallábamos nada más que a cuarenta o cincuenta metros del mismo. Los disparos de revólver del General fueron la señal de ataque. Los españoles, sorprendidos con tan brusca como inesperada acometida, demoraron no menos de un minuto en repeler la agresión. Nosotros oímos claramente las voces de mando de sus oficiales intercaladas de blasfemias y juramentos, cosa que nos daba la idea de la gran confusión que en las tropas enemigas habíamos producido. Entonces no fué ya desde el borde del barranco que disparamos nuestros fusiles, sino que acortamos aún más la distancia situándonos en su mismo declive, desde el cual tirábamos sobre la masa con toda seguridad de hacer blancos. Al fin el enemigo logró ordenarse y repelernos barranca arriba, donde nos hicimos fuertes, y cobró su máximo desarrollo el combate. Todavía abrigados nosotros por aquella cerca viva, y tirando de arriba a abajo, contrarrestábamos en parte la inmensa superio-

ridad del opuesto bando. Este al cabo dejó la hondonada y fué a tomar mejores posiciones en la Gobernadora. Mas antes de haber escalado aquellas alturas hubo de caer bajo el fuego que, desde una colina de Vejerano, le hicieron los infantes comandados por el general Pedro Díaz, a los cuales se habían unido las guerrillas de las prefecturas, unos cincuenta tiradores, que habían sido los primeros en hostilizarlo. La columna española nos hizo varios disparos de cañón desde la Gobernadora.

El general Maceo, luego de haber dejado al general Pedro Díaz en la posición que ocupaba, y al teniente coronel Carlos González Clavell, a quien había reforzado con parte de la gente del primero, sobre la retaguardia del enemigo, atacó de nuevo a éste con cuarenta hombres por el camino de Vejerano. Luego, reuniendo todas sus pequeñas tropas en Vejerano las dejó allí, y él, con un reducido séquito, se dirigió, como a las tres de la tarde, al ingenio Begoña.

XXVI

EL PASO DE LA TROCHA

LAS bajas ocasionadas al enemigo en la acción de Vejerano y la Gobernadora debieron de ser muchas, teniendo en cuenta que nosotros—que éramos en tan corto número y que, como de ordinario, peleamos en orden abierto—, experimentamos treinta ytres: un muerto y treinta y dos heridos. Entre los últimos se contaron el brigadier Roberto Bermúdez, dos ayudantes del general Maceo: el teniente coronel Carlos González Clavell y el teniente Francisco Gómez Toro y un ayudante del jefe de Estado Mayor, el capitán Arcadio Cabrera. El capitán Cabrera fué herido junto a mí. En un instante en que la mula que montaba, azorada por las detonaciones, volvía la grupa hacia el enemigo, recibió un balazo por la espalda que le salió por el vientre. Se fué de bruces sobre el arzón de la montura, al mismo tiempo que me decía:

—Piedra, no me dejes.

Yo lo conduje a un sitio bastante apartado del campo de batalla donde existían algunas casas habitadas, lo dejé al cuidado de una familia y regresé en seguida al combate.

Arcadio Cabrera era un apuesto joven holguinero, tan bueno y sencillo como valiente, por el cual sentía yo una profunda simpatía. Terminada la función volví adonde lo había llevado, para conocer su estado, y permanecí cerca de él dos o tres horas. Cuando llegué de nuevo al campamento el general Maceo no estaba allí. Carlos González Clavell me informó que se me había estado llamando y que el propio General me había dado voces, agregando por lo bajo:

—Creo que va a cruzar la Trocha esta misma noche.

Esta noticia me produjo un pesar enorme, que en vano trataba de calmar Carlos González diciéndome que, habiéndole el General dejado su escolta para que con ella se le fuera a reunir en la primera oportunidad, yo podía ir junto con él. No era lo que me desesperaba la idea de quedarme en Pinar del Río, pues que, para luchar por Cuba lo mismo me era una provincia que otra. Lo que me desesperaba era la convicción de que el General iba a exponerse a un peligro extraordinario, al que se sumaban, además de aquél de las balas que arrostraba a diario, otros de distinta índole, en momentos en que yo no iba a encontrarme a su lado, y también el pensar que él había querido proporcionarme la gloria de asociarme a su fortuna al someterla a una prueba suprema, como era la de la empresa de cruzar por entre el recinto fortificado que guarnecían miles de soldados enemigos, y que yo no había respondido a su reclamo. Quise correr a su alcance, pero Carlos González me hizo desistir del intento con razones tan acertadas como eran el desconocimiento del camino tomado por el General, la falta de práctico y la obscuridad de la noche. Mas, ¡qué alborozo tan grande el mío cuando, a la siguiente mañana, muy temprano, llegó al campamento un campesino enviado por el general Maceo a buscar una botella de leche para el general Miró! Miró estaba sufriendo por entonces de una dolencia intestinal que le impedía ingerir todo otro alimento que no fuera la leche, por lo cual siempre

se tenía en el Cuartel General una vaca. Según el referido campesino el General se encontraba a poca distancia de allí, o sea en el mismo ingenio Begoña, donde había pernoctado.

Ya sabiendo donde alcanzarlo y disponiendo de guía, me fuí a reunir al General. Cuando llegué a su presencia y le referí el motivo por el cual no me hallaba en el campamento al tiempo de salida, me dijo aparentando una completa indiferencia:

—Pues, señor Comandante, ya no lo necesito.

Acostumbrado yo a leer en su fisonomía tanto las buenas como las malas impresiones, comprendí al punto que lo que él deseaba era ver el efecto que me producían sus palabras, por lo que, fingiendo a mi vez que tomaba la cosa en serio, le dije:

—General, yo considero esto como un castigo, y con todo respeto he de declararle que es un castigo injusto, por cuanto yo me encontraba atendiendo a un compañero mal herido.

Entonces el General, sonriéndose, me dijo:

—No, yo siempre lo necesito a usted.

En la tarde del mismo día emprendimos camino hacia la Caleta de la Caña, en la proximidad del Mariel, escoltados por el comandante José Manuel Barrios. Aquí se encontraba escondido un bote en el cual cuatro hombres de corazón, adictos a nuestra causa, Carlos Soto, Gerardo Llaneras, Eudaldo Concepción y Juan Funes, efectuaban viajes nocturnos por las afueras de la bahía del Mariel, conduciendo la correspondencia que del oriente de la Trocha y del exterior venía para el Cuartel General de Maceo y la que era enviada por éste. En la noche anterior su patrón, Carlos Soto, le había asegurado al general Maceo de la posibilidad que, sin otro riesgo que el mínimo del mar, ofrecía para burlar la Trocha el derrotero del pequeño buque filibustero, que era de la Caleta de la Caña a Mosquitos. El General había aceptado la idea, mas conformándose al dictado del marino de no ser practicable el viaje aquella misma noche, por lo tempestuoso de la misma, fué pospuesto para la noche siguiente, pero haciendo saber el General que estaba resuelto a no diferir un día más dicha operación.

Llegamos a la Caleta de la Caña sobre las diez de aquella

obscura e inolvidable noche del cuatro de diciembre de 1896. El tiempo, lejos de haber amainado, se había hecho temiblemente borrascoso, y la mar, bajo el soplo huracanado del viento, levantaba su insondable seno como en el espasmo de una cólera monstruosa. Los tres boteros que se hallaban allí estuvieron de acuerdo en que no se podía realizar la travesía en aquellas condiciones, al menos por el acostumbrado derrotero de la Caleta a Mosquitos. En realidad la embarcación era demasiado pequeña y frágil para surcar en ella tan revueltas ondas. No obstante, y por mandato del General, se echó al agua. La rompiente la devolvió con ímpetu a la arena, y fué preciso convencerse al cabo de que por aquella ocasión no era posible utilizar dicha vía. Fué entonces que Carlos Soto, vista la insistencia del general Maceo en cruzar las líneas españolas sin más dilación, propuso como derrotero la misma boca de la bahía del Mariel. Por ella estaba descartado el riesgo de zozobrar, pues las aguas eran tranquilas; pero habríamos de arrostrar grandes peligros de diferente índole. La bahía contaba con fortificaciones y trincheras a ambos lados, numerosas patrullas rondaban sin interrupción por todo su perímetro y a la sazón había en el puerto dos cañoneros. El General por toda respuesta mandó a cargar con el bote, siendo él uno de tantos en asirlo por un extremo. Y así, en hombros de once de los expedicionarios y de los tres marineros, lo condujimos a la boca de la bahía, adonde llegamos sobre las once de la noche.

Eramos los acompañantes de Maceo los generales José Miró y Argenter, jefe del Estado Mayor, y Pedro Díaz; los coroneles Alberto Nodarse, Charles Gordon, Máximo Zertucha, médico del Cuartel General, en sustitución interina del general Hugo Roberts que lo era en propiedad al mismo tiempo que jefe superior de Sanidad Militar del Departamento Occidental; los tenientes coroneles Alfredo Jústiz y Manuel Piedra; los capitanes Nicolás Souvanell, Ramón Peñalver y Ramón Ahumada; los tenientes Francisco Gómez Toro y José Urbina; los asistentes del general Maceo, Benito Echavarría, Ricardo Echavarría y Juan Pérez; el asistente del general Miró, José Delgado, y el del general Díaz, Andrés Cuervo. Mi grado efectivo era entonces de comandante,

pero mis compañeros, inclusive el jefe de Estado Mayor, me daban el tratamiento de teniente coronel, sabiendo que el general Maceo llevaba en cartera mi ascenso a tal para que lo firmara el General en Jefe.

Puesta a flote nuestra embarcación embarcó primero el general Maceo con algunos expedicionarios y los tres boteros, así como dos bombas de dinamita. Los demás desembarcamos en cuatro viajes sucesivos. Yo lo hice en el penúltimo. Cuando llegué al muelle de Gerardo todavía se encontraba en él el general Maceo, quien me ordenó quedarme allí hasta que acabaran de cruzar todos los expedicionarios, emprendiendo él en seguida la marcha con los que ya habían pasado.

A pocas varas del mencionado muelle había una casa que por su forma se me antojó ser una bodega, y a la idea de la bodega asocié, naturalmente, la de bodegueros españoles, voluntarios sin duda alguna. Dicha casa estaba resguardada al fondo, o sea de la parte del mar, por un alto cercado de tablas de madera, y detrás del mismo, olfateando mi extraña vecindad, ladraba con furia un perro. Esto me intranquilizaba sobremanera, pensando que al cabo los voluntarios, recelosos por aquellos insistentes ladridos y procurando indagar la causa de los mismos, me iban a ver, lo que significaba con toda probabilidad tener que luchar con ellos. Yo estaba armado; pero no era el problema de mi seguridad personal lo que más me preocupaba, sino la del General. El no podía haberse alejado todavía mucho del lugar y, cundida la alarma en éste y puestas en movimiento las numerosas tropas enemigas, corría inminente peligro de ser descubierto y alcanzado en circunstancia en que la lucha le sería imposible. En este estado de ánimo y escrutando ansioso la anchura de la bahía envuelta en sombras, hube de permanecer aguardando como cuarenta minutos. Al fin, destacándose de aquellas negruras como si emergiera de las mismas profundidades del mar, apareció el bote como a veinte brazadas del muelle. Desde esta distancia, el botero, que era Gerardo Llaneras, comenzó a agitar las manos indicándome que estuviera listo a saltar a bordo, señalándome al mismo tiempo uno de los cañoneros que acababa de izar un farol. Creyendo yo que se trataba de

conducirnos de nuevo a la otra orilla, me resistí a embarcar, hasta que Llaneras aproximándose más, me explicó que íbamos a desembarcar un poco más lejos, a la izquierda. Así fué en realidad. Llaneras nos llevó a otro muelle, llamado de José González, donde tomamos tierra, o mejor dicho agua, porque, no supe por qué motivo, no desembarcamos en el muelle propiamente, sino al lado del mismo en la pantanosa orilla del mar. Mis zapatos rotos se quedaron dentro del lodo y hube de seguir con los pies desnudos. Eran las tres de la madrugada.

XXVII

DE VUELTA EN LA HABANA

CON Llaneras de guía nos encaminamos por la misma dirección que había tomado el General. Nos juntamos a él en un sitio muy cercano llamado el Palomar. Al tiempo que entrábamos en la casa del Palomar oí que el General pronunciaba mi nombre, y al interrogarle de qué se trataba me respondió:

—Estaba diciendo que usted va sobre mis pasos.

—¿En qué sentido?—volví a preguntarle.

—En que lo van a herir tanto como a mí—contestó.

—¡Oh, no, General—exclamé—, en mi cuerpo no caben tantas heridas como en el suyo!

—Ellas se repiten—repuso él.

Del Palomar, donde nos detuvimos un rato solamente, hicimos rumbo al Sur por el camino de Miranda al demolido ingenio La Merced. Como de seis a seis y media de la mañana, enfermo y fatigado el General, hicimos un breve alto para descansar sobre el mismo camino, tan próximo al mar que alcanzamos a ver los hombres de la tripulación de una goleta que, con todas las velas desplegadas, cruzaba por allí en aquellos momentos. Al ponernos de pie para reanudar la marcha, viendo el General en el suelo, abandonada por su

conductor, una de las bombas, la recogió silenciosamente y se la echó al hombro. Aunque yo venía cargado con la otra, amén de mi fusil y mi lío de ropas, viendo el espectáculo que ofrecía nuestro gran jefe, agobiada su férrea naturaleza por físicos dolores, llevando a la espalda aquel pesado artefacto, me sentí conmovido en lo hondo, se lo quité de encima y cargué también con él.

Caminando luego hacia La Merced vimos a nuestra espalda y a corta distancia una tropa enemiga que parecía seguir el mismo rumbo que nosotros. Aquel sitio está por completo despojado de vegetación: ni un árbol ni una manigua donde poder ocultarse un hombre, todo limpio como las palmas de las manos. Nos echamos al suelo. Los españoles dijérase que nos habían divisado, pues seguían en derechura hacia nosotros después de haberle dado candela, de paso, a una casa. Llegaron a ponerse tan cerca que casi podíamos detallarlos individualmente. El General preguntó quién tenía fósforos y al contestar el coronel Gordon que él, le dijo que me los diera, ordenándome al mismo tiempo que desempaquetara la mecha de una de las bombas. Por fortuna la columna enemiga cambió de dirección rumbo a Occidente.

Poco antes de las nueve de la mañana llegamos a La Merced, donde encontramos en una casa dos soldados de caballería de nuestro ejército. Al penetrar en el corral de la misma, iba yo inmediatamente detrás del General, y éste, deteniéndome en la puerta con las manos, me dijo con rapidez al oído:

—Hemos cruzado la Trocha por tierra, por el ingenio Cañas.

Yo fuí pasando esta consigna uno a uno a todos los miembros de la comitiva.

La razón que existía entonces para no revelar la verdad de la manera como habíamos burlado las líneas españolas era la de poder conservar en secreto aquella ruta del mar, cosa de seguir conduciendo por allí nuestras estafetas y posiblemente para ser utilizada por otras expediciones y comisiones. Además, era preciso evitar cualquiera indiscreción que dejara en descubierto a aquellos cuatro hombres beneméritos, que tan valiosos servicios prestaban a la causa, cru-

zando y recruzando el mar, con frecuencia por entre los buques y fortalezas enemigos, en un frágil esquife.

En la casa de La Merced pasamos la noche del 5 al 6. El General, agudizada su dolencia por la caminata de toda la anterior y de todo aquel día a pie, se recogió temprano. En la sala, que quedaba contigua a la pieza por él ocupada, me eché en el suelo junto a Alfredo Jústiz. Me quejaba con éste de mis destrozados pies desnudos, y, oyéndolo el General, murmuró en alta voz desde su hamaca:

—¡Oiganlo, óiganlo cómo se queja, y quiere ser General!

Como él decía esto sin severidad en el tono, yo le contesté:

—No creo que el ser de carne y hueso me impida llegar a General.

—No se me queje, no se me queje—replicó él—, mire que usted es el gallo que yo llevo a Las Villas.

Supe después que el General me tenía efectivamente destinado a mandar fuerzas en aquella mi provincia. En la mañana del día 7, antes del combate de San Pedro, el entonces comandante Julio Cepeda me informó que el general Pedro Díaz, quien iba a hacerse cargo del mando de una división en Las Villas, le había dicho que el general Maceo, que llevaba mi ascenso a Teniente Coronel para que lo firmara el General en Jefe, había dispuesto que pusiera a mis órdenes uno de los regimientos de dicha unidad.

Al campamento de La Merced llegaron como a las doce de la noche el coronel Ricardo Sartorio y el comandante o teniente coronel Baldomero Acosta. Habiendo sido el propósito del general Maceo cruzar la Trocha del 27 al 28 del mes anterior, como antes se ha dicho, había enviado instrucciones con anterioridad al jefe de la división de La Habana, general José María Aguirre, y demás jefes de las fuerzas que operaban en dicha provincia, para que se concentraran en un punto determinado del territorio de la misma, donde debían permanecer desde el día 26 hasta el 28 del referido mes. El General había solicitado también caballos para "una familia de doce miembros" que debía trasladarse al Este de la Trocha en aquella oportunidad. Estas instrucciones fueron cumplidas en parte: el coronel Sartorio y el teniente coronel Acosta es-

tuvieron en la playa de Mosquitos durante los dos expresados días, y el coronel Silverio Sánchez, jefe de la brigada del Sur, se había situado en la playa de Banes. Pero, habiéndose visto obligado el general Maceo a señalar para una fecha posterior el cruce de la Trocha con motivo de la acción de El Jobo, y no habiéndole sido posible comunicarse oportunamente con las fuerzas del lado de acá de la línea y darles nuevas instrucciones a sus jefes, los coroneles Silverio Sánchez y Sartorio y el teniente coronel Acosta se retiraron. Así, pues, el conocimiento que tuvieron Sartorio y Acosta de la presencia del general Maceo en La Merced no había sido por aviso expreso de éste, y no conducían los caballos que él había solicitado, requisito indispensable en aquellas circunstancias para que los expedicionarios pudiéramos continuar la marcha, ya que el General por sus dolencias no podía andar a pie.

Baldomero Acosta salió en seguida en busca de los caballos que, conforme a las órdenes del general Maceo, debían estar en el campamento de La Merced entre siete y ocho de la mañana de ese mismo día, o sea el día seis. Pero, como todavía en las primeras horas de la tarde Baldomero no había regresado, el General dió orden de emprender la marcha a pie.

Cuando dejábamos el campamento de La Merced el cielo estaba cubierto de densas humaredas por el lado del Mariel. Las tropas españolas, poniendo en práctica el método de guerra de Weyler, se entregaban a la tarea de quemar y talar ranchos y sembrados de los campesinos cubanos, con el propósito de privar de recursos a las huestes libertadoras.

A poco de habernos adelantado por el litoral de Banes en dirección del ingenio El Garro se presentó de nuevo Baldomero Acosta con algunos elementos del regimiento Goicuría y conduciendo los caballos ordenados por el general Maceo, y pudimos continuar la marcha montados. Como a las tres de la tarde llegamos al mencionado ingenio El Garro, propiedad del excelente patriota Perfecto Lacoste. El señor Lacoste aguardaba allí al General, defiriendo a los deseos previamente expresados por éste de tener con él una entrevista. Lo acompañaba la señora Lacoste. Ambos esposos eran fervientes admiradores del héroe de las mil batallas, por lo que su presencia les produjo tan sincero como francamente demostrado

júbilo. El general Maceo, luego de haber sostenido con el señor Lacoste una prolongada conversación, se entregó a la ocupación de dictar su correspondencia, con lo cual se pasaron allí cerca de seis horas.

Al cabo dejamos aquella casa a las nueve de la noche. Antes, por indicación del dueño de la misma, se les había dado a los expedicionarios algunos efectos de gran utilidad, tales como prendas de vestir y calzar. Pero, no habiendo suficiente para todos, se distribuyeron al azar, con lo que resultó que algunos obtuvieron lo que por el momento no habían menester, y otros que lo necesitaban en el presente, entre los que me encontraba yo, no alcanzamos nada. Por ejemplo, Panchito Gómez, que se hallaba perfectamente calzado, recibió un par de zapatos, mientras que yo, no obstante haber exhibido mis pies desnudos y ensangrentados como un reclamo a tales dádivas, hube de quedarme descalzo. Mas por fortuna para mí, Panchito era generoso y me regaló uno de los dos pares que él tenía. Los viejos, por supuesto.

De El Garro nos trasladamos a una colonia del demolido ingenio Baracoa, donde pasamos algunas horas de la noche. Los terrenos de El Garro pertenecen al territorio de Pinar del Río, y los del Baracoa están entre dicha provincia y la de La Habana.

De Baracoa salimos como a las dos de la madrugada del siguiente día. Sumados ahora a los hombres de la comitiva de Maceo los que había llevado al principio Baldomero Acosta, y un escuadrón del propio regimiento que más tarde se nos había incorporado, éramos unos sesenta.

El rumbo de nuestra marcha aquella mañana fué primero francamente al Sur hasta la carretera de Hoyo Colorado, la que cruzamos tan cerca de dicha localidad que la hubiésemos tenido a la vista, a no reinar aún la obscuridad de la noche. De allí enderezamos el rumbo al Este y, luego de hacer muy corta parada en un sitio llamado Hernández, en la proximidad de la laguna La Pastora, y atravesar ésta por su extremo Norte al rayar el alba, continuamos en la misma dirección, aunque inclinándonos de nuevo un tantico al Norte, hasta la finca San Pedro, adonde llegamos sobre las nueve de la mañana.

XXVIII

ACCION DE SAN PEDRO

LA finca San Pedro, donde se libró el combate que puso término, junto con su vida, a la mil veces gloriosa carrera militar de Antonio Maceo, se encuentra—en líneas rectas—a unos nueve kilómetros de Punta Brava, a trece o catorce de Hoyo Colorado y, poco más o menos, a igual distancia de Marianao.

La carretera que, viniendo de Marianao, pasa por Punta Brava y va a Hoyo Colorado, cruza por las inmediaciones de San Pedro, y muy cerca de dicha carretera, y casi paralelo a la misma, corre un camino conocido por Camino Viejo de Hoyo Colorado.

Abandonada en aquella época la finca San Pedro, a causa seguramente de la guerra, se hallaba en su mayor parte cubierta de yerbajos y plantas silvestres, ofreciendo nada más que a largos trechos pequeños espacios despejados.

El campo que ocupábamos nosotros tenía al frente, o sea hacia el Oeste, por donde van la carretera y el camino mencionados, una cerca de piña o maya, entre la que crecían algunos piñones. Perpendicular a este vallado y a la derecha de nosotros se alzaba una cerca de piedra, y a la izquierda otra que, describiendo una curva al Oeste, se enlazaba con la primera formando un ángulo abierto. Entre ambas cercas de piedra, pero más próximo a la de la izquierda, corría otra de piña que tocaba por su extremo Este el vallado de piña y piñón, y del lado opuesto había otra de maderos y una más de piña. Estos dos últimos cercados estaban, más o menos, junto a la salida Oeste de la finca, o sea por el lado por donde nosotros habíamos penetrado en la misma. Todos estos vallados eran en general difícilmente visibles a distancia, a causa de los matorrales que poblaban el terreno.

Se comprenderá muy bien que atribuyéndose a los jefes que operaban en la provincia de La Habana el mejor conocimiento de las condiciones topográficas de las comarcas donde de ordinario se movían hubiesen sido ellos los encargados de elegir el lugar para la concentración de fuerzas ordenada

por el general Maceo; y de las condiciones de San Pedro se podrá juzgar por la descripción que del mismo precede. Eran inapropiadas para sostener un combate de caballería, única arma con que contábamos allí, y solamente cogido de sorpresa pudo el General haberlo aceptado.

Las fuerzas reunidas en San Pedro pertenecían a la brigada Sur y estaban constituídas por elementos del regimiento Santiago de las Vegas a las órdenes del teniente coronel Juan Delgado, el cual tenía como subalternos a los capitanes Dionisio Arencibia, Miguel Hernández y Rafael Sánchez, figurando en la plana mayor el capitán Rodolfo Bergés, y el doctor Carlos Guas como médico; del Goicouría a las órdenes del comandante Baldomero Acosta, con los capitanes Andrés Hernández e Ignacio Morales; del regimiento Calixto García a las órdenes del teniente Coronel Alberto Rodríguez y de los comandantes Isidro Acea y Alfredo Ramírez y los capitanes Emilio Collazo y Luis Felipe. En el Estado Mayor de la brigada figuraban el comandante Rafael Cerviño y el capitán Manuel Olivera, y mandaba la escolta el comandante Juan Manuel Sánchez. Se encontraba también una sección del regimiento que mandaba en Pinar del Río el coronel Pedro Delgado. Al frente de todas las tropas, que sumarían a lo más cuatrocientos cincuenta hombres, se encontraba el jefe de la brigada coronel Silverio Sánchez, y el coronel Ricardo Sartorio tenía el mando superior de los regimientos Santiago de las Vegas y Goicouría. Es necesario consignar que, del total de cuatrocientos cincuenta hombres, sólo unos trescientos se encontraban más o menos bien equipados y en condiciones de pelea. Del resto, la mitad estaba mal armada y los otros carecían de armas de fuego.

En una función en campo abierto, donde la caballería puede maniobrar con rapidez y el arma blanca desempeña un papel de importancia, con frecuencia decisivo en nuestra clase de guerra, todos aquellos hombres se hubiesen podido considerar como combatientes. Pero ya lo he dicho antes: no eran éstas las condiciones del campamento de San Pedro.

La llegada del general Maceo a San Pedro produjo, como de sólito, delirante entusiasmo entre las fuerzas allí congregadas, que estuvieron vitoreándolo por espacio de treinta

o cuarenta minutos. Después, restablecido el silencio, comenzaron las visitas y presentaciones de los jefes y oficiales de la brigada y las conferencias con aquellos más caracterizados. El campamento estaba tranquilo y, sin duda, bien resguardado. De las exploraciones practicadas se había llegado primero a la creencia de que no había tropas enemigas en movimiento por aquellos contornos; una media hora más tarde se tuvo conocimiento de que una columna española se encontraba en el camino de Punta Brava, pero marchando hacia Cangrejeras, o sea en sentido opuesto a nuestro campo. El General, confiado en tales informes, luego de haber almorzado se despojó de sus armas y de sus botas de montar y se tendió en la hamaca, desde la cual continuó conversando con Juan Delgado, Baldomero Acosta y el doctor Carlos Guas, mientras, a pocas varas de él, el coronel Silverio Sánchez terminaba una relación de nombres y jerarquías militares de su brigada que esperaba el General. Yo había aceptado la invitación a almorzar que me hiciera Andrés Valdés Portela, oficial de un escuadrón del regimiento Calixto García que mandaba el comandante Alfredo Ramírez, cuya tienda distaba de la del general Maceo unos ciento cincuenta metros a la derecha, y a donde había ido a pie para ahorrarle fatiga a mi caballo. Estaba yo quizá más necesitado de dormir y descansar que de comer, por lo que inmediatamente después de haber almorzado me tendí en el suelo y me quedé dormido. Me despertó el estruendo de la fusilería y el galopar de los caballos.

Por la proximidad en que sonaban las descargas supuse que el enemigo se encontraba ya dentro de nuestro campo. Corrí al lado del General, a quien encontré sentado aún en la hamaca tratando de calzarse las botas de montar con ayuda de uno de sus asistentes, mientras el general Miró ayudaba a los otros a ensillarle el caballo. Seguí a buscar el mío, que estaba unas cuantas varas más atrás, lo monté y volví a la tienda del General. Este demoró todavía cuatro o cinco minutos en estar listo. Una horrible ansiedad aceleraba en aquellos momentos el ritmo de mi corazón. De segundo en segundo esperaba ver llegar al enemigo hasta el General y

capturarlo o matarlo, sin darle tiempo a ponerse al frente de los suyos. Me dispuse a cubrir su cuerpo con el mío y a defenderlo mientras me quedara un cartucho en la canana, el machete al cinto y un soplo de vitalidad en mi organismo. Me puse de espaldas a él y aguardé con el dedo puesto en el disparador de la carabina. Al fin el General se ciñó sus armas y, al tiempo de montar, me ordenó:

—¡Busque un corneta y hágale tocar a degüello!

Salí en carrera tendida a cumplimentar su orden. Empecé por dirigirme hacia el rumbo por donde oyera las primeras detonaciones, coligiendo que a dicho lugar habrían acudido las primeras de nuestras fuerzas que se hubiesen podido organizar bajo los disparos de los españoles. No vi a nadie portando una corneta. Seguí corriendo e inquiriendo donde quiera que veía un núcleo de los nuestros. Nadie me podía informar. Después de varias vueltas y revueltas por entre aquellos matorrales y de habérseme caído una vez el caballo al saltar una cerca de piña, me encontré con el general Maceo haciendo frente ya a los españoles.

Me pareció ver en aquella circunstancia en el General el mismo hombre y el mismo gran capitán que yo tantas veces contemplara en los campos de batalla. Si la sorpresa del campamento por el enemigo pudo haberle causado algún sobresalto en los primeros momentos, ahora, puesto ya al frente de sus soldados, la confianza en sí mismo, que es patrimonio del genio, le había vuelto todo el aplomo y toda la serenidad de espíritu que le eran peculiares. Sus órdenes precisas y concluyentes, como siempre, no hubiesen dejado lugar a duda de que se encontraba posesionado de la situación.

Acababa yo de darle cuenta al general Maceo del resultado negativo que había tenido en la búsqueda de un corneta, y me había colocado, como de costumbre, junto a él, cuando, al mirar maquinalmente hacia nuestra derecha, alcancé a ver un grupo de jinetes españoles que como a trescientos metros de nosotros parecía explorar el campo. Lo indiqué con la mano, y gritando ¡al machete! me lancé en aquella dirección con once o doce hombres que me siguieron. Los jinetes enemigos, unos dieciocho o veinte, se desplegaron en

guerrilla y abrieron fuego, pero nosotros, haciendo caso omiso de sus proyectiles, continuamos avanzando sobre ellos con los machetes al aire. Al cabo se dieron a la fuga a toda rienda. Enardecido como me encontraba seguí en pos de los fugitivos, sin advertir que la gente que me acompañaba se había detenido. De pronto sonó una descarga, se me desplomó el caballo y caí de bruces. El fuego partía de detrás de una cerca de piedras, que a unos sesenta metros se hallaba oculta a mi vista por las maniguas. Mi primer impulso, como bien se comprenderá, fué el de huir. Pero recordando que con mi ropa y, envueltos en un pedazo de hule, atado al arzón de la silla de montar, tenía mi diario y algunos apuntes—en que consignaba ciertas reflexiones poco favorables respecto a la manera de operar de determinados jefes, a cuyas órdenes me había encontrado accidentalmente durante los días que, con motivo de mis heridas de Mal Tiempo, había estado separado del general Maceo—, y pareciéndome peligroso que tales documentos cayeran en poder del enemigo, me aplasté en el suelo, me arrastré entre las hierbas y cubriéndome con el cuerpo del caballo muerto, corté con el machete las ataduras de la silla y recogí el referido envoltorio. Entonces me eché a gatas hasta ganar el primer matorral, y de éste, más que corriendo, saltando, gané otros y otros, siempre bajo el fuego de los españoles, el que cesaba cuando me tendía en tierra y se reanudaba en cuanto me ponía de pie. Al fin pude alejarme sano y salvo.

XXIX

EL TITAN CAIDO

ANDANDO así, a campo traviesa, vine a salir a un sendero bordeado de altas maniguas, por el cual se estaban retirando nuestros heridos. Lo seguí y fuí a dar al sitio donde por el momento se había instalado el hospital de sangre. Estaba allí tratando de conseguir otra cabalgadura para volver al combate cuando llegó el comandante Acea,

a quien rogué que me diera un caballo. Acea, que no sabía de seguro quién era yo, no me puso atención. En esto se presentaron el coronel Alberto Nodarse y el capitán Ramón Ahumada, ambos heridos. Este último exclamó:

—¡Piedra, qué desgracia!

Oí a Nodarse decirle por lo bajo:

—No, no se lo digas.

Alarmado, pregunté:

—¿Qué ocurre?

Ahumada me respondió:

—Que al General lo han *herido.*

A pie como me encontraba eché a correr hacia San Pedro. Por fortuna para mí a poco encontré en el camino, viniendo hacia el hospital, al coronel Silverio Sánchez. Silverio Sánchez me conocía bien, pues que éramos compañeros desde los primeros días de la campaña de Invasión. Le rogué que me proporcionara un caballo para correr al lado del General que estaba *herido.* El Coronel me dijo:

—Sí, porque ahora se necesitan hombres de vergüenza como usted.

El coronel Sánchez sabía bien que el general Maceo estaba muerto, y no sólo herido como yo creía. Sin embargo, no me lo dijo. Una vez montado de nuevo, emprendí a riendas sueltas el regreso al sitio del combate. Aún sonaban allá descargas de fusilería y disparos sueltos. Pero eran intermitentes. El fuego había disminuído mucho de su intensidad de una hora atrás. Poco antes de llegar me encontré con los generales Miró y Pedro Díaz. El primero estaba herido, no el segundo. Miró al verme exclamó llevándose las manos a la cabeza:

—Piedra, ¡qué desgracia tan horrible, han matado al General!

Me quedé estupefacto, sin poder articular una palabra. Por fin pude preguntar:

—¿Donde está?

Miró me hizo un vago ademán con la mano, diciéndome:

—Allá, allá, quizá entre el enemigo.

Ahora ya no fué únicamente el pesar lo que invadió mi

alma, sino también una cólera enloquecedora. ¡Cómo—me dije—han podido los españoles apoderarse del cadáver del general Maceo y no han perecido todos los soldados cubanos! Y estos dos generales—pensaba—se retiran. Debo declarar que yo no sabía en aquel instante que Miró iba herido. Fué una hora más tarde que lo supe y que pude darme cuenta también de que Miró no sólo estaba herido físicamente, sino aniquilado en lo moral. Su afecto por el hombre que acababa de sucumbir alcanzaba los límites de la adoración, y en el héroe desaparecido había vinculado, con la victoria en el campo de batalla, los destinos de Cuba.

Yo seguí y me reuní con aquellos que aún estaban buscando el cadáver del General. La búsqueda era realmente difícil. De los hombres que se encontraron junto a él en el momento en que fué matado, ninguno se hallaba presente para dar siquiera una idea del sitio donde había caído. Unos habían sido muertos y los demás heridos. Los españoles, que en los momentos de nuestra catástrofe iniciaban la retirada, habían dejado algunas fuerzas apostadas detrás de las trincheras de piedra para proteger su retaguardia y sus heridos, y, tan pronto alcanzaban a ver alguno de nuestros grupos, en la creencia tal vez de que los íbamos a atacar, nos hacían fuego y más bajas, impidiendo que registrásemos a conciencia todo el perímetro donde se había efectuado el combate. La idea de que se llevaban el cadáver del General principió a prevalecer en el ánimo de todos, por lo que se comenzó a considerar la necesidad de correr a interponernos entre la columna enemiga y sus cuarteles y rescatar a machetazos aquel para nosotros sagrado despojo. Pero, ¿hacia dónde se dirigiría el enemigo? ¿A Hoyo Colorado? ¿A Punta Brava? Era necesario un reconocimiento previo. En estas deliberaciones estábamos cuando se recibió el aviso de que el cadáver del General, así como también el de Panchito Gómez, habían sido encontrados por el capitán Miguel Hernández con un grupo del regimiento Santiago de las Vegas, y de que ambos cuerpos habían sido llevados a Lombillo. Eran poco más o menos las seis de la tarde.

La posesión de los mortales restos del gran guerrero cubano,

la seguridad de que no habrían de ser profanados por el enemigo, alivió un tanto y siquiera fuese por unos instantes la horrible pesadumbre que a todos nos agobiaba por su irreparable pérdida. Con rapidez nos trasladamos a dicho lugar. Allí, en decúbito supino, bajo un cobertizo formado por algunos horcones quedados en pie y una parte de la techumbre de una caseta en ruina, en las cercanías de un tanque, yacía el cadáver de Maceo, y, junto a éste, tendido en igual posición, el de Panchito Gómez.

Visto a la amarillenta y vacilante luz de aquel nunca tan triste crepúsculo otoñal, el héroe parecía dormido. Una mano piadosa había cerrado ya sus párpados. El tiempo no había dado aún a su robusto y bien modelado cuerpo la rigidez característica de la muerte, ni alterado las suaves líneas de su rostro, y únicamente por la sangre que empapaba sus vestimentas, y que en oscuros coágulos pendía de las hebras de su bigote, se hubiese podido sospechar a primera vista la trágica defunción de su organismo. Besé con respeto y profundo dolor aquella frente pálida y fría que fuera albergue del genio militar de mi patria, y besé también la del efebo oficial que con sublime abnegación se había inmolado en aras de la devoción al jefe y al amigo.

De la camiseta que cubría el tórax del General, una de las dos únicas prendas de ropa interior de que no le habían despojado los guerrilleros cubanos, cuervos que seguían a las tropas regulares españolas, corté un pedazo ensangrentado y lo guardé. Días después el general Pedro Díaz solicitó de mí una parte de aquel trozo de camiseta y se lo di, reservándome la otra parte. Más tarde, temeroso de que, de ser yo mismo matado o hecho prisionero, aquella sagrada reliquia cayera en manos enemigas, se la entregué al brigadier Dr. Joaquín Castillo Duany, quien me ofreció ponerla a buen recaudo en el extranjero. Debo confesar que el Dr. Castillo Duany no me prometió devolvérmela, y que yo tampoco se lo exigí. Tengo entendido que él la donó al Museo de Santiago de Cuba al terminarse la guerra, pero no sé si hizo constar la manera como había llegado a sus manos.

El sitio en que el capitán Miguel Hernández y sus hombres

habían hallado el cadáver de Maceo y el de Panchito Gómez, consignado más tarde por el general Miró en el libro *La Campaña de Occidente* de sus *Crónicas de la Guerra*, quedaba algo fuera de la finca San Pedro, entre ésta y el camino que iba a Punta Brava, frente al ángulo formado por las dos cercas de piedra que he mencionado al describir el lugar donde se libró la acción. Posesionados como estaban de dichas cercas, los españoles barrían con un fuego convergente el pequeño espacio de terreno donde, mientras se echaba abajo unos cercados que obstruían el paso, hubo de detenerse el General con cuarenta o cuarenta y cinco combatientes, en su intento de cargar al enemigo ya en manifiesta retirada. Las demás gentes, tal vez unos doscientos hombres, ocupaban distintas posiciones en el campo de batalla. Las de Juan Delgado y las de Baldomero Acosta estaban situadas a la derecha, frente a la cerca de piña y piñón: las del segundo a la izquierda de las del primero, y separadas por un corto intervalo; las mandadas personalmente por Silverio Sánchez hacían frente a la entrada de San Pedro, a la espalda de Maceo; las de Alberto Rodríguez estaban a la izquierda de las de Silverio Sánchez, y las de Isidro Acea a la izquierda de las de Alberto Rodríguez. Las distancias que separaban estas respectivas fuerzas entre sí y respecto al sitio ocupado por el general Maceo antes de encaminarse al sitio donde cayó no eran largas, pero es necesario tener en cuenta la poca visibilidad que ofrecía el escenario a causa de los maniguales que en él existían. Así se comprende que aquellos jefes de fuerzas no vieran el movimiento efectuado por el General cuando, lanzándose en pos del enemigo en retirada por el flanco izquierdo, con un exiguo número de combatientes rebasó los límites de San Pedro y fué a caer frente al triángulo nefasto.

Habrá de llamar la atención el hecho de que, contándose entre las tropas reunidas en San Pedro unos trescientos hombres en condiciones de combatir, como se ha dicho, sólo unos doscientos se hallasen combatiendo en la última fase de tan breve acción. Esto se explica considerando lo inesperado de la irrupción del enemigo en el campamento. No existe ejército en el mundo, por bien disciplinado que esté, y el

nuestro no era un modelo en tal concepto, en el cual no introduzca la sorpresa el desorden y el desbandamiento. Acometida en forma tan brusca la tropa cubana, en momento en que más confiada y desprevenida se encontraba, oyendo encima de ella el ruido de la fusilería y sintiendo en sus carnes los mortales o dolorosos impactos de los proyectiles, no pocos de sus individuos, creyéndose en situación de impotencia para hacer cara al adversario y obedeciendo únicamente al instinto de conservación, no pensaron en otro medio que la fuga para salvar la vida. Además, el número de bajas sufrido en los primeros momentos de desconcierto, antes de que pudiéramos organizarnos para repeler la agresión, había sido considerable. Y como, ya lo he dicho antes, carecíamos de un verdadero cuerpo de sanidad militar y, a falta de camilleros profesionales, teníamos que distraer a los mismos combatientes en la tarea de conducir los heridos, muchos otros más en esta ocupación hubieron de dejar el campo de batalla. La mayor parte de éstos volvieron a ocupar sus puestos en las filas al tener conocimiento de la muerte del General, dispuestos a pelear por rescatar su cadáver en el supuesto de que el enemigo se lo llevaba.

Que aquellos doscientos hombres que le hicieron frente a los cuatrocientos cincuenta de la columna española de Cirujeda se batieron bien, lo prueba el mismo hecho de haber caído el general Maceo fuera del polígono de San Pedro en persecución del enemigo en retirada del mismo; y el número de bajas que experimentamos, que fueron sesenta y tantas. De los que cruzamos en bote por la boca del Mariel la noche del cuatro al cinco de diciembre, que fuimos dieciocho—de los cuales sólo trece, incluyendo al General, se podían considerar como combatientes, pues los cinco restantes eran asistentes desarmados—, tres quedaron muertos en el campo de batalla: el propio General, el teniente coronel Jústiz y el teniente Francisco Gómez Toro; y cinco salieron heridos: el general Miró, los coroneles Alberto Nodarse y Charles Gordon y los capitanes Ramón Ahumada y Ramón Peñalver.

Como ayudante de campo del General me correspondió el lamentable deber de montar la guardia de honor a su cadáver.

Había cerrado la noche, y alguien trajo, no sé de dónde, algunas velas de cera de confección campesina que fueron encendidas unas tras otras, adheridas a los horcones de la mencionada ruina, a guisa de palmatorias.

¡Qué cuadro aquél tan triste y desconsolador! La oscuridad era completa fuera del reducido espacio semialumbrado por la débil y oscilante llama de las velas, y en éste nos agrupábamos todos, y todos teníamos más sombras en el alma que las que, en aquella fría noche de diciembre, el cielo derramaba sobre la tierra. Cada uno procuraba contemplar desde lo más cerca posible y por vez postrera el cuerpo inanimado del glorioso y querido jefe que tantas veces nos condujera a la victoria; del guerrero insigne que dejaba inscrito su nombre en mil heroicos episodios de nuestras luchas por la independencia. Muchos hombres lloraban, algunos convulsivamente, como Souvanell, que, además de ser oficial de su Estado Mayor, era su ahijado. Yo contraía con fuerza las mandíbulas para no dejar escapar los gemidos que me subían a la garganta, y levantaba desmesuradamente los párpados para orear y ocultar las lágrimas que furtivas y en silencio brotaban de mis ojos.

La velación duró hasta pasadas las nueve de la noche. No era posible prolongarla hasta más tarde, porque la conducción e inhumación de los cadáveres había que realizarlas bajo el manto de un misterio que escapara al mismo sol. Se colocaron los dos cuerpos cada uno en un caballo y, en medio de un grave e imponente mutismo, se emprendió la marcha sigilosa y fantasmal.

El lugar donde fueron inhumados los cadáveres y los incidentes que precedieron a la inhumación los vine a conocer después de terminada la guerra, por el general Miró, y están consignados en su obra *Crónicas de la Guerra.* Yo marchaba a pie, pues durante el tiempo que había estado atendiendo a la guardia de honor del extinto General, alguien, quizá su propio dueño, se llevó la cabalgadura que me fuera facilitada por el coronel Silverio Sánchez. No fué sino horas después, que, habiéndome encontrado con el Dr. Carlos Guas—quien también había perdido su caballo y montaba una enorme

acémila enjaezada con un alto "aparejo"—, me invitó a tomar asiento junto a él. No sé por mí mismo sino que de Lombillo fuimos a Govea; que de este punto, cruzando por las cercanías del paradero de El Rincón, nos dirigimos hacia Bejucal; que luego atravesamos la calzada de Bejucal y nos encaminamos a la jurisdicción de Santiago de las Vegas, deteniéndonos un gran rato, como a las cuatro de la madrugada, en un sitio llamado Cacahual. Como ya en adelante no volví a ver los cadáveres, supuse que allí habían sido sepultados.

¡Así, a hurtadillas, esquivando las miradas de los hombres, aun las de los mismos que habíamos sido sus compañeros de armas, para evitar posibles y lamentables indiscreciones que expusieran sus venerados restos a la execrable exhumación por parte del enemigo, que él tantas veces venciera en el campo de batalla; en un lugar solitario e ignoto de la manigua cubana se dió sepultura a aquel esforzado paladín, cuyas proezas, rebasando los límites de su patria, habían resonado en el mundo entero: con entusiasmo y amor en el corazón de los amantes de la libertad, con rencor y espanto en el corazón de los déspotas!

LIBRO QUINTO

DE SAN PEDRO A LA PAZ

I

VERDADES

HAN transcurrido cuarenta y siete años y aún acude con frecuencia a mi mente el doloroso recuerdo de aquella noche: veo, a la amarillenta luz de cuatro improvisados cirios que débilmente luchaba con las invasoras sombras, el cuerpo ensangrentado e inerte del *Titán*, tendido en el suelo entre las hierbas, junto a aquel tanque; y me veo formando parte de aquel fúnebre cortejo que, conduciendo su cadáver a lomo de un caballo, marchaba silencioso a través de la nocturnal oscuridad, buscando para él una fosa escondida y secreta.

¡Cuarenta y siete años! Ya pronto, ¡oh Maceo!, de los soldados que guiaste a la victoria no quedará ninguno: a todos nos habrá sepultado el peso de la vejez. Toda aquella generación del 95, a la cual tantos bellos y edificantes ejemplos diste de patriotismo y valor, habrá bajado a la tumba. Pero el recuerdo de tu nombre se conservará en las sucesivas generaciones hasta la más remota posteridad:

Polvo, cenizas, miserable escoria,
al fin de la jornada eso es el hombre;
sólo perdura en el recuerdo un nombre
que bajo arcos de luz entra en la Historia.

Vive siempre del mundo en la memoria
el héroe que, en el campo de batalla
muriendo en el fragor de la metralla,
lega a su patria libertad y gloria.

Tal fué tu sino, ¡sin igual guerrero!:
cuando Cuba, ultrajada, escarnecida,
se alzó viril contra la España, fiero

en la lucha tenaz, enardecida,
empuñaste mil veces el acero,
y fué su triunfo el precio de tu vida.

Enterado como yo estaba del propósito que tuviera el General de ponerme al frente de uno de los regimientos de la división que habría de mandar el general Pedro Díaz en Las Villas, y sabiendo que el general Miró habría de marchar al Cuartel General del General en Jefe, establecido por entonces en la mencionada provincia, determiné seguirlos.

Esa misma mañana del día ocho de diciembre, ya separados de las fuerzas de la brigada Sur, y con una pequeña escolta de las mismas, acampamos en un sitio llamado Loma del Hambre. Estábamos allí, sin contar los hombres de la referida escolta: los generales Miró y Díaz; el doctor Máximo Zertucha, el capitán Nicolás Souvanell, el teniente José Urbina y yo; y los asistentes que habían sido del general Maceo, Benito Hechavarría (cocinero), Ricardo Hechavarría y Juan Pérez; el del general Miró, José Delgado; y el del general Díaz, Andrés Cuervo.

A poco de encontrarnos en aquel lugar se suscitó un incidente de los más penosos y desagradables, con motivo de haberle preguntado el doctor Zertucha a Benito Hechavarría, en un tono perfectamente natural, cuándo estaría el almuerzo. Es conveniente advertir que el doctor Zertucha, desde que, por ausencia del doctor Hugo Roberts, que estaba herido, era el médico del General, comía a la mesa con éste. El cocinero se insolentó y en estridente lenguaje hizo saber al doctor Zertucha que en lo adelante no tenía derecho a comer de su cocina. Trató Zertucha de replicar, e interviniendo Miró le dió la razón a Benito, tomando partido por él de modo ostensible. Irritado el doctor Zertucha por tan manifiesta injusticia y hostilidad, dejó escapar una palabra mal sonante que no iba dirigida a nadie en particular. Entonces, levantándose con brusquedad, el general Pedro Díaz se encaró con el doctor Zertucha y, con aire de majestad ofendida, le gritó:

—¡Qué es eso, so atrevido, cómo se atreve usted a decir insolencias en mi cuartel general y en presencia mía!

Zertucha quedó mudo, desconcertado. Yo, que de pie en la puerta de la casa lo había escuchado todo, penetré en ella y tomando al doctor Zertucha de la mano lo saqué de allí, diciéndole en alta voz que viniera a almorzar conmigo. Zertucha no habló una sola palabra mientras almorzaba. Comía maquinalmente, y en su mirada vaga hubiérase podido notar que su pensamiento era extraño a cuanto le rodeaba. No lo volví a ver nunca más. Al día siguiente abandonó el campo de la Revolución y se acogió a la indulgencia de las autoridades españolas.

El doctor Máximo Zertucha era una persona decente y de maneras distinguidas. Un tanto esquivo y retraído, era poco accesible a la camaradería y familiaridad, por lo que había sentado plaza de orgulloso entre ciertos elementos del Cuartel General. Sin embargo, él era atento y cortés con todo el mundo. Cuando en una colectividad pequeña, como era la nuestra, los ánimos están prevenidos contra uno de sus miembros, basta la personal malevolencia de otro para formar a su alrededor una atmósfera de falso descrédito. Miró, el jefe de Estado Mayor, le tenía ojeriza a Zertucha. Miró, ya lo he dicho antes, era un apasionado de Maceo. No había en ello ni simulación ni cálculo de medro: su devoción era sincera y desinterasada. Pero, avaro y egoísta de la amistad y aprecio del General, hubiese querido tener el monopolio de estos sentimientos. Ahora bien, habiendo venido el doctor Zertucha a sustituir al doctor Hugo Roberts—a quien Maceo quería realmente mucho—, cerca de su persona, el General lo trataba con las consideraciones con que en todas partes se trata a un médico, máxime si ese médico es el encargado de velar por nuestra propia salud. Pero, a más de esto, como Zertucha era un hombre bien instruído y de amena conversación, el General gustaba de entretenerse en ocasiones con él. A Miró se le figuró ver en Zertucha un rival en el afecto y atenciones de Maceo, y de esta rivalidad conocida nacieron las murmuraciones y las maledicencias contra Zertucha en el Estado Mayor. Se decía que era un intrigante, pero yo no pude sorprender en él un acto de servilismo, que es la obligada iniciación de la intriga. Se le llamaba borracho, pero ¿cómo,

conocida la aversión de Maceo por la beodez, hubiera consentido éste un borracho en su mismo Cuartel General? Por otra parte, ¿dónde encontrar alcohol en nuestro campo? Se le tachaba de cobarde, y, sin embargo, yo no vi nunca en él un acto de cobardía. Su misión era la de curar los heridos, y esta misión la desempeñaba, al igual que los demás médicos de nuestro ejército, desafiando en muchas ocasiones el peligro de las balas y de las bayonetas enemigas como cualquier combatiente. Y testimonio irrecusable de lo que digo es el hecho sabido de todos, de que cuando el general Maceo cayó en San Pedro, Zertucha le reconoció inmediatamente la herida, lo que significa que estaba junto a él.

Innecesario es advertir que de aquellas cosas no llegó a enterarse nunca el General, quien les habría puesto coto sin tardanza, enemigo como era de chismes y enredos, sobre todo entre aquellos que le rodeábamos y constituíamos su familia en campaña. Maceo se mostraba equitativo y justo con todos, no haciendo más diferencias que aquellas que estaban en relación con la capacidad o la voluntad de servir de cada individuo.

Es cierto que a Pedro Díaz no le asistían las mismas razones que para aversar a Zertucha creía tener, aunque erróneamente, Miró; ni tampoco se le podía creer influenciado por éste en su condición de Jefe del Estado Mayor, por cuanto el general Díaz no formaba parte del Cuartel General de Maceo, siquiera lo visitara con relativa frecuencia. Su actitud, por lo que pude comprender más tarde, obedecía a que se encontraba en aquellos momentos imbuído y sugestionado por la idea de que habría de ser destinado a sustituir a Maceo en el mando del ejército de Pinar del Río; y con la ilusión de emular allí, y quizá en todas partes, sus hazañas inmortales, reclamaba para sí todo el respeto y el acatamiento que con su don de mando y su augusto carácter nos había inspirado aquel guerrero maravilloso; e impaciente por dar prueba de su severidad, la ensayaba con aquel *irrespetuoso* médico que osaba proferir palabras malsonantes en su presencia.

Sí, el general Pedro Díaz se consideró no tan sólo el sucesor incuestionable de Antonio Maceo en jerarquía y fun-

ciones militares, sino también en el renombre que ante el país y el mundo había éste conquistado. Soñaba quizá en rivalizar con él en gloria y ocupar junto a Máximo Gómez y Calixto García el puesto que su muerte había dejado vacante en la Magna Trilogía. La aspiración era laudable pero difícil, si no imposible de realizar para él y para el común de nuestros demás jefes, por muy meritorios que ellos fuesen, porque el genio no se improvisa y la gloria es una esquiva deidad que únicamente al genio otorga sus favores.

II

DEPRESION

A la mañana siguiente salimos en marcha. Yo no tomé apunte de los lugares que atravesábamos. Me encontraba en aquellos días aletargado, semi-inconsciente, y me movía como un autómata, sin poner atención en nada de cuanto me rodeaba. La muerte del General no era una imagen perenne en mi memoria, sino que acudía a mi mente como un súbito despertar, produciéndome el mismo estupor que si acabara de verla en aquel instante. En las noches, y durante mucho tiempo, soñaba con ella. Pero el General en mis sueños no moría nunca por las balas enemigas ni en combate, sino en medio de un cataclismo físico. La primera vez, en la noche del día siguiente a la acción de San Pedro, fué una montaña que desquiciada le cayó encima. Yo lo veía con los codos y las rodillas apoyados en el suelo, haciendo angustiosos esfuerzos por resistir al peso de un enorme bloque de piedra que gravitaba sobre sus espaldas. Pidiendo a gritos desesperado socorro, corrí en su auxilio. Mas nadie acudía y mi ayuda resultaba del todo ilusoria. El General fué cediendo a la incontrarrestable presión, hasta quedar al fin inmóvil bajo la inmensa mole.

En una de aquellas primeras marchas, habiéndome separado del grupo por unos momentos y penetrado en un maniguazo

al borde derecho del camino, oí a no mucha distancia y a mi frente una ruidosa vocinglería, en la que el nombre de Maceo llegaba hasta mí mezclado con vivas a España, a la Reina y a Weyler. Era indudable que allí se estaba celebrando la muerte de nuestro caudillo. Me desmonté del caballo y con cautela me fuí aproximando hasta una cerca de piedras que me quedaba a cuarenta o cincuenta metros, y di vista a una casa en la que al parecer acababa de acampar una columna enemiga de infantería y caballería, reconociendo yo entre los jinetes una multitud de guerrilleros. Al pensar que estos hijos espúreos de Cuba fraternizaban con los españoles en el regocijo de haber matado a un compatriota que tan denodada y gloriosamente había luchado por la emancipación y la dignidad nacional, y cuyo ejemplo bastaba hasta para redimirlos a ellos mismos de su ignominia, me sentí dominado por la ira y la indignación. De aquí a la casa—pensé—habrá una distancia de ciento cincuenta o ciento sesenta metros. Si hago fuego, como ellos están en montón, no dejaré de hacer blanco. Introduje un cartucho en la recámara de mi carabina, y ya estaba a punto de disparar cuando reflexioné que mis compañeros se hallaban cerca, que estaban en una proporción de uno por ocho o diez del enemigo, que no existían por allí montes ni otra clase de abrigos naturales y que en caso de ser descubiertos serían exterminados. Desistí de tirar y volví la espalda, sintiendo que lágrimas de impotente cólera me quemaban las mejillas. Cuando me reuní de nuevo con nuestro diminuto escuadrón aún se podía escuchar la soldadesca gritería.

En sucesivas jornadas visitamos los campamentos de los generales José María Aguirre, jefe de la división de La Habana, José Lacret Morlot, jefe de la división de Matanzas, y Juan Fernández Ruz, jefe de la brigada Sur de la última nombrada provincia.

El Cuartel General de Fernández Ruz era el más aparatoso del Ejército Libertador. El ceremonial era tan severo que se le hubiese podido confundir con el de una corte. Con el de un corte sin púrpura ni galas; con el de la corte extravagante y risible de un reyezuelo de las riberas del Congo, en

la que Agustín Cervantes, la mirada altiva, el bigote retador y los calzones rotos, hiciera de chambelán.

Una fuerte guardia formada en círculo rodeaba el cobertizo de pajas o el árbol donde, echado en su hamaca, impartía órdenes y daba audiencia el General. Para llegar hasta él era preciso hacer, por lo menos en forma verbal, una previa solicitud al comandante Agustín Cervantes, su jefe de Estado Mayor, quien, luego de examinar los fundamentos de la petición, informaba de los mismos al General.

A nuestra llegada Cervantes hizo abrir las filas de la guardia al paso de los generales Miró y Díaz, mandándolas a cerrar detrás de ellos y dejando a mis compañeros y a mí del lado de afuera. Ni en aquel momento ni en otro alguno de las pocas horas que allí permanecimos fuimos invitados a presentarnos ante el general Fernández Ruz. Quizá si Cervantes estimó que carecíamos de bastante personalidad para que se nos concediera tal honor. Y de la misma manera se condujeron los generales Miró y Díaz, prescindiendo de tan elemental regla de cortesía. Fué una fortuna para nosotros en aquellas circunstancias encontrar, entre las gentes desconocidas que nos rodeaban, un oficial atento y bondadoso de aquel Cuartel General, Gonzalo Goderich, quien nos obsequió con su amable compañía y hasta nos hizo participar de su comida de aquella tarde.

Creo que fué el mismo día que dejamos el Cuartel General del general Lacret, situado en Jicarita, que llegamos una tarde a una casa que se encontraba justamente a nuestro paso, después de atravesar una pequeña sabana. Dos mujeres, al parecer los únicos habitantes de la misma, corrieron hacia nosotros pálidas y temblorosas, a decirnos que había allí en aquellos momentos una numerosa guerrilla. Al preguntarles nosotros en qué sitio, nos contestaron:

—Aquí mismo, en el corral. Oiganlos, están cogiendo puercos.

Efectivamente, hasta nosotros comenzaron a llegar los gritos de los mencionados animales. Incapacitados como estábamos por la debilidad numérica para sostener un combate, retrocedimos pronto y fuimos por primera providencia a

ocultarnos detrás de un altozano de quince o veinte pies de altura y de muy cortas dimensiones que existía en la sabana, a doscientos metros y a la izquierda de la casa.

Al socaire de tan pequeña elevación de terreno, convencidos de que de ser descubiertos habríamos de ser aniquilados, permanecimos por espacio de más de una hora de mortales sobresaltos. Al fin la guerrilla enemiga dejó la casa y tomó un rumbo opuesto, abandonando nosotros también nuestro escondite. Como la guerrilla marchaba por el mismo camino que seguíamos nosotros, hubimos de inclinarnos a la izquierda para evitar un nuevo encuentro con ella más adelante, pero sin desviarnos de la dirección al levante.

III

INEXACTITUDES

1897. *Mes de enero*

SIN más contratiempos ni incidentes atravesamos parte del territorio de Las Villas y, al comenzar el mes de enero de 1897, llegamos al Cuartel General del Ejército, situado en el potrero Santa Teresa, en la jurisdicción de Sancti Spíritus. Aquí recibí mi ascenso a Teniente Coronel, firmado por el General en Jefe, Máximo Gómez, con fecha 3 del referido mes.

En la misma mañana del día de nuestra llegada a Santa Teresa el General en Jefe hizo formar todas las fuerzas francas de servicio en el campamento, y, en una vibrante arenga, luego de darles a conocer la muerte del Lugarteniente General del Ejército, encomió calurosamente la ejemplar conducta del general Pedro Díaz, quien, según dijo, con sólo treinta hombres había rescatado el cadáver del Héroe, de las manos de una fuerza enemiga muchas veces superior en número; y en premio a tan meritoria acción, dijo, lo ascendía a Mayor General y lo nombraba Jefe del Sexto Cuerpo.

Al escuchar aquella afirmación en labios del general Gómez, me quedé estupefacto. ¡Cómo, si no menos de una

hora antes de que fuese encontrado el cuerpo del general Maceo, había visto yo a Pedro Díaz fuera y en retirada del campo de San Pedro, al que no volvió después! Sentí impulsos de gritar que aquello era una infame mentira, que no había habido tal rescate ni por el general Díaz ni por nadie: el cadáver del General había quedado abandonado en el campo de batalla gracias, sin duda, a que los tres o cuatro soldados enemigos, que lo despojaron de sus prendas de vestir cuando ya la columna estaba en retirada, no lo reconocieron. Mas vacilé en hacerlo. Tuve miedo, miedo de un peligro que en aquel instante mi conciencia perturbada no podía definir. Mi estado de agitación debió de haber sido notado por mi amigo el capitán Augusto Feria, ayudante del General en Jefe, que se encontraba a mi lado, por cuanto me preguntó lo que me pasaba.

—Eso que ha dicho el general Gómez de rescate es una vituperable invención. Pedro Díaz lo ha engañado y se lo voy a decir en seguida—le contesté.

Feria me tomó de un brazo y me apartó de allí, exclamando:

—¡No, no hagas eso, que ello te puede acarrear muy graves consecuencias! Piensa que Pedro Díaz es general y tú no; y entre lo que afirme él y lo que niegues tú, el general Gómez le va a dar asenso a la afirmación de él. Por otra parte, el general Gómez les ha dado ya a las fuerzas como seguro el hecho del rescate y no va a consentir aparecer ante ellas como sorprendido y burlado. Fíjate, además, que el general Miró, jefe de Estado Mayor de Maceo, que se encontró en el combate de San Pedro y que está aquí presente, ha callado, y su silencio puede ser tomado como corroboración de lo dicho por Pedro Díaz. Y, por último, ¿no se te ocurre la idea de que todo esto haya sido hecho de acuerdo con el General en Jefe, con el propósito de fortalecer el ánimo del Ejército que, con la ilusión de que se libró una heroica acción por el rescate del cadáver de Maceo, sentirá aliviarse un tanto la pena de haber perdido uno de sus más valiosos jefes y, sin disputa, el más querido?

Este argumento final de mi amigo Feria me persuadió en parte. Porque si el convencionalismo que el mismo significaba pugnaba con mis sentimientos de veracidad, particularmente en este caso en que la farsa se urdía sobre el cadáver del Héroe, también se me hacía cuesta arriba creer que el general Gómez, que tan estricto era en otorgar grados y credenciales de valor, se mostrara tan pródigo esta vez en la concesión de unos y el reconocimiento de otras; que se dejara sorprender por una patraña fácil de comprobar, siquiera el autor de la misma fuera un general, hasta el extremo de proclamarlo en el acto como el protagonista de una extraordinaria y gloriosa proeza; él, que con frecuencia dudaba de la autenticidad de nombramientos militares expedidos por jefes divisionarios que operaban a distancia de su cuartel, declarándolos en ocasiones nulos, pese a que algunos de sus poseedores llevaban en sus carnes, como testimonio de su merecimiento y de su bravura, las marcas del hierro español.

Si tan siquiera, y aceptada su necesidad o conveniencia —pensaba yo—, se hiciera figurar en la invención del rescate a cualquiera de los jefes u oficiales subalternos de la brigada Sur de La Habana, que con tanta bravura se batieron en todo el tiempo que duró la acción, por ejemplo, al capitán Miguel Hernández que, al fin y al cabo, aunque sin lucha, fué quien encontró y recogió los cadáveres de Maceo y Panchito Gómez. Pero al general Pedro Díaz, que fué lo bastante torpe de oídos para no escuchar las voces de auxilio que se le dirigieron en el momento de ser derribado el General, ¡qué sarcasmo!

Al general Pedro Díaz se le hubiese podido excusar por el hecho de haberse prestado, como lo hizo también el general Miró, a la fábula del rescate, si, de acuerdo con el General en Jefe, creyeron que con ella se levantaba la moral del Ejército; pero no de aparecer él mismo como el héroe de tal hazaña y aceptar por ello un ascenso. Esto, en mi concepto, equivalía a explotar la muerte del gran guerrero, que había sido su jefe, su compañero y su amigo; a obtener provecho personal de un evento luctuoso y lamentado por todos los que ceñíamos las armas de la República, y quizá hasta qué punto fatal a la independencia patria.

IV

CAMAGÜEY

IBA yo, ayudante de campo de Maceo, todavía con el alma adolorida por su pérdida, a servir bajo las órdenes del general Pedro Díaz, sin estar obligado a ello por una disposición superior? No, de ninguna manera. El general Miró se disponía a marchar a Camagüey, donde residía su familia, y a esperar allí a que se le designara para un nuevo destino; y decidí seguir su suerte. Yo no dudaba de que a Miró se le diera un alto puesto en las armas generales del Ejército. Nadie con mayor aptitud ni más merecimientos que él—pensaba yo—, para mandar una división o cuando menos una brigada. El había estado al frente de un regimiento en los primeros días de la guerra, y después había hecho al lado de Maceo, como su jefe de Estado Mayor, la campaña de Invasión y la de Occidente, hasta el aciago día del 7 de diciembre de 1896.

Para acompañar al general Miró solicité la venia del General en Jefe, quien me la concedió. Al escuchar el general Pedro Díaz, que se encontraba allí presente, que me marchaba a Camagüey, vino hacia mí diciéndome:

—¿Cómo, compañero, usted no sabe que el general Maceo lo tenía destinado a mandar un regimiento a mis órdenes?

—Sí—le respondí—, pero rehuso a ello.

Ya en marcha con el general Miró le promoví conversación sobre la para mí sorprendente glorificación del general Pedro Díaz por la acción de San Pedro. Miró me dijo:

—Sí, el General en Jefe ha dispuesto que en San Pedro haya habido un rescate y un acto de heroísmo y ha escogido para esto al general Pedro Díaz, juzgándolo sin duda el más capaz de realizarlo; pero cállate esto, por lo menos mientras dure la guerra.

Callé, en efecto, pero la leyenda no conservó mucho tiempo su crédito. Un hombre de gran carácter, el general Silverio Sánchez Figueras, sostuvo la falsedad de la misma en presencia del propio General en Jefe.

Una vez en Camagüey, me encaminé al Cuartel General del Tercer Cuerpo de Ejército con el fin de presentar mi pase y renovarlo. Mandaba a la sazón dicho cuerpo el benemérito general Javier de la Vega y era su jefe de Estado Mayor el entonces comandante y después coronel José Miguel Tarafa, quien habría de ser más tarde y en las labores de la paz uno de los hombres más emprendedores y constructivos de la República. Luego me reuní de nuevo al general Miró, lo acompañé hasta el sitio donde se encontraba su familia y de allí marché a la finca Santa Rufina, enclavada en la Sierra de Najasa y propiedad del—como se decía entonces—ciudadano Domingo Cisneros, a cuya hospitalidad iba recomendado por el entonces teniente coronel y amigo mío, Antonio Colete. El ciudadano Cisneros, antiguo preboste de la guerra del 68, y su familia me acogieron con suma bondad, prodigándome los más esmerados y afectuosos cuidados. La familia de Cisneros se componía de su esposa, señora entrada en años como él, y de cuatro hijos, entre los cuales había tres muchachas y un jovenzuelo. Entre ellos y yo se estableció pronto una camaradería que se hubiese dicho databa desde la infancia. Con las muchachas me entretenía haciéndonos cuentos o jugando a las prendas, o de otra manera compatible con su recato; y con el muchacho en cazar, castrar colmenas y en coger puercos cimarrones que abundaban en la vecindad. Recuerdo esta anécdota: yo había llegado a la casa con los pantalones (los únicos que tenía) tan rotos de las rodillas abajo, que, para cubrirme las piernas, usaba a toda hora —desde que me levantaba por las mañanas hasta que me iba a acostar en la noche—unas altas polainas de tela, de manera de ocultar pudorosamente a la vista de las mujeres las carnes de mis entonces muy enflaquecidas pantorrillas. Parece que alguna vez el muchacho hubo de sorprenderme sin ellas y con las rodillas desnudas, y enteró de ello a sus hermanas, que comprendieron el secreto motivo de andar yo como si estuviera pronto a montar a caballo, a toda hora con las polainas puestas, aun dentro de la casa. Y una mañana, cuando me disponía a dejar mi habitación, no encontré aquellos aditamentos de mis vestiduras. Llamé al muchacho, pero estaba

ausente. Mientras tanto, las muchachas me daban prisa a tomar el desayuno.

—Es que no encuentro mis polainas—respondía yo.

—Pero, Piedra, salga sin ellas: no las necesita para sentarse a la mesa—argumentaban ellas.

—Es que estoy habituado a ellas—replicaba yo—, háganme el favor de buscarlas.

—No sabemos dónde están—afirmaban.

Al cabo no me quedó otro remedio que salir y dejar ver mis pantalones rotos y las canillas al aire. Una triple y sonora risotada resonó en el comedor al presentarme yo, al mismo tiempo que una de las muchachas me presentaba las polainas junto con un pantalón nuevo que el padre me había conseguido.

—Tenga—me dijo—, ya puede quitarse las polainas para dormir.

Con los abundantes y nutritivos alimentos de Santa Rufina, el descanso y las cariñosas atenciones de aquella amable y generosa familia Cisneros muy pronto recobré mi natural y juvenil vigor, perdido en parte por la gran cantidad de sangre que manara de mi cuerpo, en un tiempo demasiado breve para que se renovara de una a otra sangría, y por los largos días de hambre sufridos en la devastada provincia de Pinar del Río.

En los primeros días de marzo le hice una visita al general Miró. Este no había recibido aún ninguna oferta de empleo. Me pareció deprimido por la ociosa oscuridad en que se le dejaba. Lo vi taciturno, él que era de temperamento vivo y locuaz.

Me volví a Santa Rufina. Pocos días más tarde me trasladé a la tenencia de gobierno de la provincia, establecida en La Yaya, con el propósito de estar más al corriente de los movimientos que ocurrieran en el escalafón del Tercer Cuerpo de Ejército y solicitar con toda oportunidad cualquier plaza de mi jerarquía que vacara en sus regimientos. En La Yaya encontré varios jefes y oficiales alojados. Unos se encontraban, como yo, en situación de disponibilidad, otros descansando y otros de paso. Allí conocí a Carlos Maciá, a Eddy Machado, a Ramón Hernández, a Rafael Loriet, de

La Habana; a Octavio Lamar y a otros cuyos nombres no recuerdo. No obstante mis muchas gestiones para colocarme no podía lograrlo, y el tedio de aquella inactividad y holganza me consumía.

V

GARCIA

POR el mes de junio el general Calixto García, Lugarteniente General del Ejército en sustitución del general Antonio Maceo, hizo una breve estancia en territorio del Camagüey, acampando en un lugar llamado El Plátano, en la vecindad de La Yaya, y fuí a saludarlo y a conocerlo. Me presentó a aquel grande hombre el general Mario G. Menocal, su jefe de Estado Mayor por entonces, si bien recuerdo.

Aunque el general Calixto García contaba ya a la sazón cincuenta y siete o cincuenta y ocho años de edad, su estado fisiológico era excelente y nadie hubiese podido suponerle achaques propios de tan avanzada edad, sino que más bien se le creería gozando de un estado de cabal y plácida agerasia. Era de apuesta y marcial figura, alto y fuerte aún. Su fisonomía, de rasgos nórdicos (ninguno de sus caracteres físicos denotaba al hombre del Trópico), era inteligente y sumamente simpática. Su cabeza era cuadrada, robusta y hermosa, y la frente, en cuyo centro una bala disparada por sus propias manos dejara sus huellas indelebles como testimonio de honor militar, era tersa y espaciosa. Sus ojos eran de amplias órbitas y de pupilas azules y luminosas. Sobre su bien modelada boca, a la que servía de base un redondo mentón, crecía un espeso y bien cuidado bigote encanecido. Su tórax, en armonía con el resto del cuerpo, era vigoroso.

En su trato personal el general García era amable, atrayente en momentos de normal humor; pero, irritable por temperamento, era muy susceptible de trocarse en tempestuosa violencia cuando algo lo contrariaba. Entonces, su culto lenguaje y sus maneras distinguidas se descomponían hasta el

extremo de recurrir a palabras mal sonantes y a la vociferación.

Hijo de una familia económicamente bien acomodada de Holguín, Calixto García había recibido una mediana educación en su propia ciudad natal. La guerra del 68 lo encontró joven, de unos veintiocho o veintinueve años. Se incorporó de inmediato a las filas de los independientes, siendo uno de sus primeros hechos de armas la toma del pueblo de Jiguaní, donde últimamente había residido. Luego, con el general Donato Mármol, concurrió a la toma de Bayamo y al asedio de Santiago de Cuba. A mediados del año de 1869 era ya coronel y jefe de Estado Mayor del general Máximo Gómez, al lado del cual asistió a la acción de los Pinos de Baire y a una larga serie de combates más.

Destinado el general Gómez a hacerse cargo de las fuerzas de Santiago de Cuba a la muerte del general Donato Mármol, Calixto García, ya brigadier, toma el mando de las de Jiguaní y entra y saquea dicha población. Más tarde se pone al frente de las fuerzas de Oriente con motivo de la deposición del general Gómez, ataca a Manzanillo, a Guisa y a Holguín, y libra una serie de victoriosos combates, tales como Tasajera, Santa María de Ocujal, Melones y Chaparra. Después de seis años de constante guerrear, encontrándose el 5 de octubre de 1874 en San Antonio del Bagá, tan sólo con veinte hombres, es sorprendido y rodeado por una columna enemiga. Se defiende hasta que toda su gente es aniquilada y, viéndose en inminente peligro de ser hecho prisionro, y prefiriendo a ello la muerte, s dispara una bala de revólver que, penetrándole por debajo de la barba, le perforó la frente. Los españoles, no obstante, lo capturaron vivo y lo enviaron a España, donde permaneció encerrado en un castillo de Valencia, hasta la capitulación de El Zanjón. Puesto en libertad, viaja por Francia y luego viene a New York, desde donde organiza una nueva revolución—la Guerra Chiquita—, que fracasó a los pocos meses de iniciada. El general García se ve completamente solo y tiene que rendirse y volver otra vez a las prisiones de la Metrópoli. Libre por segunda vez, fija su residencia en Madrid y se gana el sustento de su numerosa familia

dando clases de idioma, primero, como empleado del Banco de Castilla después.

"La enfermedad moral—dice Enrique Collazo—acababa con sus fuerzas físicas, y la Revolución de 1895 lo encuentra casi moribundo, desahuciado por los médicos, convencidos de que aquella alma de héroe no podía vivir más. El olor de la pólvora, sin embargo, como si atravesara el Atlántico, llega hasta él y lo vuelve de nuevo a la vida y la esperanza. El enfermo mejora, los miembros recobran su perdida agilidad, el cadáver resucita."

De España y burlando la vigilancia de las autoridades el general García se trasladó a Francia, pasando de esta nación a New York, adonde llegó a fines de 1895 con el propósito de venir a Cuba a ocupar su puesto en la nueva contienda. Después de varios contratiempos: de una prisión más en New York y de un naufragio, arribó al fin a Cuba, desembarcando por la costa Norte, en Maraví (Baracoa), el 24 de marzo de 1896.

Dotado Calixto García de una clarísima inteligencia, había adquirido durante sus viajes y larga estancia en Europa vasta y profunda ilustración. La princesa doña Eulalia de Borbón, que lo conoció en Madrid, consigna en sus memorias que era uno de los hombres más cultos y distinguidos que había tratado.

El general García me acogió en El Plátano con bondad, más que por mí mismo, de seguro, por deferencia al general Menocal, que me introducía a su conocimiento. En el curso de nuestra breve conversación se interesó por saber cuál había sido la vía escogida por el general Antonio Maceo para atravesar la línea militar española de Mariel-Majana. Fiel yo a la consigna recibida a tal respecto, le dije que había pasado por los terrenos del ingenio Cañas. El entonces replicó, con acento de duda, que los hermanos Aguilera le habían informado que el cruce se había efectuado por mar. A esto argumenté yo que los hermanos Aguilera habían dejado la provincia de Pinar del Río antes que lo hiciéramos el general Maceo y sus acompañantes.

Si el general García me hubiese hecho aquella pregunta

estando él y yo solos, yo no hubiese vacilado en ser veraz; pero pensé que era una imprudencia revelarle, delante de otras personas, lo que consideraba que aún debía permanecer en secreto.

Varios días después de esta entrevista, comenzó a circular en Camagüey el rumor de que el general Calixto García se proponía asediar y atacar la ciudad de Tunas de Bayamo, o Victoria de las Tunas, que era como la llamaban los españoles desde que durante la guerra del 68 habían resistido en ella un ataque de las fuerzas separatistas; y, deseoso como me encontraba de volver al servicio activo de las armas, concebí en el acto la idea de ir al Cuartel General de dicho jefe, en Oriente, a solicitar una plaza para tomar parte en la anunciada operación. El general García, a quien hube de hablar de las noticias circulantes en Camagüey, les negó fundamento, diciéndome:

—Yo no sitio ciudades, las tomo si puedo. La nube se está formando, pero no sé todavía dónde habrá de descargar.

En cuanto a mi petición de un puesto activo, el General me dió la callada por respuesta, por lo que hube de volverme a La Yaya. De este lugar me trasladé algunos días más tarde a los Chincheros. Aquí estaba por entonces la residencia del Gobierno, ante el cual me proponía hacer gestiones para que se me colocara. Como todos los regimientos del tercer cuerpo tenían su plana mayor completa, le propuse al Secretario de la Guerra, general José B. Alemán, la creación de una columna volante de cien hombres a mis órdenes, con la cual me comprometía a hostilizar toda fuerza española que saliera de la ciudad de Puerto Príncipe. Al general Alemán no pareció desdeñable el proyecto, pero hubo de tropezar para su realización con la resistencia del jefe del Tercer Cuerpo, que era el llamado a dar dicho contingente, sacándolo de los regimientos.

En los Chincheros permanecí una larga temporada alojado en la prefectura de la demarcación, desempeñada entonces por el ciudadano Antonio de Varona, que tenía con él a su familia, compuesta de su esposa, tres hijas, una de ellas ya señorita, y un hijo como de dieciséis años. Era ésta una familia

distinguida de Puerto Príncipe que, como tantas otras de la misma ciudad, había dejado las comodidades de un hogar estable y organizado para afrontar, siguiendo al marido o al padre, los azares y peligros, las privaciones de alimentos y a veces la desnudez, o por lo menos los harapos de la vida en la manigua. De aquella culta, fina y buena familia Varona recibí atenciones que nunca se han borrado de mi memoria. Antes había pasado algunos días en un lugar cuyo nombre no recuerdo, en la casa de los esposos Riberón-Guerra, él llamado Alberto y ella América; personas éstas en extremo bondadosas, que me trataron como a uno de sus familiares. El apellido Guerra era en Camagüey sinónimo de patriotismo, acreditado por los hombres en el combate y por las mujeres en la abnegación con que soportaban las inenarrables penalidades de la vida en la manigua. Además de la señora de Riberón, conocí dos bellas señoritas, sus hermanas o primas—a quienes llamábamos "las Guerritas"—, que, antes de dejar la ciudad, habían servido en ella de comunicantes auxiliares y eran tan resueltas que no vacilaban en exponer su libertad, y tal vez la vida misma, comprando balas para la Insurrección, o robándolas, si llegaba el caso, a los soldados españoles.

VI

TORMENTA

ESTABAMOS ya en el mes de agosto y los rumores sobre un próximo ataque a las Tunas por el general García se acentuaban más y más. Por instantes sentía los impulsos de volver a su Cuartel General a reiterar mi solicitud de incorporarme para participar en la operación, pero la actitud de fría reserva adoptada conmigo la primera vez, por el mencionado jefe, me hacía vacilar.

En aquella perplejidad me hallaba cuando inesperadamente se me ofreció la oportunidad de volver a acercarme al general García, con el pretexto de una comisión del servicio, que con-

sistía en entregarle al General un oficio del Gobierno. Esta función de mensajero oficial me fué propuesta por un miembro del Poder Ejecutivo, si mal no recuerdo, el Secretario y amigo mío, doctor José Clemente Vivanco. Yo la acepté en el acto sin titubear. ¡Cuán ajeno estaba de figurarme que el mensaje contenido en aquel pliego cerrado habría de provocar una tempestad de ira en el excitable temperamento del general García! A éste se le pedía, por medio de tal escrito, mil hombres de las fuerzas de Oriente, para una expedición a la isla de Puerto Rico, a la que se pretendía llevar la guerra de separación. El alistamiento de dichos mil hombres habría de ser voluntario y sin armas. Estas se les darían más tarde, en un lugar de la costa de los Estados Unidos. El plan de invadir a Puerto Rico, según lo que de él llegó a mi conocimiento, lo había concebido el general Lacret, que a su ejecución había asociado otros jefes militares de elevada jerarquía, y obtenido el apoyo de ciertos miembros influyentes del Poder Ejecutivo.

Encontré al general García en la tarde del 25 de agosto en Curana, ultimando los detalles para el asalto a Tunas. Apenas concluyó de leer las instrucciones gubernamentales trasmitidas por medio del referido oficio, montó en terrible cólera. Maldijo con ruidoso y airado acento de la pretendida invasión a Puerto Rico, empresa que calificó de disparate y cuyo seguro desastre costaría miles de vidas cubanas y nos cubriría de ridículo, y censuró con vehemencia y duro lenguaje al gobierno que con tanta ligereza e impremeditación la había aprobado. El General estuvo lanzando a gritos aquellas acres expresiones durante quince o veinte minutos. De pie, frente a él y muy cerca, yo me sentía confundido por el bramador torrente de su irritada voz. Veía cómo las gentes se iban aglomerando curiosas a nuestro alrededor, y la idea de que las que se hallaban situadas a mayor distancia, no percibiendo claramente las palabras del General, creyeran que eran dirigidas a mí, me avergonzaba. Por fin, de aquella situación harto embarazosa vino a sacarme piadoso un oficial, el capitán Miguel Angel Duque Estrada, quien, tomándome por un brazo, me introdujo en su tienda. Todavía la tormenta siguió

rugiendo fuera por un buen rato. A la mañana del siguiente día, no pudiendo resolverme a solicitar nuevamente del general García, por mí mismo, un puesto en la operación, por temor a una áspera negativa, le rogué al general Enrique Collazo que me hiciera él la gestión. Collazo me respondió:

—No seas tonto, ¿por qué te vas a exponer a que te den un balazo, en lo que no es de tu obligación?

La casualidad hizo que en aquellos instantes se acercara a hablar con el general Collazo el teniente coronel Carlos García Vélez, a quien fuí presentado. La cordialidad con que Carlos García Vélez me estrechó la mano, y su franca y leal fisonomía me animaron a comunicarle mis deseos y el temor que me hacía vacilar en dirigirme al general García. El se me brindó a hacerlo, y llevándome a presencia de su padre y jefe le habló con interés a mi favor. El General accedió a ello y me ordenó ponerme a disposición del brigadier Mario G. Menocal. Como éste se encontraba presente me quedé allí mismo. Poco rato después el general García volvió a preguntarme sobre el paso de la Trocha Mariel-Majana por Maceo, y le repetí lo que le dijera la primera vez. El General, exteriorizando su incredulidad respecto a mi afirmación, insistió en argumentar que otras personas le habían informado de distinto modo. De esta controversia se originó una discusión referente a un tema para mí en extremo delicado. Tenía yo la razón y me faltaron la maleabilidad y el convencionalismo necesarios para renunciarla. Además, el General, que de seguro, por haber sido yo el portador de aquel para mí malhadado pliego, me creía conectado con el plan de la invasión de Puerto Rico, me dijo en forma interrogativa:

—Yo supongo que usted no es de los que van a Puerto Rico.

Y como ya el mal espíritu de contradecirle se había apoderado de mí, le contesté:

—Se equivoca usted, General, voy a tomar parte en la expedición.

El General exclamó entonces:

—Para mí los que van a Puerto Rico son unos aventureros.

—No lo considero yo así: creo que tal operación es una medida de gran conveniencia militar y política para la Revolución.

—¿Va usted a discutirme esas cosas a mí?

—No se las discuto, General, pero expreso mi opinión.

El guardó silencio un instante, y luego volvió a exclamar:

—¿Por qué no van a Pinar del Río? Allí hace falta gente que pelee.

—De allá vengo yo, General, con el cuerpo acribillado a balazos.

El general García se encolerizó aún más y quedó animado contra mí.

VII

ORIENTE

ASALTO Y TOMA DE LAS TUNAS

Mes de agosto

EL total de las fuerzas que el general Calixto García había podido reunir en Curana, para tomar la plaza de Victoria de las Tunas, ascendía solamente a poco más de mil doscientos hombres de infantería, caballería y artillería, pertenecientes a los cuerpos Primero y Segundo, de Oriente, y Tercero, de Camagüey. La primera de dichas armas comprendía muy poco más de setecientos infantes, la segunda unos quinientos y la tercera cinco piezas de distintos sistemas y calibres con sus respectivas dotaciones de sirvientes. En la suma de estos contingentes estaban incluídos los jefes y oficiales que los comandaban. En los del Primer Cuerpo figuraban elementos de los regimientos Maisí, Cuba, Guantánamo y Tacajó, mandados los primeros por el teniente coronel Adriano Galano, los segundos por el teniente Coronel Francisco de Paula Valiente, los terceros por el coronel Pérez y el comandante Nicolás Jané, y los últimos por el coronel Armando de Feria, unos trescientos hombres. El Segundo Cuerpo estaba representado por la tercera división, en la que figuraba la brigada de Tunas, con los regimientos Vega y

Vicente García. La división estaba accidentalmente a las órdenes del brigadier Mario Menocal, la brigada de Tunas a las órdenes, también accidentalmente, del teniente coronel Carlos García Vélez, y los regimientos Vega y Vicente García al mando de Calixto Enamorado y Angel de la Guardia. Como ayudante del regimiento Vega figuraba el capitán Horacio Ferrer, entonces estudiante de medicina, y más tarde eminente oftalmólogo de reputación mundial y orgullo y gloria de Cuba. También figuraban en el segundo cuerpo fuerzas montadas de Tunas, y de la brigada occidental de Holguín, al mando del brigadier Joaquín Planas y el teniente coronel Pablo Menocal. El Tercer Cuerpo estaba representado por unos doscientos jinetes al mando del jefe del mismo, general Javier Vega.

El cuerpo de Sanidad Militar tenía allí su representación en el personal siguiente: coronel doctor Porfirio Valiente, primer médico del Cuartel General del departamento, junto al general García; coronel doctor Nicolás Ferrer, jefe de sanidad del Segundo Cuerpo, en el Cuartel General del mismo; el teniente coronel doctor Faustino Sirvén, jefe de sanidad de la tercera división, y el segundo médico del Cuartel General del departamento, comandante doctor Enrique Núñez, hechos cargo del hospital de sangre establecido a media legua de la zona polémica; el comandante doctor Rodolfo Socarrás, jefe de Sanidad de la brigada de Tunas a las órdenes del brigadier Menocal, con las fuerzas de vanguardia; y el coronel doctor Eugenio Molinet y el comandante doctor Clark, con el Tercer Cuerpo.

En Curana se encontraban además otros oficiales generales, tales como Enrique Collazo, Miguel Betancourt, y Salcedo, y entre otros jefes el teniente coronel Rafael Montalvo, que durante la operación mandó la escolta de a pie del general Calixto García; el teniente coronel Armando de La Riva, que estuvo a cargo de una de las trincheras; el teniente coronel Gonzalo Capote; los comandantes Miguel Coyula, Teniente Gobernador de la provincia Oriental, que fué valiosísimo auxiliar del Gral. García en los preparativos de la operación, Miguel Angel Duque Estrada y Armando Prats-Lerma; Al-

fredo Arango y Nicolás de Cárdenas, ayudantes del general García, el doctor Eusebio Hernández, el abogado Aurelio Hevia y otros más cuyos nombres y situación quisiera recordar.

Todas las fuerzas montadas fueron enviadas previamente a cubrir los lugares vecinos, por donde se suponía que pudieran llegar refuerzos a la guarnición de la plaza: las de Tunas, sobre Puerto Padre y Maniabón; las de la brigada occidental de Holguín, a guardar el camino que viene de dicha localidad, mandadas por el brigadier Planas y teniendo al teniente coronel Pablo Menocal sobre San Andrés; y las del Tercer Cuerpo, a las órdenes de su propio jefe, a vigilar los aledaños de la ciudad al Norte y al Oeste. Descontadas estas fuerzas de caballería, quedaban prácticamente disponibles para el asalto los setecientos hombres de infantería.

La ciudad de Victoria de las Tunas se levanta en medio de una extensa llanura, en la que, apenas interrumpiendo el uniforme nivel del suelo, emergen en la lejanía algunas insignificantes alturas, tales como las Lomas de Rompe, Cerro de Caisinú, Cerro Ajenjibre, Loma Quemada y Cerro Dumañuecos, y las del Mercader y de Mongo en las cercanías. A mayor proximidad y dentro de lo que puede llamarse el perímetro exterior de la población, rodeándola del Noroeste al Suroeste en forma de anfiteatro, existen otras tres de mucho menor altura que son: la del Peralejo, al S.E. de la población, hacia los caminos de Holguín y de Bayamo; la de Piedras, también al S.E., y la del Cura, al O. del camino de Bayamo y como a cuatrocientos o cuatrocientos cincuenta metros de las primeras casas del pueblo.

Los campos circundantes ofrecían en aquella época un aspecto árido. Tierras dedicadas antes de la guerra a la crianza de ganados y ahora desiertas, y desprovistas de vegetación, apenas si el follaje de un árbol ponía de trecho en trecho una pincelada de grato verdor en la vasta y amarillenta monocromía de los pastos resecados.

La ciudad está ceñida del N.E. al S.O. por un arroyo, el "Ahoga Pollos", que corre lamiendo los cimientos de los edificios más avanzados en aquella dirección. Para facilitar

el acceso al pueblo por la calle llamada en aquella época "Lope de Vega" se había construído sobre su lecho un terraplén, de suerte que su cauce fué dividido en dos e interrumpida su corriente: a la derecha las aguas estancadas habían formado un lodazal de imposible tránsito, y a la izquierda era sólo un regato más o menos fertilizador de las hierbas entre las cuales casi desaparecía.

La plaza estaba poderosamente protegida en relación con nuestros medios ofensivos. Contaba en su perímetro con un sistema de fortificación que comprendía 19 obras, algunas de las que se podían clasificar de permanentes, y cuyas denominaciones y situaciones eran las que siguen: *Cuartel de Infantería,* maciza construcción de mampostería con veintiocho gruesas columnas al frente y con capacidad para una guarnición de mil hombres. Estaba situado al Oeste de la población, a la salida del camino para Camagüey. Su frente daba a un solar de la calle Campoamor, y su fondo a la calle de Moratín. *Cuartel de Artillería*—también llamado Principal, del Telégrafo o de los Voluntarios—, al extremo opuesto de la calle de Campoamor, haciendo esquina a la de Murillo, con frente también a la calle de Magallanes. Este cuartel cruzaba sus fuegos con los del Hospital Militar que estaba fortificado. *Cuartel de Caballería,* era también de sólida construcción de mampostería y se hallaba situado al Sur de la población, al final de la calle Lope de Vega y salida para Bayamo. Lo rodeaban por su izquierda y fondo un foso, una trinchera de tierra y una recia alambrada de púas. Tenía tambores en las esquinas que daban a la ciudad, y era inaccesible por su derecha a causa del lodazal del arroyo Ahoga Pollos, a menos que no fuera por el estrecho terraplén ya mencionado. *Fuerte Aragón,* estaba situado a la derecha del Cuartel de Caballería. *Fuerte Concepción,* a la izquierda del Cuartel de Caballería. Estas tres fortalezas cruzaban sus fuegos entre sí. *Fuerte Victoria,* estaba a la salida de la calle Moratín, al Noreste, daba también vista a la calle Magallanes y se podía comunicar con el Cuartel de Artillería. *Fuerte Provisional,* al Oeste, donde finalizaba la calle de León X. *Fuerte Bailén,* al Norte, en la calle de

Lope de Vega. *Fuerte número 10,* también al Norte. *Fuerte número 11,* al Este. Existía un fortín en la calle Pelayo, entre O'Donell y Méndez Núñez; una batería en la calle de O'Donell, cerca del No. 10; la Factoría en estado de defensa, en la calle de Isabel la Católica, con trincheras en la calle; y el Cementerio, también fortificado. Además, los edificios de la población eran en general de ladrillos y algunos de ellos fueron aspillerados y guarnecidos.

La plaza contaba con una guarnición integrada por quinientos soldados de línea y sobre doscientos irregulares: guerrilleros, voluntarios y paisanos armados, y dos cañones Krupp. Su comandante de armas era el comandante José Civera, y el jefe de las fuerzas el comandante Jacobo Mena.

En la mañana del 27 levantamos el campo de Curana y, tras un breve alto, a unos dos kilómetros de la ciudad, marchamos al oscurecer del mismo día a ocupar las posiciones previamente designadas, que fueron: el brigadier Mario Menocal, con fuerzas de su división, en la Loma del Cura. En esta división figuraban, como ya se ha dicho, la brigada de Tunas mandada por el teniente coronel Carlos García Vélez, con los regimientos Vega y Vicente García, a cuyo frente se encontraban Calixto Enamorado y Angel de la Guardia, respectivamente. También fueron situadas allí fuerzas de Cuba, al mando de Francisco de Paula Valiente; los generales Rabí y Capote en la Loma de Piedras, y el Cuartel General del departamento, o sea el general García, en la Loma del Peralejo, un tanto más al Sur.

Durante la misma noche del 27 al 28 se levantaron trincheras en las mencionadas alturas, y también en el espacio comprendido entre la Loma del Cura y la del Peralejo, que ocupó el coronel Armando de Feria con el regimiento Tacajó. Una parte de la obra material de la trinchera de la Loma del Cura se hizo bajo mi dirección, por orden que para ello me diera el brigadier Menocal luego de haberla trazado él como ingeniero.

De las cinco piezas de artillería con que contábamos, tres fueron emplazados en la Loma del Cura para batir en primer término el Cuartel de Caballería, considerado por nuestro

alto mando como llave de la plaza. Fueron estas tres piezas: un Hotchkiss de doce libras, manejado en persona por el comandante Funston, teniendo como ayudante y posible sustituto al capitán Chaplaux; otro de dos libras llamado *Cayo Hueso*, no recuerdo de qué sistema, manejado por el oficial Guillermo Petriccione; y uno, dicho de dinamita, manejado por el teniente Juan Miguel Portuondo, auxiliado por los de igual graduación José Martí y Francisco Sedano.

El cañón de "dinamita" era todavía una incógnita para los soldados de Oriente, que estaba encargado de despejar un joven, casi un niño, Juan Miguel Portuondo, que jamás había hecho estudios de artillería; pero que se dió pronto cuenta del mecanismo de su arma y demsotró una maravillosa intuición de las leyes de la balística. Se trataba de una pieza igual a la que trajo a Pinar del Río el general Ríus Rivera en septiembre del año próximo anterior, o sea un Simmis-Dudley. Este cañón hacía en Cuba su primera aparición en los campos de batalla, y también la última, según mis noticias, debido sin duda a serias deficiencias. Sin embargo, nuestro novel artillero hizo prodigios con él en aquella ocasión.

El Simmis-Dudley es un cañón de muy poco alcance (unos mil quinientos metros) y carece de precisión, a causa de la irregularidad en las presiones y de la imperfección del medio empleado para darle al proyectil el movimiento de rotación. Funciona por la acción del aire comprimido, auxiliado por una carga de pólvora sin humo. Consta de tres tubos paralelos situados en el mismo plano: el del centro, de 63.5 mm. de calibre y de 3.05 de longitud, está destinado a recibir el proyectil y lleva un cierre ordinario de tornillo; de los dos laterales, el de la derecha, provisto también de un cierre análogo, sirve para la carga de pólvora. Este tubo está en comunicación por delante con el otro, que a su vez comunica con la recámara. Cuando se le da fuego a la pólvora, lo que se hace por medio de un aparato de percusión, los gases, comprimiendo el aire encerrado en el tubo de la derecha—al que trasmiten su elevada temperatura—, que tiende a dilatarse, aumentan su fuerza elástica hasta invadir el tubo de la izquierda, y de ahí pasando al tubo central y obrando sobre el

culote del proyectil, lo lanza al espacio. El proyectil es un tubo de latón en forma de torpedo, cerrado por delante con una ojiva espoleta y por detrás con un casquete esférico de aluminio, del que sale una rabiza de hierro, a la que va unida una hélice de seis paletas cuyo objeto es darle al proyectil el movimiento de rotación que no puede imprimirle el cañón por no estar rayado. Su interior está lleno de una gelatina explosiva, en cuyo centro va una pequeña carga de algodón pólvora que está en contacto con el detonador del fulminante, que es de mercurio, unido a la espoleta. El cartucho compresor es de ignición central y lleva una carga de cordita. La marcha del proyectil, tal vez no más rápida que la del boomerang, es perfectamente visible en el aire.

Los generales Rabí y Capote se situaron en la trinchera de la Loma de Piedra, con fuerzas de Cuba y Jiguaní, y en la del Peralejo tomó posición en el curso de la acción el teniente coronel Armando de J. Riva, con fuerzas de Holguín Oriental, parte de la escolta del Cuartel General del departamento y algunos hombres de Camagüey. En estas trincheras estaban emplazados otro cañón Hotchkiss de doce libras y uno más pequeño, que nombrábamos "Holguín". La trinchera construída entre la Loma del Cura y la del Peralejo fué ocupada por fuerzas del regimiento *Tacajó* a las órdenes de su jefe, coronel Armando de Feria.

Por la situación de la Loma del Cura, la batería de tres piezas en ella emplazada podía batir el Cuartel de Caballería que le quedaba al frente y el fuerte Aragón que tenía a la derecha.

Distribuídas de esta manera nuestras tropas, el teniente coronel Calixto Enamorado, obedeciendo órdenes del brigadier Menocal, fué a apostarse como a las diez de la noche del 27 en las márgenes del arroyo Ahoga Pollos, a unos cien metros del Cuartel de Caballería, con los regimientos Vega y Maisí, a fin de servir de vanguardia al iniciarse el asalto.

Amanecía el 28 de agosto. Ya las rosadas luminosidades de la aurora titilaban entre las oscuras sombras de la noche. Sobre la Loma del Cura se elevaron dulcemente desperece-

doras las notas de la diana de "Agramonte", preludio en aquella ocasión de combate y de victoria.

Allá abajo, la plaza española, envuelta todavía en el velo crepuscular, era una masa informe y confusa. Todo en ella parecía silencio y quietud. Diríase que sus defensores, atenidos a sus muros y fortalezas, la considerasen inexpugnable a las acometidas de un enemigo que hasta entonces sabían falto del armamento adecuado para darle cima a la empresa de rendir una ciudad fortificada y artillada, con una guarnición numerosa dispuesta a combatir.

Aún vibraba en el reposado ambiente mañanero la alegre música de aquella clarinada, cuando, como una nota discordante incorporada a la gama de sus sonidos, se elevó atronadora la voz de nuestros cañones, sorprendiendo en su vanidosa confianza a las tropas enemigas guardadoras de la ciudad, y llevando el sobresalto y el pavor a los pacíficos hogares de la misma.

Abrió el fuego Juan Miguel Portuondo con su Simmis-Dudley, enviando el primer bote de explosivo al Cuartel de Caballería: los dos primeros disparos quedaron cortos, cayendo los proyectiles entre el arroyo Ahoga Pollos y el Cuartel. Los que siguieron dieron todos en el objetivo, con efectos demoledores. Las cuatro piezas restantes: el Hotchkiss y el *Cayo Hueso* de la Loma del Cura y el Hotchkiss y el *Holguín* de la Loma del Peralejo entraron de inmediato en función, secundados por nuestra infantería. Pocos minutos después contestó la plaza, entablándose un duelo ininterrumpido de artillería y fusilería entre ambos bandos. Los proyectiles de los cañones Krupp de los españoles pegaban con frecuencia en nuestra trinchera de la Loma del Cura, arrancando leños y piedras. Uno de estos fragmentos le pegó un fuerte golpe al comandante Funston, lanzándolo al suelo. Me encontraba próximo a él y lo levanté: estaba ileso, y un par de minutos después volvía a hacerse cargo de su cañón.

Vano había sido hasta entonces el empeño de localizar las piezas españolas. El brigadier Menocal me confió esta misión y no tardé en descubrir su emplazamiento sobre la

azotea de un edificio. Pronto quedó inutilizada por las bombas del Simmis-Dudley. Entonces situaron la otra en un ángulo del Cuartel de Caballería, en la calle de Lope de Vega; pero su dotación fué muy pronto aniquilada por nuestros disparos y quedó también en silencio.

Poco más de dos horas después de haber comenzado el ataque el fuerte Aragón estaba convertido en ruinas, aunque en ellas se mantenía aún su guarnición. El general Menocal ordenó al teniente coronel Angel de la Guardia que lo ocupara con sus fuerzas—regimiento Vicente García. Guardia se lanzó al asalto, con el denuedo en él acostumbrado, y desalojó al enemigo de aquellas humeantes ruinas, parapetándose en ellas.

Entre once y media y doce, el general Menocal envió orden al teniente coronel Calixto Enamorado de que con su regimiento Vega, y con el Maisí mandado por Adriano Galano, avanzara sobre el Cuartel de Caballería, y minutos después se vió a estas fuerzas alzarse del lecho de la cañada, desplegarse en guerrilla y marchar sobre el flanco izquierdo de dicha fortaleza. El fuego de su guarnición era nutrido e incesante, y por momentos más mortífero para los nuestros a medida que se aproximaban. Pero nadie se rezagaba, sino que todos a la vez iban hacia adelante, al ejemplo de sus dos bravos jefes. Sin embargo, la empresa resultaba casi suicida, por lo que el general Menocal dispuso que el teniente coronel Carlos García Vélez con el resto de la brigada de Tunas fuera en su apoyo. Este descendió de la Loma del Cura, atravesó impávidamente la cañada bajo una copiosa lluvia de proyectiles enemigos y atacó el Cuartel por el flanco derecho. En esta situación, el general Menocal pide al general Rabí que refuerce la mencionada posición, y él, con su pequeña escolta, única gente que le queda, acude también en auxilio de los que ya están sobre la fortaleza, con lo que el asalto se hace general.

El fuego no ha cesado un instante. El sólido edificio del Cuartel, aunque ha sufrido muy serios desperfectos por el constante y certero martilleo de nuestros cañones, ofrece aún muy buenos parapetos a sus defensores: en particular la

trinchera de tierra y la alambrada de púas, que con el foso lo protegen por la parte del campo, no han experimentado ningún deterioro.

El general Menocal es herido estando ya en la orilla opuesta de la cañada, y asume el mando directo de las tropas asaltantes el teniente coronel Carlos García Vélez. Yo me quedo con éste.

Seguimos avanzando bajo la tempestad de plomo enemigo y sintiendo cruzar sobre nosotros en rápida sucesión, y con siniestras vibraciones, los grandes proyectiles de nuestra propia artillería. Algunos van tan bajos, que instintivamente inclinamos la cabeza. Los del Simmis-Dudley, al explotar, producen un ruido formidable, hacen saltar fragmentos de paredes y levantan de la argamasa nubes de polvo cegador.

Nuestras filas se van clareando, pero el que no cae sigue adelante. La línea es siempre recta. Si algún pecho sobresale, es el del teniente coronel Carlos García. Así recorremos los cuatrocientos cincuenta metros que hay desde la Loma del Cura al Cuartel de Caballería. Ya estamos junto al vallado de alambres, junto al foso, a quince pasos de la trinchera, a pecho descubierto. El enemigo nos tira a quema ropa, nos fusila desde sus abrigos. Carlos García está hermoso de cólera combativa.

—¡Adelante!—grita.

Y él solo quisiera barrer aquellos obstáculos con sus anchos hombros. ¿Pero cómo romper aquella tupida malla de alambres y salvar el foso, con las bayonetas españolas rozándonos el vientre? El momento era supremo, decisivo. En tales circunstancias, el teniente coronel García Vélez me pregunta si creo factible envolver el Cuartel por la derecha, o sea por el estrecho pasadizo que daba acceso a la ciudad por la calle de Lope de Vega, y, habiéndole yo respondido que sí, ordena al comandante Nicolás Jané, que con sus fuerzas, unos veinte y tantos hombres, se ponga a mi disposición para ejecutar aquel movimiento. A toda carrera escalamos el terraplén que servía de puente al arroyo Ahoga Pollos, penetramos en la calle de Lope de Vega, desbordamos el Cuartel cruzando a ocho pasos del tambor que

tenía en la esquina, tomamos a la izquierda, y, con sólo tres heridos, que pudieron seguirnos, nos presentamos por su lado opuesto, o sea por su entrada principal. En este instante los españoles lo evacuan con celeridad; y al mismo tiempo que nosotros penetramos en su recinto, lo hace el resto de nuestras tropas por el frente del campo. El teniente coronel Carlos García Vélez, al encontrarse conmigo, exclamó:

—¡A usted se debe la toma del Cuartel!

En seguida se trajo de la Loma del Cura el Simmis-Dudley y se comenzó a batir con él el Cuartel de Infantería. Juan Miguel Portuondo continuaba haciendo unos blancos prodigiosos. Le señalé una garita en la azotea, donde había visto entrar corriendo un grupo de españoles, y de un solo disparo la derribó.

El enemigo había abandonado una buena cantidad de comestibles en el Cuartel y, hambrientos como estábamos, caímos todos con avidez sobre ellos. Todos, menos yo. El teniente coronel García me ordenó que atendiera a la defensa del Cuartel, lo que hice con presteza, guarneciendo los tambores y colocando vigías en todas las puertas y ventanas que daban a la población. Todo el resto de aquel día y una gran parte de su noche los pasé recorriendo el recinto y velando por su seguridad. No me había alimentado desde la víspera, y me hallaba materialmente extenuado. Como a la una de la madrugada el teniente coronel García Vélez, habiéndose dado cuenta de mi estado de postración, me dijo que descansara, y él en persona me relevó en aquella función.

Asegurada la defensa de la recientemente conquistada fortaleza, el teniente coronel García Vélez dispuso que las restantes tropas de la brigada de Tunas avanzaran hacia el interior de la plaza. Según los nuestros adelantaban terreno, abriendo zanjas y levantando trincheras, los españoles iban replegándose a otros fuertes, tales como el Cuartel de Infantería, el de Artillería, el Hospital Militar y aun a la Iglesia, convertida en fortín.

Mientras en el ataque al Cuartel de Caballería se lograba tan completo y brillante resultado, en los demás sectores polémicos se obtenían otros no menos ventajosos: el fuerte

Concepción había caído en nuestro poder durante las últimas horas de la tarde; el fuego de artillería y fusilería de la trinchera del Peralejo, a cargo del teniente coronel Armando de la Riva, no se había apagado un solo instante; el teniente coronel Angel de la Guardia se sostenía en las ruinas del fuerte Aragón, pese a las recias acometidas del enemigo por desalojarlo. Toda la parte Sur y Sureste de la ciudad estaba en nuestro poder, e interrumpidas las comunicaciones entre el Cuartel de Infantería, el Hospital Militar y el Fuerte Telégrafos. El general Capote con fuerzas de Guantánamo y el teniente coronel Rafael Montalvo con la escolta del Cuartel General del departamento avanzaban horadando las paredes de los edificios, batiéndose en las bocacalles y rechazando a los soldados enemigos, y hostilizando sus fuertes y atrincheramientos. Desde la Loma del Cura el general Rabí seguía, con los cañones a la mano, protegiendo nuestra penetración. El coronel Armando de Feria, jefe del regimiento Tacajó, dejando algunas gentes en la trinchera levantada entre la Loma del Cura y la de Peralejo, también había avanzado por dentro de la población.

Durante la noche cesó el fuego de nuestros cañones, por orden del general García. La visibilidad era muy poca y el aludido jefe trataba de evitar bajas entre la población no combatiente. Con este motivo el Simmis-Dudley fué retirado a la posición de la Loma del Cura, donde ahora se encontraba el Cuartel General del departamento.

Amaneció el 29. Allá en la Loma del Cura sonó otra vez la diana de *Agramonte*. ¿Cuántos de aquellos que la habían escuchado ayer, no la escuchaban ya hoy? ¿Cuántos la escucharían hoy por última vez? La jornada anterior había costado muchas vidas a ambos bandos combatientes; la que iba a comenzar ahora no les costaría menos.

Inició la continuación de la lucha nuestra artillería y, al cruzar en rauda rotación por el espacio sus primeras bombas destructoras, mil fusiles cubanos y españoles entraron en función con estrepitoso crepitar.

El movimiento de nuestras fuerzas hacia el centro de la plaza se reanudó incontenible en todos los sectores. Juan

Miguel Portuondo había acreditado de tal manera sus facultades de artillero y la efectividad del Simmis-Dudley, que se le consideraba imprescindible en todas partes y se le trajo de nuevo a la ciudad: el teniente coronel Rafael Montalvo y yo fuimos a buscarlo al Cuartel General del departamento, en la Loma del Cura.

El resto de la brigada de Tunas que había quedado en el Cuartel de Caballería, en el que figuraba la pequeña fuerza mandada por el comandante Nicolás Jané, y a cuyo frente me encontraba yo accidentalmente, comenzó a avanzar hacia la calle de Campoamor con su jefe, el teniente coronel Carlos García Vélez, a la cabeza. A eso de las siete de la mañana habíamos ocupado el edificio de una quincallería, situada en la esquina de dicha calle y la de O'Donell. El fuego de los españoles era copioso, sobre todo el que nos venía de la derecha donde estaba situado el fuerte Telégrafos. El teniente coronel García me ordenó ir a tomar posición en la acera opuesta. Yo le hice observar el peligro a que estaría expuesto aquel reducido grupo de combatientes, aislado de las demás tropas, en el caso de que el enemigo, reaccionando, avanzara por allí. El consideró justo mi razonamiento, y entonces yo le indiqué como excelente posición una gran casa de portal que se veía a nuestra izquierda, al final de la calle de Campoamor y en la misma acera donde estaba la mencionada quincallería. Ya he dicho que la fachada principal del edificio llamado Cuartel de Infantería daba frente a un terreno yermo, y la casa en cuestión daba por uno de sus costados al mismo. Desde ella se dominaba la referida fortaleza, situada a unos cincuenta metros en línea diagonal. Habiendo el teniente coronel García convenido en ello, corrí con mis fuerzas a ocuparla. Al llegar a ella encontré ocho o diez soldados españoles que iban en dirección del Cuartel, los que se me rindieron sin resistencia.

No más de una hora después de estar yo hostilizando desde allí al Cuartel de Infantería, suspendió éste el fuego y enarboló bandera blanca. No creyéndome autorizado para parlamentar, aguardé a que alguien con facultad para ello viniera a hacerlo. Mas, viendo que nadie se presentaba con tal objeto,

y suponiendo que el teniente coronel Carlos García no veía aquella enseña de armisticio, pedí al comandante Jané que le enviara un mensajero para hacérselo saber. Transcurrió un buen rato sin que recibiera respuesta alguna. Tenía yo la impresión de que el Cuartel de Infantería, aunque con grandes desperfectos ocasionados por nuestros cañones, era aún muy capaz para resistir un asalto, o hacer pagar muy caro en vidas el éxito del mismo, por lo que resolví ir personalmente a conferenciar con el teniente coronel García a este respecto. El Teniente Coronel ocupaba aún la quincallería. Lo enteré del asunto, y él, cuando yo me disponía a regresar a mi posición, me asió de un brazo diciéndome:

—No vuelva, que hay mucho fuego en la calle y lo van a matar.

Yo me desasí y emprendí el camino de regreso. Ya entre los portales de la casa, casi junto a su puerta, recibí un balazo que me fracturó el femur izquierdo. En este momento un fuego de corta duración, dirigido desde nuestra izquierda, había tomado como objetivo aquel nuestro atrincheramiento, y mis hombres al acudir a recogerme se expusieron a un gran peligro.

Llevado al interior de la casa, alguien que había oído decir a dos de aquellos soldados españoles prisioneros que pertenecían al cuerpo de Sanidad Militar, atribuyéndoles sin duda conocimientos quirúrgicos, los llamó para que me curaran. Estos infelices no eran más que simples camilleros, pero, temiendo seguramente que su confesión de incapacidad fuera tomada como una hostil negativa, se pusieron a palparme la herida por encima de la ropa, con tanta torpeza y ocasionándome tales dolores, que hube de rechazarlos. Entonces uno de ellos, que había ido a mirar hacia la calle, exclamó:

—Por allá va nuestro jefe, el comandante Benedic, de la Sanidad Militar.

—Llámelo—le ordené.

El médico español vino en efecto. Era el doctor Juan Benedic un hombre joven, de apuesta figura y de noble fisonomía. No sé si el hecho de que quien lo había llamado vestía el uniforme del ejército español, le hizo creer que

aquella posición estaba ocupada por los suyos. Lo cierto es que al encontrarse entre fuerzas enemigas su semblante no se alteró en lo más mínimo. Le dije que lo había hecho llamar para que me hiciera el favor de curarme, y él me respondió con la mayor naturalidad que aquel era su deber. El doctor Benedic me hizo una cura de primera intención, pues no disponía a mano de recursos para otra cosa. Le di las gracias y le dejé en libertad de seguir su camino. Como una media hora más tarde volvió, acompañado del teniente coronel Montalvo. Me informó que, habiendo sido hecho prisionero, se le había brindado al teniente coronel Carlos García para encargarse de mi asistencia si lo proveían de las medicinas necesarias. Yo le repetí las gracias y le ofrecí que nosotros tendríamos para él toda clase de consideraciones. El doctor Benedic me respondió que lo que en aquellos momentos le preocupaba era la suerte de su familia:

—El último refugio que pude darle dentro de la plaza—me dijo—, fué el Cuartel de Infantería; pero las balas de vuestros cañones se metían allí por todas partes, y hube de dejarla que se buscara al azar un abrigo mejor.

Yo le prometí ocuparme de adquirir noticias de su familia, y poco rato después tuve la satisfacción de poder decirle que la misma se encontraba en toda seguridad en nuestro campo.

El teniente coronel Montalvo me hizo colocar en una improvisada camilla, enviándome al hospital de sangre. El doctor Benedic, que me acompañaba, sirvió de guía para sortear los peligros de la lucha que se seguía desarrollando en las calles de la ciudad. Al cruzar mi camilla de herido por la Loma del Cura, el general Rabí, que ahora comandaba aquella posición, ordenó que por la Banda se me rindiera el homenaje del himno nacional. ¡Cuánto fortalecieron mi espíritu sus marciales notas! Ya en el hospital fuí puesto en manos de nuestra Sanidad Militar, tocándome en suerte la asistencia del reputado y competentísimo cirujano doctor Enrique Núñez.

En la noche de ese mismo día el doctor Benedic me hizo una visita acompañado de su distinguida familia, compuesta de su esposa, una joven y bella mujer, dos lindas niñas y su

madre política. Todos mostraban gran serenidad de ánimo, con excepción de la anciana señora que no podía dominar su intranquilidad, aunque bien se lo proponía. Conversando conmigo, exclamó, tratando de dar a sus palabras acentos de sinceridad:

—A mí me habían dicho que los insurrectos eran gentes muy malas; pero que va, si son tan buenos.

Pero le temblaba la voz.

La lucha se prolongó hasta la mañana del día siguiente. Según los comentarios que oí después de la acción, y de acuerdo también con una reseña escrita por el comandante Armando Prats-Lerma, testigo y actor de la misma, sus sucesivas fases y peripecias se desarrollaron en la siguiente forma: el mismo día 29, como a las nueve de la mañana, los españoles izaron bandera de parlamento y pidieron una tregua para recoger sus heridos y sepultar sus muertos; pero una hora después, convencido de que se trataba de un ardid para ganar tiempo en espera de socorros exteriores y reorganizarse, el general García ordenó reanudar las hostilidades.

El teniente coronel Rafael Montalvo hizo prisioneros a 42 enfermos del Hospital. Recuérdese que éste estaba fortificado.

Se situaron en otras posiciones nuestras piezas de artillería, y se tomaron y ocuparon varios fuertes del perímetro exterior y otros del centro de la ciudad.

Tras una serie de reñidos combates, dirigidos por el teniente coronel y jefe de la brigada de las Tunas, fueron incomunicados el Cuartel de Infantería y el fuerte Telégrafos.

El jefe del regimiento Vicente García, teniente coronel Angel de la Guardia, continuando su avance bajo una copiosa lluvia de plomo se apoderó de la botica, que estaba defendida.

El teniente coronel García Vélez dispuso que los tenientes coroneles Rafael Montalvo y Francisco de Paula Valiente avanzaran sobre el Cuartel de Infantería, con sus respectivas fuerzas. El movimiento fué al punto paralizado por el enemigo. Más tarde el propio jefe de la brigada intentó otro asalto a la referida fortaleza por el Suroeste, o sea hacia la salida para Camagüey.

Desde la cuesta del Peralejo el teniente coronel Armando

de la Riva proseguía batiendo, con uno de los cañones de 12 libras y otro de dos y media, los objetivos que se le habían señalado.

El teniente coronel Angel de la Guardia, luego de haberse apoderado del Hospital Militar, atacó el fuerte Telégrafos y fué mortalmente herido.

Cuando mediaba ese mismo día 29 era ya patente el debilitamiento combativo de la guarnición española. Nuestras fuerzas, tanto de infantería como de artillería, ganaban rápidamente terreno a la voz de ¡viva Cuba Libre!, mientras que al mismo ritmo cedía el enemigo, y ya se tienen noticias de que el jefe de las fuerzas, comandante Jacobo Mena, se inclina a rendir las armas, a lo que se muestra reluctante el jefe de la plaza, comandante José Civera. Se había hecho una multitud de prisioneros, y se nos había presentado espontáneamente gran número de soldados.

El teniente coronel García, con trincheras movibles y llevando el cañón Simmis-Dudley, avanzó hasta situarse frente por frente y a muy corta distancia del Cuartel de Infantería. Seguro de su pronta rendición, y para ahorrar innecesarios sacrificios de vida, no intentó el asalto al mismo.

El fuerte número 11 fué demolido en parte por los cañones del teniente coronel Armando de la Riva.

Día 30: temprano en la mañana se le presentaron al teniente coronel Carlos García Vélez veinte soldados de la guarnición del Cuartel de Infantería. De acuerdo con las versiones de estos individuos, el resto de sus compañeros estaba amenazando de muerte al comandante militar por no querer rendirse.

El teniente coronel Armando de J. Riva se apoderó del fuerte Provisional, rindiéndosele el número 11 a causa de las averías sufridas en la tarde del día anterior.

El Cuartel de Infantería, que hasta entonces había resistido todos los asaltos, enarboló en las primeras horas de la mañana bandera de parlamento y envió a nombre del comandante militar de la plaza, señor Civera, un oficial parlamentario al Cuartel General del general Calixto García. El general García ofreció al jefe de la plaza la libertad de los prisioneros todos

y la conservación de sus armas respecto a los jefes y oficiales. Estas condiciones fueron aceptadas, y pocos momentos después se efectuó la rendición total.

Es de señalar que cuando el Cuartel de Infantería se rindió, sólo él estaba combatiendo aún a las órdenes del comandante Civera, quien, por muerte del comandante Mena, jefe de las fuerzas, había asumido el mando general.

Se hicieron 433 prisioneros: un comandante, diez oficiales, trescientos ochenta soldados de línea, cuarenta guerrilleros y dos médicos.

El botín de guerra consistió en dos cañones, mil doscientos fusiles, un millón quinientos mil cartuchos para fusil, quinientas granadas y quinientos machetes y bayonetas, amén de una gran cantidad de víveres, ropas y zapatos, depositados en la Factoría. Las bajas sufridas por ambos bandos fueron numerosas.

VIII

DOLOR FISICO Y MORAL

FUE sin disputa la acción de Victoria de las Tunas una de las más importantes, mejor dirigidas y ejecutadas de nuestras guerras de independencia. Es posible que en los anales de la historia militar no se registre un ejemplo similar a éste, en que una plaza fuerte, como lo era aquélla, atacada a pecho descubierto por una fuerza numéricamente igual a la de sus defensores, fuera obligada a capitular, y menos aún en el brevísimo término de cuarenta y ocho horas.

El general Calixto García, que tantas veces se manifestara un gran general de batalla, probó en aquella ocasión extraordinarias facultades en la difícil rama del arte de la guerra en que, con el sobrenombre de Poliorcetes, se inmortalizó el macedonio Demetrio en la antigüedad, y el francés Vauban en los tiempos modernos, bajo el reinado de Luis XIV; y el Ejército Libertador de Cuba dió una prueba más de su irresistible pujanza combativa.

Entre las tropas vencedoras en Victoria de las Tunas hubo, como era natural que sucediera, numerosos ascensos, perfectamente merecidos. En general, los jefes que comandaron fuerzas en el asalto, todos tenientes coroneles desde que el brigadier Menocal se retiró herido, ascendieron a coroneles, menos yo.

Durante los primeros ocho o diez días que sucedieron a la toma de la ciudad, algunos jefes y oficiales del jefe del Departamento y aún del Estado Mayor del general Menocal, que me visitaban, me daban con sus palabras la impresión que yo también sería ascendido. Realmente yo me consideraba acreedor a ello. Más tarde, los mismos dichos jefes y oficiales me dijeron que efectivamente el general Menocal había presentado la propuesta de ascenso para mí, pero que el general Calixto García la había desestimado, alegando que yo *no servía para jefe, porque me herían con mucha frecuencia.* Yo dudaba de que el general García adujera tales motivos para negarme el ascenso, y más bien me inclinaba a creer que se trataba de una pura invención de los que tales cosas me referían; pero lo que sí resultó cierto fué que no ascendí. Y como además parecía haber un empeño en silenciar mi nombre en relación con aquella operación, le pedí por escrito, desde Potosí, al ya coronel Carlos García Vélez, jefe de la brigada de Tunas, a cuyas órdenes me había encontrado, una constancia de mi corportamiento, y él me la extendió en la forma que copio: "Tengo verdadero gusto en hacer constar que el teniente coronel Manuel Piedra a mis órdenes en el asalto y toma de la ciudad de Tunas ha demostrado inteligencia y arrojo, cumpliendo fielmente las instrucciones que yo le diera. Asimismo que cuando fué herido estaba al mando de una fuerza de infantería que se dirigía a ocupar un punto estratégico de la calle Real de la ciudad" (la misma de Campoamor).

Del hospital de sangre, en las cercanías de la ciudad, fuí trasladado a una casa del potrero San Luis, en las inmediaciones de otra donde se hallaba curándose el general Menocal. El "bastidor" de alambres en que me sacaran de Victoria de las Tunas fué sustituído allí por una cama hecha de

tablas de pino, con el propósito de que mi cuerpo, manteniéndose en posición absolutamente horizontal, evitara el encogimiento de la pierna fracturada. De ésta se me colgó, además, un saco con cien balas de Remington, con la misma finalidad. Las tablas estaban sin acepillar, y sus asperezas, lastimándome las carnes, me impulsaban a tratar de cambiar de postura, por lo que hubo necesidad de sujetarme a ellas con ligaduras. Más tarde discurrí ponerles un colchón de espartillo, pero estas hierbas se secaban muy pronto con el calor de mi cuerpo, y sus tallos tubulares me punzaban como agujas.

Algunos días después fuí llevado a una finca, si mal no recuerdo llamada Potosí, donde vivía la familia del general Santana y existía un trapiche para hacer "rapadura". En aquel lugar, siempre atado a aquellas tablas como Prometeo a su roca del Cáucaso, devorado, si no por un águila, sí por los mosquitos, permanecí durante los meses de septiembre y octubre y parte del de noviembre. El doctor Enrique Núñez, encargado de mi curación, me visitaba todo lo a menudo que le consentía el cuidado de otros muchos heridos, colocados en sitios distantes entre sí. Mi herida iba sanando con rapidez en su aspecto simplemente traumático, gracias a la competencia de aquel ilustre galeno y a la abundancia de antisépticos sacados de la botica militar de Victoria de las Tunas; pero la soldadura del hueso y el desencogimiento de los tendones eran muy lentos, tan lentos que no fué sino después de transcurrido un año que la pierna recobró su natural flexión.

Durante el tiempo que hube de permanecer en aquel lecho de espinas, enflaquecí de una manera lamentable. La única parte de mi cuerpo que no había disminuído en volumen, sino que había aumentado mucho, era la pierna izquierda herida. La tenía muy inflamada y rubicunda. Todas las demás eran esqueléticas.

Fué al cabo esto, sufrimiento físico y decepción moral, lo que obtuve por mi voluntaria actuación en el ataque y toma de Victoria de las Tunas. De aquella operación no conservo nada más que un recuerdo que no me sea amargo: el delicado y caballeroso tratamiento que recibí del general Mario G. Me-

nocal mientras estuvimos cerca el uno del otro en San Luis. El general Menocal no dejaba ningún día de enviar un oficial a tener noticias mías, y compartía conmigo todos los alimentos y aun las simples golosinas que le mandaban a él.

En el mes de octubre, aunque en muletas, pude abandonar el lecho. Ahora ya no era la incomodidad de éste ni los mosquitos los que me devoraban. Era la impaciencia por verme de nuevo en operaciones activas. Recuerdo a este propósito una anécdota: para sustituir el pantalón que llevaba al tiempo de ser herido, y que hubieron de rasgarlo para curarme la herida, yo me había procurado otro, cuyo primitivo dueño debió de ser un hombre muy grueso, particularmente de muy abultado abdomen; y como yo más tarde adelgacé tanto, resultaba que para ajustármelo tenía que llevarme hasta las espaldas, dándole una media vuelta, la parte de la cintura. Venía de tarde en tarde a mi rancho a darme conversación uno de los vecinos de la ciudad de Victoria de las Tunas que, con su familia, se había refugiado en la casa de la familia Santana. En uno de aquellos días en que mi impaciencia por volver a filas era más acentuada, le dije, quizá buscando una palabra de aliento:

—Yo creo que muy pronto podré volver al servicio.

El hombre no me respondió nada. Mas algunos días después, comentando la toma de la ciudad y el botín por nosotros cogido en ella, hube de decirle que el pantalón que yo tenía puesto era producto del saqueo y me lo había vendido uno de nuestros soldados.

—¡Ah!—exclamó el hombre—, ¿ese pantalón no era suyo? Pues verá, el otro día cuando usted me dijo que creía encontrarse pronto en condiciones de reincorporarse al Ejército, yo pensé: mucho tiene usted que engordar todavía para llenar ese pantalón.

He de repetir que todavía por entonces yo no me había convencido del todo de que mis servicios no fueran justamente apreciados por el general García. Se me hacía imposible creer que aquel grande hombre que había hecho una de las más brillantes carreras de nuestra historia militar, exponiendo en cientos de combates su cuerpo a las heridas y a la

muerte, me desdeñara como jefe por el hecho de que era herido con frecuencia. Lealmente he de confesar que aún esperaba de él mi ascenso a Coronel. En esta situación de ánimo, al saber que se estaba preparando el asalto a la plaza de Guisa me dispuse a tomar parte en él. Así hube de decírselo al doctor Enrique Núñez que vino a visitarme. Este no me consideró todavía en estado de combatir, por lo que desaprobó mi intento.

Realizada con todo éxito la operación de Guisa y no sabiendo yo que hubiese otra en perspectiva, pensé aprovechar aquel período de inactividad militar para hacer una breve estancia en Camagüey, y acabar de reponerme allí entre los camagüeyanos de quienes tantas muestras de simpatía recibiera. A este fin le escribí al general Menocal, solicitando el consiguiente permiso. El general Menocal me contestó con las líneas que a seguido copio:

"Apreciado amigo y compañero: En mi poder su carta, me apresuro a contestarle para aconsejarle paciencia: no conviene, según el doctor Núñez, que usted monte ya. Desde luego tiene usted el permiso para ir a Camagüey; pero ello deberá ser cuando el facultativo lo indique. Pronto tendremos operaciones y quizás podamos estar juntos; antes es a usted más provechoso curarse: enfermo no podrá servir bien a Cuba. Tenga paciencia, mucha calma, la necesaria cordura, que con proceder ajustado a ello sanará en breve para siempre de su herida. Sin más, le adjunto una del doctor Núñez, y me repito affmo. deseándole grande mejoría." (fdo.) M. G. Menocal. "Jefes como usted los deseo en todas mis operaciones y por lo mismo quiero que esté bueno."

Conformándome al consejo del general Menocal, procuré dominar el vehemente deseo de movilidad y acción que agitaba mi espíritu. Además, la postdata aquella de la carta del general Menocal contenía una promesa que me halagaba: la de servir a sus órdenes. Esperé en Potosí hasta los primeros días de noviembre. Mas ahora comenzó a formarse en mi mente la evidencia de que cerca del general Calixto García mi carrera militar habría de ser paralizada, y resolví irme a Las Villas y pedir empleo al General en Jefe, no en su Cuartel

General, sino al frente de una fuerza. Después de haber sido ayudante de campo del general Antonio Maceo, no quería serlo de ningún otro jefe, no porque lo considerara depresivo, sino porque temía no encontrar en él el carácter, si enérgico y severo, correcto y ponderado del invicto caudillo oriental, que tan bien se avenía con mi temperamento e idiosincrasia.

En los últimos días de aquel mes emprendí marcha hacia Camagüey y en los primeros de diciembre llegué a Los Chincheros, alojándome de nuevo en la casa de la excelente familia Varona. Me proponía al situarme allí estar al tanto de que alguna comisión se dirigiera al Cuartel General del Ejército, para cruzar unido a ella la trocha de Júcaro-Morón. Estas comisiones eran frecuentes, pero sus jefes rehusaban mi compañía en tan peligrosa empresa porque, inutilizado como aún me encontraba de una pierna, en caso de tener necesidad de huir a pie podía servirles de embarazo.

Así esperando, esperando, un día—estábamos en los últimos de febrero de 1898—me encontré en el camino con el doctor Domingo Méndez Capote, a la sazón Vicepresidente de la República en armas y, si no recuerdo mal, Secretario accidental de la Guerra. El doctor Méndez Capote, de quien yo era amigo, me dijo en tono confidencial que yo era candidato para mandar el regimiento Jacinto o, en comisión, la brigada de la Trocha; agregando que consideraba que yo debía preferir el mando de la última mencionada unidad, porque, decía él, yo estaba para ascender a Coronel de un momento a otro, y que, encontrándome al frente de una brigada en situación de interinidad, lo lógico era que se me ascendiera pronto a Brigadier, para que la mandara en propiedad. Me pareció muy acertada su idea y así hube de expresárselo. Mas algunos días después se presentó en el Cuartel General del Tercer Cuerpo el coronel Armando Sánchez Agramonte, con una orden del General en Jefe para que se le diera el mando de aquella brigada; y lo peor para mí era que ya había pasado la oportunidad de ser puesto a la cabeza del regimiento Jacinto. En esta enojosa situación no fué poca fortuna para mí que el general Lope Recio, jefe del Tercer Cuerpo, me brindara el mando del regimiento de caballería Zayas, perteneciente a la referida

brigada de la Trocha, oferta que acepté sin titubear, pues si tenía ambición de jerarquía y mando, la tenía más de ser útil. En las postrimerías del mes de marzo tomó posesión de su nuevo cargo el coronel Sánchez Agramonte, haciéndolo yo del mío pocos días más tarde.

La brigada de la Trocha no tenía de tal nada más que el nombre. Su efectivo no llegaba al de un regimiento de nuestro tipo reglamentario, pues sólo contaba unos noventa hombres. Aun la mayoría de ellos no pasaban lista hacía mucho tiempo, porque una completa desorganización les permitía permanecer fuera de filas y metidos por los ranchos. El coronel Sánchez, que poseía en alto grado el espíritu organizador, sacó todas aquellas gentes de sus escondrijos y reorganizó la brigada, formando dos escuadrones de caballería, de poco más o menos treinta plazas cada uno, y un batallón de infantería con igual número de combatientes.

Es de consignar que las operaciones del ejército español fuera de aquella línea militar se reducían a la recogida de ganado en nuestro campo, cosa que se había habituado a practicar con toda impunidad, dado el abandono en que por nuestra parte se encontraba aquella extensa zona.

Al enviar allí el general Máximo Gómez a un jefe de las relevantes dotes de carácter del coronel Armando Sánchez Agramonte, lo hacía con el propósito de que se le pusiera pronto término a aquella anómala y perjudicial situación, y se le imprimiera la mayor actividad a las hostilidades contra el enemigo.

IX

AUTONOMIA

LA guerra franca y abierta, con que hasta entonces nos correspondieran los españoles, acababa de entrar en un período en que las armas principales empleadas contra nosotros habrían de ser la intriga y la seducción políticas: se había establecido la autonomía. Con ella pensaban los es-

tadistas de Madrid y sus corifeos de la Isla contrarrestar el espíritu separatista de la Revolución, porque, arguían ellos, sin necesidad de continuar derramando sangre de *hermanos*, disfrutará el país de un estatuto autónomo de acuerdo con sus intereses morales y materiales y con las aspiraciones de la mayoría de sus habitantes. Y en la propagación de su doctrina llegaban a afirmar que toda la población amante del orden y laboriosa había acogido con sin igual beneplácito aquel régimen, y que los que aún permanecíamos con las armas en las manos no habríamos de tardar en deponerlas, ante la bendita fórmula que nos devolvía al seno *maternal* de la Metrópoli. Y era preciso cortarle el vuelo a aquella insidiosa propaganda: desmentir con el elocuente lenguaje de los fusiles tales versiones. Era necesario que en todos los ámbitos del territorio patrio resonara, como una reafirmación de nuestro credo político sin demediaciones ni restricciones, el fragor de los combates. Que supieran el País y España y el Mundo que estábamos resueltos a obtener nuestra propia soberanía nacional, y que no aceptaríamos otro tratado de paz que el de nuestra independencia, firmada sobre las cureñas de los cañones.

La autonomía, decretada en Madrid por la Reina regente, para Cuba y Puerto Rico, el 25 de noviembre de 1897, había comenzado a funcionar en Cuba el primero de enero de 1898 con la constitución de un gabinete ejecutivo, una cámara insular y un gobernador o virrey de nombramiento real. Si este sistema se hubiese implantado en tiempos más oportunos, por ejemplo, durante el período transcurrido entre la terminación de la guerra de 1868-1878 y la llamada Guerra Chiquita, en el cual se organizó y actuó el Partido Autonomista, o antes de la fundación del Partido Revolucionario Cubano en New York, en 1892, quizá cuántos años más de dominación en la Isla le hubiese asegurado a España. Porque, pese a algunas intentonas esporádicas e inconsultas, se puede afirmar que durante aquel tiempo el País, desangrado y deshecho en las antes citadas contiendas, hubiese preferido obtener por los medios evolutivos una situación liberal y decorosa bajo la bandera española, a lanzarse a la aventura de una nueva revo-

lución. Pero España, que con su conducta autoritaria e intransigente provocara aquellas explosiones de descontento y rebeldía, nada quiso hacer para evitar su repetición en el porvenir. Y ahora ya era tarde. La sangre había corrido nuevamente en abundancia; gran número de cubanos habían sacrificado sus vidas por el ideal separatista; muchas de nuestras mujeres, madres y esposas llevaban luto y multitud de niños quedaban en la orfandad. Por otra parte, habíamos adquirido la consciencia plena de nuestro poder, estábamos alentados y estimulados a la lucha por las simpatías del gran pueblo de los Estados Unidos, y esperábamos ver pronto a esta nación desenvainar la espada a nuestro favor. ¿Cómo se nos podía persuadir a renunciar al todo por una parte?

He señalado como momento oportuno al establecimiento del régimen autonómico aquél que precedió al nacimiento del Partido Revolucionario Cubano, porque efectivamente fué a partir de él y gracias a él que se reanimó en nosotros el espíritu separatista, aletargado en el País por el beleño de utópicas esperanzas en la autonomía, e impotente fuera de él, en el exilio, por la falta de recursos materiales y de acuerdo entre sí de aquellos hombres que, habiendo acaudillado a la generación revolucionaria del 68 y el 79, eran considerados como los jefes insustituíbles para llevar al combate a la presente.

El Partido Revolucionario Cubano se constituyó, según lo enunciaba en el primer artículo de sus bases, "para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico". Su fundador, su director (delegado) y su alma fué José Martí. Martí, hombre de espíritu inmenso como el genio, dotado de una fuerza de convicción a prueba de todas las negaciones y de una elocuencia inagotable, que por lo extraña y parabólica hacía a veces rememorar los tiempos mesiánicos; que en ocasiones encantaba y seducía por la blandura de sus acentos, y en otras estimulaba como acicate de fuego, encontró en aquellas circunstancias, para levantar de su postración el ideal separatista, palabras tan virtuosamente animadoras como el *Surge et ambula* del

divino Taumaturgo de Galilea. Iniciada la formación del Partido con unos cuantos cubanos emigrados, en su mayoría obreros de Cayo Hueso, Tampa, Philadelphia y New York, pronto se extendió por multitud de ciudades de la Unión y otros países extranjeros, a manera de clubes filiales, en los cuales, en forma de pequeñas cuotas y derrames extraordinarios, se contribuía a la creación de un tesoro destinado a subsidio de la futura guerra.

Martí, poniéndose en correspondencia postal con unos, visitando personalmente a otros de los jefes más caracterizados del 68, realizó la difícil tarea de conciliar los opuestos criterios de los mismos, en cuanto a invadir la Isla se refería, llevándolos a una general conformidad sobre la manera y ocasión en que se debía hacer.

¿Por qué aquel hombre que, con tan excelsas condiciones de propagandista, de orador, de escritor y de estadista, tan útil nos habría continuado siendo en el exterior, vino a Cuba a luchar como cualquier otro combatiente? El lo había dicho:

No me pongan en lo obscuro
a morir como un traidor,
yo soy bueno y como bueno
moriré de cara al sol.

Y el dulce poeta, dejando el plectro por la espada, vino a pelear y a morir como lo deseaba: de cara al sol. Sobre su tumba, quizá si abandonada y solitaria, treparán las plantas silvestres; mas en su recuerdo no crecerá nunca el "cardo ni la ortiga": "en junio como en enero" florecerá siempre "una rosa blanca".

Pero no éramos los separatistas los únicos que en Cuba combatíamos la autonomía. La repudiaban también los españoles peninsulares y canarios residentes en el País, que con ella se figuraban perder el privilegio que en razón de procedencia, de españoles de primera clase, habían hasta entonces gozado. Doce días después de haber entrado en vigor la nueva forma de gobierno, el 12 de enero, una gran muchedumbre de ellos, la mayoría vistiendo el uniforme de voluntarios y algunos oficiales del ejército regular, se amotinaron y, a los gritos

de ¡muera la autonomía!, ¡muera el general Blanco!, ¡viva Weyler!, recorrieron las calles de la capital, asaltaron las redacciones de varios periódicos y cometieron otros desmanes. Tan grave pareció ser la situación que el Cónsul General de los Estados Unidos, no confiando en que las autoridades españolas la pudieran dominar, pidió a su gobierno el envío de un buque de guerra para proteger las vidas y los intereses de sus conciudadanos. Fué por esta razón que el crucero *Maine* vino al puerto de La Habana el día 25 de aquel mismo mes. El envío de aquel navío, aunque a su llegada los ánimos se habían apaciguado, fué funesto para España porque, habiendo hecho explosión—el 15 de febrero—, el pueblo y aun el mismo gobierno americano atribuyeron la causa de la catástrofe a manos españolas impulsadas por el odio. Ya antes de este excitante acontecimiento las difíciles relaciones de los Estados Unidos y España por aquel tiempo se habían agravado, a propósito de una carta privada del embajador español en Wáshington, Dupuy de Lome, a su amigo el señor Canalejas, que se encontraba en La Habana, la cual fué interceptada y dada a la publicidad por la prensa estadounidense, y en la que el señor Dupuy de Lome insertaba conceptos deprimentes para el presidente McKinley. Ahora, con la voladura del *Maine*, dichas relaciones habían llegado a su máxima tensión. Así, una fatalidad inexorable iba colocando a España bajo el duro y para ella irresistible puño de la Unión Americana.

X

LA RESOLUCION CONJUNTA

EL día 10 de abril, y a sugestiones del Papa, el general Blanco, gobernador o virrey de la provincia autónoma, publicó un decreto suspendiendo las hostilidades en todo el territorio de la Isla. Nosotros hicimos caso omiso de dicho armisticio y continuamos la lucha. Diez días después—el 20 del mismo mes—el congreso de los Estados Unidos votó la resolución conjunta declarando que "el pueblo de Cuba es y

de derecho debe ser libre e independiente", y exigiendo "que el Gobierno de España renuncie inmediatamente su autoridad y gobierno en la isla de Cuba, y retire del territorio de ésta y de sus aguas sus fuerzas militares y navales". El mismo día fué firmada por el presidente McKinley.

Al siguiente día—21—el general Blanco declaró en estado de guerra todo el territorio de la Isla. Cuatro días más tarde—25 de abril—el gobierno americano proclamó la existencia del estado de guerra entre los Estados Unidos y España, a partir del 21 de dicho mes. Ya el día 22 habían aparecido frente a La Habana diez buques de guerra americanos, que no abrieron hostilidades, y el 24 una cañonera española había cambiado algunos cañonazos con un destroyer americano.

XI

CAMAGUEY. TROCHA DE JUCARO A MORON. ACCION DE SAN FRANCISCO

1898. *Mes de abril*

EL 26 de abril, con conocimiento el coronel Sánchez Agramonte del paso de una columna enemiga de unos dos mil hombres, entre los cuales se contaban seiscientos o setecientos de caballería, reunió toda la fuerza de que podía disponer, unos setenta u ochenta jinetes, contando el personal de su Estado Mayor y una sección que daba escolta al general Javier Vega, que se encontraba allí de paso para el Cuartel General del Ejército en Las Villas, y se dispuso a hostilizarla. Cometió el coronel Sánchez Agramonte el error de situarse con tan exiguas tropas en un guanal del camino de Ciego de Avila, en el sitio llamado San Francisco, donde no era posible ocultar al enemigo nuestra inmensa inferioridad numérica. De dos y media a tres de la tarde se presentaron a la vista los españoles y, al recibir el fuego de los pelotones que formaban nuestra línea avanzada y darse cuenta de que tan sólo se las tenían que ver con un puñado de opositores, nos echaron encima sus varios cientos de caballos, y a rienda suelta arrollaron aquellos débiles retenes y vinieron a irrumpir

en nuestro centro. No pudimos hacerles la más leve resistencia: apenas si tuvimos tiempo para dispararles cien tiros y declararnos en fuga.

El enemigo nos causó en la carrera cuatro bajas: tres muertos y un herido. Los muertos lo fueron a machetazos. Vi matar a uno de ellos: se había caído del caballo y, aturdido como estaba por la inminencia del peligro, no acertaba a montar de nuevo por sí solo. El capitán Arturo Primelles, del Cuartel General de la brigada, valiente y generosamente se detuvo a ayudarlo, logrando auparlo en la montura; el hombre perdió otra vez el equilibrio y vino al suelo, y el caballo azorado se le huyó. Entonces Primelles, con grandes esfuerzos, pudo montarlo a la grupa del suyo; pero el terror había dado tal flacidez a los músculos de aquel hombre, que ni siquiera tuvo el vigor necesario para asirse a su compañero de cabalgadura: volvió a caer. Ya veinte o treinta jinetes españoles se encontraban a muy pocas varas de distancia y Primelles tuvo que abandonarlo a su suerte y escapar. Detenido yo a pocos pasos del sitio donde se desarrollaba la lamentable escena, procuraba dilatar siquiera unos segundos la llegada allí de los soldados enemigos, haciéndoles fuego con mi revólver. Todo inútil: a mi presencia le dieron de machetazos a aquel infeliz. Ya era tiempo de que yo también buscara en la fuga mi salvación, pues los jinetes españoles que venían sobre mí estaban tan próximos que en un segundo más me podían dar alcance. Huí, pues, pero ya no me era posible seguir la dirección tomada por Primelles, que era a la izquierda, en busca de un pequeño monte llamado Cayo Guayabo, hacia donde había corrido el coronel Sánchez Agramonte con el grueso de las fuerzas. Tuve que partir de frente por un ancho espacio despejado. Yo tenía confianza en los ágiles remos del caballo que montaba, pero a poco me vi metido entre unas tronconeras y árboles cortados que ocultaban las maniguas. Imposible le era al brioso bruto usar sus condiciones de velocidad entre aquellos obstáculos: no podía marchar sino a menudos saltos. Mientras tanto el enemigo, que por la retaguardia me perseguía con la misma obligada lentitud con que yo me retiraba, se me iba adelantando por

derecha e izquierda con el propósito de cercarme. Ya estaba a punto de lograrlo cuando sentí cómo, de repente, se distendían los músculos de mi caballo. Pareció hacerse más pequeño de alzada y crecer de largo. Partió hacia adelante con toda su ingénita rapidez, y nada más que un minuto más tarde me había puesto fuera del alcance de los españoles. Tan grande había sido el peligro en que me viera de caer en manos de aquéllos, que, poseído de un júbilo inenarrable, me volví de frente a los mismos y grité con todo el aliento de mis pulmones: ¡Viva Cuba Libre!

El día tres de mayo tuvimos en el campamento la noticia de que dos días antes la escuadra americana del almirante Dewey había derrotado a la española del almirante Montejo en la bahía de Cavite, Filipinas.

XII

ACCION EN LAS CERCANIAS DEL FUERTE PIEDRA

Mes de mayo

EL día cuatro de mayo el coronel Sánchez Agramonte me envió a operar en la zona de Morón, entregándome al efecto uno de los escuadrones de mi regimiento, el segundo (treinta plazas), quedándose él con el otro y el batallón de infantería en la zona de Ciego de Avila. Hasta entonces yo no había ejercido de hecho el mando de aquella unidad, pues el jefe de la brigada lo había asumido personalmente. Al atardecer de aquel mismo día hice alto para pasar la noche a una media legua del fuerte Piedra, de la línea militar española de Júcaro-Morón. A la mañana siguiente, muy temprano, una pareja que envié en reconocimientos me informó de la presencia del enemigo a un kilómetro de nuestro campo, y marché acto continuo hacia aquel lugar. Se trataba de una pequeña columna de noventa o cien hombres, en su mayor parte de caballería, que había salido de Morón a recoger ganado. Los infantes españoles estaban dentro de un monte preparando corrales, en tanto que los hombres montados en-

caminaban en muchedumbres a los bovinos hacia las disimuladas prisiones.

Una vez examinada por mí mismo la posición del enemigo, mandé echar pie a tierra y con sigilo me fuí acercando con mis hombres, hasta situarnos a cuarenta metros del enemigo, y rompí el fuego. Fué esto para él una sorpresa de la que tardó en reponerse algunos segundos, al cabo de los cuales quedó entablado el combate por ambos bandos. Momentos después acudió la caballería española en auxilio de su infantería, y yo hice montar otra vez a mi gente y me fuí a establecer a unos doscientos metros, donde existía un campo llano y despejado, especie de sabaneta, en el que podíamos maniobrar sin dificultad. Los españoles, contra lo que yo esperaba, no me persiguieron, sino que emprendieron sin más la retirada a Morón, tiroteados por nosotros en todo el trayecto. La operación les salió fallida, pues con el ruido de las detonaciones se les dispersó el ganado que habían reunido.

XIII

ACCION DEL INGENIO ECHAMENDY

EL día 21 encontré en terrenos del ingenito Echamendy, cercano a Morón, una pequeña fuerza española que, como la anterior, estaba recogiendo ganado. La acometí y la rechacé sin dejarla llevarse un buey. Tuve en este encuentro dos bajas: un muerto y un herido.

XIV

ACCION EN EL CAMINO DE MORON

EL día 29 tuve una escaramuza con una reducida fuerza enemiga de caballería en el camino de Morón, como a media legua de dicho pueblo. La cargué e hice retroceder, tiroteándola hasta dentro de sus cuarteles.

Ya por estos días la guerra entre España y los Estados Unidos se aproximaba a una fase de grande actividad. El seis de junio buques de guerra americanos bombardearon las defensas exteriores del puerto de Santiago de Cuba. El veinte del mismo mes se pudieron ver cruzando frente a dicho puerto sesenta buques de la misma nacionalidad, de los cuales treinta y nueve eran transportes de guerra conduciendo fuerzas de desembarco, las que tomaron tierra tres días después por Daiquirí y Punta Berracos, entrando inmediatamente en contacto con tropas del ejército español.

XV

ACCION EN SITIO DE BENJAMIN

Mes de junio

EL día 29 localicé una fuerza española dentro del monte, en un lugar llamado Sitio de Benjamín. No pudiendo penetrar allí para batirla, porque no contaba con otra arma que la de caballería, le envié aviso al comandante Lence, jefe del batallón de infantería, para que acudiese en mi auxilio, quedando yo mientras tanto en acecho. Lence llegó como a la una de la tarde con diecisiete infantes y se apostó por indicación mía dentro del monte, a la derecha del camino de Morón, de donde distábamos unas dos millas. El plan que le comuniqué al comandante Lence fué que yo me adelantaría sobre la posición del enemigo con la caballería, y, cuando éste saliera del bosque a tomar el camino de regreso a Morón, fingiría una huída adonde estaba nuestra emboscada, la cual repasaría de manera que el fuego de la misma cogiera de lleno a mis perseguidores. Luego de haberle dado a Lence estas indicaciones me entretuve un momento hablando con él. De pronto miré de un modo maquinal en dirección del pueblo y vi un grupo que, de repente, no pude discernir si se trataba de las parejas que yo había situado en aquel lado, o de gente enemiga; mas, fijándome mejor, reconocí en él jinetes españoles. Me parecieron veinte o treinta y me lancé a la carga

contra ellos. Pero algo más allá, el camino abría a la derecha un gran recodo por completo despejado de maniguas, y al llegar a él me encontré que lo que yo había supuesto veinte o treinta soldados enemigos de a caballo, eran no menos de cincuenta de los mismos. De inmediato me vinieron encima. Les hice unos cuantos disparos y me dirigí a escape hacia la izquierda, a tomar un estrecho sendero que conducía a un lugar montuoso llamado la Caoba. Pero ellos, entre los cuales había de seguro hijos del País y conocedores de la localidad, me interceptaron aquel atajo. No me quedó otro recurso que retroceder por el mismo camino, exponiéndome a que la otra fuerza enemiga, que se encontraba en Sitio de Benjamín, viniera al reclamo de las detonaciones y también me cerrara el paso. Por fortuna no ocurrió así, sino que ambas fuerzas se juntaron cuando ya nosotros habíamos cruzado frente a la entrada de Sitio de Benjamín. Setenta u ochenta jinetes enemigos nos fueron pisando los talones en una distancia de más de una legua. En ocasiones se nos aproximaban tanto que ellos y nosotros parecíamos formar una misma masa. Se nos encimaba particularmente un hombre negro, de chiva cortada en punta. En la carrera me había colocado yo a la cola de mis gentes, y el hombre aquel parecía decidido a cogerme con sus manos; pero cuantas veces yo me detenía a hacerle cara, él recogía las riendas de su caballo hasta pararlo en seco. Esta escena se repetía una y otra vez.

El camino de Morón, en el tramo que estábamos recorriendo, era en aquel tiempo casi sin interrupción montuoso a ambos lados y nos hubiese sido fácil salvarnos a pie; pero nadie pensó en abandonar su cabalgadura. Al cabo, llegamos a un sitio donde existía un trillo por nosotros conocido que conducía a unos corrales de la Caoba; mas al tiempo de penetrar por él, a uno de los hombres, el que iba delante por ser el guía, se le cayó el caballo, tapando el paso. Tratando de hacer poner en pie al animal empleamos segundos que nos parecieron siglos. El negro de la chiva, como siempre, venía delantero sobre nosotros. ¡Fuego y a la carga!—grité, simulando la intención de volver caras, y él se detuvo una vez más colgándose de las riendas de su caballo.

En esto, ya expedito el sendero y montado nuestro guía, nos introdujimos en el monte. ¡Y qué maravilla, no tuvimos una sola baja!

Lo del negro de la chiva dió momentos después ocasión a una ocurrencia: algunos días antes, habiéndole oído referir a uno de mis muchachos un lance, en el cual, habiendo tenido que huir los insurrectos, el que más de cerca los perseguía era un negro de chiva, yo, que ya había oído hablar en otras ocasiones y a otros individuos de aquella aparición, exclamé:

—Es que el miedo tiene figura de negro con chiva.

Ahora, comentando las peripecias de la carrera, al referirme a aquel jinete que tan de cerca me había amenazado, el dicho muchacho me devolvió la ironía diciéndome:

—Teniente coronel, hoy le salió a usted el negro de la chiva.

El día primero de julio el ejército americano comenzó el ataque a Santiago de Cuba por Loma de San Juan y el Caney, y el día 3 del mismo mencionado mes la escuadra de los Estados Unidos, mandada por el almirante Sampson, derrotó a la española del almirante Cervera.

XVI

ACCION DE OJO DE AGUA Y CAYO MORALES

Mes de julio

EL día 5 había yo acampado en Ojo de Agua, cerca de Loma Cunagua. Muy temprano en la mañana del 6, me dirigí sobre el rumbo de Morón, con el fin de practicar reconocimiento por aquella zona. Llevaba unos veintiséis hombres, habiendo dejado el resto del escuadrón en el campamento, como custodios del mismo. De regreso, como a las diez de la misma mañana y a cosa de media legua de nuestro campo, observé que de una casa, que yo sabía deshabitada, salía un delgado hilo de humo, lo que no pudo menos de llamarme la atención, por lo que detuve la marcha. Mis hombres todos opinaban que aquello se reducía a que el prefecto del lugar, Benjamín Morales, conduciendo alguna

familia salida de Morón, se había detenido allí y le estaba haciendo algún desayuno. Pero no pudieron convencerme de que Benjamín Morales, hombre precavido como era, cometiera la imprudencia de permanecer a tal hora en un sitio descubierto, exponiéndose a ser sorprendido por el enemigo. En tal virtud ordené que dos hombres se aproximaran con cautela a la casa, a cerciorarse de la causa de aquel humo. La pareja regresó un par de minutos después, informándome que en la casa había ocho o diez soldados españoles y que otros más, quizá hasta el número de cincuenta o sesenta, se extendían por la costanera del monte allí existente, entre el camino y una cerca de piedras. Detrás de dicha cerca, o sea a mi izquierda, el terreno era en extremo enmaniguado, impidiendo el paso a las caballerías.

Por el sitio, la hora y la forma en que se encontraba el enemigo, que era de infantería, pude fácilmente colegir que, de propósito o no, llevaba rumbo a mi campamento, y era necesario que nos le adelantásemos para defenderlo. Consulté con el práctico si existía algún otro camino y me contestó que sí, pero agregando que era necesario contornear la loma por la derecha, lo cual significaba una pérdida de tiempo de más de una hora. Entonces me resolví a pasar sobre el mismo enemigo. Se lo anuncié así a mi gente y, habiéndola encontrado resuelta, nos aproximamos todo lo que era posible sin ser notados a la casa, y al grito de ¡al machete! nos metimos como un vendaval por el camino, dando tajos a diestra y siniestra. La sorpresa de los españoles fué tal, que cuando nos hicieron los primeros disparos ya nosotros los habíamos desbordado. No tuve más novedad que un caballo levemente herido.

Cuando regresé a mi campamento, la gente que en él había dejado, alertada por los cercanos disparos, se había puesto por sí misma en salvo, cambiando de lugar. Al atardecer de aquel mismo día fuí a acampar a Cayo Morales, no sin haber enviado algunos de mis hombres en observación del enemigo. Este también se movió casi al mismo tiempo que yo, marchando de monte en monte a pernoctar como a cosa de una legua de donde lo hacíamos nosotros.

Cayo Morales no era un terreno realmente montuoso, pero sí enmaniguado, en general, y existiendo algunos macizos de mayor o menor extensión. Los españoles ocuparon uno de éstos y establecieron una guardia de doce o quince soldados entre el grueso de sus tropas y mi campamento.

XVII

REFLEXIONES PESIMISTAS

YO recibí como a las once de la noche una nota del jefe de la brigada, informándome de la derrota de la escuadra española en aguas de Santiago de Cuba. Mis gentes, a quienes se la leí, prorrumpieron en vivas a Cuba libre y a los Estados Unidos. En cuanto a mí, he de confesar que la noticia no me produjo igual alborozo. He sido siempre devoto de mi abolengo, y en aquel instante sentí bullir en mis venas la sangre de mis antepasados, la sangre española. Aquella victoria de los hombres del Norte sobre los de mi estirpe, hirió mi orgullo. Por otra parte, no me hallaba satisfecho con la forma imprecisa, arbitraria, en que los Estados Unidos intervenían con sus armas en nuestra contienda. Era cierto que en la Resolución Conjunta del Congreso de la Unión se especificaba que "Cuba era y de derecho debía ser libre e independiente"; pero parecíame que no era prenda de buena fe, de parte de aquel gobierno, el hecho de enviar sus soldados a Cuba sin el reconocimiento previo de nuestra beligerancia, sin un tratado de alianza, o un pacto militar con el ejército cubano. Recelando de sus intenciones, por todo esto, experimentaba el horror de estar cooperando a la destrucción de una autoridad soberana que se apoyaba en derechos históricos, étnicos, de idioma y religión, no para sustituirla al cabo con nuestra propia autarquía, sino con el dominio de otro pueblo sin más título para ello que el de la fuerza y que, sin tener con nosotros los mismos nexos espirituales y de tradición, habría de sernos más oneroso e into-

lerable. Esta desconfianza se acentuó después, viendo cómo las autoridades militares americanas concertaban por sí solas los preliminares de la paz con las españolas, se establecían en las poblaciones sin permitirnos a nosotros penetrar en ellas como no fuera después de desarmados y ejercían un poder omnímodo como en país conquistado. Que ese pesimismo no era infundado lo vino a demostrar, poco tiempo más tarde, la llamada Enmienda Platt, apéndice constitucional que se nos impuso, y por el cual el gobierno americano se reservó el derecho de intervenir en nuestros asuntos domésticos: es decir, el derecho de soberanía con violación de la cláusula cuarta de la Resolución Conjunta, que rezaba: "Que los Estados Unidos declaran por la presente que no tienen intención ni deseo de ejercitar en Cuba soberanía, jurisdicción o dominio, excepto para la pacificación de la Isla, y afirman su determinación, cuando ésta se haya conseguido, de dejar el gobierno y dominio de Cuba a su propio pueblo."

La Enmienda Platt—incorporada como apéndice a nuestra Constitución de 1901, o sea, la primera que se dió la República—pasó a ser en 1903 un Tratado Permanente entre las Repúblicas de Cuba y de los Estados Unidos de América, que rigió las relaciones entre ambos países hasta el año de 1934, en que fué abrogado. Durante todo aquel período de tiempo, de treinta y tres años, Cuba fué un Estado mediatizado.

En un pueblo de tipo rígidamente colonial como había sido el cubano, que por espacio de más de cuatro siglos había vivido en perpetua minoridad política, sin disfrutar de autonomía en ningún aspecto de su gobierno y administración, y sumido en la ignorancia, era desde luego concebible que sólo una muy pequeña porción de sus elementos constitutivos sintiera la aspiración del gobierno propio, y que el resto careciera en absoluto de conciencia nacional. Y fué consecuencia natural de aquella cortapisa a sus actos soberanos —que ahora venía a imponerle la Enmienda Platt—obstaculizar en él el fomento y desarrollo de tal conciencia, e infundirle la desconfianza, la incredulidad, en cuanto a llegar a ser el árbitro de sus particulares destinos. Para él, con poco sensible diferencia, la sede de nuestra soberanía continuaba siendo

extranjera. Al gobierno cubano lo consideraba como un subalterno del de Wáshington, y a la República como una simple ficción jurídica que, carente de existencia real, era susceptible de desvanecerse en un momento, como al despertar se desvanece una quimera concebida durante el sueño. Por otra parte, los partidos políticos domésticos, nacidos bajo la influencia de aquella atmósfera de perturbaciones morales creada por el intervencionismo extranjero—y de letales efectos a la plasmación del pensamiento independentista que nos arrojara a la lucha contra España—, contribuían con mucho a acentuar y a arraigar aquel estado de ánimo social. Ellos, atendiendo, más que a los intereses permanentes y al decoro del País, a satisfacer sus impacientes anhelos de autoridad y burocracia, se dieron a explotar a su favor y sin recato la facultad que se había arrogado el gobierno americano de intervenir en nuestros asuntos interiores. Así, el partido que se hallaba en el poder proclamaba su derecho a mantenerse en él, no por el consenso de la opinión pública cubana, sino por la voluntad y el apoyo de la nación interventora; y a su vez, el que se encontraba en la oposición blasonaba de contar con la protección de la misma para sustituir a su contrincantes, derribándolo si fuese necesario. Y lo cierto era que todos a porfía postulaban iguales humillantes favores del intruso pero poderoso tutor. Es muy posible que el gobierno de la Unión no haya intervenido en Cuba, de una manera práctica y ostensible en aquella época de sonrojante evocación, tantas veces como, cada uno a su turno, lo desearon los apolides partidos cubanos. Pero de todos modos, tal proceder le daba la sensación de que la Enmienda Platt, si a alguien repugnaba en Cuba, era sólo a algunos ilusos y *patrioteros*, cuyo número no era de tenerse en consideración.

Por suerte, aquel período de nuestra existencia nacional, con el intervencionismo extranjero y nuestras vergonzosas claudicaciones, pasó a la historia, gracias a que en 1933 ocupó la Casa Blanca un hombre extraordinario, dotado de tanto talento como corazón, que ha sustituído a la vieja y brutal política del *Dollar*, la sabia y justa del *Buen Vecino*, que significa respeto y benevolencia para la soberanía de todos los

Estados, sin discriminar entre grandes y pequeños, entre fuertes y débiles, y gracias por igual a que en 1934 dirigía nuestras relaciones exteriores el abogado y coronel del Ejército Libertador Cosme de la Torriente, y a que nos representaba en Wáshington como Embajador el nunca olvidado Manuel Márquez Sterling, dos cubanos de eminente intelectualidad, tan buenos patriotas como excelentes estadistas.

En la actualidad en que estoy escribiendo, en estas horas de sombras y de horrores para el mundo, en las que la humanidad, desconocidos sus fueros de vida, y mutilada y desfallecida se ve a punto de retrogradar a su estado primevo de barbarie e ignorancia; en las que la insania y la protervia se han desencadenado sobre la Tierra y, en execrable comunión, la empapan en sangre y la cubren de ruinas, de exterminio, de luto y de dolor, en su intento de aherrojar a las naciones y someterlas a la esclavitud; viendo a nuestra antigua metrópoli, la gloriosa España de mis mayores, alinearse a la horda del oscurantismo y la opresión, y viendo a los Estados Unidos de América erguirse valientes y generosos ante el carro del nefario totalitarismo hitleriano, y a su magnífico presidente, el gran Franklin Delano Roosevelt, Arcángel de las Milicias del Bien, asumir el papel de Agamenón de los pueblos del Continente, en defensa de la justicia y la democracia; amigo como soy de la libertad y la igualdad de los hombres, no puedo menos que reconocer lo inescrutable que se me mostró el porvenir aquella noche del 5 de julio de 1898, en la que el sentimiento de la raza me hizo lamentar la victoria de la escuadra norteamericana sobre la española.

Un par de horas después de haber recibido el parte aquel a que he hecho referencia, del jefe de la brigada, como a la una de la mañana, me encaminé hacia las posiciones de los españoles, con intención de sorprenderlos durante el sueño. Para ello tenía que desbordar, desechándola, su guardia avanzada del bosquecillo. Llevaba mis hombres divididos en dos grupos o secciones, de las cuales una debía atacar por nuestro flanco derecho, y la otra, en la que me contaba yo, por el de la izquierda. Pero ocurrió que, no habiendo sabido o podido la primera de dichas secciones ocultar bien su movimiento, puso

en alarma a la guardia enemiga, la cual rompió el fuego. Acudí en seguida con mi grupo y penetré en el maniguazo por el otro lado; pero también lo hizo el grueso de los españoles, en auxilio de su guardia avanzada, y hube de retirarme con unas cuantas bajas a nuestro campo, haciéndolo el enemigo a sus cuarteles poco después, y antes de aparecer los claros del día.

XVIII

ACCION DEL POTRERO CACAHUAL

EL día ocho estaba yo acampado en el potrero Cacahual. Eran las cuatro de la tarde, e informado por los exploradores enviados sobre Morón que no había enemigo fuera del pueblo, y no siendo costumbre de las fuerzas españolas salir a operaciones en horas tan avanzadas, le quité la silla a mi caballo, dejándolo pastar a su albedrío. Mi ejemplo lo siguió la tropa. Pocos minutos después se oyeron como dos detonaciones de fusil, hacia el sitio donde yo había establecido una guardia con dos hombres. Me puse en atención, no obstante que todos los demás aseguraban que se trataba del ruido producido por la caída de dos yaguas. Mas el ruido se repitió con intervalo de segundos y en la misma forma: dos estampidos casi simultáneos. Me pareció cosa extraña que cuatro palmas coincidieran en arrojar sus yaguas por parejas y a la vez, y ordené montar a caballo a mi gente y, habiéndolo hecho yo antes que nadie, corrí en la dirección del sitio donde se oyeran las detonaciones. Antes de llegar a él encontré a los dos hombres de la guardia, que venían replegándose haciendo fuego ante el enemigo que se aproximaba al campamento. Pronto se me reunió toda mi gente y se entabló el combate. La fuerza enemiga se componía de unos ciento cincuenta individuos de infantería y caballería, y yo contaba en aquel momento nada más que con veintiséis jinetes. El terreno, alternativamente despejado y montuoso, se prestaba a los movimientos combinados de la infantería y la caballería,

ventaja que, además de la gran superioridad numérica, tenían sobre nosotros los españoles. Al cabo de treinta o cuarenta minutos de fuego fuimos desalojados del potrero. En todo este tiempo la caballería enemiga no hizo ningún esfuerzo por entrar en contacto con la nuestra, con la que estaba en proporción de dos contra uno. En el campamento únicamente se quedaron abandonados por nuestros rancheros los utensilios de cocina, solo trofeo que recogieron los españoles. Estos nos dejaron un letrero, escrito con lápiz en la calva cornamenta de un buey muerto, que decía: "No vemos nunca a los mambises como no sea de espaldas, y esto desde muy lejos." Tales bravatas y provocaciones escritas eran muy usuales de una y otra parte en la Zona. Cierta vez leí, en un trozo de pared de una casa en ruinas, estos dos letreros: "El soldado cubano es el más valiente del mundo. Yo me atrevo a *peliar* con diez españoles juntos. ¡Viva *Cuva* libre!" Y debajo: "Este tío es tan guapo, que se faja hasta con la ortografía."

XIX

ACCION DE PITAJONI

EL día 10 en la mañana tuve informes de que una fuerza española de infantería y caballería marchaba rumbo a Pitajoní. En Pitajoní vivían al amparo del monte varias familias, en su mayoría mujeres y niños, y conjeturando que el enemigo llevaba el propósito de capturarlas emprendí camino con el escuadrón, a todo galope, hacia aquel lugar. Llegué a tiempo para hacer que aquellas gentes pacíficas se internaran todo lo más posible, y embosqué mis hombres a pie, en la costanera del bosque y a pocas varas del camino. Quince o veinte minutos más tarde apareció aquél, trayendo la caballería a vanguardia. La dejé aproximar y rompí el fuego. Los jinetes españoles dieron media vuelta y corrieron a desplegarse como a doscientos metros, en un espacio de terreno despejado que se extendía al frente. Yo aguardaba la acción

de la infantería contraria, pero, cosa singular, ésta no avanzó, y un par de minutos después desapareció también de aquel lugar la caballería. Esta fué mi última función bélica durante la guerra de independencia. Como se habrá podido juzgar, mis operaciones por la zona de Morón, desde que las inauguré a principios del mes de mayo, hasta la fecha, o sea, en un lapso de dos meses, carecieron de importancia. Y esto porque, como lo he dicho más arriba, el enemigo, cuyo único interés al salir de sus atrincheramientos era la recogida de ganado, esquivaba el combate, y porque yo a mi vez no contaba con las fuerzas necesarias para entablar acciones formales. Pero lo que sí puedo afirmar es que los españoles no dejaron nunca la población sin escuchar el silbido de mis balas.

XX

BALANCE

EL 15 de julio se celebró un parlamento entre el general Shafter, jefe de operaciones del ejército americano, y el general Toral, jefe de la guarnición española de Santiago de Cuba; el 28 del mismo mes se rindió dicha plaza; y el 12 de agosto de aquel año de 1898 se firmó en Wáshington el protocolo preliminar de la paz entre España y los Estados Unidos, habiendo durado la guerra entre ambas naciones unos tres meses. El cese de las hostilidades entre españoles y americanos llevaba implícita la cesación de las mismas entre cubanos y españoles; pero nosotros, en virtud de disposiciones de las autoridades militares americanas, hubimos de permanecer aún, durante algún tiempo, fuera de las poblaciones, y entrar en ellas más tarde, desarmados.

Al cesar definitivamente las hostilidades estaba yo para cumplir treinta años de edad. Había hecho una campaña de tres años y cuatro meses, me había batido en sesenta y una ocasiones, había sido herido de más o menos gravedad ocho veces y sufrido, además, seis contusiones, producidas cuatro

por balas, una por un culatazo de fusil y otra por el roce de una bayoneta. Mi hoja de servicios quedaba escrita en mi cuerpo con catorce cicatrices.

El 30 de noviembre el general Lope Recio, con parte de las fuerzas del Tercer Cuerpo de Ejército, que él comandaba, entró en Puerto Príncipe. Yo me encontraba a la sazón por las cercanías de dicha ciudad, gestionando la compra de un vendaje ortopédico, e invitado por aquel jefe entré con él, agregado a su Estado Mayor.

Nuestra entrada en la ciudad del Tínima no revistió la solemnidad de una entrada triunfal. Después de tres años y medio de guerra, durante los cuales tantas y tan admirables hazañas realizáramos, y mantenido una situación de equilibrio, cuando no de ventaja, respecto a un enemigo inmensamente superior en número y armamentos, teníamos que renunciar al glorioso título de vencedores: éste se lo había adjudicado todo entero el ejército americano que, en virtud del mismo, había ocupado con anterioridad la población y en ella ejercía poder y mando. Por otra parte, inermes, mal y heterogéneamente indumentados, carecíamos del atuendo y esplendor militar que tanto excita la imaginación de las multitudes. Apenas si algunas mujeres y unos cuantos chiquillos, agolpados a la puerta de sus casas, nos arrojaban al paso pedacitos de papel de color, y gritaban con voz descolorida:

—¡Que viva!, ¡que viva!, ¡que viva!

Y luego, en la misma noche de aquel día, muchos de nuestros soldados, y aun jefes y oficiales, que no contaban con familiares ni amigos entre el vecindario, vagaban hambrientos, en busca de un rincón techado donde resguardarse de la intemperie, porque las autoridades locales no habían preparado albergues suficientes para todos. Yo fuí alojado por el Dr. Miguel Xiques en una habitación del edificio donde estaba instalada su gran farmacia, y la bondadosísima familia Varona, que de retorno del campo revolucionario se hallaba de nuevo en su residencia urbana habitual, me sentaba a diario a su mesa.

En Puerto Príncipe, como en toda la provincia de Camagüey, era el separatismo un sentimiento tradicional y

nunca desmentido. Por la independencia patria habían luchado con bravura sus dos últimas generaciones, y sacrificando vidas, riquezas y bienestar hogareño. Mas era ésta la segunda vez, en el espacio de veinte años, que veía desfilar por sus calles a sus guerreros, y si al presente no se les podía considerar vencidos en el combate, como en la primera ocasión, tenían todas las apariencias depresivas de la derrota. Y mientras tanto, acampaban en su recinto soldados extranjeros de un ejército que pisaba nuestro suelo en sedicente calidad de amigo, pero de cuya amistad no se poseían por el momento otras garantías que una ley del congreso del país que lo enviaba, y en cuya recta o torcida aplicación sólo era parte el gobierno del mismo; y la natural prevención con que se les miraba y la falta de consideración con que procedían, daban lugar a que se les atribuyeran arrogancias de conquistador. ¿Qué entusiasmo podíamos inspirar en tales circunstancias?

Ciertamente, el ejército americano no procedió en Cuba de peor manera que lo hubiese hecho cualquiera otro ejército extranjero de ocupación. ¡Pero cuán distinto fué su comportamiento del que tuvo el ejército español con el cubano por él derrotado, en 1878! En aquel caso, el bando vencedor enalteció al bando vencido, proclamando caballerosa y noblemente sus virtudes militares, su abnegación y su heroísmo, y procuró fraternizar con él. Ahora todo era a la inversa. Se nos deprimía y hasta calumniaba. Se desconocía conscientemente nuestros méritos y se desdeñaba la ayuda que nuestras haraposas y hambrientas pero sufridas y valientes tropas habían prestado a las americanas, y que tan eficaz les fuera para vencer en la batalla de Loma de San Juan y Santiago de Cuba.

Voy a referir a este propósito lo que me ocurrió con un comandante americano en Puerto Príncipe: presentado a él, si mal no recuerdo, en el Liceo, hubo de expresar en forma descortés su sorpresa de que yo hubiese alcanzado ya el grado de Teniente Coronel, cuando él, que llevaba doce años de campaña, sólo era comandante. Yo justifiqué el hecho diciéndole que eran cosas distintas cazar indios en el Oeste de

los Estados Unidos, y batirse con los soldados españoles en Cuba. No sé si mi argumento lo dejó convencido.

En Puerto Príncipe permanecí la mayor parte del mes de diciembre. No disponía de un solo centavo, y para sufragar los gastos de viaje de mi regreso a La Habana tuve que vender mi caballo favorito en los días de combate, Tzar. Lo vendí por treinta pesos a un corredor o cosa así. ¡Qué cambio de situación, tan humillante, se iba a operar en la vida de Tzar! Aquel hermoso caballo que había sido un soberbio corcel de guerra y que había llevado en su lomo un ágil y diestro jinete, cual lo era yo, se iba a convertir en una humilde y paciente bestia de carga, que no otra cosa que una carga podía ser el abelígero traficante que a tan bajo precio me lo había pagado.

XXI

VUELTA A LA HABANA

AL cabo, me encontré de nuevo en la Capital. Inmediatamente desembarcado, corrí a visitar a la familia Valdés. La anciana y cariñosa doña Concha me abrazó con gran ternura. Luego me condujo de la mano ante una imagen de la Virgen María que colgaba de una de las paredes de su aposento, ante la cual hincó la rodilla y rezó. Concluída su oración, me dijo en aquel lenguaje del pueblo bajo andaluz, que tanto le gustaba emplear en la intimidad:

—Cuántas veces, *Manué,* he *venío* yo ante esta imagen a rogar por ti; virgencita mía, le decía, que no lo maten, y que si lo hieren que sean arañazos, y que por *ca* arañazo le den un *grao.*

Pocos minutos después, conversando ambos de pie en el centro de la sala, y refiriéndome ella que tenía como huésped a un capitán del ejército español, hijo de una antigua amiga suya de Andalucía, a quien le había dado un retrato mío con el fin de que, si nos llegábamos a encontrar en algunos de los azares de la campaña, nos reconociéramos y ayu-

dáramos mutuamente, se presentó en la puerta de la calle un oficial español y doña Concha le gritó emocionada:

—¡Mira, Hermógenes, éste es Piedra!

El oficial vino hacia mí y nos abrazamos. Desde este momento, y hasta aquél en que tuvo lugar la evacuación de la compañía mandada por él, el capitán del ejército español Hermógenes García y yo mantuvimos un trato frecuente y afectuoso. Y ¡curiosa coincidencia!: Hermógenes García y yo habíamos sido heridos en un mismo combate, quizá si luchando directamente el uno contra el otro. El capitán García, que operara en la provincia de Pinar del Río, se había hallado en la acción de Soroa, y estaba al frente de una de las compañías que atacaban la posición defendida por mí.



¡Cuán grande es la virtud del éxito? Es constante, en el orden de las ideas, que la fuerza de desintegración en un partido que fracasa esté en relación directa con el poder adhesivo de aquél que triunfa. Y es que existe siempre y en todas partes un grupo de hombres, más numeroso cuanto más corrompida se encuentre una sociedad, que sobrepone las conveniencias concretas y de lucro material a las convicciones morales.

Tal ocurrió en Cuba en el caso del cese de la soberanía española. Al comenzar la lucha, y mientras la suerte de las armas se mantuvo indecisa, solamente una minoría de cubanos había abrazado la causa de la independencia. La mayoría se mostraba afecta a la Metrópoli, y cuando no, era indiferente. Mas apenas sonó para España la hora fatal de su derrota, la muchedumbre de sus sostenedores criollos se convirtió a nuestro credo, haciendo escarnio de su antigua fe española.

En los días de mi regreso, y durante los primeros meses que sucedieron a la terminación de la contienda, el espíritu antiespañol en la población de La Habana parecía desbordarse en denuestos y en actitudes amenazadoras, y éramos nosotros, los que acabábamos de romper con nuestros brazos

la cadena que como colonos nos ataba a España, los que servíamos de agente moderador de la irreconciliable hispanofobia de que estaban poseídos los que no habían ido a la guerra.

Un día que me encontraba sentado a la mesa de un café, en compañía de un español, antiguo amigo mío, uno de mis relacionados de última hora, un bravo criollo pacífico, que pasaba por allí formando parte de un grupo de sus *congéneres*, se puso a hacerme señas, que no comprendí, respecto a mi interlocutor y a espaldas de él, y, habiéndole preguntado el significado de las mismas algunos minutos después, me respondió:

—Chico, ¿cómo estás ahí con un español?

—Ese español—le repliqué—, es mi amigo; y he de declararte que yo no aborrezco a los españoles como tales, y que por mi parte considero en absoluto terminado el problema que nos distanciaba.

Entonces, otro individuo del grupo, ya bastante entrado en años, a quien no conocía, pero al que oí darle el tratamiento de doctor, y quien, según referencias, había pasado en el extranjero todo el tiempo que duró la contienda, irrumpió:

—Pues yo los odiaré toda mi vida.

—¿Tomó usted parte en la guerra?—le interrogué.

—No—me respondió.

—Eso—repuse yo—, justifica su animosidad contra los españoles. Todo ese veneno del odio que llena su alma, habría desaparecido si se hubiese batido contra ellos. Además, le habría servido de mejor manera a su patria.

Como el de aquel individuo era el patriotismo de muchos millares más. Si este sentimiento los hubiera impelido al combate, cuán fructífero habría sido a la causa de la independencia. ¡Pero cuán infecundo resultaba ahora, aun suponiendo que fuera sincero, y no un calculado y ruin propósito de abandonar una bandera en los momentos de ser arriada, para ponerse a la sombra de otra que iba a subir al mástil!

¡Qué raro en aquellos instantes encontrar un cubano que no se dijera revolucionario, y no afirmara haber prestado a la Revolución servicios de alguna índole, pero de todos modos importantes! A millares se contaban los que nos

habían enviado quinina para nuestros hospitales. ¡Mucha, mucha quinina! Si todos hubiesen dicho la verdad, la cantidad de dicho producto habría sido bastante a saturar e inmunizar a todo nuestro ejército contra el veneno de las emanaciones palustres, que tantas víctimas nos ocasionaron. Hasta entonces nos miraban aún con cierta consideración, pero, como el cubano pierde el sentido de la ponderación fácilmente, poco tiempo más tarde aquellas gentes llegaron a persuadirse de que tenían más mérito, por haberse quedado en las poblaciones, que nosotros por habernos ido a la manigua:

—Para lo que se necesitaba valor—decían—, era para quedarse aquí, al alcance de la mano del déspota, porque, ¡qué caramba!, ustedes tenían donde huir.

El primero de enero de 1899, en una atmósfera de torturantes dudas y pesimismos para los que, enamorados del ideal de la independencia patria, tantos esfuerzos habíamos realizado y tanto sufrido por alcanzarlo, descendió del mástil del palacio de los antiguos capitanes generales de la colonia española, y del de cada una de las fortalezas de la Capital, la bandera de la nación descubridora y colonizadora, que por cerca de cuatro centurias había ondeado en ellos, y flameó en su lugar, y quizá por cuánto tiempo, la de la Unión Americana. Yo vi en aquel acto llorar de pena a muchos de mis compañeros de armas, mientras las turbas, y aun muchos personajes acomodaticios, antiguos españolizados, aplaudían.

Fué en aquel mismo mes de enero que, habiendo ido a visitar la Asamblea de Representantes de la Revolución, cuya sede se encontraba en La Habana, en el Cerro, el presidente de su Comisión Ejecutiva y Permanente, general Rafael Portuondo Tamayo, me mostró su extrañeza de verme aún con estrellas de Teniente Coronel. Y, habiéndole referido yo las cosas que me habían pasado sobre el particular, me ofreció el ascenso como una reparación por la mencionada Asamblea. Yo acepté, pero a condición de que se me otorgara con fecha del día en que fué tomada Victoria de las Tunas. Así quedó convenido, y es por eso que mi grado de Coronel, aunque extendido con fecha 27 de enero de 1899, tiene la antigüedad del 30 de agosto de 1897.

XXII

GRITEN ¡VIVA CUBA LIBRE!...

EL ocho o el nueve de febrero siguiente el mismo general Rafael Portuondo me comisionó para ir al encuentro del general Máximo Gómez, que debía llegar el 10 a Sagua, y hacerle entrega de un sobre cerrado que, según me dijo, era de suma importancia. Me hice cargo de la tal comisión, y el mismo día 10, luego de hacerle una breve visita a mi familia, que vivía en la localidad, me presenté en la residencia del General en Jefe, que era la antigua casa del Conde Moré. Iba yo muy pobremente vestido con mi chamarreta de la manigua, haciendo un lamentable contraste con los miembros del Cuartel General de Máximo Gómez que, excepto él mismo, todos estaban de lujoso aunque pintoresco uniforme. El jefe que montaba la guardia del día me dijo no ser posible ver en aquel momento al General, porque se estaba celebrando una recepción. Mas al invocar yo asuntos del servicio, envió en seguida aviso al Caudillo. Yo oí cuando éste exclamó:

—¿Quién, el coronel Piedra?, díganle que pase.

Yo no me sentía muy tranquilo como portador de aquel pliego, pues sabía que las relaciones de la Asamblea de Representantes de la Revolución y el General en Jefe no eran muy cordiales. Sin embargo, el "Generalísimo" me acogió en aquella ocasión con la misma bondad con que siempre lo había hecho. Leyó el documento en el acto y me preguntó cuándo debía llevar su respuesta. Le contesté que debía partir con ella al siguiente día, en el tren de la mañana.

—Pues bien—me dijo—, ven por la mañana a buscarla.

Y al preguntarle a qué hora, me respondió:

—A la que tú quieras. Yo me levanto aquí lo mismo que en el campamento, al toque de diana.

A las siete de la mañana del día once fuí, y efectivamente ya él había escrito su contestación a la Asamblea. Al tiempo de entregármela, me interrogó:

—¿Dónde te metiste anoche, que te hice buscar por todos

los hoteles, para que asistieras al banquete, y no te encontraron?

Le expliqué que había dormido en la casa de mi familia.

Cuando ya me había despedido del General y me encontraba en el portal de la casa, fuí presentado al señor Francisco de Paula Machado, un buen patriota sagüero, quien, al enterarse de quién era yo, quiso que pospusiera mi regreso a la Capital por un par de días, con objeto de organizar un acto en mi obsequio, como un hijo distinguido de Sagua. Le dí las gracias, pero rehusé, obligado como estaba con el presidente de la Asamblea a llevarle la respuesta de su mensaje al General en Jefe, tan pronto éste me la entregara.

El 24 de febrero el General en Jefe del Ejército Libertador de Cuba, luego de haber visitado varias ciudades de las provincias de Santa Clara y Matanzas, hizo su entrada en la capital de la Isla, al frente de su Estado Mayor y de algunas tropas, y acompañado de algunos jefes de alta jerarquía, entre los que se contaba el mayor general, jefe del Quinto Cuerpo, Mario García Menocal. Una enorme muchedumbre cubría las distintas calles que desembocan al Parque Central, todo el espacio de éste y una considerable extensión del Prado. En gran parte era la misma que con tal frenesí había vitoreado a los príncipes españoles en 1893; la que, todavía después de comenzada la guerra, seguía marcando el paso tras de los batallones de voluntarios, desde el Campo de Marte a la Capitanía General, y la misma que había aplaudido dos meses antes la sustitución de la bandera española por la americana, con el aditamento, ahora, de los antiguos "Honrados Bomberos Municipales", que tan ufanos se mostraran dándole escolta a Weyler.

La algazara, la bullanga era enorme: se decían en alta voz chistes romos y cuchufletas de solar. Al cruzar la comitiva por uno de los ángulos del Parque se produjo un incidente canallesco: un desvergonzado puso impúdicamente sus manos en las voluminosas posaderas de una gorda señora, que le quedaba inmediatamente delante. Escandalizó la mujer, montó en cólera el Caudillo ante tal insolencia y levantó el machete

para descargar un planazo sobre las espaldas del granuja; pero éste hurtó con rapidez el bulto, diciendo al mismo tiempo:

—¡General, no me pegue, que yo también mandé quinina!

En los días subsiguientes a su entrada en la Capital, el Caudillo se vió de continuo asediado por multitud de visitantes, que ante él curvaban reverentes la espina dorsal. Muchas de aquellas fisonomías nos eran entonces desconocidas a los que veníamos del campo de batalla, y en cuanto a sus nombres jamás los habíamos oído pronunciar entre los patriotas que, bien desde el extranjero, bien desde los centros urbanos del País, le prestaron su concurso a la Revolución. Eran ya los *vivos*, los pescadores en las aguas mansas aunque turbias de la adulación y la intriga, que aparejaban sus barcas pasada la tormenta y hacían la lanzadera, yendo y viniendo de la Quinta de los Molinos, alojamiento del general Gómez, a la residencia del gobernador americano, atentos a la dirección que tomaba el viento de la política interventora, para en consecuencia acondicionar las velas. A muchos de dichos hombres, sin excluir a algunos que durante la lucha se habían significado como mantenedores de la soberanía española, se les vió nada más que tres años más tarde, al constituirse la República, ocupando los primeros puestos directivos en la administración y en el congreso de la misma. Verdad es que, de acuerdo con un postulado de Martí, la República debía ser "cordial, con todos y para todos", y verdad es también que con arreglo a su código fundamental no se reconocían fueros ni privilegios: en virtud de este precepto se abolió el mérito.

Mientras tanto, continuaban las manifestaciones callejeras y se seguía cantando:

Tú *ve* Fondeviela, tú *ve*,
tú *ve* cómo Cuba *e* libre,
tú *ve* Fondeviela, tú *ve*,
tú *ve* como yo no lloro, tú *ve*.

Y:

Las glorias del Dos de Mayo
¿dónde están y qué se hicieron,
cuando ni tiempo tuvieron
de bajar el *guacamayo*?,

y otra más, que era letra de un danzón puesto en boga hacía poco y alusivo al optimismo con que redactaban sus partes los jefes de columnas españolas en operaciones, y que decía:

> Se mataron cien,
> y quinientos más,
> y por nuestra parte
> no hubo novedad,

y bailando al son de los tambores y haciendo piruetas.

Una tarde fuí con un amigo que me invitó a ello, a presenciar una de dichas manifestaciones que marchaba por la calle de Consulado. Nos situamos en una de las esquinas de la mencionada calle y la de Animas. A poco de estarnos allí, un hombre de color, mulato joven y fuerte, se plantó ante nosotros y, mostrándonos un revólver, inservible tal vez, nos gritó:

—Digan ¡viva Cuba libre!

—Vete al diablo—le respondí—, yo vengo de hacer algo más que gritar.

Al día siguiente, de once y media a doce de la noche, estando yo junto a la puerta de mi alojamiento, que era el Hotel Isla de Cuba, en charla con un señor de apellido Varona, ingeniero camagüeyano, se disolvió una manifestación como a una cuadra calle ariba. Uno de sus integrantes, un jovenzuelo de veintidós o veintitrés años, que venía hacia nosotros corriendo y saltando con una bandera cubana en las manos, se detuvo al vernos, intimándonos con la voz y con el ademán:

—Griten ¡viva Cuba libre!

Varona, que aunque algo viejo era recio y corpulento, le dió un puntapié en los fondillos, y el patriota huyó desamparando la enseña...


BIBLIOTECA PUBLICA R. M. VILLENA
LA HABANA VIEJA

NO CIRCULANTE

INDICE

LIBRO TERCERO

LA INVASION

LIBRO CUARTO

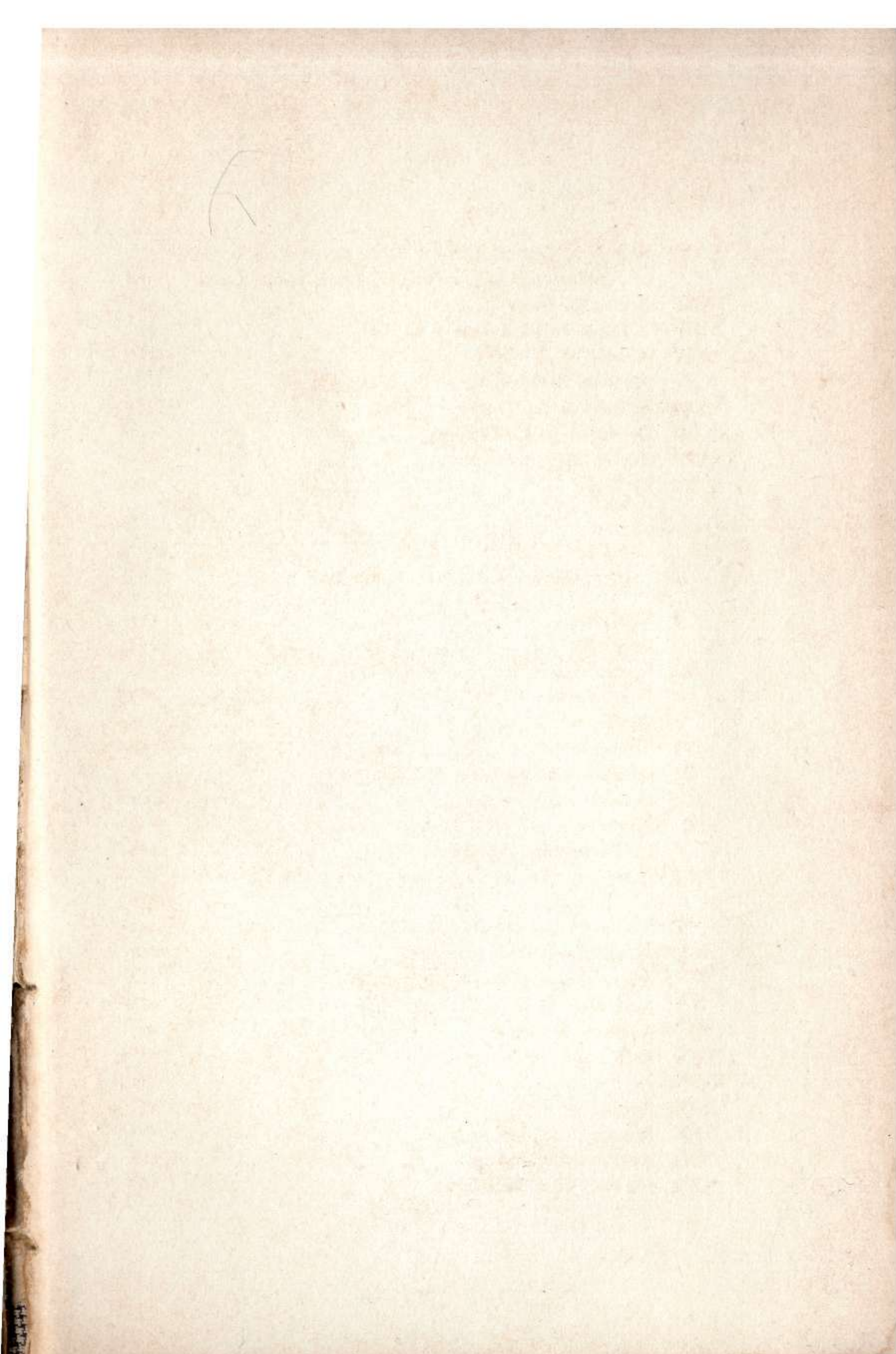
CAMPAÑA DE PINAR DEL RIO

LIBRO QUINTO

DE SAN PEDRO A LA PAZ



NO CIRCULANTE



APENDICES

Cuartel Gral en Campaña

Con esta fecha el Cuartel Gral del Departamento Oriental confiere el grado de Sub Teniente al Sargento Manuel Piedra por sus servicios en pró de la Independencia de Cuba.

[illegible] Patria y Libertad

Junio 2 de 18[illegible]

A. Maceo.

Ascenso a Subteniente conferido al Sargento Manuel Piedra.

República de Cuba
Cuerpo del
Ejército Libertador
Estado mayor Gral

Nº 37.

Con esta fecha el Cuartel General del Departamento de Oriente confiare el cargo de ayudante de Campo al Sub-Teniente de Ejército Manuel Piedra por sus servicios en pró de la Independencia de Cuba.

Patria y Libertad
Julio 29/895.
A. Maceo.

Nombramiento de Ayudante de Campo conferido al Subteniente Manuel Piedra.

Ejército Libertador de Cuba,

CUARTEL GENERAL
DEL
Departamento Oriental.

Núm.

R/.

Con esta fecha el Cuartel General del Departamento Oriental confiero el grado de Teniente al Sub-Teniente Manuel Piedra por sus servicios prestados a la causa de la Independencia.

Y para que le sirva de credencial expido el presente en

Patria y Libertad

Hato del Medio 10 de Octubre de [illegible]

A. Maceo.



Ascenso a Teniente conferido al Subteniente Manuel Piedra.

República de Cuba
Ejército Invasor
2ª Jefatura

El General en Jefe, á propuesta de este Cuartel General, se ha servido conceder el grado de

Rf 19

— Capitán —

al Teniente Manuel Piedra por acción de guerra.

Y para que le sirva de credencial, expido el presente en

Patria y Libertad.

Güira de Melena, 12 de Febrero de 1896

Vto. Bno
El Gral. en Jefe
M. Gómez

El Lugarteniente Gral.
A. Maceo.

Ascenso a Capitán conferido al Teniente Manuel Piedra.

República de Cuba.

EJERCITO INVASOR.

E. M. G.

Núm. 13.

El Gral en Jefe, á propuesta de este Cuartel Gral, se ha servido conceder el grado de

— Comandante —

al Capitán Manuel Piedra por acción de guerra.

Y para que le sirva de credencial expido el presente en

Patria y Libertad

Cuartel Gral en campaña, 1º Julio/96

El Lugarteniente Gral.

A. Maceo

Vº Bº

El Gral en Jefe

Ascenso a Comandante conferido al Capitán Manuel Piedra.

Registrado al
L.° 150 f.° 72
Lib. 18

Ctel Gral del Ejercito Libertador

En uso de las facultades que me concede la Ley, y atendiendo á los méritos y servicios que á la causa de la Independencia de Cuba ha prestado el Comandante

Manuel Piedra

este Cuartel Gral á propuesta del Gral Pedro Diaz y Brigadier José Miró, le confiere el grado de

Teniente Coronel

del Ejercito Libertador de Cuba.

Patria y Libertad

En Sta Teresa Enero 2 de 1897.

El Gral en Jefe.

M. Gomez.

Ascenso a Teniente Coronel conferido al Comandante Manuel Piedra.

7



LA ASAMBLEA DE REPRESENTANTES DE LA REVOLUCION CUBANA

Y EN SU NOMBRE

LA COMISION EJECUTIVA

Por cuanto: Atendiendo á los antecedentes, aptitudes militares y servicios que á la Independencia de Cuba ha prestado el Tte Coronel Manuel Piedra Martell

y de conformidad con el artículo 4º de la Resolución de la Asamblea de 10 de Noviembre de 1898,

Acuerda: conferir al Teniente Coronel Manuel Piedra Martell el grado militar de Coronel de Caballería del Ejército Libertador, con antigüedad de Treinta de Agosto de mil ochocientos noventa y siete

Por tanto: Se ordena á las Autoridades Civiles y Militares guarden y hagan guardar al dicho Coronel de Caballería el respeto y las consideraciones debidas á su cargo.

Y para que conste, según dispone la Resolución citada, se expide el presente Diploma, que firman de sus manos el Presidente y dos Vocales, tomando razón la Secretaría, y que registran las Secciones de Hacienda y Guerra para los fines consiguientes.

Patria y Libertad.—Residencia de la Comisión Ejecutiva á Veintesiete de Enero del mil ochocientos noventa y nueve

EL VOCAL,	EL PRESIDENTE,	EL VOCAL,
Juan Gualberto Gómez	Rafael M. Portuondo	

Ascenso a Coronel conferido al Teniente Coronel Manuel Piedra, con antigüedad de 30 de agosto de 1897 (fecha del asalto y toma de Victoria de las Tunas).

Del Coronel Carlos García Vélez al Teniente Coronel Manuel Piedra.

8

Brigada de Tunas.

Tengo verdadero gusto en hacer constar que el Teniente Coronel Manuel Piedra á mis órdenes en el asalto y Toma de la Ciudad de Tunas ha demostrado inteligencia y arrojo cumpliendo fielmente las instrucciones que yo le diera.

Asimismo que cuando fué herido estaba al mando de una fuerza de Infantería en momentos que se dirigía a ocupar un punto estratégico de la calle Real de la ciudad.

El Coronel propto. Jefe
Carlos García Vélez

Municipio
3 Oct. 97

Carta del General Mario García Menocal al Teniente Coronel Manuel Piedra.

9

DEPARTAMENTO MILITAR DE ORIENTE

2.° *Cuerpo* 3.ª *División*.

Ctel. Gral. en Minas de [illegible] 26 de Oct. de 1897.

Al Tte. Crel. Manuel Piedra.

Apreciado amigo y compañero: En mi poder su carta, me apresuro á contestarle pa. aconsejarle paciencia: no conviene, segun Dr. Núñez, que Ud. marche ya.—

Desde luego tiene Ud. el permiso pa. ir á Camagüey; pero ello debe ser cuando el facultativo lo indique.—

Pronto tendremos operaciones y quizás podamos estar juntos; antes es á Ud. mas provechoso curarse: enfermo no pu-

(SIGUE A LA VUELTA)

Irá servir bien á Cuba.—

Tenga juicio, mucha calma, la necesaria cordura; que con un proceder ajustado á ello sanará en breve pr. siempre de su herida.—

Sin mas le adjunto una del Dr. Nuñez, y me repito affmo. deseando pronto mejoria,

M. G. Menocal

Jefes como V. los deseo en todas mis operaciones y por lo mismo quiero que este bueno

Vale



El Coronel Manuel Piedra Martel al terminar la Guerra de Independencia.


MINISTERIO DE HACIENDA
REPUBLICA DE CUBA
BIBLIOTECA
Año de la Planificación

Se acabó de imprimir este libro
el día 20 de Febrero de 1943,
en los talleres de Ucar,
García y Cía., en
La Habana,
Cuba.

H606‡2

9-0548
Pie
M

Piedra Martel, Manuel
Mis primeros treinta años memorias, ihfancia y adolecencia, la guerra de independencia.